

ARTHUR C.  
CLARKE  
Y MICHAEL  
KUBE-McDOWELL

**FACTOR**  
**DETONANTE**

Lectulandia

Por obra del azar, el Dr. Karl Brohier y su equipo provocan la revolución quizá más radical de cuantas se hayan producido en la historia humana. Han descubierto un método que «neutraliza» toda clase de armas, haciéndolas detonar a distancia, sin daño alguno. Se trata evidentemente de un invento capaz de acabar con el crimen y sobre todo con las guerras convencionales. Al principio, la violencia y el delito caen a niveles increíblemente bajos. Poco a poco, el mundo parece adaptarse a esta nueva y sorprendente revolución en paz. Pero hay intereses que no pueden permitir esta situación: la industria militar, el crimen organizado, el terrorismo. Para Brohier y otros científicos, el mundo se volverá pronto paranoico y traidor.

**Lectulandia**

Arthur C. Clarke & Michael P. Kube-McDowell

# **Factor detonante**

ePub r1.0

Rusli 15.01.14

Título original: *The Trigger*

Arthur C. Clarke & Michael P. Kube-McDowell, 1999

Traducción: María José Gassó

Editor digital: Rusli

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A la memoria de los niños de  
Dunblane, Escocia y de  
Jonesboro, Arkansas*

## Agradecimientos

Cualquier proyecto de esta dimensión debe mucho a personas cuyos nombres no aparecen en la tapa. Encabezando la lista está el equipo de la editorial, que incluye a los agentes Russell Galen y Danny Baror, los editores de Bantam Spectra Tom Dupree y Pat Lobrutto, y los editores de Harper Collins Jane Johnson y Joy Chamberlain. Sin su aporte nunca habiéramos sido capaces de iniciar este emprendimiento, mucho menos de perseverar para ver su final.

Con las personas involucradas a través de doce husos horarios, Internet fue una herramienta esencial para mantenernos en contacto y permanecer en la misma página. También resultó una soberbia herramienta de investigación. La world wide web, día y noche, da acceso a un mundo maravilloso de información y opinión (una bibliografía parcial de sitios Web se halla en: <http://www.sff.net/people/K-Mac/trigger.htm>). Al mismo tiempo, una variedad de grupos de noticias de Internet (de [rec.aviation.military](http://rec.aviation.military) a [talk.politics.guns](http://talk.politics.guns)) ofrece una lista internacional de expertos voluntarios y un tapiz de pasiones y filosofías en conflicto.

Entre las muchas personas que brindaron ayuda cortésmente a los autores están George Whidden del Institute for Advanced Study; doctor Rick Langolf; Daniel K. Jarrell; comandante Colé Pierce, USN (retirado); doctor Graham P. Collins; mayor Billy Harvey, USAF (retirado); Jeff Crowell; teniente coronel Les Matheson, USAF; Paul J. Adam; Robert Brown; Todd Euner; Scott Rosenthal; y Urban Fredriksson. Por cierto, no son responsables por ningún abuso de su amabilidad y conocimientos, tampoco por los consejos no escuchados.

Por último, el agradecimiento más cálido es para aquéllos más próximos, los amigos queridos y la familia que proporcionó ayuda y confort a través de la larga gestación de *Factor detonante*. Su contribución a nuestro esfuerzo ha sido —y sigue siendo— innumerable e inestimable.

*Michael P. Kube-McDowell*

## **Dramatis personae**

### *Laboratorios de Terabyte:*

Karl Brohier, director.

Jeffrey Alan Horton, director asociado.

Gordon Greene, ingeniero electromecánico.

Leigh Thayer, especialista en sistemas de información experimental.

Donovan King, jefe de seguridad.

Val Bowden, físico del pabellón anexo.

### *En Washington D. C.*

Senador Grover Wilman, fundador de Razón Sobre la Locura.

Presidente Mark Breland.

Richard Nolby, secretario de la presidencia.

Roland Stepak, secretario de Defensa.

Richard Carrero, secretario de Estado.

Doran Douglas, procuradora general.

Aimee Rochet, directora de relaciones públicas.

Edgar Mills, director del FBI.

Jacob Hilger, director de la Agencia de Inteligencia de Defensa.

### *Otros:*

Aron Goldstein, propietario de Aurum Industries y principal inversor en Laboratorios Terabyte.

John Samuel Trent, presidente de la Asociación Nacional del Rifle.

Jules Merchant, presidente del contratista militar Allied General.

Philby Lancaster, abogado de la Asociación Nacional del Rifle.

Robert Wilkins, comandante regional del Ejército del Pueblo de la Justicia Virtuosa.

## Prólogo: Los elegidos

Con resignación, Jeffrey Horton inspeccionó el desorden en la segunda habitación llena de aparatos de computación que él y su compañero de habitación llamaban chistosamente, burlándose de sí mismos, el Agujero Negro.

Había disquetes y cintas desparramados debajo de las mesas y sobre ellas, y un CD-ROM, mortalmente herido, estaba enganchado bajo la ruedita de una silla. Partes de computadora de primera generación y de equipamiento para pruebas formaban montones precarios de metal y plástico en los rincones. Había una maraña de cables en el asiento de Horton, y un estante vencido y muy recargado de libros y manuales asomaba por sobre el gran monitor como una espada de Damocles.

El nivel de caos del Agujero Negro era tal que sólo a un fanático de los aparatos podía gustarle; la mayoría de los amigos de Horton tenían por lo menos una habitación así. Pero era evidente por los ficheros que rebasaban de fichas en el medio del suelo que Hal había frecuentado los lugares de intercambio electrónico de Silicon Valley durante las semanas en que Horton había estado afuera.

—Si está roto, yo lo puedo arreglar. Si funciona, lo puedo usar. —Ése era el lema de Hal. Era difícil para él decir no a cualquier ganga de mercado de chips, fuera un refractómetro a cincuenta dólares, un láser de argón a cien dólares o una computadora de la época de Windows, completa, a veinticinco dólares. De algún modo, el Agujero Negro lo absorbía todo.

Resistiendo a la tentación de meter mano a las cajas para evaluar los últimos hallazgos de Hal, Horton salió de la habitación y cerró firmemente la puerta. El montón de ropa sucia sobre su cama y la acumulación de elementos reciclables en el balcón del departamento eran más importantes que luchar contra la entropía, en un lugar que el dueño de la casa llamaba con malhumor «un patio de salvamento sin autorización».

Fue entonces cuando Horton oyó que alguien tocaba la puerta del departamento. El golpe sonó cortante e impaciente, como si hubiera estado tocando por un rato, lo cual era posible ya que competía con el ruido blanco de la añosa máquina lavavajillas, que ronroneaba y retumbaba en la diminuta cocina.

En su apuro por abrir, Horton apenas echó un vistazo al monitor del pasillo el tiempo lo suficiente para ver que quien estaba llamando era un hombre de cabellos plateados en un largo saco de paño. Abrió las dos cerraduras y abrió apenas la puerta.

—Hola. ¿Está...? —empezó el hombre. Luego se incorporó y mostró una amplia sonrisa—. Bueno, aquí estás.

Horton miraba atónito en silencio ese rostro que no tenía nada que hacer en la puerta de su departamento.

—Usted es Karl Brohier —dijo, parpadeando y moviendo la cabeza. No tenía



información acerca de cómo debía comportarse frente a un Premio Nóbel que aparecía a su puerta como un misionero, y volvió a decir—: ¡Usted es Karl Brohier!

—Sí —dijo el nombre, inclinando levemente la cabeza—. Y tú eres Jeffrey Alan Horton. —Hizo un gesto con la botella de vino que llevaba en la mano—. ¿Puedo pasar?

—Oh, claro, por supuesto, doctor Brohier —dijo Horton retrocediendo un paso y abriendo totalmente la puerta.

—Karl —lo corrigió el visitante.

Horton no se podía permitir esa confianza tan presumida, y entonces se limitó a asentir con la cabeza.

—Le pido disculpas por este desorden. Recién llego después de estar afuera durante casi tres meses.

—Lo sé. —Brohier entró bruscamente en la habitación—. ¿Qué te pareció el Oeste Medio?

—Bueno... no iba preparado para una nevada en primavera.

Brohier masculló algo, divertido, y buscó un lugar para sentarse.

—¿Y Marsh Tolliver? ¿Cómo estaba?

Tolliver era el director del Laboratorio Nacional de Superconductores de Ciclotrón en la Universidad del Estado de Michigan, adonde Horton fue para intercambiar 600 horas de servicio como voluntario por 60 minutos de ciclotrón que necesitaba para su tesis doctoral.

—Bueno, tiene unas expectativas muy altas —dijo Horton.

—Eres demasiado educado —dijo Brohier mientras se sentaba en la única silla de cocina que no tenía una pila de cartas encima—. Es la enfermedad de los estudiantes. Ya la superarás.

—Pero yo...

—Tolliver es un burócrata, un ídolo de lata que pasa por científico, algo que por desgracia es muy frecuente en las posiciones altas de los puestos de gobierno. Todo el buen trabajo que sale del Laboratorio Nacional de Superconductores de Ciclotrón se debe a Ginger Frantala, la subdirectora. Estoy seguro de que el profesor Huang le habló a ella para concertar tu visita. ¿Pudiste obtener lo que querías durante tu estancia allí?

No parecía haber nada acerca de él que Brohier no supiera.

—Los resultados apoyan mi tesis.

—Excelente. No veo la hora de verlos. ¿Vas a publicarlos?

—¿En una revista donde se selecciona el material? No creo que merezca...

—Oh, ya lo creo que sí. Por lo que me dijo el Viejo Tigre... —dijo Brohier—. «Viejo Tigre». A él le encanta ese apodo. No estaría de más que te las arreglaras para que él te oyera casualmente llamarlo de esa manera. —Brohier ahogó una risa—.

Envía tu artículo a la revista *Physical Letters B*. Yo estoy en el comité de selección de artículos, y podría leerlo como corresponde.

—Pero, doctor Brohier...

—Karl —insistió el visitante.

Una fugaz sonrisa apareció en el rostro de Horton, y luego asintió.

—Karl, usted está frente a una persona muy confundida. Quiero decir, es un gran honor conocerlo. He leído sus artículos, y me alegré mucho cuando le dieron el Premio Nóbel. Considero un honor tener esta conversación...

Brohier movió el brazo, como para cortar los elogios.

—Ya tengo sesenta y siete años, Jeffrey. ¿Qué me quieres decir?

—¿Por qué vino acá? —Horton hacía amplios movimientos con los brazos—. Discúlpeme, pero es como si Miss Universo apareciera en la residencia de una fraternidad...

Brohier estalló en una carcajada, y sus rasgos teatrales se aflojaron.

—Y como si viniera a invitar al presidente a salir...

—Exacto —dijo Horton—. Tan poco probable como eso.

—La vida es poco probable, pero es real. Vine a preguntarte qué vas a hacer en los próximos diez años —dijo Brohier—. Si no tienes nada mejor que hacer, ¿vendrías a trabajar para mí?

—¿Cómo?

—El Premio Nobel abre muchas puertas, realmente, y no sólo las tuyas. Hace menos de un año, un hombre muy visionario llamado Aron Goldstein me propuso establecer un nuevo centro de investigación. Le dije que había sólo una manera en que podría hacerlo: si me dejaba reunir las mejores mentes jóvenes, y darles las herramientas y la libertad de investigar lo que ellos pensaran que tenía futuro.

—Suena como una escuela de postgrado sin títulos.

Horton sonrió.

—Le dije que no quería dirigir una fábrica de aparatitos preocupada por las ganancias, sino que creía que lo que necesitamos es una fábrica de ideas que trabaje en los límites, que pueda ampliar los límites.

—La ciencia nueva crea oportunidades nuevas.

—Así es. Siempre ha sido así. Le dije que no me comprometería en un plan de negocios, que no podía decirle con qué nos encontraríamos o cuánto valdría, que no podía prometerle nada concreto. Luego me preguntó cuánto dinero había hecho de mis patentes y licencias de memoria de estado sólido, y le conté. Dijo que era suficiente para él, y cerramos el trato.

»En alrededor de cinco meses me pondré el sombrero de administrador y abriré las puertas de un campus de investigación de cinco kilómetros cuadrados y medio que está en construcción en las afueras de Columbus, Ohio. Me gustaría tenerte allí desde

el primer día. ¿Te interesa?

—Sólo dígame a quién tengo que matar —dijo Horton.

Brohier sonrió, satisfecho.

—En esta botella hay un corcho —dijo, mostrando el vino—. ¿Por casualidad hay en este departamento un sacacorchos?

—Había uno antes de irme.

—Entonces intenta ubicarlo, y mataremos juntos este excelente Burdeos... y de paso algunas de nuestras células grises. Bienvenido a Laboratorios Terabyte, Jeffrey. Empieza a pensar sobre qué quieres trabajar después. —Los ojos de Brohier brillaban con un indisimulado orgullo—. Y hazte a la idea de que estás por convertirte en la envidia de todos aquéllos que desearían poder llamarse tus iguales.

# I: GATILLO

## 1: Anomalía

—Vox —le dijo Jeffrey Alan Horton a su auto. El indicador del comando de voz se encendió en el panel de instrumentos y un menú apareció en el parabrisas—. Noticias, nacionales.

—... Se espera que el procurador general del Estado John Woo finalmente decida cuándo se iniciará el juicio por asesinato, ya pospuesto dos veces, contra Melvin Hills y otros ocho miembros del grupo antiabortista Asesinos de Dios. Los acusados se enfrentan a cinco cargos por asesinato en el feroz ataque a las instalaciones de Paternidad Planificada en San Leandro.

—Les prometemos a los acusados un juicio justo; a la corte, un juicio seguro, y a las víctimas una condena justa.

—Este inusitado juicio virtual se va a realizar por completo a través de la G2Net. El juez, los miembros del jurado, los fiscales y los abogados defensores se encontrarán dispersos en lugares secretos. En enero, se excusó al primer jurado cuando varios de sus miembros recibieron amenazas de muerte...

—Vox —dijo Horton—. Noticias, locales.

—... Aquéllos que proporcionan servicios de salud para mujeres del área de Columbus no se mostraron dispuestos a debatir medidas adicionales de seguridad, pero la subcomisaria Jeanne Ryberg prometió «máxima vigilancia» durante el juicio.

—Sabemos de qué son capaces los Asesinos de Dios y no permitiremos que se salgan con la suya aquí...

Horton suspiró. Si bien el juicio de San Leandro no había comenzado aún, ya estaba cansado de oír sobre él. Pero la historia estaba recibiendo una enorme cobertura y la única manera de evitarla era manteniéndose alejado de los programas de noticias durante todo el mes siguiente.

—Vox. Apagar radio —dijo al mismo tiempo que hizo girar el volante hacia la derecha para tomar la avenida Shanahan.

Era el momento del año y el tipo de mañana límpida de Ohio cuando el sol se elevaba directamente sobre las calles que van en dirección este-oeste como una bola de fuego, saludando a los conductores con un brillo deslumbrador.

En algún momento en el último día y medio, Jeffrey Alan Horton había puesto en el lugar equivocado sus lentes de uso habitual. Sus ojos, todavía con sueño, extrañaban mucho los anteojos espejados mientras hacía los tres últimos kilómetros por la avenida Shanahan. Intentando esquivar el sol y haciendo sombra sobre sus ojos

con la mano, Horton se sintió aliviado cuando finalmente llegó a la entrada arbolada del campus de Laboratorios Terabyte.

Con un generoso colchón de bosques y un parque que separaba el complejo de investigación del barrio que lo rodeaba, la entrada al complejo se asemejaba más a la de un parque que a un centro de ciencia aplicada de primer nivel. Para mantener la ilusión, la seguridad en el perímetro era discreta. No había portones ni guardias ni barreras, apenas un cartel no muy llamativo.

Pero las apariencias eran engañosas. Cien metros más adentro el camino se estrechaba para seguir a los visitantes a distancia, y pasando esa calle un sensor de pavimento examinaba la parte de abajo del auto de Horton, un Honda Passport, y un transmisor a la vera del camino se dirigía a su radio-tarjeta de identificación.

Horton sabía por experiencia lo que podía ocurrir si no pasaba alguno de los dos controles: sería interceptado apenas después de la primera curva por una barrera de acero que se levantaría desde el camino y aparecería un jeep amarillo de seguridad. Si alguien trataba de avanzar o de entrar en el campus por el parque sería recibido por las armas del pequeño grupo de seguridad y su característica falta de humor profesional.

Al comienzo, Horton no estaba demasiado de acuerdo con la seguridad. Se oponía a la insistencia de Brohier en denominar «campus» a las instalaciones de Terabyte, debido a que las cercas y los puestos de control no habían sido parte de la experiencia universitaria de Horton en Stanford, Purdue o el estado de Tennessee. Sin embargo, últimamente había comenzado a apreciar la calma vigilancia del personal de seguridad, en especial después de que el laboratorio recibió un paquete bomba de «Ned Ludd» en un envío de suministros de oficina.

Ahora, Horton ya conocía todos los rostros y nombres de pila de los guardias. A su vez, le representaban una presencia reconfortante cuando, como sucedía a menudo, trabajaba muy temprano, muy tarde o durante los fines de semana. El único problema que Horton tuvo con ellos fue durante su primer invierno en Terabyte, cuando, un día en que su auto estaba en el taller para una reparación de frenos, llegó al trabajo en el Saturn eléctrico de su novia que no estaba registrado.

*Su novia...* ésas eran dos palabras que Horton no usaba desde hacía mucho tiempo. Su última relación seria había sido con Kelly Braddock, en Stanford. Durante el año y medio que salieron, nunca tomaron la decisión de irse a vivir juntos, pero entre la precaria situación emocional y la actitud defensiva de Kelly y su osado desenfado sexual, esa relación le consumió tanto espacio y energía como las relaciones de convivencia a sus amigos. Para cuando Karl Brohier apareció en su puerta, Horton había empezado a cansarse. Ya estaba evitando a Kelly y contemplaba la posibilidad de interrumpir la relación.

La oferta de Brohier le resolvió ese problema, si bien no de la manera en que

Horton esperaba que lo hiciera. Unas semanas más tarde, Kelly anunció que había obtenido una beca en la Universidad de Texas. Eso le permitió abandonar Palo Alto un mes antes que Horton. De esa forma, se demostró a sí misma que no había puesto en riesgo su independencia por haberse acostado con él. Se despidieron sin lágrimas ni promesas concretas.

Por un tiempo, siguieron comunicándose por Internet. Pero el sexo por la red les resultó un insatisfactorio sustituto del sexo real. Más aún, se dieron cuenta de que el sexo real constituía la energía aglutinante de su relación. Ante la ausencia de la lujuria, poco quedaba que evitara que se alejaran el uno del otro y, en unos pocos meses, se convirtieron en «viejos amigos», camino a transformarse en simples extraños.

De todos modos, la desaparición de Kelly de la vida de Horton lo privaba de una agradable pasión y un reconfortante factor sorpresa. Hizo algunos esfuerzos poco fructíferos y poco entusiastas por reemplazar ambos.

De las varias relaciones que mantuvo ese primer año, la unión con Moira, la dueña del Saturn, fue la que duró más tiempo. Moira, una sociable nativa de Toledo, de treinta años de edad, que vivía en el edificio de Horton, tenía bastante de la fogosidad de Kelly pero era más suave y complaciente. Sin embargo, carecía del entusiasmo de Kelly por la independencia, y su principal ambición era una muy anticuada: casarse y tener hijos. Esperó muy poco tiempo antes de empezar a hablar sobre la posibilidad de comprar una casa juntos. Cuando supo que Horton no compartía sus ambiciones, no perdió más tiempo con él.

Desde entonces, más por inercia que por decisión, Horton había permitido que su trabajo lo absorbiera por completo. Sus momentos de ocio se limitaban a visitas a un polígono de tiro o al cine, además de un viaje durante un fin de semana cada año para recorrer a pie un parque nacional. Sus relaciones sociales más allá del trabajo se limitaban al chateo por Internet y a dos o tres visitas a sus padres en su nueva casa de Columbia, Carolina del Sur.

Se decía a sí mismo que no le importaba su soltería, que el trabajo era suficiente... pero no tenía a nadie lo suficientemente cerca como para que desafiara esa teoría. Se decía que no le importaba dormir solo, comer solo, viajar solo, pero la verdad era que tampoco lo disfrutaba mucho.

Se decía que habría más tiempo, más risas, una vida más plena en el futuro, cuando hubiera tenido la oportunidad de demostrar que servía en lo que hacía, cuando el trabajo y el ocio se repartieran en un mayor equilibrio. Sin embargo, ya hacía seis años que venía repitiéndose lo mismo. En un mes cumpliría treinta años y de repente entrevió la posibilidad de que su vida siguiera siendo como hasta ahora cuando cumpliera treinta y cinco, cuarenta y más también.

El catalizador de toda esta melancolía, Horton sabía, era el experimento

programado para esa mañana. Y el mejor antídoto en el que Horton podía pensar era en un éxito largo tiempo esperado.

Al final del camino serpenteante estaba la principal playa de estacionamiento y la puerta que daba al complejo cercado de Terabyte. Como director asociado, Horton tenía derecho a uno de los lugares de estacionamiento dentro de la doble valla. Dirigió el Passport hacia la puerta mientras bajaba su ventanilla.

—Buenos días, doctor Horton. No esperaba verlo de nuevo por la mañana —dijo Eric nariz torcida, quien estaba de guardia cuando Horton se fue a las tres de la mañana—. ¿Esa siesta le sirvió de algo?

—No mucho —le respondió Horton, haciendo un esfuerzo por sonreír—. ¿Oyó algo sobre los arreglos?

—Acabo de hablar con el jefe. Estaremos listos a las siete y cuarto —respondió Eric—. Excepto por mi presencia y la de Tim, su equipo tiene todo el campus a su disposición. El ingeniero comenzará a retirar los sistemas no esenciales a las siete. Lo haremos en el mayor de los silencios posibles.

—Gracias —le dijo Horton y asintió. Luego, avanzó.

—Buena suerte —le deseó Eric.

Horton esbozó una sonrisa. Suerte. Su equipo había tenido un montón de suerte, pero siempre mala.

El trabajo teórico y de diseño del Bebé había insumido casi un año, y la construcción del aparato para el experimento había llevado poco menos de seis meses. Ahora, más de dos años después, el equipo tenía todavía que terminar con éxito una serie de pruebas. Había ocurrido un incendio, deficiencias de computación, problemas de alimentación y una serie de incomprensibles problemas que finalmente hicieron que tuvieran que volver a diseñar en gran parte el detector, construir parcialmente el emisor dos veces y reemplazar la mayor parte del dispositivo de prueba y de medición.

Con toda seguridad, el proyecto era de avanzada. Era un trabajo en territorio inexplorado, y debían esperarse algunos reveses. Pero aun en la atmósfera apacible de Terabyte, Horton se sentía presionado, sobre todo por sí mismo. Si realmente había gastado los últimos cuarenta meses y cuarenta millones de la fortuna de Aron Goldstein persiguiendo una quimera, Horton podía hacer esa evaluación y clausurar el proyecto. Y si el laboratorio 1 no producía algunos resultados positivos pronto, Horton podría ser forzado exactamente a eso, y a admitir que se había equivocado.

Las ecuaciones Hong-Jaekel-Mussermann de campo unificado habían significado el cambio de paradigma que la física teórica había anhelado durante el último tercio del siglo xx. Los cosmólogos se apresuraron por abrazar el llamado «sistema CERN», ya que éste proveía soluciones atractivas tanto para el problema de la desaparición de masa y la paradoja de expansión de edad.

Pero la física misma quedó patas arriba y se sumergió en la vorágine de la revolución científica. La reputación de algunos se desmoronó como un rey caído, y surgieron nuevos héroes anónimos para guiar el camino. Los últimos cinco premios Nóbel en física fueron dados por trabajo con el sistema CERN, y nadie creía que ése fuera el final de la cadena. Era un momento apasionante para ser físico.

Horton habría podido perderlo. Si los Estados Unidos hubieran construido su superacelerador como previsto, los elementos esenciales del sistema CERN podrían haber sido revelados casi dos décadas antes. Y si existían los medios para hacerlo, alguien ya hubiera hecho lo que Horton estaba intentando hacer. La ventana de la oportunidad se habría cerrado antes de que Horton hubiera terminado la escuela primaria. La nueva historia de la física se escribía a un ritmo asombroso.

Pero el Congreso de los Estados Unidos, una institución que históricamente fue abundante en abogados pero escasa de visión, había cancelado el superacelerador cuando era poco más que un agujero en el llano de Texas. Irónicamente, la falta de miras del Congreso había dado la oportunidad a Horton, si él y su equipo podían enseñar a caminar al bebé.

Cuatro años antes, en el congreso de la Sociedad Americana de Física en Honolulu sobre el sistema CERN, Horton se había dado cuenta de que una de las ecuaciones de campo en el nuevo paradigma daba lugar a (aunque no requería) un fenómeno hasta entonces tíó observado. Jeff Horton intentaba entonces la emisión inducida de gravitones, las minúsculas partículas elementales que eran los vectores de la gravedad universal.

Las ecuaciones que él, por su parte, llevaba a cabo indicaban que lo que era impensable en la antigua física era quizá posible en la nueva: construir algo análogo a un láser para la gravedad. Aunque un dispositivo tal todavía aguardaba su demostración, ya tenía un nombre, heredado de las historias de la ciencia ficción, donde se había convertido en parte del aparato tecnológico: el rayo transportador.

Y no terminaría ahí. La gravedad artificial para vuelos espaciales de larga duración, para la propulsión sin fricción, para grúas de techo sin cables y sin partes móviles, cámaras de gravedad cero en la tierra... Horton y Brohier ya tenían una lista de más de doscientas aplicaciones patentables.

Cuando el Bebé llegara a la mayoría de edad, todos querrían jugar con él.

Pero Horton no podía pensar que él era el único físico que hubiera mirado sin prejuicios las ecuaciones del equipo del CERN y percibido la misma oportunidad. Vivía con el temor de conectarse con el servidor de Los Álamos, mirar los nuevos artículos sobre nueva física de alta energía, y de encontrar a su descubrimiento hecho realidad en las palabras y ecuaciones de otro.

Temía esa posibilidad tanto como la de estar equivocado, y de que todos hubieran estado perdiendo el tiempo.



Las luces en el laboratorio Davisson del Centro Planck ya estaban encendidas, puesto que los dos directores asociados del proyecto ya disponían los preparativos para la prueba.

El doctor Gordon Greene estaba tendido boca arriba en el suelo, medio escondido tras la plataforma del transformador, que tenía el tamaño de una heladera, del generador de campo. A su lado se veía un extremo de una bolsa de herramientas descolorida y manchada, y también el número 4 en el panel de Faraday.

La doctora Leigh Thayer estaba sentada en una silla con el respaldo frente a sí, ante la consola de recolección de datos, acariciándose la nuca con una mano mientras examinaba los dos indicadores de datos. Estaba de espaldas a Horton cuando éste entró en la habitación.

De muchas maneras, Gordie y Lee eran diametralmente opuestos. La tez de él era oscura y recubría un cuerpo de boxeador de peso mediano; ella era alta, de tez clara y delgada. Las cortas raíces de la familia de Gordie se remontaban a Nkrumah de Ghana y habían sido regadas en gran medida con la esperanza, mientras que las profundas raíces de ella se remontaban a los elegantes mercaderes de Inglaterra que alguna vez habían entregado como parte de pago a sus ancestros. Él era las calles de Oakland, California, y ella era los refinados suburbios de Connecticut. Él necesitó una beca estatal para asistir a la universidad, mientras que ella pudo elegir entre las universidades más prestigiosas antes de decidirse por Cornell.

Pero tenían en común el haber podido desafiar las expectativas de su entorno. Gordie se había destacado tanto en la universidad como para poder acceder a los programas para graduados en ingeniería electromecánica en CalTech. Después de un año, Lee decidió que tanto Cornell como sus compañeros de estudio eran un absoluto tedio y, despreciando el chantaje financiero de sus padres, se transfirió al Politécnico Rensselaer, con el firme propósito de «ensuciarme un poco las manos». Incluso el sobrenombre elegido por ella era una manera de rechazar lo que Lee denominaba «afectaciones de las familias de dinero».

Horton sabía que era afortunado al haberlos atrapado. Gordie había ingresado en Terabyte después de que Hugues ITT cerró su empresa de prototipos para favorecer los prototipos virtuales. Y Lee, ocho años mayor que Horton, se había desilusionado en Fermilab después de que tres proyectos consecutivos fueron víctimas de un hachazo presupuestario.

—Gordie, Lee, ¿alguno de ustedes volvió a su casa? —preguntó Horton mientras dejaba su portafolio en un extremo de su mesa de trabajo.

Thayer levantó la mano.

—Yo sí —respondió sin mirar a Horton—. Me di una ducha, me cambié la ropa interior, junté mis fetiches y amuletos de buena suerte y me vine directamente a terminar de calibrar los detectores.

—¿Y tú, Gordie?

—Me dormí una siesta de dos horas en su oficina —dijo Greene desde debajo del aparato—. Tuve una pesadilla con otro fuego en la plataforma del transformador, así que decidí echar un vistazo a todo otra vez.

—¿Estoy percibiendo un aire de superstición infiltrada? —preguntó Horton con una sonrisa inquisitiva—. No importa, no me respondan, tengo que ir a encender una vela en la gruta de Niels Bohr.

Greene ahogó una risa.

—¡Cuéntanos de tus exóticos fetiches!

—Eres un ser patéticamente vulgar —dijo Thayer moviendo la cabeza—. Si no fueras el mejor golpeador de metales que he conocido te haría echar.

—Tú me quieres —le respondió Gordie, clavando sus talones en el suelo y arrastrándose de la plataforma del transformador—. Me doy cuenta. Si no, ¿por qué te cambiarías la ropa interior?

—Eres un troglodita.

—Y tú una actriz.

—¿Ves con qué me las tengo que ver cuando no estás aquí, jefe? —Thayer hizo girar su silla—. Si esta criatura y yo perteneciéramos a la misma especie, podría elevar una queja de acoso sexual tan grande como su ego.

—Al escucharlos, se ve que les hace falta unas diez horas de sueño —dijo Horton—. En camas separadas —agregó enseguida—. Me pregunto si no deberíamos posponer esto hasta mañana, y volver frescos...

—Jefe, yo espero irme de aquí en tres horas y dormir una semana —dijo Thayer negando con la cabeza—. O ir a casa y emborracharme una semana, depende. En cualquiera de los dos casos...

—Bueno, no me gustaría tener que pedirte que cambies tus planes —dijo Horton con una sonrisa torcida—. Gordie, ¿qué te parece? ¿Estaremos listos para la partida?

—Bastante.

—Se supone que tú debes decir «Doctor Horton, le aseguro que hoy es el día».

—Puedo asegurar que si se rompe hoy, será algo que nunca se ha roto antes. ¿Eso alcanza?

—Supongo que tendrá que alcanzar —dijo Horton con impaciencia—. Lee, ¿cuánto tiempo más necesitas?

—Estoy lista. Todos los registradores están sincronizados, y todos los sensores están en cero. Estoy mirando solamente para asegurarme de que Gordie no arruine todo mi laborioso trabajo en el último minuto.

—¿Gordie?

—Diez minutos para terminar de vestir al Bebé. Luego podemos empezar a calentar el generador en cualquier momento.

Horton echó un vistazo al reloj sobre su mesa de trabajo.

—Muy bien. Necesito ir abajo a buscar un poco de cafeína y azúcar, y actualizar el diario del experimento antes de olvidar lo que hicimos anoche. Empecemos a revisar los pasos del experimento a las 07:15, para empezar las series de pruebas a las 07:30.

—¿El doctor Brohier viene? —preguntó Thayer.

Una sonrisa triste apareció en el rostro de Horton.

—Dijo que se daría una vuelta por acá esta vez, y que como estuvo presente en todos los desastres anteriores, quizá nos traía mala suerte. Estoy seguro de que estaba hablando metafóricamente, no metafísicamente...

—Y yo estoy segura de que no quería levantarse tan temprano —dijo Thayer con desdén—. Yo, que tengo menos de la mitad de su edad, no quiero estar levantada tan temprano.

—Algo me dice que va a lamentar no haber estado aquí —dijo Greene, y se recostó boca arriba y desapareció bajo la máquina con el panel de Faraday en la mano—. No me pregunten cómo lo sé —continuó con una voz que se asemejaba a la de una película de terror—. Hay un poder desconocido que maneja los hilos de mi conciencia, una inexplicable compulsión de mis pensamientos... De repente, estoy en manos de una fuerza misteriosa e irresistible...

—Testosterona —murmuró Thayer.

Horton lanzó una carcajada, y fue en busca de una rosquilla.

En principio, por lo menos, el detector primario era la simplicidad misma.

El objetivo era identificar una mínima y temporaria variación local en la atracción gravitacional entre el objeto y el emisor. El método consistía en medir el desvío del objeto mismo, que era una cortina de cintas extremadamente finas, hechas cada una de un diferente metal elemental.

En teoría, cuando el objeto era sometido al barrido completo de la radiación electromagnética, de kilohercios a gigahercios, de rayos X de onda larga a onda corta, producidos por la antena emisora, la combinación mágica de material y frecuencia haría que cada una de las cintas se contrajera hacia la antena. Horton no podía predecir cuáles serían las frecuencias mágicas. Sus ecuaciones requerían una constante teórica que no podía ser derivada, sino que tenía que ser determinada experimentalmente.

En la práctica, cuanto más sensible era el detector más frágil era, y más frágil a la influencia externa. Aun la corriente de aire creada por alguien que pasara caminando era más fuerte en varios órdenes de magnitud que la estimación más optimista de Brohier del efecto de arrastre a nivel de fuerza experimental. El primer grupo de cintas fue desgarrado por la mitad por la vibración cuando alguien chocó contra la mesa de trabajo donde se lo estaba ensamblando.

Desde entonces se había hecho todo lo posible para aislar el detector. Fue encerrado en una gruesa campana de vidrio de la que se evacuó el aire hasta lograr una fracción infinitesimal de la presión normal del aire. Luego todo el montaje fue sujetado rígidamente a un cubo de tres toneladas de granito negro de Ohio que flotaba sobre un colchón de aceite.

Brohier entró un día en el laboratorio, donde halló a Horton, Greene y Thayer reunidos en círculo alrededor del cubo de granito, saltando con fuerza sobre él. Con su característica serenidad, comenzó a silbar el tema *Zarathustra* de 2001, *Odisea del espacio* mientras se retiraba sin decir una palabra al pasillo.

Horton se rio como no lo había hecho en mucho tiempo.

—¿Gordie?

—El suministro de energía es constante y está estable. Dedos cruzados, estamos listos.

—¿Lee?

—El panel está en cero, en todos los sensores. Sin supersticiones.

Horton miró rápidamente hacia el detector, ahora oculto a su vista por un semicírculo de pantallas portátiles de radiación.

—Adelante. Secuenciador de arranque.

—Registradores en marcha —informó Lee desde su puesto.

—Energía de salida al cinco por ciento —dijo Gordie un momento después—. Frecuencia de salida a 100 hercios y en ascenso.

Horton se reclinó en su silla giratoria, los codos apoyados en los brazos, con las manos sobre la falda. El experimento estaba ahora bajo el control de un programa llamado Mano Firme, que corría en Alfa 3 en la consola de Lee. Indiferente tanto a la angustia como a la ansiedad, Mano Firme se ocupaba de las tareas fundamentales de mantener la energía de salida constante en cada paso de la serie, y asegurar un barrido lento y suave a través del espectro operacional del emisor.

Nadie dijo una palabra durante varios minutos. Thayer y Horton estaban mirando atentamente los indicadores de datos que se actualizaban a cada instante ante ellos. Ambos podían detener el secuenciador por un instante o finalizar la prueba con sólo mover un dedo.

—Llegando a la muesca infrarroja —anunció Lee.

Horton asintió. Debido al problema de calentamiento de las cintas, que eran delgadas como un tisú, se debía saltar gran parte del espectro infrarrojo.

—Acá va el primer espectro.

Desde atrás de las pantallas de radiación llegó un brillo de luz roja pálida. La luz cambió rápidamente hacia el naranja y siguió transformándose hasta que desapareció con un tono de violeta pálido.

—Comenzando la serie de rayos X —dijo Thayer.

—Espero que la ropa interior que te pusiste sea de plomo —dijo Gordie.

—Nunca lo sabrás —respondió animadamente—. Jefe, todo me parece que está bien y estable por ahora.

—A mí también. Pero no me molestaría ver alguna contracción aquí o allá en algún momento.

—¿Hizo alguna apuesta consigo mismo acerca de dónde va a ocurrir?

—El extremo inferior, las longitudes de onda muy largas. El doctor Brohier piensa exactamente lo contrario. Cree que el emisor no puede alcanzar las frecuencias necesarias, hasta alrededor de 10 en el segundo 20. Como el espectro intermedio ha sido tan estudiado, es muy probable que uno de nosotros esté en lo cierto...

—Primer intento completado —lo interrumpió Thayer—. Resultados negativos.

—Por lo menos terminamos el primer intento —dijo Gordie—. Energía de salida ahora al diez por ciento. Una vez más tengo una sensación...

—Ya hemos pasado por esto —dijo Thayer con desconfianza—. No me voy a entusiasmar hasta que no hayamos superado el mejor nivel logrado antes.

Eso era a los veintiocho minutos y seis segundos, o casi tres intentos completos, desde el experimento del 12 de diciembre. Ese intento terminó cuando el acondicionador de energía de estado sólido falló, lo que provocó en Mano Firme un estado avanzado de parálisis digital.

—Llegando a la muesca infrarroja —dijo Thayer con voz serena.

Horton asintió.

Un arco iris relumbró en el techo del laboratorio.

—Me pregunto si en este momento no habrá algún físico francés sentado en el salón de control del CERN —dijo Greene, como pensando en voz alta—, bombeando partículas Z en una nebulosa protoestelar simulada y terminando con eso su artículo sobre gravedad inducida.

Horton giró su silla hacia Greene y se encogió de hombros.

—Si es así, más poder para ellos, y no es chiste. Si se descubre que hacen falta bosones pesados para bombear un láser de gravedad, no seremos nosotros quienes lo hagamos. Fermilab, CERN, KEK, hasta Stanford y Brookhaven<sup>[1]</sup> lo harán. Nosotros no podemos llegar hasta ahí, y no podemos competir con ellos.

—Todavía creo que perdimos una apuesta al no hacer un trato con alguno de los pequeños laboratorios de alta energía —dijo Greene—. Siempre hay alguien que busca dinero. Macdonald, Elettra. Escuché que Protvino está en venta.

—Tú solamente quieres tener la oportunidad de jugar con un trillón de electrovoltios —dijo Thayer.

—¿Y quién no?

Horton se puso de pie y se estiró.

—Yo no. Eso no nos ayudaría. Yo busco un efecto que se pueda aplicar en el

mundo real. La física de los primeros tres segundos del universo no es de uso práctico para nadie. Si nosotros... —Horton se interrumpió en la mitad de la frase y se inclinó hacia el indicador de datos—. ¿Qué diablos es eso?

Thayer miró los datos confundida, y acercó su silla a la consola de control.

—Es como un temblor de tierra. Mire el sismógrafo.

Antes de que Horton pudiera responder, una alarma estridente se oyó en la habitación desde el intercomunicador del laboratorio.

—¿Qué es eso? ¿El aviso de cierre? —Horton miraba sorprendido la puerta del laboratorio—. Vuelvan a poner todo como estaba al principio de este intento —ordenó levantando la voz sobre la alarma—. Confirмен sus calibraciones...

La voz de Horton competía ahora no con la alarma, sino con otra voz.

—A todo el personal de laboratorio. Les habla Seguridad. Está en vigencia un cierre precautorio del campus. Se han invocado protocolos de aislamiento para energía y comunicación.

—Y aquí está el problema —dijo Greene con fastidio.

—Por favor, permanezcan en sus lugares. No abandonen el edificio. Manténganse alejados de las ventanas.

Cuando Horton llegó a la puerta del laboratorio, la barra de datos de la cerradura electrónica ya estaba roja, y la puerta misma era imposible de mover. Manoteó el teléfono que estaba al lado en la pared y marcó con fuerza los dos dígitos del código de emergencia para llamar a Seguridad. Sonó extraordinariamente once veces antes de que atendieran.

—Habla el doctor Horton. ¿Qué pasa?

—Doctor Horton, habla Tim Bartel. ¿Están todos bien, usted y su equipo?

—Estamos bien.

—¿Dónde están en este momento?

—Laboratorio Davisson, en el Centro Planck.

—Por favor, quédense allí, doctor Horton. Iremos a buscarlos tan pronto como estemos seguros de que no hay peligro.

—¡Maldición, dígame por favor qué ocurre!

El hombre de Seguridad titubeó.

—Hubo una explosión.

—¿Qué pasó? ¿Una bomba?

—¡Qué horror! —exclamó Greene, al enterarse de lo que sucedía.

—No sé qué la provocó —dijo Bartel con calma—. Hay dos focos de incendio y algunos heridos. Creemos que ya está todo bajo control, pero por favor quédense allí hasta que estemos seguros. —La línea quedó muerta, y la comunicación se cortó.

Horton volvió a poner el teléfono en el aparato y lanzó un suspiro de exasperación. Sus hombros se hundieron. Se volvió hacia los rostros expectantes de

sus colaboradores y dijo con cansancio:

—Apaguen todo. Hemos terminado por hoy.

## 2: Misterio

San Juan, Puerto Rico. Nueve explosiones sacudieron a Puerto Rico durante la noche del martes. Falleció una persona y tres resultaron heridas. Las bombas destruyeron un puente de ferrocarril y dañaron un depósito de ómnibus y la subestación de energía que abastece al fuerte Buchanan, sede del Ejército de los Estados Unidos del sur. La demostración de poderío por parte de los Macheteros a favor de la independencia coincidió con el aniversario de la invasión de los Estados Unidos a la isla durante la Guerra Hispano-Estadounidense.

*Historia completa - Declaración del gobernador Harrod*

El cierre precautorio finalizó después de dos horas. Esto le permitió a Jeffrey Horton abandonar el Centro Planck. En la puerta, se encontró con un olor ácido de algo quemado, o que estaba quemándose, y con Donovan King, el jefe de seguridad de Terabyte, en su jeep amarillo.

—El doctor Brohier lo aguarda en el portón —le informó King—. Súbase porque quiero mostrarles el alcance de los daños.

Horton se subió al asiento trasero.

—¿Qué sucedió?

—No tengo la menor idea —respondió King al tiempo que el jeep arrancó con una sacudida.

—¿Era una bomba?

—No tengo la menor idea.

La respuesta de King fue tajante. Era un veterano flaco y bronceado que había pasado diez años en la Fuerza Aérea de los Estados Unidos y dieciséis como consultor en seguridad privada. En ese tiempo había tenido que enfrentar una amplia gama de peligros, desde mártires milenaristas y traficantes de armas del Tercer Mundo hasta maridos engañados y piratas informáticos de corporaciones. Dado que todos estaban tan seguros de que era absolutamente competente en su trabajo, el hecho de que se mostrara perturbado era motivo de preocupación para ellos.

—¿Hay heridos?

—Doctor Horton, comprendo su impaciencia, pero preferiría esperar al doctor Brohier y darles un informe a ambos.

Horton no manifestó objeción alguna. Se distrajo con la delgada nube de humo que se veía hacia el noroeste. Un montículo con pasto le impedía ver de dónde provenía o calcular la distancia, pero el olor en el aire le decía que estaba cerca.

No les llevó mucho tiempo llegar al portón y recoger a Brohier. El director estaba



inusitadamente desaliñado, sin corbata ni chaqueta, y un indómito mechón de cabello le caía sobre la oreja izquierda. Pero saludó a Horton con una sonrisa relajada.

—Me alegra saber que tú y tu gente están bien, Jeffrey. Señor King, ¿cómo se encuentra el señor Fleet?

—En cuanto pude, mandé a Charlie al hospital para saber cómo estaba Eric —respondió King—. Pero todavía no llamó.

—Bien —dijo Brohier y con torpeza se acomodó en el asiento del acompañante—. ¿Por qué no me explica qué sucedió aquí?

Primero se detuvieron ante los restos humeantes del cobertizo del encargado de mantenimiento. La pequeña estructura cubierta de tierra estaba destruida; habían desaparecido el techo de hormigón, la cubierta externa de tierra y el césped. Sus contenidos formaban una maraña ennegrecida; la puerta yacía a treinta metros de distancia, retorcida y doblada. En las cercanías, un encargado de mantenimiento custodiaba la zona junto a la bomba de incendio: un generador de espuma montado sobre un chasis Hummer.

—¿Qué estaba Eric haciendo aquí? —preguntó Horton mientras miraba los restos del tractor—. Cuando llegué, estaba en el portón.

—Todavía estaba en el tractor cuando se produjo la explosión —dijo King—. Nunca regresó aquí.

—No entiendo.

—Yo tampoco —dijo King—. Esperen que les muestre el resto.

King luego los llevó al portón principal.

—Eric estaba en el cobertizo —dijo, gesticulando—. No hay nada para ver, excepto una marca chamuscada en el piso. Eric terminó con quemaduras desde la cadera hasta la rodilla. Su pierna luce como si la hubieran quemado con un soplete. En mi oficina tengo lo que quedó de su arma. Aparentemente, sus heridas más graves fueron provocadas por el nailon de la funda del arma al derretirse.

—¡Dios mío! —exclamó Brohier—. ¿Esto lo causaron las esquirlas de la explosión?

—El cobertizo está intacto, doctor Brohier. No tiene agujeros en el techo ni vidrios rotos...

—Entonces, ¿qué pasó? Se prendió fuego a sí mismo. Quizás estaba encendiendo un cigarrillo cuando estalló la bomba.

—Eric no fuma —dijo Horton.

—¿No?

—No —repitió King.

—Entonces, ¿qué sucedió?

—Cuando entremos les voy a mostrar el vídeo de seguridad. Quizás ustedes puedan darme una explicación.

Pero primero el jefe de seguridad los hizo pasar junto a la carcasa calcinada de un sedán de dos puertas en el predio exterior, a tres filas al sur del portón.

—No había mucho personal cuando todo estalló —explicó King—. Les dimos prioridad a Eric y al cobertizo. Los hombres no llegaron aquí hasta que el auto ya estaba completamente incendiado.

—Así debe ser como Eric resultó herido —dijo Brohier—. Tiene que haber habido dos bombas: una aquí adelante y la otra atrás. Seguramente Eric estaba revisando el auto.

—No —lo corrigió King—. Espere a ver el resto.

—¿Hay más?

King los llevó hasta el lado oeste del Centro Edison, el extenso edificio de servicios administrativos, y los condujo hasta al garaje de la oficina de seguridad, donde estaba siempre estacionada la bomba de incendio cuando no se usaba. Allí les mostró la ennegrecida caja entre los asientos delanteros de un jeep amarillo que se encontraba estacionado en un rincón, acordonado con cinta plástica roja. El interior del jeep estaba cubierto de un polvo arenoso blanco que Horton pensó que provenía de un extintor químico.

—Pudimos mantener esto entre nosotros —dijo King—. Jack estaba en la patrulla Número Tres esta mañana. Estaba respondiendo al llamado por la explosión en el estacionamiento trasero y tratando de alcanzar el arma, que estaba en la caja. Terminó quemándose la mano con la tapa de la caja. Creo que sé con qué nos encontraremos cuando abramos la caja: está firmemente sellada, con un candado y un vacío parcial en el interior.

—Estoy confundido: ¿cómo se relacionan todos estos hechos? —preguntó Brohier frunciendo el entrecejo.

—Espero que ustedes puedan explicármelo —manifestó King.

La mente de Horton trabajaba a toda velocidad.

—Su gente usa la Glock 17, ¿verdad?

King asintió con la cabeza.

—¿Algo especial con respecto a las municiones?

—¿Además del hecho de que parece haber ocurrido un disparo masivo que no logro comprender? No. Es una Remington estándar nueve milímetros. No son las nuestras.

—De todos modos, no vendría mal revisar el resto de la caja...

—No vendría mal, pero no lo vamos a hacer. Si me siguen a la oficina, voy a explicarles por qué.

Minutos después, se encontraban en la sala de equipamiento del laboratorio de seguridad, contemplando con incredulidad la puerta retorcida de la caja de seguridad de las armas. Ni el agua de los aspersores para incendio ni los ventiladores que

servían para secar la habitación habían podido dispersar el olor a pólvora quemada.

—¿El fuego se inició dentro de la caja de seguridad? —preguntó Brohier.

—Así parece.

Brohier sacudió la cabeza.

—Necesito una taza de café. Señor King, ¿por qué no se reúne con nosotros en mi oficina en media hora? Traiga el arma del señor Fleet y cualquier otro elemento que pueda conseguir. Ponga a alguien a trabajar en esa caja. Creo que necesitamos ver qué hay en el interior.

—Un forense va a venir durante la mañana. Prefiero no tocarla hasta ese momento.

Brohier asintió y estuvo de acuerdo a regañadientes.

—Nos vemos en media hora.

—Jefe, algo más. La inspectora de incendios está esperando que la llame. ¿Qué quiere que les diga a las autoridades? ¿Les doy información o los mantengo a distancia?

—Depende, señor King. ¿Estamos frente a un delito o a un accidente?

—En este momento, jefe, la verdad es que no sé.

—Entonces, ¿por qué no lo mantenemos en secreto por ahora? Yo me encargo de los de afuera.

King asintió mostrando aprobación.

—Estoy de acuerdo.

Una de las cualidades de Karl Brohier que Horton más admiraba era su calma eficiencia durante una crisis. Si bien Brohier no logró ni siquiera tomar un café antes de que volviera Donovan King, sí pudo hacer ocho llamadas telefónicas: a la inspectora de incendios, a dos miembros del consejo de la ciudad, al editor en jefe del *Columbus Dispatch*, al jefe de personal de Terabyte, al agente de seguros del laboratorio, al jefe del Centro Médico Olentangy y al canal de televisión local, que estaba mostrando imágenes en vivo del orificio humeante en la parte trasera del laboratorio, desde un móvil ubicado detrás de la cerca.

Lo más sorprendente fue que logró lo que se propuso de cada una de las llamadas: básicamente, libertad de acción.

—¿Cómo está el señor Fleet? —Brohier le preguntó a King cuando los tres se sentaron.

—Todavía estoy esperando noticias del hospital, pero los médicos fueron optimistas —respondió King—. Quizá deban hacerle algunos injertos, lo cual no es nada agradable. Probablemente no se dé cuenta de lo afortunado que fue. Veamos la grabación obtenida por las cámaras.

Brohier y Horton se mantuvieron en silencio mientras las imágenes iban apareciendo en la pantalla doble. No había ningún vehículo en la puerta, ni rastros de

algún extraño. En un momento Fleet estaba sentado en la caseta, tomando un café. Luego la funda de la pistola en el muslo derecho pareció estallar en un único estruendo atronador con una llamarada amarilla ardiente. El guardia se sacudía frenéticamente y gritaba, hasta que chocó pesadamente sobre el escritorio de metal de seguridad, y luego contra la pared lateral antes de caer contra la puerta y finalmente sobre el pavimento.

—Dios mío —exclamó Brohier, poniéndose pálido.

—Esto no debería haber ocurrido —dijo Horton mientras movía la cabeza—. En mi vida vi algo así.

—No, de ninguna manera —dijo King—. Parecería como si hubieran salido los diecisiete disparos (es decir, todo el cartucho, incluyendo un tiro encapsulado). El arma está destrozada. La culata se quemó casi por completo. La funda de la pistola se incendió, al igual que los pantalones de Eric.

—El cobre no tiene por sí mismo la fuerza suficiente para contener el tipo de presión de gas que produce la pólvora al arder —explicó Horton—. El cartucho se abre y se ventila antes de que la bala adquiera algún ímpetu.

—Entonces, ¿qué provocó la explosión?

—No hubo una explosión —dijo King—. Lo que hubo aquí es un fogonazo alimentado por la pólvora dentro de la empuñadura del arma. Por unos segundos, fue una antorcha en lugar de un arma.

—¿Cómo sabe que eso es lo que ocurrió?

King señaló el extremo superior izquierdo de la pantalla que mostraba el interior.

—Eric guarda su segundo cargador en el escritorio, puesto que no le gusta llevar el peso en su cinturón.

—¿Los dos cargadores se dispararon? —preguntó Horton, incrédulo.

—Les mostraré de nuevo la grabación. Pueden ver el fogonazo, y que la tapa del escritorio salta, y luego el humo que sale de las juntas.

—Es absurdo —dijo Horton moviendo la cabeza.

—¿Y el auto bomba?

King asintió.

—Quizás ésa no sea la elección más afortunada de palabras. ¿Ha visto lo que quedó del vehículo?

—Sí, al venir acá —dijo Brohier.

—Apenas lo avisté —dijo Horton.

—Tengo una grabación de una cámara de seguridad también de eso. Miren aquí.

La cámara iba tomando lentamente el predio casi vacío cuando hubo un fogonazo brillante dentro de un sedán blanco estacionado en el frente. El auto pareció saltar en su lugar, y el parabrisas y ambas ventanas del lado del pasajero explotaron con una nube de humo gris y negro que se demoraba sobre el techo en el aire quieto. Luego

aparecieron las primeras lenguas de fuego, arremetiendo a toda velocidad. En unos instantes, el interior del sedán había sido devorado por completo, y la nube de humo se volvió negra por la combustión de los materiales sintéticos.

King apagó la grabación.

—Aproximadamente tres minutos después, la gasolina del tanque explotó, con los resultados que ya conocemos. Por suerte, no había nadie intentando apagar el incendio, ya que fuimos a asistir a Eric primero.

—¿Cuál ocurrió primero? —preguntó Brohier—. ¿Los disparos, o el incendio del auto?

—Ninguno —dijo King—. De acuerdo con los registros de tiempo en las grabaciones, ocurrieron al mismo tiempo, exactamente, sin diferencia de segundos. Se puede oír el arma de Eric en la grabación de audio desde el predio de estacionamiento. Y se puede ver el resplandor inicial desde el auto como una sombra momentánea en la grabación de vídeo desde la caseta.

—No puede pensar que una tiene que ver con la otra —dijo Horton.

—No sé qué pensar —dijo King—. Todo el asunto es muy extraño.

—¿De quién es el auto? —preguntó Horton.

—De su asistente, el doctor Gordon Greene. Creo que ahora puede ser un buen momento para hacerle unas preguntas y ver qué luz puede echar sobre todo esto.

—Por supuesto —dijo Brohier, asintiendo con un gesto—. Llámenlo.

King asintió.

—Quizá debería enviar a alguien para que lo traiga hasta aquí, por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —preguntó Horton.

—Por si acaso quiere escapar —respondió King sin alterar su mirada fija ni su tono de voz.

—Esto no tiene sentido. ¿Qué sospecha exactamente de él?

—No lo sé realmente. Pero tengo un amigo en terapia intensiva porque algo extraño ocurrió con su arma. Y Greene es el inventor de su equipo, ¿no? Esa gente de la Universidad Tecnológica de California, ¿no son conocidos por hacer travesuras?

—Es mi ingeniero experimental —dijo Horton con vehemencia—. Pero si usted piensa que él deliberadamente pondría en peligro...

—Está bien, Jeff —interrumpió Brohier—. Todos estamos buscando respuestas a lo que ocurrió. Señor King, por favor, levante el cierre y pídale al doctor Greene que venga aquí. Veamos si él sabe algo más que nosotros.

—Jefe —dijo Greene, haciendo un gesto en dirección a Horton—. Doctor Brohier. ¿Qué ocurre?

—Tenemos un vídeo de seguridad del incidente de hoy a la mañana —dijo King—. Nos gustaría que lo mire y nos cuente lo que pueda.

Greene se encogió de hombros y se deslizó a un asiento a la izquierda del

monitor.

—¿Éste no es el sector B? Yo pensaba que los disparos habían sido en la puerta.

—Esto es el sector B, efectivamente —dijo King, quitando la pausa de la imagen.

—Sí, tiene que ser... ahí está mi auto, ahí. El blanco.

—Míralo atentamente —dijo Horton despacio.

—¿Qué quiere decir? Yo, ay, ay... no, ay, madre de Dios... —Sus ojos se abrieron de la sorpresa cuando el primer relámpago y la primera ráfaga de humo aparecieron dentro de la cabina. Luego su rostro adquirió una expresión de apenada incredulidad—. Maldición. Jefe, ¡mire eso! Todavía me quedan dos años más de cuotas para terminar de pagarlo.

Nadie dijo una palabra ni sonrió. Con los puños cerrados y sobre la mesa que tenía frente a sí, Greene miraba en silencio el resto de la grabación. Luego, cuando la exhibición del vídeo terminó en otra escena en pausa, dejó caer su frente sobre los puños, en una muestra expresiva de dolor.

—¿Tiene alguna idea de lo que ocurrió? —preguntó King.

Greene levantó la cabeza y se dejó caer sobre la silla, lanzando un gran soplido sobre su mano cerrada.

—Sí. Tennessee.

—¿Qué?

—Atravesé Tennessee con el auto, cuando viajé para ver a mi hermano Brandon y su hija recién nacida en Navidad —explicó Greene con un suspiro—. Ustedes conocen la cantidad de negocios de fuegos artificiales en todas las salidas de la autopista, uno mayor que el otro, más espléndido y con carteles que anuncian que es más barato que el anterior. —Movió la cabeza con desasosiego—. Tenía veinte dólares de petardos en la guantera y cincuenta dólares de fuegos artificiales bajo el asiento del pasajero.

King lo miró fijamente, levantando una ceja.

—¿En Navidad? ¿Y por qué estaban todavía en el auto?

—Porque todavía no se me había ocurrido dónde los podría utilizar. Son todos completamente ilegales aquí, en Ohio, por si no lo sabían. Malditos fuegos ilegales... —se lamentó—. Mi compañía de seguros probablemente utilizará eso como excusa para no aceptar mi reclamo.

—¿Tiene alguna idea de por qué estos fuegos artificiales se dispararon?

Greene negó con la cabeza, sin decir una palabra.

—¿Cómo estaban guardados? ¿Pueden haberse humedecido?

—Estaban todavía en la bolsa de plástico. Yo ni siquiera los había abierto. —Y agregó a modo de disculpa—: Mis vecinos viven muy cerca, y no son particularmente tolerantes a los ruidos molestos. Yo quería guardar los fuegos artificiales para cuando Julián y yo fuéramos a la cabaña de sus padres en el Lago Negro, en el fin de semana

del homenaje de los soldados caídos en campaña. —Greene miró al jefe de seguridad, y dijo—: ¿Mis fuegos hirieron al guardia?

King movió la cabeza, los labios firmemente apretados.

—No. Parece que no.

—¿Puedo decir eso a mi compañía de seguros? —preguntó Greene al tiempo que se ponía de pie.

Brohier respondió.

—Doctor Greene, como un favor personal, le pediría que usted pospusiera el informe de su pérdida por el momento. Creo que no necesitamos a terceros haciendo preguntas cuando no podemos responder las propias.

—Pero ¿no han informado ya a la policía, o no lo harán pronto? —preguntó Horton—. Yo pensaba que los hospitales tenían que dar parte a la policía por todas las heridas de arma de fuego.

—Sí —dijo Brohier—. Afortunadamente, tengo una buena relación con el doctor Giova de Olentangy, quien aceptó mis garantías de que no hay evidencia de que esto no fuera un accidente. No habrá investigación policial a menos que yo les diga algo diferente.

King asintió.

—Muy bien.

—Bueno, si todos están distorsionando los hechos, creo que yo puedo hacer lo mismo —dijo Greene—. Esperemos, por un tiempo.

—Gracias, doctor. Preséntese ante el señor King mañana, por favor —dijo Brohier—. Por el momento, pase por la oficina de servicios antes de irse. El gerente le dará las llaves de uno de los vehículos del laboratorio, como préstamo temporal.

Greene se mostró sorprendido.

—Gracias —dijo, y se volvió hacia la puerta—. Jefe, ¿preparamos todo para hacer el experimento mañana?

—No lo sé todavía —respondió Horton.

—Yo sí lo sé —dijo Brohier—. Nadie volverá a trabajar hasta que no esté todo en claro.

—¿Jefe?

Horton asintió.

—Haremos lo que él dice.

—Está bien. Recogeré mi almuerzo y me iré a casa.

Después de que Greene salió, King y Brohier cruzaron una mirada.

—Dos armas, un cobertizo, una caja de seguridad con armas y una caja de fuegos artificiales —Brohier recitó—. ¿Puede establecer alguna relación, señor King? ¿Puede relacionar alguna persona o grupo con los cinco incidentes?

—No. No me gusta decirlo, pero sería difícil que cualquiera que no pertenece a

mi equipo pudiera acceder a las armas o a la caja de seguridad —dijo King y se levantó—. Quizá sea mejor que yo hable con Eric y Charlie.

—Avíseme cualquier novedad.

Después de que el jefe de seguridad se fue, Brohier se volvió hacia Horton.

—Bien, ¿qué piensas?

—No tengo la más pálida idea —dijo Horton.

Brohier sonrió mientras cerraba su carpeta.

—Diles a los tuyos que se vayan a su casa. Y luego síguelos hasta la puerta. Voy a cerrar el laboratorio hasta mañana por la mañana para dejar que la gente de Donovan haga su trabajo. Donovan, tú y yo nos encontraremos a las 07:00 para decidir qué hacer.

—Muy bien —dijo Horton—. Será raro estar en casa antes de la noche un día de semana. No sabré qué hacer.

—No lo creo —dijo Brohier—. Ah, Jeff, otra cosa.

—¿Qué?

—El tuyo era el único experimento cuando estalló el infierno. Piensa un poco en eso cuando estés intentando recuperar el sueño.

Para ser mediodía a mitad de la semana, el campo de tiro al aire libre de cien metros del Club Deportivo de Buck-eye estaba inusualmente tranquilo. Solamente tres de las casetas de tiro estaban ocupadas, dos por mujeres que practicaban con armas automáticas de 9 milímetros, y una por un caballero de cabello gris que arriesgaba su rifle de palanca, un clásico Winchester 94.

Jeff Horton escogió la caseta más alejada de los otros tiradores, ubicó sobre el mostrador la caja negra de tapas duras que llevaba y empezó a desempacar su pistola de competición. La Olympia Hammerli-Walther, con su exótica apariencia, llamaba la atención de la gente más de lo que Horton quería, pero era la única arma que tenía... y un arma mejor que la que él jamás se hubiera comprado.

Veinte años antes, el padre de Horton, al darse cuenta del entusiasmo de sus hijos en el puesto de tiro en una feria de diversiones del condado de Minnesota, decidió canalizar ese entusiasmo en una actividad familiar. Entonces adquirió una carabina Marlin de segunda mano, una económica automática Browning y se asoció a un club de tiro. Así, los Horton se convirtieron en tiradores al blanco aficionados, o «tiroteadores».

Todos habían participado, hasta mamá, quien prefería el rifle y las largas distancias, y Tom, el hermano menor de Jeff, quien llegó a ser sorprendentemente bueno en tiro con velocidad antes de cumplir los diez años. Pero la hermana mayor de Jeff, Pamela, había mostrado un talento con mayores aspiraciones. Firme, de aguda vista e imbatible en las competencias, Pamela ganó un campeonato juvenil a los diecisiete, y se abrió paso hasta los últimos dos equipos olímpicos de tiro de los



Estados Unidos. La Olympia era un arma que ella ya había superado, y se la había pasado a Jeff como regalo cuatro años antes.

Según él mismo lo admitía, Horton no era muy buen tirador. Pero los rituales del tiro tenían para él una reconfortante y hasta nostálgica familiaridad, y la concentración exigida por la engañosamente simple tarea ejercía un efecto calmante y hasta clarificador en su mente siempre activa. Era su forma de meditación, y, a veces, su válvula de escape para la frustración. Esa tarde Horton estaba en el campo de tiro por ambas razones, y se quedó más de lo habitual. Solamente cuando se le acabaron todos y cada uno de los sesenta cartuchos que tenía la caja de su pistola permitió que los hechos de la mañana volvieran a sus pensamientos.

«¿Qué quiso decir, doctor Brohier? ¿Cómo es que pudimos ser nosotros los responsables?»

Mientras salía, Horton se detuvo en la tienda del club y se dirigió al gerente de ésta, un antiguo marine.

—Bobby —dijo Horton—, ¿puedo hablarte un minuto?

—Hola, doctor Hache. Veo que todavía andas con la cerbatana. Sabes, algún día me gustaría ayudarte a gastar un poco en un arma verdadera.

—Algún día —prometió Horton—. Tengo una pregunta un poco extraña que hacerte. Digamos que quieres convertir a una automática (una Glock, por ejemplo) en una trampa explosiva, de modo que todo el cargador saliera a la vez. ¿Sería posible?

La pregunta provocó una mirada inquisitiva.

—¿Por qué querrías hacer algo así?

—No quiero, realmente. Pero escuché contar en una fiesta que eso le ocurrió a alguien, y no pude imaginarme cómo se podría hacer.

—No lo sé. Usando una Glock como pararrayos, quizás. Aunque sería mucho mejor intentarlo con una Colt ACP, puesto que tiene más metal. ¿Estás seguro de que escuchaste esta historia?

—Estoy seguro —dijo Horton—. ¿Podría hacerse algo en el cargador, ponerle algún pequeño mecanismo con un martillo, o un clavo?

El gerente lo miraba frunciendo el ceño y movía la cabeza, no muy convencido.

—No hay lugar. Y el peso te delataría, aun si pudieras hacerlo. No podría engañar a nadie que conociera su arma. Alguien debe de haber estado contando cuentos. Algún borracho se tomó un vinacho, si me disculpas el juego de palabras.

—Lo intentaré. Gracias, de todos modos.

Horton empezó a darse vuelta hacia la salida, con aire distraído.

—No hay problema. ¿Necesitas más carga para hoy?

—¿Qué?

—Dejas una linda pila de metal allí —dijo el gerente con un gesto de su pulgar—. Me preguntaba si necesitabas reabastecimiento.

—No —dijo Horton—. Espera... sí. ¿Tienes cartuchos calibre 22?

El gerente se mostró sorprendido.

—Claro. Material de pistola de principiantes. Pero no querrás poner eso en tu Olympia. Solamente te ensuciará el cañón.

—Lo sé —dijo Horton—. Vamos, dame una caja.

La casa de tres pisos de Karl Brohier en la «comunidad ejecutiva» se asomaba de los montes Clermont. Tenía un parque de césped lo suficientemente grande como para organizar un campeonato de críquet, y un bosque lo suficientemente grande en el fondo como para esconder un rebaño de ciervos. Pero Brohier por lo general parecía más incómodo que orgulloso de ella ante sus visitas. Más de una vez Horton lo había escuchado explicar cómo la casa de sus padres en Vermont se había vendido por una suma tan elevada que no le había quedado otra alternativa. O bien tenía que comprar una «mansión de mendigos» en Columbus, o bien pagar la mitad de su valor al gobierno en contribuciones de Estabilización del Seguro Social, es decir, el nuevo impuesto que reembolsaba los fondos de las propiedades del recipiente.

—Mi padre era un conservador de Nueva Inglaterra chapado a la antigua, y nunca hubiera estado a favor de eso —había explicado Brohier—. Nunca me habría perdonado si yo hubiera dividido su herencia con nuestros amigos de Washington.

Esa tarde, Brohier recibió a su inesperado visitante en zapatos de tenis, shorts amarillo claro, y una camiseta enorme con una caricatura de Sidney Harris del doctor Quark. El director no se mostró sorprendido ante la presencia de Horton en el umbral.

—Vamos a caminar —propuso, haciendo un gesto con la mano hacia el parque—. Mi médico dice que tengo casi cuatro kilos de sobrepeso, e insiste en que transpire un poco cuatro veces por semana.

—Su médico es un tirano —dijo Horton, tratando de alcanzar a Brohier—. Conozco gente treinta años menor que usted que mataría por estar tan en forma.

—Mi médico tiene treinta años menos que yo —dijo Brohier con una risa calma.

—¿Y eso no le parece un poco perturbador?

—Es muy probable que cualquier médico de mi edad que no se haya retirado a Nuevo México a gastar una abultada cuenta de retiro no sea un muy buen médico —dijo Brohier—. Además, ¿querrías ser atendido por alguien que recibió su educación básica en el siglo xx?

Fue Horton quien rio esta vez.

—Puesto de ese modo...

—Exactamente —dijo Brohier—. Para tener la receta de una vida larga y feliz hay que consultar a filósofos viejos y médicos jóvenes, y asociarse con viejos amigos y mujeres jóvenes. Y como yo no soy ninguno de éstos, ¿qué te trae por aquí esta noche?

—El accidente de esta mañana, y el chiste que usted hizo después —dijo Horton

—. ¿Qué otra cosa podría ser? Doctor Brohier, ¿usted pensaría que yo estoy loco si le digo que creo que mi experimento podría haber causado el accidente?

—¿Tienes algún fundamentó teórico para esa idea?

—En absoluto —reconoció Horton—. Apenas una coincidencia de diversos factores combinada con una anomalía.

—¿Y cuál es la coincidencia?

—Que tanto los fuegos artificiales de Gordie como el arma de Eric se comportaron de manera anómala exactamente en el mismo segundo. No me importa lo que piense el señor King: ninguno causó el accidente del otro. Y lo único fuera de lo normal esa mañana era nuestro experimento. Apenas habíamos llegado al cuarenta por ciento, y era la primera vez que habíamos alcanzado ese nivel. —Horton se interrumpió súbitamente—. ¿No dice nada?

Jadeando un poco, Brohier se detuvo y se dirigió a Horton.

—Vas bien sin mí.

—¿Estoy loco, o aquí hay algo que vale la pena investigar?

—No deberíamos pasar por alto una anomalía —dijo Brohier—. ¿Conoces la historia de Auguste de Tocquard?

Horton lo miró extrañado, y negó con la cabeza.

—Era un científico de fines del siglo XIX. Estaba construyendo y experimentando con tubos de descarga de alto voltaje. Un día se dio cuenta de que las placas fotográficas no expuestas se arruinaban cuando eran almacenadas cerca de los tubos. Así que las alejó un poco, para preservarlas. Luego continuó con sus experimentos.

—Y se perdió la oportunidad de descubrir los rayos X —dijo Horton, con una sonrisa sorprendida.

—Lo cual hubiera revolucionado la ciencia de su época —completó Brohier—. No sé lo que ocurre aquí, Jeffrey, y por lo que has dicho, tampoco tú lo sabes. Pero quizá también nosotros nos hayamos topado con algo nuevo. La pregunta que debemos responder ahora es ¿y ahora qué?

Horton asintió, entusiasmado.

—El trabajo teórico es un callejón sin salida. Faltan demasiadas piezas. Y no estoy muy seguro de nada, excepto de que también nos falta el contexto. Quiero que reabra el laboratorio. Quiero convocar a mi equipo y ver si lo podemos hacer de nuevo.

—Sí, tenemos que saber eso antes que nada —dijo Brohier—. Pero ¿no te parece que quizá podamos hacerlo juntos, sin el equipo? Esta noche, en privado.

—¿Por qué?

—Porque temo que ambos nos estemos dejando llevar por una ilusión —dijo Brohier—, y estemos por ponernos en ridículo como solo los viejos tontos y los jóvenes soñadores pueden hacerlo. Y si es así, prefiero que sea nuestro secreto. Y si

no, bien, también podemos preferir que sea nuestro secreto, al menos por un tiempo.

Le llevó sólo cinco minutos a Horton diseñar la disposición del sensor para la segunda prueba, y apenas quince minutos construirlo. El sensor había sido el poste de una cerca abandonado de la construcción de un tabique de su porche, y llegó al laboratorio colgando de la ventanilla de la derecha de su auto como un perro al que el viento hacía mover las orejas.

En tanto que Brohier supervisaba las puertas y los puntos de inspección, Horton cargó la madera hasta el laboratorio sobre su hombro. Los dos hombres arrastraron una mesa pesada hasta el radio de salida del emisor, luego aseguraron el poste con tornillos. Luego, mientras Brohier miraba, Horton ubicó un cartucho calibre 22 en cada uno de los agujeros que había hecho a veinticinco centímetros a lo largo del poste. La mayor parte de los cartuchos entraron cómodamente en los agujeros, hundiéndose hasta que solamente el disco rebordeado del extremo del cartucho era visible. El último tuvo que ser forzado, y solamente entró hasta la mitad.

—¿Trajiste un chaleco antibalas para mí también? —preguntó Brohier, mirando de reojo el trabajo de Horton—. «Premio Nobel hallado muerto con un palo de madera clavado en el corazón...»

Horton lo miró frunciendo el ceño.

—Quizá debería sacar ése.

—Quizá, sí —dijo Brohier—. Y mientras lo haces, voy a llevar el resto de esa caja de metralla a los guardias, y voy a explicarles que quiero que ellos, sus armas y la metralla estén al pie de la entrada principal durante la próxima media hora. ¿Será tiempo suficiente?

—Debería alcanzar —dijo Horton—. No tenemos que hacer ninguna de esas engorrosas calibraciones para este intento. Necesitamos solamente tener suerte, o no.

Cuando Brohier volvió, los indicadores de ambas consolas estaban activados, y la plataforma de energía del aparato de pruebas lanzaba un zumbido claramente audible. Horton hacía los ajustes finales en la cámara digital compacta que había instalado sobre un trípode en un rincón.

—¡Ah! —dijo Brohier—. Ese incómodo asunto de tener pruebas. ¿O piensas documentar nuestro deceso?

—Pienso que si lo que espero que va a ocurrir ocurre, voy a necesitar sentarme y mirar la grabación unas cuantas veces antes de que yo lo crea —dijo Horton. Se incorporó y dio un paso atrás desde la cámara—. Creo que estamos completamente listos.

—Casi —dijo Brohier, y le alcanzó a Horton un par de anteojos de seguridad y un paquete de tapones de espuma para los oídos—. Y pienso que me quedaré ahí, detrás del puesto de Lee. No estoy tan ansioso por perder esos kilos de más como para estar más cerca.

Horton lanzó una risita nerviosa, luego se instaló en su silla. Apuntó un diminuto control remoto hacia la cámara, y una luz roja empezó a titilar sobre sus lentes.

—19 de mayo, a las 02:19 a. m., laboratorio Davisson, Centro Planck, campus Corporación Terabyte, Columbus, Ohio. Están presentes el doctor Karl Brohier, director, y el doctor Jeffrey Horton, director asociado. Ésta es una prueba de la hipótesis gatillo concerniente a los accidentes del 18 de mayo.

—¡Oh, excelente! No estás en la CNN, y yo no voy a vivir para siempre. Empecemos, vamos. Aprieta el maldito botón.

Un poco ruborizado, Horton se volvió hacia su consola.

—Comenzando al diez por ciento, baja frecuencia.

La descarga que vino a continuación hizo a Horton saltar de su asiento. Con el corazón galopando y un zumbido en los oídos, giró en su silla para ver hilos de humo blanco que salían de cuatro agujeros partidos. Dos de las envolturas brillantes de cobre aún bailaban y daban saltitos por el piso. Plink, plink, plink. Una tercera podía verse enterrada en la blanda teja del techo.

Brohier miraba sorprendido, sin dar crédito a sus ojos.

—Qué diablos... qué diablos...

Todavía temblando, Horton logró salir, manoteó de la mesada el paquete de tapones para los oídos y rompió el envoltorio. Los tapones cayeron en sus manos, y se los puso en los orificios auditivos con el febril afán de quien se da cuenta tarde de algo. Su garganta estaba seca como un hueso, y durante unos momentos fue tan incapaz de hablar como si le hubieran cortado la lengua.

—Au... —Tragó saliva y volvió a intentarlo—. Au... aumentando energía, un décimo por ciento por segundo. —Introdujo los cambios, luego se volvió hacia el experimento antes de ejecutarlos.

Esta vez lo vio: el relámpago rojo y amarillo, la envoltura brillante de cobre que salió volando contra el cielo raso, la pequeña nube con forma de hongo, gris y blanca, de gases propulsores, la cobertura que se desplomaba al suelo. ¡Blam! Plink, plink, plink...

Pocos segundos después volvió a ocurrir. ¡Blam! Plink, plink, plink...

Completamente maravillados, Brohier y Horton cruzaron miradas por un instante, buscando confirmación, seguridad, celebración. Los ojos de Horton parecían preguntar «¿Es esto realmente posible?». Los de Brohier mostraban veneración, como si hubiera abandonado hacía mucho tiempo la esperanza de que el universo lo sorprendiera.

¡Blam! Plink, plink, plink...

¡Blam! Plink, plink, plink...

Se repitió lo mismo por toda la línea hasta que la última cobertura desapareció. En ese punto, los monitores de Horton le indicaron que el emisor estaba a menos del

15 por ciento de capacidad.

—Un rango amplio para llegar hasta la puerta y el estacionamiento —dijo Horton, garabateando un cálculo en su administrador de información personal—. Aun si este efecto sigue la regla del cuadrado inverso.

—Fue como si hubiéramos ido bajando la línea y golpeándolos con un martillo —dijo Brohier, maravillado. Se abrió paso hasta la silla más cercana y se dejó caer en ella. Pasándose los dedos por las cejas, dijo con una voz temblorosa—: Doctor Horton, la próxima vez que lo veas, dile a Gordie que la corporación va a reemplazar su auto.

### 3: Augurio

Windsor, Carolina del Norte. La policía informó que hay pocas pistas en el horrible triple asesinato en una tienda de materiales en Be-Lo. Las grabaciones de cámaras de seguridad del crimen muestran cómo dos asaltantes enmascarados ataron a sus seis víctimas con cinta para tubos, hicieron una pila con ellos y luego les dispararon «como si tuvieran todo el tiempo del mundo», de acuerdo con fuentes policiales.

*Historia completa*

El campus de Terabyte Corporation en Columbus permaneció oficialmente cerrado durante diecinueve días. Pero cuando finalmente lo reabrieron, fue inmediatamente claro para quienes volvían a su lugar de trabajo que el campus no había estado sin actividad durante ese tiempo.

—Los marroncitos estuvieron ocupados, con toda seguridad —dijo Gordon Greene, mirando con curiosidad la ventana de la derecha del Skystar cuadrado de la doctora Leigh Thayer.

—¿Marroncitos?

—O quienquiera que hizo todos esos zapatos para el zapatero mientras éste dormía.

Ésa fue la reacción de Greene ante la visión de un nuevo guardia y una nueva puerta en el camino principal, al lado del nuevo predio de estacionamiento de asfalto negro que había sido tomado de lo que fue un campo con césped con algunos árboles.

Cerca de la caseta del guardia, y tapando lo que había sido el sendero de salida del camino principal, había una nueva dársena de carga. Monolitos de concreto flanqueaban el sendero de distribución, que en ese momento estaba ocupado por un furgón de carga marrón de Seguridad UPS. En la dársena, del lado del campus, había un remolque plano acomodado contra la pared, y dos hombres en uniformes de seguridad pasaban paquetes de un camión al otro.

La puerta y la dársena de carga estaban una a cada lado de una nueva cerca que separaba Terabyte de la avenida Shanahan.

—Parece como si no fueran a permitir de aquí en más que ningún vehículo que viene de afuera esté estacionado en ningún lugar cerca de los laboratorios —dijo Lee.

—Me parece que están exagerando un poquito, ¿no crees?

La suposición de Leigh fue confirmada un momento después por los dos guardias de la puerta, quienes los condujeron al estacionamiento.

—Doctora Leigh Thayer, espacio 8 —dijo el primer oficial, fijando la correspondiente calcomanía en la parte interior del parabrisas—. Doctor Greene,

cuando tenga su nuevo auto estará en el espacio 9. Puede esperar por un chofer-escolta en el pabellón.

El guardia señaló bruscamente con su pulgar en dirección de un recinto cubierto y con paredes de plexiglás que estaba unos pocos metros más allá de un pasillo de seguridad como el que hay en los aeropuertos. Al lado del recinto había unos carros endoselados que no hubieran estado fuera de lugar en una cancha de golf (o, como Greene pensó, en un episodio de *El prisionero*).

—Creo que hay algo que todavía no sabemos —dijo Lee, mirando atentamente el parabrisas del Skystar—. Vamos hasta allá y averigüemos si ellos tienen intenciones de contarnos.

Antes de que pudieran pasar por el portón, Lee y Gordie tuvieron que entregar sus antiguas tarjetas de identificación de Terabyte para recibir unas tarjetas nuevas y más grandes que se llevaban en una cadenita alrededor del cuello.

—Si hubiera querido usar un collar de ovejas habría ido a trabajar a IBM —gruñó Greene mientras cruzaban rumbo al pabellón.

Otra afrenta menor los esperaba en el pabellón. No estaban autorizados a subir solos hasta los laboratorios. Eso requería una llave especial, otorgada solamente al «escolta», en este caso una mujer de unos treinta años con hombros de atleta y mirada amigable pero cautelosamente alerta.

Ni Lee ni Gordie intentaron hablar sobre el zumbido de los motores eléctricos del vehículo que los llevaba y del viento que fustigaba la cubierta. Pero a mitad de camino, Gordie señaló en silencio la extraña pistolera del conductor, que contenía un objeto rectangular negro que no se asemejaba en nada a un arma.

Fueron conducidos directamente a través del que antes era el portón principal, que había sido refaccionado con una caseta armada hexagonal.

—Al Capone —dijo Gordie cuando el vehículo pasó por la entrada de «esclusa», que tenía en el portón de barras de acero reforzado armas que parecían lo suficientemente sólidas para detener por lo menos a un vehículo militar.

—¿Qué?

—Se refiere al nuevo puesto del portón —dijo la conductora por sobre su hombro—. Es como las casillas armadas que las pequeñas ciudades solían construir para rechazar a los asaltantes en la década del 30. Yo vi una en una ocasión, en Goshen, Indiana, justo en la esquina de la plaza de los tribunales. Ametralladoras en la avenida principal. ¿Se lo imaginan?

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó Lee.

Mientras eran aceptados por la esclusa, le indicó con un gesto silencioso a Gordie que la cerca interna había sido electrificada en su ausencia.

Él asintió.

—Un cambio en la realidad. No estamos más en Columbus, Dorothy.



La escolta los condujo directamente a la entrada principal del Centro Planck, donde tuvieron que soportar otro control más de sus nuevas tarjetas de identificación, esta vez con una varita que leía tanto el código de barras como la cinta magnética del borde inferior, de modo que el registro de seguridad pudiera comparar sus contenidos.

—Doctor Greene, doctora Thayer —dijo el guardia un momento después—. El director y el doctor Horton están esperándolos en el salón de conferencias.

—¿No quiere acompañarnos hasta ahí? —preguntó Lee con sorna.

—No, señora, doctor —dijo el guardia, moviendo la cabeza enfáticamente—. No estoy autorizado a entrar en este edificio.

El rostro de Jeff Horton se iluminó cuando sus asistentes entraron en el salón de conferencias.

—Lee, Gordie, me alegro de verlos.

—Y yo a ti, jefe —dijo Greene—. Pensaba con preocupación que llegaría aquí y vería a Patrick McGoohan.

Horton y Karl Brohier lanzaron una carcajada, y Greene se dio cuenta de que había una tercera persona en el salón, un hombre delgado con rasgos angulares y un aire de tranquilidad casi palpable. Brohier se levantó de su asiento y le indicó al hombre que se acercara.

—Doctor Greene, permítame presentarle al nuevo miembro de su equipo —dijo el director—. Pete McGhan, éste es el doctor Gordon Greene, y la doctora Leigh Thayer. Le hemos dado a Pete el título de Coordinador de Materiales Especiales.

—¿Materiales especiales? —Greene lanzó una mirada inquisitiva hacia Horton.

—Un eufemismo para su declaración de impuestos —dijo Brohier—. El señor McGhan (antes, coronel McGhan, del Cuerpo de Infantes de Marina de los Estados Unidos) se encargará de obtener, almacenar, manipular y preparar las muestras para su nuevo programa de pruebas. Lo que me recuerda otra cosa, doctor Greene: ¿recibiste el cheque? ¿Algún problema con respecto al reemplazo del coche?

—Me están haciendo esperar otra semana para conseguir el color que yo quiero, lo que yo no llamaría un problema. Quiero agradecerle una vez más...

—No hay ninguna necesidad. Lo que ocurrió fue responsabilidad nuestra.

Greene lo miró con ceño. Mientras tanto, Thayer avanzó un paso.

—Doctor Brohier, doctor Horton, ¿alguno de ustedes sería tan amable de empezar desde el principio? ¿Por qué todo el aumento de seguridad? Y con todo respeto por el señor McGhan, ¿por qué necesitamos a alguien nuevo para manipular nuestras muestras?

—Porque tiene catorce años de experiencia de trabajo con municiones y explosivos que nosotros no tenemos —dijo Horton—. Gordie, fuimos nosotros quienes hicimos volar tu auto: tú, yo, Lee y el Bebé.

—¿Cómo? —preguntó Thayer.

Horton y Brohier intercambiaron sonrisas irónicas.

—No lo sé aún, Lee. Por eso es hora de volver al trabajo.

Primero hubo nuevos y aún más rigurosos acuerdos secretos para firmar. Luego Brohier y Horton mostraron a los recién llegados la grabación de las pruebas de medianoche, y los llevaron al laboratorio Davisson para mostrarles los cambios.

El primer cambio, y el más obvio, fue que todo el ensamblaje del blanco, incluyendo el pedestal de mármol, había desaparecido.

—Hemos construido una nueva cámara de pruebas afuera —dijo Horton señalando una nueva puerta hecha completamente de metal y un visor de plexiglás en la pared más alejada.

—Paredes de 30 centímetros. Cubiertas de un armazón de planchas de Kevlar y de acero, selladas y atravesadas por un silenciador de agua de quinientos litros —agregó McGhan—. Ayer lo probamos. Una gran salpicadura, pero muy poco ruido o humo.

—Queremos mantener nuestra reputación de buenos vecinos. Cuantas menos preguntas haya, mejor —dijo Brohier.

—Parece que necesitamos dar vuelta al Bebé, entonces —dijo Greene, estudiando la geometría del aparato—. Ahora que sabemos que debemos ser muy cuidadosos acerca de a dónde lo apuntamos.

—En realidad, no lo sabemos. Ésa es tu prioridad uno: descubrir cuál es el efecto envoltorio. Pete va a conseguirte algún material de prueba que no te pondrá en peligro a ti ni al laboratorio —dijo Horton—. Lee, tu prioridad es pensar qué tipo de recolección de datos podemos hacer dentro del puerto y a través de él, y armarlo para Mano Firme.

—¿Qué tipo de muestras vamos a probar?

—Más munición, primero. Todos los calibres y cargas. Luego todo el catálogo de explosivos, desde Amatol a Torpex —dijo McGhan—. Todo lo que mis licencias cubran y mis contactos puedan proveerme.

—Y luego todo el Manual de química —dijo Brohier—. Necesitamos saber exactamente qué compuestos son afectados, y qué compuestos no. Una necesidad muy práctica, a falta de una base teórica.

—Lo cual es justamente mi prioridad uno —agregó Horton—. Tenemos que entender qué es lo que está ocurriendo aquí. Por qué lo que salió de este laboratorio provocó algo que la radiación natural no. O no lo provoca donde podamos verlo, en todo caso.

—¿Y el índice de artículos de investigación de ciencias físicas o del JPSI no pueden ser de alguna ayuda? —preguntó Thayer.

—Estuve buscando en la bibliografía toda esta semana, y parece como si este efecto nunca hubiera sido observado antes, o no hubiera sido nunca descrito, por lo

menos. Así que empiezo con una página en blanco.

—Entonces tendremos que llenarla con algunos datos buenos, así tienes algo con lo cual trabajar —dijo ella, y luego miró expectante a Brohier—: ¿Hay alguien aparte de nosotros cinco que sabe con qué nos hemos topado?

—No todavía —dijo Brohier—. Y ése es el problema que me toca a mí. Porque cuando elijamos al sexto integrante, y compartamos esto con él, el mundo empezará a cambiar. No puedo ser lo suficientemente enfático en este punto: nuestra discreción nos comprará el tiempo necesario. La indiscreción nos costará la oportunidad de moldear lo que venga a continuación.

Sus palabras tranquilizaron los rostros de los demás. Su mirada medía el peso que había puesto en ellas, y le pareció insuficiente.

—No pueden cometer un error —prosiguió—. Nadie podrá controlar el futuro una vez que este descubrimiento salga de este cuarto. Estaremos en la esfera de la política y de la psicología, o de las pseudociencias y la inescrutable idiosincrasia de la especie humana. Este descubrimiento escribirá otra vez las reglas del poder que han regido los asuntos mundiales desde que el trabuco de chispa desplazó la espada y la lanza. Y no seremos los únicos en escribir las nuevas reglas. Nosotros somos simplemente la razón por la cual ellas serán necesarias.

»No hay vuelta atrás. Nosotros no elegimos esta responsabilidad, pero no podemos rechazarla. Lo que podemos descubrir, otros inevitablemente lo van a descubrir. Ustedes recordarán con cariño este día como uno de los últimos días en que el mundo era ordenado y familiar. Sus hijos conocerán una realidad diferente. — Brohier echó un vistazo a través de la sala hacia los aparatos y hacia atrás, con una cálida sonrisa que aflojó la solemnidad—. Ojalá sea una realidad mejor.

## 4: Investigación

Dale City, Maryland. Los investigadores se basan en la grabación de una llamada a un centro de emergencia 911 para echar luz sobre el tiroteo producido anoche por un auto que pasaba por un barrio mayormente blanco. Los gritos y llantos de los invitados de una fiesta puntúan los 100 segundos que dura la grabación, que comienza justo antes de que las balas entraran por una ventana de la cocina y mataran a Gil Dellard, el dueño de casa, mientras intentaba informar a la policía acerca de un auto lleno de adolescentes que estaba cruzando el jardín del frente de su casa.

*Historia completa - Grabación 911*

Durante varias de las siguientes semanas, la vida en el laboratorio Davisson fue muy apresurada, aunque engañosamente calmada.

La unidad generadora o de emisión fue puesta en otro lugar, alineada nuevamente y dedicada otra vez al propósito de detonar las muestras entregadas cuatro veces por día por Pete McGhan. Debido al peligro a que se exponía McGhan si llegara a acercarse al laboratorio mientras se estaba desarrollando una prueba, sus idas y venidas dictaban el ritmo del programa de pruebas y los horarios cotidianos del equipo de Horton.

La primera entrega era a las 08:00, y las demás seguían con intervalos de tres horas. Había interrupciones de media hora programadas en Mano Firme para recibir cada entrega. Como medida de seguridad, McGhan llamaba por una línea especial cuando se acercaba al campus Terabyte para verificar que el emisor estaba frío y la cámara de pruebas preparada.

—¿El doctor puede verme? —preguntaba cada vez.

—Sube a la oficina —era la respuesta que le indicaba a McGhan que procediera—. Lo siento, no hay turnos disponibles. —Ésta era la respuesta que le decía que se quedara afuera del radio de seguridad.

McGhan nunca se quedaba más que lo necesario para poner las muestras en la cámara de pruebas y para entregar a Horton los restos de las muestras y los datos de la temperatura de fusión de los materiales. Luego volvía a desaparecer a alguna dirección fuera del campus que estaría usando para recibir, almacenar y preparar las muestras.

—Gracias por recibirme —decía siempre cuando se alejaba del radio de seguridad.

—Por favor, vuelva —era la contraseña.

El aire de novela de espías y misterios tendía a provocar risas pueriles y chistes

sarcásticos del equipo de Horton, especialmente de Lee, a quien se le había asignado la tarea de responder a los llamados.

—Suenan como si fuera un hipocondríaco adicto a alguna droga —se quejaba ante Horton—. Y yo sueno como una señora de Cincinnati. Y si tú pones una sola palabra acerca de esto en el artículo, todos nosotros sonaremos como unos paranoicos aspirantes a James Bond.

—Sólo porque tú eres paranoica... —comenzó Greene.

—Lo sé, lo sé. —Se encorvó sobre su consola y echó un vistazo furtivo a ambos lados—. ¡Nosotros debemos tener mucho cuidado! —dijo con un acento exageradamente alemán de historietas—. El enemigo puede estar escuchándonos aun ahora. Cualquiera de nosotros puede haber arreglado con ellos...

Aparte de las entregas y llamadas de McGhan, había unas pocas intrusiones en su trabajo. El personal administrativo los protegía de las preguntas de rutina, desviaba a los contactos personales con un escudo de excusas plausibles, y asumía un amplio espectro de obligaciones mundanas, desde ir a buscar el nuevo auto del doctor Greene hasta poner comidas listas en la heladera de la casa del doctor Horton.

Karl Brohier iba todos los días al principio, luego desapareció de la vista después de anunciar que estaría lejos del campus por un tiempo. El lugar exacto y el propósito de su viaje eran materia de mucha especulación, pero ni siquiera Horton pudo obtener información de la gente de Brohier.

—Él no sería capaz de vendernos, de hacer un trato a nuestras espaldas, ¿no? —preguntó Greene.

—No —respondió Horton con firmeza—. No creo que haga eso nunca. Está en misión Diógenes, y le llevará un poco de tiempo.

—Diógenes —dijo Thayer con evidente disgusto—. Podrías haber elegido una alusión más agradable, jefe.

—¿Está buscando un hombre honesto? ¿No es eso lo que necesitamos para el sexto hombre?

—Lo único que todo el mundo sabe acerca de Diógenes —dijo con un suspiro— es que fue el fundador de la secta de los cínicos, jefe.

El rostro de Greene se iluminó.

—¡Ajá! ¡Te encontré por fin!

Thayer lo miró frunciendo el ceño.

—Su apodo era Kayo (es decir, «perro» en griego), porque dormía en la calle. Enseñaba a sus alumnos a despreciar la civilización. Abandonó todos los bienes mundanos, en un rechazo del mundo. Jefe, si vamos a ponerle al doctor Brohier el apodo de algún filósofo griego, ¿no podría ser al menos uno de los jonios? Tales, o Anaximandros, por ejemplo.

—Yo tenía un Anaximandro cuando era chico —dijo Greene—. Lo guardé en un

recipiente de vidrio hasta que murió.

Thayer tomó el trozo de papel más cercano, hizo una bola con él y se la arrojó a Greene en la cabeza.

A medida que pasaban los días los datos se acumulaban.

La primera vuelta de pruebas se centró en munición similar a la que había habido en la pistola de Eric Fleet, es decir, munición que contenía carga con hexanitrate de celulosa, o algodón-pólvora. Dada la poca experiencia que tenían con las armas, Thayer y Greene se sorprendían por el aparentemente interminable desfile de variedades que McGhan les llevaba. Solamente el catálogo de Winchester ofrecía once polvos diferentes y más de doscientos cartuchos.

La mezcla, el tamaño y la forma del grano, la carga, el fabricante, el calibre... cualquiera de esos factores podía ser la diferencia que hiciera diferencia, que separara una prueba positiva de una negativa. Pero como las primeras veinte muestras duplicaban, todas, la anomalía con enorme fiabilidad, el equipo comenzó a llamar al último clic del ratón del protocolo de la prueba «tirar del gatillo».

Cuando las pruebas positivas llegaron a treinta y dos en ocho días, Thayer y Greene lograron finalmente contagiar a Horton de la impaciencia que tenían por hacer la prueba con otros materiales. Desde ese momento empezaron a acelerar las pruebas poniendo tres muestras de munición en la cámara a la vez.

No había ninguna diferencia en los resultados. Magnum y ACP, el fuego en el borde o en el centro, rifle o pistola, Bee calibre 218 a Winchester calibre 458... en todos los casos, en una fracción de segundo después de que el emisor llegara al diez por ciento del nivel de energía, los cartuchos hacían descarga, la débil envoltura de cobre se abría y se retorció y la bala terminaba chocando débilmente contra la caja receptora.

Después del decimoséptimo día de pruebas, y de haber cargado ciento cuarenta muestras, el aburrimiento amenazaba con reemplazar a la saludable impaciencia de la curiosidad; como no había señales aún de Karl Brohier, Horton reclamó para sí el control del proyecto.

—Ya es más que suficiente —se dijo a sí mismo. Cerró el diario de investigación y llamó a McGhan—: ¿Pete? Hay un cambio en el cronograma. Quiero hacer la pólvora en bruto mañana y el sábado, y empezar los materiales de la Serie Tres el primer día de la semana que viene. ¿Puedes acomodar eso? Bien. Gracias. Hasta mañana.

Mientras cortaba, oyó un suave aunque serio aplauso detrás de sí, y se dio vuelta para hallar a Greene y a Thayer, que habían estado escuchando disimuladamente la conversación.

—Buena decisión, doctor Jota —dijo Greene—. Ya me estaba aburriendo tanto que pensaba sacar el auto nuevo hasta Tennessee este fin de semana.

—¿Por qué la testosterona ama las explosiones? —preguntó Lee con un suspiro, sin aguardar una respuesta—. Jefe, si hacemos pólvoras por la mañana, deberíamos probablemente verificar los sistemas de extinción y supresión de incendios esta noche.

—No —dijo Horton—. Ya hemos terminado por hoy. Y me los llevo a los dos a comer una comida decente.

Greene asintió con aprobación.

—Segunda buena decisión. Estás en una racha.

—Espera a oír la número tres —dijo Horton—. Los dos, tómense un minuto para asearse y prepararse, y luego vamos yendo. Tenemos media hora de viaje hasta Zanesville.

—Yo manejaré —propuso Greene con entusiasmo.

—No, no lo harás —dijo Horton, y Lee respiró aliviada.

Camino a la cena, Horton les contó sus otros planes.

—Con nuestro emisor de pruebas funcionando solo, no creo que esté sacando el mejor provecho posible de ti, Gordie. Así que mañana quiero que empieces a trabajar en un emisor de segunda generación.

—Suenas divertido. ¿Algún parámetro?

—Toma todo lo que hemos aprendido hasta ahora y trabaja con eso. Ahora sabemos que no necesitamos todo el espectro, de cero al infinito. Simplifícalo. Intenta traerme algo más pequeño, más eficiente, más fuerte y que esté más contenido en sí mismo. En una palabra, algo portátil.

—¿Portátil? —preguntó Thayer, levantando una ceja.

—No podemos probar el rango del emisor en el laboratorio, puesto que el campus no es lo suficientemente grande. Alguien podría resultar herido en esa gran subdivisión en el lado sur de la avenida Shanahan, o aun alguien que pase cerca en auto. Necesitamos poder llevar un aparato de pruebas a una enorme nada en alguna parte, sea hacia el oeste o en el medio del lago Erie. Puedes construir al Bebé Dos en la parte de atrás de la caja de un camión, si prefieres.

—Sólo por curiosidad, ¿el Gatillo hará explotar la gasolina?

—Buena pregunta. No creo que aceptes una suposición como respuesta.

—Seguro que sí, si es tu camión —dijo Greene con una sonrisa.

—Tendríamos que probar con gasolina la semana que viene, entonces. Le diré a McGhan.

—Probablemente deberíamos hacer la prueba con queroseno y diesel al mismo tiempo —intervino Thayer—. A menos que no les importe tener algunas sorpresas, ya que hay mucho de ambos combustibles alrededor.

Horton asintió.

—Sí. Y había una buena cantidad de los tres combustibles el día de la anomalía, y

ninguno fue afectado a ese nivel de energía. Quizá mayores niveles de salida afectarán algunos de los materiales que ahora pensamos que son estables en un campo de Gatillo. Si lograra algún avance en la teoría, probablemente podría responder a esa pregunta. Por el momento, todo lo que podemos hacer es seguir haciendo pruebas. La otra ventaja de tener una segunda unidad es que podríamos acelerar el programa de pruebas.

—Cada vez que encendemos al Bebé hacemos pruebas con más de una muestra en la cámara —dijo Thayer—. Ya sabemos que no afecta el plexiglás, el concreto, el pomelo, los cordones negros, el jabón Spandex, las gaseosas, la pila en el reloj barato de Gordie...

—¿Piojos y jabón Espadol?

—Te lo explicaré cuando seas mayor.

Durante el resto del viaje los tres pasaron revista a una lista de materiales que sabían que habían estado expuestos al campo del Gatillo por el simple hecho de haber sido parte de la estructura, el montaje o los contenidos del laboratorio Davisson. Pero cuando ya estaban en el camino de entrada del Oíd Market House Inn, Horton confiscó la lista.

—Basta ya de hablar de trabajo. Ni una palabra más. Si no podemos pensar en una conversación civilizada, comeremos en silencio, por el amor de... quiero decir, para disfrutar de la comida. Después de todo, no todos los días me pongo una corbata.

—O comes algo que no está servido en un papel de colores y una taza de plástico que conserva el calor —dijo Greene mientras buscaba el picaporte—. Estoy de acuerdo. Vamos, estoy famélico.

Con sorprendente facilidad, hablaron sólo de placeres culposos de la cultura popular, de la desaparición del fútbol profesional de mujeres y de vacaciones soñadas mientras consumían carne tierna, verduras exóticas y casi dos botellas de vino en una cena que duró dos horas. La única violación al edicto de Horton fue cometida por él mismo en un brindis:

—Por la mayor arma de fuego de tiro a tiro, cargable a mano, con desviación de la trayectoria, peligrosa para los niños, y por el equipo que la construyó —dijo serenamente—. Ojalá descubramos para qué sirve, y cómo lograrlo.

—Eres un borracho sentimental, jefe —dijo Thayer, chocando las copas—. Por todo lo que dijiste, de todos modos.

Sea por la hora, por el efecto tranquilizante de la comida y del vino, o el efecto serenador del brindis, apenas hablaron durante el viaje de vuelta a Columbus. Horton condujo el auto hacia el carril de alta velocidad de la autopista y lo dejó ir hacia el oeste por la noche sin luna mientras miraba hacia las granjas oscuras. Greene dormitaba, roncando a veces suavemente. Thayer observaba el tráfico de los carriles individuales, y se sobresaltó cuando un sedán oscuro de cuatro puertas los pasó



violando todos los límites de velocidad y desapareció fundiéndose en la oscuridad.

—¿Un auto sin patente? —dijo Horton—. ¿Desesperado por llegar al próximo descanso?

—Una unidad del Servicio Secreto del gobierno que lleva un alienígena capturado a la base de la Fuerza Aérea Wright-Patterson —dijo ella ligeramente.

—Por supuesto. Cómo no se me ocurrió.

El silencio parecía alargar el viaje, así que Horton encendió la radio satelital y halló un programa de jazz de las grandes bandas para aligerar el paso del tiempo. La última mitad de *Kansas City Suite* de Count Basie los vio llegar a la entrada del barrio para solteros de Horton, quien había decidido ir en taxi a la mañana siguiente antes que pasar otra hora en la ruta, y Stan Kenton los llevó al predio de Terabyte donde esperaba el auto de Thayer.

—Un lugar muy bonito, una buena cena, jefe. Muchas gracias. —Aunque sonó como una despedida, ella no hizo ningún movimiento para abrir la puerta.

—De nada. ¿Nos vemos mañana por la mañana?

—¿Puedo decirte algo?

Algo confundido, Horton se dio vuelta en su asiento para ver el rostro de ella.

—Por supuesto.

—No lo pasé muy bien esta noche.

—Lo siento...

—No es tu culpa —dijo—. Jefe, yo estuve nerviosa durante todo el viaje de ida y de vuelta, como nunca me ocurre cuando cada uno vuelve a casa por la noche. No podía dejar de pensar, un choque de auto, y el estado de cosas quedaría a salvo.

—Creo que el doctor Brohier ya tiene lo suficiente como para continuar con el trabajo aun si algo nos ocurriera a nosotros.

—Supongo que sí, pero ¿acaso los de afuera se darían cuenta de eso?

—¿A dónde quieres llegar, Lee?

—Toda la noche estuve pensando acerca de cómo este trabajo amenaza la base del poder de mucha gente que no nos va a querer mucho por lo que hacemos, y que con toda seguridad querría detenernos si pudieran. Todo el tiempo quería que Gordie y tú bajaran la voz en el restaurante, aun cuando estaba encendido el cartel de «Prohibido hablar de trabajo». Simplemente no quería que nadie se diera cuenta de nuestra existencia. Quería ser invisible.

Ella suspiró, y continuó:

—Y no sé cómo dejar de estar asustada ahora que estos pensamientos se instalaron en mi cabeza. Cada sonido que oiga fuera de mi casa, cada vez que mi gato se ponga a curiosear en medio de la noche, cada vez que gire la llave para encender mi auto, voy a estar pensando en lo mismo. Jeff, no vamos a estar seguros hasta que dejemos de ser las únicas personas en el mundo que saben cómo hacer esto.

—No sé qué...

—Sabes que hay gente ahí afuera que matará sólo por cálculos, para aumentar sus intereses o protegerlos. No son sólo un invento de Hollywood.

—Supongo que no. Confieso no haber pensado mucho en eso.

—Yo sí —dijo con una voz tensa de emoción—. Mi hermana de Cleveland ha tenido problemas con bandas porque su hijo no quiere unirse a ellas. Han baleado tres veces su casa. —Suspiró nuevamente—. Y cuando yo tenía doce años mi tío Ted fue jurado en un caso de un robo de Banco contra el jefe de una de esas agrupaciones de blancos nacionalistas. El jurado decidió condenarlo. Una semana después mi tío fue encontrado muerto, con dieciséis balazos, con una leyenda que decía «traidor» pintada en el parabrisas de su auto.

—Recuerdo eso —dijo Horton, sorprendido—. Recuerdo haber visto eso en las noticias. No tenía idea...

—Me prometí a mí misma... —Ella movió la cabeza, turbada, y volvió a comenzar—. Me dije que nunca me dejaría acorralar por gente así y por lo que querían y que solamente me agacharía entre las malezas y dejaría que los leones lucharan por arriba.

—Lee, ¿qué puedo hacer yo?

—Pienso que me gustaría empezar a vivir en el laboratorio. Con Ernie, si no hay problema.

—¿Ernie es el gato?

Lee asintió.

—Sólo hasta que hayamos publicado, y no implica demasiadas complicaciones. Yo podría usar la antigua oficina de Barton, ya que está cerca del salón de mujeres, y el sofá es lo suficientemente grande para mí.

—Te conseguiremos una cama y un armario —dijo Horton con firmeza—. Y un sillón viejo para que Ernie lo arañe.

El rostro de Lee se iluminó con una sonrisa de alivio.

—Gracias.

—¿Quieres que te acompañe hasta la entrada? ¿Quieres empezar hoy?

—No, Ernie se pone loco cuando no vuelvo a casa. —Se quedó pensando un instante—. Pero lo llevaré a él mañana, y también una maleta, si no hay inconveniente.

—Por supuesto. Estoy seguro de que los servicios de Terabyte podrán conseguir una cama para la hora de salida, si soy enérgico.

Ella asintió y abrió su puerta.

—Gracias por no hacerme sentir una miedosa paranoica.

—Hay mucho de que estar asustado ahí afuera. La mayoría de nosotros se las arregla haciendo de cuenta que no hay nada. A ti te arrebataron esa ilusión demasiado

temprano —dijo Horton con fastidio—. Y pienso que yo acabo de perderla. Quizá pida dos camas a los servicios.

—Lo siento, jefe.

—No, no lo sientas. El doctor Brohier trató de advertirnos. No pudo ser más directo acerca de esto. Y yo lo ignoré, y no tuve pensamientos más que para el enigma, para la ciencia. —Movi6 la cabeza—. Es tarde. Hora de ir a casa.

Ella empezó a salir, luego se detuvo y mir6 atr6s a Horton con una mirada muy seria y penetrante.

—¿Jeff?

—¿Qu6?

—Vamos a publicar, ¿verdad? Dime que no estamos trabajando para Dow Chemical o para el Departamento de Defensa. Dime que el doctor Brohier entiende que no podemos simplemente vender el Gatillo al mejor postor, y que habr6 una oportunidad de usar este trabajo para quitar las garras a algunos de los leones. Por esa 6nica raz6n no salí huyendo la primera semana. —Sonri6 con tristeza—. Yo quer6a, pero tío Ted no me hubiera dejado.

—Vamos a publicar —dijo Horton firmemente—. Y los leones van a llevarse la sorpresa de sus vidas.

## 5: Química

Kupang, Timor. Una pacífica «Marcha de los olvidados» se convirtió en una sangrienta masacre el miércoles cuando las fuerzas de seguridad de Timorese, leales al asediado presidente Gusmao, le dispararon a una multitud de más de dos mil manifestantes al tiempo que se acercaban a las oficinas del gobierno en Kupang central. El número de víctimas fatales se calculó en «más de cuarenta» y hubo otros 200 que resultaron heridos. Un vocero de Gusmao dijo que los manifestantes eran «forajidos» y «terroristas indonesios» que se estaban aprovechando de los problemas económicos de la isla.

*Historia completa - Momento histórico: Relato confuso - El Premio Nobel de 1996 «no le trajo paz a nadie»*

Cuando comenzaron a hacer pruebas a otros materiales, empezaron a emerger las primeras claves sutiles sobre la naturaleza del efecto gatillo.

Una muestra de pólvora de nitrocelulosa disgregada se encendió en una sola llama brillante. Según les mostró McGhan encendiendo con un fósforo una muestra de ejemplo en la mesa de trabajo, esa llama representaba una combustión mucho más veloz que la que se esperaría normalmente.

—Es como si no hubiera demora de convección, como si cada grano en el montón alcanzara el umbral de encendido virtualmente en el mismo instante —dijo Horton—. Como la diferencia entre calentar agua en una olla al fuego y calentar agua en un horno de microondas.

—Eso podría ayudar a explicar por qué Eric quedó tan malherido —dijo Greene—. Y por qué mi auto explotó como una bomba. El Bebé es muy eficiente en lo que hace.

—Ojalá dejaran de llamarlo «Bebé» —dijo Thayer, irritada—. Ya no tiene nada de tierno ni de mimoso, si es que alguna vez lo tuvo.

—¿Qué te parece «Niño con Problemas»? ¿Mejor?

—¿No deberías estar en la sala, trabajando en el Hijo de Niño Con Problemas?

—Sólo vengo aquí cuando están tirando del Gatillo —dijo, un poco a la defensiva mientras retrocedía hacia la puerta—. Diez minutos cada tres horas. Me siento solo ahí, sin compañía. Bueno, sé que tienen un par de horas de limpieza por delante, así que los dejo.

La siguiente muestra era pólvora negra, el primer explosivo del mundo, y soporte principal de todos los ejércitos desde China a Inglaterra durante más de trescientos años. Para sorpresa de todos, la muestra de la prueba simplemente echó humo y se

volvió de un color gris amarronado. Una segunda prueba al siguiente nivel de energía produjo el mismo resultado, y los restos no reaccionaban ante un fósforo.

—Debería encenderse —dijo Horton, moviendo la cabeza—. La pólvora negra se enciende con una chispa. Esto es como intentar encender un gato húmedo.

—Tendremos que llevar nuestras muestras para un análisis químico enseguida —dijo Thayer—. Algo raro está ocurriendo a nivel del compuesto.

—Tendríamos que tener un químico instalado en el laboratorio de al lado —dijo Greene de mal humor—. ¿No hay nadie en el cam-pus que podamos arrastrar de los cabellos hasta aquí?

—Es prioridad uno para cuando regrese el doctor Brohier —dijo Horton—. Pero no necesito un químico para que me cuente que lo único que tienen en común la pólvora y la pólvora de algodón son los nitratos. Y pienso que estamos viendo que la diferencia entre el hexanitrate de celulosa y el nitrato de potasio es la diferencia entre un fogonazo y un chisporroteo.

—Pienso que vamos a necesitar un químico físico también —dijo Thayer con seriedad—. Algo raro tiene que estar sucediendo a los lazos de los electrones.

—Y yo pienso que vamos a necesitar un ejemplo de Polvo B Explosivo —señaló Horton. Como los demás lo miraban intrigados, agregó—: La misma composición básica que la pólvora negra, excepto que contiene nitrato de sodio. Y eso nos proporcionará otra gran pieza del rompecabezas.

Esa tarde, Horton y Thayer vieron cómo los cinco gramos de Polvo B Explosivo llenaban la cámara de pruebas de un humo perfumado y gris. En ningún momento hubo llama ni en la muestra ni en el residuo.

—Interesante —dijo Horton.

—Así es, señor Spock —dijo Thayer, estudiando sus indicadores—. Pero quiero apartar esa maldita excusa de la cámara de pruebas y reconstruirla de la manera correcta. Es absurdo que no podamos tener un espectrógrafo para ese humo.

—Lee, ¿podrías mirar el informe del señor King acerca de la anomalía?

—Claro. ¿Qué necesitas?

—Fíjate si hay una lista de los fuegos artificiales que Gordie dijo que había en su auto.

—Está ahí, recuerdo haberlo visto. —Su pantalla relampagueó rápidamente—. Dos docenas de petardos en botella. Una caja de cohetes M-60. Un surtido de cohetes «Celebración devastadora».

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. —Luego sus ojos se encendieron y comprendió—. ¡Oh! Tenemos un pequeño problema, ¿no?

Horton asintió, como aceptando los hechos a pesar de él, y dijo:

—Si la pólvora negra no se encendió, y la pólvora de explosión no se encendió,

¿por qué se dispararon los fuegos artificiales del auto de Gordie? —Empujó su silla, alejándose de la estación de monitoreo—. Necesito estirar las piernas. Vuelvo en unos minutos.

La unidad emisora móvil ya estaba tomando forma sobre un par de carretillas de aluminio de la sección de Mantenimiento. Horton vio que la geometría del módulo de energía y control ya estaba bien definida, y que Greene estaba anclando la sección de soporte del cilindro de emisión en posición vertical.

—Nunca he visto a nadie soldar metal más rápido que tú —dijo Horton—. ¿La orientación vertical no nos creará algún problema?

—No para mí —dijo Greene, incorporándose y pasándose una mano sobre la frente para quitarse la transpiración—. Después de media hora de tirar líneas con el cursor, el taller de fabricación asistida por computadora empezó a dar vuelta las partes.

—Pero lo que es misterioso para mí es lo que se te pasa por la cabeza antes de tocar el cursor —dijo Horton mientras se instalaba en un banco cerca del lugar de trabajo de Greene—. Gordie, tenemos un problema.

Greene frunció los labios sin decir nada.

—Vamos, Gordie, no quiero ser malo contigo —dijo Horton—. Tienes que saber que nos hemos dado cuenta.

Greene se limpió las manos en el overol, pensativo. Luego levantó la cabeza y esbozó una sonrisa triste.

—En realidad no. Hasta esta mañana pensaba que la pólvora era pólvora. ¿Quién podía saber?

—¿Qué había en tu auto?

—Una pistola sin licencia —dijo lanzando un suspiro—. Mi sistema de seguridad contra los asaltos. Una pequeña Ruger de nueve milímetros con armazón de plástico.

—¿Otro souvenir de Tennessee?

—De Kentucky, en realidad —dijo Greene—. Allí siempre encuentran todavía la manera de ignorar cualquier ley federal que no les guste. Y supongo que nunca les gustó la Trigésima Enmienda. —Se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre los muslos y restregándose las manos lentamente—. Doctor Horton, lo siento. No sabía que lo del fuego se iba a mantener entre nosotros. Tenía miedo de la condena obligatoria de cinco años. Y una vez que ya había dado una versión de los hechos, me sentía ya demasiado avergonzado para admitir que había mentado.

Horton estaba de pie.

—Supongo que podemos soportar esta pequeña sorpresa. Pero por favor, no me traigas sorpresas mayores. ¿Reemplazaste tu sistema de seguridad junto con tu auto?

—No. Lo estuve pensando —dijo Greene moviendo la cabeza—. Decidí esperar hasta que las cosas estuvieran más claras aquí antes de poder evaluar los riesgos.

—Pienso que está bastante claro que el laboratorio no va a reemplazarte el auto dos veces —dijo Horton, con el rostro ya más relajado con una sonrisa perezosa—. Así que si no te sientes lo suficientemente seguro afuera sin una pistola en la guantera siempre puedes elegir la solución de Lee, o la mía.

—¿Cuál es la tuya? —preguntó Greene con un gesto con la cabeza.

—Usar un auto tan poco atractivo, a prueba de ladrones, para que nadie piense jamás en robarlo.

Un día de pruebas con los fuegos artificiales con pólvora negra confirmó que aunque el arma de Greene contribuyó a acelerar el incendio del auto, no pudo haberlo provocado.

Luego el equipo de Horton apartó su atención de los explosivos de combustión de bajo alcance para dedicarse a los explosivos de detonación de alto alcance. Pete McGhan los reunió a todos para darles una breve clase antes de entregarles las primeras muestras.

—Cartucho de rifle 30-30 —dijo, colocando un cilindro de cobre brillante sobre la mesa—. Tres centímetros cúbicos de carga de proyección de pólvora de algodón. El polvo se quema en unas pocas milésimas de segundo y desarrolla una presión de detonación máxima de unos cientos de kilogramos por centímetro cuadrado.

Ubicó un pequeño cilindro del color de la masilla a su lado.

—Tres centímetros cuadrados de RDX, O ciclonita. La detonación ocurre en millonésimas de segundo y desarrolla una presión de detonación de millones de kilogramos por centímetro cuadrado. Si un rifle puede disparar una bala 30-30 doscientos metros, un cartucho RDX del mismo tamaño podría casi poner uno en órbita, si existiera un arma que no explotara en pedazos primero.

»Hay más clases de altos explosivos que lo que cualquiera de ustedes probablemente conoce. Más de un centenar de fórmulas disponibles, probablemente otro centenar que ha sido usado en el pasado y abandonado, más una veintena más que son secretos militares o industriales. Pero la mayoría de ellos están contruidos alrededor de uno o más de un grupo de más o menos seis componentes básicos (nitrato de amonio, ácido pícrico, nitroglicerina, PETN, RDX, TNT). Las instrucciones que el doctor Brohier me dio eran proveer muestras apropiadas de cada familia en la más pura y simple formulación disponible, y que luego los resultados guiaran la selección de las mezclas a investigar.

»Casi todo lo que les he dicho sobre los explosivos con los que han experimentado hasta hoy no se aplica a lo que viene a partir de ahora. La dinamita puede encenderse sin explotar. Pero la nitroglicerina en la dinamita explotará con un golpecito no mayor que éste —dijo, rompiendo un lápiz contra el borde de la mesa. Todos se sobresaltaron—. Pero el Nitromex, en cambio, es tan estable que uno puede disparar sobre él o activar un cable detonador debajo.

»En realidad, los explosivos detonadores son tan diferentes de los explosivos de combustión, y una familia es tan diferente de otra, que yo he hecho una apuesta conmigo mismo: no creo que el aparato de ustedes los afecte. A ninguno de ellos.

»De todos modos, ustedes no van a tocarlos. Yo me ocuparé de la preparación, el transporte, la colocación y la limpieza (estas dos últimas operaciones las haré con mi traje mono Kevlar —dijo McGhan mirando a los presentes sentados ante la mesa—). El doctor Brohier fue muy específico y dolorosamente directo en este punto: yo puedo ser reemplazado, pero ustedes no. Así que yo no vendré más al laboratorio. Cargaré la cámara de pruebas afuera, y ustedes mantendrán esa puerta de acceso cerrada y asegurada.

»Los procedimientos de seguridad que hemos estado utilizando, las llamadas de radio, los cortes de energía, han sido apenas un entrenamiento para lo que viene —agregó, mientras se levantaba y reunía sus notas—. Es posible que yo sobreviviera si ustedes hicieran disparar un cartucho de rifle en mi baúl, pero es posible que no si detonaran una muestra de Torpex. Y aunque yo sea reemplazable, estoy casi seguro de que el programa de investigación se vería perjudicado si hicieran volar por los aires a su correo en el medio de la avenida Shanahan.

Luego se colocó el cilindro color masilla en la boca y comenzó a masticarlo.

—Menta, sin azúcar —dijo—. Volveré con el auténtico dentro de media hora.

McGhan perdió su apuesta hacia el mediodía. Un cubo de un centímetro cubico de algo llamado edna explotó dejando seco el silenciador de agua y rajó el visor de plexiglás de la cámara de pruebas.

—Eso estuvo por encima del alcance normal —dijo McGhan sombríamente, estudiando el daño con el casco de su traje de explosivos de cuello alto doblado bajo un brazo—. Voy a tener que reducir todas las muestras en un cuarto o un tercio para recuperar el margen de seguridad.

Horton, algo conmocionado, coincidió en que era una buena idea que se imponía.

Al final de esa semana Karl Brohier regresó.

Su reaparición fue tan disimulada como su partida, y ocurrió con menor preaviso que ésta. La primera noticia que tuvo Horton fue cuando el director asomó la cabeza en el laboratorio Davisson, llamó la atención de Lee con un saludo, y dijo:

—¿Jeff? Ven a verme cuando tengas un minuto libre.

Su tono y actitud eran tan naturales como si nunca se hubiera ido, como si sus pensamientos estuvieran ocupados solamente con mundanas cuestiones administrativas.

Horton se quedó un instante azorado, pero se las arregló para emitir unas palabras antes de que Brohier volviera a desaparecer:

—Allí estaré.

—No hay apuro —dijo Brohier con entusiasmo—. Mi asistente me dice que tengo



quinientos catorce mensajes prioritarios esperando en mi casilla de correo.

Pese a esa frase tranquilizadora, Horton se tomó sólo el tiempo de llamar a Greene del taller de prototipos para después seguir a Brohier por el campus hasta el Centro Edison, el edificio administrativo.

—Ah, Jeffrey —dijo Brohier con tono vivaz cuando Horton entró en su oficina—. ¿Cómo va el trabajo? Todos conservan todos los dedos, espero.

—Sí. Pete fue una buena incorporación —dijo Horton mientras se instalaba en el sillón—. Es meticulado, puntual y entrometido sólo en lo que respecta a su trabajo, que hace muy bien. ¿Dónde lo encontró?

—Tengo un nieto, Louis, en la Infantería de Marina —dijo Brohier, dividiendo su atención entre Horton y el indicador que tenía frente a sí—. Él no está autorizado a decirme en qué unidad está, pero creo que es la que está entrenada para operar detrás de las líneas enemigas para fines de sabotaje y terrorismo. McGhan fue instructor en esa unidad hasta que cometió el error de acostarse con la mujer de un oficial de mayor rango. Fue acusado de violación y aceptó una exoneración general.

—¿Violación? ¿Cómo...?

—Aparentemente el oficial de mayor rango le proporcionó a su mujer los golpes necesarios para corroborar el hecho, y también el incentivo para mentir. —Brohier sonrió con tristeza—. Pienso que el hecho de que ese oficial todavía vive es una prueba de que el señor McGhan es un hombre de disciplina personal y de principios.

—Eso diría yo. Un pequeño cazabobos —dijo Horton moviendo la cabeza—. Me preguntó cómo iba el trabajo. En general, es una bomba. Parecería que fuera así: si hay un compuesto de nitrato, el Gatillo lo detona.

—Fascinante —dijo Brohier levantando la mirada—. ¿Qué hay de los compuestos de nitrato que no son explosivos?

—Todavía no hemos llegado a ellos.

—¿Y los explosivos que no son nitratos?

—No hay efecto. Pero no hay muchos así. Todos los explosivos más utilizados, militares y civiles, tienen nitratos. Todas las municiones estándar usan nitratos.

—Como los usan la mayoría de los granjeros —dijo Brohier—. Como mucha gente con diarrea. Yo mismo tuve que tomar subnitrato de bismuto una vez, después de un viaje a Brasil. ¿Pensaste en ello?

—¿Granjeros?

—Fertilizantes. Un camión cisterna de una firma agrícola y apareceremos en «noticias de último momento» en CNN.

—Dios mío —dijo Horton con el rostro pálido—. Nitroglicerina. ¡Nitroglicerina! Nunca pensé en medicina.

Una sonrisa asomó en el rostro de Horton.

—Entonces tenemos suerte de que yo contraté tantos jóvenes pollitos, y que

nuestro generoso plan de salud incluye controles obligatorios de corazón.

Horton no podía entender por qué el director parecía tan despreocupado por lo que a Horton le parecía una negligencia imperdonable.

—Doctor Brohier, hemos estado jugando a la ruleta rusa. Tenemos que suspender las pruebas ya mismo, hoy —dijo, aún agitado—. No podemos hacer más este trabajo en esta ubicación. Vamos a necesitar ir a otro lugar más aislado y averiguar los parámetros de control, el rango, la direccionalidad... Quizás entonces podamos retomar.

—Tal como son las cosas, ya he estado haciendo negociaciones por una propiedad en el oeste. Pero Jeffrey, por favor, no nos aflijamos por un desastre que no ocurrió.

—Podría haber ocurrido, y hubiera sido mi responsabilidad.

—Necesitábamos datos —dijo Brohier con un gesto—. Aun si lo hubiéramos sabido desde el principio, era un riesgo aceptable. Ahora el panorama está más claro, y podemos ajustarnos de acuerdo con ello. Ahora, dime cuánto ha progresado el aspecto teórico.

Con un suspiro, Horton se instaló en una silla.

—No ha progresado. El Gatillo no se ajusta al modelo CERN del átomo. No se ajusta al modelo cuántico, o al de Bohr. Por lo que yo puedo ver, no se ajusta siquiera al modelo convencional de la termodinámica, ya que los alcances están por encima de los valores que aparecen en los libros.

—Si es así... Bien, pronto voy a estar en condiciones de dedicarle más tiempo a esto, y confieso que estoy contento de que hayas dejado algo para que yo haga —dijo con una sonrisa torcida—. Supongo que podría haber expresado eso de una manera más diplomática.

—No, está bien, mi ego no morirá hasta que sea el momento de discutir el nombre del autor del artículo. Por el momento el problema es todo. Estaré muy contento de tener a alguien con quien comentar ideas —dijo Horton.

—El nombre del autor no será un problema —dijo Horton con un tono severo—. Para ese entonces probablemente estemos más interesados en esquivar la culpa que en reclamar el mérito para nosotros, y «Anónimo» podrá cubrirnos a todos.

Horton asintió, pensativo.

—Quiero traer un químico, alguien que pueda analizar el residuo de nuestras muestras de prueba y que nos diga qué pasa a nivel molecular, cómo la reacción Gatillo es diferente de una detonación iniciada por una chispa común o un golpe. Puede que exista alguien en el personal, en alguna de las otras unidades de investigación. Si no, conozco a alguien en el estado de Ohio que puede ocuparse de eso.

—No necesitamos traerlos hasta aquí —dijo Brohier—. En realidad, podríamos distribuir las muestras en varios de los laboratorios contratados.

—No quiero tener que tomar un curso intensivo en química física. Preferiría tener una persona con experiencia que entendiera el contexto, alguien que pudiera ayudarnos a nosotros dos a sentar los cimientos bajo la teoría.

—Y ya es un edificio lo suficientemente frágil, ¿no? Muy bien, déjame pensar en esto un día. Dame el nombre del tipo del estado de Ohio y haré algunas averiguaciones.

Horton le entregó una hoja de papel doblada.

—Todo lo que necesita está ahí —dijo, e inclinó la cabeza hacia la puerta—. Mejor vuelvo al laboratorio y desenchufo todo.

—Por supuesto —dijo Brohier—. Y ya que no tienes nada que hacer por el resto del día, podrás venir a mi casa a cenar. —Al ver la mirada sorprendida de Horton, agregó—: Tengo un huésped en casa que está ansioso por conocerte.

Había un coupé negro al final del camino de entrada de la casa de Karl Brohier, y dos hombres en trajes negros de pie detrás de ella. Observaron a Horton cuidadosamente, pero no hicieron ningún movimiento cuando él pasó a su lado, salvo volverse y mirarlo.

«No son de la seguridad del laboratorio», pensó Horton, mirándolos por el espejo retrovisor. «Seguridad privada, guardaespaldas. ¿Para Karl, o para su invitado?»

Un Mercedes sedán plateado estaba estacionado en el semicírculo de canto rodado al lado de la casa, y una mujer delgada en un elegante uniforme de chofer se acercó desde el sendero a la puerta de entrada. La mujer se detuvo junto a la puerta del conductor del Mercedes mientras Horton paraba junto a éste, luego se ubicó junto a la rueda y se apartó mientras él subía. Horton miró con curiosidad el interior del sedán mientras hacía un giro amplio y se dirigía hacia el sendero, pero sólo pudo ver al conductor.

La presencia de los guardias en el sendero mitigó su sorpresa cuando la puerta del frente fue abierta por una persona que no era Brohier. En realidad, se trataba de otro hombre de espaldas anchas en un traje sobrio. Nuevamente la mirada fija, la evaluación instantánea, la calma alerta.

—Pase —dijo el hombre, invitando a Horton a entrar—. Los encontrará en el porche abierto.

Más alto que ancho o profundo, el espacio de dos pisos que daba al norte, que Brohier llamaba el «porche abierto» miraba al bosque empinado y al cielo a través de grandes paneles inclinados de permaglás. Un par de árboles de palta y una diefembaquia traían el bosque dentro de la casa y separaban una bañera hundida de un lugar informal para sentarse.

Allí Horton encontró a su anfitrión con el invitado, un hombre delgado con una barba completamente blanca recortada y muchas marcas debidas a la sonrisa alrededor de los ojos oscuros y profundos. Estaba vestido de manera informal, con

shorts de golf, polera y unas sandalias gastadas. Tenía los pies apoyados sobre el borde redondo de una mesita ratona de piedra.

—Nunca he controlado los detalles de tu presupuesto, Karl, y no empezaré ahora —decía el invitado cuando Horton se acercó—. Ah, aquí está.

Brohier giró sobre su silla para mirar por sobre su hombro, y se puso de pie.

—Jeffrey, quiero presentarte a Aron Goldstein.

Horton ya había adivinado la identidad del visitante. Nunca había conocido al principal inversionista y poseedor de la mayor parte de Terabyte, pero había una foto de Goldstein y Brohier en la oficina del director, y Horton había buscado en la red información sobre Goldstein poco después de llegar a Columbus.

La información más útil provenía del sitio de *Fortune*, que esquematizaba las extensas propiedades de Goldstein: treinta y una compañías en once grupos industriales, entre ellas una gallina de los huevos de oro, Advanced Storage Devices, Inc., la licenciataria exclusiva de las patentes de Brohier de memoria de estado sólido. La información más interesante estaba en las chismosas páginas de *Microscope*, que lo habían bautizado «el solterón más inelegible» y agregaban el comentario sarcástico de que «nunca antes en nuestra memoria alguien con tanto dinero se las arregló para disfrutarlo tan poco».

Goldstein se puso de pie para darle la mano a Horton y se volvió a sentar.

—¿Te gusta la comida china, Jeffrey? —preguntó.

—Sí, un poco —respondió, algo perplejo.

—Bien. Toma asiento, por favor. —Goldstein siguió hablando apenas Horton hizo un movimiento—. Quiero felicitarte por tu descubrimiento. Es fabuloso. Apenas he podido hablar de otra cosa desde que Karl me contó. Lo que ha sido una gran carga para él, porque no hay nadie más con quien yo pueda hablar.

»Claro que ahora te tengo a ti también. Y lo primero que quiero decir es “bien hecho”. Esto es algo revolucionario, como fueron revolucionarios el motor de Watt, el telégrafo sin cables de Marconi y la tabuladora de Hollerith. —Sonrió—. Me gustan esos ejemplos porque cada uno de esos hombres pudieron hacer dinero mientras estaban cambiando el mundo.

—Debo confesar que no he podido ver ninguna manera de hacer dinero a partir de esto —dijo Horton.

—Está bien, yo sí —dijo Goldstein gesticulando—. El cambio siempre crea oportunidades. He adquirido tres compañías y doscientas patentes en los últimos diez días. —Luego sus ojos abandonaron ese brillo de alegría, y se inclinó hacia adelante sobre su silla—. Pero eso es completamente irrelevante. ¿Sabes por qué fundé los Laboratorios Terabyte, Jeffrey?

—Por lo que el doctor Brohier me dijo cuando me contrató, supuse que era por más o menos la misma razón que los granjeros plantan semillas y los inversores

compran operaciones a término —dijo Horton.

—Tienes razón sólo en parte —dijo Goldstein—. Lo que yo quería era crear los Laboratorios Bell del siglo XXI.

—¿Los Laboratorios Bell?

—Sí, el brazo de investigación del que una vez fue el monopolio de Teléfonos Bell. Uno de los beneficios no lo suficientemente valorado de ese monopolio fue que pagaba las cuentas de un proyecto de investigación sin igual. Y el siglo XX fue inventado ahí.

—El transistor —acotó Brohier—. El láser. La radio celular. Las celdas solares. La radioastronomía. Los CCD y los diodos de emisión de luz. La radiación del Big Bang.

Goldstein asintió y continuó:

—Ocho galardonados con el Premio Nobel. Treinta mil patentes, es decir, un promedio de una por día. Y todo eso fue el producto del capitalismo iluminado. En su apogeo, los Laboratorios Bell eran el equivalente, y más, de cualquier departamento universitario, cualquier centro de investigación del gobierno y cualquier laboratorio regido por ganancias y pérdidas trimestrales en cualquier lugar del mundo.

—Me temo que nos hemos quedado un poco cortos —dijo Horton.

—En absoluto —dijo Goldstein en el momento en que sonaba un timbre distante—. No podría estar más complacido. Jeffrey, hace mucho llegué al punto en que tengo el suficiente dinero para satisfacer algunos deseos comunes de toda la vida. Y en ese punto surge la cuestión algo pesada de qué hacer con el exceso. El consumo ostentoso no tiene ningún atractivo para mí. Ni la caridad en el sentido usual, y así es como no existe la Fundación Goldstein para conceder becas para estudiantes judíos de maestrías en administración de negocios (MBA) ni para mediocampistas lentos, ni para los hijos de burócratas de la ciudad. No doy dinero para salvar a las ballenas o para alimentar a los pájaros o para auspiciar conciertos en los parques.

En ese punto reapareció Bárbara y Goldstein guardó silencio mientras ella colocaba la heladera azul y blanca que traía sobre la mesa de piedra. La mujer empezó a quitar la tapa, pero Goldstein hizo un gesto para detenerla.

—Nosotros lo haremos —dijo—. Gracias, Bárbara. Creo que será todo por esta noche.

—Sí, señor. Voy a quedarme adentro igualmente, así que si cambia de idea...

—Buscaremos en el salón de juegos de Karl primero —dijo, con una sonrisa apacible. Después de que ella se fue, Goldstein miró a los demás y preguntó, como ausente—: ¿Dónde estábamos?

—Conciertos en los parques —dijo Brohier.

—Conciertos en los parques —repitió Goldstein con seriedad—. Jeffrey, el dinero te susurra al oído como una prostituta y te dice lo que puede hacer por ti si sólo abres

tu billetera. Y si no tienes vergüenza, te puede convencer de casi cualquier cosa. —Se puso de pie y se movió hasta la heladera, y empezó a sacar bolsas de papel marrón de ella y luego cajas blancas de dentro de las bolsas marrones—. Karl, vamos a necesitar tres platos y algunas cucharas.

—Voy a buscarlos —dijo Brohier poniéndose de pie.

Goldstein rompió la tapa de un recipiente y aspiró profundamente el vapor que salía.

—¿Qué haces con mil millones de más? —preguntó—. ¿Coleccionar obras de arte, como Hearst? ¿Coleccionar mujeres, como Hughes? La mayoría de los ejemplos que se conocen son bochornosos. Cuando Bill Gates financió la misión *Ares* a Marte, eso fue simplemente un truco, algo para gratificación de su ego solamente. Fue seducido por la idea de comprar la inmortalidad para sí mismo y para el logotipo de su compañía robándose un acontecimiento histórico. Me prometí a mí mismo que nunca sería tan débil... pero luego caí bajo el hechizo de una tentación aún más veleidosa.

»Jeffrey, tengo casi cien mil personas trabajando para mí en dieciocho estados y siete países. He invertido en ellos para hacer dinero. Pero he invertido en ti para hacer una diferencia. Ahora me has dado esa oportunidad.

Goldstein se sentó en el borde de la mesa más cercano a Horton y se inclinó hacia adelante como si estuviera por revelar un secreto.

—Armas y bombas han sido el vector del poder durante cuatrocientos años. Alguien dice que un arma es el gran igualador, pero sin embargo con mucha mayor frecuencia las armas son los grandes desigualadores. En el siglo pasado, las armas y las bombas confinaron a los judíos, a los homosexuales y a los gitanos en Buchenwald, hicieron caer a tres presidentes norteamericanos, mataron a cincuenta millones de personas en guerras y otro tanto en tiempo de paz, exterminaron a decenas de tribus y cientos de especies. Cuantas más armas, cuanto más grandes las bombas, más dispuesto está el hombre a tirar del gatillo. Esos fueron los beneficiarios de la ingenuidad de Nobel, Colt y Winchester.

—Por supuesto, eso fue un negocio también —dijo Brohier. Traía una bandeja de platos y utensilios para la mesa y volvió a su silla.

—Sí, y un negocio tan vergonzoso como necesario —prosiguió Goldstein—. No puedes razonar con un rifle disparado del otro lado del campo de batalla. No puedes negociar con un casquillo de artillería lanzado desde el horizonte. No puedes negociar con una cabeza nuclear que te amenaza desde el otro lado del mundo. La única respuesta a las armas, la única defensa para las armas ha sido tener más armas. Tú nos has dado otra respuesta, Jeffrey. Nos has dado una manera de arrancar esta herramienta terriblemente inhumana de nuestros puños apretados de primate.

—Si quitamos el poder de las armas del mundo, ¿qué aparecerá a ocupar su

lugar? —preguntó Horton, confundido.

—Quizás el caos —dijo Goldstein—. Quizá la paz. Imagina a dos ejércitos enfrentados uno al otro en un campo de batalla con las manos vacías. ¿Los hombres del siglo XXI se lanzarán a luchar con bayonetas por Dios y la patria? Imagina al terrorista, al posible asesino, incapaz de asestar su golpe cobarde y anónimo a la distancia.

»Ahora imagina Tel Aviv, Belfast, Sarajevo, Los Ángeles, como oasis de paz, con uno de tus aparatos irradiando desde la torre en el corazón de cada ciudad. Imagina cuántos arados podríamos fabricar si dejáramos de comprar armas. ¿Dices que nos quedamos cortos? Oh, no, Jeffrey, en absoluto. El Gatillo es un don de valor incalculable. Y te aseguro por mis hijos y los tuyos que me ocuparé de que su promesa se vea cumplida. Empeñaré mi fortuna y mi vida en ello.

Luego Goldstein se incorporó y echó su cabeza hacia atrás, los ojos cerrados.

—Tantas palabras, atropellándose unas a otras para salir —dijo, inhalando y soltando un profundo suspiro—. Te lo advertí, ¿no es cierto? Vamos a comer, eso me hará callar un rato, por lo menos.

Pero la comida apenas detuvo el torrente de palabras, ya que Goldstein no era el único que carecía de interlocutores para los pensamientos que ardían y que debían ser comunicados. Y alrededor del pescado de cristal, cordero Hunan y té negro empezaron a esbozar juntos el bosquejo de una revolución.

## 6: Viaje

Calcuta. Un aspirante a buen samaritano perdió el jueves en la calle Berhampore más que su auto y su billetera ante unos ladrones: también perdió su idealismo. El turista británico Thomas Sudaranka estaba en un viaje de peregrinación al río Ganges cuando se detuvo a ayudar a quien supuso que era una niña herida en la ruta. Sudaranka recibió dos disparos en la espalda y fue dejado en la ruta, tomado por muerto.

Ahora está hospitalizado con parálisis parcial en la pierna derecha. Las autoridades en Murshidabad dijeron que la niña era probablemente un señuelo de una banda local que opera en la ruta, y advirtieron a los viajeros que fueran precavidos.

*Historia completa - Mapa*

El zumbido del único motor del Helio Courier aumentó agudamente cuando el avión se inclinó y empezó a girar en el cielo sobre el valle desolado. Hacia adelante y a la derecha, Jeff Horton podía ver la delgada franja de una carretera de dos carriles que se extendía sinuosa hacia el norte. Pero en la ruta no había autos ni otros signos humanos.

—¿A dónde va eso? —preguntó dándole un golpecito al piloto en el hombro.

—Ésa es la carretera Nevada 278 —respondió el piloto gritando—. Llega hasta la 1-80 en Carlin, un poco al oeste de Emigrant Pass. Ciento cuarenta kilómetros de nada.

Para entonces el Ely Air Taxi de alas plateadas y rojas había doblado hacia el oeste y comenzado a descender del cielo despejado. Para cuando pasaron velozmente sobre Nevada 278 ya estaban bajo el nivel de las montañas circundantes.

—No veo el aeropuerto.

El piloto señaló hacia delante un camino sucio paralelo a un cauce seco.

—Es ahí —dijo—. La ruta de Vinini Creek. Es todo el aeropuerto que hay en el condado de Eureka. Pero quiero mirarlo más de cerca antes de bajar las ruedas. Tuvimos una lluvia muy fuerte el mes pasado, y uno siempre tiene que preocuparse por los deslaves.

Tomándose las rodillas con fuerza, Horton miraba en silencio, incrédulo, la ruta estrecha y marcada por las huellas de los vehículos mientras el piloto pasaba zumbando sobre ella a no más de treinta metros de altura.

—Ese seguro que es para ustedes —dijo el piloto. Horton pudo percibir un jeep Cherokee color arena y una figura que estaba a su lado antes de que el piloto virara la nariz del avión hacia arriba—. No parece estar tan mal. En unos minutos estamos



abajo.

Horton sólo asintió, con los labios apretados.

—Todo esto era tierra federal —prosiguió el piloto—. Y no hubo precisamente apuro en construir nada aquí desde que el gobierno federal lo devolvió al estado. Todo lo que tenemos son buscadores de minerales de diferentes clases, que pasan, ya sea buscando platos voladores o fósiles. Los que buscan platos voladores son conversadores, así que me figuro que ustedes son de los otros.

Mientras hablaba, el piloto había dado un giro vertiginoso que llevó al Courier a pasar rozando la ruta en la dirección opuesta y aún más bajo.

—Ahí está mi lugar —gritó, y volvió a reducir la velocidad. El avión flotó durante un instante, luego hizo un ruido estrepitoso y se posó en la tierra, ladeándose dos veces y levantando una nube de polvo amarillento. Se desplazó hasta detenerse a unas decenas de metros del jeep Cherokee.

—¿Alguien que conozcan?

Horton hundió los dedos en los pestillos que lo mantenían encerrado y se asomó por el polvo que se iba disipando. El hombre que estaba de pie junto al Cherokee era Donovan King, quien llevaba anteojos oscuros y una gorra de béisbol de los Colorado Rockies. Horton y King se saludaron brevemente con un gesto.

—Sí —dijo Horton abriendo la puerta—. Gracias por el viaje.

La pequeña cabina de seis asientos del avión estaba lo suficientemente cálida para el criterio de Horton. Pero el calor que lo envolvió al salir del avión fue casi abrumador. Se apuró para llegar al vehículo que lo esperaba, ya con el motor en marcha. King estaba sentado al volante.

—¿Hay aire acondicionado en el Anexo? —preguntó Horton, poniendo el ventilador al máximo y dirigiendo la ráfaga de la salida más cerca hacia su rostro.

—En las casas-remolque. El edificio del laboratorio estará listo en una semana, más o menos.

—Tan pronto. Calor seco, maldición —rezongó Horton—. Propaganda de la Cámara de Comercio.

Esperaron a que el Courier los pasara carreteando con los motores encendidos para el despegue.

—Vamos a necesitar nuestro propio avión y piloto para estos viajes —dijo Horton mientras King llevaba el Cherokee de vuelta a la ruta, dirigiéndose al oeste—. Este muchacho era demasiado curioso.

—Ese muchacho era nuestro piloto —dijo King ahogando una risita—. Es parlanchín, pero es inofensivo. Tenemos también un equipo para un avión en Elko y una pequeña compañía de camiones con base en Reno. Vamos a extender el tráfico a nuestro alrededor, doctor. Y la excusa de los cazadores de fósiles nos ayudará a esfumarnos en el horizonte.

—Así que de esto se trataba —dijo Horton, mirando con curiosidad el paisaje árido—. ¿Cuán lejos de aquí?

—Aproximadamente trece kilómetros —dijo King—. Y hablando de su trasero, hay un almohadón de más en el asiento de atrás. Quizá quiera usarlo para el camino.

No había exageración en esa advertencia. En poco tiempo abandonaron la ruta de Vinini Creek para tomar una huella sin nombre y sin señalización, la mitad de ancha de la ruta. Sus irregularidades sugerían que nunca había sido aplanada, y no podía decirse que el tráfico que había pasado por ahí antes la hubiera precisamente mejorado. Aun a una velocidad que nunca superaba los ochenta kilómetros por hora, Horton sintió que esa parte del viaje se parecía mucho a una vuelta en un parque de diversiones que se prolongaba demasiado.

—Voy a recomendar que compremos un helicóptero —dijo Horton, tomando fuerzas para la carrera que le esperaba.

—Hemos planeado ya traer su equipamiento en el Skycrane que estamos usando para los materiales de la construcción. Pero no queremos hacerlo con mayor frecuencia que la necesaria. Para ser un estado casi vacío como éste, hay un montón de ojos mirando los cielos.

El viaje finalmente terminó frente a unas estructuras desparramadas en la base de un cañón estrecho y con paredes empinadas. El mayor de los edificios era una construcción no muy atractiva de ladrillo de cenizas de una planta que a Horton le trajo el recuerdo de su escuela primaria. Había media docena de casas móviles cuadradas que estaban alineadas en dirección oeste, y también una estructura de acero de un edificio prefabricado del tamaño de un granero que iba tomando forma hacia el este. Una pequeña topadora, una retroexcavadora y otros tres Cherokee estaban estacionados contra la pared este de la estructura principal, bajo la estrecha franja de la sombra de la tarde. Una cacofonía de ruidos de construcción recibió a Horton cuando emergió con cuidado hacia el calor intenso.

—¿Realmente el doctor B. tenía que encontrar un lugar tan remoto? —preguntó mientras miraba alrededor.

—Supongo que la diferencia entre tener algunos vecinos y no tener ninguno era importante en este caso —dijo King—. El director dijo que quería un radio de seguridad total de ocho kilómetros y un radio seguro de dieciséis kilómetros. ¿Quiere ir primero a su casa-remolque o al laboratorio?

—Después de este viaje, mi vejiga vota por la casa-remolque.

King sonrió con una mirada extraña, y luego le indicó con un gesto:

—Usted está en el Número Tres.

Cuando Horton volvió a salir, King le alcanzó un mapa del sitio y un casco.

—Las comidas y la recreación están en el más ancho. La casa-remolque Número Dos está reservada para el doctor Brohier y para los invitados. La caseta de

comunicaciones por el momento está en Cinco, y la oficina de seguridad en Seis. El personal de construcción está repartido en edificios precarios del lado norte. Cuando se hayan ido utilizaremos ese espacio para el personal.

Horton estudió su mapa y luego miró afuera, con los ojos entrecerrados, hacia la brillante neblina en dirección norte.

—¿Qué son estas cosas?

—No lo sé. Edificios anexos, los llaman algunos. Hay seis de ellos, cada uno del tamaño de un baño, contruidos con ladrillo de ceniza, y tan vacíos como estaba este lugar antes —dijo King, haciendo un gesto hacia el edificio principal.

—Entonces, ¿qué era este lugar antes?

—No lo sé tampoco. Cuando los últimos residentes se fueron, se llevaron todo excepto las paredes. Tomamos fotos de todas las marcas del suelo y de todos los pernos de montaje que encontramos, si le interesa el juego de rompecabezas al que hemos estado jugando.

—¿Cuál es su sospecha?

—Mi sospecha es que no estaban criando ovejas. —King movió la cabeza—. No hay una respuesta obvia, doctor Horton, y por eso mismo el juego es divertido. Mañana lo llevaré a ver los fosos que conectan los edificios anexos —dijo señalando hacia el norte—. Nevada ha guardado muchos secretos durante años, desde Plumbbob hasta Área 51. Con suerte, guardará también el nuestro.

Mientras el Dassault Falcon 55 de Aron Goldstein descendía trescientos metros en el aire agitado sobre el río Potomac, Karl Brohier giró su asiento hacia la ventanilla más cercana y recorrió con la mirada el paisaje de la ciudad extendida buscando rasgos conocidos.

Dado que no tenía una afición especial por la política o por las ciudades ruidosas y llenas de tráfico, Brohier sólo había estado en Washington D. C. tres veces antes. La última vez, ocho años antes, había sido por el funeral de un amigo. La vez anterior a aquélla había sido para desfilarse en público junto a los políticos y luego mendigar subsidios para investigación básica frente a media decena de comités de evaluación, lo cual para Brohier constituyó una experiencia no mucho más placentera que un funeral. Pero la primera y más grata de las visitas había cambiado el curso de su vida.

Fue en una época en que algunas escuelas más ricas enviaban a sus alumnos a Europa en montones, fletaban veleros al Caribe y organizaban campamentos en Canadá. Todo lo que pudo hacer esa promoción de alumnos de la escuela secundaria Champlain Valley Union fue viajar en ómnibus durante quince horas desde Chittenden para visitar durante tres días la capital. Los cuidadores compensaron esa indignidad con un esquema de actividades ligero y una hora de llegada muy poco estricta.

—No vamos a decidir lo que ustedes quieran ver —había dicho el señor

Freebright, el consejero de la clase—. Cada uno de ustedes tiene una guía, un pase para el subte, un compañero y una mente. Si no pierden ninguna de esas cosas, volverán a su casa con mucho para recordar.

Brohier y su mejor amigo Tom Lange habían omitido las expediciones fuera de los límites a varios lugares pecaminosos de Maryland donde se podía obtener bebida, juego y bailarinas semidesnudas. En lugar de ello habían dividido su tiempo de exploración entre el Museo Smithsonian, el Museo de Historia Natural y el Observatorio Naval de los Estados Unidos.

La atracción de este último era la posibilidad de observar a través del telescopio reflector de 32 pulgadas las lunas de Júpiter o una protuberancia solar, pero nubes grises y una llovizna de verano les quitaron esa oportunidad.

Decepcionado e intentando recuperar el tiempo de espera en la cola para el tur, el joven Brohier se vio fascinado por el Reloj de Péndulo de los Estados Unidos y la magia científica que había detrás de éste. Osciladores de cesio, máseres de hidrógeno, satélites y sincronizadores abrieron una puerta inesperada a la maravilla, una puerta que lo llevó a la relatividad, a la radiactividad y a la ciencia nuclear. Después de un verano de probar las aguas con muchas y difíciles lecturas, Brohier escribió a la Universidad de Vermont e inmediatamente cambió el tema de sus estudios, abandonando el sendero seguro de la computación por el incierto de la física.

Se las había arreglado para ocultar la noticia a sus padres durante un año y medio, y luego para resistir la intensa presión que ejercieron para corregir su «error». Tras obtener altas calificaciones en un programa de no muy alto nivel, ganó una beca para graduados en el MIT, donde tanto la competencia como la estimulación intelectual eran mayores. Pero fue el momento justo, puesto que su mente nunca funcionó más rápidamente, sus ansias de conocimiento nunca fueron más agudas que en esa época. Después de dos años y medio sobresalió también entre esa compañía.

Después de eso su carrera se volvió aún más difícil. Ocurrió el desastre en la Universidad de Texas, donde un choque de personalidades con el jefe de departamento y las complejidades perturbadoras de un primer amor y un primer desengaño se combinaron para hacer que abandonara sus estudios de doctorado. Luego, cinco años haraganeando en el laboratorio científico de materiales de TRW, lo que fue un regalo de Tom Lange pero resultó una prisión para la curiosidad de Brohier. Luego el segundo intento de doctorado en Stanford, donde todos los demás estudiantes eran más jóvenes y parecían más rápidos, y Brohier se sentía como si estuviera corriendo hacia arriba intentando alcanzarlos. Todavía faltaban cinco años para el primer golpe en la revolución del CERN, y un poco más para Amy Susan, y casi dos décadas para el almacenamiento de información de estado sólido en la fase cero.

Pero Brohier había empezado ese camino en Washington, y ahora, en contra de

sus instintos, el camino lo había traído al mismo lugar.

La cabina del Falcon 55 se sacudió cuando el tren de aterrizaje salió y se ubicó en su lugar. No había nada más que agua bajo ellos, que parecía muy cerca. Luego aparecieron súbitamente unas rocas, una parcela de césped marrón y el comienzo de la pista de aterrizaje. Las ruedas besaron el concreto, primero suavemente, y luego con mayor firmeza. Cuando la rueda de la nariz se posó sobre la pista, la cabina comenzó a vibrar con el rugido de los tres motores del Falcon mientras se accionaban los inversores de empuje.

Brohier miró a través de la cabina a Goldstein, quien seguía durmiendo su siesta tranquilamente. Su pequeña figura había casi desaparecido devorada por la silla llena de almohadones. «Espero que tengas razón en esto, amigo», pensó. Ni Brohier ni Horton habían pensado en involucrar a gente del gobierno federal tan pronto, y ambos tenían profundas reservas acerca de la posibilidad de incluir a los militares. El solo hecho de saber que el Pentágono estaba a menos de tres kilómetros le daba escalofríos.

Horton estaba obsesionado por algo que él llamaba el «escenario Hangar 18», el miedo de que una palabra equivocada a la persona equivocada haría que un convoy de furgones negros llenos de tropas de Operaciones Especiales arremetería contra el campus de Terabyte y se llevaría todo. Le había llevado horas a Goldstein persuadirlos de que el concepto de «amigos en altas posiciones» era real y no pertenecía a la misma clase de criaturas imaginarias que los unicornios y las sirenas.

—Hay gente en todos los niveles de la sociedad que puede y va a ayudarnos — insistía Goldstein—. Y necesitaremos la mayor cantidad posible de ellos cuando aquéllos que se van a oponer a nosotros se den cuenta del peligro que representamos.

—Más nos vale que estemos muy seguros de con qué clase hablamos —había dicho Horton.

—El hombre que quiero incorporar no nos traicionará. Comparado con otros funcionarios elegidos por voto, es un roble entre los juncos.

—Un pobre elogio, en mi opinión.

Goldstein se molestó ante la crítica mordaz.

—Ustedes, los científicos, son tan ingenuos cuando se trata de política. Solamente conocen a esa gente por la CNN, y apenas —le espetó—. Hace veinte años que conozco a este hombre como persona, y nunca lo he visto proceder irreflexivamente o arriesgar sus principios. Y más aún, su poder de base no se ve amenazado por esto, muy por lo contrario, en realidad. Y si realmente se sube al barco, espero que sus contactos sean de un inestimable valor para nosotros.

—¿Por qué no nos dices su nombre, entonces?

—Para protegerlo en el caso de que él elija no participar, porque es mi amigo.

Finalmente, la presencia de Brohier en el avión y en la reunión que estaban por

tener fue el precio del acuerdo. Horton no hubiera estado de acuerdo en dejar a Goldstein hacer un arreglo privado con un desconocido sin nombre sin la seguridad de que sus intereses estuvieran representados ahí, y por otra parte Horton no conocía a Goldstein lo suficiente aún como para confiar ciegamente en él.

A cierto nivel fue un pedido no razonable y hasta irracional, ya que Goldstein podría haber tenido cientos de encuentros secretos con cualquiera que él hubiera querido durante las semanas posteriores a cuando Brohier le había llevado la noticia. Pero había tanto en juego que hasta la confianza de Brohier se debilitaba por momentos, y se alegró de tener un pretexto para tener alguna presencia en la negociación.

Cuando el Falcon 55 se detuvo ante la puerta VIP, Goldstein abrió sus ojos y se levantó.

—Llegamos rápido —dijo echando un vistazo a su reloj—. ¿Pudiste descansar un poco?

—No puedo dormir en los aviones —confesó Brohier.

—Mi trabajo te mataría, entonces —dijo Goldstein con una sonrisa alegre.

En muy pocos minutos estaban en el asiento trasero de un Mercedes plateado que se dirigía hacia el norte por el paseo del Washington Memorial. Casi antes de que Brohier se diera cuenta el Pentágono se asomó por la izquierda. Goldstein lo sorprendió mirando el edificio insípido, imponente e implacable mientras pasaban cerca de éste.

—¿Estás preocupado aún? —preguntó Goldstein.

—No por ti, Aron. Nunca estuve preocupado por ti. Me preocupa la posibilidad de perder el control de esto —dijo Brohier—. No quiero la responsabilidad, y no quiero tener que tomar esas decisiones. Pero prefiero ser yo, nosotros, antes que mucha gente que se me ocurre. Y muchos de ellos viven y trabajan en esta ciudad.

Goldstein asintió.

—Te diré algo que aprendí hace mucho tiempo sobre los muchachos de Washington. La buena noticia es que, fuera de las cámaras, son exactamente como las personas que los votaron y los enviaron aquí. La mala noticia es que, fuera de las cámaras, son exactamente como las personas que los votaron y los enviaron aquí. Ni mejores, ni peores, sólo mucho más visibles, y sus errores tienen un alcance un poco mayor.

—Es gracioso —dijo Brohier con una sonrisa torva—. Este amigo tuyo... Para mantener mis pensamientos en positivo, estoy intentando imaginar a alguien que conozco y respeto y que fue elegido. Alguien como mi padre, por ejemplo.

—El señor Hazaña va a Washington —dijo Goldstein—. Karl, te diré algo que no quería decir frente a Jeffrey, dado su estado de ánimo en ese momento. Esta reunión de mañana, este hombre... es sumamente necesario para nosotros. En este momento,

ésta es una conspiración muy frágil.

—He estado pensando en ello —dijo Brohier—. El secreto está en contra de nosotros. Podrían barrernos en una tarde, y todo se terminaría.

—Ah, pero a diferencia de ti, y aun de mí, mi amigo tiene mucha presencia como para que se lo silencie fácilmente. A diferencia de Jeffrey y la gente, él es demasiado visible como para que se lo haga desaparecer. Él no puede ser intimidado, y no permitirá que lo desvirtúen. —Se volvió hacia la ventana y miró hacia el río Potomac al Lincoln Memorial—. Y hará las preguntas necesarias, en voz alta y en los lugares adecuados, si desaparecemos.

—Eso es muy tranquilizador. Aron, tu amigo es el senador Wilman, ¿verdad?

Goldstein asintió sin decir una palabra, y el gesto se reflejó en el vidrio oscuro.

—¿Qué te parece?

—Creo que me parece bien.

—Bien. De todas maneras —agregó con aire ausente—, pienso que no le contaremos acerca del Anexo. Eso será nuestra póliza de seguridad. —Goldstein volvió su rostro hacia la mirada inquisitiva de Brohier—. En caso de que esté equivocado acerca de él o de hasta dónde pueden llegar nuestros adversarios.

## 7: Estrategia

Hong Kong, China. En una medida extrema para terminar con las demostraciones en contra del gobierno de Beijing que se extendieron durante dieciséis días seguidos, el nuevo gobernador militar del Distrito Especial de Hong Kong declaró hoy un toque de queda de veinte horas que permite los desplazamientos sólo entre el hogar y el trabajo. El gobernador Han Lo anunció que los soldados del ejército chino estaban autorizados a tirar a matar si «alborotadores traicioneros» desafiaban la orden. Por lo menos doce manifestantes y cinco agentes de policía murieron en enfrentamientos anteriores en los Jardines Botánicos de la ciudad y en la costa de Victoria en el área universitaria.

*Historia completa - Hong Kong desde la unificación - Han Lo Bio - Siga esta historia con Sky-Scan*

La oficina de Grover Andrew Wilman en el edificio Humphrey de oficinas del Senado era en general la primera de ese piso en cobrar vida todos los días, y la última en cerrarse por las noches. La jornada de trabajo de su primer secretario administrativo y de su primer secretario legislativo comenzaba a las siete de la mañana, lo cual ya era bastante temprano para lo normal en el Congreso. Pero frecuentemente encontraban a su jefe que se les había adelantado una hora o más, y que con una eficiencia terrorífica había hecho ya el trabajo de una mañana entera antes de que ellos llegaran.

La mayoría de las mañanas la primera tarea que Wilman se imponía era responder lo que él llamaba «el correo de los perros locos». Los esfuerzos de su coalición prodesarme, Razón sobre la Locura, por educar y aprobar leyes de su coalición generaban una corriente constante de correo crítico y frecuentemente hostil, en forma de vídeo, audio y texto. Aun después de filtrar las diatribas anónimas e imposibles de responder quedaban cientos de mensajes por día de gente que sentía la obligación de contarle a Wilman simplemente que estaba engañado, mal aconsejado, y equivocado, o que era un ignorante y desleal.

—Me hace correr la sangre mejor que cualquier cantidad de café —explicaba cuando se le preguntaba por qué se tomaba la molestia de responder mensajes que otros ignorarían—. Y les sorprende tanto cuando reciben algo personalmente de mí que a veces se detienen a reconsiderar su posición. Aparte, tengo una confianza irracional en el poder de la razón.

Las primeras horas de la mañana eran un buen momento también para hacer teleconferencias con sus aliados en Europa. Razón sobre la Locura tenía sedes en



cuarenta y un países, y socios legislativos que habían firmado las Declaraciones del Sentido Común de la agrupación en casi la mitad de ellos. Por supuesto, esa alianza convirtió a Wilman en un blanco favorito de los ultranacionalistas cristianos y de los grupos extremistas que creían en las conspiraciones internacionales.

De alguna manera, Wilman salvaba esos obstáculos de paso. A un nivel, era sólo ruido. En otro nivel, era la confirmación de que su mensaje estaba llegando. Eso, sumado a la corriente paralela de cartas de apoyo y la ocasional conversión de un oponente, era suficiente para confirmarlo en su dirección. Su cruzada no estaba guiada por las encuestas ni tenía un horizonte corto ni era un truco mediático para la reelección. Era un compromiso de principios, de largo plazo, para cambiar la manera en que la gente pensaba acerca de los conflictos. Conocía muy bien el progreso de ese esfuerzo por el correo de los perros locos.

La oficina de Wilman era tan poco convencional como su política y tan obstinadamente confrontativa como su personalidad en el recinto del Senado. El adorno típico para el escritorio de un senador era una gran bandera norteamericana, ubicada donde las visitas no pudieran ignorarla y las cámaras no dejaran de tomarla. En la oficina de Wilman ese espacio principal era ocupado por una foto ampliada y enmarcada de un aviso de Razón sobre la Locura: el polémico «collage de cadáveres» con fotos de la morgue y de crímenes con una leyenda en negrita que decía «Las armas no matan a la gente», y un sarcástico «¿Hay alguien que se crea esto todavía?» debajo.

En el resto del salón, faltaban los típicos títulos honorarios y la galería personal de fotos, y en su lugar había palabras e imágenes de héroes y pioneros de los movimientos por la paz y el desarme. Era el Salón de los Famosos privado de Wilman, un templo para un ideal filosófico que durante más de un siglo y medio había perdido siempre detrás del espíritu de la época: el hombre como un simio asesino, y la evolución sangrienta con garras y dientes.

Las únicas imágenes de Wilman eran las caricaturas en dos historietas políticas y una fotografía cubierta por un vidrio de Wilman con la cuadrilla de su tanque en las arenas fuera de Ay Najaf en Irak. Al lado de la fotografía se veían los galones militares, medallas de servicio y un certificado de exoneración honrosa.

«Tengo el derecho moral», rezaba la fotografía. «No pueden invocar cobardía, o deslealtad o miedo, y luego ignorarme. Tienen que asumir la cuestión moral que hay en nuestro desafío». Y un año antes, esa fotografía había hablado lo suficientemente fuerte en los afiches de campaña y le había dado a Wilman una victoria muy ajustada y otros seis años como senador principal del estado de Oregon.

—Ningún otro estado de la Unión lo hubiera enviado a usted a Washington —dijo su oponente demócrata en una conversación privada—. Y ningún otro estado lo hubiera vuelto a enviar tras darse cuenta de lo que habían hecho. Con todo, por el

problema que usted le ocasiona a la dirigencia republicana, y por el bien que hace al intentar restregar nuestras narices en la mierda, casi no me importa perder ante usted. Y si usted le dice al presidente de mi partido que yo dije eso, me ocuparé de que su incestuoso nidito de maricones tecnócratas moralmente quebrados no vuelva a recibir jamás ni cien dólares de mi esposa en donaciones.

Ésa era, esencialmente, la paradoja Wilman, y que resumía no solamente la campaña, sino toda su carrera en política. Sus amigos y aliados se ofendían con él y sus enemigos lo admiraban por la misma razón: su obstinada franqueza, la aspereza al servicio de una mente penetrante y perspicaz y su compromiso intransigente con los principios por sobre la practicidad. Como dijo la principal revista de actualidad *In Touch*, era el prototipo de antipolítico.

«Él viola reglas consideradas sacrosantas, pero a sabiendas, por necesidad, no por simple provocación —escribió el redactor de política de la revista al presentar la personalidad de Wilman—. Comete errores que se consideran fatales, y sin embargo sobrevive, porque la pasión es algo raro y por lo tanto muypreciado en esta ciudad normalmente fría».

«Grover Wilman nos hace sentir inmediatamente orgullosos e incómodos, como si conociéramos la verdad de sus palabras pero no tuviéramos esperanzas de poder vivir a la altura de sus ideales. En ningún momento, en mi experiencia de treinta años en estos corredores, ha habido un iconoclasta tan grande o un intelectual de comparable influencia en el Congreso. Claramente inelegible como presidente, se halla en este momento en la cima de su poder. Y cuando las masas se cansen de su mensaje que tiene algo de prédica, como lo harán inevitablemente, la Ciudad de los Niños, el pulso de este corresponsal y el diálogo nacional se verán más pobres con su ausencia».

Indiferente al elogio, Wilman le envió al editor una copia del artículo con «como lo harán inevitablemente» marcado en rojo y una nota manuscrita garabateada abajo: «Si la civilidad es pasajera, la civilización es una fantasía. ¿Esto es lo mejor que puede ofrecer a sus hijos?».

—Para mí, esto es lo mejor —dijo Toni Barnes. La diseñadora gráfica cambió el marco y mostró otro esbozo en la pantalla de vídeo gigante del salón de conferencias: una fotografía monocromo de ocho adultos en círculo, cada uno apuntando con un revólver a la persona de la izquierda—. Podemos usar algo así como «¿Se siente seguro ahora?» como la frase anzuelo, y luego «La matanza termina cuando nosotros terminamos con ella» como el remate.

—Me sigue gustando la primera —dijo Evan Stolta, el consultor estratégico de Razón sobre la Locura. Alcanzó y trajo a la pantalla una foto de un niño de tres años en uniforme militar con un rifle de asalto—. Gancho y remate en cinco palabras: «Ahora es todo un hombre». Simple, y poderoso.

—Deja de pensar como un presumido liberal egresado de Yale —dijo Barnes—. Hay mucha gente por ahí que no va a pescar el tono y que pensará que es una imagen muy dulce.

—No hay nada que podamos hacer para ayudar a los que carecen de ironía —dijo Stolta, algo molesto por la observación—. ¿Qué quieres? ¿Humo saliendo del caño y otro niño tendido sobre un charco de sangre?

—Déjame verlo —dijo el senador Wilman, que estaba sentado en su silla, atento a la discusión.

Con la mirada seria, Barnes volvió a su panel. En instantes la imagen blanco y negro adquirió color. No mucho después, un cadáver.

Wilman movía la cabeza cuando Barnes se volvió para pedirle su opinión.

—No, no, no. Nunca hemos falsificado una víctima en nuestro material y esto ni siquiera es lo suficientemente efectivo como para hacer una excepción. Pero me gusta el color. ¿Por qué últimamente caemos en este camino trillado de arte culto estilo Wiesenthal o Bergman? Esta gente a la que queremos llegar no vive en un mundo blanco y negro, y tenemos que conectarnos con el lugar donde vive.

—Nosotros... —comenzó Stolta, pero no pudo seguir.

—Toni, tu círculo de inseguridad funcionaría igualmente bien en color —prosiguió Wilman—. Mejor, porque la gente los mirará como familiares y vecinos, en lugar de personajes de una película negra de misterio y asesinato. Puedes mover la fuente de luz alrededor si quieres para jugar con el subtexto emocional. Muéstrame algo para el fin del día.

Barnes asintió y empezó a cerrar su marco. Apenas un instante después, Wilman volvió su atención a Stolta.

—Evan, ¿qué ocurrió con lo que hablamos la semana pasada? ¿Lo de ir a los proveedores de contenidos? No podremos de ninguna manera comprar o mendigar suficiente ancho de banda para competir con las bibliotecas de programas de Turner, Sony y Bertelsmann. Van a tener que hacer algo para ayudarnos.

—No quieren hablar con nosotros —dijo Stolta, encogiéndose de hombros.

—Por supuesto que no —dijo Wilman poniéndose de pie—. Están sentados sobre cientos de miles de horas de material de programas que están basados en la premisa de que el entretenimiento es ver a hombres que mutilan, torturan y matan a otros hombres. Pero tu tarea es lograr la manera de que hablen con nosotros.

Stolta movía la cabeza.

—Tienen una inversión enorme de inventario.

—Un inventario de veneno. Necesitamos que empiecen a mirar esas bibliotecas como riesgos, no como ventajas —dijo Wilman de manera cortante—. Tenemos que ayudarlos a ver que hay una dimensión ética en lo que están haciendo que va más allá de la oferta y la demanda.

Y si eso significa golpear en puertas cerradas y mentes cerradas hasta que se abran, eso es lo que deberemos hacer. Ahora, si ustedes están demasiado quemados para esa clase de lucha...

—Ponme en tu agenda para el viernes —dijo Stolta—. Intentaré tener algunas ideas para ti para entonces.

—Bien. —Wilman miró su reloj—. Tarde para mi reunión. ¿Sistema?

—Listo —dijo la voz sintetizada del controlador de la sala de reuniones.

—Fin del diario de reunión.

—Verificado —dijo la voz de la sala—. ¿Quieres que haga un resumen y distribuya notas?

—No. Sólo guárdalo. —Luego Wilman levantó los ojos y lanzó una mirada de simpatía a los demás—. Este camino es cuesta arriba todo el tiempo. Y eso es difícil. A veces cuando me siento desanimado, pienso en cambiar el nombre de la coalición por el de «Sociedad Sísifo». Hasta ahora me las he arreglado para evitar eso haciendo redactar documentos, gracias al cielo, puesto que es un nombre que sólo un presumido liberal egresado de Yale podría apreciar. —Le guiñó un ojo a Stolta, y su sonrisa brilló hasta poner un poco de humor travieso en sus ojos.

—Una oportunidad perdida —dijo Stolta—. Sólo piensa en el llamativo logo animado que podríamos haber tenido para nuestros sitios en la Web.

Wilman levantó su portafolio, lanzando una carcajada.

—Estaré de vuelta en la oficina en una hora. Si aparece algo urgente antes, Marina sabe cómo contactarse conmigo.

Una brisa suave soplaba por el Cementerio Nacional de Arlington, mitigando un poco el caluroso día que amenazaba con convertirse en un típico día de verano opresivo y húmedo en Washington. Aun así, Wilman estaba transpirado cuando pasó por la entrada Sheridan para ir a la colina baja donde descansaban los restos de Dayton Charles Arthur Deich a la sombra de un arce centenario. El árbol interrumpía una línea de lápidas blancas de mármol, y sus raíces habían torcido en su avance la lápida de Dayton unos grados.

Durante el último año, la única visita a la tumba de Dayton había sido un soldado del Tercer Regimiento de Infantería, quien se detuvo poco tiempo allí para colocar una pequeña bandera norteamericana frente a la lápida como preparativo para el día de homenaje a los soldados muertos en campaña. Por medio de esta tradición anual, la Antigua Guardia recordaba y honraba el servicio y el sacrificio del soldado. Pero probablemente nadie más lo hacía.

Dayton había muerto a medio mundo de distancia y más de medio siglo antes. Fue un cabo conscripto que cayó durante un duro invierno en Corea en una derrota aún más dura: la sangrienta retirada a Húngnamni. Murió a los veintiún años y no dejó descendientes. El más cercano de sus primos vivos estaba a tres generaciones y

cinco estados de distancia.

Pero no sólo Dayton desapareció de la vista de todos. Después de que murieran los veteranos más jóvenes de Corea, la guerra de Dayton pasó de ser un recuerdo a ser historia. Luego, empezó a ser considerada apenas una escaramuza de la Guerra Fría que no ostentaba canciones patrióticas ni imágenes triunfantes, hasta perder todo su dolor y pasión.

La conciencia colectiva ignoraba hasta los hechos más básicos acerca de ella. Era raro que un ciudadano supiera de Corea más de lo que se podía entrever a partir de la típica telecomedia situada allí. Ridgeway y MacArthur, Pusan, Inch'ón y el Yalu ya carecían de resonancia emocional.

Pero era igual para todos los vecinos de Dayton en las viejas tumbas sobre la colina en la Sección 20. Aun aquéllos que lucharon en una buena guerra no podían contar con tener visitas que interrumpieran su continua soledad.

«Les damos este pedacito de tierra, les concedemos este pequeño derecho en un reino que ya no habitan más. ¿Para qué? Para hacer un ejercicio de propaganda, para volver aséptica la verdad», pensó Wihnan mientras se acercaba a los dos hombres que lo esperaban al lado del arce. «Los muertos son honrados en su descanso final, y nadie sabe lo que hicieron ni lo que sufrieron para merecer ese dudoso honor. No hay sangre, no hay cuerpos desgarrados y quebrados, no hay armas, solamente filas y filas de estériles piedras blancas que yacen junto al silencio de ellos. Odio este lugar más que cualquier otro que conozca...»

Karl Brohier frunció el ceño.

—¿Es él?

—Es él —dijo Aron Goldstein, asintiendo con la cabeza.

—No parece un hombre muy feliz.

—No espero que lo sea.

—Quizá deberíamos haber pasado a buscarlo en tu auto para ir a dar una vuelta por el camino de circunvalación —dijo Brohier—. Eso hubiera sido lo suficientemente privado, ¿no? Más privado que esto. Con un audioteloscopio barato...

—Sé qué siente él acerca de Arlington —dijo Goldstein—. Ésta es una mejor manera. —Se movió hacia Wilman con una sonrisa y extendiéndole la mano—. ¡Grover! Gracias por recibirnos.

—Dijo que era urgente que habláramos —dijo Wilman, mirando al acompañante de Goldstein—. A usted lo conozco. ¿De dónde lo conozco?

—Eso no es importante —dijo Goldstein—. Vamos, sentémonos. Karl, traiga la manta.

Se instalaron en la sombra sobre una lona roja y negra. Para el resto del mundo eran tres hermanos pasando el rato junto a una tumba familiar.

—¿Qué tiene para mí, Aron?

—¿Le alegraría el día si le ofreciera la posibilidad de que no se va a excavar una tumba más en este cementerio, excepto para un hombre viejo como yo?

—No sé qué quiere decir —dijo Wilman, mirándolo con ceño—. Pero la tasa de bajas en las fuerzas armadas de los Estados Unidos es la menor que jamás ha existido. Pues aun cuando ponemos fuerzas en el campo de batalla, las máquinas hacen la mayor parte del combate, y las muertes en combate son tan raras que cuando ocurren son noticia. La mitad de la batalla está casi ganada, Aron. Las bajas ya no son aceptables. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el Pentágono, escondido tras los árboles distantes—. Ahora, si sólo pudiéramos lograr que se preocuparan del mismo modo por los hutus o por los brasileños...

—Eso es demasiado pedir —dijo Brohier.

—¿Por qué? —preguntó Wilman.

—Los hombres han matado a los hijos de otros de buena gana durante diez mil años. Así logran más espacio para sus propios hijos.

—Por Dios, no me invoque a Darwin —dijo Wilman, fastidiado—. Los boxeadores se sacan el cerebro a golpes y luego se abrazan. Los jugadores de defensa golpean a un defensor durante el juego y le compran una cerveza después. Conozco todas esas tonterías sobre El Otro, pero lo que yo le digo es que lo que eso significa es que a veces no podemos oír el llanto de las esposas y de las mujeres.

—¿Qué quiere decir?

—Con gusto le diré. Dígame qué recuerda sobre Tormenta del Desierto.

—¿Tormenta del Desierto? Qué gracioso, eso fue... bueno, hay algunos agujeros en mi conocimiento de los acontecimientos de los últimos sesenta años. Yo pasaba por una crisis en los Laboratorios Bell, me parece.

—Yo estaba en un Abrams Mi-Al —dijo Wilman—. Continúe. Lo que recuerde.

—Seguramente piensa que debería recordar más, porque todos los televisores en cualquier lugar al que fuera parecían estar sintonizados en CNN durante lo que pareció un mes —dijo Brohier seriamente—. Teníamos los aviones que no podían ser detectados por los radares, las bombas inteligentes, y teníamos a Schwarzkopf. Ellos tenían a Saddam Hussein, los misiles Scud y una fuerza aérea que huyó a Irán. No fue un gran combate, según recuerdo.

—No, no lo fue.

—Y los iraquíes incendiaron los campos de petróleo, ¿verdad? Cuando abandonaron Arabia Saudita.

—Kuwait.

—Eso. Kuwait. Entonces, ¿cómo estuvo?

—Recuerda lo mismo que la mayoría —dijo Wilman con naturalidad—. Fue una Buena Guerra. Nuestra causa era justa, ganamos con facilidad y casi todos regresaron

a casa. —Hizo un gesto hacia el campo de lápidas aparentemente infinito que los rodeaba por todos lados—. No hay muchos aquí que hayan muerto ese invierno. Y eso está mal.

—¿Por qué?

—Porque la Buena Guerra es una mentira. Tormenta del Desierto fue una horrible guerra pequeña. Y lo más horrible de ella fue cuan poco del horror llegó a Frogleg, Mississippi. Fuimos a la guerra por el Gran Petróleo y el derecho divino del rey de otro pueblo, no por defensa propia, no por principios democráticos. La prensa la trató como un juego de vídeo, y la gente la trató como una miniserie atrapante de un mes.

»En el término de seis semanas —continuó Wilman moviendo la cabeza—, la Coalición mató al menos el doble de soldados y civiles iraquíes de los que los Estados Unidos perdieron en quince años en Vietnam. Pero no vimos a las madres llorando, así que no significó nada para nosotros. La Buena Guerra. —Lanzó una risotada despectiva—. La Buena Guerra significa que solamente los extranjeros con nombres raros fueron volados en pedazos.

—Grover, ¿qué te parecería si todo eso pudiera evitarse? —preguntó Goldstein—. ¿Si los kuwaitíes hubieran tenido una frontera que no pudiera ser cruzada por un tanque iraquí sin que éste explotara, una frontera que un soldado no pudiera cruzar a menos que estuviera desarmado?

—¿Y qué te parecería si los iraquíes hubieran sabido eso de antemano? —agregó Brohier.

Wilman estudió sus rostros un largo rato antes de responder como para tratar de aprehender su seriedad.

—Los iraquíes tenían una excelente artillería de largo alcance, y mucha. Una frontera fortificada no hubiera detenido a su ejército, simplemente hubiera alterado la táctica. ¿Me están preguntando cuan alto hubiera sido el precio de disuadir a Saddam?

—No —dijo Goldstein—. Pregunto si hubiera habido guerra en el caso de que los cartuchos de los tanques y las granadas de la artillería hubieran volado antes de alcanzar sus objetivos, o que las bombas y misiles hubieran explotado en el aire, o que los cargadores de rifles y pistolas se hubieran incendiado cuando los infantes habían llegado a unos mil metros de la frontera.

Con una mirada perpleja, Wilman respondió lentamente.

—Bueno, también hay otras cosas, como flechas, catapultas y la falange. No creo que el siglo n haya sido mucho más pacífico que el siglo xx. Con todo, el escenario que ustedes describen habría malogrado muy probablemente los planes de muchos, incluyendo los de Saddam. Pero eso, ¿es algo más que una fantasía?

—Es una pregunta interesante —dijo Goldstein—. Llamémoslo un ejercicio del pensamiento, más que una fantasía, y juguemos con él un poco más. Supongamos que

existiera el medio tecnológico por el cual pudieran alcanzarse estos resultados. ¿Cómo harías para introducirlo en la escena mundial, si tu objetivo fuera poner fin a las guerras? ¿En manos de quiénes lo pondrías?

—No quiero jugar a este juego —dijo Wilman—. ¿Lo tienen, o no?

—Lo tenemos, senador —dijo Brohier tranquilamente—. Lo llamamos el efecto Gatillo. Llamamos al aparato mismo el Gatillo.

—¿Es algo teórico o...?

—No —dijo Goldstein rápidamente—. El prototipo es operacional.

El cuerpo de Wilman se estremeció involuntariamente. Miró más allá de los otros dos hombres con la mirada perdida, y finalmente dijo:

—Dios mío. Un arma antiarmamentista. La herramienta esencial que el ejército de cascos azules de las Naciones Unidas necesitó durante cincuenta años.

—Y la herramienta que todos los tiranos querrán para desarmar a la oposición —dijo Goldstein—. ¿Cómo la mantenemos alejada de los tiranos?

—Quizás haciéndola asequible a la oposición —dijo Wilman—. ¿Cuán difícil es hacer el dispositivo? ¿Cuán caros son los componentes?

—Es demasiado pronto para responder verdaderamente a esas preguntas —admitió Brohier.

—Eso no es muy útil.

—Pero es la verdad. Escucha, los primeros láseres eran grandes, consumían mucha energía, eran melindrosos y caros. Pero después de unas pocas décadas de desarrollo se podía comprar uno por veinte dólares, que funcionaba con baterías pequeñas y que entraba en un bolsillo. No sabemos hasta cuánto podemos agrandar o reducir la escala a partir del prototipo. Probablemente no lo sabremos por un tiempo.

—Este descubrimiento, ¿ocurrió completamente dentro de Terabyte? ¿Ustedes son los dueños absolutos y libres de este descubrimiento?

—Terabyte nunca recibió un solo dólar del gobierno —dijo Goldstein con un tono orgulloso y solemne.

—Bien —dijo Wilman—. De todos modos, eso no importa a largo plazo. Si ellos te quieren a ti, tú les perteneces. Y ellos los querrán a ustedes. ¿Cómo ha sido su seguridad?

—Tan estricta como pudimos hacerla —dijo Brohier—. Esta conversación es el mayor riesgo que hemos corrido.

—¿Y cómo se las arreglaron para probar su prototipo en cartuchos de artillería y en tanques?

Brohier y Goldstein se miraron.

—Bueno, no lo hemos hecho, en realidad —dijo Brohier—. Por un problemita de acceso.

—Van a tener que resolver ese problema. Si no conocen los límites y las



capacidades de su sistema, van a terminar matando gente... a la gente equivocada.

—Por eso es que vinimos a verte, Grover —dijo Goldstein—. Porque sabemos que tú compartes nuestra visión sobre cómo debería usarse esto. Y porque tú conoces tanto Washington como el Pentágono desde adentro. Por eso queremos que te subas al barco. Por eso queremos tu consejo.

Wilman lo miró frunciendo el ceño.

—El primero que les daré es éste: si algún día estos Gatillos fueran tan baratos como los televisores y tan comunes como los relojes de pulsera, bien, ojalá pudiera vivir lo suficiente para ver ese mundo. Pero que yo conozca Washington o el Pentágono tan bien como para ayudar a que ello ocurra... eso es bastante cuestionable. Lo cual convierte a cualquier consejo que yo les pueda ofrecer en algo de dudoso valor.

—¿Por qué no dejarnos a nosotros juzgar eso? —preguntó Brohier—. No te hemos prometido que seguiremos tu consejo, después de todo.

Eso hizo estallar una risa sorprendida de Wilman.

—No, no lo han prometido, ¿verdad? Muy bien. Pienso que es su deber informar al Presidente, así como Einstein informó a Roosevelt acerca de la posibilidad de la bomba atómica.

En ese punto fue Goldstein quien se sorprendió.

—Pero, Grover, cinco minutos después de que lo hagamos el Pentágono le colocará una etiqueta de «Estrictamente Confidencial».

—Así es.

—¿Y todavía piensas que tenemos la obligación de entregárselo a ellos? —preguntó Brohier—. ¿En qué nos ayuda eso a progresar hacia un desarme? Es más probable que nos dirijamos así a una Pax America. Si somos el único país que tiene el Gatillo, terminaremos siendo el único país que tenga ejércitos.

—Karl tiene razón, Grover —dijo Goldstein con el rostro ruborizado—. Yo soy tan patriota como cualquiera, y amo este país, pero estoy completamente seguro de que no le voy a dar a ningún joven César la fórmula mágica para construir un imperio. Y no me puedes decir que el presidente de la Junta de Jefes va a compartir tu entusiasmo de hacer a los Gatillos tan comunes como televisores.

—No. No puedo —dijo Wilman—. Pero escúchenme. Necesitamos tener claro el objetivo. Éste no es mantener el descubrimiento lejos de nuestro gobierno y de sus fuerzas armadas, porque ustedes no pueden hacer eso. Si nuestra inteligencia evalúa que no hay que sacarlo a la luz, ellos lo arrebatarán cuando ustedes empiecen a repartirlo. ¿Ustedes piensan que eso les dará más influencia, más autoridad moral, más poder de negociación que el que conseguirán yendo a ellos primero?

—Probablemente no —dijo Brohier—. Pero...

—Por supuesto que no —dijo Wilman—. Ustedes no están intentando mantener

esto lejos de ellos. Ustedes están tratando de asegurarse de que ellos no se lo quiten a ustedes. Si hacemos que ellos nos descubran, nosotros justificaremos todas sus peores sospechas. Pero si nosotros vamos a ellos con esto, y les recordamos todas esas misiones de paz que no fueron tan pacíficas, algunos de ellos pensarán «Podemos usar esto para salvar a nuestros muchachos». Y luego haremos que el Gatillo sea probado de manera que ustedes nunca podrían por su cuenta, con todo el rango de las municiones militares.

—Al costo de perder el control de él —dijo Goldstein—. Esto no debe estar en manos de la gente que apunta las armas. Debe estar en manos de la gente que está en la mira.

—Ustedes nunca tuvieron el control sobre esto —dijo Wilman—. Es conocimiento científico, pertenece a todos. ¿Cuántos laboratorios hay en el mundo que puedan empezar a construir un Gatillo hoy, si tuvieran acceso a la información que ustedes tienen?

Goldstein miró a Brohier.

—No lo sé —respondió lentamente el científico—. ¿Treinta? ¿Cuarenta? Tal vez más.

—¿Y cuántos de esos laboratorios tienen la capacidad de hacer el descubrimiento fundamental solos, el mes que viene, o el año que viene?

—Probablemente un tercio. Tal vez la mitad.

—Entonces, ¿qué significa realmente la etiqueta «Estrictamente Confidencial»? —preguntó Wilman—. Es un tranquilizante vacío para nuestros gobernantes.

—Representa un año de adelanto, o más —dijo Brohier—. Un año en el cual podríamos marchar sobre México y destituir a Cardena, o anexar Canadá Occidental, o volver a tomar el Canal de Panamá.

—Pero, Karl, podríamos hacer cualquiera o todas esas cosas hoy —dijo Wilman—. Nuestras fuerzas armadas tienen lo mejor de lo mejor, y más que suficiente como para dominar en todos los campos de batalla en cualquier continente. Pero no hacemos ni un décimo de lo que podríamos con ese poder. ¿Por qué? Porque sabemos que seríamos pésimos conquistadores, pues daríamos golpes sin fuerza cuando llegara el momento de matar a los disidentes y acorralar a la resistencia. Y porque las democracias modernas industriales no inician guerras, puesto que éstas son malas para los negocios. ¿Piensas realmente que hay alguien en la avenida Pennsylvania 1600 que abrigue el secreto deseo de marchar triunfante sobre Vancouver?

—No quiero correr el riesgo de averiguarlo. Ha habido aventureros en la Casa Blanca en el pasado. Puede volver a haberlos, antes de lo que imaginamos.

—No hay alternativas que no supongan un riesgo, Karl. Y te diré esto: si yo tuviera que elegir cualquier gobierno actual o cualquiera de los principales poderes para confiarle esto un año, o dos, o cinco, elegiría éste. Quizá no hagan lo correcto

según nuestro punto de vista, pero me arriesgaría a decir que no tomarán la decisión equivocada.

—Ojalá compartiera tu confianza.

—Conozco a esta gente, Karl. Aron también. Pregúntale su opinión sobre el Presidente —dijo Wilman—. Y hay algo más que debemos considerar. Si este descubrimiento de ustedes llega a Bagdad y a La Habana y a Phnom Penh y a Kiev antes de que llegue a nuestra gente, seguramente habrá alguien que lo use contra nosotros mientras nosotros estemos tratando de alcanzarlos. Tienes que imaginar el Gatillo en las manos de la gente que trata de herirte, y no solamente en las manos de aquéllos a quienes intentas ayudar.

—Creo que Grover está en lo cierto, Karl —dijo Goldstein suavemente—. Necesitamos hablar con el Presidente.

Brohier negó con la cabeza.

—Esto no es lo que yo me figuraba, en absoluto.

—Bien, no hubiera pensado que te imaginabas que yo era un inocente confiado, Karl —dijo Wilman—. Aron, si tú decides hablar con el Presidente, yo me ocuparé con gusto de organizarlo. Pero antes de ese día, hay dos pasos que les insisto que hagan. Uno es usar el procedimiento de solicitud segura para conseguir una patente para la tecnología del Gatillo. Eso complicará cualquier intento de apartarlos a ustedes.

—¿El Pentágono versus la Oficina de Patentes? ¿De qué se trata esa pelea? —preguntó Brohier sarcásticamente.

—¿Cuál es el otro paso?

Wilman ignoró a Brohier y se dirigió a Goldstein.

—El otro es que me den a mí —a Razón sobre la Locura— una copia de los planos, toda la información técnica. Y una lista de esos laboratorios también.

—¿Por qué? —preguntó Brohier.

—Porque no pueden apagar una campana que empieza a sonar —dijo Wilman sombríamente—. Porque ellos pueden obligarlos a mantener el secreto bajo la amenaza de prisión por traición, pero no pueden guardar las palabras que ya salieron de sus labios. Porque yo puedo estar equivocado acerca de todo esto, y puedo tener que hacer algo para intentar deshacer el daño. Ustedes pueden querer hacer planes por su cuenta en esta línea, por si acaso.

—¿Y eso no sería traición también?

—Quizá —dijo Wilman, volviéndose hacia las lápidas—. ¿Qué ocurrió con nuestra brisa? El aire se puso pesado de repente. Ahora temo volver caminando. —Se puso de pie, y los otros lo siguieron—. Doctor Brohier, fue un placer conocerlo. Como ve, me acordé, después de todo. —Se dio la vuelta y esbozó una sonrisa amable—. Mis felicitaciones por su nuevo descubrimiento. Quién sabe, quizá su

próximo Premio Nobel será el Premio Nobel de la Paz. Aron, ven a verme en unos días y dime lo que hayan decidido. El doctor Brohier no está listo para tomar hoy una decisión.

—¿Es eso tan poco razonable? El precio por equivocarse es muy alto —dijo Brohier.

—Sí, lo es —dijo Wilman—. Y no puedo prometerle que yo tenga razón. Sé que estamos preparados para ser la policía del mundo. Pero ¿estamos preparados para hacer eso con una pistolera vacía? Eso no lo sé. Cuando cambias las reglas cambias el juego. Caballeros. —Los saludó con un gesto de la cabeza, y se alejó descendiendo la colina.

Brohier lo miraba irse, y se pasó los dedos por el cabello. Suspiró.

—Aron, ¿se hizo cargo de todo?

Goldstein dejó de doblar la manta.

—No. Pero lo haría, si se lo pidiéramos, o si perdiéramos el rumbo, o nuestra voluntad.

—Entonces va a estar de pie detrás de nosotros con una lanza, exhortándonos a la gloria.

—Algo así.

—¿Y esto era parte de tu plan?

—Él es un tigre —dijo Goldstein, echando un vistazo hacia donde Wilman se había ido—. Necesitamos su fuerza. —Se quitó la transpiración de la frente con el dorso de la mano—. Y yo necesito un trago. Vamos.

Emprendieron el camino en silencio a través de las muchas filas de lápidas antes de doblar y seguir el pasillo entre dos filas. En diez minutos sofocantes llegaron al auto, estacionado como uno más en la multitud de autos cerca de Arlington House.

En el camino a West Gate, una señal hacia Roosevelt Drive capturó la mirada de Goldstein.

—¿Se sabe si Einstein hubiera hecho lo que hizo si Hitler no hubiera ya invadido Polonia para ese entonces? —preguntó.

—Sí —dijo Brohier, tomando un puñado de hielo y colocandoselo en el cuello—. En realidad él escribió la carta a Roosevelt acerca de la bomba el mes anterior. Le llevó tres meses a Sachs entregársela.

—Oh —dijo Goldstein—. No importa, entonces.

—No, no, ésa es exactamente la pregunta correcta —dijo Brohier—. Estuve leyendo *En mis últimos años* en camino hacia aquí, y me preguntaba qué hubiera pensado Einstein sobre esa carta después, después del Proyecto Manhattan, después de Hiroshima. Y me enteré de algo que no sabía y no hubiera adivinado. Einstein y la conspiración húngara (Szilard, Teller y Wigner) querían detener a Hitler, es cierto. Pero también eran idealistas, pacifistas. Pensaron que el descubrimiento que le

llevaban a Roosevelt iba a poner fin a todas las guerras, no simplemente a esa guerra.

—No.

—Sí. Creían que la bomba atómica traería un gobierno mundial, y a través de él, la paz mundial. —Brohier miró hacia un lado a su compañero y sonrió con pesar—. Da que pensar, ¿no?

La única respuesta de Goldstein fue una expresión abatida y el sonido de la ginebra cayendo sobre el hielo crujiente.

## 8: Amistad

Chicago. El director del Hospital de Rehabilitación Schwab (al cual se refirió como «un monumento a la cultura de las bandas») Amafa Jones instó el viernes a los funcionarios de la ciudad a actuar con decisión para terminar la guerra en las calles del sector sur de la ciudad. Al testimoniar ante el concejo municipal afirmó que «Algo está muy mal cuando una cicatriz de un disparo es considerada una insignia de honor. Nuestros pabellones están llenos de chicos que nunca volverán a caminar».

*Historia completa - Las bandas de Chicago en la red - Estadísticas del crimen en la ciudad - El jefe de policía responde*

—Hongo Auxiliar Subalterno Asistente Principal presentándose a sus tareas — anunció Gordon Greene cuando entró en el sector de Ingeniería 04, donde la unidad portátil de Gatillo estaba terminando de ser ensamblada.

Levantando la mirada de su trabajo, Leigh Thayer lo miró con una expresión circunspecta.

—¿Hongo?

—Seguro. Tú sabes, un hongo vive en la oscuridad, se alimenta de muchos...

—He estado desayunando en la cafetería últimamente —dijo Thayer secamente—. Quizá tú quieras conocer el itinerario de tus pedidos de comida.

Greene lanzó una carcajada. Pero su expresión se puso seria cuando dejó caer su bolsa de dormir y su bolso deportivo rojo y blanco cerca de la puerta y se acercó a ella.

—No, en serio, ¿no sientes que estamos completamente fuera de las decisiones importantes aquí? —preguntó—. Brohier y Horton se fueron quién sabe dónde para hablar con Dios sabe quién, haciendo tratos y disponiendo cosas con las que tendremos que vivir.

—Siento que aún tenemos un montón de trabajo que hacer —dijo—. Y que si no sabemos nada del jefe por unos días más, está bien para mí, porque entonces no tendré que decirle que no hemos terminado. —Señaló al lado de Greene—. ¿Qué es eso?

—Una almohada, seis camisas, unas cuantas mudas de ropa, un cepillo de dientes y veintitrés dólares de Anthony atados en un pañuelo. Ella lo miró perpleja, y él agregó:

—Me estoy yendo de casa.

—Oh —dijo ella—. Así que finalmente estás haciendo lo más sensato, y te mudas aquí. No sé por qué no lo hiciste hace dos semanas.

—Vaya, es muy gentil de su parte ofrecerme hospitalidad, señorita Lee —dijo Greene—. Le agradecería muchísimo si pudiera quedarme con usted por una temporada. No seré el más mínimo problema. —Miró con curiosidad la consola de control portátil y evaluó rápidamente cuánto faltaba para terminar de ensamblarla—. ¿Qué te parece si hago un brazo lateral y una ménsula de montadura para ese tablero del procesador?

—Mientras no bloquee el acceso a la tarjeta base. No quiero tener que sacarla completamente para tener que hacerla reparar.

—Puedo hacerlo —dijo Greene, y cruzó la sala hacia la estación de diseño industrial junto a la litografía del prototipo *polimet* que estaba del otro lado de la habitación—. Sí, tenías razón —respondió cuando se instaló allí—. Simplemente no tenía sentido volver a casa. No después de un día de trabajo de doce horas. Me engañaba pensando que todavía podía tener una vida.

—¿No podías conseguir citas a la medianoche?

—No podía mantenerme despierto en las citas. Estaba arruinando mi reputación.

Thayer lanzó un suspiro despectivo.

—Yo no esperaría poder recuperar mi vida, en tu lugar —dijo—. La abertura del agujero de ese brazo es de sesenta milímetros.

—Ya está.

Mientras el brazo tomaba forma en la pantalla, Greene recorrió mentalmente una lista de tareas que Horton les había dejado para hacer.

Habían recolectado, encriptado y archivado en dos sitios seguros fuera del campus los datos del proyecto. Habían desarmado en secciones el prototipo del Gatillo, y las habían colocado en cajas para transportarlas. Las muestras de las pruebas habían sido etiquetadas y catalogadas, y ya descansaban seguras en tres cajas compartimentadas de aluminio.

Todo lo que quedaba por hacer era empacar la principal consola de control, una tarea que aguardaba la llegada de una canasta de madera hecha a medida y un par de fuertes apoyos tomados de la gente de seguridad del laboratorio. La unidad portátil de emisión había pasado ya los controles con baja energía y estaba lista para la primera vuelta de inspección del sistema tan pronto como estuviera listo el controlador.

Eso dejaba a Greene solamente un proyecto que él mismo había agregado a la lista: hacer que «Bebé Dos» fuera no simplemente portátil sino operacionalmente móvil.

—Quizás haya lugares donde queramos poner esto donde no exista una extensión para cables —había dicho.

Así fue como se vio absorto por lo que era como una tecnología primitiva: un par de generadores diesel Caterpillar de alta potencia. Preparado como una unidad integrada completa con un remolque con gomas neumáticas y una envoltura aislante

de sonido, el DuoCat 1500 había sido diseñado como un generador eléctrico de servicio de emergencia, con un interruptor automático que pasaba de función primaria a sustituida.

El diseño que Greene llevaba a cabo sacrificaba esa redundancia en pro de duplicar la salida de energía. Al mismo tiempo, había decidido reemplazar la plataforma de acondicionamiento de la energía con la esperanza de filtrar y estabilizar la salida de energía a un nivel similar a los niveles de laboratorio. Supuso que tenía cuatro días por delante, y esperaba así terminar antes que Lee.

—Voy a ir a buscar ese brazo para ti del tanque —dijo Greene, empujando su silla hacia atrás—. Y voy a dejar mis cosas en el salón de conferencias B. Dime, ¿por casualidad sabes dónde pusieron ese sofá tan cómodo que estaba en la oficina de Barton?

—Está allí todavía. Quitaron el escritorio, en cambio, para hacer lugar para mi cama.

—En ese caso, ¿puedes prestármelo? No quiero pedir a los Servicios que me traigan otra cama.

—Ernie, mi gato, duerme en él... —comenzó a decir Thayer.

—Oh —dijo Greene, y se encogió de hombros espontáneamente—. No importa, entonces. Pasemos al Plan B. Brohier debe tener algo en su oficina que se pueda pedir.

—No hay problema —dijo ella, para sorpresa de Greene—. Ernie se adaptará. Deja tu bolso en mi habitación por ahora. Más tarde te ayudaré a mover el sofá.

Casi desde el momento en que Greene llegó a Terabyte, él y Lee habían caído en una infantil e irritante rivalidad que, si hubieran tenido veinte años menos, hubiera sido tomada por coqueteos. Se trataba de mostrar que uno era mejor que el otro, una competencia inútil entre dos personas talentosas para forzar un elogio de parte del otro, unida a una obcecada determinación de no darle al otro esa satisfacción.

Después de tantos meses, quedaba poco de esa rivalidad entre ellos. Permanecía como un tic, como una broma que ninguno de ellos tomaba en serio pero que ninguno podía abandonar. Horton la llamaba «vamos a poner un palo en el ojo del otro», y a veces los regañaba cuando los sorprendía.

Esa noche, sin embargo, fue Thayer quien lo sorprendió.

—Estamos otra vez haciendo lo mismo —dijo, sentándose en su banco y apagando sus instrumentos.

—¿Qué cosa?

—La única razón por la que todavía estamos trabajando a las diez menos diez de la noche es que no quieres ser el primero en admitir que estás cansado. Bien, yo estoy cansada. He estado en esta cajita todo el día, y ya no puedo enfocar los ojos.

Greene dejó sus herramientas.



—Supongo que piensas que esto prueba que tú eres la madura y la responsable de los dos.

—En absoluto —dijo con aire despreocupado, levantándose y estirándose—. Eso ya quedó probado la semana pasada cuando yo me quedé trabajando cuando tú te fuiste temprano para tus excursiones de caza.

—Como si fuera mi culpa tener tanto éxito con las mujeres —dijo él, alcanzándola cuando ella salía al corredor.

—Por supuesto que tienes éxito con las mujeres. Pagas por adelantado, y te vas pronto.

Greene dio un respingo.

—¡Ay! Herido por un doloroso golpe bajo, el rey blanco tambalea, anuncia casi sin aliento su rendición, y cae fuera del tablero —dijo, representando su narración al mismo tiempo que la decía—. Misericordiosamente, cae en un cómodo sofá.

—Siempre benevolente en la victoria, la reina roja invita al rey vencido a su mesa a compartir una pizza picante de Molando.

—¿Ya la pediste?

—Hace media hora, por el fax celular. Debería llegar a la entrada en diez minutos.

—¡Ah! ¿Así que en realidad suspendemos el trabajo porque tienes hambre? —dijo él, ahogando una risita y fingiendo una danza de victoria—. Retiro mi rendición. Oh, la carne es a veces tan débil.

La pizza desapareció en instantes, así como la botella grande de Vernors que Thayer sacó de su pequeña heladera.

—Gracias —dijo Greene—. Eso estuvo bien, muy bien en realidad. Voy a tener que correr unas cuantas veces hasta la cerca mañana por la mañana. Es lo primero que haré.

—Podrías hacerlo ahora, y así dar a los francotiradores la oportunidad de practicar con sus telescopios nocturnos.

—Eres tan precavida —dijo, y le dio una palmadita al sofá donde estaba sentado—. Mejor tendríamos que mover esto, así puedo dejarte precavidamente sola.

—Quizá podamos dejarlo donde está.

Greene inclinó un poco la cabeza con un gesto interrogativo, y esperó que ella prosiguiera.

—No me ha sido fácil dormir aquí —dijo, algo incómoda por esa confesión—. Hoy pensé en eso, y prefiero que estés aquí sabiendo qué estás haciendo antes que estés por ahí haciendo ruidos extraños en el medio de la noche. Si no te importa.

Greene se encogió de hombros.

—Supongo que no hay inconveniente. A menos que tú duermas con las luces encendidas, o tengas algún tipo de relación antinatural con tu gato, o algo así.

—No —dijo ella, absorta en sus pensamientos—. Por supuesto, quizá cambie de

idea cuando descubra qué tipo de ruidos extraños haces tú aquí en el medio de la noche.

—Yo soy una persona muy limpia en mi casa, nunca ronco y he enseñado a mis arañas a no ladrar.

—Un príncipe —dijo ella—. Hagamos la prueba, entonces.

Hubo unos momentos embarazosos mientras se preparaban. Lee se asustó por un instante cuando Gordon, ignorando aparentemente su presencia, se desvistió dejando ver su calzoncillo blanco antes de deslizarse dentro de su bolsa de dormir que tenía el cierre cerrado. Unos pocos minutos después, cuando Lee volvió de cambiarse del salón de las mujeres, Gordon se encontró inexplicablemente intrigado acerca de cómo el camisón de ella, que le llegaba hasta las rodillas, envolvía su cuerpo.

La oscuridad alivió a ambos de su incomodidad, pero no borró la conciencia que tenían el uno de la presencia del otro. El silencio parecía significar algo, como si esperara ansiosamente que lo quebraran, como si tuviera conciencia del momento que trascendía el momento de ellos. Greene luchó contra la tentación de leer más en la vacilante invitación de ella, y para ello tuvo que enfrentar sus pensamientos escondidos y no analizados.

«Siempre me dije que porque teníamos que trabajar juntos no necesitábamos esa complicación. Tú mereces más que un embelesamiento de seis semanas que termina después de acostarnos algunas veces, y no sé si hay algo más que eso dentro de mí».

La oficina era una habitación interna sin ventanas, y Gordon apenas podía figurarse a Lee en la cama contra la pared opuesta. Pero oyó que ella se daba vuelta, acomodaba su almohada y respiraba tranquilamente.

«¿En qué estás pensando? ¿Esperabas algo diferente? ¿Estás desilusionada, o aliviada? ¿Es sólo una fantasía presumida la idea de que siquiera te percatas de mí?»

Greene suspiró, y luego deseó poder recuperar ese aire, porque el sonido fue demasiado alto y significativo en la oscuridad, demasiado similar a una invitación. Y como él dio ese paso, y temía que ella lo aprovechara, y sabía que había preguntas que ninguno podía responder ni ignorar elegantemente, pensó que era necesario que él rompiera el silencio.

—¿Lee?

—Mmm.

—Hay algo que he querido preguntarte antes...

—¿Qué?

—¿Piensas realmente que los bebés son tiernos?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Sólo estoy explorando una de esas fronteras entre el hombre y la mujer. Yo no tengo hermanas. Dos hermanos mayores. Sean no quiere tener niños. Y Brandon tiene otra beba que llora todo el tiempo, y por lo que puedo decirte ni siquiera piensa que

sea muy tierna todavía.

—Entonces, ¿cuál sería una respuesta correcta?

—Simplemente me preguntaba cuan universal es este asunto de los bebés, cuan solidificado está en el estereotipo, y si todas las mujeres se ven arrastradas a él, aun las mujeres solteras que son felices con una carrera exitosa.

—Ah, ahora entiendo. Ésta es una de esas conversaciones típicas de las fiestas de pijama de la primera semana en un campamento.

—Exactamente.

Ella tardó en responder.

—Suenas como si tú creyeras en el estereotipo. Si no, no harías esa pregunta.

—Puedo ver tan claramente como cualquiera que los hombres y mujeres están contruidos con diferentes especificaciones, si eso es lo que quieres decir.

—¿A qué te refieres?

—Nunca he visto que los varones se reunieran alrededor de un cochecito de niño como lo hacen las mujeres. Brandon llama a Molly su imán de chicas. Por eso no le importa si tiene que llevarla con él a pasear, o a hacer compras.

—Tu hermano suena como un hombre encantador.

—Bueno, sólo tiene veintiséis años. No se volverá muy responsable hasta dentro de unos años.

Lee ahogó una risa.

—¿Y eso qué te dice?

—«Peligro, peligro, Will Robinson».

Ella lanzó una carcajada.

—¿Cómo era, o cómo es tu madre? Ya que no tienes hermanas para darte un ejemplo mejor...

—Te diría que ser madre fue el primer y mejor destino de mi madre, y ella lo sabía. Se quedó en la casa con nosotros hasta que el menor de nosotros (yo) ingresó en la escuela secundaria. Recuerdo que yo ya estaba lo suficientemente grande en un momento para comprender y me sentía culpable. Ella me dijo que nosotros no le habíamos impedido hacer nada que ella quisiera hacer, porque no había nada que ella quisiera más. Y no creo que fueran simplemente palabras.

—¿Era una militante de La Familia Primero, entonces?

—Oh, no —dijo entre risas—. No había nada político en su actitud. Era simplemente una mamá.

—Eso me ayuda a entender el contexto de la pregunta. Entonces, ¿qué tipo de respuesta quieres realmente? ¿General o específica? ¿Sociobiológica o psicológica?

—Lo que la señora elija.

—Qué pintoresco y anticuado eres —dijo, bostezando sin querer—. Supongo que diría que es una generalización del orden del noventa por ciento. La mayoría de las

mujeres se ven atraídas por los bebés, y la mayoría ni siquiera puede decirte por qué. Pero hay otro diez por ciento. Yo he tenido en estos años un par de amigas que han evitado a los bebés como si fueran un cazabobos.

Hizo una pausa, y luego añadió:

—Pero ahora que lo pienso, ambas venían de hogares con muchos problemas: una con un padrastro abusivo, la otra con una madre alcohólica. Y ambas tenían gatos. Quizá sea una generalización del orden del noventa y cinco por ciento, después de todo.

—Entonces hay excepciones: ni gatos, ni caballos, ni perros, ni arrepentimiento.

—Estás mezclando por lo menos cuatro tipos diferentes de mujeres —dijo ella—. La relación entre mujeres y perros, perros grandes, digo, ya que los perros pequeños cuentan como los gatos, no tiene nada que ver con la relación entre las mujeres y sus gatos, o las mujeres y sus caballos. Fíjate bien, no estoy diciendo que no hay alguna compensación y desplazamiento en esos tres casos. Éstas son relaciones, no objetos que se poseen.

—Entonces, si los gatos son bebés sustitutos...

—A veces —advirtió ella—. Y los perros son a veces amantes solícitos... Aunque no literalmente —agregó enseguida.

—No en general, por lo menos. Y los caballos también.

—Los caballos. Los caballos son más complicados. —Reflexionó unos instantes—. Pienso que los caballos pueden evocar todas las clases de relaciones humanas que existen, desde la más puramente mercenaria y utilitaria hasta la relación personal profunda, y aun sexual. El caballo puede ser madre, padre, amigo, niño, amante, sirviente devoto, para no mencionar esa poderosa cosa salvaje que está atrapada entre la mujer que anda a caballo, controlada con el arnés y el látigo, y el capricho del jinete.

—Supongo que viste *Xena* cuando eras una niña.

—¿Cómo sabías? —Greene pudo oír la sonrisa de ella.

—Casualidad. Pero, con todo, dices que hay excepciones, que hay mujeres que simplemente no se ven llevadas a la maternidad y los bebés, que no han llenado ese espacio con sustitutos, pero que tampoco huyen de sus propios temores.

—Sí. Lo que explica que no puedas hacer una regla para todas las mujeres, y que las mujeres puedan elegir.

—¿Tú eres una de ellas? ¿De las excepciones?

—Ah, entonces quieres la respuesta personal, después de todo —dijo ella con un suspiro—. No. Me gustan los bebés. Creo que son tiernos. Ojalá hubiera podido estar más con mi hermana cuando sus hijos eran pequeños. Y no he perdido las esperanzas de tener uno o dos. Pero no tienes que leer nada entre líneas.

—Jamás lo pensaría.

—Sólo para que quede registrado, podrías haberte apresurado un poco menos en decir eso —dijo con un suspiro—. No soy lo que los hombres buscan. Lo sé. Y no me interesa intentar ser lo que los hombres quieren. No, eso no es cierto, en realidad. Lo entiendo bien, y no soy una de esas mujeres que piensan que eso es realmente desagradable. Simplemente no me sale de manera natural. Soy una sirena sin oído musical, una chica que no tiene con quién bailar en las fiestas. Y realmente me sorprende de que los hombres no me busquen por lo que soy. Soy inteligente, no me gusta posponer las cosas, y no creo que los bebés estén en el primer lugar en mi lista de prioridades. ¿Eso me descalifica?

—No debería —dijo él. «No, no te descalifica. Ahora dame una pista o dos de lo que quieres, y dónde piensas que puedes hallarlo».

Había dos mensajes esperándolos a la mañana. Uno de Brohier les advertía que se quedaría en Washington unos días más. El otro, de Horton, les pedía su mejor estimación acerca de cuándo el Bebé estaría listo para viajar.

—Algo ha ocurrido —dijo Gordon—. Han hecho alguna clase de arreglo.

—Eso sería una buena noticia, ¿no? ¿O querías vivir así para siempre?

—No es una buena noticia. Brohier va a entregar el Gatillo al Pentágono y Horton no va a hacer nada y lo permitirá.

—No lo sabes. El jefe me prometió...

—Es inevitable. Mira, no fueron a Washington a pasear. Si pensaran globalmente estarían en Nueva York para hablar con el secretario general de las Naciones Unidas. Están en Washington porque en su corazón son nacionalistas. No quieren hacer nada que pueda debilitar a su país.

—¿Y eso es un problema para ti?

—Es la mentalidad del siglo XVII, no del siglo XXI. Ejércitos fuertes, ciudades-estado fuertes, murallas fuertes. Pero ya no hay murallas. Tenemos una cultura global y un comercio global construido sobre la ciencia y la tecnología. Cada intento de politizar el conocimiento científico ha sido un desastre absoluto. La información quiere libertad.

—¿Qué esperas de ellos? El doctor Brohier está tan orgulloso de su Medalla Nacional de la Ciencia como de su Premio Nobel.

—Brohier es un dinosaurio —dijo Greene con una mueca de disgusto—. Mira, espero que piensen en la política del Gatillo. Espero que actúen como Homo sapiens, no como norteamericanos. Se supone que estamos superando nuestra mentalidad tribal, no reforzándola.

—¿Y te parece que ambas son mutuamente excluyentes? Es muy razonable estar seguro de que la casa de uno está a salvo antes de salir corriendo para salvar la casa de otro.

—Pero entregar el Gatillo a los militares es lo mismo que esconder las mangueras

para apagar el fuego y luego preguntarse por qué las casas de los vecinos se están incendiando. Vamos, Lee. Sé que no puedes querer que esto termine en el mismo galpón que el Arca de la Alianza, la turbina de fusión fría y el OVNI Roswell.

Lee negaba moviendo la cabeza.

—Eres tan paranoico que empiezas a hacerme sentir normal en comparación. No, no quiero ver el Gatillo usado para hacer invulnerables a los poderosos. Es bueno que gente como Nkrumah, Morana y Son Lee tengan que preocuparse porque pueden llegar a estar del lado equivocado del arma. Pero no puedo creer que le daremos el Gatillo a gente como ellos.

—¿Aún piensas que nuestro gobierno juega a apuntalar a nuestros amigos y a debilitar a nuestros enemigos? No creí que fueras tan cándida.

—Gordie, no soy ingenua en cuanto a la política. Me aburre horrores, ésa es la diferencia. Política de iglesia, de la ciudad, política nacional, política internacional, es todo lo mismo. Sólo una interminable competencia de meadas marcada por un incidental altercado sangriento. Bien, yo soy alérgica a la testosterona en altas proporciones.

—No puedes afirmar que el resultado de esto no importa.

—Para mí es tan intrascendente como el resultado del próximo partido de fútbol americano de Ohio.

Con una mueca de fingido horror Greene hizo una cruz con los dedos y la mantuvo frente a sí como espantando un demonio.

—¡Atrás, niña pagana!

—Es mi corazón hereje —dijo ella suavemente—. En lo que a mí concierne, puedes dar por terminada la temporada. Yo apenas notaría la diferencia, más allá de la tranquilidad y la mejoría en el tráfico alrededor del campus. Eso es lo que siento acerca de las elecciones, los feudos familiares, las adquisiciones hostiles, los superhéroes de historieta, el hockey profesional y las películas de acción. Me quedaría con las olimpiadas, pero sin los uniformes nacionales. Cada uno se representaría a sí mismo, y no se haría la suma de medallas por países.

—Eres una criatura completamente extraña.

—Pensé que ya nos habíamos puesto de acuerdo acerca de eso anoche —dijo ella—. Gordie, en serio ahora, quizá yo sea ingenua en confiar en la promesa que el jefe me hizo de que el Gatillo serviría para la liberación más que para la opresión. Pero me parece que trabajar para un mundo desarmado va a exigir de nosotros mucha fe, y estoy deseosa de hacer eso. Tenemos que desearlo, o estamos muertos desde el principio.

—Salvo que Horton no está en Washington, pero Brohier sí —señaló Greene—. ¿Qué tipo de promesa te hizo a ti?

Ella no tenía una respuesta lista para esa pregunta, excepto mirarlo frunciendo el

ceño.

—En todo caso, no importa —dijo, volviéndose a su trabajo—. ¿Qué podríamos hacer, aun si supiéramos que estás en lo cierto? ¿Provocar un «accidente» que destruyera el laboratorio y nos matara? ¿Huir con los bebés de Jeff y ver por cuánto tiempo podemos mantenernos a distancia del FBI? ¿Publicar las notas y las especificaciones en la Internet y dejar que ocurra un caos?

—Me gustaría pensar por lo menos en dos de esas posibilidades.

—A mí no —dijo ella, y le dio la espalda—. Te guste o no, estamos comprometidos en este camino. Y si los primeros Gatillos producidos en masa son construidos por TRW e instalados en el sótano de la Casa Blanca, el patio del Pentágono, en Air Forcé One y el Centro de Datos de la Seguridad Social, ¿qué? Es un caballo de Troya, Gordie. Porque no puedes usar el Gatillo como autodefensa sin desarmarte a ti mismo al mismo tiempo.

—Hallarán la manera de sortear ese problema.

—Para cuando lo hagan, el Gatillo será del tamaño de un maletín y tendrá el precio de una unidad para escritorio, y habrá Gatillos por todas partes creando pequeños oasis de cordura —dijo ella—. O quizá ya habremos aumentado tanto el alcance que construiremos tres grandes y los ubicaremos en órbitas Clarke a una distancia de ciento veinte grados. Eso es algo que Washington puede hacer, pero no Teherán.

—Es peor que lo que yo pensaba —dijo abatido—. También tú eres una optimista.

—Cuidado con lo que dices —dijo ella rápidamente—. Una persona optimista solamente ve el lado positivo, así como el pesimista ve el lado negativo. Yo soy una mejorista. Veo las posibilidades. Tienes que tener esperanzas, Gordie. La esperanza que mira hacia el cielo y tiene los pies sobre la tierra te deja ver un mundo mejor escondido en las sombras de éste, y te advierte que sólo el trabajo duro lo sacará a la luz.

Cuando ella terminó de hablar, Greene la miraba con una expresión curiosa que parecía tener una parte de diversión escéptica y tres cuartas partes de admiración sorprendida, o quizás al revés.

—Realmente eres algo más, doctora Leigh Thayer —fue todo lo que dijo, y en una voz tan cuidadosamente neutral que no revelaba realmente cuál era su balance final.

—Qué gracioso. Eso es lo mismo que aparece siempre en mi archivo de seguimiento del FBI. —Ella entornó la mirada, pero sus ojos la traicionaron y parpadeó—. Pero ¿cómo puedes saber eso, a menos que tú seas uno de ellos?

—Es que no soy sólo uno de ellos. Soy el original.

—Exactamente lo que sospeché todo este tiempo —dijo ella, y su rostro se relajó

en una sonrisa—. Oye, ¿qué quieres decirle al jefe sobre el cronograma? Creo que voy a tener mi parte empacada para el viernes a la tarde, o sábado al mediodía como máximo.

—Dile diez días.

Ella lo miró extrañada.

—Pensé que te faltaba menos para terminar.

—Una semana, entonces.

—Gordie, ¿qué estás diciendo? Ya estás trabajando con el remolque del generador.

—Pienso que tenemos que dejar encendido el equipo portátil (a energía mínima) durante setenta y dos horas antes de moverlo. Y sacudirlo un poco también.

—¿Por qué?

—Así sabremos que podemos contar con él durante la mudanza.

—¿Aún piensas que nos perseguirán agentes del FBI?

—Pienso en lo que puede haber en esas sombras —dijo, encogiéndose de hombros—. Podemos también tener el beneficio de nuestra propia creación, tanto aquí y cuando nos vayamos de aquí. Prefiero tenerlo y no necesitarlo que necesitarlo y no tenerlo.

—¿Estás seguro de que no estás plantándote y tratando de aminorar la marcha del Expreso Terabyte?

—Estoy seguro de que no —dijo Greene con firmeza, y agregó—: aunque no estoy diciendo que no lo haría si pudiera.

Ella asintió.

—Diré al jefe que el prototipo estará listo en cualquier momento, y que el portátil estará de acá a siete o diez días. No pondrá objeciones. Sabe que estamos solos aquí, y que estamos haciendo lo mejor que podemos.

—No quiero pedirte que mientas por mí.

—No lo haré —dijo Lee—. Simplemente le diré que no estamos completamente listos. —Ella echó un vistazo al laboratorio, ahora desnudo no sólo de todos los toques personales sino también de todo rastro del trabajo que se había hecho allí, y suspiró suavemente—. Éste fue el trabajo de una vida. Y se terminó. Lo sé. Pero aún no estoy lista para irme.



## 9: Conversación

Argel. La ceremonia de inauguración de la Conferencia sobre el Progreso en el Mundo Islámico se vio interrumpida por un ataque mortal con cohetes que dejó treinta y dos muertos y una cantidad mayor de heridos, incluyendo al presidente egipcio Mohamed Khaled, que estaba de visita. En represalia, Zaoui, el primer ministro de Argelia, ordenó ataques por tierra y por aire sobre enclaves de Hassan Hattaba en Z'Barbar y en Tipaza.

Luego, en una entrevista en CNN, Zaoui denunció a «los comerciantes de la sangre de Francia y de los Estados Unidos» por vender armas de última tecnología a los insurgentes.

*Historia completa - Antiterrorismo en la agenda de la Conferencia sobre el Progreso en el Mundo Islámico - Khaled habla a la conferencia desde el hospital*

Ninguno de los tres hombres que esperaban inquietos en la antesala de la Oficina Oval era extraño a la Casa Blanca, pero ninguno de ellos estaba acostumbrado a ser tratado como un mendigo por la puerta de atrás.

Antes de que sus actividades antiarmamentistas lo convirtieran en un leproso político, Grover Wilman había sido una de las estrellas nacientes del Partido Republicano. Habiendo llegado tarde a la política, Wilman ofrecía una visión madura sin el peso de una larga dinastía legislativa, y se vio tratado como un héroe de gran sensatez. Entre los informes del Congreso, las reuniones de estrategia legislativa y los eventos mediáticos, había realizado más de sesenta visitas a la avenida Pennsylvania 1600, la mayoría de ellas durante el primer mandato del presidente Evans.

Dado que el poder siempre y en todas partes había cortejado la riqueza, y la riqueza siempre devuelve el favor, también Aron Goldstein conocía bien la Casa Blanca. Había recibido invitaciones a eventos sociales y a cenas de Estado de cuatro presidentes sucesivos, incluyendo a Evans. Moviéndose con habilidad y precisión, Goldstein se las había arreglado para preservar su rectitud sin perder sus intereses y las posibilidades de acceso. Sin mendigar los favores ni comprarlos, logró una reputación de integridad que lo hizo aún más bienvenido en esos círculos que cualquier hombre de dinero.

En contraste, Karl Brohier sólo había estado en la Casa Blanca en dos ocasiones, pero en ambas oportunidades se había tratado de eventos de gala. La primera cuando el presidente Engler hizo la campaña de convocar masivamente a los ganadores del Premio Nobel. En ese evento bochornoso que ahora le parecía infame, Engler había tratado de adjudicarse el mérito por mandato de los logros científicos de los Estados

Unidos. Minutos más tarde, Bartlesmann, el ganador del Premio Nobel de medicina, señaló del mismo podio del sector sur de la Casa Blanca que Engler había recortado el presupuesto federal de ciencia por la mitad, y había matado el programa bajo el cual Bartlesmann había recibido su formación doctoral.

La segunda ocasión, cuando Brohier recibió la Medalla Nacional de la Ciencia de parte del presidente Evans, había sido un asunto más tranquilo pero considerablemente más digno.

Pero todo eso había sido antes de que Mark Breland se instalara en la Oficina Oval.

Como el primer hombre desde Kennedy en pasar directamente del Senado a la presidencia, y el primer «presidente del pueblo» desde Teddy Roosevelt, Breland violó o reescribió, para bien o para mal, la mayor parte de las reglas acerca de la manera de trabajar de Washington. Ni Evans ni Engler hubieran permitido que gente como Wilman, Goldstein y Brohier esperaran afuera durante aproximadamente dos horas por una audiencia concertada. Pero ésta era la Casa Blanca de Mark Breland, donde nada era como antes.

El carisma personal de Breland era comparado frecuentemente con el de John F. Kennedy, pero la semejanza terminaba ahí. Venía del Senado, pero no pertenecía a él, y su riqueza era reciente y hecha por él mismo. Breland había sido un lanzador de los Philadelphia Phillies durante más de una década. Con una sonrisa cautivante, una ética de trabajo a la antigua, y una técnica demoledora que consistía en un lanzamiento muy veloz con un deslizamiento engañoso de la trayectoria, Breland llevó a los Phils a tres series del mundo, y ganó dos premios C y juveniles en la cúspide de su carrera.

Pero a Breland no le impresionaba la fama, ni siquiera la propia. Durante su carrera desdeñó todos los tratos para hacer publicidad, aunque eso habría duplicado o triplicado su voluminoso salario. Luego una malograda compañía de calzado deportivo intentó utilizar la fama de Breland sin usar su nombre ni su imagen en una serie de publicidades que mostraba imágenes borrosas, figuras desdibujadas, vestuarios oscuros, el sonido de un hombre corriendo, y un narrador con voz de abuelo que empezaba cada publicidad, que decía lentamente: «Sí, señor, fue el mejor que conocí...». En lugar de demandar a la compañía, Breland se ocupó de humillarla con una memorable conferencia de prensa en donde pronunció una aún más memorable frase: «¿Por qué le debería importar a alguien qué calzado uso? Yo soy el único que está en mis zapatos. Y ¿acaso no saben todos aquí que es la manera de caminar, y no los zapatos, la que lo lleva a uno a donde quiere llegar?».

La audiencia nacional tuvo en esa ocasión el primer atisbo del populismo llano y de sentido común que habría de definir la reputación pública de Breland. Y no fue la última vez que quebrantaría las reglas. En una época en que los jugadores de la liga

cambiaban por completo en un lapso de dos o tres años, él jugó durante toda su carrera para un solo equipo, y cuestionó a sus compañeros por estimar más el dinero que la lealtad diciendo que «Jamás un mercenario fue un héroe. No pueden esperar ser aclamados cuando se cambian de uniforme en el medio de la batalla».

Y después de anunciar su único fracaso en lo que fue una temporada infernal para todo el equipo, pidió disculpas públicamente a los simpatizantes y devolvió su salario en reembolsos, entregando 2,71 dólares por cada entrada al campo de juegos, por correo o acreditado a todos los compradores de boletos de los que se tenía registro.

La nota que acompañaba el cheque de reembolso decía: «Soy lo suficientemente afortunado como para ser un hombre mayor que juega un deporte de niños. Volveré a recibir su dinero cuando lo haya ganado en el campo de juego». Ocho compañeros de equipo siguieron su ejemplo, y en la temporada siguiente, el equipo recuperó su estado competitivo y volvió a ganar el primer lugar.

Debido en parte a momentos como ése, Breland era el jugador más visible para el público de los deportes profesionales cuando una herida de muñeca fuera de temporada terminó prematuramente su carrera. En la cobertura de prensa de su retiro, los adjetivos más frecuentemente utilizados eran «genuino» y «honorable». Y su fama se había derramado sobre la conciencia cultural del pueblo, que lo había ubicado en ese grupo exclusivo de atletas que son inmediatamente reconocidos por millones de personas que jamás lo vieron jugar.

Cuando Breland llamó al presidente del acosado Partido Demócrata del estado de Pennsylvania y le dijo que quería presentarse como candidato por el estado, los funcionarios del Partido recibieron la noticia exultantes, pensando que finalmente tenían un caballo que podría llevarlos a ser respetados nuevamente. Pero en algún momento, los papeles del caballo y del jinete se invirtieron. Además de su reputación dorada, Breland tenía un título en literatura y otro en ciencia política, una mente incisiva y capaz de tomar decisiones y una convicción firme de que los problemas del país eran solucionables por medio de una generosa dosis de dedicación y compasión.

El día de la elección dijo: «Ésos son los valores de mi familia, los valores que fueron el mayor regalo que me dejaron mis padres, los que ellos me enseñaron con el ejemplo. Trabajar duro, proteger y ocuparse de la familia, anteponer las responsabilidades a los deseos, dar una mano a quien está luchando, escuchar y apoyar a quien sufre, hablar claro a quien necesita una guía, ponerse de pie cuando la verdad necesita un amigo». Las palabras sonaban nuevas en sus labios.

«Nada de esto necesita explicación ni justificación. Todos aquí entienden. Todos saben qué es lo que hay que hacer. Éstos son los valores de las comunidades que trabajan, de las tribus, de los pueblos, de los barrios, de las ciudades. Nuestro desafío es extender esos valores a comunidades del tamaño de estados y países, y luego al mundo entero».

Era un mensaje que quería una audiencia mayor, y la halló seis años después, cuando Breland pidió que se le confiara la tarea de ser presidente de los Estados Unidos.

Se dirigió a la gente, no sólo al Partido Demócrata. Un período había sido más que suficiente para dejar claro que las cualidades que hacían a Breland querido para sus seguidores fastidiaban y enfurecían a la dirigencia del Partido. Era demasiado directo pero no lo suficientemente agradecido hacia ellos. Breland no jugaría El Gran Juego, no se inclinaría ante los iconos ni pronunciaría los elogios melosos, no se mantendría en su lugar ni refrenaría su lengua. No necesitaba al Partido, y ambos lo sabían.

El Partido, en cambio, lo necesitaba, y ambos sabían eso también.

Aunque quienes frecuentaban los caminos laterales del Partido despreciaban a Breland por ser un peso liviano y no creían que pudiera abrirse paso en una convención por la nominación presidencial, era una novedad, y era una fuente de citas, y muy quijotesco. Y sus palabras hacían vibrar una cuerda no solamente entre los primeros simpatizantes, sino entre la agotada prensa que cubría su campaña no convencional. Lo que era un chiste en febrero se convirtió en una apuesta arriesgada en mayo, en un candidato nombrado sorprendentemente en agosto, y en un presidente electo pese a las predicciones de las encuestas en noviembre.

El primer acto de Breland a la mañana siguiente fue anunciar que no aceptaría el salario anual del presidente de 250.000 dólares. «Estoy en mi primer año como profesional en esta liga», dijo. «Esperemos y veamos cómo me va este año».

Y hasta el momento había sido un año extraño y maravilloso. Breland continuó rompiendo las reglas y exasperando las expectativas de todos.

Canceló la mayor parte de la pompa del día de la inauguración, incluyendo el desfile, y enfatizó en cambio el milagro democrático de la transferencia pacífica del poder y el tema de su discurso: «Podemos hacerlo mejor». En el lapso de dos meses, la prensa que había adorado a Breland el candidato golpeaba al Breland jefe de Estado en la cabeza y en los hombros por esa frase, burlándose de su administración idiosincrásica por una serie de pequeños y grandes errores.

Pero en lugar de recurrir a la táctica usual de la Casa Blanca de desmentidas y evasivas, Breland salió al cruce de la prensa y les dio la razón.

—Sí, hemos cometido algunos errores. ¿Acaso alguien esperaba que yo jugara un partido perfecto el primer día? —preguntó ante una sala llena de periodistas y una audiencia nacional de holovisión—. Porque yo no esperaba eso. Simplemente no puede ocurrir, y estoy seguro de que ustedes saben eso, ya que la mayoría de ustedes han seguido este deporte por más tiempo que el que yo lo he jugado. Pero les diré algo: más de una vez en mi carrera yo he sido un poco impetuoso al principio, he perdido algunos puntos para un buen equipo, y luego he continuado hasta ganar.

Déjeme en este equipo, entrenador. Haré bien mi trabajo.

La prensa de Washington, alérgica a las metáforas campechanas que no fueran de su invención, permaneció indiferente, pero el público quedó encantado. El porcentaje de aprobación de Breland subió ocho puntos, y permaneció alto pese a los mejores esfuerzos de sus enemigos.

«Pero aún no embocas a la base meta con ese tiro veloz», pensó Wilman, enfadado, mientras se levantaba para ir a preguntar al secretario de audiencias una vez más. Pero antes de que él y todo su enojo pudieran hacerlo, fue interceptado por Richard Nolby, el secretario de Breland, quien había concertado la reunión.

—Senador —dijo Nolby sin aliento—. Lo siento muchísimo. Esta situación de Argelia nos tuvo bailando toda la mañana. Pero Mark está libre ahora. ¿Me acompañan?

Una cosa que no había cambiado durante la gestión de Breland en la Casa Blanca fue la geometría del poder de la Oficina Oval.

Los visitantes que estaban ahí para ser adulados, impresionados, intimidados o burlados encontraban a Breland detrás de un escritorio de roble rojizo de un metro y medio de ancho, instalado frente a las famosas ventanas curvas en lo que él y sus asistentes habían bautizado «la silla caliente». Los visitantes que iban a negociar, discutir ideas, debatir o conspirar se reunían con Breland en lo que él llamaba «el hoyo», un par de sofás grandes con patas curvas, enfrentados a cada lado de una mesa con una tapa de vidrio. Un armario que hacía juego, que Nolby nunca había visto que Breland usara, convertía al hoyo en una U y lo volvía más íntimo que la sala que lo rodeaba.

Durante más de una hora Breland estuvo sentado en el borde de un sillón, escuchando absorto a sus visitantes, quienes desplegaban los detalles de un asombroso descubrimiento. La ciencia estaba más allá de su habilidad de comprender, pero no las implicaciones del hallazgo. Todas sus metas, todos los problemas que enfrentaba, todas las esperanzas que abrigaba, se convirtieron súbitamente en irrelevantes. Estos tres hombres, de apariencia poco impresionante e ingenua, con una presentación deslucida, barrían de un movimiento todos los planes de Breland y escribían el futuro frente a sus ojos.

«Todo lo que sabes está mal...»

—Veo que no voy a poder dormir una noche entera por un tiempo —dijo Breland, moviendo la cabeza—. Espero que entiendan cuando digo que me gustaría ver este efecto Gatillo con mis propios ojos, tan pronto como sea posible.

—También yo —dijo Wilman.

—Todo lo que le hemos dicho es la verdad —dijo Goldstein con un dejo de indignación.

—¿Acaso yo he dicho otra cosa? Ustedes me han escuchado —dijo Breland—.

Usted y el doctor Brohier llegaron a mi puerta con la suficiente credibilidad para contarme algo increíble y yo los he escuchado. Pero confieso el deseo infantil de tocar el milagro.

—Con mucho gusto dispondremos una visita cuando usted pueda —dijo Goldstein con alivio.

—Bien, no es de ninguna manera lo más importante ahora —dijo Breland, y miró a Nolby—. Supongo que debemos comunicar esto al general Stepak y a Carrero —dijo, refiriéndose a los secretarios de Defensa y de Estado.

—Por lo menos —dijo Nolby—. Aunque tendremos que cuidarnos de mantener esta información muy en secreto. Doctor Brohier, ¿quién más sabe acerca de esto?

—¿Acaso eso tiene alguna importancia? —preguntó Brohier levantando una ceja—. A la larga, no hay secretos en la ciencia. El universo no cooperará en un ocultamiento.

—Richard no estaba pensando en un ocultamiento, estoy seguro —dijo Breland—. Pero no tengo dudas de que ustedes ya...

—¿Ah, no? —preguntó Wilman rápidamente—. Señor Presidente, hay una sola razón por la cual estamos aquí. Y eso es porque usted, más que cualquier otra persona, tiene la posibilidad de lograr que este descubrimiento sea usado por el beneficio de la especie humana, por el avance de la civilización. Estos hombres son patriotas, como lo soy yo, pero ninguno de nosotros vino aquí para ofrecerle algo tan transitorio como una ventaja tecnológica sobre nuestros enemigos. El Gatillo no es algo que pueda ser «ocultado», es algo que tiene que ser compartido, para que se desparrame por todo el mundo hasta que esté en las manos de todos los que puedan beneficiarse de él. Y si usted no piensa de la misma manera, le pediremos disculpas por habernos equivocado, y nos retiraremos.

—Que no estemos en guerra no significa que no tengamos enemigos —dijo Nolby, inmutable—. Que no haya tropas apiñándose por invadirnos ni buques de guerra no significa que nuestros enemigos no pueden amenazarnos. Y con las viejas armas nucleares soviéticas en por lo menos veinte países, la amenaza es extremadamente potente. Acuérdense de Srvestibad —dijo, mencionando la primera ciudad desde Nagasaki que desapareció bajo un hongo atómico—. No queremos algo así en Florida, o en Texas, o en California.

—Me acuerdo de Oklahoma —dijo Wilman—. Las armas que más nos amenazan son las nuestras. Los fanáticos que más nos amenazan son internos.

—No —dijo Breland, negando con la cabeza—. Esa amenaza está allá.

—No es simplemente una amenaza —dijo Wilman—. Simplemente nos hemos vuelto insensibles a la matanza cuando ocurre de a uno o de a dos. Diez muertos en un restaurante o en una oficina de correos llaman nuestra atención por una tarde. Cincuenta muertos por volar un puente ferroviario y el *City of Chicago* llama nuestra

atención por una semana. Pero once mil asesinatos por año con armas de fuego nos pasan inadvertidos... hasta que se trata de un hermano, un amigo, un hijo.

—Si estuviéramos perdiendo once mil jóvenes por año en tiroteos en arrozales, o en la selva, o en el desierto, no le quitarían importancia —dijo Goldstein—. Pero como ocurren en terrenos baldíos, en habitaciones y bares...

—No le resto importancia —dijo Breland—. Aunque quizás hay algo de cierto en la acusación de que somos insensibles a la matanza, o por lo menos distraídos. Pero ojalá les pudiera decir (ojalá pudiera contarle a CNN) cuánto han hecho nuestras agencias de inteligencia por este país en los últimos diez años, cuánto dolor nos han ahorrado, manteniendo esas armas lejos de nuestras fronteras. Ha habido tantos sacrificios, tantos héroes de los que nadie ha oído hablar nunca.

—El Gatillo puede facilitar el trabajo de la CÍA —dijo Wilman—. Pero si todo lo que hacemos es proteger lo propio, será una vergüenza. Hay inocentes que mueren todos los días en Panamá, en Corea, en Angola, en Bosnia debido a los restos de guerras que terminaron hace medio siglo. Cien millones de minas que esperan en la oscuridad que un niño ponga el pie. Hay lugares en el mundo que no han conocido un día de paz en cien años, porque las armas y las bombas aniquilaron toda otra forma de diálogo.

Breland sonrió irónicamente.

—Usted es un hombre apasionado y convincente, senador. Uno pensaría que usted ha hecho este tipo de cosas antes.

—La ventaja del terreno conocido —dijo Wilman—. No pido disculpas por eso.

—Por supuesto que no. —Breland miró de lado a Nolby, y luego fijó su mirada en Brohier—. Ustedes quieren que yo empiece una carrera por el desarme.

—Sí —dijo Brohier—. Exactamente.

—Discúlpeme, señor Presidente, pero ésa es la peor tontería —intervino Nolby—. No se puede cambiar la naturaleza humana. No se puede eliminar el conflicto. No se trata de las armas, se trata de nosotros. Es la codicia, la lujuria, la ira y alguien que se ponga en el camino de lo que queremos. La guerra fue inventada mucho antes que la pólvora, y el asesinato mucho antes que la guerra. Si se sacan las armas se usarán cuchillos y palos. Si se sacan las bombas se usará veneno y fuego. Esto no afecta el impulso que lleva al asesinato, que lleva a la orden de que la infantería avance.

—Siento pena por usted —dijo Goldstein, aunque su rostro expresaba desprecio—. Usted vive por elección en un mundo desolado y sin esperanza, y usa su pesimismo como una excusa para la inacción. —Se dirigió al Presidente con una mirada firme y desafiante—. Pero aun si el señor Nolby estuviera en lo cierto, y si nuestra especie estuviera condenada a crear asesinatos y señores de la guerra, lo menos que el resto de nosotros puede hacer es lograr que sea lo más difícil posible para ellos.

Fue Wilman quien respondió al desafío, y sus palabras hicieron que Goldstein y Brohier lo miraran maravillados e incrédulos.

—El señor Nolby está en lo cierto. No es justo fingir que no —dijo Wilman—. Sin la guerra, apenas habría historia. Sin el asesinato, apenas tendríamos ficción. Somos imperfectos, y la imperfección es la falta de empatía. Somos incapaces de dar al sufrimiento de los otros la misma importancia que a nuestra pequeña incomodidad. Impedimos que el dolor de los otros nos alcance para que no nos veamos compelidos a hacer algo para aliviar ese dolor.

»Pero el señor Nolby también se equivoca. Él descarta el valor del aprendizaje, la posibilidad del esclarecimiento. Ahora yo no podría hacer por usted, presidente Breland, lo que hice gustosa e irreflexivamente por otro presidente, hace mucho tiempo, en un mundo diferente. He aprendido de mis experiencias, y todos debemos hacer lo mismo. ¿Tiene hijos, señor Nolby?

—Tres varones.

—Bien, entonces por lo menos tiene cierto fundamento para su pesimismo —dijo Wilman—. Si usted llega a su casa por la noche y halla a sus hijos golpeándose con palos en el jardín, usted les hablará sobre el respeto, sobre otras maneras de solucionar las disputas, sobre las reglas de su hogar. Pero mientras ellos intentan absorber la sabiduría de sus palabras, ¿no les quitará los palos? En realidad, ¿no haría eso primero?

No esperó una respuesta, y se volvió a Breland.

—Yo le doy la bienvenida a esta revolución —prosiguió—. Quiero ver cómo cambian las cosas si nuestros presidentes no pueden bombardear una selva con napalm o ametrallar a una multitud, si toda la amenaza de un tanque es para lo que pueda aplastar, si lo peor que los aviones del gobierno pueden hacer es arrojar piedras. Quiero ver si un comandante enviará a la batalla un ejército sabiendo que las mismas armas que sus soldados llevarán probablemente los matarán a ellos mismos. Quiero ver si ese ejército irá a la batalla desarmado.

—Entonces, ¿no ha convertido al hombre más fuerte en rey? —preguntó Breland.

—Es probable, en algún aspecto —dijo Wilman—. Señor, no le prometo un mundo igualitario. Las jerarquías de dominio no desaparecerán. Al contrario, se fortalecerán, y así debe ser.

—¿Y eso es algo bueno?

—Es la vía rápida al camino de la paz. Una de las cosas más insidiosas de las armas es cómo inspiran las ambiciones de los hombres débiles, cómo los llevan a pelear cuando deberían someterse, y a seguir luchando cuando deberían aceptar que están rodeados. La naturaleza ha sido puesta patas para arriba por estas armas. Imagínese qué agitado sería todo si las cabras tuvieran armas de fuego.

Breland mostró una sonrisa triste, y Goldstein rio, algo incómodo. Para entonces,



Nolby los miraba con malhumor.

—Entonces, ¿ustedes quieren traicionar a su país, entregar el planeta a los chinos? —preguntó Nolby—. Porque nuestra tecnología militar es el contrapeso a sus números. Si nos quitan nuestra tecnología, el balance del poder se inclina hacia su lado. Y los romanos construyeron un imperio sin más que la falange y la galera a remo.

Brohier intervino, y así relevó a Wilman.

—Presidente Breland, le puedo decir que los físicos chinos son tan capaces de hacer este descubrimiento como nosotros. En realidad, no le puedo ofrecer ninguna garantía de que no lo hayan hecho hace cinco años. Es tan probable que estemos un poco atrás como un poco adelante.

—Entonces, pueden estar construyendo estos dispositivos en este momento.

—Es completamente posible.

Volviéndose a Nolby, Breland dijo:

—No está claro para mí qué otras opciones hay, Richard. Pero escucharé tus sugerencias.

—No tengo ninguna —confesó Nolby—. Pero todo este asunto me parece perturbador, profundamente perturbador.

—«Perturbador» es una buena palabra, una palabra muy adecuada —dijo Breland—. Esto va a «perturbar» bastante. Doctor Brohier, ¿se puede quedar en Washington por unos días?

—¿En qué términos? —preguntó Wilman.

Nolby y Breland se miraron.

—Me temo que Richard insistirá en que yo obtenga sus firmas bajo juramento de seguridad —dijo el Presidente.

—Puede insistir cuanto le parezca conveniente —lo interrumpió Brohier—. No me da más ni menos confianza firmar un papel.

—Por supuesto —dijo Breland—. Pero comprenderá...

Brohier no tenía paciencia para los bálsamos verbales.

—Señor Presidente, usted no es mi propietario y nadie es propietario de un descubrimiento científico. No corresponde que me exija que me comprometa cuando usted no está dispuesto tampoco a comprometerse. Cuando decida qué piensa hacer con lo que le contamos hoy, entonces estaré en condiciones de saber qué haré yo. Mientras tanto, me alojaré en un hotel y le daré algunos días para pensar. Pero sólo unos pocos, porque odio codearme con los turistas y odio entablar relación con los abogados, lo cual limita en gran medida cuánto puedo permanecer en esta ciudad.

—¿Le interesaría ir a Camp David, señor Brohier? —le preguntó Breland, quien ni se inmutó ante las quejas—. Allí no hay turistas y puedo hacer que echen a los abogados antes de que usted llegue. Usted es un hombre de Vermont, si mal no

recuerdo. Creo que le gustarán las montañas y los bosques.

—¿Una cárcel con vista panorámica?

—El doctor Brohier se quedará conmigo en Hollow Oak —interpuso Goldstein—. Si todos están de acuerdo.

—Teniendo en cuenta lo que está en juego, me gustaría que los Servicios Secretos se mantuvieran cerca —dijo Nolby.

—Para vigilar o para vigilarnos —comentó Brohier con tono tajante—. No tiene importancia. Aron, ¿por esta vez me dejaría tomar las riendas?

El Presidente estaba confundido, pero Goldstein frunció la nariz en actitud contemplativa y respondió:

—Pero sólo por un rato.

Brohier asintió y miró a Breland.

—Estaremos en Hollow Oak.

—Aceptaremos una escolta, si insisten en proporcionárnosla —manifestó Goldstein con cortesía—. Pero nada de agentes en los alrededores —agregó cortante—. Ése es mi hogar, señor Presidente. Y elijo no vivir en una fortaleza. Le recomiendo que haga lo mismo.

Por lo general, Mark Breland no tenía dificultad para tomar decisiones. La indecisión era un defecto fatal en los deportes de competición. La seguridad y la firmeza que había mostrado en el campo de juego ya eran parte de su naturaleza.

Sin embargo, sus decisiones no eran siempre las correctas. Breland prefería equivocarse rápido que agonizar en la ambivalencia. Al poco tiempo de su desembarco en Washington, tanto sus asesores como la prensa habían registrado su asombrosa habilidad para evaluar rápidamente las opciones y sus posibles consecuencias, y tomar una decisión de la que estaba dispuesto a hacerse cargo. Los admiradores de Breland, al analizar sus mejores decisiones, lo definían como «incisivo»; sus detractores, al analizar las peores, lo llamaban «impulsivo».

Pero la decisión a la que se enfrentaba Breland ahora hacía que los engranajes de su motor de análisis se atascaran.

Las opciones eran bastante claras. El gobierno podía hacerse cargo y construir el Gatillo para sus propios fines, hacerse a un lado y permitir que Brohier y Goldstein lo lanzaran al mercado o bajar la cortina negra y enterrar el secreto en los sótanos de Yucca Fíats.

Pero las posibles consecuencias de esas opciones eran atterradoramente complejas: como tratar de hacer cincuenta avances en un partido de ajedrez en el que en cada lado había quinientas piezas. Para cuando Brohier y Goldstein se marcharon, Breland se sentía apabullado por la situación y poco preparado para afrontar la responsabilidad.

No era la primera vez que se sentía de ese modo, pero hacía mucho tiempo que no

le sucedía. Cuando era un estudiante de dieciséis años de edad, tuvo que ser el lanzador de un partido en un torneo estatal, debido a que se descompuso el auto donde viajaban los dos principales lanzadores del equipo. No esperaba jugar, no había estudiado a los oponentes; de hecho, no estaba ni mental ni físicamente preparado. Además, la alineación principal erró cada tiro durante lanzamientos que parecieron durar eternamente.

En la soledad de un vestuario desierto, Breland, con los ojos llenos de lágrimas, se juró que nunca más haría algo para lo que no estaba preparado ni en lo que no pudiera dar lo mejor de sí. Hasta ese día, había dependido exclusivamente de su talento físico y jamás se había esforzado más de lo necesario. Desde ese día en adelante, siempre se ocupó de estar preparado para enfrentar el siguiente nivel, la siguiente oportunidad o desafío.

Breland trabajó más duro que nadie ese otoño y ese invierno. Ingresó en el All-State First Team cuando era casi un niño; fue seleccionado para jugar en un equipo profesional al egresar de la secundaria, pero prefirió una beca del estado de Florida en vez de un contrato millonario. Jugó cuatro años y se graduó con ocho trofeos, un título más seis créditos para acceder a un master, un contrato multimillonario y un sobrenombre: «Brisa», porque todo para él parecía tan fácil.

Nunca le gustó el sobrenombre porque pensaba que implicaba que no se veían sus esfuerzos. Era un sobrenombre que mejor describía al niño que había sido que al adulto en el que se había convertido. Sin embargo, cuando a Breland lo convocaron para un importante club después de vencer a bateadores durante media temporada, sintió que estaba preparado. Nada cambió cuando del juego pasó a la política y de la cancha a Washington: el día que se postuló estaba dispuesto a ganar y el día que ganó estaba dispuesto a trabajar. Incluso sus críticos más acérrimos reconocían que era un incansable trabajador.

Pero en ese momento él era su crítico más acérrimo y la única respuesta que tenía ante la incómoda sensación de estar enfrentándose a un problema que parecía superar sus recursos era trabajar más aún.

Breland pasó la mayor parte de la tarde consultando la Biblioteca del Congreso, a través de la computadora de su oficina privada. Los principales temas eran criminología e historia militar, aunque química industrial y el Proyecto Manhattan también merecieron su atención. Para comienzos de la noche ya había definido unos cuantos interrogantes que quería plantearles a los expertos. Levantó el teléfono y comenzó el desfile hacia la puerta de la Casa Blanca.

Siempre que podía, indagaba a los visitantes sin revelarles la existencia del Gatillo. Ahorrraba una cantidad considerable de tiempo en una noche en que la mayoría de los hombres y de las mujeres que Breland había convocado pasaban una hora o más esperándolo impacientes en una antesala, preguntándose sobre qué sería

tan urgente como para que interrumpiera sus horas de descanso.

Cuando se agotaban las formas de plantear las preguntas, Breland hablaba a grandes rasgos sobre el desarme, sin especificar los medios, o sobre generalidades relacionadas con el futuro de la tecnología de las armas. Sólo a sus últimos dos visitantes les dio una explicación completa como preámbulo.

Su conversación con el director del FBI Edgar Mills comenzó antes de la medianoche y era más de la una de la madrugada cuando Breland finalmente planteó la primera de sus dos preguntas al ex agente de campo de rostro sombrío.

—Director, si personas comunes pudieran acceder a esta tecnología, ¿qué clase de impacto tendría sobre el delito?

—¿A qué se refiere con «pudieran acceder»? ¿Al precio de un nuevo Mercedes o al precio de un traje barato?

—No me sorprendería ver los dos extremos de esa escala dentro de unos años.

Mills asintió y se acarició la cabeza, casi por completo calva.

—Estallaron noventa y tres bombas el año pasado, murieron casi doscientas personas. Un año tranquilo, comparativamente. Al precio de un Mercedes, quizás alteremos el plan de acción de cincuenta de esos incidentes... y terminemos con quinientos muertos.

—¿Cómo?

—No todas las bombas son para matar. Pero de todos modos tendrá noventa y tres explosiones, excepto que ahora algunas de ellas serán en las calles, en la hora pico, en vez de en una clínica desierta en la mitad de la noche.

Y no habrá tiempo para hacer la llamada y vaciar el edificio. De hecho, quizá terminemos la semana con tres o cuatro bombas en vez de dos, porque no tendremos la oportunidad de atrapar a algunas de estas personas antes de que estalle la bomba y porque este aparato va a sacar de las sombras a los mejores diseñadores de bombas, mientras que en la actualidad a veces los atrapamos porque los principiantes se equivocan.

—Pero una vez que empiecen a enterarse de que sus propias bombas van a matarlos, ¿eso no alterará la ecuación?

—Más bien pienso que va a alterar las tácticas —respondió Mills, frunciendo el entrecejo—. Hay muchas formas de entregar una bomba del tamaño de un paquete, además de llevarla hasta la puerta uno mismo. Servicios de mensajeros, UPS, traficantes de poca monta, y demás. Sólo es necesario buscar a alguien que vaya donde uno quiere llevar la bomba y colocársela debajo del auto. Ahora bien, a un precio accesible para la clase media, quizás alteremos el plan de acción de setenta incidentes y terminemos con doscientas explosiones y tres mil muertos.

—¿Por qué?

—Porque la gente de clase media vive y trabaja más cerca que la gente de los

Mercedes. Según lo que usted dice, este dispositivo es un detonador que está activado todo el tiempo, con cables invisibles que se extienden a cientos de metros. Usted y su bomba pasan frente a un dispositivo instalado en el portón principal de una mansión, y usted y tal vez un guardia de seguridad y un jardinero mueren. Si pasa en auto frente a un dispositivo instalado en la entrada de un edificio, tal vez usted y cien residentes mueran. La cuestión es que cuantos más dispositivos haya circulando en la calle, mayor será la carnicería. Este aparato hará que las bombas sean más peligrosas para todos, no sólo para los potenciales colocadores de bombas.

—¿No cree que la gente cambiará su comportamiento cuando se enfrente a diferentes circunstancias?

Mills suspiró.

—Señor Presidente, hemos estado cambiando las circunstancias durante dos mil años y todavía queda mucha gente que tiene ganas de delinquir.

Breland asintió lentamente.

—Pero este dispositivo también hará que las armas sean menos peligrosas. ¿Cómo encajaría esto en lo que acaba de decir?

—Ahí es donde el verdadero problema comienza —dijo Mills, sacudiendo la cabeza—. En parte porque ésta es la manera en que el dispositivo va a terminar en las entradas de los edificios de departamentos en primer lugar: la gente estará pensando en armas en vez de en bombas. Pero en gran medida porque hay quinientos millones de armas en este país y las personas que las poseen están aferradas a la idea de que funcionarán cuando las necesiten. La Segunda Enmienda es un cable de alto voltaje, señor Presidente. Tiene una enorme carga de energía. No lo toque. Si lo hace, su presidencia se electrocutará.

—¿Usted cree que los dueños de las armas están igualmente aferrados a esas cincuenta mil muertes por disparos por año?

—Señor, esto puede sonarle frío, pero en tanto y en cuanto sea la familia de otro la que esté sangrando, sí. Le dirán que un tercio de esos disparos son suicidios y ¿de quién es la culpa? Le dirán que un tercio de esos disparos son chicos de pandillas que se disparan entre sí. Problema de ellos. Y tratarán de decirle que las víctimas que quedan son una tragedia, pero nada comparado con la cantidad de personas que habrían sido víctimas si no hubieran estado armadas, si los chicos malos no tuvieran nada de que estar asustados.

—¿Tienen razón?

Mills terminó la taza de café antes de responder.

—Sabe, cuando recorro el este de Los Ángeles o cualquier zona peligrosa pienso como un policía cínico y me pregunto cómo pude ser tan ingenuo como para creer que somos algo más que salvajes. Y cuando visito Sydney o Toronto, siento que descubro un mundo perdido llamado Civilización y me pregunto por qué diablos

nosotros, los norteamericanos, no esperamos algo mejor de nosotros mismos. Pero no importa, señor Presidente, porque ellos creen que tienen razón. Nunca los hará cambiar de idea y nunca lo perdonarán por tratar de sacarles las armas. Además, si usted puede desarmarlos, ellos pueden desarmarlo a usted, y no podemos permitir eso. Ni aquí ni ahora.

Breland se recostó sobre el respaldo de su sillón y suspiró cansado.

—Director Mills, iba a pedirle un consejo sobre cómo manejar esta situación, pero me parece que ya dejó en claro su opinión. De todos modos, si no le molesta resumir su postura...

Mills se puso de pie y se preparó para partir.

—Hablando en nombre del FBI, preferiría enfrentar los problemas que tenemos ahora antes que los problemas que esta tecnología va a causar. Piérdala. Destrúyala. Déjela de lado.

La conversación del Presidente con el último visitante, el asesor nacional de seguridad, el general Anson Tripp, fue mucho más breve. Ahora que contaba con mayor información, Breland pudo reducir su exposición a diez minutos. Tripp pudo resumir sus respuestas aún más.

—General, si esta tecnología se aplica al campo de batalla...

—Más vale que seamos quienes la introduzcamos allí.

—Entonces, ¿cuál sería su recomendación?

—Constrúyanla, aprendan cómo aplicarla y luego cúbranla con una lona.

—Un arma secreta.

—Sí.

—¿Sería de algún modo disuasivo que hiciéramos saber que contamos con este dispositivo?

—Señor Presidente, no hay nada más efímero que una ventaja táctica que sea resultado de un avance tecnológico. Tampoco hay nada que sea de mayor valor. Si no lo mantenemos en secreto, no servirá como arma.

Cuando Tripp se marchó, la antesala quedó finalmente vacía. Breland inició una caminata por el oscuro parque para ordenar sus confusos pensamientos. Al detenerse en la fuente, miró hacia Ellipse y la sobresaliente punta del Washington Monument, que estaba bañado por un suave resplandor amarillo reminiscente de la luz de la luna. Trató de mirar no sólo hacia la calma noche, sino hacia el ensombrecido futuro.

Breland tenía casi cincuenta años. Demasiado viejo como para tener vanas ilusiones sobre la profundidad de las pisadas que estaba imprimiendo sobre Washington. Al igual que la mayoría de sus predecesores, había recibido una intensa educación sobre los límites de las atribuciones presidenciales. Cuando necesitaba aclarar sus ideas, a menudo terminaba sus días en bata, en su oficina privada, leyendo de su colección de memorias presidenciales, en especial aquéllas que pertenecían a

hombres para quienes las guías de turismo no incluían ningún monumento. Había llegado a la conclusión de que si bien los presidentes a veces se perdían la oportunidad de alcanzar el esplendor, ningún presidente podía crear esas oportunidades. Esos momentos llegaban a ellos atraídos por hechos externos a las paredes de la Casa Blanca.

Con una seguridad que no podía explicar, Breland supo que éste era su momento. En los próximos cincuenta años, la única huella de su paso por la presidencia serían las consecuencias de su decisión sobre el Gatillo, duplicadas si no había hecho lo correcto.

Se dijo a sí mismo que le importaba menos que lo recordaran bien que hacer el bien, y era probablemente cierto. Les había dicho a los votantes: «Podemos hacer las cosas mejor» y ahora su profunda y osada convicción de que el mundo podía ser mejor sería desafiada, con una prueba diseñada por un malhumorado genio y entregada por un magnate idealista, quienes lo miraban con el escepticismo con que se observa a un joven inexperto. En cuanto al orgullo involucrado en la toma de decisiones, estaba vinculado a su deseo de no decepcionar a quienes lo eligieron para gobernar, ya fuera que parecieran admiradores o sonaran como padres.

Pero era mucho más importante estar a la altura de las circunstancias y aferrarse a las oportunidades que ofrecía. Era importante actuar con sensatez. Cada vida afectaba a diez más, y la línea entre la vida y la muerte, entre la salud y la enfermedad, entre la felicidad y el miedo, podía cruzarse en un abrir y cerrar de ojos. Los monumentos no eran importantes. El sufrimiento sí era importante, porque era real y muy a menudo innecesario.

Y al analizarlo bajo esa luz en los desiertos jardines de la Casa Blanca a las tres de la mañana, Breland se dio cuenta, con un cansado alivio, de que no era necesario apresurar una decisión. Podía permitirse un descanso, cerrar los ojos con el problema aún sin resolver y retomarlo al día siguiente. El mañana llegaría pronto.

La Casa Blanca estaba repleta de espías y algunos de ellos pertenecían al bando del secretario de Estado Devon Carrero.

Después de veintidós años en el cuerpo diplomático, incluyendo destinos importantes como Bonn, Beijing y Tokio, Carrero había aprendido cuál era el valor de la información y dónde obtenerla. Cualquier cambio en la agenda del Presidente, cualquier visitante inesperado, cualquier reunión que no aparecía en el boletín diario que se le proporcionaba a la prensa eran informados rápida y discretamente a Carrero. Dado que sabía que la mayor parte de lo que verdaderamente importaba en Washington ocurría fuera de la vista, Carrero estudiaba la ciudad como si estuviera al frente de una legación en la capital de una potencia extranjera, siempre alerta a aquellos indicios que inevitablemente anunciaban cambios.

La prensa señalaba a Carrero como uno de los miembros de la «vieja guardia» del

equipo de Mark Breland. Breland no había estado en el mundo de la política lo suficiente como para acumular muchos amigos o compromisos y había integrado su gabinete con personas con antigüedad en la función pública, quienes ocupaban sus puestos no por amistad con el Presidente ni por lealtad al Partido, sino debido a su experiencia, conocimientos y conexiones. El hecho de que esto se considerara extraordinario hablaba sobre las prácticas y las prioridades de los predecesores de Breland.

Como recién llegado, Breland no les daba demasiada importancia a los rituales y la etiqueta del círculo más cercano. Carrero había sufrido los primeros desaires en silencio. Pero cuando lo excluyeron de la intervención a Ruanda —el embajador ante las Naciones Unidas se convirtió en el centro de atención en vez de él y, además, no supo estar a la altura de sus responsabilidades—, Carrero elevó su nivel normal de exagerada curiosidad a categórico espionaje.

—Quiero hacer todo lo que esté a mi alcance para evitar futuros desaires —les dijo a sus informantes—. Aquéllos que hace más tiempo que estamos aquí tenemos que ayudar para que el Presidente tenga éxito en su gestión. Pero no puedo lograrlo si el Presidente me hace a un lado; tampoco puedo ofrecer mi ayuda si no sé lo que está sucediendo.

Pero en esa mañana gris y ventosa de primavera, las piezas del rompecabezas estaban encajando lentamente. La creciente lista de visitantes era sin duda un misterio; entre ellos, se encontraban dos sociólogos, un psicólogo, el historiador principal de la Biblioteca del Congreso, el vicepresidente de la Sociedad Norteamericana de Química, el presidente de una empresa de demoliciones, media docena de hombres del Pentágono (incluyendo a un mayor general de la Escuela de Guerra del Ejército) y el coordinador de Carrero en contraterrorismo, Donald Lange.

Carrero, más preocupado que enfurecido, convocó a Lange a su oficina.

—Don, me gustaría que me informara sobre su reunión con el Presidente —le dijo y recurrió a toda su experiencia para esbozar una sonrisa convincente y simular un tono de voz casual y conmovedor.

—No hay mucho para contar, señor secretario —respondió Lange—. El Presidente me pidió algunos datos y cifras sobre tendencias en el terrorismo internacional...

—¿Qué tipo de datos y cifras?

—Cantidad de grupos antiterroristas activos, cantidad de incidentes por año, muertes por año; nada que no incluya en el informe anual, excepto que el informe anual está seis meses desactualizado. Estaba muy interesado en tendencias y patrones en cuanto a metodologías. Me hizo unas cuantas preguntas sobre eso.

—¿Quién más estaba allí?

—La mayor parte del tiempo, sólo yo. El secretario Nolby entró y salió algunas



veces. Vi al secretario de Defensa cuando estaba por ingresar en la oficina, pero se había ido para cuando terminamos.

—¿Estaba presente un estenógrafo?

—No, no se hizo un acta de la reunión. El Presidente tomó algunas notas, eso es todo. Ahora que lo pienso, eso es bastante extraño, ¿no es cierto?

Carrero no respondió la pregunta.

—¿Cómo se arregló esta reunión?

—Recibí una llamada esta mañana en la que me pidieron que fuera a ver al Presidente. Pensé que se trataba de una broma. Aun en Washington, las llamadas que empiezan con «Habla el Presidente» no son demasiado frecuentes. ¿No sabía sobre la reunión? Lo habría notificado si hubiera sabido que no iba a formar parte.

—Sí, estaba enterado —dijo Carrero de inmediato—. Quería estar seguro de que todo hubiera salido bien teniendo en cuenta el poco tiempo con el que se organizó.

—Entonces, ¿puede decirme de qué se trata?

—Lo siento, Don —contestó Carrero con una sonrisa a modo de disculpa—. No puedo responderle eso ahora. Comprenderá.

—Por supuesto. Bueno, si puedo ayudarlo de algún otro modo...

—Gracias.

Caminando de un lado a otro en su oficina, Carrero analizó la lista: el secretario de Defensa, el secretario de la Presidencia, contraterrorismo, la primera plana militar, psicología y sociología, líderes industriales. La conclusión era una amenaza terrorista: una creíble e inminente amenaza, probablemente a una planta de químicos. Extrajo el teléfono de un bolsillo interno de su saco y llamó a su secretaria.

—Clara, ¿podría comunicarme con Richard Nolby? —Mientras aguardaba, se acercó a la ventana y desplazó la mirada por la ciudad hacia la Casa Blanca. «Principiantes», pensó bruscamente. «Demasiados principiantes».

—Señor secretario, tengo al señor Nolby en la línea.

—Gracias, Clara. —Oprimió un botón y oyó el sonido que indicaba la acción de los dispositivos de decodificación digitales—. ¿Qué sucede allí? Quiero ver al Presidente, y pronto. Si lo que he oído se sigue esparciendo, podríamos estar enfrentándonos a una situación muy seria...

Nolby se opuso, pero Carrero estaba dispuesto a no dejarse disuadir. El secretario de la Presidencia era un peso liviano, un portero. No era su función decidir sobre políticas o controlar el acceso de los miembros del Gabinete al Presidente. Y si pensaba que lo era, entonces se merecía que lo pusieran en su lugar aquéllos que entendían cómo funcionaban las cosas.

—Voy a su oficina —anunció Carrero—. Avísele al Presidente que voy para allá. Y ni siquiera se le ocurra dejarme plantado en la puerta, a menos que quiera que este entredicho cuente con un público más grande, porque no pienso marcharme en

silencio.

Un destello de esperanza reemplazó la sorpresa en la mirada del Viejo León mientras escuchaba a Breland. A medida que ese destello se volvía más intenso, las décadas iban desapareciendo de su rostro.

—Esto es fantástico. Va más allá de cualquier cosa que hubiera esperado. Señor Presidente, debemos contar con estos dispositivos en nuestras embajadas. ¿En cuánto tiempo estarán disponibles?

Breland sacudió la cabeza.

—No he decidido aún si vamos a fabricarlos y, en caso de hacerlo, cómo los usaremos.

—¿No lo ha decidido o no lo ha anunciado? No, eso no es propio de usted. Entonces, voy a decirle algunas palabras, señor Presidente, teniendo en cuenta que mi opinión no ha formado parte de sus deliberaciones.

—Adelante.

—Gracias. —Los ojos del diplomático se entrecerraron y el peso de los años volvió a dibujarse en su semblante—. Señor Presidente, no me agradan los funerales. En especial no me gusta, como hombre mayor, asistir al funeral de un hombre o mujer joven. Y los peores días de mi vida son cuando debo asistir al funeral de un hombre o mujer joven que murió cumpliendo con un trabajo encargado por mí.

»Señor Presidente, nuestras misiones están sitiadas. No tenemos grandes adversarios, sino miles de enemigos declarados. Hay incidentes todos los días, heridos todas las semanas y tenemos conciencia en forma permanente de que somos el blanco principal de nuestros enemigos. Una embajada es un puesto de avanzada en territorio hostil. Cuando nos olvidamos de eso, hacemos que la gente que trabaja allí lo haga en situación de riesgo.

»El cuerpo diplomático en el extranjero paga el precio de las decisiones que se toman aquí. Y una puerta de acero y un marine como guardia no son protección suficiente. No creo que necesite recordarle, pero igualmente lo haré, porque la que está muriendo es nuestra gente. Once fueron asesinados por un misil en Atenas; tres de ellos habían sido huéspedes en mi casa. El embajador Warton murió a causa de un francotirador. Un auto bomba en Ankara, con la seguridad estatal mirando para otro lado. Sofía. Tashkent. Jakarta. Mis recuerdos se remontan hasta Nairobi y Dar es Salaam.

—Los míos también —reconoció Breland.

—Entonces, quizá se habrá dado cuenta de que ya no nos sorprendemos cuando ocurren estos ataques, ya no sentimos furia. Mi departamento ha repatriado cadáveres de doce países en los últimos diez años. —Carrero dudó; su boca hacía un esfuerzo por pronunciar las palabras—. Uno de esos cuerpos era del hombre que estaba comprometido para casarse con mi hija. Era un analista de nombre John Dugan,

asesinado cuando un grupo invadió la embajada en Ammán. Un hombre brillante, gentil y alegre. Me hubiera agradado tener nietos de él y de Jeanne.

Al referirse a la pérdida de su propia familia, Carrero pareció hundirse en la tristeza por un momento. Pero acechando detrás de esa tristeza, estaba su ira; en el momento que se tomó para beber el vaso de agua, esa ira volvió a aflorar.

—Señor Presidente —dijo con una voz suave que era todo acero—, no puede pedirle a esta gente que arriesgue la vida por servir a su país y no hacer todo lo que está en su poder para minimizar ese riesgo. Todo lo que no se haga para mejorar esta situación es vergonzoso, indigno. Si este dispositivo puede desarmar a un grupo terrorista, detonar una bomba mientras todavía está lejos de la puerta principal, destruir un misil en vuelo, entonces debemos fabricarlo y debemos usarlo. Eso es lo que nos exige nuestra conciencia.

Carrero hizo un esfuerzo para ponerse de pie, y rechazó la mano que le ofreció ayuda.

—Me ha escuchado cortésmente, señor Presidente. No lo obligaré a ser descortés. Sé cuando tengo que irme. Sólo le pido que antes de decidir, piense en cómo se sentirá cuando explote la próxima bomba o haga impacto el próximo misil, y debamos juntos asistir a los funerales. Que tenga un buen día, señor Presidente.

La puerta recién se había cerrado tras la salida de Carrero cuando volvió a abrirse para que ingresara Nolby.

—¿Todo bien, señor Presidente?

—Mantuvimos una conversación productiva. Necesitamos agradecerle al secretario Carrero por señalarnos nuestros descuidos. Debemos salir de esta pecera.

—¿Qué le diremos a la prensa?

—Invente algo —respondió el Presidente. Levantó el teléfono y en instantes estuvo comunicado con Hollow Oak—. Señor Goldstein, habla Mark Breland. He tomado una decisión. ¿Podrían usted y el doctor Brohier reunirse conmigo en Camp David para hablar sobre el paso siguiente? Bien. No, yo notificaré al senador. Sí, dispondremos el transporte.

Colgó y levantó la mirada y vio que Nolby lo observaba con ceñudo descontento.

—¿Qué?

—Vamos a fabricarlo.

—Sí. ¿Aún tiene dudas?

—Más que eso. Me da un pánico terrible. No creo que estemos lo suficientemente preparados como para comprender todas las ramificaciones.

—Hay mucho que hacer —dijo Breland asintiendo—. Pero estoy convencido de que debemos llevar adelante este proyecto. Daremos un paso por vez y mantendremos a Wilman y a Goldstein a raya. No los dejaremos a cargo de todo. Este proyecto me resulta tan abrumador como a usted, Richard, pero es lo que debemos

hacer. Y voy a necesitar su ayuda si vamos a hacerlo como corresponde.

—Estoy a su disposición. Aún soy parte del equipo —respondió Nolby, aceptando sin demasiado entusiasmo.

—Bien. Entonces, reunamos al resto del equipo y empecemos con esto. Quiero que estén Stepak, Carrero, Mills y también Davins, de la Agencia de Seguridad Nacional.

—Deberíamos convocar a la vicepresidenta.

—No. Toni no puede aportarle nada al proyecto en esta instancia.

—Bien. Harvey Tettlebaum entonces, el asesor científico —sugirió Nolby.

Breland sacudió la cabeza.

—Reunamos a todos los que ya saben sobre esto alrededor de una mesa al mismo tiempo antes de empezar a hablar sobre quién más debería integrarse al equipo. Nadie que no sea indispensable va a formar parte de esto.

—¿Ya ha logrado que el senador Wilman apruebe esto? —preguntó Nolby con tono desafiante—. El hombre es una verdadera amenaza para la seguridad. El doctor Brohier también podría ser una amenaza.

—Ellos vinieron a buscarnos, por lo tanto, es probable que quieran algo de nosotros —dijo Breland cuando se ponía de pie—. Ya veremos cómo lo resolvemos. Empecemos a calentar los motores.

El lugar de la primera reunión de lo que Nolby había burlescamente bautizado la «Guardia del Gatillo» era tan ruinoso como cualquiera que Karl Brohier hubiera imaginado. Como la madera desgastada y las múltiples capas de pintura demostraban, la Cabaña C era de la época de los orígenes de Camp David, un refugio juvenil en la cima de la montaña. La superficie de la extensa mesa estaba tan arruinada que era imposible escribir sobre ella y un vidrio descuidadamente dispuesto estaba en peligro de caerse.

Los hombres que se sentaron a la mesa no desentonaban con la informalidad del entorno. La camiseta de béisbol que Breland vestía junto con unos jeans estaba manchada y descolorida. Goldstein tenía una remera de la Universidad de Georgetown, con las mangas levantadas por encima de sus huesudos codos. Nolby ocultaba su incipiente calvicie con una gorra negra de béisbol, con el logo de Chevrolet, y su comunicador sobresalía del bolsillo delantero de su camisa de leñador. Un B-25 de la Segunda Guerra Mundial amenazaba a los concurrentes desde la camisa del general Stepak. Incluso Carrero, siempre muy formal, había reemplazado el traje y la corbata por una remera de buena marca, si bien sus zapatos negros de etiqueta no quedaron en buen estado después de pisar el barro que dejó una lluvia nocturna.

También se dejó de lado todo tipo de ceremonial y protocolo. Cuando un agitado Edgar Mills finalmente apareció, el Presidente se dirigió a su silla y esperó a que los

otros se dieran cuenta e hicieran lo mismo.

—El señor Nolby ha aceptado tomar nota —dijo Breland—. Ustedes pueden hacer lo mismo, pero deben comprender que sus notas serán documentos confidenciales y deberán manejarlos de esa manera.

»Algunos de ustedes me recomendaron que el Gatillo no sólo debía ser confidencial, sino completamente destruido. Pero el hecho es que no tenemos tanto poder como para anular este descubrimiento. Podemos negárnoslo a nosotros mismos, pero no negárselo a los chinos o a los hindúes o a los rusos.

»Por lo tanto, he decidido que actuaremos con la mayor rapidez posible para desarrollarlo y, al mismo tiempo, haremos todo lo posible para controlarlo por todo el tiempo que podamos. Pero no nos engañemos. En mi primera reunión con los servicios de inteligencia como presidente, me dijeron que debía considerar que aquel material clasificado como “Confidencial” dejaría de serlo en seis meses, “Secreto” en dieciocho y “Máxima confidencialidad” en tres años. Entonces ése es nuestro margen de ventaja. En tres años, todos van a contar con esta tecnología.

»Estoy autorizando un extenso trabajo de investigación, un extensivo programa de pruebas y la producción inmediata —dijo Breland y logró un gesto de aprobación con la cabeza por parte del doctor Brohier—. Quiero que los construyamos como armas tácticas para las fuerzas armadas. Los construiremos como escudos contraterroristas para dependencias del gobierno tanto aquí como en el exterior. Y si la investigación da resultados, existe la intención de usar el Gatillo en el dominio público.

»Les pido a los Laboratorios Terabyte que proporcionen dos prototipos cuanto antes, para que podamos empezar a investigar cuan útil es en su estado actual de desarrollo. —Breland miró a Brohier.

—Creo que podremos lograr eso en dos semanas, señor Presidente.

—Pienso que necesitaremos todo ese tiempo para decidir quién estará a cargo de ellos y dónde se llevarán a cabo las pruebas. Doctor Brohier, quería preguntarle si cree que sería posible colocar una unidad del Gatillo en órbita.

—¿Para defensa contra misiles?

—No, enfocado hacia la Tierra. Para atacar un foco de insurrección, del mismo modo que el Servicio Forestal combate el fuego con tanques aéreos. Imagine cuan diferente habría sido el desarrollo del conflicto en Kosovo si simplemente hubiéramos podido desarmar a los serbios.

Una inusitada ola de optimismo encendió la mirada de Brohier.

—Sin duda, hay una cuestión de alcance de la que debemos ocuparnos; la versión actual no nos da la opción de apuntar. Tendremos que ocuparnos de eso, señor Presidente. No puedo asegurar que sea posible, pero es un punto interesante.

—Entonces, incluyámoslo en la lista —dijo Breland—. Doctor Brohier, quiero

que su gente se ocupe de esto. Propongo que le paguemos a Terabyte la inversión hasta el momento en esta investigación y que hagamos un contrato con usted y su equipo de investigación para que sigan prestándonos sus servicios. No estoy seguro de quién va a supervisarlos, pero no veo razón alguna para que usted no continúe personalmente dirigiendo la unidad. Sin embargo, es imprescindible que crezca y rápido. Y no creo que Columbus sea el lugar para eso. ¿Aún está interesado?

—Estaba dispuesto a pelear si usted trataba de hacerme a un lado, señor Presidente.

Breland rio y se dirigió a Goldstein:

—Señor Goldstein, necesitaremos construir estos sistemas en algún lugar. Quizá podamos persuadirlo de que proporcione las instalaciones apropiadas para la producción.

—Estaremos encantados de competir por lograr el trabajo, señor Presidente.

—Eso no será necesario. Ahora bien, senador Wilman... —Sacudió la cabeza—. Le estoy agradecido por haberme puesto en contacto con estos hombres. Pero honestamente no sé cuál puede ser su función en este proyecto de ahora en adelante.

—Hágame caso, señor Presidente. Yo seré su conciencia —respondió Wilman—. Necesita a alguien que no le deba nada para que se asegure de que juega dentro de los límites, para asegurarse de que recuerde que esto no se trata de la Casa Blanca o del *Washington Post* o de la próxima elección o de la posteridad o de poner contento al Pentágono. Creo que ya sabe todo eso, pero las buenas intenciones a veces se desvirtúan.

—Eso es cierto —admitió Breland—. Muy bien. Acepto su oferta. Todos van a participar, ¿no es cierto? —Cuando todos asintieron, se puso de pie—. Richard tiene algunos papeles para que firmen y, una vez que hayan terminado con eso, podemos comenzar a ocuparnos de los detalles. Hay mucho para hacer.

Cuando el Presidente se retiró, Nolby deslizó una pila de papeles frente a Brohier y colocó una lapicera sobre ellos.

—Tres documentos, tres firmas —dijo el secretario. Mientras Brohier acercaba el primero hacia él y miraba las hojas, Nolby agregó en voz baja—: Nunca respondió a mi pregunta. ¿Quién de su personal sabe? Necesito una lista antes de que termine el día.

Brohier alzó la vista y sostuvo la mirada de Nolby.

—Señor Nolby, no le prometo nada a nadie excepto a mí mismo. La gente de la que habla trabaja en Terabyte, no *para* Terabyte; no son de nuestra propiedad. Les comunicaré su oferta. Y ellos tomarán sus propias decisiones.

—Pero Terabyte es el propietario de este descubrimiento, ¿no es cierto? Tiene ese control sobre ellos.

Brohier se rio con sorna, garabateó su nombre y deslizó el juramento de seguridad

por la mesa.

—No es tan simple, señor Nolby, no con gente que está acostumbrada a pensar por sí misma. Puede lograr que firmen todos los papeles que quiera, pero será como pedirle a un caballo que se quede en el establo.

## 10: Exigencia

Filadelfia. Una disputa familiar sobre el menú de la cena se convirtió en una escena de violencia doméstica y terminó en un tiroteo mortal en un suburbio del sur el viernes por la noche. Docenas de personas vieron cómo Malia Jackson, de 24 años, huyó de su casa en la calle Cuatro llorando y luego abrió fuego contra su novio, Raymar Rollins, cuando él la siguió. «Esa chica no tenía otra alternativa», afirmó indignado un vecino cuando la policía detuvo a Jackson. «Su novio le pegaba todos los fines de semana. Era un mal tipo».

*Historia completa - Líneas de emergencia de violencia familiar - ¿Asesinato o defensa propia? Una encuesta de Newslite.*

El teléfono despertó tanto a Leigh Thayer como a Gordon Greene de un profundo sueño, como era esperable en esas circunstancias. La llamada fue anunciada por la alarma especial de alta frecuencia por el código de emergencia, que pasaba por encima de todas las instrucciones que Lee había dado para filtrar y derivar las llamadas personales.

Sólo tres personas tenían el código de emergencia de Lee: su hermana Joy y su medio hermana Bárbara, y su padre. Solamente su padre lo había utilizado, para contarle que su madre había sufrido un ataque al corazón. El sonido chillón y estridente resonó a través de la oscuridad del dormitorio improvisado anunciando noticias igualmente calamitosas. Las manos de Lee temblaban cuando manoteó el teléfono plegable. Las pequeñas letras amarillas en la pantalla le indicaron que la llamada era de Bárbara.

—¿Hola? ¿Bárbara?

Las palabras que escuchó quedaron tapadas por un lamento de dolor interrumpido por un sollozo.

—Bárbara, ¿qué ocurre? ¿Qué pasa? Háblame, amor...

Gordon había encendido un velador y estaba sentado en el sofá. No dijo nada, pero su mirada y su expresión delataban su preocupación.

Los sollozos de Bárbara nuevamente taparon sus palabras. Lee apenas pudo entender «Elise» y «ventana», pero el resto no decía nada más que la profundidad del miedo de su hermana, de su shock y su terror.

—No puedo entender tus palabras, amor. Trata de tranquilizarte. Respira hondo, y suelta el aire lentamente. Eso es. Tú puedes. Tranquilízate. Tranquila. Respira. Acuérdate de respirar. Ahora dime lo que le ocurrió a Elise. ¿Está herida?

—Está... está... —Su voz luchaba por no estallar en llanto nuevamente—. No.



No. No está herida. No está herida.

—Eso está bien. ¿Toni está bien?

—Sí, sí, Toni está bien.

—¿Y tú no estás herida?

—No, nadie está herido. Pero pasó tan cerca...

—¿Estás en tu casa?

—Sí. Sí. Los chicos ya están dormidos por fin. Los mudé al sótano. Lee, pensaba que se había acabado. Pensaba que ya habíamos terminado con esto. Pero está ocurriendo otra vez. Casi la mataron, Lee, casi mataron a mi Elise. —Estas palabras pusieron a prueba el control que Bárbara tenía sobre sus emociones, pero ella siguió luchando contra los sollozos que la hacían estremecerse—. Ella estaba sentada en el sofá mirando televisión. La bala pasó a quince centímetros de su cabeza. Quince centímetros...

—¿Quién le disparó?

—Esos malditos Reyes Blancos —dijo Bárbara con furia.

—¿Las bandas están detrás de Toni otra vez?

La furia se disolvió en desesperación.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

—Cuéntame todo lo que ha ocurrido.

Lee ordenó trabajosamente la historia. Sabía que menos de dos años antes, Toni, quien tenía catorce años entonces, había sido reclutado por una banda liderada por iraníes llamada Las Cimitarras, que controlaba el tráfico de drogas en la escuela de Toni. Cuando se negó a participar, dispararon a las ventanas del auto de diez años de Bárbara cuando éste estaba estacionado en el camino de entrada. Afortunadamente, se había logrado evitar otros enfrentamientos gracias a una unidad antidrogas dedicada a «limpiar las calles», y que había enviado a la cárcel a la mayor parte de los Cimitarras.

Pero una nueva banda que se llamaba los Reyes Blancos había tomado forma en el vecindario últimamente. Los Reyes Blancos se presentaban como protectores de la mayoría caucásica contra los del Medio Oriente y los negros que predominaban en muchos vecindarios cercanos. Todos asistían a la misma escuela secundaria que Toni, quien estaba en su penúltimo año. Los Reyes Blancos trataron de imponerse y se hicieron respetar por medio de golpizas y peleas.

Y otra vez se acercaron a Toni para que se uniera a ellos, y otra vez él se negó. Y otra vez le advirtieron que la negativa era considerada traición y que no sería tolerada. Como antes, la advertencia llegó con disparos. En este caso, dispararon una sola bala por la ventana de la sala una hora después de cenar, que se enterró en la pared sobre el sofá. Elise, de sólo nueve años, quedó aterrorizada y bañada en polvo de yeso, mientras el chillido de los neumáticos en el pavimento indicaba la retirada

del tirador.

—¿Llamaste a la policía?

—Llamé a la policía —respondió con una risa amarga—. Media hora después volví a llamar. Finalmente llegaron una hora más tarde, y trataron el asunto como una broma.

—¿Una broma? ¿Qué quieres decir?

—Aparentemente, si no estás vendiendo drogas o derramando sangre, a nuestra policía no le interesa. Uno de ellos dijo «Bien, no hubo daños, ¿verdad?» Me sugirió que pusiera persianas más pesadas en las ventanas del frente y las mantuviera bajas.

—¿No van a perseguir a la banda?

—No van a hacer nada. Oh, no querían admitirlo en mi cara, pero era como si me dieran una palmadita y me dijeran «Bueno, ya está». Tampoco Tony ayudó mucho.

—Déjame adivinar. No les dio los nombres.

—Dijo a la policía que no sabía quién se le había acercado, dijo que no los reconocería, que no había visto el auto. Oh, Lee, por Dios, ésa es la parte más pavorosa. Conoce a estos chicos desde hace años. Algunos estaban en su liga de básquet de la iglesia. ¿Qué voy a hacer? ¿Tengo que decirle a Tony que siga y que se una a ellos, que use su gorra blanca y salga a golpear a negros y amarillos? ¿Tengo que esperar que ellos vuelvan y nos maten?

—No. Ninguna de las dos cosas —dijo Lee—. Esto es lo que vas a hacer. Lo primero que harás en la mañana es poner a Tony y a Elise en el auto y te vendrás acá. Puedes quedarte en mi departamento, yo no lo estoy usando y tendrás mucho espacio ahí.

—No puedo hacer eso —sollozó Bárbara—. Los chicos tienen que ir a la escuela.

—¿Qué es más importante? ¿Su salud o su registro de asistencia?

—Perderé mi trabajo. No tengo más días personales por dos meses. Además, ¿qué sentido tiene? Oh, Lee, es muy generoso de tu parte, pero no resuelve el problema. Los Reyes Blancos seguirán aquí cuando volvamos, y la policía aún será incapaz de protegernos.

—¿Quién dijo volver? Pondremos la casa en venta, e iremos en unos días a limpiarla. No, mejor aun, yo contrataré a alguien para que lo haga. No tienes que pasar un minuto más ahí.

—Esta casa es todo lo que tengo —dijo Bárbara casi en un gemido—. Aunque creo que debo más por ella que lo que vale. No puedo venderla. No tengo recursos para comprar una casa en Columbus.

—Tienes para comprar una en Plain City, o en West Jefferson, en Johnstown, en Carroll. Y hay muchas ciudades pequeñas por aquí, de precios muy razonables. Y yo te ayudaré. Nunca pude entender por qué te quedaste en esa casa cuando Jonás te abandonó.

Bárbara empezó a lloriquear de nuevo.

—Nunca lo entenderás. Mis dos hijos fueron concebidos aquí, nacieron aquí y dieron sus primeros pasos aquí. No puedes tirar todo eso a la basura tan fácilmente.

—Oh, Beebee, madura de una vez —le espetó Lee, ya sin paciencia—. ¿Quieres agregar «mis dos hijos fueron asesinados aquí» a esa lista? Entonces podrías transformarlo en un maldito templo.

—No me merezco esto —dijo Bárbara con voz quejumbrosa—. No deberías hablarme así. Te llamé para pedirte ayuda, Lee.

—¿Por qué no la aceptas cuando se te ofrece, entonces? Haz las valijas, junta a tus niños y ven a empezar de nuevo aquí. Vamos, Bárbara, enfrenta las cosas. No hay nada allí que valga la pena, y eso incluye tu trabajo.

—Lamento que mi vida no llegue a cumplir con tus parámetros —dijo Bárbara con un tono de voz súbitamente frío—. No me respetas en lo más mínimo, ¿verdad? Mi trabajo, mi casa, mis sentimientos, nuestros amigos...

Lee no se dio cuenta de que se había puesto de pie y caminaba por el cuarto apenas iluminado.

—¿Acaso alguna de esas cosas valen la vida de Tony? ¿La vida de Elise? ¿Tu vida? ¿Quieres que Tony tenga su propia arma y trate de resolver tus problemas? Quince centímetros, Beebee. Quince centímetros es todo lo que separa una segunda oportunidad de un funeral.

Su hermana rompió en llanto nuevamente.

—Es demasiado. Es simplemente demasiado. No puedo hacerlo, Lee.

—No tienes que hacerlo sola.

El llanto se volvió más hondo y empezó a robarle sus palabras otra vez.

—¿Cómo podría decírselo a ellos? Sería admitir que toda mi vida es un fracaso. ¿Cómo puedo huir después de dieciséis años? ¿Qué clase de ejemplo es ése? ¿Cómo puedo decirle a Tony que eso es lo que hay que hacer?

—Porque a veces eso es lo que hay que hacer. Te lo ruego, todas esas cosas que estás pensando son solamente el orgullo que se interpone en tu camino. Sé práctica, por una vez en tu vida. No puedes proteger a tus hijos ahí, y la policía tampoco lo hará. No hagas que Tony piense que él tiene que hacerlo por ti. Por favor, ven a Columbus. Ven mañana. Ven esta noche, por favor.

—No lo sé —dijo Bárbara con un susurro—. No lo sé. Tengo que pensarlo. Te llamaré.

—Beebee...

La comunicación se cortó. Exasperada, Lee arrojó el teléfono sobre su cama y miró a Greene.

—Me pone tan furiosa —explicó, y todo su cuerpo estaba tenso y crispado.

Gordon asintió en silencio.

—Cuéntame la mitad que no escuché. Quiero estar seguro de tener el panorama completo.

Pasó media hora antes de que Lee pudiera hablar con él.

Durante los primeros minutos, no podía sosegar, y caminó por el cuarto, abrió la pequeña heladera sin encontrar nada que sentara a su ansiedad, fue al salón de las mujeres, que estaba al lado, y se frotó la cara hasta quedar colorada, se cepilló el cabello de una manera que Gordon no pudo dejar de pensar que era muy doloroso. Finalmente dejó el cepillo y levantó el teléfono.

—Agente personal —dijo—. Búsqueda: Cleveland Heights, Ohio. Policía. Emergencias. Conectar.

Siguió una clase breve y brutal sobre la naturaleza de la función de la policía y las limitaciones de su poder. Gordon observó en el rostro de Lee la sorpresa, la indignación, incredulidad y finalmente la desesperación.

Sí, la policía estaba al tanto de la actividad de las bandas en Cleveland Heights. Sí, las patrullas de la calle estaban al tanto del incidente del disparo en la casa de Bárbara. No, no podían prometer protección, ya que la policía investiga crímenes, no provee guardaespaldas. No, los detectives no estaban investigando activamente el incidente. En promedio, había por lo menos una docena de denuncias de tiroteos. Sí, en un mundo ideal, pero no, éste no lo era, y apenas había tiempo para investigar los tiroteos que provocan heridos o muertos.

Después de esa serie de conversaciones Lee todavía parecía a la vez inaccesible e inconsolable. Se quedó abrazándose cerca de la puerta, con la cabeza gacha y los ojos que miraban fijo el suelo con la mirada atenta pero sin ver nada. Gordon tuvo la clara impresión de que si hubiera intentando consolarla con un abrazo, Lee lo hubiera rechazado.

Entonces volvió a tomar el teléfono, y llamó esta vez a su hermana más joven, Joy, en Bakersfield, California. Bárbara aparentemente no había llamado a Joy, y de ese modo Gordon recibió la mayor parte de la información que necesitaba, mientras ella ponía a su hermana al tanto de todo. Las dos hermanas se lamentaron de la tendencia constante de su hermana de paralizarse en las crisis, y eso pareció quitar algo de la tensión del rostro de Lee.

—Exactamente, es eso —dijo Lee en respuesta a alguna observación de Joy—. Como si no tuviera instintos de supervivencia. Es la ardilla que se queda sentada en la mitad de la ruta mirando las luces del camión que avanza, en lugar de salir corriendo a la banquina. ¿Cómo? No, ni siquiera creo que espere ser rescatada. Está completamente abrumada.

Pero Joy no tenía ningún consejo que ofrecer, ninguna solución a su dilema. Las hermanas acordaron en que no tenía sentido incluir a su padre, que estaba completamente ocupado cuidando a mamá, y de todos modos estaba en Florida, a mil

seiscientos kilómetros. Con ese precedente, rápidamente quedó claro que la única ayuda que Joy podía ofrecer era compasión y una llamada a Bárbara por la mañana para tratar de que aceptara el ofrecimiento de Lee.

Cuando colgó el teléfono, la coraza de ira de Lee había desaparecido y había sido reemplazada por la mirada perdida de alguien que sólo entonces se da cuenta de que la caballería no vendrá. Intentó una última llamada a Bárbara, pero sonó unas diez veces sin respuesta. Dejó un mensaje en el receptor de mensajes en red, pero apenas había vida en su voz:

—Barbara, soy Lee. Llámame por favor —dijo en el mensaje.

Luego se sentó en el borde de la cama, colgó el teléfono y lo puso aparte.

—Quizás eso significa que está en el auto, camino acá.

—No —dijo Lee—. Bárbara no es capaz de salir por la puerta y ocuparse de los detalles cuando llegue. Nunca se irá de su casa sin hablar antes conmigo para confirmar que yo la voy a ir a buscar, para fijar una hora, darle la dirección, decirle si debe traer almohadas, y ese tipo de cosas.

—Entonces piensas que...

—No puedo pensar eso. Lo que hizo probablemente es apagar su teléfono, de modo que los chicos duerman. Necesitan dormir bien, después de todo, si van a levantarse temprano para ir a la escuela. —Lee movió la cabeza—. La amo con todo el corazón, pero a veces me gustaría darle una bofetada de sensatez.

—Pero primero está el pequeño asunto de quitar a la ardilla de la calle —dijo Gordon.

—Tengo que ir allá —dijo Lee con un suspiro de resignación—. Tengo que despertarla de alguna manera. No puedo dejar que ponga en peligro a esos niños otra vez.

—Muy bien. Entonces mejor dejemos de hablar y pongámonos a trabajar.

—¿Qué? ¿Qué estás pensando?

—No sé por qué tú no lo estás pensando también —dijo Gordon—. Estos matones van a querer saber si el mensaje fue recibido. Si mañana por la mañana Tony les dice que se metan en sus propios asuntos, volverán mañana por la noche. Y los estaremos esperando.

—Es una locura, Gordie.

—No, no lo es. Podemos tener a Bebé Dos listo para moverse para el mediodía. Sólo necesito armar el colimador que estuve repasando en mi mente la última semana. Mientras tanto, tú puedes conectar rápidamente un par de controles desprolijos para la cabina del camión. Podemos llegar ahí cuando los niños se bajen del ómnibus de la escuela.

—El jefe nunca estará de acuerdo.

—Razón de más para no preguntarle.

—¿Qué? ¿Piensas que podemos lograrlo?

—Sí.

—Nos dispararán. Y luego Brohier nos despedirá. Y luego sus amigos en la oficina del alguacil enviarán nuestros cadáveres a la cárcel, de yapa.

—Empiezas a sonar como tu hermana, sabes —dijo Gordon con tranquilidad—. ¿Por qué buscas razones para no intentarlo?

Sus ojos se abrieron de la sorpresa. El golpe había dado en el blanco.

—¿Acaso piensas que no quiero ayudarla? Nos detendrán en la puerta, Gordie.

—No, no lo harán —dijo él—. Ya he sacado el camión de aquí tres veces, dos de ellas con Bebé Dos adentro, y la última vez con el remolque del generador.

—¿Por qué?

—Me preocupaba la capacidad de desplazamiento del sistema. Tenía que saber que llevarlo por un paso a nivel no lo inutilizaría.

Lee lo miró azorada.

—¿No estás un poco fuera del programa? Gordie, ¿has planeado robarlo?

—He hecho mi trabajo, eso es todo —dijo, encogiéndose de hombros—. Para asegurarme de que estamos listos para las sorpresas. He intentado protegernos. Por eso lo he llevado todas las noches también. Un poquito de seguridad extra.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Controlando el tiempo y el agente. No te sorprendas, tienes que ser mucho más paranoica que lo que quieres ser para haberme descubierto —dijo con una risita—. Aunque casi me sorprendiste el martes cuando te levantaste temprano.

—Hijo de... Pensé que hacía muchísimo calor esa mañana. Hasta miré los controles de temperatura para ver si funcionaban.

—Lo enchufé al generador del remolque esa noche. Los controles de temperatura no pueden mantenerse, realmente —dijo con una sonrisa conspirativa—. Entonces, ¿vamos a hacer lo que hay que hacer, o lo seguro?

—Explícame algo primero. ¿Por qué quieres arriesgarte? Es mi hermana, mi sobrina y mi sobrino, pero tú ni siquiera los conoces. ¿Cuál es tu parte en esto?

Greene se mordió los labios, y respondió:

—Ella te importa a ti, y eso es suficiente para mí. Yo no sumo las cosas como los demás, Lee.

—¿Eso es lo que le dirás al jefe cuando volvamos?

—Le diré que llevamos el sistema afuera para una prueba de campo en el mundo real. Y si proteger a tu hermana y a sus hijos no le parece una razón lo suficientemente buena a él o al doctor Brohier, entonces sabré que ellos no son la clase de gente con la que quiero trabajar, de todas maneras.

—Entonces, ¿por qué no preguntarles?

—Porque nos toparíamos con paredes de preocupaciones, y no tenemos el tiempo

suficiente como para derribarlas. Cuando estemos de vuelta y a salvo, no pueden decir «Sí, pero qué pasaría si...» —dijo con una sonrisa—. Que es la razón por la cual es más fácil obtener perdón que permiso.

Lee movió la cabeza.

—Quizá cuando yo esté ahí pueda convencerla de que se mude aquí.

—¿Alguna vez lo has hecho?

—¿Qué cosa?

—¿Alguna vez has intentado convencerla de hacer lo más razonable cuando ella parecía empeñada en hacer lo que le era familiar, o lo que era esperable? ¿Cuántas veces la ha atropellado un auto? ¿Cuántas veces has podido quitarla del camino?

—Nunca he podido hacerlo —dijo ella con tristeza—. El auto la atropella siempre.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí hablando tonterías? —Se puso de pie—. Tenemos mucho por hacer.

Como Gordon había predicho, fue apenas unos minutos después del mediodía cuando él y Lee se subieron a la cabina del camión blanco sin patente. Detrás, en el flete, estaba la unidad Gatillo, sobre una capa de espuma y asegurada a los sujetadores con unas cintas anchas. Detrás del camión, y unido con un enganche, estaba el remolque naranja brillante del generador.

Gordon colocó sus manos suavemente sobre el volante, y miró de lado a Lee.

—¿Lista?

Ella asintió, no completamente convencida, pero de todas maneras Gordon buscó la llave de encendido. El gran motor del camión gimió, tosió y volvió a la vida.

—Intenta no parecer tan culpable —dijo, y puso el camión en marcha.

No hubo problemas en la entrada interna. Tim Bartel estaba en la caseta, y los saludó con la mano después de registrar el número negro marcado en un lado del camión. Los guardias de la entrada de la calle no eran conocidos, pero no mostraron especial curiosidad cuando dejaron salir a los dos investigadores y permitieron que el vehículo pasara por las barricadas dobles.

—Te dije —dijo Gordon mientras dirigía el camión hacia la avenida Shanahan. Pero la expresión del rostro de Lee no mostraba signos de alivio.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Estoy pensando en Eric. Aún está en el hospital, ¿verdad?

—Es lo último que supe de él. Las quemaduras como esas tardan mucho tiempo en curarse.

Lee miró a la ventana.

—No sé si yo podría hacerle eso a alguien... a propósito.

Él se estiró y le estrechó la mano.

—No tienes que hacerlo —dijo Gordon—. Sé cómo te sientes acerca de ese tipo

de enfrentamiento. Todo lo que tienes que hacer es llevar a tu hermana y a sus hijos a un motel. Convéncela de que necesita dejar que las cosas se enfríen por unos días. Sólo mantenía alejada de la casa. Tal como hemos pensado las cosas, yo puedo hacer el resto.

—¿Y estás conforme con eso? —preguntó ella volviéndose hacia él.

—Sí. —Retiró la mano y giró en dirección sur hacia la autopista—. Lee, esos matones impusieron las reglas del juego cuando tomaron un arma y la apuntaron contra tu familia. No voy a perder el sueño si eso se les vuelve en contra a ellos. ¿Vamos a herirlos? ¿Quizá matar a uno de ellos? Maldición, espero que sí. ¿Estás tú conforme con eso?

—Parecería que no puedo admitir abandonarme a sentimientos como éstos —dijo ella suavemente—. Lo que no significa que no los tengo.

—Yo estaría más preocupado si no me sintiera de esta manera —dijo Gordon—. Cualquiera que aterroriza a una niña de nueve años o agita un arma frente a un muchacho, o lleva este tipo de miedo a una familia que no se inmiscuye en la vida de los demás, merece sufrir las consecuencias. ¿O no? Todo el mundo de Bárbara está siendo atacado.

—Sí.

—Entonces no seamos tímidos acerca de esto. Esta cosa que llevamos en el camión es un arma, y estamos yendo hacia allí para devolverles el golpe. —Su voz se suavizó—. Pero lo haré sólo si quieres. No tienes que estar ahí. Aún puedo dejarte aquí.

—No —dijo Lee—. Sigue manejando, pero deja de hablar. Quiero seguir engañándome un par de horas más. Quiero mantener mis ilusiones sólo un poquito más.

Gordon y Lee empezaron a hablar de nuevo cuando estaban al norte de Brunswick. Para cuando llegaron a la salida para la ruta U. S. 20 y a Cleveland Heights, ya tenían un plan. El punto central era la decisión de ocultar a Bárbara la razón real por la que estaban allí, y darle de esa manera una coartada que la protegiera de cualquier consecuencia de sus actos.

Estacionaron a la vista de la clínica para trastornos alimentarios donde Bárbara trabajaba como empleada de registros y reclamos, y Lee la llamó desde ahí.

—Con Bárbara Thayer-Cummins, por favor —dijo, mirando de lado a Gordon con una mirada que significaba «Acá vamos a través del Rubicón»—. Barb, habla Lee. Escucha, me vine hacia el norte con un amigo, y estoy a unos pocos minutos. No, sólo quiero hacer lo que pueda para ayudarte. ¿Hasta qué hora trabajas hoy? ¿Hasta las seis? Bien, ¿a dónde van los chicos después de la escuela? Margie está justo enfrente, ¿no? Eso es terriblemente cerca, si ellos vuelven.

»No, realmente no es justo, aunque Margie fue muy valiente en ofrecerte ayuda.



Es más que una buena vecina. Escucha, tengo una habitación en un motel en Mayfield Heights que se llama Budgetel, justo saliendo de la autopista 291. ¿Puedes escaparte del trabajo un rato, de modo de buscar a los chicos y llevarlos al motel? Yo los cuidaré hasta que tú salgas de trabajar, y luego podemos cenar y pensar qué podemos hacer. No, aún no sé mi número de habitación. Pero estaré allí antes que tú. Bien. Yo también te quiero.

Un minuto después, vieron que una mujer salía de la clínica, miraba a su alrededor con nerviosismo y luego corría hacia un sedán celeste muy viajado. «Un Saturn del año 2 o 3», pensó Gordon.

—¿Es ella?

—Es ella —dijo Lee, y movió su mano izquierda hacia la caja de control de tipo industrial que estaba en el asiento entre ella y Gordon. Había sólo tres controles en la caja: un botón para encender el generador, un reóstato para activar a Bebé Dos y una perilla móvil para apuntar la nueva cabeza del colimador hacia un blanco.

El sedán de Bárbara se dirigió hacia el sur, y ellos la siguieron. Debido a la altura de la cabina del camión Gordon podía ver un poco más lejos, y seguirla a la distancia. En ese momento fue cuando Gordon se preocupó más, dado que la familia estaba aún en la calle, y él no tenía idea de dónde estaban los Reyes Blancos, o si serían lo suficientemente osados como para atacar de día. Cada vehículo que se acercaba al Saturn era una amenaza potencial, y el margen para reconocer y responder a un peligro real parecía completamente inadecuado. Durante todo ese breve camino, Gordon estuvo muy tentado de activar el Gatillo preventivamente. Sólo la casi completa certeza de que hacer eso dejaría una fila de caos y de inocentes heridos lo detuvo.

En lugar de eso, llevó el camión al carril exterior y se colocó en el punto en el que el Saturn no podía verlo, sin permitir pasar a ningún otro vehículo, y así tuvo una clara visión de cualquier auto que pudiera ubicarse detrás o al lado de su hermana. Cuando Bárbara salió del bulevar y entró en una calle de un carril y de una sola dirección, Gordon la siguió dejando unos autos delante de sí.

—Ésta es su calle, la que sale a la derecha —dijo Lee.

—Enciende el generador —dijo él con aire serio—. Solamente por si hay alguien esperando que el auto de ella aparezca. —Abrió la ventana a tiempo para oír el ronquido sordo del DuoCat, y tomó firmemente el volante para doblar en la calle Seaton.

—¿Cuál es la casa?

—La cuarta a la derecha. Esa cajita blanca, antes del dúplex amarillo.

—¿Ves algo extraño?

—No.

—Sigue observando —dijo él, mirando el gran espejo retrovisor—. Espero que

haya llamado antes para decirles a los chicos que la esperen.

—Parece que lo hizo. Aquí vienen. —Una niña delgada y un adolescente más alto y grande aparecieron por la galería de una pequeña casa de una sola planta, y cruzaron corriendo por el jardín donde estaba el buzón hacia el auto de Bárbara, que tenía las luces rojas de los frenos.

—Nadie detrás de nosotros —dijo Gordon—. ¿Ves a alguien en alguno de esos autos estacionados adelante?

Lee acariciaba nerviosamente el reóstato.

—Nada.

En unos pocos segundos, los niños subieron al asiento de atrás, y el Saturn empezó a acelerar.

—No dejes de vigilar. Esa intersección sería un buen lugar para encerrarlos.

Pero el auto volvió al bulevar, donde había muchos vehículos, y dobló en dirección este hacia Mayfield Heights sin ningún problema. Gordon se permitió echar un vistazo a su compañera, y vio que ella estaba transpirando.

—¿Un poquito tensa?

—Sigo pensando que alguien va a sentarse en uno de esos autos, y me quedaré helada y tendré que ver cómo mueren con un disparo frente a mí.

Gordon sonrió.

—Tendrías que haber jugado más al Doom cuando eras chica, para afilar más esos reflejos de combate.

—Yo odiaba ese juego.

—No me digas. —Miró por el espejo retrovisor nuevamente—. Nadie nos siguió después de la subdivisión. A menos que tengamos tanta mala suerte de toparnos con los malos muchachos.

—Finjamos que somos supersticiosos, y no nos quedemos aquí inventando escenarios de desastre para que al cosmos se le ocurra tomar alguno.

—Muy bien —dijo Gordon—. Bien, veo el cartel del motel. Voy a avanzar y pasarla, así puedo dejarte bajar. Esperaré a que ella salga para volver al trabajo, y luego entraré y hablaré con Tony. Asegúrate de que ella estacione lejos de la calle y de atrás. Y dile que tome un taxi para venir aquí después del trabajo, o que alguien la traiga en auto. No veo que esos matones tengan mucha ambición, y sé que un Saturn es el auto que pasa lo más inadvertido, pero no pensemos que son idiotas además de matones.

Tres horas después, Gordon y Lee estaban estacionados en el borde de la acera cerca del extremo oeste de la calle Seaton. Una tranquila y casi fatídica determinación había reemplazado a los nervios. Habían incluido a Tony en su conspiración, y, tal como Gordon había supuesto, el muchacho les había contado mucho más de lo que había admitido ante la policía. Con su ayuda, sabían qué autos

buscaban: un Cámaro blanco convertible y un Eddie Bauer Explorer color verde.

—Todos los días hacen una entrada estrepitosa en el estacionamiento de la escuela, dando bocinazos y mordiendo el asfalto. El Cámaro pertenece a Frosty, o Steven Frost. La cuatro por cuatro es de John Nolan. Tienen dos espacios para estacionar permanentes en la primera fila. Todo el mundo lo sabe, y nadie más se atreve a estacionar ahí. Se sientan y calientan los motores ahí durante cinco minutos, y hay veinte chicas, todas muy lindas, que están ahí cuando ellos terminan. No lo entiendo.

También gracias a la ayuda de Tony, sabían que no estaban mirando en vano.

Ellos le contaron lo menos posible sobre lo que planeaban, pero, aun así, lo más difícil fue convencerlo de que se quedara atrás. Con la descuidada arrogancia de los muchachos, estaba ansioso por ser parte de la cacería, y se imaginaba a sí mismo en el momento de la victoria saboreando la humillación de sus enemigos, anhelando su propia redención. Sólo la resistencia combinada de Gordon y Lee pudo mitigar el afán del muchacho.

—Tienes que quedarte con tu familia, y darle tu apoyo y tu protección —le dijeron—. No podemos hacer ese trabajo tan bien como tú, y tú no puedes hacer nuestro trabajo tan bien como nosotros.

Pero se había quedado disconforme, y encontró una manera de tener un papel.

—Quieren estar seguros de que vienen a casa esta noche, ¿verdad? Están vigilando el lugar por si vuelven.

Gordon sólo le confirmó eso.

—Entonces llámenme cuando estén ahí —dijo Tony—. Yo sé lo que los traerá con seguridad.

La llamada había sido media hora antes. La calle Seaton estaba ya en la penumbra. Los niños desaparecían de los jardines, y los adultos de las galerías y los porches. Las luces de seguridad empezaban a encenderse en las puertas de atrás y en los jardines, y los perros entraban en las casas. Las persianas y las cortinas eran desplegadas como una defensa contra la oscuridad, ocultando el resplandor azul de los televisores y de los monitores de las computadoras. Dos de las tres luces de calle empezaron a encenderse lentamente. Cuando alcanzaron el brillo total, la calle estaba desierta, abandonada a las criaturas que poseían la oscuridad.

Asidos de la mano en silencio, Gordon y Lee esperaban que aparecieran.

El tiempo pasaba lentamente. Oyeron una sirena distante, y luego otra.

—Choque de autos —dijo Gordon sin aliento—. O un incendio.

Vio por su espejo retrovisor que un auto entraba en la calle Seaton y se dirigía hacia ellos. Los faros lo encandilaron por un instante, y colocó su mano para proteger los ojos y ocultar su rostro.

—Espera —dijo, sintiendo la ansiedad de Lee a su lado. Cuando el auto pasó, vio

que era un sedán rojo de cuatro puertas. Giró hacia un estrecho sendero al final de la calle y desapareció en una cochera.

Un perro zarrapastroso pasó por el círculo de luz vertido por un farol de la calle.

—¿Podrías explicarme qué hace una hermana tuya viviendo en un barrio como éste?

—Medio hermana.

—Responde.

Thayer suspiró.

—Mi padre visitó Cleveland hace alrededor de treinta años en un viaje de negocios y dejó algunos espermatozoides por aquí.

—Entiendo.

—Acostarse con mi padre no fue el único error que cometió la madre de Bárbara. Permitió que los abogados de mi padre la forzaran a firmar un acuerdo que puede haber parecido generoso, pero que no era ni siquiera justo. Incluso la cuota mensual fue un imán para los aprovechadores: dos maridos, dos concubinos, dos niños más. Luego Bárbara recibió veinticinco mil dólares cuando cumplió los dieciocho años, que supuestamente eran para sus estudios universitarios, pero no alcanzaron. En cambio, se compró un auto. Todavía lo tiene.

—Eso quiere decir que no fue precisamente acogida en el seno familiar.

—No. Mi madre nunca la reconoció y mi padre lo hizo a regañadientes. Yo soy la única que tiene una relación estrecha con ella, quizá porque yo también soy una marginada de la familia. Joy es la hija buena. No quiere enojar a mamá ni incomodar a papá. Tiene demasiado para perder.

El sonido de un helicóptero cayó sobre la calle Seaton desde algún lugar alejado.

—¿Vamos a esperar a que empiecen a disparar? —susurró ella.

—Sólo si eso es lo que puede confirmarnos que se trata de ellos —le respondió en un susurro—. Ellos empezaron a disparar, ¿recuerdas?

Un auto entró en Seaton por el fondo, yendo a contramano por la calle de una sola dirección. Gordon empujó a Lee abajo, luego se escondió bajo el tablero del auto antes de que las luces que se acercaban pudieran delatarlos. Gordon siguió el avance del auto por el movimiento de las sombras del borde del parabrisas, y se incorporó justo a tiempo para ver pasar a un furgón pequeño.

—Falsa alarma —dijo—. Era sólo uno que parecía perdido.

Otra sirena ululó en la noche.

Un auto con frenos que rechinaban apareció y estacionó en la calle, a seis autos de distancia delante del camión.

En ese momento, el tiempo pareció detenerse.

—El generador nos va a delatar —susurró ella.

—Shhh —dijo él, y le apretó la mano—. Nunca oirán esto. A estos tipos les

gustan los autos ruidosos y la música aún más ruidosa.

—No creo que vengan.

—Van a venir. Es un juego psicológico. Piensan que tienen a Tony sudando de miedo mientras están en alguna parte divirtiéndose.

—¿Cómo sabes tanto de esto?

—Yo me equivocaba mucho con los amigos antes.

Ella miró por el espejo retrovisor.

—Odio esto.

—Espera —dijo él.

Los minutos lentos e interminables habían pasado. Era casi la medianoche cuando Gordon oyó el ronquido de un auto de mando doble con escape corto.

—Convertible en la esquina —dijo él, y le tocó el hombro a su adormecida compañera.

—¿Qué?

Luego el Explorer se deslizó hasta la vista de ellos, siguiendo al Cámaro de cerca.

—Aquí vienen —dijo Gordon—. Agáchate. —Siguiendo su propio consejo, se escondió hasta quedar fuera de la luz de los faros del Cámaro. Su mano derecha asió la izquierda de Lee y buscó los controles del Gatillo.

—Déjame —susurró él.

Les pareció una eternidad hasta que los dos vehículos pasaran por donde Gordon y Lee estaban estacionados. El grave ronronear del Cámaro pareció detenerse justo fuera de la ventana de Gordon, que él había dejado abierta unos centímetros para recibir aire y los ruidos. Durante un minuto agónico, temió que hubieran sido el blanco, y que el camión inspirara preocupación o curiosidad a la banda.

Fragmentos de una animada conversación, llena de palabras de jerga y de groserías, y marcada por risas salvajes, les llegaban por la ventana cerrada. Gordon se esforzó por decodificar lo que oía, y súbitamente se dio cuenta de que detrás de sus bravuconadas estaban algo asustados porque la casa de Bárbara estaba completamente a oscuras. Se burlaban de Tony por cobarde, pero se mantenían quietos y se preguntaban si se trataría de una emboscada.

Fue por si esto ocurría que él tomó el control remoto de la seguridad de la casa del auto de Bárbara mientras ella estaba en el motel. El sistema no era sofisticado, pero él no le exigiría demasiado: simplemente, sería lo que los llevaría adentro. Era como una piedrita arrojada en la oscuridad. Buscó en el bolsillo de su chaqueta con su mano libre, halló el control remoto y apretó el botón de arriba. Las luces del porche y de la sala se encendieron casi instantáneamente.

Eso fue todo lo que les llevó agujijonear a la banda. Hubo un chillido y un grito dentro del Cámaro, que se adelantó, con las gomas chirriando y echando humo.

—Quédate abajo —susurró severamente a Lee, y luego se incorporó después de

que pasara el Explorer.

Con una mente fría, Gordon evaluó la situación de adelante. Había cuatro Reyes Blancos en el convertible. Uno estaba de pie en el asiento de atrás, gritando burlas ininteligibles hacia la casa y agitando dos pistolas en el aire. Otro miembro de la banda estaba asomado fuera de la ventana derecha del Explorer, agarrado al techo y con algún tipo de arma más larga. En un instante, ambos vehículos estarían directamente frente a la casa.

Gordon no esperó más. Tocó el botón por un momento largo y el generador se encendió. El colimador sobre el Gatillo ya estaba apuntado a la calle hacia sus blancos. Con un suave movimiento de su muñeca, trajo el Gatillo a la vida, encendiendo la energía.

Hubo una breve explosión de tiroteos, el sonido hueco de una automática de pequeño calibre, que Gordon pensó que provenía del Explorer. Los paneles de vidrio de la puerta cancel de la casa de Bárbara se desintegraron como bajo un golpe de martillo. Una segunda arma con un sonido más profundo y más fuerte, habló una vez, y luego otra. Oyó carcajadas de júbilo.

Un instante después, todo cambió. El Explorer se encendió súbitamente de abajo, con un fuego blanco-amarillento, casi como si muchas llamas hubieran salido del medio del asiento de atrás. No hubo casi ningún sonido de las erupciones, apenas sonido ahogado de una almohada agitada contra un colchón. Pero las carcajadas y los gritos de burla se convirtieron en alaridos cuando el vehículo viró bruscamente y luego frenó. Gordon pudo ver claramente las contorsiones de los pasajeros mientras trataban de escapar del fuego y huir del vehículo.

Al mismo tiempo, el Cámaro empezó a acelerar. Pero no había hecho más que unos metros cuando su baúl explotó en una bola de fuego tan intensa que Gordon sintió el calor en su rostro. Momentos después, el Cámaro fue bamboleándose contra una camioneta con el sonido terrible del metal y del plástico partidos.

—Como ven —dijo Gordon—. Quizás ahora la policía se enterará.

Lee, quien ya estaba a su lado sentada, miraba atónita y pálida, y no dijo nada.

Mientras las llamas se elevaban cada vez más alto y los gritos continuaban, Gordon encendió el motor del camión. Los vehículos en llamas habían obstruido la calle Seaton, así que utilizó el primer sendero de autos para dar vuelta el camión y el remolque. Dejó apagadas las luces del camión hasta que alcanzó la esquina y dobló a la derecha. Desde ese momento, podían aparentar que eran inocentes.

—Eso fue horrible —dijo ella, con la voz ronca y seca.

—Una prueba del caos que vendrá —dijo él.

—Me siento sucia.

—No tienes por qué. Ellos vinieron a herir a tu hermana y a su familia, y fueron heridos a cambio. Simple justicia, repartida inmediatamente. ¿Hubieras preferido que

se tratara de Bárbara?

Se dejó caer contra la puerta y miró hacia la noche, observando nerviosamente el espejo retrovisor cuando oyó las sirenas a la distancia.

—Ojalá Tony no nos hubiera dicho sus nombres.

## 11: Motín

Cleveland Heights, Ohio. Un choque de autos de poca importancia en un tranquilo barrio residencial se convirtió en un incendio mortal el lunes por la noche cuando el baúl de un auto lleno de armas ilegales y de municiones estalló en llamas. Tres miembros de la banda racista Reyes Blancos murieron, incluyendo al supuesto líder de la banda, Steven Frost, alias Frosty. Otros cuatro miembros de la banda fueron ingresados en el hospital con extensas quemaduras y otras heridas. La policía del estado investiga el incidente, que destruyó tres autos y causó daños menores a varias viviendas cercanas.

*Historia completa - Lista de heridos - Consejos para la seguridad de las armas - Las bandas racistas venden nostalgia, no drogas.*

Dado que los comités son uno de los mecanismos de decisión menos eficientes jamás diseñados, llevó seis días de dos reuniones diarias terminar los detalles de lo que dieron en llamar Proyecto Sombrero de Bronce. Pero por fin terminaron el plan de operaciones, redactaron los memorando con los acuerdos, firmaron las órdenes ejecutivas, hicieron autorizar las órdenes de presupuesto reservado y el comité pudo separarse.

Karl Brohier regresaba a Columbus a empezar a remontar la investigación. Aron Goldstein se dirigía a North Sioux City, en Dakota del Sur, donde el cierre de una planta de ensamblaje de computadoras había dejado a trabajadores calificados en la calle y a once mil metros cuadrados de instalaciones inactivos. Grover Wilman volvía al Senado, donde el Comité Asesor de Defensa integrado por miembros de los dos partidos estaba a punto de admitir un nuevo miembro en sus reuniones ultrasecretas.

Eso dejó al cuarteto de la Casa Blanca (Breland, Nolby, Carrero y Stepak) con lo que parecía la tarea más difícil: vender el Proyecto Sombrero de Bronce al Pentágono. Y la clave era el general Roland Stepak, un oficial retirado de la Fuerza Aérea y el primer secretario de Defensa desde George C. Marshall en llevar el rango de oficial y la experiencia de mando a su puesto.

En una carrera de veintiséis años, Stepak había volado casi diez mil horas en diferentes aviones, incluyendo los aviones de alto vuelo y los de combate. Fue instructor de combate, jefe de un escuadrón F-22 en Namibia y jefe de sección durante la Interdicción de Taiwán, aunque, como era típico de los pilotos de su época, solamente había volado en sesenta y dos misiones y no había matado a nadie en combate. Stepak debía su reputación más a su carácter de confianza sin egolatría y a su liderazgo sin arrogancia que al heroísmo en el aire.



Después de abandonar la cabina del avión, volvió a Keesler a dirigir el Segundo Cuerpo de Aviación en misión de entrenamiento, regresó a Japón como comandante del Quinto Cuerpo, predominantemente de combate, agregó una tercera estrella a su uniforme y ascendió a comandante de la Fuerza Aérea del Pacífico y finalmente volvió para asumir el Comando de Combate Aéreo en Langley, que era el destino más prestigioso entre los grandes comandos.

Entre esos nombramientos había aparecido en tres diferentes momentos en posiciones muy prominentes en el Pentágono, donde su diligencia y su tranquila eficiencia le ganaron el respeto del personal. Hacia el final de su segundo año en Langley era considerado un sorpresivo candidato a ser jefe de Personal de la Fuerza Aérea del Pentágono.

Pero luego su esposa durante veintidós años, Peggy Ashford Stepak, se enteró de que sus persistentes dolores de cabeza que la habían atormentado durante varios meses tenían una causa tangible: cáncer de cerebro. La mañana siguiente a recibir la noticia el general presentó un pedido de licencia inmediata (tenía casi medio año acumulado) y de retiro al terminar la licencia. Sin que nadie pudiera creerlo, dejó su puesto al instante y violó así los protocolos corrientes sobre la transferencia ordenada de mando. Para el mediodía había salido de la base sin uniforme y estaba junto a Peggy para el siguiente informe médico. Fue el único acto egoísta de su carrera.

Los tres años que siguieron fueron los mejores y los peores. El general y su esposa intentaron recuperar el tiempo de una vida, cumpliendo con promesas y sueños pospuestos. Los últimos seis meses de Peggy fueron una agonía para ambos, hasta que finalmente el adiós fue un acto de piedad.

Cinco años más tarde, el presidente Breland eligió a Stepak, quien había caído en el anonimato de la vida privada, y lo rescató de una pena constante y de un desasosiego sin objeto. El nombramiento y el trabajo que acarreó renovaron a Stepak.

Ciertos días la serenidad de Stepak parecía nublarse por la oscuridad de un dolor innombrable o un recuerdo melancólico, pero nunca afectaba su trabajo. Preparó a Breland para la reunión de esa mañana con el Comando Conjunto con la misma diligencia y seriedad que si hubiera estado haciendo un vuelo preliminar con su F-22 para una misión sobre el estrecho de Formosa.

—No espere obtener una lectura límpida del Comando en el primer informe —advirtió Stepak al Presidente—. En particular, de los jefes de servicio. Hay un conflicto inherente en sus puestos, puesto que ellos son asesores de usted, pero son también los oficiales superiores de comando para sus respectivos servicios.

—¿Cómo cree usted que atacarán esto? —preguntó Breland, dando golpecitos a su copia del libro de citas, sobre la funda de cuero que la cerraba con las palabras «Estrictamente Confidencial» bellamente impresas.

—Con toda honestidad, señor, pienso que tendrá problemas —dijo Stepak—. Por

encima y más allá de las implicaciones para la política externa y la seguridad nacional, usted está cambiando con esto las condiciones de las maniobras militares de una manera que amenaza la identidad de ellos. Son seres humanos. Tienen treinta años de servicio. Detrás de las estrellas doradas y de los galones, son pilotos y soldados rasos, y patanes. Saben todo lo que está en riesgo para la gente que tiene que hacer el verdadero trabajo, y ellos se identifican con esa gente.

—¿Hasta dónde pueden llegar?

—Supongo que la reacción será «Sí, señor Presidente» mientras se recuperan del shock e intentan conocer toda la información. Pero una vez que hayan tenido algo de tiempo para pensarlo, usted empezará a sentir la resistencia de ellos. Si eso ocurrirá hoy o en algún punto más adelante, no lo sé.

—Primero evaluar la inteligencia del campo de batalla, luego desplegar las propias fuerzas.

—Primero echar un vistazo a la defensa, luego empezar la cuenta regresiva —dijo Stepak con una sonrisa—. Y algo más: siendo realistas, van a estar molestos por no haber sido consultados antes de que ciertas decisiones importantes fueran tomadas. Pueden preguntarse por qué esto no pasó por el Consejo de Seguridad Nacional.

—¿No es obvio acaso? La sola mención del Consejo hubiera espantado a nuestros invitados. Además, el único miembro por ley que no integró el comité del Sombrero de Bronce fue la vicepresidenta.

Stepak asintió.

—¿Tiene pensado que ella participe en el futuro próximo?

—No —dijo Breland, y se encogió de hombros—. Truman no fue informado sobre la bomba atómica hasta después de la muerte de Roosevelt. —Breland pudo ver la sorpresa en la expresión del secretario de Defensa, y agregó—: No es muy difícil para mí imaginar situaciones que terminan con un juicio contra mí por traición, ¿verdad?

—Ojalá pudiera decir que usted exagera los riesgos, señor Presidente.

—Será difícil que compren lo mío. Se me ocurren demasiados tipos en el Congreso que considerarían que mi decisión de que este descubrimiento desarme nuestras fuerzas armadas no es más que traición. Estoy seguro de cuál hubiera sido la decisión de Ben Twilly: destruir la investigación y hacer desaparecer a la gente de Terabyte —dijo con una sonrisa triste—. Y posiblemente se las arreglaría para reunir un grupo armado de ciudadanos con esas mismas ideas.

—Es probable.

—Pero si puedo mantener a Toni a un brazo de distancia, quizás ella podría sobrevivir a mi juicio. Y pienso que eso sería mejor para el país, en lugar de que todos se levanten un día y descubran que tienen un presidente por el que nadie votó. Intentemos evitar ese experimento particular en la democracia representativa.

—Colaboraré para eso, señor Presidente.

—Lo que me lleva a lo que decía antes —dijo Breland, poniéndose de pie y emergiendo de detrás de su escritorio—. ¿Qué formas puede tomar esa «resistencia» de los militares? ¿Piensa que hay alguna posibilidad de que el Comando Conjunto recurra a la acción directa?

—¿Contra usted?

—Contra mí, contra nosotros. Y por favor, quiero una respuesta honesta. Necesito más que una confirmación fácil de que eso no ocurrió nunca aquí.

—No es una confirmación fácil —dijo Stepak—. Estos hombres toman cada parte de sus juramentos con tanta seriedad como usted los suyos. No son como los niños que musitan su oración de fidelidad a la patria antes de comenzar las clases.

—Entiendo, pero eso no descarta la posibilidad de una diferencia fundamental de opinión. El juramento que realizan es por la Constitución y la presidencia, no por un presidente en particular. Tiene que haber un límite al tiempo que pasarán al margen sin hacer nada. Le pregunto cuan cerca piensa que estamos de ese punto.

—No importa dónde está esa línea, de qué lado está usted —dijo Stepak—. No es la función del Comando Conjunto removerlo a usted. Usted podrá no entenderlo, pero ellos sí. Usted habla con razón de la naturaleza humana, pero todo el objeto del entrenamiento de un soldado y de la lealtad es desafiar a la naturaleza humana. Es la única manera de lograr que los hombres corran hacia donde vienen las balas, cuando cualquier persona racional puede ver que lo sensato es correr para el lado contrario.

Breland lo miraba con expresión seria.

—Usted conoce a todos los actuales jefes personalmente, ¿verdad?

—Sí. A dos de ellos los considero amigos. Pero diría lo mismo si todos fueran extraños para mí —dijo Stepak con firmeza—. Señor Presidente, si usted tuviera que enfrentar un juicio y hubiera una turba furiosa acercándose con la intención de acelerar el proceso de removerlo de su puesto, cada uno de esos hombres se ubicarían con gusto y sin vacilar entre usted y esa turba, darían sus vidas si fuera necesario, para lograr que usted viva para ser sometido a juicio. No hubo golpe cuando Johnson y McNamara estropearon la Guerra de Vietnam, no hubo «noche de los generales» cuando Nixon mancilló su presidencia o cuando Clinton la vendió. No tiene nada que temer de ese flanco.

Breland se quedó desconcertado ante la seria pasión de las palabras de Stepak. Retrocedió un paso y se sentó en una esquina de su escritorio.

—Mis disculpas, general Stepak —dijo suavemente—. Por un momento confundí qué equipos usaban qué colores.

—No debe disculparse, señor Presidente. Mi trabajo es asegurarme de que usted no olvide nada importante. Ahora, para responder a su pregunta, usted no necesita la aprobación de ellos. Usted sólo necesita su obediencia, y la tendrá, sean cuales fueren

sus órdenes. Usted es el comandante en jefe. Es responsabilidad de usted pensar las cosas bien, y la de ellos ejecutarlas. Además, la cadena de comando no pasa por los jefes de servicio, sino que va directamente de usted a los comandantes mayores, a través de mí. Así que aun si los jefes pensarán frustrar sus planes y desafiarlo (lo cual, repito, no va a ocurrir) tendrían que traspasar su autoridad para hacerlo.

»No, lo que usted puede esperar es una guerra de palabras —dijo Stepak—. Si piensan que está equivocado, discutirán con usted, y un ataque completo de los jefes de acuerdo no es poca cosa. Discutirán tan duramente y por tanto tiempo como usted se lo permita, y es una buena idea dejarlos, porque lo único que pueden hacer para herirlo de gravedad es renunciar.

—Continúe.

—Si usted les presenta una política que ellos piensan que está seriamente equivocada, y si usted les deja la sensación de que no está dispuesto a escucharlos o a defender su posición delante de ellos...

—Los dejaré en una posición donde la única opción que les dejará su conciencia será renunciar.

—Sí. Y la simple verdad es que si usted pierde de repente dos o tres personas del Comando Conjunto, el Congreso tomará nota y también toda la estructura de las fuerzas armadas. Usted no necesita eso. Esto va a ser lo bastante difícil con la completa colaboración de ellos. Técnicamente, usted no necesita el acuerdo de ellos, pero en la práctica usted necesita su experiencia, su visión y su liderazgo, todos comprometidos completamente.

—No basta con que salgan corriendo y tomen sus posiciones —dijo Breland—. Necesito que pongan sus cabezas en el juego y necesito que sean activos en él.

—Exactamente, señor. Y si puedo agregar una opinión personal...

—Por favor.

—Es su deber hacia el país dar al Comando la posibilidad de que lo persuada a usted de que usted se equivoca.

—¿Está diciendo que me equivoco?

Stepak levantó sus manos e hizo un gesto de profunda ambigüedad.

—Señor Presidente, no lo sé. La única manera en que puedo dormir últimamente es diciéndome una y otra vez que podría ser peor. Podría ser mi propia decisión. Quizás el lugar adecuado para el Gatillo sea en el fondo de un pozo de mil metros de profundidad, con quinientos metros de concreto sobre él. Simplemente no lo sé.

Con una sonrisa de soslayo, Breland admitió:

—También yo he estado con problemas para dormir.

—Sería inhumano si no los tuviera —dijo Stepak—. Aun después de una semana de hablar de esto, no puedo decir realmente que haya comprendido el alcance total de los cambios por venir si sigue adelante después de Sombrero de Bronce. Sólo sé una

cosa: que la vida de todos se verá afectada. Y si sigue adelante, ninguna presidencia en este país habrá dejado el mando, y el mundo, con cambios tan profundos como usted. Simplemente desearía tener la sabiduría para saber si lo cambiaremos para mejor o para peor.

—Aunque no es ésa la opción que enfrentaremos —dijo Breland—. Podemos actuar, o podemos esperar a que otros actúen por nosotros. Una de esas alternativas nos deja la oportunidad de tratar de controlar los resultados. Y ésa no es una decisión difícil para mí, aun si el intento termina mal. No podemos desear que esto no existiera. ¿Y si algún físico chino se hubiera reunido con el primer ministro el mismo día que Brohier me vino a ver a mí? No avanzar sería una abdicación de la responsabilidad. —Una sonrisa distendida y reconfortante apareció en su rostro—. Para usar una de esas metáforas deportivas que a usted le gustan tanto, Roland, es una situación difícil, y quiero tener la pelota en mis manos.

La puerta oculta a las oficinas externas se abrió apenas para permitir que se asomara la cabeza de Nolby.

—¿Señor Presidente? Es la hora.

Breland miró por sobre su hombro el reloj detrás de su escritorio.

—Debo retirarme, general.

—Estoy con usted, señor Presidente —dijo Stepak, poniéndose de pie—. Y quiero que sepa que lo digo en serio.

—Lo sé.

Una vez que terminaron con la formalidad de pasar lista, el general Donald Madison, presidente del Comando Conjunto, indicó al secretario de registro que se retirara del salón.

Madison carraspeó, acercó su organizador personal desde el borde de la mesa de conferencias y dejó su lapicera junto a un sobre blanco grueso con sello de seguridad. Frente a cada hombre sentado había un sobre igual. Los sobres eran personalizados, estaban fechados y numerados. El que estaba a la derecha de Breland decía «Copia 1 de 8». El contenido había sido preparado por Stepak, bajo la estrecha supervisión de Breland y sujeto a su revisión personal.

—Esta reunión especial fue convocada por solicitud del Presidente —dijo Madison con su voz carraspeante—. La información que ha traído ha sido clasificada como Estrictamente Confidencial, y no se debe tomar nota ni guardar apuntes. Los materiales del informe serán recogidos al finalizar la reunión. —Miró a través de la enorme mesa de madera a Breland—. Señor Presidente, tiene la palabra.

—Gracias, general Madison —dijo Breland asintiendo con la cabeza—. Caballeros, estoy aquí no sólo para informarles, sino para consultarlos a ustedes. Me he enterado recientemente de que ahora existe un medio tecnológico para neutralizar la mayor parte de las armas convencionales. —Ése era un momento natural para

hacer una pausa, pero Breland intentaba hacer una presentación desapasionada, no una dramática, y prosiguió—: Este descubrimiento fue hecho por científicos norteamericanos este verano. Construyeron un prototipo que funciona y llevaron a cabo una serie de pruebas preliminares. Esas pruebas confirmaron que el dispositivo, que denominamos «el Gatillo», hace detonar o destruye a la distancia explosivos y cargas basados en nitrato.

»Tras consultar al secretario de Defensa, ordené expandir los esfuerzos de investigación destinados a refinar el dispositivo Gatillo y a establecer los fundamentos teóricos de sus extraordinarios efectos. También ordené la producción inmediata de mil ejemplares de un diseño provisional Gatillo Mark I basado en el prototipo, que tiene un alcance efectivo, según se me ha informado, de “no menos de quinientos metros”.

»Cien de las unidades Mark I están reservadas para una ampliación del programa de pruebas, que será llevada a cabo por la Agencia de Proyectos Avanzados de Investigación de Defensa y el arsenal Redstone en colaboración con los tres servicios. He instruido al general Stepak para que se encargue de que cada arma y munición que actualmente está en inventario, convencional y nuclear, sea puesta a prueba para ver si es sensible al efecto Gatillo. No obstante, tengo que decirles que tenemos la expectativa de que todas las municiones convencionales serán sensibles.

»Ninguno de quienes se sabe que conocen acerca del Gatillo tiene acceso a información técnica detallada sobre el diseño de munición nuclear actual, así que su sensibilidad es menos cierta, aunque de acuerdo con los principios generales de diseños, se la considera probable. Con la ayuda de ustedes, podremos resolver esa cuestión antes del final de este informe.

»Juntas, estas tres operaciones (investigación, producción y pruebas) constituyen el Proyecto Sombrero de Bronce. Pero solamente se ocupan de la necesidad más inmediata de descubrir los límites y las capacidades de esta nueva tecnología. Hay muchas más cuestiones y desafíos que necesitamos enfrentar, muchos de los cuales son preguntas cruciales relacionadas con la seguridad nacional y las relaciones internacionales.

»Tenemos la suerte de tener la oportunidad de ocuparnos de estos problemas antes de vernos atacados por esta tecnología en un campo de batalla. Tenemos una oportunidad para volver a pensar nuestro concepto de campo de batalla y cambiar así nuestra táctica, nuestras combinaciones de armas y hasta la estructura de nuestras fuerzas armadas, a fin de que sigan siendo efectivas en el nuevo contexto de combate.

»Pero eso es sólo el comienzo. A la mañana siguiente a enterarme del Gatillo, me levanté con la certeza de que todo lo que sabía estaba equivocado. Este descubrimiento nos invita a desarrollar un nuevo concepto de “seguridad”, uno que no dependa de que tengamos más y mayores armas que el enemigo. Tenemos la

oportunidad de reescribir la definición de “disuasión”, y de reconsiderar la necesidad de los medios tradicionales de proyección de la fuerza.

»Simplemente piense en lo siguiente, almirante Jacobs: un buque de carga con una unidad Gatillo a bordo estaría más seguro en una zona de guerra que el crucero más pesado o el portaaviones más ligero. En realidad, el buque de carga podría ser una amenaza mayor para el crucero que éste para el buque de carga.

»Simplemente piense en lo siguiente, general Moorman: tenemos frente a nosotros el medio de crear un concepto enteramente nuevo de frontera nacional. Con el Gatillo haciendo guardia, podemos crear fronteras abiertas en lugares donde éstas jamás han existido, como el Medio Oriente o el Lejano Oriente. Las fronteras abiertas sin miedo de un ataque. Porque el Gatillo puede darnos fronteras que un amigo puede cruzar en cualquier momento, pero que un enemigo no puede cruzar nunca.

»Más allá de todo eso, también veo una gran oportunidad que trasciende nuestras propias necesidades legítimas de proteger a nuestro pueblo y a nuestros aliados, una oportunidad de salvar veinte mil vidas por año, y de salvar cientos de miles más de una vida de sufrimiento.

»Porque pese a los tratados de 1997 y de 2008, hay aún más de cien millones de minas activas acechando en los suelos de Camboya, Kosovo, Afganistán, Bosnia, Chad, Ucrania... Ustedes conocen la lista tan bien como yo. Pese a la prohibición, hay aún más minas que se colocan en los suelos cada año que las que son quitadas. Y en Europa, en África central, en el sudeste asiático, las municiones sin explotar que están enterradas después de un siglo de guerras aún siguen filtrándose hasta aparecer en la superficie.

»Podemos poner fin a esa amenaza. Podemos detener la matanza de los inocentes. Sólo piense en esto, general Hawley: un escuadrón de helicópteros equipados con el Gatillo podría limpiar un área de cuatro mil metros cuadrados en minutos, y un país entero en unas pocas semanas. Ahora tenemos la capacidad de convertir nuevamente los campos de batalla en granjas, praderas y lugares de recreo, como eran antes de que los ejércitos aparecieran. Los hombres quizá no hayan aprendido aún cómo dejar de pelear entre sí, pero finalmente tenemos el medio de limpiar la suciedad que dejamos. Y beneficiaremos más a más gente, y a nuestro país si somos los porteros en lugar de los policías del mundo.

Pero pese a toda la pasión, la elocuencia y el serio entusiasmo de Breland, seguía siendo una audiencia fría y distante. Las exigencias de la cortesía y la disciplina esperada le aseguraban la atención total de ellos, pero absorbieron sus palabras sin reacciones externas. Breland no fue interrumpido ni una vez por esos jefes con cara de póquer, cuyos gestos, que denotaban atención, no le decían mucho más para continuar.

—He dicho lo suficiente para darles el contexto —dijo, reclinándose en su silla

con brazos acolchados—. Por favor, abran los sobres con el informe. Hallarán un bosquejo de Sombrero de Bronce, un resumen de los resultados de las pruebas hasta la fecha, una síntesis de los temas y de las oportunidades y una lista preliminar de cuestiones concernientes al impacto en la defensa nacional. Si el presidente del Comando Conjunto no tiene objeciones, me gustaría invitarles a torrarse todo el tiempo que necesiten para examinar lo que hay ahí, y luego nos reuniremos y empezaremos el trabajo duro.

—No tengo objeciones —dijo el general Madison, y se oyó el sonido de los sellos de seguridad rotos y el crujido de Tyvek.

Breland asintió y se levantó, mirando los vasos y las jarras de agua helada en el extremo opuesto de la mesa. Su exposición lo había dejado con la boca seca, con el primer signo de la muy conocida voz áspera que tenía frecuentemente cuando se hallaba hablando mucho tiempo. Pero cuando se estaba alejando de la mesa, alguien carraspeó y dijo:

—Señor Presidente, yo no necesito más tiempo para saber lo que pienso de esto.

Breland se volvió hacia el general Hawley y vio que estaba en su asiento, tocando con un dedo el paquete con el informe.

—Muy bien. Adelante, general.

—Pienso que esto es una locura —dijo Hawley—. Usted obviamente ha decidido no sólo desarrollar esta arma, sino desplegarla, y no sólo desplegarla sino hacerlo de la manera más pública posible.

—Esa decisión no ha sido tomada aún —dijo Breland—. Pero no quiero engañarlo, general. Es claramente la opción que ofrece las mayores oportunidades de alterar la conducta potencial de un enemigo.

—Puedo decirle cuál es la conducta que se verá alterada primero —dijo Hawley—. Diez minutos después de que esta noticia llegue a Beijing, el primer ministro Denh ordenará desplegar todos los esfuerzos para comprar o robar los secretos del Gatillo. Todos los científicos que estén trabajando en Sombrero de Bronce van a tener que estar encerrados donde nadie pueda hallarlos. Cada una de esas unidades Mark I va a necesitar una guardia de veinticuatro horas conformada por la gente menos sobornable que podamos encontrar. Cada Gatillo que se saque del país necesitará un pelotón de infantes de marina para protegerlo. Y aun si hacemos todo correctamente, en diez años los chinos, los iraníes, los iraquíes, los paquistaníes y todos los que realmente quieran el Gatillo lo tendrán.

—Ése sería el resultado esperable, ¿no es cierto, general Stepak?

Stepak asintió con seriedad.

—No hay nada más transitorio que un secreto militar —dijo—. En mi opinión, cualquier escenario de despliegue lleva a una proliferación universal. La única variable es el tiempo.



En el extremo de la mesa, el general Moorman golpeteaba sobre las páginas del paquete del informe.

—¿La construcción de un Gatillo requiere materiales exóticos, o alguna tecnología excepcional? —intervino—. Quizá podamos demorar la tasa de proliferación controlando los medios de producción, como hicimos con las armas nucleares.

—Me temo que no —dijo Breland—. Una vez que conozcan los elementos básicos del diseño, cualquier país que pueda construir transmisores de alta energía de microondas puede construir gatillos. Lo que significa, esencialmente, toda nación industrializada. Y dado que no se trata de millones de dólares por ejemplar, es probable que aquéllos que no puedan construirlos los compren.

—Estoy más confundido que nunca, entonces —dijo Hawley, alejando el paquete de sí como si fuera algo desagradable—. Señor Presidente, no puedo entender cómo usted propone desmantelar la fuerza militar dominante del siglo XXI.

—¿Desmantelar? —preguntó el almirante Jacobs—. Un submarino equipado con este dispositivo sería prácticamente invulnerable. —Esa idea sonaba muy atractiva, a juzgar por el tono de voz del excomandante de un submarino de ataque rápido.

—Y completamente inútil, Mark. Tu Sawfish no podría llevar ni un arma en la cubierta.

—Pero... se trata de un efecto direccional, ¿no?

—No, señor —dijo Stepak—. El campo del Gatillo es omnidireccional.

—Seguramente existe alguna manera de proteger nuestros arsenales.

—No que nosotros sepamos —admitió Stepak—. Tenemos que hacer más pruebas, pero la evidencia disponible es que el campo penetra todos los materiales comunes. La limitación primaria del Gatillo parece ser el rango, lo cual es una cuestión de poder disponible.

—¿Lo ve, almirante? ¿Lo ve? —insistió Hawley.

—Bien, ¿qué debemos hacer, entonces? —explotó Jacobs, mirando a Breland.

—Les diré lo que se supone que deben hacer: desarmar toda la flota o suspenderla por largo tiempo —dijo Hawley—. Aún más, construir arietes. General Moorman, tendrá que rearmar todos sus tanques con bayonetas. General Brennan, usted haría bien en llamar a su Laboratorio de Guerra y solicitar una provisión de ballestas. Y yo podré enviar a todos, excepto a los escuadrones de reconocimiento, al cementerio de Davis-Montham.

Se volvió a Breland con una mirada furiosa, y prosiguió:

—Si empieza a construir esas cosas, señor Presidente, echará por la borda todo lo que hace fuerte a este país y mantiene a salvo a nuestro pueblo —dijo Hawley—. Tenemos una ventaja tecnológica en cada dimensión de las áreas de combate: aire, agua, tierra, bajo el mar y en el espacio. Gozamos de una absoluta superioridad

numérica contra cada adversario posible excepto China. Y aun contra ellos podemos establecer absoluto predominio en el campo de batalla, hasta las puertas de su país, si es necesario. Si agrega esta tecnología a esta combinación, perderemos todo eso.

—Los chinos pueden reunir un ejército de diez millones, de cien millones y casi no se darán cuenta si los pierden —dijo Moorman—. ¿Qué haremos cuando crucen a Corea del Sur, o a Vietnam, o cuando tomen Vladivostok y Taiwán, y empiecen a mirar del otro lado del mar, a Japón?

—Caballeros, me parece que ésas son exactamente las preguntas que ustedes tendrán que ayudar a responder —dijo Breland inmutable.

El vicepresidente del Comando Conjunto, el general Heincer, habló por primera vez desde el inicio de la reunión.

—Tiene que haber otras opciones. Una estrategia intermedia, como el desarrollo rápido, pero sin despliegue. Esfuerzo absoluto en buscar armas alternativas, pero un esfuerzo máximo en retener y suprimir este descubrimiento.

Breland hizo un gesto de negativa, y dijo:

—A menos que alguien haya estado ocultando algo al Presidente nuevamente, no tenemos suficiente gente en China como para impedirles que descubran esto por sí mismos, o para saber siquiera si lo han descubierto ya.

—El Presidente tiene razón en ese punto —dijo el presidente del Comando Conjunto—. Seguimos casi a ocho mil agentes chinos en los Estados Unidos, y apenas tenemos doscientos agentes en China.

—Quizá sea el momento de empezar a nivelar las cosas —dijo el almirante Jacobs—. Hagámoslos marchar hasta el extremo del muelle de Santa Mónica, apuntémoslos hacia Beijing, y que tengan un lindo viaje a nado.

—Y cuando Beijing responda expulsando a todos los hombres de negocios norteamericanos...

—Por mí, no hay inconveniente —gruñó el general Moorman—. Tal como están las cosas, apenas se puede comprar algo por menos de cien dólares que no esté hecho en China. Ellos fabrican nuestros juguetes, nuestras ropas, nuestras herramientas... El mes pasado mi esposa halló inclusive una bandera norteamericana, una de esas banderitas de escritorio, hecha en China. Y eso fue en el Intercambio de Bases. No podía creerlo.

—Créalo, y alégrese. Eso es parte de la respuesta al desafío del general Hawley —dijo Breland—. Somos el mayor socio comercial de China. Y Japón es el segundo. Somos más valiosos como clientes que como conquistas.

—Eso no ayudará mucho a Vladivostok —dijo Jacobs—. Ni a Taiwán. Diablos, ellos toman Taiwán y nosotros solamente tenemos que comprar más productos de ellos.

—Usted no está considerando lo más importante —dijo Breland—. A la larga, no

importa si las fábricas chinas están llenas de niños pagados con salarios de esclavos. A la larga, no importa si el círculo del poder está lleno de expansionistas furiosos. El verdadero significado de todos esos millones de dólares que enviamos a China es que ahora hay voces poderosas dentro de China con un fuerte interés en mantenerse en buenos términos con nosotros.

Jacobs respondió con un bufido despectivo.

—Lo único que hemos hecho es pagar la construcción de sus fuerzas armadas.

—Lo que es tan inteligente como pagar el abogado de divorcio de tu mujer —dijo el general Brennan, y estalló en una carcajada que quitó algo de la tensión del ambiente.

Mientras escuchaba, Breland había vuelto a sentarse en una postura deliberadamente relajada.

—Caballeros, respeto la dedicación y experiencia que ustedes traen a la gran responsabilidad de garantizar la seguridad de nuestro país —dijo—. Es su deber ofrecer la visión más oscura posible de nuestros adversarios, la interpretación más cínica de sus actos y la visión más escéptica de sus palabras.

»No obstante, es mi deber contrapesar el peor escenario posible con el mejor, en búsqueda del más probable. No fortificamos nuestra frontera norte por la posibilidad de que algún primer ministro canadiense decida que quiere un puerto en el lago Michigan. No revisamos todos los baúles de los autos ni sus heladeras ni las cajas de sombreros que pasan por el Puente de la Amistad, buscando terroristas canadienses con armas nucleares en un maletín.

»Ahora bien, China no es Canadá. Ellos siguen construyendo misiles intercontinentales balísticos de largo alcance. Siguen haciendo copias de los cruceros para misiles soviéticos y los arman con misiles Silkworm. Siguen actualizando su fuerza aérea con copias baratas de aviones Su-27 y MiG-31. Siguen espionándonos a nosotros y a nuestros amigos. Mantienen a seis millones de hombres uniformados. En resumen, siguen actuando como si esperaran tener una gresca con alguien muy similar a nosotros.

»La pregunta es si ellos esperan empezar esa gresca.

—¿A qué se refiere? —preguntó Moorman.

—Existe una contraparte de cada uno de ustedes en China. ¿Qué le dicen al primer ministro acerca de nosotros? —preguntó Breland—. Cuando ven a los Estados Unidos, con nuestra superioridad tecnológica, nuestro absoluto dominio en el campo de batalla, nuestros aliados a dos pasos de ellos, nuestros misiles supersilenciosos que nosotros juramos que no están acechando en el fondo de la Fosa de Kuril y en la de Bering, nuestros aviones supersónicos que les aseguramos que no son bombarderos, quizás empiezan a sentirse un poco incómodos, o un poco inseguros de nuestras intenciones. Es muy posible que miren con buenos ojos la posibilidad de dejar de

gastar el doce por ciento del producto nacional bruto en armas y bombas.

El Presidente se inclinó hacia adelante y apoyó sus manos sobre la mesa.

—Sin ofender, señor Presidente, espero que usted no nos esté diciendo que pertenece a esa escuela de internacionalistas confundidos que creen que la gente es igual en todas partes, y que todos los conflictos son el resultado de los malentendidos.

—No me ofendo, general —dijo Breland—. Espero que usted no me esté diciendo que pertenece a ese club de adictos a la testosterona que están tan enamorados de los juguetes rápidos y las matracas que no pueden pensar en abandonarlos.

—Ahora, un momento... —empezó Jacobs.

—Aún no he terminado, general —dijo Breland con tono cortante—. El hecho es que hemos tenido mucho éxito jugando bajo las reglas del siglo xx. Pero si seguimos luchando la última guerra que pasó, vamos a encontrarnos vestidos de rojo y marchando por los prados mientras nuestro enemigo nos abate desde atrás de un árbol. ¿Hay alguien aquí que quiera pelear una versión del siglo xxi de la batalla de Nueva Orleans, pero en el papel de los ingleses?

»Caballeros, las reglas del juego están cambiando. Ya han cambiado, en realidad. No tienen que gustarles, pero todos tenemos que enfrentar esta situación. Sé que será una transición dolorosa, pero quiero creer que si aplicamos toda la experiencia, la dedicación y el talento que podamos convocar, podemos triunfar también bajo las nuevas reglas.

»Pero tenemos que ser inteligentes, y tenemos que ser flexibles. Tenemos que poder romper nuestras propias tendencias y tenemos que estar ansiosos de redefinir el éxito. Puede no significar superioridad tecnológica o absoluto dominio en el campo de batalla. Podría significar abandonar la capacidad de iniciar una guerra a cambio de la capacidad de impedir una. Podría significar cien pequeñas victorias de las que nadie se entera en lugar de una grande que queda escrita por cien años. Podría significar una nueva clase de conflicto y una nueva clase de paz. Y si somos muy inteligentes, y tenemos algo de suerte, podría significar simplemente un planeta más seguro y más sensato para todos nosotros.

»Eso es simplemente lo que espero de ustedes, caballeros —dijo Breland, mirando a los ojos a cada jefe en orden con su mirada inquisitiva—. Espero que hallen el sendero que nos lleve hasta allí. Espero que ustedes encuentren la manera de mantenernos lo más protegidos posible durante el viaje. Espero que estén a la altura del desafío de la tarea más difícil que cualquier presidente haya tenido, y de la oportunidad más tentadora que el destino haya ofrecido a nuestro país.

»No, no olvidaremos que tenemos enemigos reales, que la codicia, la crueldad y el odio mantienen vivo el mal en el corazón humano. Pero tampoco olvidaremos que nunca ha habido una guerra que haya dejado mejor el mundo, y que aun las “buenas”

guerras se cobran un precio terrible en sangre y en oro, en años perdidos y en vidas despilfarradas. Si puede haber otra manera, una manera mejor, seamos nosotros los encargados de descubrirla. Ahora, ustedes podrán llamar a eso idealismo confundido si quieren, pero yo lo llamo obstinada compasión humana. Y si no pueden ubicar una reserva de donde sacar algo de eso, entonces ya han olvidado por qué queríamos las armas en primer lugar.

»Ahora, ¿alguna otra pregunta? ¿General Hawley? ¿General Moorman? —Miró uno por uno los rostros, buscando al hombre detrás de las insignias, la humanidad detrás del deber.

—No una pregunta, sino un comentario —dijo el general Brennan finalmente—. Durante años, el Laboratorio de Combate ha buscado muchas armas alternativas para las Fuerzas Especiales: armas de aire comprimido, armas arrojadizas, agujones de shock, varios dispositivos de artes marciales y demás. Esos archivos, creo que valdría la pena volver a verlos ahora.

Breland asintió y dijo:

—Lo consideraremos en la lista de cosas a hacer.

—Tengo una pregunta —dijo el general Madison.

Breland hizo girar su silla hacia la cabecera de la mesa.

—Adelante.

El presidente del Comando hizo tamborilear los dedos sobre la mesa durante un largo momento antes de responder.

—En cuanto a esos otros novecientos Gatillos, ¿qué planes tiene para ellos?

—Bien —dijo Breland—. Confieso que la idea de poner uno en cada escuela secundaria de Los Ángeles durante un mes me parece muy atractiva. —Luego se encogió de hombros—. Pero, en realidad, esas decisiones están esperando las sugerencias de todos ustedes.

—Entonces yo tengo algunas ideas al respecto, señor Presidente —dijo Madison—. Algunas ubicaciones que quisiera proponer que reciban prioridad.

Breland se reclinó en su asiento y pudo recibir una mirada de reojo de Stepak que significaba «Creo que pasó lo peor».

—Adelante, general. Es un buen punto para empezar, como cualquier otro.

## 12: Apostasía

Londres. Llamándose a sí mismo «el último dinosaurio», el policía Clarence Whitehead puso fin a una era hoy cuando agregó una pistolera de cuero y una pistola negra Webley & Scott a su uniforme antes de salir a hacer su patrulla diaria a pie en los Docklands. Aunque los reputados policías ingleses han tenido la opción de llevar armas de fuego en patrullas comunes durante años, el asesinato reciente de dos agentes en Shropshire llevó a Scotland Yard a hacer obligatoria la portación de armas. «Me apena», dijo Whitehead, un veterano con 25 años de servicio, y el último agente de calle en Londres en pedir permiso para llevar la nueva arma Webley Metropolitan. «No es lo que se suponía que debía ser. Londres no es Aidsfield. No me parece que el inspector tuviera otra opción».

*Historia completa - Walther recuerda el nombre de Webley - Un sociólogo afirma que el cine norteamericano trajo la «cultura de las armas» al Reino Unido, y pide censura más estricta*

El día de la despedida llegó, y Donovan King lo había elegido bien.

Era un sábado nublado de otoño, y el viento fuerte ya parecía invernal. El equipo de los Nittany Lions del estado de Pennsylvania, que estaba en el primer puesto en el campeonato, había llegado a Columbus para un encuentro decisivo con los Buckeyes, y toda la ciudad se despertó pensando en el fútbol americano. Por toda la región, los simpatizantes del estado de Ohio empezaron los rituales y las abluciones que los llevarían a sus asientos en el estadio y frente a los televisores. Todo era predecible como el amanecer: a medida que los bares deportivos se llenaban, las calles se vaciaban. A medida que se acercaba el comienzo del partido, las tiendas quedaban desiertas. A medida que la cerveza fluía y las salchichas salían de los asadores, la alegre e impetuosa energía de la anticipación iba creciendo. La policía estaba ocupada y la gente entretenida.

En Terabyte, el sábado comenzó con la llegada a las puertas de un tractor amarillo Ryder y un semirremolque. El camión era conducido por un equipo de dos hombres de la fuerza de seguridad ampliada de Terabyte, y estaba acompañado de un auto deportivo Chevy Tahoe color verde oscuro y un Honda sedán plateado. Los tres vehículos llevaban placas de diferentes estados, y los tres conductores llevaban ropa informal, lo cual demostraba la atención que Donovan King había prestado a los menores detalles al planear una mudanza segura y discreta de Columbus oeste al Anexo.

Aun en una autopista con poco tráfico, no hubiera sido fácil darse cuenta de que

esos tres autos comunes constituían una caravana, o adivinar que llevaban algo más valioso que muebles de una casa. Para completar la ilusión, los últimos tres metros del remolque iban a ser cargados con cajas móviles que contenían los elementos de lo que había sido el departamento de Leigh Thayer.

Cuando las canastas con el prototipo y su instrumental estuvieron cargadas en el remolque, tres equipos del personal de ingeniería del laboratorio vinieron a trabajar en los vehículos. Trabajando rápidamente para intentar mejorar la marca de veinte minutos que habían logrado, quitaron los rastreadores simples del sistema de posicionamiento global Ryder and Hertz y los llevaron a los vehículos de Terabyte. Esos vehículos, con sus números de identificación cambiados para coincidir con los de la caravana, nunca saldrían de los suburbios de Columbus.

En lugar de los rastreadores que quitaron, los equipos de ingeniería instalaron los propios rastreadores de tipo militar de sistema de posicionamiento global GPS-III. Habían instalado sistemas idénticos de la noche a la mañana en las dos canastas mayores, por la posibilidad de que pudieran separarse del camión o entre sí en el camino. Todo formaba parte de la promesa que King había hecho a Brohier:

—Voy a ocuparme de que sea fácil para usted seguir toda la mudanza, y muy difícil para cualquier otro.

La caravana volvió a pasar por las puertas unos minutos antes del comienzo del partido, y King manejaba el primer vehículo. Brohier los vio salir y cruzó a donde Lee y Gordon miraban y esperaban, cerca de la entrada principal del Centro Planck. Mientras se acercaba a ellos, notó las grandes diferencias en sus posturas: Gordon estaba subido con aire despreocupado sobre una pared baja, con la cabeza descubierta y el abrigo muy abierto, mientras que Lee estaba rígida a unos pasos de distancia, las manos enterradas en los bolsillos cuadrados de su chaqueta de esquí, con el cuello de la campera hacia arriba y un sombrero tejido en la cabeza.

—Ése es, doctor —dijo Gordon.

—Ése es.

—Me sorprendió un poco ver a King salir ahora —dijo Gordon y saltó de la pared—. Yo hubiera pensado que se quedaría hasta que la segunda caravana saliera.

—No, esto es lo que tenía planeado —dijo Brohier—. Oigan. Tenemos una pausa de una hora, más o menos, y yo le arruiné el día a la cocinera, ya que le dije que viniera. ¿Qué les parece un último almuerzo al asador, por los viejos tiempos?

—Seguro —dijo Greene—. Pero yo me comeré el sombrero de Lee si usted puede nombrar tres de los especiales de Josie. ¿Cuándo usted frecuentó la cafetería del campus?

—Siempre que había más de quince centímetros de nieve entre yo y algo mejor —dijo Brohier animosamente—. ¿Lee?

—Tomaría algo caliente —dijo Lee, y se estremeció—. Hasta algo de la Chica del

Mordisco de Terror.

La cafetería desierta parecía cavernosa, como una tumba. Cada choque de vidrio con los cubiertos y cada palabra por encima de un susurro llegaba a todos los rincones. Eran las condiciones ideales para escuchar furtivamente una conversación, salvo por el hecho de que la única conversación que había era la de la mesa donde estaba Lee.

Afortunadamente, esa conversación era en gran parte un monólogo de Karl Brohier. El director parecía estar al tanto de cuan incómodos ella y Gordon se sentían el uno con el otro, y de cómo sus burlas habían dado paso a un silencio helado y extraño, y asumió suavemente el peso de llenar el silencio. Lee nunca lo había visto tan locuaz.

Brohier les contó una serie de chistes de físicos tan terriblemente malos que el efecto acumulativo los hizo reír a carcajadas. Les contó su único encuentro casual con Stephen Hawking, cómo se vio en apuros frente a John Wheeler y acerca de su tumultuosa época como pasante bajo la dirección de John Bardeen en los Laboratorios Bell.

—Yo acepté ser pasante esperando obtener con eso un trabajo en el laboratorio, y una vez que estuve ahí no fui tímido, y les dije. —Se rio, encogiéndose de hombros—. Mi padre solía decirme «Siempre pide lo que realmente quieres, pues quizá lo consigas». Tuve que descubrir por mi cuenta que los puntos de estilo eran importantes.

»El doctor Bardeen era brillante, uno de los pocos genios legítimos que he conocido, y acababa de recibir su segundo Premio Nóbel de Física. Y ahí estaba yo, más joven que ustedes, con la tinta de mi doctorado aún fresca, completamente ignorante de la etiqueta y la política a ese nivel, y totalmente enamorado de mis propias ideas, enamorado de nuevas ideas.

»Yo quería impresionar al doctor Bardeen. E intenté hacerlo de la misma manera que lo había hecho durante la escuela, es decir, mostrándoles a mis maestros que yo era tan listo como ellos. O más listo. Seguí considerando la pasantía como el seminario de postgrado de Wilkenson, con un cheque. Bien, ya pueden imaginarse. El doctor Bardeen y yo nunca podíamos estar de acuerdo en nada, incluyendo en cuan listo era yo. Teníamos por lo menos una discusión explosiva y teatral por semana, pero yo nunca gané. Me acostumbré a volver a casa sintiéndome como si me hubieran tratado como un idiota.

»Pero yo era un idiota obcecado. Y cuanto menos éxito tenía, más desesperado me ponía por hallar alguna manera de corregir la opinión equivocada que Bardeen tenía de mí. Para el final, debo de haber sido completamente agresivo.

»Llegué a la oficina del doctor Bardeen ese último día, muriéndome por continuar una discusión que habíamos tenido unas semanas antes (según recuerdo, algo sobre el



enfoque de Fahy acerca de la modelación de propiedades de materiales complejos de principios primeros). Noticias viejas, hoy día.

»De cualquier modo, nunca empezó. Me dijo que el laboratorio no me ofrecería un puesto. Luego me dijo que había disfrutado nuestras discusiones y que pensaba que yo había contribuido a que fuera un año “animado”, lo cual yo sólo podía entender como su manera de decir que le había provisto un valioso alivio cómico. Finalmente me dio su carta de recomendación.

»Yo temía abrir la carta frente a él. No quería abrirla siquiera a solas. Me senté en mi cocina, mirando fijo el sobre, y me di cuenta de todos mis errores. En aproximadamente una hora, en el tiempo que me llevó llegar al punto en que pensé que podía leer la carta sin desmoronarme, crecí lo que debía haber crecido en un año.

Tomó un sorbo de su agua helada antes de continuar.

—La carta del doctor Bardeen tenía dos oraciones. Decía: «El doctor Brohier hará un trabajo importante algún día. Recomiendo que sea tomado sin reservas».

—¡No! —dijo Lee entre risas.

—Oh, sí. Pero hay más. Me escribió una nota, y la pegó a la carta. «Un toro viejo y un toro joven no pertenecen al mismo prado. No lo tome personalmente... y no baje los brazos. Buena suerte. J. B». —Sonrió con serenidad—. Aún tengo ese pequeño cuadrado de papel.

—Supongo que reconocía el talento —dijo Gordon.

—Oh, quizá fue simplemente por decir que la profecía se cumplió —dijo Brohier—. Nadie se sorprendió más que yo cuando la predicción del doctor Bardeen se hizo realidad... excepto quizá mis padres. Ellos deben de haberse quedado pasmados al saber que yo terminé haciendo algo importante. Pero ésa es otra historia.

»Yo viví bajo el peso de esas expectativas durante quince años antes de poder transformar una de esas nociones salvajes que el doctor Bardeen había descartado en el primer ejemplo vivo de memoria de estado sólido —dijo Brohier, y sonrió irónicamente—. Me llevó todo ese tiempo ganarle finalmente una discusión.

—¿Lo llamó para decirle «Yo le dije»? —preguntó Gordon.

—Desgraciadamente, no tuve la oportunidad. Había muerto unos meses antes. Por supuesto, yo hubiera admitido por honor que él tenía razón en todas las otras ideas salvajes... así que tal vez esté bien así.

Brohier tomó una servilleta y empezó a limpiarse los dedos, aunque apenas había tocado la comida que tenía frente a sí.

—Me parece que ustedes están viviendo mi vida para atrás. Ustedes ya han hecho su trabajo más importante, y a una edad muy joven. El peso de sus consecuencias sólo ahora está cayendo sobre ustedes y no es fácil ver qué es lo que pueda levantar ese peso.

«El sabe», pensó Lee de repente. El pensamiento tensó los músculos de su tórax,

ahogando la salida del aire, y paralizó sus músculos faciales en un rictus de miedo.

—Cometí mis mayores errores —prosiguió Brohier—, aquéllos que provienen de la ingenuidad, del idealismo ignorante y del egocentrismo, aquéllos de los cuales uno dice «Era joven, no sabía», cuando la única persona afectada por ellos era yo. Ustedes no gozan más de ese lujo.

»Quiero que ustedes dos sepan que siento gran simpatía por ustedes, una simpatía limitada solamente por el grado en que sus errores crucen el límite de mis responsabilidades. Les advertí una vez que lo que nos queda por delante es más duro que lo que dejamos atrás. Bien, ¿cómo es el dicho? “Hoy es el mañana que ayer te preocupó”.

Brohier echó un vistazo a su reloj de mensajes, aunque Lee no pudo saber si fue para mirar la hora o el visor.

—La segunda caravana debería estar acá ya —dijo, poniéndose de pie—. Tiempo de concluir esto.

El plan de reubicación parecía lo bastante inocente cuando Donovan King lo presentó a Gordon y a Lee en la oficina del director. Los prototipos viajarían separadamente y bajo escolta. Harían pasar la unidad original del laboratorio Davisson por un mueble, y el camión y remolque de la unidad portátil fue pintado para parecer un furgón de electricista. King prefirió reservarse los detalles del itinerario, pero Gordon supuso que ninguno seguiría una ruta directa ni completaría el viaje en el mismo vehículo en que lo había comenzado.

Lee y Gordon viajarían separados, cada uno en compañía de un guardaespaldas. La primera parada de Gordon fue Atlanta, la de Lee fue Minneapolis, pero todo el itinerario y el destino último aún eran desconocidos para ellos. Sus boletos eran custodiados por sus compañeros de viaje hasta el momento de embarcar. Gordon conjeturó que King tenía algún plan para cubrir sus huellas, como un trueque de boletos, de modo que pareciera que habían ido a algún otro lugar.

—Para el lunes por la tarde estarán todos reunidos en el Anexo —había prometido King.

Pero luego King se fue con la primera caravana, lo que dejó sorprendido a Gordon. Y luego Brohier empezó a hablar como si estuvieran diciendo adiós a algo más que a Columbus, y eso transformó la sorpresa de Gordon en preocupación. Al pasar junto a Brohier en un pasillo, Gordon fue corriendo hasta la entrada y salió al patio. Un solo vistazo le alcanzó para saber cuan mal había salido todo.

El camión y remolque de Bebé II habían sido pintados nuevamente, es cierto. Ahora armonizaba perfectamente con los otros vehículos color parduzco aceitinado que lo rodeaban, y con los soldados de uniforme verde que montaban guardia con M-16 en todas las esquinas. Los vehículos llevaban las inscripciones del Batallón 612 de Ingeniería de la Guardia Nacional del Ejército. Las herramientas de Gordon, que se

suponía que debían estar en el camión, aún estaban en el sendero a cincuenta metros.

Con el rostro súbitamente colorado de furia, Gordon giró sobre los talones para enfrentar al director.

—Hijo de puta, me mintió —gruñó.

—Sí —dijo—. Como tú a mí. Y hablaremos de eso en mi oficina, en unos minutos. —Se adelantó rápidamente a Gordon, levantó una mano y gritó—: ¡Capitán Brandt!

—¡Maldición, vuelva! —Dio un paso hacia el hombre mayor, pero entonces Lee lo alcanzó y le tomó el brazo.

—No lo hagas —dijo con la voz tensa—. No lo hagas.

Él se movió para quitar la mano de ella y retrocedió un paso.

—¿No entiendes lo que esto significa? —preguntó, moviendo un brazo hacia el convoy—. Está cediendo nuestro trabajo al maldito Pentágono.

—Entiendo lo que significa —dijo ella bruscamente—. Significa que estamos arruinados, y él lo sabe. Significa que confía en ellos más que en nosotros ahora. Significa que nosotros estamos saliendo, y no podemos decir que no lo merecemos. Vamos, ve detrás de él, quizá puedas lograr que nos entregue a ellos también. ¿Qué sería, Gordie, espionaje o traición? ¿O quizá solamente cinco cargos de asesinato en primer grado?

Tomado por sorpresa por la agresividad de sus palabras, Gordon no pudo hallar una réplica para decirle. Irritado por su impotencia, miraba en silencio mientras Brohier hablaba con quien era obviamente el oficial a cargo del convoy. Cuando ambos se estrecharon las manos, entonces Gordon se dio cuenta de que el uniforme de camuflaje del capitán no tenía una insignia de unidad.

—¿Por qué razón le pedirían a la Guardia Nacional que llevara estos materiales? —dijo en un susurro—. Respuesta: no harían eso, así que no lo hicieron. Probablemente es Inteligencia del Ejército. Pero nadie se sorprendería de ver unos pocos guerreros de fin de semana en la autopista, y pueden ir a Camp Perry o a Camp Grayling, descargar Bebé en un rotor pivotante, y llevarlo a cualquier parte.

—No importa —dijo Lee—. Está fuera de nuestras manos.

—No puedo aceptar eso —dijo Gordon, negando con la cabeza.

Mientras hablaban, el capitán trepó a uno de los tres vehículos militares que esperaban. Aunque nadie gritó órdenes, los motores empezaron a rugir y los cuatro centinelas dejaron sus puestos y subieron cada uno a un vehículo.

—Acéptalo —dijo Lee de modo cortante. Brohier salió del sendero y se acercó a ellos. El primer vehículo se bamboleó hacia adelante y los otros vehículos lo siguieron con firme precisión. Gordon sintió que le volvía la furia cuando el camión de Bebé II pasó frente a ellos tres. Pero ni ellos ni nadie dijo nada hasta que el convoy hubiera pasado por la puerta interna y desapareciera al fondo del camino.

—Vamos a hablar de ustedes —dijo Brohier, y se volvió en dirección a su oficina sin esperar respuesta.

Brohier los esperaba detrás de su escritorio.

—Siéntense —dijo con un gesto—. Tengo una historia más que contarles.

Gordon y Lee se miraron y se ubicaron en las dos sillas más cercanas.

—Anoche recibí una llamada de un miembro del Comando Conjunto —dijo Brohier—. Intentaba evaluar un informe que recibió de la Agencia de Seguridad Nacional, que ahora tiene los oídos atentos a cualquier pista de algo que pueda ser relacionado con su descubrimiento. Por supuesto, no esperaban hallarla en el *Cleveland Plain Dealer*. —Movi6 la pantalla de su computadora hacia ellos—. Los registros de seguridad muestran que tú y el camión no estaban en el campus cuando esto ocurri6, doctor Greene. El kilometraje del camión... bien, esto no es un tribunal. Tú y yo sabemos que esto es obra tuya.

Greene ech6 un vistazo brevemente a las noticias que aparecían en la pantalla.

—SÍ —reconoci6—. Lamento lo de los fuegos. El colimador no actu6 como yo pens6. —Se encogió de hombros—. La verdad es que no entiendo muy bien este campo del Gatillo. O por lo menos no una vez que deja el emisor.

—Entendiste el efecto que tendría en ese auto lleno de niños.

—Ese auto lleno de niños con armas —lo corrigió Greene—. Sí, lo entendí. Pero no se engañe. Esos «niños» no merecen ser llamados con una palabra que evoca críos de nueve años que juegan a la mancha en el patio de la escuela, o chicos de cinco años que dicen «Mami, dame un abrazo».

—Eso dices tú —dijo Brohier—. Pero como yo dije, esto no es un tribunal y no me interesan tus justificaciones.

—¿Por qué sólo le habla a Gordie? —dijo Lee—. Yo también estuve ahí.

Brohier levantó una ceja y la miró.

—No tengo información sobre eso.

—¿De qué está hablando? —preguntó ella, y se sentó hacia adelante—. Los guardias deben de habernos registrado a ambos. Es mi hermana a quien fuimos a ayudar. Es más responsabilidad mía que de él. Él lo hizo por mí.

—No tienes que hacer esto, Lee —dijo Gordie con tranquilidad—. Doctor Brohier, yo conduje el camión, yo pulsé el botón. Yo lo hice por mi iniciativa propia y por mis propias razones. Nada más importa. El peso cae sobre mí.

—Gordie...

Pero ninguno le prestó atención a Lee.

—¿Crees que sabes cuan grande es ese peso? —preguntó Brohier—. Tenemos una oportunidad única de usar el Gatillo de determinada manera, de hacer un uso exclusivo, si quieres. Una oportunidad que desaparecerá tan pronto como su existencia sea conocida por todos. Prefiero no ofrecer ejemplos específicos, pero

alcanzará con decirte que hay algunos actores en la escena a quienes no se puede dar la oportunidad de que se rearmen. Y hay una obvia represalia contra el Gatillo que algunos gobiernos son capaces de tomar: ubicar prisioneros o rehenes en sus arsenales como escudos humanos. La vida de la gente honesta está en peligro, doctor Greene, de los buenos soldados y de los civiles inocentes. El tipo de gente que queremos que el Gatillo ayude, no que dañe.

»Bien, puedes pensar que lo de Cleveland Heights fue hecho exactamente en ese espíritu, es decir, un ataque prioritario en defensa de la gente honesta. Pero al actuar unilateralmente, al llevar equipo no probado al campo, al poner el segundo prototipo en la calle, sin protección, al atraer la atención pública y al ofrecer a la policía un curioso rompecabezas puedes haber provocado un daño incalculable. —Brohier dio unos golpecitos sobre la pantalla con su dedo índice—. No se puede decir cuánta gente hay por ahí pensando “Hmm, me pregunto qué habrá sucedido allá”. Y cuando el primero se dé cuenta, nuestra oportunidad empezará a cerrarse.

—Creo que usted tiene demasiadas expectativas en la gente —dijo Greene—. A nadie le importa. Ya es una noticia vieja.

—Estoy seguro de que al departamento de policía de Cleveland Heights sí le importa —dijo Brohier—. Y no podemos darnos el lujo de que su investigación llegue a la puerta de entrada de Terabyte.

—No lo hará —dijo Greene—. Nadie me vio. Ni siquiera los blancos.

—No puedes asegurarme eso. No sabes si no había una cámara de vídeo en una ventana de arriba, o un hombre paseando a su perro.

—Fue muy limpio, se lo aseguro —insistió Greene—. No hay manera de que esto lo alcance a usted.

—¿Ah, no? Entonces explícame cómo la Agencia de Seguridad Nacional me llamó —dijo Brohier—. Tú nos pusiste en un archivo. Todos los elementos esenciales están allí. Y a veces saber que algo es posible es una motivación suficiente.

»Por eso decidí entregar el sistema portátil al Departamento de Defensa. Siempre iba a acudir a ellos para las pruebas, pero pensé que sería mejor que el dispositivo desapareciera ahora en manos de gente que puede cerrar la puerta en la cara de un simple detective curioso de una ciudad.

—Supongo que usted espera que nosotros desaparezcamos también —dijo Lee.

—Si eso fuera todo, estoy seguro de que una llamada habría alcanzado para lograrlo —dijo Brohier—. No, tengo algo más difícil que pedirles a cada uno, ahora que han tenido su momento de egoísmo. Necesito que ambos dejen de lado sus cuestiones personales y hagan lo que es correcto y necesario.

—¿Tal como usted lo define? —dijo Greene en tono desafiante.

—Tal como yo lo defino —dijo Brohier—. Doctora Thayer, ¿te importaría salir a la recámara por unos minutos?

—Puede quedarse, no me importa —dijo Greene.

—A mí sí —dijo Brohier—. Por favor, doctora Thayer.

—No tienes que dejar que te amenace, Lee —dijo Greene, poniéndose de pie junto a Lee.

—No hay problema, Gordie. —Sus yemas rozaron apenas el dorso de la mano de él al pasar.

Cuando la puerta se cerró y los dos hombres se quedaron solos, Greene se volvió al director.

—¿Y bien?

—Eres un excelente ingeniero —dijo Brohier—. Pero eres un pirata informático común y corriente, y la Agencia de Seguridad Nacional tiene edificios enteros que son mejores en eso que tú, mejores que cualquier aficionado. Para ellos es una cuestión de orgullo que no se les escape nada cuando escudriñan en el ciberespacio. Además de esta noticia, hallaron también la copia extra de la base de datos de investigación que depositaste en partes por toda la red. Y uno de los nuestros halló el caballo de Troya que intentaste unir a los registros de empleados de Terabyte, el que hubiera publicado la base de datos en media decena de servidores cuando hubieras enviado su terminación.

—Tenía que intentarlo —dijo Greene.

—No. Tenías que confiar, y no estuviste a la altura de eso.

—¿Va a entregarme? ¿O espera que me entregue?

—Ninguna de las dos cosas. Voy a darte otra oportunidad —dijo—. Otra oportunidad de elevarte por sobre tu cómodo cinismo, y de mostrar que se puede confiar en ti. ¿Aún te importa proteger a la doctora Thayer?

Pensó unos instantes antes de responder.

—Sí.

—¿Aun si ella no lo sabe?

—Sí.

—Entonces necesito que renuncies hoy.

—¿Y con eso qué se lograría?

—Para empezar, significa que no tengo que poner tu nombre en la lista para averiguación de antecedentes del FBI porque nunca serás parte de lo que es ahora el proyecto Gatillo —dijo Brohier—. Significa que no tengo que explicar por qué te despedí. Tú decidiste simplemente que no te interesaba mudarte con el proyecto.

—¿Es eso todo lo que quiere? ¿Evitar el bochorno?

—No. —Brohier abrió el cajón derecho de su escritorio unos centímetros y tomó algo de él. Cuando se lo alcanzó a Greene, el ingeniero vio lo que era: un bloque de datos de estado sólido de diez gigas—. Quiero que mantengas esto.

—¿Qué es esto?

—Es una copia del archivo de investigación del Gatillo, idéntico al que intentaste ocultar, con el mismo esquema de encriptado, el mismo cierre de contraseña —dijo Brohier ante la mirada atónita de Greene—. Si te vas de la manera que te pido, voluntariamente, sin nada oscuro sobre ti, creo que puedo asegurar que nadie con quien nosotros trabajamos se sorprenderá si tú estás ocultando algo... o te ocultas de algo.

—No entiendo. ¿Qué espera que haga con esto?

—Guárdalo. Escóndelo. Espera un año. Si después de un año no ha ocurrido nada, u ocurrió lo que no debía, llévalo al senador Grover Wilman y a su grupo y ayúdalo a darle un buen uso. Pero danos ese año para empezar a mover las cosas. Danos ese año para probar.

Greene se inclinó hacia adelante en su silla y levantó el bloque de memoria, sosteniéndolo cuidadosamente entre el dedo pulgar y el índice.

—¿Cómo sabe que mañana no voy a publicar esto y luego desaparecer?

—Me gustaría poder decir que simplemente elijo confiar en ti —dijo Brohier, y cerró el cajón—. Pero también sé que tú debes darte cuenta de que si lo haces, todo saldrá a la luz y Lee será la que más sufrirá, porque podrán rastrearla. Ella pagará el precio de tu egoísmo.

—Entonces Lee es el rehén en su arsenal, ¿no?

—Te estoy dando la oportunidad de elegir, doctor Greene, que es francamente más consideración de la que te has ganado.

Con un gesto serio, Greene dejó que el bloque de memoria cayera en la palma de su mano.

—¿Qué le dirá a la Agencia de Seguridad Nacional?

—Lo mínimo indispensable. Que se te pidió que archivaras los resultados de la investigación. Podemos dejar sin mencionar el hecho de que intentaste hacer otra copia para ti.

—¿Y la policía de Cleveland Heights?

—¿No me aseguraste que nadie te vio?

—Lo hice —dijo Greene. Se quedó mirando por un instante el bloque de memoria, y luego se lo guardó en un bolsillo—. ¿A dónde enviarán a Lee? ¿Aún irá al Anexo? —Cuando Brohier dudó, Greene golpeó el bulto de su bolsillo, y continuó —: Si me va a confiar esto...

Brohier cedió.

—Si ella está de acuerdo, va a seguir a Bebé II al lugar de pruebas de la Agencia de Proyectos de Investigaciones Avanzadas en Defensa, y va a pasar unas semanas entrenando a alguna gente en la operación y mantenimiento del sistema. Luego vendrá con nosotros al Anexo.

Greene asintió y se puso de pie.

—Eso será duro para ella. Una experiencia fuera del capullo.

—Lo sé —dijo Brohier, levantándose él también—. Pero si tú puedes cargar tu peso, estoy seguro de que ella podrá cargar el suyo.

—Tengo el presentimiento de que usted le hará creer a ella que tiene que intentarlo. —Greene suspiró. Dejó caer sus hombros, y abandonó su tensa actitud defensiva—. Doctor Brohier, si este año las cosas salen como se espera...

—Entonces me tendrás que disculpar —dijo Brohier con una sonrisa irónica.

—Sólo me preguntaba...

—Lo sé —dijo Brohier—. La respuesta es sí. Si no te necesitamos para algo más importante en un año, puedes volver. —Le extendió la mano.

«Un año de libertad condicional. Una pena de un año. Muy poco por lo que hice, y por lo que estaba dispuesto a hacer», pensó Greene, y tomó la mano del director.

—Buena suerte —dijo, con una emoción inesperada—. Lo veré el próximo octubre.



## 13: Maquinaria

París. ¿Busca un regalo especial para su hogar? La Exposición Europea de Defensa, celebrada cada dos años, abrió sus puertas a una nómina de clientes bien forrados, con invitación solamente. Usted puede probar y comparar tanques iraníes, cohetes anticoraza franceses y minas antitanque chilenas. «Es como cualquier otra exhibición comercial», dijo Henri Foucault, organizador del evento que se realiza durante toda la semana. «Puestos muy atractivos, hombres de negocios de traje, hermosas modelos y regalitos. Salvo por las demostraciones de productos, es bastante aburrido, en realidad».

*Historia completa - Los primeros diez exportadores de armas - Los discretos visitantes de la Exposición Europea de Defensa: palabras amables y grandes chequeras*

El primero de los sistemas Mark I salió de la planta de Sombrero de Bronce en North Sioux City cinco días antes de la Navidad. Tenía una designación formal e impronunciable del Pentágono (XM9M1, es decir, Munición Experimental 9, Mark I) y un número de serie 0001-1, pero en todos los otros aspectos era casi un gemelo del prototipo portátil construido a mano. Los únicos cambios notables eran el reemplazo de los tres generadores DuoCat Caterpillar por el Generador Táctico Suave del ejército, probado en combate, y el agregado de mecanismos de seguridad militares estándar en lo que ahora se llamaba el controlador de fuego.

Los números 1 a 10 fueron entregados sin ceremonia a la custodia del Batallón Táctico 41, Tercera División de Ingeniería de Combate. El Batallón 41 había sido reorganizado últimamente para ocuparse del transporte y despliegue de los Mark I. La tarea de protegerlos recaería en una división de seguridad de diferentes servicios que todavía estaba siendo organizada. La primera parada para las diez unidades era un campo de aterrizaje en Dakota del Norte de la época de la Guerra Fría, reabierto, donde fueron sometidos a un control de sistemas vivos y a dos días de intensas pruebas.

Para el día de Año Nuevo, el Número 1 estaba instalado en el sótano de la Casa Blanca. Varias veces durante la semana siguiente fue activado por varios segundos cada vez, de manera que su salida pudo ser completa, y su halo protector protegía toda la Casa Blanca, el frente este del edificio de la oficina ejecutiva, el frente oeste del edificio del Tesoro, el paseo de peatones de la avenida Pennsylvania, el camino de East Executive y la mitad del jardín sur.

La decisión difícil fue cómo usarlo, si como defensa primaria o como respaldo a

sistemas y procedimientos de seguridad primaria ya existentes. Después de largas discusiones con el secretario del Tesoro y el jefe del Servicio Secreto, Breland decidió en contra de lo que pensaban ambos y aprobó un plan para una operación día y noche.

—Siempre he pensado que los norteamericanos deberían poder mirar estos parques y ver una casa, no una fortaleza —dijo—. ¿Qué tipo de ejemplo da, qué tipo de mensaje envía si yo les pido a otros que depongan sus armas, les pido que confíen en esta tecnología, pero me niego a confiar yo mismo en ella?

Eso significaba que Breland debía ser mantenido «en la burbuja» por una unidad especial de agentes del Servicio Secreto que había recibido entrenamiento intenso con varas y armas de aire comprimido. Al mismo tiempo, los francotiradores cedieron sus puestos de tiro a agentes armados con ballestas de 225 kilogramos de fuerza, pertenecientes a un cuerpo de élite que luego habría de tomar no oficialmente el nombre de «Compañía de San Jorge», por la sociedad medieval de ballestas que una vez protegió la supremacía inglesa.

Las armas convencionales no fueron abandonadas del todo en el nuevo esquema de seguridad, sino que fueron empujadas fuera del perímetro del alcance del Gatillo. La unidad de defensa aérea de la Casa Blanca, armada con el nuevo misil antiaéreo Raven que podía lanzarse apoyado en el hombro, fue desplazada a los techos del Departamento de Comercio y a la Administración de Servicios Generales. Y para proteger a la «Élite del Servicio Secreto», fueron apostados equipos de respuesta rápida con armas de fuego tradicionales en el edificio de la oficina ejecutiva y justo dentro de la cerca del jardín sur.

Después de semanas de ejercicios y de pruebas, el nuevo sistema de seguridad reemplazó tranquilamente al antiguo durante el discurso del Estado de la Unión de Breland.

El destino del Gatillo Número 2 era la parte posterior de un furgón negro brillante con vidrios esfumados, placas oficiales y su propio generador incorporado de un kilovatio. Llamado «el furgón», su misión era seguir de cerca la limusina presidencial en todas las caravanas, integrando así la protección de ésta.

Aunque no habían hecho pruebas de interceptación aérea, los Números 3 y 4 estaban ubicados en las bodegas del primer y segundo regimientos de la Fuerza Aérea, es decir, en los aviones del presidente Breland y, en caso de guerra, sus puestos de comando de vuelo. Dado que los dos 747-200 eran aviones sin armas, hicieron falta sólo unos pequeños cambios en los procedimientos operativos, que afectaron solamente al personal del Servicio Secreto y a la selección del equipo de supervivencia que se almacenaba normalmente a bordo.

El Número 5 fue enviado a Camp David, en Maryland, y fue instalado en una antigua estación de coches junto al edificio principal, que fue convertido en una zona

libre de armas, con el límite marcado por un anillo de pequeños banderines azules. Las fuerzas de seguridad de retirada retuvieron sus armas, mantuvieron sus vallados y respetaron el límite del Gatillo. Una demostración con seis rondas de balas nueve milímetros apretadas en un pomelo que fue arrojado rodando dentro de los límites fue suficiente para reforzar las advertencias.

El Número 6 fue a parar a las entrañas del Capitolio, aunque no sin algunas bromas acerca de si el Congreso representaba realmente un bien nacional muy valioso, o no.

El Número 7 fue instalado dentro del edificio de la Corte Suprema y calurosamente recibido por el jefe de seguridad del lugar. La lucha sobre el Registro Nacional de Armas de Fuego y el Acta de Responsabilidad, conocida por los que la apoyaban como la «ley de la pequeña Brenda» y por quienes se oponían a ella como la «licencia de los manipuladores de armas», aún no había terminado. Era de una ferocidad igual o aun mayor que la lucha sobre el aborto, y daba toda la impresión de que, como aquélla, persistiría también por mucho tiempo. Habían pasado ocho años desde que la Corte Suprema presidida por Souter había decidido la constitucionalidad del Registro Nacional de Armas de Fuego y el Acta de Responsabilidad en el caso *Jefferson contra los Estados Unidos de América*, y las amenazas de muerte y las manifestaciones apenas habían menguado. En realidad, la marcha anual y carrera «Muestra tu arma», realizadas el aniversario de la decisión, se había vuelto más numerosa y alarmantemente ruidosa año tras año.

El Gatillo Número 8 había sido asignado al Pentágono, y el Comando Conjunto había desarrollado cuatro planes diferentes para usar el sistema en el famoso edificio. No obstante, decidieron finalmente no implementar ninguno de ellos. La razón oficial fue que no podía hacerse sin destruir demasiadas tradiciones ni herir tantos sentimientos que el Gatillo se convertiría rápidamente en el secreto peor guardado de la historia militar.

Pero Breland sospechaba que detrás de esa verdad innegable los jefes expresaban una profunda afición por lo que les era familiar. Aunque había en ese momento una cantidad mucho menor de armas de fuego dentro de las paredes del Pentágono que lo que la mayoría hubiera esperado, tratándose de los cuarteles de las cuatro fuerzas. Los jefes y los generales sencillamente no estaban listos, según pensaba Breland, para ver a sus subordinados montando guardia con palos de escoba, y menos para entregar sus propias armas de servicio.

Con ese precedente, hubo menos sorpresa cuando el director del FBI declinó el ofrecimiento del Mark I para proteger el cuartel de este organismo en la calle 10 y avenida Pennsylvania. Pero solicitó cuatro unidades para evaluación táctica, un pedido que fue ubicado cerca de los primeros de la extensa lista de candidatos a recibir una unidad confeccionada por el comité de Sombrero de Bronce.

No hubo ninguna sorpresa cuando la directora de la CÍA tampoco aceptó el ofrecimiento de un Gatillo para su complejo de cuarteles bien protegidos río arriba en Langley, Maryland. Pero aparentemente también ella vio el potencial del sistema y solicitó diez unidades para el Directorio de Ciencia y Tecnología. Breland tomó esa solicitud con cierta reticencia, y se preguntó qué garantía podía tener de que esas unidades serían mantenidas fuera de las manos del Directorio de Operaciones.

Las armas principales de la Agencia de Seguridad Nacional eran la tecnología y la criptología, a las que el Gatillo no podía amenazar. Sin embargo, dado que la mayoría de las instalaciones de la Agencia estaban dentro del perímetro de Fort Meade, perteneciente al Ejército, la respuesta del director fue «no, gracias».

Así que los Números 8, 9 y 10 fueron reasignados a las siguientes más altas prioridades obtenidas de la Evaluación de Amenaza Terrorista Interna oficial del FBI y del Plan de Recuperación en Desastres Nacionales de la época de la Guerra Fría, es decir, la Junta de la Reserva Federal, la Administración de Seguridad Social y el centro de registros centrales del Servicio de Ingresos Internos.

—Hacer el mundo más seguro para los cobradores de impuestos no era exactamente lo que yo tenía en mente cuando empezamos esto —dijo Breland con sequedad cuando firmó las autorizaciones para las transferencias—. Recibí los últimos números de las estadísticas nacionales esta mañana. Treinta y cinco mil muertes por armas el año pasado y cien mil heridas de bala. Quiero hacer algo para proteger a esa gente, no a la élite, puesto que nosotros ya estábamos más seguros que ellos. Que alguien me asegure que no hemos perdido nuestro rumbo ya.

—Las próximas cincuenta unidades Mark I (es decir, la producción de un mes) van a ir directamente a Utah para ampliar el programa de pruebas —dijo Richard Nolby—. No tendremos una posibilidad real de dirigirnos a los civiles antes de marzo.

Breland lanzó un suspiro.

—Sé que yo estaba ahí cuando esto fue decidido, pero ¿realmente necesitan tantos a la vez?

—Sí, señor Presidente —dijo el general Stepak—. La verdad es que podrían usar cien o más. Hasta ahora no han podido hacer pruebas que pudieran dañar el único ejemplar que tienen, pruebas que simulen verdaderas condiciones de combate. Y en cualquier caso, a las unidades especiales de seguridad aún les faltan unas semanas para estar listas. Vamos a necesitarlos cuando empecemos a salir de los ambientes estrictamente controlados donde se utilizaron estos primeros diez Gatillos.

Con la mano contra la barbilla, Breland hizo girar su silla y miró por la ventana la nieve que caía.

—Creo que simplemente estoy impaciente, general —dijo—. Apenas puedo soportar ver las noticias ahora. Cada disparo, cada bomba terrorista, cada uno de esos

tiroteos del Tercer Mundo me parecen ahora mucho más absurdos, mucho más trágicos, al saber que hay algo que podría hacerse para evitarlos.

A más de ciento cincuenta kilómetros al oeste de Provo, Utah, las vastas extensiones del desierto del Great Salt Lake pertenecían a los engranajes de la guerra. Durante décadas, cientos de armas nuevas y exóticas habían llegado al Campo de Pruebas y Entrenamiento de Utah para ser probadas. Oculta a los ojos curiosos por una soledad absoluta, la blanca planicie salada había sido bombardeada, incendiada, ametrallada desde el aire, cañoneada, cubierta de gases y químicos nocivos, y cubierta con los restos de las naves teledirigidas destruidas, tanques destrozados y aviones irrecuperables.

En el remoto extremo sudoeste del Campo había un amontonamiento de hangares, talleres, garajes y barracas llamado por residentes la «fortaleza de la soledad». Ahí eran examinadas las armas más nuevas y secretas. Las que eran aprobadas pasaban a formar parte del inventario. Las que no, por lo general desaparecían en el anonimato de «archivar y olvidar». Era el destino de los proyectos secretos que ni siquiera interesaban al enemigo.

El teniente coronel Roger Adams, comandante del Centro de Pruebas del Desierto, esperaba que el Gatillo XM9M1 fuera uno de esos proyectos olvidados. Si podía hacerlo sin violar los protocolos de las pruebas, estaba determinado a ver fallar el sistema, porque su éxito sería una pesadilla para un comandante de batalla.

Sería mucho mejor para todos si su informe pudiera resumirse en cuatro palabras: *No confiable. No efectivo.*

Hasta entonces, los relojes de la Prueba de Operación Continua habían alcanzado el umbral de las 200 horas con todos sus ocho sistemas encendidos y funcionando. Pero aun esa prueba era realizada de la manera más exigente posible, con dos unidades montadas sobre transportadores vibratorios, otras dos alimentadas con energía sucia, y dos reguladas entre el 1% y el 100% cada treinta segundos. Con suerte, todas las unidades estarían fuera de uso antes de llegar a su objetivo planeado inicial de mil horas.

La prueba más decisiva, no obstante, iba a comenzar esa mañana. A las 07:00, tres vehículos preparados para terrenos desparejos salieron del Edificio 9 y se dirigieron hacia el norte al área de pruebas. El primero era un vehículo Hummer preparado como una plataforma para una cámara. El último era un vehículo Bradley para combate que llevaba una pequeña jungla de antenas en lugar del típico cañón de 25 milímetros.

Entre el Hummer y el Bradley estaba el Artículo 1 para Prueba de Campo, un transporte de tropas acorazado M113, que tenía forma cuadrada y el frente inclinado. Era controlado a distancia por un operador en el Bradley. Y dentro del Artículo 1 para Prueba de Campo estaba el Gatillo 00013. (Adams no dejaba de considerar la

importancia de la superstición para favorecer su causa.)

El área de pruebas estaba a sesenta kilómetros de la fortaleza de la soledad, pero el ajetreado viaje de dos horas a toda carrera por el campo era en realidad el primer obstáculo. Del otro lado había un desafío mortal que no debía sobrevivir: primero un campo minado de alta densidad, y luego una serie de cinco zonas de fuego, cada una de las cuales tenía artillería de mayor capacidad que la anterior.

A las 08:30, Adams y la coordinadora de pruebas, la capitana Dionne Weeks, subieron a un helicóptero Black Hawk UH-60M, del cual podían observar la prueba en persona. En poco tiempo alcanzaron a la caravana de la prueba, que estaba esperando inmóvil en el desierto fuera de un límite indicado por banderas. Ambos oficiales llevaban auriculares para controlar la frecuencia de mando, y fueron hacia las grandes ventanas laterales del helicóptero con binoculares en la mano.

—Control de Prueba, éste es el Comando de Prueba —dijo Weeks—. Procedan. Cambio.

—Roger, al Comando de Prueba. Todas las estaciones, prepárense para activar el Artículo 1 para Prueba de Campo, a una señal mía.

Adams y Weeks observaron desde el helicóptero cómo el Hummer y el Bradley retrocedieron unos cientos de metros del M113. Cuando llegó la orden de activación, tenían una vista inmejorable para ver cómo un gran semicírculo de minas delante del M113 explotaba, lanzando por lo menos cincuenta columnas de cristales blancos y polvo desde el antiguo lecho del lago. El área afectada medía por lo menos trescientos metros de un extremo al otro. Cuando el M113 avanzó, el círculo se amplió unos cincuenta metros, y luego se convirtió en un gran arco que se movía adelante del vehículo como una onda curva.

—Eso es increíble —dijo Weeks a Adams a los gritos—. Me parece que la única manera en que una mina pudiera tocar ese transporte de tropas acorazado es si el conductor lo dejara en el campo minado antes de encender el gatillo. Una columna armada con uno de éstos en el lugar ni siquiera tendría que aminorar la velocidad. Diría que el M58 es ya obsoleto —añadió, refiriéndose al sistema vigente de retirado de minas de los ingenieros de combate.

—No hay sorpresas —le respondió Adams malhumoradamente—. Esto es exactamente lo que hubiéramos esperado a partir de las pruebas estáticas.

—Sí, señor, pero hay que verlo.

Hubo una breve pausa cuando el M113 despejó el campo minado, que permitió que la cámara y los demás sistemas de grabación fueran ajustados nuevamente. El Black Hawk se dirigió oblicuamente a la primera zona de fuego. Luego irrumpió en los auriculares la orden de proceder y el viejo transporte de tropas acorazado avanzó estruendosamente. Tan pronto como pasó la primera bandera que delimitaba la zona, un artillero a quinientos metros de distancia abrió fuego con un lanzagranadas

automático de 40 milímetros, lanzando primero disparos separados, luego cortas descargas y finalmente una descarga de fusilería sostenida de diez segundos de más de 100 disparos.

Al sargento del ejército que disparaba le pareció que cada disparo había dado en el blanco, pero después de que el destello desapareció y el viento despejó el humo, el transporte de tropas acorazado aún seguía avanzando. Pero el personal de la cámara que seguía al Hummer y los observadores que estaban arriba vieron algo bastante diferente. Desde su posición, las granadas explotaron a más de doscientos metros del vehículo, como si chocaran contra una pared invisible. El M113 no sufrió más daños que una suave lluvia de metralla.

—Bien, estoy muy impresionada —gritó Weeks—. Se supone que un Mark 19 debe poder despejar un transporte de tropas acorazado.

Adams, con una expresión seria, no dijo nada.

En la siguiente zona de fuego había más soldados de infantería armados con dos misiles antitanques Silver Dragón dirigidos por cables. Su puntería fue impecable, las explosiones fueron más ruidosas y más espectaculares, pero el efecto neto fue el mismo. Seguro dentro de su misterioso escudo, el Artículo 1 para Prueba de Campo siguió avanzando con comodidad.

En la tercera zona de fuego esperaba un vehículo Bradley de combate que llevaba el arma antitanque más poderosa disponible a la infantería: el misil TOW 2 guiado por cables. Su ojiva de combate era lo suficientemente poderosa para penetrar la armadura frontal de un tanque de batalla principal, y debía haber destruido completamente un vehículo ligeramente armado como el M113. Pero también éste derrochó todas sus energías contra el campo del Gatillo, con una explosión que quedó tan enmudecida por la distancia, que todo lo que hizo fue golpear por un instante el transporte de tropas acorazado de lado.

—Si no lo estuviera viendo con mis propios ojos... —musitó Adams casi sin aliento—. Control de Pruebas, habla el Comando de Pruebas. ¿Qué frecuencia usa el Abrams?

—Combate 1 para c&c, Combate 2 para el monitor, señora.

Mientras el transporte de tropas acorazado se movía hacia la cuarta zona de fuego, Adams se inclinó hacia adelante y cambió la frecuencia de la radio a Combate 2. El sonido estridente de otras voces llegó a sus oídos mientras el tanque Abrams M1A2 se preparaba para disparar a quemarropa su cañón mortalmente preciso de 120 milímetros.

—Artillero de transporte de tropas acorazado, alto explosivo antitanque —ordenó el comandante del tanque.

—Transporte de tropas acorazado, alto explosivo antitanque, sí.

—El blanco está despejado —dijo Control de Pruebas.

—¡Artillero, fuego!

—Fuego, sí.

Una nube grisácea atravesada por una lengua de fuego rojo carmesí surgió en oleadas del cañón del tanque cuando la granada avanzaba hacia su blanco. La detonación del proyectil altamente explosivo fue estruendosa y aterradoradora, y la onda expansiva sacudió por un instante al Black Hawk. Pero aunque el estallido dobló una antena y empujó lateralmente el transporte de tropas acorazado medio metro en la planicie salada, no le causó heridas críticas.

—Artillero, transporte de tropas acorazado, tiro con calibre reducido.

Al oír eso, Weeks giró súbitamente para mirar a Adams.

—¿Quién agregó eso a la rutina de la prueba? —preguntó.

—Yo.

—Transporte de tropas acorazado, tiro con calibre reducido, sí.

—Pero no hay carga explosiva en una carga de calibre reducido. Es estrictamente un arma de energía cinética. Usted sabe perfectamente lo que va a ocurrir.

—¡Artillero, fuego!

—Sí, capitán —dijo Adams.

—¡Fuego, sí!

Momentos más tarde, todo lo que quedaba del artefacto de pruebas era una mancha aceitosa y chamuscada a una decena de metros, una alta columna de humo negro y una suave lluvia de fragmentos de metal sobre el desierto.

Sobre el fondo de las exclamaciones de alegría que provenían de la tripulación del tanque se oyó el mensaje:

—Comando de Prueba a todas las unidades, hemos terminado por hoy. Aseguren todas las armas, cierren todos los registradores de datos y vuelvan a la base.

—Coronel Adams, no entiendo —gritó Weeks, arrancándose sus auriculares—. Teníamos un Apache cargado con misiles Hellfire que esperaba en la zona cinco.

—No hagamos esto aquí, capitana —dijo Adams—. Quitándose sus auriculares, Adams se inclinó, palmeó al piloto en el hombro y le indicó que emprendiera el regreso.

—¿Dónde, entonces?

—Espere al interrogatorio de las operaciones.

Cuando el helicóptero aterrizó, Adams le indicó en silencio que lo siguiera, moviendo la cabeza en dirección a su oficina. Detrás de las puertas cerradas, se volvió hacia ella con los brazos doblados sobre su pecho.

—En primer lugar —le dijo—, vamos a asegurarnos de que ambos entendemos que no estoy en absoluto obligado a darle explicaciones a usted.

—Entendido, señor.

—Bien. Entonces, éste es el interrogatorio de las operaciones. ¿Cuál es su



inquietud?

—Dado que yo soy la que firma la primera línea en el informe de la prueba que vuelve al cuartel central, esperaba que quizás usted pudiera ayudarme diciéndome lo que piensa.

Adams miró por la ventana.

—¿Cuál piensa que hubiera sido el resultado con los Hellfire?

—Bien... —comenzó, y se mordió los labios—. Si el alto explosivo antitanque de 120 milímetros no pudo hacer el trabajo, probablemente los Hellfire tampoco.

—En cuyo caso ahora habría unos ciento veinte soldados que habrían presenciado un milagro, una caja de lata transformada en un tanque indestructible con un tanque invisible. Ciento veinte mentes que comenzarían a volver sobre la idea de que hay algo por ahí que puede recibir sus mejores disparos y seguir adelante. No estoy acusando a nadie de deslealtad, capitana Weeks, pero no creo que todos puedan evitar hablar de aquello. Y no quiero que esa idea llegue a las filas. No me puedo imaginar nada más destructivo para la moral.

—Así que usted les dio un gran final para tranquilizarlos.

—Así es —dijo Adams—. Quizá no pueda hacerlos olvidar todo lo que vieron ahí, pero medio milagro no es una historia tan interesante, y la diferencia podría ser lo suficiente para ayudarlos a mantener la boca cerrada. En cuanto a su informe, cuente absolutamente todo, pero de manera simple: yo tomé una decisión sobre el protocolo de la prueba en contra de su opinión porque quería incluir todo el inventario de municiones.

Weeks se tomó unos instantes para digerir eso.

—Usted sabe, señor —dijo lentamente—, que si el Gatillo tuviera un rango mayor, el Abrams se hubiera incendiado.

—Asegúrese de incluir eso en su informe también —dijo el coronel—. Pero no lo repita en ningún otro lugar.

En una mañana despejada y fría de enero, dos aviones recorrieron una pista de aterrizaje en la Base Nellis de la Fuerza Aérea y se elevaron al cielo azul aterciopelado de Nevada. Eran una pareja desapareja de la Prueba 2 (un F-14 de la Marina y un F-22 de la Fuerza Aérea), pero se formaron juntos y fueron hacia el sudeste con la gracia de pilotos bien entrenados que realizaban una tarea conocida.

La misión de prueba estaba cuidadosamente planeada y los pilotos, bien informados. Sin embargo, no todas las preguntas tenían una respuesta y algunas ni siquiera podían plantearse.

Una se refería al avión que sería el blanco. En tanto que la mayoría de los aviones que se usaban como blancos eran naves de combate en desuso, la misión de la Prueba 11 era contra un QT-1 Jay-Hawk, un jet de motores gemelos que se utilizaba para transporte o como avión cisterna. Incluso el director de la prueba se dio cuenta de esa

anormalidad e hizo una broma.

—Va a parecer como si estuviéramos detrás de un avión de línea —había dicho el general—. Así que, por favor, asegúrense de que no sea así.

El misterio se acentuó con las armas, que eran inusualmente pesadas para una prueba que involucraba a un solo avión. El Tomcat del capitán «Mojo» Thorne estaba equipado con misiles Phoenix y Sparrow, mientras que el Raptor del capitán «Rhino» Oatley tenía tanto Sidewinders como AMRAAM alojados en sus compartimentos internos. Todos los misiles tenían ojivas activas. Cada bombardero también transportaba municiones para su cañón Vulcan de 20 milímetros en una mezcla altamente explosiva de plomo.

—Cargado para disparar, Mojo —dijo uno de los armeros, preguntando sin preguntar.

—Traeremos de vuelta lo que no usemos —respondió Thorne. En privado le dijo a su compañero, sentado atrás—: Parecería que quisiera datos de más de un mes con una sola misión.

Sin embargo, las perspectivas de lograrlo eran escasas. Les habían dicho que el blanco llevaría un paquete electrónico experimental, al cual se referían simplemente como «el paquete». Sus principios y capacidades no se habían mencionado y mucho menos revelado. Pero, a pesar del experimento, nada en el aire tenía la capacidad de resistir el ataque programado en el plan de la misión, mucho menos un blanco tan endeble.

Pero no era su función preguntar o exigir una explicación. Llevarían a cabo la misión como profesionales, destruirían el avión y dejarían el resto a los encargados.

Los aviones de combate supersónicos cubrieron la distancia hasta el primer punto de control de derrota hacia el noroeste de Utah en pocos minutos. Girando hacia el sur, encendieron sus radares de ataque y alcanzaron la altura especificada. Casi de inmediato, localizaron al avión que sería el blanco, el cual volaba dentro de su alcance. El Raptor se colocó detrás del Tomcat, que tenía la orden de dar el primer disparo.

—Flagman, Mojo —dijo Thorne, llamando al controlador.

—Mojo, Flagman. Adelante.

—La Prueba 11 está dentro de la mira. Llamando a Judy. —Con. esa palabra, Thorne asumía el mando del control de intercepción.

—Roger, Mojo, Proceda. El blanco está a su alcance.

—Contacto, veinte izquierda, cuarenta y cinco millas.

—Ése es su enemigo.

Cuando la oficial de intercepción del radar dijo treinta y cinco millas, Thorne seleccionó un misil Phoenix. Cuando estaba a treinta millas, dijo:

—Zorro uno. —Luego oprimió el botón de disparo.

Cuando el enérgico proyectil salió de los compartimentos y aceleró hasta alcanzar su velocidad de crucero supersónica, los dos bombarderos giraron hacia la izquierda, manteniéndose a distancia del blanco, como se les había indicado. El Phoenix recorrió la distancia con tanta rapidez que sólo la oficial de intercepción del radar del Tomcat, moviendo la cabeza hacia un costado, pudo ver la explosión.

—¡Un golpe directo! —exclamó entusiasmada cuando el brillante fognazo amarillo se convertía en una pequeña nube negra—. Blanco destruido.

Pero al instante siguiente se dio cuenta de que el blanco seguía apareciendo en su radar.

—Mojo...

—Lo veo. Flagman, Prueba 11. ¿Tiene registros del avión?

—Prueba 11. Flagman, negativo. El blanco sigue vivo. No está a buen alcance. — Dos largos minutos más tarde, el controlador agregó—: Prueba 11. El avión está a su alcance ahora. Proceda.

Unos segundos después, el segundo Phoenix salió disparado con un rugido hacia el horizonte. Una vez más, se produjo un fognazo amarillo y también una pequeña nube de humo negro; también una vez más el blanco siguió volando, aparentemente intacto.

Acercándose a una distancia de veinte millas, el Tomcat descargó su primer misil Sparrow de alcance mediano. Pero el blanco siguió volando.

—Rhino, verifica al vencedor —dijo Thorne y encendió su propia radio a la frecuencia de ultravuelo VHF.

—Rhino, sea lo que sea lo que le han puesto a ese pájaro, yo quiero uno.

Antes de que Rhino pudiera contestar, se oyó la respuesta aleccionadora de una nueva voz, perteneciente al general Tom Vannigan de la Oficina de Tecnología de Defensa.

—Prueba 11, habla Goldenrod. Basta de charla.

—Entendido, Goldenrod —respondió Thorne y tragó saliva.

El último de los misiles del Tomcat fue tan poco efectivo como el primero, y el avión viró para darle paso al Raptor. A esa altura, Thorne había decidido que «el paquete» no sólo estaba afectando la dirección, sino que además hacía que las ojivas de los misiles detonaran prematuramente. Esperaba que los AMRAAM del F-22, con su ojiva de fragmentación dirigida, terminaran con la prueba.

Pero no fue así. Cuatro veces se abrieron los compartimentos de las armas del Raptor y cuatro veces el controlador de la prueba informó:

—Ataque negativo.

—¿Qué diablos es eso? —Thorne le murmuró a la oficial de intercepción de su radar—. ¿Ocho intercepciones directas, ocho ojivas y aún se mantiene intacto?

—Tal vez no esté allí —sugirió ella—. Tal vez es una fantasma.

—Lo averiguaremos en un instante si respetan lo planificado.

Sólo después de cinco órbitas, el oficial de seguridad y el controlador de la prueba dieron su aprobación.

—Prueba 11, Flagman.

—Flagman, Mojo.

—Mojo, disparen al blanco.

Casi con desesperación, los bombarderos avanzaron a toda velocidad por la estela que sus impotentes misiles habían dejado. A los pocos instantes, el punto en el círculo de seguimiento se convirtió en una silueta roja brillante y luego esa silueta se transformó en un avión reconocible.

—Realmente es un T-1 —comentó Thorne mientras disminuía lentamente la velocidad—. Un maldito Beechcraft.

—No es un avión de caza, Mojo —dijo la oficial de intercepción del radar.

—Entonces no hay placer en la victoria —respondió el piloto del Tomcat.

Los auriculares emitieron un crujido.

—Prueba 11, el blanco está dentro de su alcance. Está limpio para ser embestido. Cuidado cuando se separen.

—Voy a embestir al blanco. Rhino, dame espacio.

Cuando el Raptor le dio espacio, Thorne se dirigió hacia el blanco. Gritando «fuego, fuego, fuego» empezó a dispararle la prescrita ráfaga cada un segundo, al máximo nivel de efectividad de su cañón. Le pareció que las primeras ráfagas estallaban en el aire como fuegos artificiales chinos, como si hubiera una pared invisible.

Pero algo estaba penetrando, porque empezaron a volar trozos del Jay-Hawk en todas las direcciones. Un instante antes de que Thorne se alejara, la parte de adelante de los fuselajes del motor del blanco se desintegró; sus partes destruidas se estremecieron en el aire y fueron a caer sobre el desierto de sal congelada, a dos mil quinientos metros abajo. Al dar un cerrado giro en dirección a Nevada, la silenciosa tripulación miraba hacia abajo en busca de una explicación.

Rhino finalmente hizo la llamada.

—Flagman, blanco destruido. Prueba 11 regresando a la base, cambio —comunicó y luego miró hacia los costados a través de la burbuja de la cabina mientras se unía al Tomcat.

—Rhino está tan perplejo como yo. ¿Qué diablos acabamos de ver? —preguntó la oficial de intercepción del radar.

Thorne sacudió la cabeza como respuesta a sus palabras y a la expresión inquisidora de Rhino.

—Lo que sí sé es que no va a ser fácil no poder contarlo.

Para Jeffrey Horton, los olores del desierto de Nevada eran los del asfalto caliente

y el polvo de concreto. Los sonidos eran los de las remachadoras, trinquetes y motores diesel. El Anexo de los Laboratorios Terabyte había estado en construcción durante seis meses sin interrupción, y no se avizoraba cuándo finalizaría. La parte terminada ya no daba abasto, y había setenta técnicos e ingenieros contratados más que aún no habían llegado simplemente porque no había lugar para ellos.

Todo había cambiado y seguía cambiando. El ajetreado viaje campo traviesa que Horton había tenido que soportar era parte del pasado. Una ruta de ancho adicional con dos carriles atravesaba la zona de matorrales, y era utilizada diariamente por más de una decena de tractores de remolque para llevar más material y equipamiento para la construcción. Había cinco edificios de laboratorio nuevos dispuestos hacia el sur y el este de la estructura original, y todo un pueblo de departamentos rojos había crecido dentro de la puerta principal para alojar a las más de sesenta personas que ya vivían en el Anexo.

Todo era diferente de lo que Horton había pensado que sería, y pocas de las diferencias le gustaban. Las semanas cuando él había sido el único miembro del personal de Columbus en el Anexo habían sido duras: largas horas de trabajo aburrido, un clima demasiado caluroso, una vivienda temporaria con pocas comodidades, una carga de responsabilidad sofocante, y un aislamiento que lo abatía a medida que pasaban los días. Había sobrevivido a ese tiempo con sorprendente buen humor, diciéndose a sí mismo que era temporal, que pronto el antiguo equipo volvería a reunirse y que sería divertido otra vez.

No había sido así.

Lee Thayer ahora dirigía su propio reino de novecientos metros cuadrados y un equipo de Instrumentación y Mediciones de dieciocho personas. Los tenía a todos trabajando en el problema decisivo pero hasta entonces esquivo de detectar y medir un campo de Gatillo sin pirotecnia. Fuera del laboratorio era reservada. Horton apenas la veía fuera de las dos reuniones semanales de equipo, donde ella raramente mostraba una sonrisa y nunca se reía. Horton no tenía ni la menor idea de qué le había arrebatado su presencia y buen humor, y hasta entonces ella no le había dado la oportunidad de preguntar.

Mientras que Lee estaba allí sólo parcialmente, Gordon Greene nunca había aparecido por Nevada. Según Brohier, había decidido no participar en el último minuto, diciendo que prefería cambiar de trabajo antes que cambiar de domicilio. El director le había preguntado espontáneamente si en esa decisión había influido una mujer. Todo lo que Horton supo fue que le dejó tres mensajes a Greene que nunca fueron respondidos.

El nuevo físico ingeniero, Val Bowden, tenía el doble de espacio que Lee, y lo había convertido en un taller de ensamblaje experimental completamente equipado, con operadores de fabricación asistida por computadora, ingenieros de hardware,

programadores de memorias programables de sólo lectura, ojivas compuestas y tanques quemados. Hasta entonces, el equipo de Bowden había construido rápidamente cuatro variantes del Mark I, una para Lee, otra para Horton, y dos para pruebas. Bowden era agradable y talentoso, y había reunido un equipo igualmente capaz. Su cuarto Mark I era un cuarenta por ciento más liviano que el primero que hizo, y un tercio más eficiente. Pero en este punto, era estrictamente un colega para Horton, quien extrañaba a su amigo con sus salidas chistosas o cónicas.

Inclusive Brohier había cambiado. En Columbus parecía satisfecho detrás de su escritorio, descansando en sus considerables laureles y dejando que los científicos hicieran el trabajo pesado. Sus visitas a los diferentes laboratorios eran amables y superficiales, y en general mostraba más interés por los resultados que por el trabajo. Pero desde que había llegado al Anexo, Brohier había recuperado vitalidad. Había reclamado para sí el problema de dar forma, buscar y proteger un campo de Gatillo, y había aplicado un enfoque agresivamente experimental que tenía bailando al taller de Bowden.

Horton presidía el espacio y el equipo más pequeño. Su grupo de modelado teórico ocupaba seis oficinas que rodeaban un modesto salón de conferencias. Había traído dos investigadores técnicos, un matemático, un asistente administrativo para mantener los archivos y los registros de investigación al día y un joven físico con algunas ideas interesantes sobre la teoría informática aplicada al sistema CERN.

Se reunían informalmente todas las mañanas durante una hora o dos para compartir ideas y generar otras nuevas. Las sesiones de intercambio de ideas los ayudaban a mantenerlos mentalmente frescos, pero la presión era enorme, porque cualquier progreso significativo tendría resultados inmediatos en el trabajo de todo el Anexo. Aunque la insistencia en las secciones experimentales había dado algunos frutos, una sensata comprensión teórica seguía siendo la piedra fundamental del edificio que estaban tratando de construir.

Pero, lamentablemente, el progreso era lento. Horton solía caracterizar a su grupo como «química buena, física mediocre», y se culpaba por lo último. Muchas veces se refugiaba en su oficina, abrumado por la tarea que tenía en sus manos, luchando contra la convicción de que estaba perdiendo la capacidad de pensar claramente y de que el impulso de inspiración que necesitaba para resolver el rompecabezas estaba más allá de su capacidad.

Las inseguridades personales sufrían altibajos, pero nunca desaparecían. Cada vez más, Horton pensaba que el descubrimiento del Gatillo había sido un accidente con suerte, y que alguien más tendría que ser el que pudiera explicarlo. Por eso había empezado a presionar al director sobre la posibilidad de publicar sus hallazgos, o por lo menos difundirlos en privado entre colegas que podrían estar interesados. Pero Brohier no consideraba esa posibilidad.

—A *Mathematical Physics* no le interesan las anécdotas, y no veo en qué avanzaría nuestro trabajo si publicáramos en *Aunque usted no lo crea*, de Ripley —dijo Brohier—. En cualquier caso, nuestro contrato con el Departamento de Defensa nos impide publicar sin su bendición, que no llegará; no en esta coyuntura.

—No puedo entender por qué usted aceptó eso.

—¿No entiendes el concepto de «secreto nacional»? Publicaremos cuando eso no entrañe un riesgo tan alto contra los esfuerzos del Presidente o contra la estabilidad internacional.

—Lo cual puede ser dentro de cincuenta años, o nunca.

—Mientras tanto, el gobierno aceptó no anular ni discutir nuestras solicitudes de patente del dispositivo Gatillo.

—Aceptaron que siga siendo nuestro, tanto tiempo como no le contemos a nadie de él —dijo Horton—. De alguna manera, no puedo ver la paridad acá.

—Si piensas que eso fue una concesión pequeña, no has tenido el suficiente contacto con las jerarquías superiores del gobierno, de cualquier gobierno —dijo Brohier—. Tomar lo que ellos quieren y decir que es en el interés de todos es un reflejo muy incorporado. Sólo los más honorables pueden resistirlo. Tenemos la suerte de que uno de ellos es el Presidente actual.

—¿Y en tres años, si Breland no es reelegido?

—Dentro de tres años será un mundo diferente, y no me preocuparía en firmar ninguna predicción más específica. No, si necesitas más poder de cráneo, puedes reclutarlo. Apenas tienes la mitad de las cabezas autorizadas, y te digo que con mucha seguridad nadie cuestionará una solicitud tuya para duplicar ese número si lo quisieras.

—No se puede conseguir a la mejor gente para participar bajo estos términos, no cuando ni siquiera puedo decirles para qué los quiero, ni dónde es el trabajo, excepto que no es en Cambridge ni en Palo Alto.

—Quizá no puedas, y quizá ni siquiera yo pueda —dijo Brohier—. Pero apostaría a que el Presidente sí puede. Si conoces a alguien que quieras...

—Ojalá fuera tan fácil —dijo Horton—. Ojalá pudiera entregarle una lista de diez personas que sé que pueden ayudar. Pero ¿cómo sé qué tipo de conocimiento necesito cuando ni siquiera puedo definir correctamente el problema? Podríamos buscar expertos en metafísica.

—Quizá —dijo Brohier entre risas—. De todas maneras, quiero que consideres otra opción. Washington ya tiene un gran número de científicos contratados, trabajando para todas las ramas de la burocracia civil, el Pentágono y todas las agencias y contratistas. Y aunque puede haber muy pocos físicos teóricos genuinos, estoy seguro de que debe haber alguien entre ellos con la capacidad que buscas, y que Breland estaría más que contento de enviarlo a nosotros. La posición tampoco

será un problema. Podemos ir al escalón más alto de cualquier equipo. Piénsalo.

Una interrupción rescató a Horton de tener que admitir que la idea activaba su territorialidad profesional. La interrupción llegó en la forma de un mensajero de la estación de comunicaciones seguras, o, como se decía en la jerga local, la oficina del telégrafo.

Los cuatro empleados asignados a la casa de comunicaciones constituían, por lo que sabía Horton, el único personal militar en el Anexo. Horton llamaba a éste «el sastre», dado que su traje de ejecutivo y su corbata azul estaban tan fuera de lugar que bien podría haber estado de uniforme.

—¿Quiere que me retire? —preguntó Horton a Brohier.

—No hay nada aquí que no vaya a contarte mañana en la reunión —dijo Brohier, mientras firmaba para recibir el sobre cerrado magnéticamente. Antes de que el mensajero terminara de salir de la habitación, Brohier ya había entrado su código de seguridad y estaba sacando los documentos. Miró rápidamente la portada, lanzó un gruñido, y echó un vistazo a la página siguiente.

—Bien —dijo, y se sentó en la silla detrás de su escritorio.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—La lista de deseos del Pentágono —dijo Brohier—. Por el momento en que la envían, supongo que refleja los resultados de sus pruebas con las primeras unidades de producción.

—¿Y? —Horton se instaló en una silla.

—Oh, nada muy sorprendente. Lo quieren más pequeño, más liviano y con menor consumo de energía. Quieren un rango más amplio, de mil quinientos metros lo antes posible, y luego de tres mil metros.

—No hay ni una pista de que sepan que sus primeros dos deseos son inherentemente contradictorios.

—Ni una pista —coincidió Brohier—. También quieren una manera de proteger o anular el efecto Gatillo, o una manera de hacerlo direccional. O, en el mejor de los casos, ambas cosas.

—Así no tienen que abandonar sus armas para utilizarlo.

—Supongo que sí. —Brohier recorrió rápidamente la página hasta abajo—. Éste está firmado por el Presidente, no por Stepak.

—Karl, no podemos darles lo que quieren.

—Es una lista de deseos, como te dije. No esperan que les preparemos todo para mañana.

—No es eso lo que quise decir —dijo Horton, acomodándose—. En el instante mismo en que les demos la direccionalidad, el Gatillo deja de ser un arma defensiva, deja de ser un arma para el desarme. Si nuestras fuerzas armadas tienen un Gatillo direccional, ellos consiguen mantener todas sus armas y retirar las de los demás. Si



las instituciones que deben hacer cumplir las leyes tienen un Gatillo direccional, estamos jugando el mismo juego: ellos mantienen todas sus armas, y nos quitan las nuestras. Karl, ése no era el plan. ¿O sí? ¿O ése era el plan?

—No.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Trabajar en la lista de deseos —dijo Brohier, colocando el memo del Presidente sobre su escritorio—. Pero cuando llegue el día de Navidad, sólo para ser justos, entregamos regalos a todos.

—¿Usted está realmente preparado para hacer eso?

—Supongo que puedo disculpar tu escepticismo —dijo Brohier con una sonrisa triste—. Pero yo también tengo una conciencia, Jeffrey, aunque ésta tenga incluida una lista compleja de lealtades. Quiero darles a mi Presidente y a su gente todas las oportunidades de vivir a la altura de la opinión que tengo de ellos. Pero no soy tan ingenuo como para no prever la posibilidad de que me desilusionen. Sí, estoy preparado para esa eventualidad. He estado preparándome.

Horton respiró profundamente, y dejó salir despacio el aire. Reclinándose en su silla, le dijo:

—Pienso que debería contarme más acerca de eso.

Brohier lo miró con una expresión decepcionada.

—No me había dado cuenta de que sospecharas tanto de mí, Jeffrey.

—Oh, no, no es eso lo que quiero saber —dijo Horton—. Ya ve, me he preguntado varias veces si no me estaba deteniendo a mí mismo, sin permitirme llegar a las respuestas, porque no puedo controlar lo que otros harán con ellas. Y envidiaba su aparente confianza en sí mismo, sin darme cuenta de que hay más que optimismo precipitado. Si yo sé lo que usted sabe...

—Entonces podrás abordar el problema con la conciencia limpia.

—Con una conciencia más limpia, por lo menos —dijo Horton, y sonrió—. Además, si algo le ocurriera a usted, debería haber por lo menos alguien que sepa dónde puso el traje de Santa Claus.

—Ése es el modo de fallo catastrófico —dijo Brohier, pensativo—. Muy bien, doctor Horton, bienvenido a mi pequeña conspiración.

## 14: Oportunidad

Port Arthur, Tasmania. Disparos lanzados desde un camión al pasar dispersaron una multitud de más de mil partidarios del control de armas reunidos en el monumento a las víctimas de Port Arthur. Once personas fueron heridas, una de gravedad, y el friso de cerámica del monumento fue alcanzado por dos balas. La policía busca a tres hombres en un vehículo Range Rover color canela bastante gastado. «Pienso que deben de haber supuesto que no les dispararíamos», dijo Chad MacKee, organizador del evento, de Hobart. El encuentro «Cumplir la Ley» fue uno de los muchos realizados en ocasión del aniversario de la masacre de 35 personas a manos del francotirador Martin Bryant en 1996, que llevó a la ley de registro universal de armas en Australia y a la prohibición de llevar armas de fuego de autocarga.

*Historia completa - Asesinato masivo y locura - Retrospectiva: la masacre de Port Arthur - Los Estados Unidos aún son los primeros en armas, homicidios y suicidios*

La Brigada Táctica 641, una unidad independiente del Comando de Inteligencia y Seguridad del Ejército de los Estados Unidos hizo su primera aparición cuando empezó la segunda fase de despliegue del Gatillo. En un pequeño milagro de eficiencia militar, la Brigada Táctica 641 había sido creada rápidamente en sólo cuatro meses, y con un solo objetivo: proteger la miríada de Gatillos Mark I donde fueran ubicados.

Los Mark I que habían sido desplegados antes en la zona de Washington, D. C. habían ido a ubicaciones que ya estaban entre las más seguras del continente. Aún más, sólo dos de esos diez sitios eran álgidos, sitios donde el Gatillo estaba activado constantemente. A cada una de esas unidades, que estaban fuera de la vista y protegidas por la seguridad existente, se le había asignado un equipo de operaciones del Batallón 115 Sig bt.

El despliegue más amplio que estaba planeado trajo consigo un riesgo mucho más alto de atraer la curiosidad de la gente fuera de Sombrero de Bronce. Stepak le había dicho al Presidente que el secreto del proyecto no podría garantizarse una vez que comenzara la Fase 2, y que era sólo cuestión de tiempo hasta que alguien «fuera de nuestra lista de tarjetas de Navidad» se enterara de la naturaleza y existencia del Gatillo. Y una vez que eso ocurriera, era inevitable que alguien tratara de robar un ejemplar en funcionamiento para estudiarlo, copiarlo y utilizarlo contra el gobierno norteamericano, los militares o el pueblo.

—Sería el arma ideal para un terrorista contra un ejército enemigo —había señalado Stepak—. Y francamente, señor, nosotros somos el blanco más fuertemente armado a la vista.

—Entonces tendremos simplemente que asegurarnos de que cada una de esas cosas esté bien guardada para que ningún enemigo pueda alcanzarlas —fue la respuesta de Breland en esa ocasión.

Pero Breland quedó muy sorprendido cuando se le dijo que estaba pidiendo algo imposible.

—No podemos poner la cantidad de hombres suficiente alrededor de uno de esos para impedir a un ejército lo suficientemente resuelto que ponga sus manos encima —había dicho Stepak—. No a menos que usted esté de acuerdo en guardarlos a todos en un sitio de misiles intercontinentales balísticos. Lo que sí podemos intentar es asegurarnos de que cuando lleguen a un Gatillo, no les sirva para nada.

Esa conversación había sido el origen de la Brigada Táctica 641. Sus primeros integrantes eran ciento cincuenta integrantes de tropas de las Fuerzas Especiales del Ejército, reclutados de tres compañías de veteranos en Fort Campbell, Kentucky. En ellos recayó la responsabilidad de divisar un programa de entrenamiento para los escuadrones de siete hombres que pronto serían llamados los equipos T. En dos semanas, ya había un plan. Dos semanas después, los oficiales, entonces ocupados en implementar su propio plan, empezaron a recibir su primera clase de entrenamiento en Fort Sill, Kansas.

El objetivo que subyacía a la creación de los equipos T era poner una guardia de dos hombres junto a un Gatillo día y noche, con turnos de guardia de cuatro horas, uno activo y dos pasivos. En general, la actividad prometía ser insípida y poco atractiva, el tipo de destino de puesto estático que muchas tropas de Operaciones Especiales no solamente temían, sino que silenciosamente consideraban inferiores a su capacidad. No hacía falta mucho entrenamiento para ser una gárgola apostada, y los «golpeacabezas» ambulantes de la Policía Militar eran un poco más respetados.

Pero si alguna vez se llegaba a interrumpir el aburrimiento, el equipo T probablemente se encontraría en la obligación de usar armas no tradicionales a poco alcance para resistir una fuerza numéricamente superior, una tarea para las tropas más fuertes, más tranquilas y más intensamente entrenadas. Así, la mayoría de la primera clase de reclutas llegó gradualmente de las unidades de Operaciones Especiales de los cuatro servicios: Boinas Verdes, Seáls, Rangers del Ejército e Infantes de Marina de reconocimiento.

Si no miraban más allá, la Brigada Táctica 641 se devoraría a todas esas unidades cuando llegara a su fuerza total de siete mil soldados. Así que la primera clase de doscientos cincuenta, como los que seguirían, obtuvo más resultados que Operaciones Especiales y utilizó soldados regulares de infantería y unidades Airborne

también.

El programa de entrenamiento de tres meses utilizaba algunos de los recursos tradicionales de Operaciones Especiales y siguió creciendo sobre ellos. El entrenamiento físico y el combate cuerpo a cuerpo eran parte de la rutina diaria, pero no más que aprender a combatir la monotonía y mantener el alerta mental.

Una ballesta plegable y de rápido despliegue y una carabina de caño corto de aire comprimido que podían disparar flechas pequeñas o ampollas de gas fueron agregadas a la lista de armas propuestas. Entretanto, los oficiales seguían probando otras armas exóticas, incluyendo una «pistola de cola» de cianosilicato, similar a una pistola, que era asombrosamente efectiva pero demasiado propensa a trabarse como para poder confiar en ella.

Algunos de los «paquetes» (como se mentaba a los Gatillos en todos los documentos y durante los entrenamientos) serían móviles, y todos tenían que ser protegidos en los desplazamientos desde la fábrica. Así que el comando de entrenamiento tomó una faja de 32 kilómetros de la novísima ruta automatizada que estaba en construcción al oeste de Nashville, y puso a todos sus reclutas detrás de las ruedas de los vehículos de transporte y de escolta para ejercicios antisequestro y práctica de manejo a alta velocidad. El «trabajo de ruta» causó más abandonos que cualquier otro elemento del entrenamiento.

Más de dos docenas de edificios y otras instalaciones en Fort Sill, desde un bunker de municiones hasta un edificio de oficinas de cuatro pisos, fueron convertidos en sitios de despliegue ficticio, y todas las unidades de entrenamiento tuvieron que hacer guardias regulares en cada uno. No se les informó acerca de las cámaras escondidas que los controlaban, o sobre el grupo de oficiales destinados a llevar a cabo ataques furtivos contra ellos, una función que en poco tiempo (y también, algo misteriosamente) le hizo ganar al grupo el mote de «la Inquisición española».

No fue hasta el tercer mes, hasta después de que abandonara la mayor parte de los que lo harían, que los reclutas de la Brigada Táctica 641 vieron un modelo a escala de una unidad de Gatillo Mark I. Sólo entonces se enteraron de la segunda dimensión de la responsabilidad de un equipo T: destruir su Gatillo si no podían protegerlo. Se los instruyó acerca de las fundiciones especiales térmicas (una para los controles, otra para el emisor) que habían sido diseñadas para ese objeto, y aprendieron acerca del proceso de armado aerodinámico.

Finalmente, y para su tranquilidad, los equipos T entrenaron con los interruptores suicidas para la mandíbula y el puño trabados, que permitiría al equipo seguir luchando tanto como fuera posible, y asegurar que la muerte no les impediría cumplir su responsabilidad última. Para cuando recibieron sus nuevas insignias de batallón y los destinos individuales de cada equipo el día de la graduación, cada uno de los

miembros de la Brigada Táctica 641 entendía lo que estaba en juego de una manera muy personal, y por qué razón, dado lo que se les exigía, ninguna gárgola podría funcionar.

Sin ser anunciado ni esperado, Karl Brohier se asomó a la puerta de la oficina de Jeff Horton. El director asociado estaba sentado de espaldas a la puerta, encorvado sobre un caballete digital del tamaño de dos tercios de su escritorio.

Brohier nunca se había sentido cómodo con el caballete, que era, irónicamente, un producto de la división Aleph Instruments del pequeño imperio de Aron Goldstein. Prefería el pequeño bloc de notas que llevaba a todas partes y la enorme pizarra blanca que había hecho instalar en todos los salones de conferencia de Terabyte. Pero el caballete tenía dos ventajas que atraían a muchos científicos jóvenes: podía grabar y borrar.

Pero Horton tampoco parecía cómodo, y no había mucho en la pizarra para grabar o borrar. Brohier carraspeó.

—¿Tienes un rato?

Horton miró por sobre su hombro, luego se incorporó y se volvió hacia Brohier.

—Por supuesto.

—Bien. Ve a buscar un bolso.

—¿Perdón?

—Tenemos que ir a Washington.

La idea de escapar del Anexo encendió el rostro de Horton.

—¿Finalmente voy a conocer a Santa Claus?

—No, conocerás al Lobo Feroz. El abogado de patentes de la empresa acaba de enviarme la primera acción del examinador de la Oficina de Patentes de nuestra solicitud sobre el Gatillo. Fue rechazada.

—¿Por qué razones?

—Por las mismas razones por las que rechazan las solicitudes de máquinas del movimiento perpetuo y las fuerzas sin reacción: no alcanzar los estándares de utilidad en la operatividad. No pasar la prueba de asunto patentable por no tener un fundamento científico sustanciado.

—No creen que funcionará.

—Exacto. Quieren que produzcamos un modelo que funcione.

—No podemos hacer eso, ¿verdad?

—No. Vamos a presentar una solicitud corregida para que sea reconsiderada, pero primero tú y yo iremos a hablar con el examinador.

—¿No podemos hacerlo por teleconferencia?

—La Oficina de Patentes y Marcas Registradas no tiene un sistema de conferencia seguro de tipo militar. ¿Tienes un abrigo de invierno?

—En una caja, en algún lado. ¿Por qué?

—Búscalos. Hay veinticinco centímetros de nieve en el Malí.

—Divino. Espero ansiosamente el momento de ir.

Brohier retrocedió hacia la puerta, e hizo un gesto escéptico.

—Nos vemos en el helipuerto a las tres, con el abrigo.

—¿Y con archivos?

—No. Ya les hemos enviado una pequeña montaña de ellos. Nuestro problema es que entiendan lo que lean. —Brohier empezó a cerrar la puerta para irse.

—Doctor Brohier, ¿estamos autorizados a viajar juntos ahora? —preguntó Horton.

—Oh, por supuesto —respondió con una sonrisa irónica—. Tendremos escolta, pero estarán preocupados por que nos capturen, no por que nos maten. En lo que concierne al proyecto Sombrero de Bronce, somos prescindibles. Inclusive tomaremos un vuelo directo hasta allá, nada de mantos y dagas, nada de cambios dobles, nada de viajes paralelos a Kalamazoo. Y puedes llevar mis maníes. Ya no los puedo tragar.

Horton ya se había puesto de pie.

—Que nadie le diga que usted no sabe planear unas vacaciones, doctor. Lo veré a las tres.

El examinador de patentes Michael Wayne era un año menor que Jeff Horton, pero ya había alcanzado la cima de la jerarquía interna de la Oficina de Patentes.

Era un hombre bajo con el cabello rojo y alborotado, que tenía opiniones muy francas sobre la «ciencia de los tabloides» y sobre los «estafadores con título universitario». Desde el principio había emprendido con un placer particular la disección y rechazo de las solicitudes provenientes de los «egoístas con poca educación que o piensan que somos idiotas o no saben que lo son». Aunque formalmente era el examinador superior en ingeniería física, Wayne era, por elección propia, el examinador primario de los postulantes que eran llamados informalmente «los exóticos», y que Wayne apodaba los «fanáticos».

—No tienen idea de cuánto ignoran —solía decir ante la menor provocación—. Pueden citar la Primera Ley de Clarke, pero no entienden la Primera Ley de la Termodinámica. Han oído en alguna parte que Edison fracasó en tercer grado y que Einstein necesitaba ayuda con sus tareas de matemática de la escuela, y piensan que eso significa que el mundo está esperando con impaciencia (y con una chequera, por supuesto) sus inventos.

Wayne reservaba un desprecio especial para cualquiera que osara utilizar la palabra «revolucionario» en la solicitud o en la entrevista.

—Cometen errores que cualquier estudiante de ciencias de segundo año no haría, y cuando uno lo señala, invocan conspiraciones de General Motors, de Exxon, de IBM, que protegen a sus accionistas. Los Creyentes Convencidos piensan que están

muy cerca de ser magnates multimillonarios, pero sienten un desprecio absoluto por las grandes corporaciones y por el trabajo duro que cuesta construir una.

Aunque su autoridad formal se limitaba a supervisar el entrenamiento de los empleados en su propia sección, sus actitudes habían influido toda la división de ingeniería, y la colección de máquinas del movimiento perpetuo en su estantería era una característica del tercer piso de la Oficina de Patentes. La ironía (evidente para otros que habían estado más tiempo, pero no para él) era que Wayne había ascendido muy rápidamente en la jerarquía en parte debido al escándalo Marchmont que había barrido a un pequeño ejército de supervisores superiores y los había dejado en la calle.

En retrospectiva, era fácil ver cómo había ocurrido lo de Marchmont. Ninguno de los nombres de la solicitud titulada Dispositivos de Energía Aumentada tenía ninguna apariencia de credibilidad, ni los individuos ni la Universidad de Wisconsin-Whitewater, donde todos eran estudiantes o instructores. El tema de su solicitud tenía una credibilidad aun menor, dado que la Oficina había rechazado más de trescientos dispositivos y procesos de fusión fría en casi dos décadas. Toda la solicitud tenía el aroma de una travesura universitaria, una broma alimentada de cerveza y desenfado.

El único problema era que el dispositivo funcionaba. Peter Marchmont y su grupo de graduados en ingeniería química deberían haber recibido con todo derecho la patente mundial por el generador hidrotermoeléctrico de desacoplamiento.

Pero, en cambio, lo recibió Toyota, por una solicitud presentada en Tokio siete meses después de que la solicitud de Marchmont fuera recibida en Washington. Y cuando los primeros sedanes eléctricos Toyota Waterfall, con su campo de mil kilómetros y sus económicas celdas de alimentación de reemplazo rápido, empezaron a salir de las líneas de montaje en Kioto y en Tennessee, comenzaron a rodar las cabezas en Washington.

El director, los cinco directores asociados y los dieciséis gerentes de secciones técnicas fueron despedidos en la purga del «viernes negro» del presidente Engler. Pero eso fue sólo el comienzo. Cuando la Corte Suprema dio la luz verde al caso *Marchmont contra la Oficina de Patentes y Marcas Registradas de los Estados Unidos*, la Oficina rápidamente llegó a un arreglo con el demandante fuera de la corte, y luego hizo una enérgica limpieza en sus propias filas. Más de doscientos examinadores superiores fueron despedidos por el rechazo de una aplicación de una patente que, sólo cinco de ellos habían visto.

—Vamos a combatir esa cultura escéptica, profundamente arraigada, de «yo no lo aprendí así» —dijo el nuevo director de la Oficina, un graduado en Administración y ex ejecutivo de Merck—. Los aspectos más avanzados de la ciencia y la tecnología llegan a nuestra puerta, y tenemos que estar listos para recibirlos, y hablarles en su propio idioma.

A Wayne se le escapaba la ironía de su posición porque su lectura de esos acontecimientos era diferente de la de la mayoría de los sobrevivientes.

—No es que los examinadores fueran demasiado escépticos —explicaba a sus alumnos—. No es que tuvieran poca perspectiva y que lucran anticuados. Es que se equivocaron.

»Entrar en este edificio por la mañana es como entrar en una habitación donde el suelo está cubierto con perlas negras preciosas y escarabajos negros venenosos. Uno debe aplastar a los escarabajos y recoger las perlas. Y si un día uno no puede darse cuenta de la diferencia, es mejor no hacer nada hasta que se pueda distinguir entre uno y otra. Los examinadores de Marchmont aplastaron una perla, que era una de las grandes, una belleza. No siento lástima por ellos. Cuando digan “No”, no se equivoquen. Es tan simple como eso.

—Entonces, caballeros, ¿quieren presentar una solicitud corregida de su Dispositivo de Campo de Detonación Remota de Pirotécnicos?

Algo en el tono de voz del examinador hizo que Jeff Horton y Karl Brohier intercambiaran unas miradas.

—Por eso estamos aquí, señor Wayne.

—Doctor Wayne —corrigió el examinador.

—Discúlpeme —dijo Brohier, y se sentó, ante el gesto del examinador—. Como le decía, doctor, por eso estamos aquí, para asegurarnos de que usted esté al tanto de las circunstancias especiales en que se realiza esta solicitud, y para ver si podemos llegar a un entendimiento, y así asegurar...

Mientras Brohier hablaba, Wayne levantó su tarjeta y la miró atentamente.

—Circunstancias especiales, sí. Discúlpeme, pero ¿exactamente en calidad de qué está usted aquí?

Brohier lo miró con sorpresa.

—Soy el director de Laboratorios Terabyte.

—Pero usted no es un inventor mencionado en esta solicitud, ¿verdad? ¿O piensa corregir esa parte también?

—No puedo ver la razón...

—Bien. Usted entiende que poner su nombre no agrega nada a la solicitud, ya que los defectos en ella no dejarán de verse afectados. En cuanto a que ustedes participen de la reexaminación... —Wayne se encogió de hombros, y prosiguió—: Es un poco irregular, pero puedo pasarlo por alto. Doctor Horton, ¿dónde está su abogado de patentes?

Ofendido en nombre de Brohier, y tomado por sorpresa por el estilo de preguntas de Wayne, similar a un interrogatorio policial, Horton tartamudeó al responder:

—Yo, eh... el abogado de patentes de la corporación está en Cincinnati. Yo entendía que los temas, los temas a tratar eran técnicos y científicos, no legales.



Tenemos el permiso del abogado...

—Como gusten —dijo Wayne—. Simplemente indicaré que ustedes se negaron a tener su abogado presente. Ahora, acerca de la solicitud corregida, como ustedes vieron en la notificación, les solicito que presenten un ejemplar que funcione con cualquier solicitud corregida. También he señalado que las especificaciones técnicas eran inadecuadas. Esta vez, tendrán que proveer citas en artículos publicados en revistas, con referencias que establezcan la validez de sus principios operativos.

La superioridad presumida del tono de Wayne alimentaba la leve ira que sentía Horton.

—Me temo que no será posible mostrarle un ejemplar que funcione...

—En ese caso, ¿por qué no ahorran mi tiempo, y su dinero, y presentan una declaración de abandono de la solicitud?

—... sin una autorización del Comando Conjunto —continuó Horton—. Entregarle uno a usted es imposible.

—¿Se trata de un proyecto del gobierno? No vi nada de eso en la solicitud. Si usted es un empleado del gobierno federal, quizá ni siquiera esté en condiciones de presentar una solicitud de patente.

—Es un proyecto privado de una firma de investigación privada —dijo Brohier—. Ahora es secreto por orden del Presidente de los Estados Unidos. Por eso el doctor Horton solicitó una patente secreta.

—No veo cómo se podría otorgar una patente. Esto es sumamente irregular.

—Ambos nos sentimos extraños con respecto al otro —dijo Horton, pensando que la arrogancia de Wayne tambaleaba—. ¿Cómo podríamos ayudarnos mutuamente?

La insinuación recibió un rechazo cortante.

—Esto no es una sociedad de socorros mutuos, doctor Horton. Para otorgar una patente válida, tengo que certificar que la invención que describe es tanto nueva como útil. Dado que dice que no me puede ofrecer ni una demostración ni una explicación de su funcionamiento...

—¿Aceptaría una certificación del general Tom Vannigan, jefe de la Oficina de Tecnología de Defensa del Pentágono? —preguntó Horton.

—¿Usted me está diciendo que ya han entregado ejemplares de esta invención al gobierno?

—Sí.

—¿Ejemplares que funcionan?

—Sí.

Una mueca de sorpresa apareció en el rostro de Wayne.

—Entonces díganme cómo funciona. Si su explicación es satisfactoria, quizá ya pueda dejar de lado el requisito de que muestren un ejemplar.

Horton se permitió una risa pequeña.

—No sabemos cómo funciona aún. Sólo sabemos que funciona.

—No puedo aceptar eso —dijo Wayne—. No puedo aceptarlo. Una patente debe ser específica...

Brohier se reclinó en su asiento y musitó:

—Te dije que sólo le dijeras que era secreto.

—Doctor Brohier, si ésta es su contribución a esta reunión...

—Doctor Wayne, ¿qué hubiera hecho usted con una solicitud de patente de la bomba atómica en 1945? ¿O de un radar en 1939?

—Los hubiera aprobado —dijo el examinador sin dudar—. Constituían significativos avances técnicos con una sensata fundamentación teórica. Usted, en cambio, está sacando un conejo de debajo de un sombrero, y no me quiere mostrar el conejo ni el sombrero. Yo tengo las manos atadas. Su patente nunca podría hacerle frente a un desafío. Dudo seriamente de que cualquier otro país signatario del Tratado de Cooperación de Patentes emita una patente recíproca.

—No planeo buscar protección de patente en otros países —dijo Horton.

—¿Ni siquiera si su patente norteamericana es publicada?

—No.

Wayne, ya completamente perplejo, se cruzó los brazos sobre el pecho.

—Entonces, ¿cuál es exactamente el objeto de su solicitud? Si la tecnología es secreta, ustedes no pueden obtener una patente, de cualquier modo, puesto que su único cliente será el Pentágono. ¿Se trata simplemente de una cuestión de ego? ¿O de dinero? ¿Están buscando algún beneficio de Terabyte?

Horton echó un vistazo hacia el director antes de responder.

—Doctor Wayne, no creo que mis razones sean relevantes para el proceso de solicitud y de examinación.

—No, tiene razón. No son relevantes. Pero pensé que ustedes podrían ofrecerme alguna motivación para leer el manual de procedimientos tan creativamente como ustedes escribieron su declaración técnica. —Se cubrió la boca con la mano derecha y suspiró—. ¿Tiene esa certificación del general Vannigan con usted?

Horton sacó un sobre con sello de seguridad Tyvek y se lo alcanzó.

—Es una carta para leer solamente una vez —advirtió.

Wayne desgarró el sello y estudió la carta. Cuando la carta ya estaba empezando a desintegrarse, volvió a suspirar y la colocó sobre su escritorio. En menos de un minuto, se deshizo en un fino polvo blanco, ilegible e imposible de reconstruir.

—Lamento la suciedad —dijo Horton, rompiendo el silencio.

Wayne hizo un gesto para rechazar la disculpa.

—Éstas son... circunstancias especiales, como usted dijo, doctor Brohier —dijo lentamente—. Tecnología secreta, un área teórica inmadura, una patente que no será

publicada a menos que y hasta que el Pentágono apruebe la divulgación. Todo lo que realmente se necesita es preservar su fecha de precedencia en el caso de que esto se transforme en una patente abierta. —Tamborileó sobre la mesa, e hizo saltar el polvo—. Sobre la base de la... eh... documentación suplementaria presentada aquí, puedo aprobar una patente provisional, provisional y condicional.

—Con la condición de...

—Tendrán que proveer una declaración técnica corregida, explicando las bases teóricas del dispositivo. Si no lo hacen antes de que se levanten las restricciones y la patente sea enviada para publicación, la patente será inválida, será retirada. —Wayne se reclinó en su silla, con las manos sobre la rodilla—. Eso es lo mejor que podrán obtener de mí, caballeros. Les sugiero que lo tomen.

Mientras Horton escuchaba sus palabras, sintió el peso de las expectativas presionándolo con un peso mucho mayor que nunca. Pero Brohier se puso de pie y ofreció a Wayne su mano y una sonrisa.

—Muy bien. Muchas gracias, doctor Wayne. Eso alcanzará, sí, eso funcionará bien.

Brohier había incluido un momento de tiempo libre para el regreso. Lo suficiente para permitirles una cena temprana pero relajada en Mamarand, en Alejandría.

Después de siete meses, cada comida fuera del Anexo (aun su almuerzo apurado en un bar del aeropuerto de Denver) era un placer para el paladar. Pero Mamarand era un placer superior en cualquier circunstancia, un hito de cuatro estrellas que había recibido la bendición de las personas notables de Washington durante más de dos décadas.

Horton se arriesgó y optó por una de las conocidas especialidades «para cardíacos», el filet doble envuelto en panceta.

—Si supiera que esto va a tener mañana la mitad del gusto que tiene hoy, pediría otro para llevar —dijo a Brohier.

—Si pensara que mi peso me perdonará mañana, yo pediría uno ahora —dijo Brohier, mirando arrepentido su propia entrada liviana de pescado.

Las paredes de Mamarand estaban empapeladas con caricaturas de clientes famosos. Los pocos turistas con la suficiente suerte como para conseguir una mesa (siempre antes de las siete) invariablemente se delataban con una risa nerviosa. Los clientes asiduos sólo se enteraban de nuevos ajusticiamientos.

—¿Está aquí? —preguntó Horton, después de entretenerse con un tercer vaso de cabernet y un pequeño juego de ver cuántos rostros podía reconocer sin mirar los autógrafos.

—¿Yo? —dijo Brohier—. Jeffrey, afuera, en el mundo real, el típico ganador de un Premio Nobel es una noticia de doce horas. No soy famoso. En el mejor de los casos, soy la respuesta B en la pregunta número ciento noventa de un examen

cultural.

Pero, en una refutación directa, fueron interrumpidos media decena de veces antes del final de su cena por gente que llegaba tarde que se detenía para saludar a Brohier por su nombre.

Horton no conocía a ninguno de ellos. Después de las presentaciones rituales, se dio cuenta de que tampoco sabía de ninguno de ellos. Pero cuando Brohier explicó quiénes eran después de que fueran a sus mesas, se reafirmó en Horton la sensación de vivir una vida desconectada. Cada saludo entusiasmado lo empujaba suavemente a un hosco malhumor. Se quedó en silencio, y Brohier tomó equivocadamente ese silencio por cansancio.

—Tú sabes, pensaba que no es realmente necesario que volvamos hoy —sugirió—. Podemos tomar unas habitaciones en el Northwind, y volver por la mañana. Nos hará bien que nos mimen un poco: un Jacuzzi, un masaje, toallas de felpa, una cama grande. —Se rio—. Pienso que cuando volvamos contrataré a alguien para que ponga chocolatitos en las almohadas.

Horton dudaba de que una sola noche de lujo lo dejara con más ganas de volver al Anexo.

—Hagamos eso. El Northwind, quiero decir, no los chocolates.

Brohier se cubrió la boca con la servilleta. Sacó de un bolsillo interno su comunicador.

—Veremos lo que puedo arreglar.

Pero nada atenuaba la melancolía de Horton. Ni la vista espectacular y brillante de monumentos de su ventana de hotel, ni el calor burbujeante del baño con cuatro chorros, ni el capricho de un servicio de habitación consistente en un cóctel de camarones para dos a medianoche, ni la comodidad aterciopelada de la larga bata blanca del hotel, ni siquiera los quinientos canales de música, teatro y cine dados por una holopantalla.

Cuando Horton se dio cuenta de que ni siquiera después de nadar en la pileta quería ir a la cama a dormir, entendió que estaba prolongando el día como una manera de posponer la mañana. En ese mismo momento de claridad también se dio cuenta de qué tenía que cambiar. Así fue como Horton se encontró en el pasillo en su bata a la una menos cinco de la mañana, golpeando a la puerta de la otra suite.

—Será sólo un minuto —prometió cuando Brohier finalmente abrió la puerta y lo miró de soslayo.

Brohier lanzó un gruñido y retrocedió de la puerta, dejando pasar a Horton.

—Hubiera pensado que hace dos horas que estabas durmiendo, como yo. ¿Esto no podía esperar hasta mañana?

—Realmente tengo que resolver esto ahora, Karl. Si no, no sé si estaré aquí mañana por la mañana. Tal como están las cosas ahora, no creo que tome ese avión

contigo mañana.

La puerta se cerró detrás de Horton, dejando sólo el pálido resplandor de una lámpara que tenía la intensidad de un velador.

—Muy bien —dijo Brohier. El enojo había desaparecido de su voz—. ¿Qué necesitas de mí?

—Un cambio. No me divierte mucho estar golpeándome la cabeza contra la pared. No sé cuál es la razón, y ya no me interesa saberla. El hecho es que no sé qué hacer. He envejecido mentalmente. No, es peor que eso: he desarrollado una mala actitud hacia todo el asunto.

—¿Quieres renunciar?

Horton se sintió tentado, pero apartó la idea.

—Me preguntaba si podía interesarle intercambiar los problemas.

Brohier ahogó una risa ronca.

—¿Por qué piensas que yo tendría más éxito que tú? No tienes idea de cuánto más difícil es para mí concentrarme ahora que cuando tenía tu edad. La madurez no tiene nada que ofrecer al físico, Jeffrey. Nada que compense el desgaste de los instrumentos.

—¿Por qué piensa que creeré que usted no está interesado, que no lo ha estado pensando todo este tiempo? —contraatacó Horton—. Puede dejar de respetar los límites territoriales; yo acabo de borrarlos. Me dio todas las posibilidades de descubrirlo yo. Bien, no puedo hacerlo. Le estoy pidiendo ayuda, exactamente como dijo usted. Debí haberlo hecho hace meses.

—¿Piensas que me hubiera quedado callado si se me hubiera ocurrido algún pensamiento interesante? Realmente, Jeffrey, eres muy generoso en tu estimación de mi persona, y demasiado estricto en tu evaluación de ti mismo.

—No lo creo. Aun si usted no puede resolver esto solo, puede traer a la gente que pueda hacerlo. Usted conoce a todos en este campo, y ellos lo conocen a usted. No hay nadie que no quiera recibir sus llamadas, respetar sus secretos, o confiar en su palabra.

—Oh, hay algunos —dijo Brohier, con una sonrisa apesadumbrada—. Más que algunos.

—Pero no tantos como los que harían lo que yo hice, y que se abalanzarían sobre una oportunidad de trabajar con usted. Sé que usted esperaba más de mí.

Brohier lanzó un suspiro.

—Si dijiste eso, hay un problema aquí. Necesitas un cambio de ambiente. Esforzarte demasiado es un error que puede sabotearte en casi cualquier campo. Así que, muy bien. Acepto tu propuesta.

—Gracias. —La ráfaga de alivio fue más intensa de lo que Horton había esperado.

—No porque piense que el problema retrocederá ante mi cerebro superior — agregó Brohier enseguida, palmeando a Horton en el hombro—, sino porque me interesa realmente, y porque somos amigos.

Y tienes razón en algo más. Estamos separados por dos generaciones, y puedo llegar a mis pares y a los físicos más jóvenes con mayor facilidad que tú. Así que yo me ocuparé de eso, y veremos qué encontramos. —Brohier se encogió de hombros—. Puede ser simplemente que aún no es el momento.

Después de eso, Horton se quedó dormido enseguida.

Las sesiones de intercambio de ideas durante las cuales había sido redactada la mayor parte del Manifiesto de Asentamiento y Despliegue del Sitio habían sido algunas de las reuniones más vivas y agradables del equipo Sombrero de Bronce. Pero cuando llegó el momento de asignar prioridades a los más de catorce mil candidatos, se vio que el consenso era imposible después de los primeros cien lugares. Al final, la asignación de prioridades fue primariamente el trabajo del general Stepak, después de consultas con el Presidente y los secretarios de los servicios.

Escoltados por sus equipos T y por sus unidades de operaciones, los Gatillos fueron llevados a la Fuerza Aérea para su instalación en aviones teledirigidos de inteligencia de campo Global Hawk, estaciones volantes de radar E-8D Joint Stars y tanques cisterna KC-10B Extender, todas aeronaves desarmadas fundamentales para el concepto de guerra del siglo XXI. La Marina tenía planeado convertir cuatro submarinos de ataque de tipo Sturgeon en interceptadores de torpedos para sus preciosas fuerzas operativas de transporte de aviones, y jugaba con la idea de revivir el buque de petróleo aerodeslizador Pegasus como plataforma de ataque y como defensa contra los misiles crucero aéreos.

Sobre el terreno, el ejército quería que todos los escuadrones de caballería tuvieran dos transportadores personales armados MI 13 A3 equipados con un Gatillo para servir como vehículos para despejar minas de combate. El Cuerpo de Infantes de Marina evaluaba la utilidad del sistema en un asalto anfibio, como manera de despejar el camino por playas fortificadas y con emboscadas. Planeaban crear pruebas utilizando rotores pivotantes, helicópteros Súper Cobra y su avión LCAC de aterrizaje a colchón de aire, operado por la Marina.

Durante años, diferentes reparticiones en los organismos ejecutivos y de inteligencia habían invertido muchos miles de horas-hombre en la creación de listas exhaustivas de los posibles blancos de alto riesgo de ataque por parte de terroristas y fuerzas hostiles. Estas evaluaciones de amenaza y análisis de los blancos equivalían a un catálogo secreto de posesiones nacionales vitales, desde infraestructura de comunicación y transporte a centros de investigación y archivos claves. El FBI y el Pentágono habían entregado sus listas al comité de Sombrero de Bronce, y a partir de

ellos Stepak seleccionó sitios militares y civiles en casi todos los estados.

La industria espacial de los Estados Unidos fue considerada prioritaria, desde los centros de lanzamientos Venture Star en Florida, California y el sur de Texas, hasta las fábricas de antenas satelitales en nueve estados. Y Stepak quería ir aún más allá, hasta la órbita. Estaba presionando al administrador de la NASA para que equipara a sus seis orbitadores SSTO con Gatillos y para que ordenara a la flota comercial que hiciera lo mismo. Sólo en los últimos dos años, había habido un caso confirmado y tres sospechados de aviones de línea a los que se había disparado en el despegue o en el aterrizaje por misiles lanzados del hombro de tipo Stinger.

Pero el administrador de la nasa se resistía. Argumentó que ninguno de esos incidentes había ocurrido en los Estados Unidos, y que cada kilogramo de carga aérea era precioso ahora que había dieciocho personas viviendo en la Estación Espacial Internacional ampliada. Stepak había organizado una reunión entre el presidente Breland y el jefe de la nasa para resolver la disputa.

El secretario de Estado no tuvo esas reservas. Se esperaba que todas las embajadas norteamericanas de Dhaka a Gaborone recibieran dos Gatillos junto con el agregado de su contingente de guardias de Marina. La mayoría de esos Gatillos serían desplegados en frío, como póliza de seguridad contra las impredecibles vicisitudes de la política del Tercer Mundo. Pero media docena irían activados desde el comienzo para prevenir la violencia impredecible de los terroristas políticos.

Ni Breland ni Stepak estaban preparados para entregar el control de una unidad Gatillo a cualquier organismo ejecutivo, aun a uno como el FBI. Pero estaban preparando depósitos de estacionamiento (llamados «oficinas de alquiler» por Richard Nolby) en seis ubicaciones desparramadas por el continente. Cada uno sería la base de doce equipos Gatillo móviles, disponibles para préstamo a la policía local y estatal, y al FBI para salidas específicas e investigaciones.

La idea favorita de Breland era usar el Gatillo como «un filtro en la corriente» para interceptar armas en tránsito.

—Hay lugares donde la gente sabe que no puede portar armas, lugares donde la gente espera que se la registre y revise —dijo a Stepak—. No necesitan más advertencias de nuestra parte. Basta de tiroteos furiosos en la ruta. Basta de cartas bomba. Basta de tumultos en la corte y de pandillas en patios de escuela.

Nolby intentó convencer a Breland de que el número real de tales incidentes era demasiado pequeño, y la cantidad de unidades desplegadas demasiado alto para justificar que fueran prioritarios. Pero Breland no cambiaba de opinión.

—Quizá las cifras sean pequeñas, pero su impacto no —dijo—. Cada asesinato de ese tipo es noticia. Cada asesinato como éstos permanece en el recuerdo de la gente. Niños disparándose después de la clase de matemática, cartas bomba que matan profesores maduros, aviones de línea llenos de estudiantes franceses que explotan en

el aire... ésos son los momentos que dicen a la gente que la vida es demente, que su mundo está equivocado. Eso es lo que los asusta.

Al oír eso, Nolby recordó que Willamsport, la ciudad donde Breland pasó su infancia, estaba a unos kilómetros de Montoursville, la aldea que fue tan afectada por la tragedia del vuelo 800. En lugar de volver a argumentar contra ese veredicto controvertido o discutir con los recuerdos emocionales del joven Breland, Nolby accedió. Gatillos con poder limitado y cajas de explosivos Kevlar pasaron a integrar los sistemas de manipulación de equipaje de cuarenta y cuatro aeropuertos, y los sistemas de clasificación de las instalaciones centrales del correo.

Pero Stepak logró convencer a Breland de que las escuelas tendrían que esperar hasta que pudieran recibir abiertamente las unidades. La presencia de soldados no podría ser explicada fácilmente, y, como observó Stepak:

—Por absurdo que sea, los niños heridos son casi siempre vistos como víctimas inocentes. Y si ellos son los chicos buenos, nosotros somos los chicos malos, y ocultos. Y no queremos presentar así el Gatillo a la gente.

El senador Grover Wilman siguió todos estos desarrollos a través de su reunión mensual con el Presidente y de las actualizaciones cada dos semanas enviadas por el equipo de Sombrero de Bronce, que luego fue la base de sus propios informes secretos al Comité Conjunto de Seguridad del Congreso.

Lo hizo con una insatisfacción creciente que las garantías del Presidente cada vez mitigaban menos. Wilman tenía su propia lista y sus propias prioridades, y a medida que pasaban los meses sin que él viera reflejadas esas prioridades en los despliegues, empezó a preguntarse si alguna vez ocurriría. Para cuando se acercaba el momento de la reunión de julio, Wilman desconfiaba completamente de las promesas que Breland le había hecho en aquel trascendental primer encuentro.

Antes de fines de ese mes, los quinientos Mark I saldrían de la planta de Dakota del Sur y estarían en manos de la Brigada Táctica 641. Considerando ese hecho, Wilman decidió que ya había sido lo suficientemente paciente y razonable.

—Señor Presidente, ¿ha estado jugando conmigo? —dijo Wilman cuando se sentaron juntos en la Oficina Oval.

—¿Perdón, senador?

—Pienso que me ha oído perfectamente bien. ¿Me ha estado manipulando? ¿Estas pequeñas reuniones son su manera de neutralizarme, dado que usted no aprobaría una orden de hacerme matar simplemente?

—Nadie ha sugerido jamás eso, senador —dijo Breland, mirándolo con ceño—. No donde yo pudiera oírlo, por lo menos.

—¿Ninguna discusión acerca de si yo podría quedarme tranquilo y jugar con sus reglas? ¿Ninguna insinuación de que yo tengo una lealtad más fuerte hacia Razón sobre la Locura que hacia el Congreso, de que soy un hippie internacionalista vestido



de héroe norteamericano? Si no, deberían haber existido. Todo eso es verdad. Me he estado portando muy bien, señor Presidente. Mejor de lo que yo hubiera pensado. Sentarme sobre algo tan grande durante ocho meses... Bien, señor, sólo puedo decirle que me siento muy embarazado.

—¿Es esto el comienzo de una confesión? ¿Va a llegar a los nueve meses?

—Me parece que eso depende de su respuesta a mi pregunta, señor.

—Senador Wilman, estoy muy agradecido por su paciencia.

—Estoy seguro —dijo Wilman—. ¿Pero será recompensada, o todo el ejercicio del Sombrero de Bronce no es más que una broma ampliada a expensas de la gente que a mí me importa?

—Me temo que no entiendo.

—Lo diré claramente. ¿Alguna vez va a hacer algo constructivo con el Gatillo?

—Sé que usted recibe todos los informes de despliegue, así que todo lo que puedo pensar es que usted y yo entendemos de manera diferente esa palabra —dijo Breland frunciendo el ceño.

—Entonces con mucho gusto explicaré lo que entiendo yo. Activo más que pasivo. Promovedor de acciones, más que algo que actúa por reacción. Intervenciones positivas, afirmativas, transformadoras, arriesgadas, que hagan algo, que afecten la vida humana, y que salven vidas humanas. Pensé que usted tenía una comprensión visionaria del poder y potencial del Gatillo. Todavía estoy esperando saber si estaba en lo cierto. Usted tiene el martillo y el yunque frente a sí. ¿Piensa usarlos alguna vez?

Una ráfaga de ira surcó el rostro de Breland.

—Tenemos más de cuatrocientos Mark I en el campo. No están guardados en un armario.

—Podrían estarlo, por el bien que están haciendo —dijo Wilman—. Usted ha convertido un descubrimiento importantísimo en la póliza de seguro de unos malditos propietarios. Estamos protegiendo millones de millones de dólares de concreto y metal, salvaguardando todas nuestras preciosas colecciones de juguetes y recuerdos, y nos olvidamos de la gente. Dios mío, la mayoría de los Gatillos que han desplegado ni siquiera están encendidos. Si hay cien de ellos activados en este mismo instante, voy a dar saltos de alegría, desnudo, en el Malí.

—Cada lugar debe ser considerado de manera diferente, senador. Realmente no entiendo lo que espera de mí.

—Intente pensar en dieciocho mil cuatrocientos nueve cadáveres.

—¿De dónde sale ese número?

—Del Centro de Estadísticas de Salud del Centro de Control de Enfermedades, ayer por la tarde —dijo Wilman—. Ésa es la cantidad de gente que ha intentado detener balas con sus cuerpos desde el día que el doctor Brohier y yo vinimos a verlo

a usted. Indica cuántos asesinatos, suicidios y accidentes fatales usted ha tolerado. Es el precio de la timidez, del secreto y de la pasividad.

»Por supuesto, esa cifra se refiere solamente a los norteamericanos, y ni siquiera estamos oficialmente en guerra con nadie. No puedo ni empezar a contarle cuántos europeos, africanos y asiáticos se han topado con minas de guerra o se han encontrado en el medio de una disputa limítrofe o de una pequeña revuelta civil. Creo que nuestros veinte mil son sólo la seña.

El rostro de Breland delataba cuánto le molestaba que le dieran una conferencia.

—Ahora usted suena como un Creyente Convencido, senador, aunque tenía una opinión más elevada de usted. No puede esperar que terminemos con todas las matanzas...

—Podemos hacer un esfuerzo mucho mayor que el de ahora. Pero tenemos que querer hacerlo. Tenemos que intentar.

—Estamos intentándolo...

—¡Maldición, no, señor Presidente! No. Sólo estamos negándonos al cambio. Sólo estamos intentando asirnos del borde. Tenemos terror de darnos cuenta de que Mao tenía razón, y de que todo poder político surge del cañón de un arma, y de que estamos por perder nuestro poder.

Breland se pasó el revés de la mano por la boca. No dijo nada. En el silencio, Wilman se cambió de asiento para estar más cerca de él.

—Es lo más natural del mundo, señor Presidente, querer proteger lo que es de uno —dijo, sentado en el borde de su sillón—. Pero eso no es lo suficientemente bueno para este siglo, ni para esta oficina. Tenemos que preocuparnos tanto por la muerte de un adolescente negro en Atlanta como por la muerte de un bebé blanco en Beverly Hills. Tenemos que preocuparnos tanto por una bomba en un comercio de Londres como por una bomba en un autobús en Nueva York. Tenemos que preocuparnos por los morteros disparados contra Kinshasa a través del río Congo como si fueran disparados contra Kansas City a través del Mississippi.

»¿Cuán grande es su tribu, señor Presidente? ¿Quién tiene el privilegio de ser miembro de ella? ¿Sólo los soldados y los políticos?

—No, no, por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué estamos protegiendo nuestra riqueza y poder cuando podríamos estar protegiendo a nuestra gente?

Breland lo miró, atónito.

—Usted me advirtió que se ocuparía de incomodarme, lo sé —dijo—. Grover, no estamos parejos aquí. Su ética y la mía podrían llevarse bien de cerca. Pero la gente es más importante que las cosas. La vida es más importante que la ideología. Y creo realmente que la humanidad es una familia, aunque sea una familia con problemas.

—Usted dice eso, pero ha enviado nueve décimos de la producción del Gatillo a

direcciones que incluyen la palabra «fuerte» o «base».

—Porque ellos están preparados para hacer uso del sistema ahora. La población civil, no. Tenemos un enorme trabajo de educación por hacer.

—¿Es ésa su excusa por avanzar tan despacio?

—¿Avanzar despacio? ¿De qué habla? Estamos desplegándolos con tanta velocidad como la gente de Goldstein puede producirlos.

—Entonces, ¿por qué no hemos pedido todavía mil más, y luego otros mil? ¿Por qué no estamos empujando a Goldstein a aumentar la capacidad tan rápidamente como pueda? ¿Por qué somos tan timoratos?

—¿Timoratos?

—Timoratos —dijo Wilman con énfasis—. Son pasos de bebé y medidas incompletas. Mire, su idea de filtrar la corriente... eso es lo que deberíamos estar haciendo ahora. Pero usted ni siquiera llegó tan lejos.

Breland volvió las palmas hacia arriba.

—Dígame qué se me escapó.

—Para empezar, todas las armas cargadas en las guanteras y bajo los asientos. El Congreso aprobó la Ley Merck-Martinson hace diez años, y todavía hay gente que muere por disparos después de un pequeño choque, o que es asesinada por ponerle mala cara a alguien en la autopista. ¿Por qué Merck-Martinson no terminó con eso?

—Pienso que es por algo llamado «causa probable» —dijo Breland, e intentó una sonrisa irónica.

—Porque Merck-Martinson no ayuda a la policía a hallar esas armas antes de que pase algo. Pero el Gatillo puede hacerlo. Puede darle dientes a lo que ha sido hasta ahora una ley sin fuerza. Puede ser para el control de armas lo que el radar y la autopista automatizada significaron para el control de tránsito.

—¿Qué es exactamente lo que está proponiendo?

—Nada diferente de lo que hizo con las oficinas de correo y los aeropuertos. Todos los que manejan tienen finalmente que cruzar un puente, atravesar un paso superior o un túnel, pasar por una cabina de peaje. Si pone suficientes Gatillos en los puntos de estrangulamiento, podría quitar todas las armas del camino.

—Sólo destruirá las armas que estén cargadas. Y causará algunos muy bonitos choques en el medio.

—No es que nunca hayan oído hablar de Merck-Martinson —dijo Wilman encogiéndose de hombros—. No se puede llevar un arma cargada en un vehículo en movimiento.

—Así que piensa que podemos seguir adelante y destruir las municiones de todos, aun si están obediendo la ley, aun si las municiones están guardadas de manera segura en una caja cerrada que el conductor no puede alcanzar, y aun si causa un fuego que destruye el auto de la familia.

—Se pueden marcar las zonas de monitoreo. Se las puede iluminar como a las balanzas de los camiones. Grandes señales rojas cada doscientos metros durante un kilómetro. Grandes franjas rojas que crucen la ruta. Que sepan lo que viene. Se les dará un lugar para sacar su munición antes de que lleguen al borde de la zona, pues no queremos que nadie muera. Eso es...

—No podemos hacer eso, Grover. Usted sabe que no podemos.

—¿Por qué? Y no me diga que por la Segunda Enmienda. Pregúntele al procurador general por *Miller contra los Estados Unidos de América*.

—Porque no estamos listos para la CNN —dijo Breland—. El Pentágono se opone firmemente a cualquier divulgación de los hechos hasta que tengan una defensa efectiva y un sustituto de la pólvora a mano.

—¿Y desde cuándo es ésta la decisión de ellos?

—No es la decisión de ellos. Es mi decisión.

El rostro de Wilman se relajó, y mostró una expresión pensativa. Wilman volvió a sentarse en el sillón, y pasó un brazo por el respaldo.

—¿Era ésa la decisión que usted quería tomar, señor Presidente?

La sorpresa apareció en los ojos de Breland. Sin responder, se puso de pie y fue a su escritorio, donde sacó un caramelo con gusto a cerveza de un bol.

—No sé por qué, pero no es una pregunta fácil de responder, Grover —dijo por fin.

Wilman asintió.

—Señor Presidente, creo que le debo una disculpa. Cuando insinué que había intentado «manipularme», creo que erré el blanco. Quiero decirle con todo respeto que creo que usted es quien ha sido manipulado. Y no es motivo de vergüenza, señor, pues ellos son expertos.

Se oyó el ruido crujiente del caramelo en la boca de Breland.

—Sabía que lo intentarían. Sabía que no sería tan fácil. Sabía que si me adelantaba demasiado a ellos, no me seguirían. Pero pensé que yo manejaba la situación, Grover. —Lanzó un suspiro, y el caramelo se desintegró—. Quizá me trabajaron mejor de lo que yo pensaba.

—Fue un buen discurso. Usted mantuvo la atención de ellos. El programa de despliegue es una prueba de eso: tiene el sello de ellos por todas partes. Y ellos le dicen cosas perfectamente razonables acerca de que si se hicieran las cosas de otro modo se desataría un infierno. —Wilman pudo esbozar una pequeña sonrisa—. Un argumento que se ve fortalecido por el hecho de que tienen razón. Eso es lo que ocurrirá, y espero ansiosamente ese momento. Ellos lo temen. Usted... —Dejó que la palabra quedara como una pregunta.

Breland se hundió en su silla.

—Déme una idea. Algo que podamos hacer ahora, así usted sabrá que mi corazón

todavía está en su lugar.

—Se me ocurren una decena por día al leer las noticias —dijo Wilman—. Denis Sassou-Nguesso está en el primer lugar de mi lista ahora. Me gustaría ver que usted lo llame y le diga que tiene doce horas para sacar a todas sus fuerzas de sus complejos Cobra, y luego envía un F-117 al Congo con un Gatillo arriba. ¿Ya logró la Fuerza Aérea poner un Mark I dentro de una sección de un avión?

—Aún están trabajando en eso.

Wilman parecía decepcionado.

—Es casi igual. Probablemente llenará los campos con rehenes de la oposición, en caso de que encuentre alguno que no haya muerto en los Cobra. Por supuesto, siempre podríamos hacerlo sin la advertencia...

—Otra idea —dijo Breland firmemente.

—Bien, si aún no está preparado para hacer público el descubrimiento, ¿qué le parecería desparramar un poco de desinformación?

—Continúe.

—Hay demasiada gente que participa en Sombrero de Bronce como para que se la pueda mantener como una operación secreta mucho más tiempo. Yo no recibo sus informes de inteligencia, pero apostaría a que todos los gobiernos que se preocupan ya saben de Sombrero de Bronce, y algunos han llegado a obtener la historia de tapa: que esto es una continuación de Short stop, la operación destinada a despejar las minas de guerra. —Hizo una pausa, esperando una confirmación de Breland para continuar—. Usted siempre tuvo una buena imagen deportiva.

—Sólo para entender esto, supongamos que tiene razón.

—Bien, el siguiente paso obviamente es apoyar esta historia con una demostración —dijo Wilman—. Llevamos a los muchachos al Comando de Inteligencia y Seguridad del Ejército para cocinar una propaganda de algún tipo que podamos meter en un Black Hawk: mucho metal brillante, muchas antenas y luces parpadeantes. Hasta un campo magnético y emisiones de radio podemos darle para hacerlo convincente para los chinos.

—¿Y dejamos el verdadero Gatillo dentro de un helicóptero?

—Exactamente. El modelo L del Black Hawk debería poder levantar ambos sin problema. Usted llama a una conferencia de prensa, anuncia su iniciativa contra las minas terrestres, dice que ha establecido una unidad especial del ejército dedicada al retiro humanitario de minas, y hace una señal a los helicópteros. Será un gran espectáculo, señor Presidente. Noticia principal. Y le dará al Pentágono unos meses más de encubrimiento. Un poco de verdad puede ser una maravillosa mentira.

Breland estaba pensativo, mordiéndose los labios.

—Al general Madison y al Comando Conjunto no les gustará dejar saber ni siquiera tan poco.

—A la mierda con ellos —dijo Wilman, sorprendiendo a Breland con su grosería—. Pregúnteles cuándo fue la última vez que visitaron una clínica de prótesis en Bosnia, o que fueron a un funeral en un pueblo en Afganistán. Pregúntele a Madison si piensa que esos secretos valen su pierna derecha, o la vida de su nieta Macey. Ciento cincuenta millones de minas están esperando en el terreno, y producen mil bajas por semana. Y ambos números han seguido creciendo de la manera equivocada durante veinte años. Usted puede hacer algo acerca de esto, señor Presidente. Por favor, haga algo.

Breland se levantó de su escritorio y señaló a Wilman con un dedo acusador.

—Esto es lo que usted quería cuando entró aquí.

—Sí, señor —admitió Wilman con entusiasmo.

—Así que usted es quien me está manipulando ahora.

—No, señor. Yo soy quien lo está avergonzando.

Breland lanzó un suspiro.

—Lo hace bien. Supongo que usted sabía que acabo de tener una nueva sobrina nieta.

—Quizás oí algo sobre eso.

Con una sonrisa abatida, Breland rodeó su escritorio.

—¿Sabe cuál ha sido la mayor sorpresa de este trabajo, Grover? Lo difícil que es hacer lo correcto, aun con la mejor de las intenciones. Lo difícil que es hacer cualquier cosa. Es casi como si cada vez que se abre una de esas puertas entrara un poco más de basura del fondo del río Potomac. Antes de que uno se dé cuenta, está hundido hasta la cintura, y apenas puede moverse. —Inclinándose hacia adelante, presionó el botón del intercomunicados— Señora Tallman, ¿podría ubicar al general Stepak y decirle que necesito verlo?

—¿Quiere que me quede para eso? —preguntó Wilman.

Breland dijo que no con la cabeza.

—No, a menos que usted haya traído una pala con usted. ¿Conoce la historia del hombre de ciudad, el granjero y la mula?

—«Primero, tiene que llamar la atención de ellos» —dijo Wilman entre risas—. Buena suerte, señor Presidente.

Esa tarde, siguiendo un impulso, Wilman envió un presente a la Casa Blanca: una pala de mango largo con una punta y una unión con brillo cromado. Originariamente, había sido hecha para dar un golpe inicial a la tierra en ceremonias oficiales. Wilman hizo agregar una gran calcomanía del sello presidencial a la punta.

Pero no pudo saber si se había equivocado en el hombre o en el momento hasta su próxima visita a la Casa Blanca, cuando halló la pala colgada de la pared, a la derecha del escritorio de Breland. Había un cartel negro y amarillo más apropiado para una fábrica colgado al lado de ella. Decía: «Para emergencias. No quitar».

Una sonrisa de sorpresa y deleite surgió en el rostro de Wilman cuando Breland le alcanzó el último informe sumario de mitad de mes de Sombrero de Bronce.

—Punto número dos —dijo; luego hizo una pausa para dejar que los ojos de Wilman lo miraran—. ¿Tiene algún país favorito?

El título del punto dos era «Proyecto de retiro de minas de Sombrero de Bronce». Wilman levantó la mirada, agradecido.

—No tengo un favorito, señor Presidente —dijo con énfasis—. Pero siempre he querido ver más de Camboya.

Breland asintió.

—Que sea Camboya, entonces. Y supongo que está bien si lo incluyo en el viaje.

—No quisiera perdérmelo.

—No debería —dijo Breland—. Pienso agradecerle públicamente a usted, y quiero ver si se sonroja.

## 15: Secreto

Nagasaki. Registros sísmicos «prueban sin lugar a dudas» que China llevó a cabo una prueba nuclear subterránea, violando así la Prohibición General de Pruebas, de acuerdo con el director de Control Mundial Nuclear. «Las oscilaciones de la bomba son inconfundibles. Éste era un nuevo diseño, con un alcance mayor que el que habíamos visto hasta ahora», dijo el doctor Ray Milius. «Espero que sea la cabeza para el DF-10». La Agencia Espacial China disparó su nuevo cohete de largo alcance el mes pasado. Pero los funcionarios en Beijing insisten en que el acontecimiento sísmico, centrado cerca de la zona de pruebas nucleares de Lop Nor, fue un terremoto y no una explosión, y que el Dong Feng 10 fue diseñado como propulsor de la nave tripulada Lotus.

*Historia completa - Reseña del Departamento de Estado - Vídeo: lanzamiento del DF-10 - El primer ministro del Japón protesta - ¿Fue la prueba una «advertencia» para Rusia y los Estados Unidos?*

Apenas había empezado a secarse la transpiración en la piel de Gordon Greene cuando su comunicador empezó a sonar.

La alarma era un sonido sorprendentemente moderado, en parte porque lo había dejado en modo continuo, y en parte porque los jeans donde estaba se encontraban en una pila amontonada en el suelo a tres metros, cerca de la puerta de la habitación. Era en parte una vibración sorda, en parte un zumbido de tono bajo, y no era más fuerte que la respiración de la mujer desnuda acurrucada a la derecha de Greene. Lentamente, se soltó del abrazo de la muchacha, reemplazando su hombro con una almohada bajo la mejilla de ella y el calor de su cuerpo, con una manta.

No era la ternura ni el cariño lo que lo guiaban, sino más bien una combinación de cortesía y su deseo de privacidad. Como la mayor parte de los encuentros cuando los extraños se convierten en amantes, la última hora había sido de mutuo egoísmo, no de intimidad. La necesidad de ella de no estar sola y la de él de calmar sus ansias de un cuerpo habían arreglado todo, negociando con promesas medidas bajo la luz fría de un bar bailable a ocho cuerdas del campus.

Pese a todo, habían armonizado, y sus cuerpos habían encajado el uno en el otro con facilidad, con besos apasionados y todo lo que seguía, la intensidad de ella a la par de la de él, su cuerpo que se encogía ante sus caricias, el cuerpo de él que respondía a la llamada de ella. El acoplamiento final había sido salvaje, vocal, febril, desenfrenado, y se habían desmayado juntos sobre las sábanas húmedas sin ningún arrepentimiento. En realidad, con muy poco que pudiera molestar la agradable niebla



de memorias sensoriales y el suave descenso al sueño.

Luego se oyó la alarma. Greene recordó al instante por qué la había puesto, y se dio cuenta de que era una razón suficiente para abandonar la agradable y suave presión de Kiera contra él. Escapó de la cama con apenas un chirrido de los resortes. Para entonces la alarma ya no sonaba. Pero levantó sus jeans con una mano mientras salía de la habitación, y se detuvo en el pasillo para ponérselos.

Había suficiente luz que pasaba a través de las persianas, proveniente de una luz de seguridad, para que Greene pudiera llegar a una silla giratoria en su estudio. Cuando tocó la esfera de la computadora, el visor de cien centímetros se despertó, vertiendo bastante luz sobre el escritorio como para que él pudiera ver su teclado dividido, un accesorio antiguo que requería una antigua habilidad, pero que no obstante era la primera elección de Greene para hablarle a su sistema. La mayor parte de las cosas interesantes que podían hacerse con una computadora exigían abandonar las cómodas facilidades de la interfaz multimedia. Y, al nivel de la máquina, la sintaxis era importante.

Todos sus agentes de noticias estaban activados y le mostraban sus nuevos hallazgos. Como aún tenían un poco de tiempo antes de la transmisión programada desde Phnom Penh, Gordon empezó a mirar rápidamente los mensajes que tenía.

Había tantas entradas en la cola de Explosión que casi le parecía que la tierra estaba vibrando a sus pies. Un camión-bomba en Colombia, minas en una ruta muy transitada en el Valle del Jordán, un ataque con cohetes en Argel, duelos de mortero en las afueras de Bogotá... éstos eran asuntos de todos los días. Greene había mirado cientos así sólo en el último mes. Bombas norteamericanas de cincuenta años que mataban a unos granjeros al norte de la ciudad Ho Chi Minh, una bomba suicida en un tren alemán, munición en buen estado de artillería de 105 milímetros encontrada en un basural en Kentucky... por lo menos éstos ofrecían alguna novedad, aunque ningún rastro de lo que Greene buscaba. Y cada tanto había historias que Greene podía solamente considerar macabras y raras: un ataúd con una trampa en un funeral en el sur de Italia, o los «asnos dirigidos» que pasaban lanzadores de granadas por las montañas a Grecia.

Ocasionalmente (e inevitablemente), los buscadores se equivocarían, y le ofrecerían a Greene un instante más divertido: un artículo sobre una «explosión» de las poblaciones de hormigas rojas en Missouri o un impacto de un cometa devoniano en Nevada. Pero había otras historias ante las cuales Greene no podía encogerse de hombros, las insensatas y crueles, las desvergonzadas y brutales. Las imágenes mentales permanecían en él durante días: granadas de fragmentación arrojadas en el medio de una iglesia atestada en Manila, o un asesinato equivocado con una carta bomba en Grozny que mató a una niña de un mes en los brazos de su madre.

Pero los agentes de noticias aún no habían hallado evidencia acerca de que el

Gatillo estuviera siendo usado como se le había prometido a Greene: acerca de bombardeadores matados por sus propias bombas, acerca de déspotas depuestos y los ejércitos privados de su armamento, de matones, delincuentes y hombres listos despojados de su masculinidad de azul y acero. Los que sangraban y morían, los que sufrían y lloraban seguían siendo mayoría, en todos los continentes, en todos los países, y sólo las muertes más terribles y dramáticas eran registradas en la conciencia y el conocimiento de desconocidos del otro lado del mundo. Todo era como siempre había sido.

Greene no perdía las esperanzas porque era lo suficientemente cínico como para no esperar demasiado. Aun así, sentía que se perdía una oportunidad cada día que pasaba. Lo sentía por él, por aquéllos a quienes había llamado amigos, y por aquélla que nunca estaba fuera de sus pensamientos. Un gesto noble y en vano, un año perdido, y vidas alteradas sin objeto. Su desilusión no provenía del abandono de la esperanza, sino del sacrificio de las buenas intenciones. Habían caído en terreno duro y cada vez le parecía más que él tenía que dar un paso para mantenerlas.

Esa posibilidad parecía tan cierta, en realidad, que Greene ya había estado haciendo sus preparativos. Ya tenía tres copias encriptadas del archivo Gatillo en servidores remotos, todos ubicados físicamente fuera de los Estados Unidos. Dos de esas copias estaban envueltas en un sobre digital dirigido a más de cien sitios públicos de distribución, desde grupos de noticias como alt.peace y sci.physics a servidores de impresión en dieciséis países. El tercero estaba dirigido a casi doscientas casillas de correo individuales de activistas por el desarme y sus compañeros de Terabyte en todo el mundo: físicos de todas clases, ingenieros experimentales y directores de investigación de compañías de alta tecnología.

En general, Greene calculaba que sus esfuerzos —que incorporaban los trucos más nuevos y escurridizos para el envío masivo de mensajes— podrían distribuir por lo menos diez mil copias del enorme archivo en una hora. Según la velocidad y efectividad de cualquier intervención del Pentágono (barricadas, asesinatos y canceladores entre una infinidad de posibilidades), podría haber medio millón de copias o más en circulación para cuando hallaran y cerraran los servidores de origen. Y en ese punto, sería ya demasiado tarde. Demasiada gente habría tomado nota de los elefantes digitales que Greene había dejado en su puerta. Sería imposible hacerlos desaparecer a todos.

La amenaza que más temía Greene ahora era el golpe en la puerta que podía llegar sin ninguna advertencia. Él era el eslabón más débil, un clásico modo de fallo único. Así que había puesto a todas sus computadoras con remitentes de «hombre muerto», y sus relojes estaban tres días adelantados. Si algo le ocurría, de modo que algún inocuo llamado de la red no podía llegar a sus remitentes por lo menos una vez cada tres días, todo se pondría en marcha sin mayor participación de su parte. Eso

mismo le daría a Greene una ventaja, unas horas, unos días si quería arriesgarse, en los cuales podría desaparecer en la sombra, cuando llegara el llamado, si es que llegaba.

Pero la razón por la que estaba sentado frente a la terminal a la madrugada, en lugar de estar acariciando a la mujer en la cama, como haría cualquier hombre en sus cabales, era averiguar si todo ese trabajo había sido en vano.

Unos pocos minutos antes de las dos, mientras cerraba sus agentes de noticias, oyó un crujido del suelo del living.

—Hola —dijo ella suavemente, acercándose.

—Hola —dijo él, poniendo CNN y bajando el sonido—. Tienes el sueño ligero.

—No tanto como tú, evidentemente. ¿Qué estás haciendo? ¿Enviando una reseña a *alt.suertudo.com*? —musitó, abrazando el pecho descubierto de él desde atrás.

—Poniéndome al tanto de los acontecimientos actuales —dijo él—. El Presidente está en una gira en el Lejano Oriente.

—He conocido hombres que tenían que fumar después, y hombres que tenían que comer después, y hombres que tenían que salir corriendo y lavarse los dientes después...

—Eso es atractivo.

—Muy —dijo ella, mientras aparecía una señal de CNN en vivo en la pantalla—. Pero si no vuelves a la cama, voy a ir a casa pensando que fui dejada de lado ante una pantalla por un político... y por uno con bastante cara de tonto.

Con un toque de su mano izquierda, Greene empezó a capturar la imagen de vídeo. Con otro hizo subir el volumen. Con la mano derecha apretó la mano de Kiera y la detuvo antes de que se fuera.

—Quince minutos y estaré todo junto a ti otra vez.

—¿Esto te excita? —dijo ella con una risita.

—Bueno, supongo que has oído hablar del vínculo genético entre la testosterona y las explosiones, ¿verdad?

Después de las presentaciones, el presidente Breland empezaba a hablar.

Kiera apareció sobre su hombro.

—¿Estás esperando explosiones?

—Ése es el rumor. No en el podio —agregó rápidamente—. Van a despejar un campo minado.

—¿No es peligroso? ¿Y no lleva mucho tiempo?

—Generalmente sí. Por eso esto es una novedad.

Ella miró a la pantalla y vio solamente cabezas que hablaban.

—¿Quince minutos? ¿Me lo prometes?

—Veinte, como máximo.

Ella lo besó en la cabeza.

—Quizá vaya a darme una ducha, entonces.

—Eso es lo que Napoleón le dijo a Josefina.

—¿Hmm?

—No.

Ella hizo un ruido de sorpresa, pero no de disgusto.

—No me hagas esperar.

—No lo haré.

Después de que se fue, Greene se permitió una sonrisa. Había podido atisbar el vehículo de colchón de aire en el fondo, detrás del Presidente. La sonrisita se amplió con una sonrisa complacida cuando llegó el primer plano. Cuando una maqueta apareció en la pantalla, Greene se reclinó en su asiento y empezó a reírse por lo bajo en la oscuridad.

—«Vehículo de Retiro de Minas Armónico» —susurró para sí mismo—. Me gusta eso. Me gustan las antenas falsas también, y esos grandes parlantes Leslie adelante y atrás. Muy barato. Retiro de minas armónico, sí, va a funcionar.

Greene había subestimado su propia alegría y fascinación. Pasó más de una hora antes de que finalmente volvió en puntas de pie a su habitación. Cuando lo hizo, encontró a Kiera completamente dormida y roncando suavemente. Tenía la intención de arreglar el asunto por la mañana, pero ella dejó la cama temprano y no regresó, ocultándose en una larga ducha y luego manteniéndolo a él a distancia hasta que ella pudo escapar.

Para su sorpresa, Greene se dio cuenta de que no le importaba demasiado la oportunidad perdida, ni lamentaba no haber cumplido su promesa. No intentó detenerla ni darle explicaciones. Su primer pensamiento esa mañana fue preguntarse cómo ese hecho estaba siendo presentado en los principales servicios de información. Su segundo pensamiento fue acerca de Leigh Thayer, y acerca de las posibilidades mucho mayores ahora de volver a verla.

—Antes de Pol Pot y de Lon Nol, antes de la guerra secreta de los Estados Unidos, antes de la brutal guerra civil en Camboya, esto era una granja —dijo el presidente Breland a las cámaras que llevaban su imagen por todo el globo. A su derecha estaba el presidente del Consejo Nacional Supremo. A su izquierda, el director del Centro Camboyano para el Retiro de Minas—. Estos campos producían arroz, y los bosques detrás de ellos daban madera y fruta.

»Esto no era una granja-fábrica, o una cooperativa del Estado, o siquiera una fuente de gran riqueza. Ésta era la granja familiar de Ngos Tran. —Breland miró hacia la plataforma donde un hombre delgado y encorvado estaba de pie, descalzo, con su chaqueta y *sam-pot*.— El y sus ocho hermanos, y sus padres, Poth y Ravi, trabajaron estos campos inundados para sobrevivir. Si en un año había lo suficiente para llenar un carro para vender en un mercado, se consideraban bendecidos.

»Pero luego llegaron los soldados, y el señor Tran perdió un hermano por un disparo. Más tarde, esos soldados fueron empujados por otros soldados, y el señor Tran perdió un segundo hermano, reclutado a punta de bayoneta, y nunca más oyeron de él. Una y otra vez, cuatro diferentes ejércitos se han tiroteado en esta tierra, que está demasiado cerca del río Mekong y de la ruta de Kámpóng Cham para escapar a su atención.

»Esos ejércitos ya no están, pero sus tarjetas de la muerte siguen aquí esperando: docenas de minas antipersonales envueltas en plástico, escondidas bajo el agua, ocultas en el barro. Una mató a la hermana mayor del señor Tran. Otra se llevó la pierna derecha de su padre. Nadie vive de esta tierra ahora. Nadie siembra arroz aquí. Es demasiado peligroso, aun para gente pobre y desesperada.

»Pero las minas en Camboya no son sólo la tragedia de una familia. Son una tragedia nacional. Hay más amputados aquí que en cualquier otro lugar del mundo: una cada doscientas personas. Cuatrocientos civiles mueren por mes en lo que el Khmer llama tiempo de paz.

»¿Por qué nadie hace algo? Alguien lo ha hecho. Durante más de una generación, el Centro Camboyano por el Retiro de Minas ha dirigido uno de los programas de retiro de minas mejor organizados, más dedicados y más exitosos del mundo. Trabajando lentamente, retirando una mina por vez, los equipos del Centro (más de tres mil hombres y mujeres, la mayoría de ellos entrenados por el Centro) han quitado más de siete mil minas y limpiado más de seis mil kilómetros cuadrados de tierra. Y cada kilómetro cuadrado que el Centro limpia permite a cincuenta refugiados volver a casa.

»Pero pese a sus incesantes esfuerzos, aún hay ocho millones de minas escondidas bajo tierra, esperando a lo largo de los caminos y senderos, ocultos en los bosques de Camboya. Estos campos han sido marcados con banderas rojas y han figurado durante nueve años en una lista de sitios que tienen que ser despejados. El Centro (la gente de Camboya) ha hecho todo lo que alguien puede pedir para librar a su país de esta plaga. Necesitan y merecen nuestra ayuda. Y eso es lo que hemos traído.

»Detrás de mí hay una máquina notable, la primera de cientos de Vehículos de Retiro de Minas Armónicos, que habrá, y que tengo la intención de instalar donde nuestra ayuda sea recibida. Valiéndose de principios de energía del sonido que serán familiares para cualquiera que haya asistido a un concierto, el Vehículo puede hacer en una hora lo que a un pelotón de retiradores de minas entrenados le llevaría una semana, y sin las terribles bajas tan frecuentemente sufridas por estos valientes voluntarios.

»Esta tierra ha visto demasiada sangre derramada, y ha estado en barbecho demasiado tiempo. Es hora de que el señor Tran y su familia vuelvan a casa, vuelvan

a sus campos. Por eso le he pedido a la Brigada de Ingeniería 318 de los Estados Unidos, recientemente formada, que traiga su primer Vehículo aquí para demostrarle al mundo que la era de la mina se ha terminado, y que el día de esa arma ha pasado. Señor Tran, espero que éstos sean los últimos soldados que sean vistos en sus campos.

Breland se alejó del podio e hizo una señal (un círculo en el aire con el índice) al teniente del ejército que estaba de pie con su gente frente al Vehículo. El teniente respondió con un saludo. Mientras él y sus hombres subían al vehículo, Breland se dejó llevar hacia una de las cinco sillas protegidas por tres largos, paneles oblicuos de un escudo transparente de acrílico contra metralla, una concesión al Servicio Secreto, que había querido que Breland hiciera su discurso desde un estudio en Phnom Penh.

Hubo un susurro y un murmullo de anticipación mientras las turbinas del Vehículo se encendían, y el vehículo de colchón de aire se elevó dejando su falda de goma. Con todos sus ventiladores funcionando, se volvió y se acercó hacia las banderas de demarcación. Cuando se acercó al primero de los banderines que marcaban el límite, se agregó el ruido grave de los parlantes de gran salida, que llegaba a los oídos de Breland casi como un pulso, aunque sabía que era un sonido continuo.

Casi inmediatamente, media docena de pequeñas fuentes empezaron a surgir del arrozal abandonado en un arco justo encima del Vehículo. Las explosiones individuales, ahogadas por la sobrecarga, eran apenas más fuertes que sus ecos salteados, pero sin embargo hicieron sobresaltar a la centena de espectadores, y quienes luego, inexplicablemente, empezaron a acercarse. Mientras el Vehículo se desplazaba sobre el borde del campo, las explosiones continuaron, y la multitud, complacida, aplaudía.

Cuando el vehículo se detuvo en la fila de árboles y luego giró para empezar a pasar nuevamente, de manera paralela, Breland pudo ver que la falda del colchón de aire estaba salpicada del barro del Mekong, pero no había señales de ningún daño.

—¿Cuántos de éstos puede prestarnos? —preguntó el presidente del Centro, acercándose a Breland.

—Estamos organizándolos en escuadrones de cuatro —dijo Breland—. Yo esperaba que ustedes me permitieran ubicar dos escuadrones aquí. Mis expertos me informaron que deberían estar en condiciones de despejar todas las zonas bajas para fin de año.

—Para fin de año... —repitió el presidente del Consejo Nacional Supremo, maravillado.

En ese preciso instante, sin ninguna advertencia, una gran explosión surgió a unos metros dentro del borde de la zona con banderines.

Algo resonó contra el escudo, y la plataforma entera se sacudió. Breland se

arrodilló instintivamente, y empezó a incorporarse, todavía con un zumbido en los oídos. La explosión había ocultado el Vehículo de sus ojos detrás de una pared sólida de barro, humo y agua.

Dos agentes del Servicio Secreto tomaron a Breland, con la intención evidente de llevarlo al suelo protegiendo el cuerpo de él con el de ellos. Pero él los alejó, enojado, justo cuando el coronel Grassley del regimiento 318 subía corriendo a la plataforma.

—¿Qué ocurre, coronel? —llamó, mientras ayudaba al presidente del Centro a levantarse.

—Una carga que no explotó, señor Presidente. Probablemente una carga de artillería o una salva de mortero que se enterró ahí. Sonó como una grande. Los chinos copiaron el mortero remolcado ruso de 82 milímetros, y puede haber sido algo así. Hasta puede haber sido una bomba de hierro que nosotros dejamos.

—¿El Vehículo está dañado? —Pero entonces pudo ver que no. Aunque estaba ahora muy pintado de lodo, seguía avanzando, y pasó cerca de un pequeño cráter que se estaba llenando rápidamente de agua.

—No, señor. ¿Quiere que continuemos?

El comandante de la unidad del Servicio Secreto dio un paso y trató de responder a esa pregunta, pero Breland fue más rápido:

—Por supuesto, coronel. Despejen todo el campo.

Los hombres del Servicio Secreto estaban ahora muy cerca de Breland, enojados e insistentes.

—Señor Presidente, tenemos que retirarlo de aquí.

—Me sentaré abajo, John —dijo en voz baja, y los micrófonos no captaron sus palabras—. Es todo lo que te permitiré moverme.

En diez minutos más todo terminó. No hubo más grandes explosiones y sólo una mediana, que Grassley identificó como una mina antitanque. En total, unas tres docenas de «rosetas de maíz», como el director del Centro llamaba a las pequeñas minas antipersonales, explotaron en el primer barrido del campo. El Vehículo hizo un segundo barrido en ángulo recto, pero no hubo ni una explosión más. Parecía que la primera barrida había sido ciento por ciento efectiva, ubicando y destruyendo todas las amenazas que acechaban bajo la superficie.

Cuando el Vehículo se posó sobre su falda en el área de estacionamiento, Breland bajó de la plataforma y cruzó la calle para felicitar a la tripulación. El destacamento del Servicio Secreto fue detrás de él nerviosamente, esperando que su próxima parada fuera el helicóptero presidencial, y un rápido viaje de vuelta a la seguridad de Singapur. Pero cuando Breland terminó con la tripulación, vio que Ngos Tran también había bajado de la plataforma, y se dirigía, vacilante, hacia los banderines rojos, completamente solo en su maravilla e incertidumbre.

Fue entonces cuando, siguiendo un impulso, Breland tuvo el gesto que casi todos

los editores de noticias de todo el mundo elegirían como la imagen representativa de ese día. Después de cruzar el campo con pasos largos pero tranquilos, alcanzó a Ngos Tran, y se quedó allí.

Los dos hombres no podían ser menos parecidos, o de dos mundos más diferentes: este y oeste, ciudad y campo, de hombros anchos y delgado, alto y encorvado, poderoso y pobre. Un presidente y un campesino. Ninguno podía entender una palabra que dijera el otro. Pero en unos pocos gestos, se hicieron entender.

«¿Es realmente seguro?», le preguntaba Tran.

«Venga, véalo usted mismo», fue la respuesta de Breland.

Los dos hombres caminaban lado a lado. Pasaron los banderines y entraron en el campo empapado que media hora antes ninguno de ellos hubiera osado pisar.

Enseguida los siguieron los funcionarios camboyanos, luego otros de la plataforma, todos corriendo para demostrar que ellos tampoco tenían miedo. Pero los demás eran irrelevantes. Las cámaras apenas les prestaban atención.

Fue la imagen de gratitud de Ngos Tran, quien miraba llorando a Breland y le tomaba las manos, y la escena de los dos hombres en el barro con el agua hasta los tobillos, lo que le valdría al fotógrafo Milo Thurban un Premio Pulitzer.

Y al presidente Breland le valdría muchísimo más.

El equipo de control y mediciones de la doctora Leigh Thayer tenía el control de rango de pruebas para la tarde. Habían preparado más de cuatrocientas muestras de materiales para ser evaluadas como escudos del Gatillo (entre ellos, metales, cristales, líquidos, compuestos inorgánicos ricos en nitrógeno). Cada material sería probado en tres espesores diferentes (de uno, tres y cinco centímetros), y en dos distancias (diez y veinticinco metros).

Lee llamaba a estas sesiones de prueba el «revoltijo», porque la imagen predominante era la de todo el equipo desparramado por la zona de alcance de la prueba, unos llevando bandejas de muestras y apresurándose de una almohadilla de prueba a otra. Las pruebas en sí sólo ocupaban unos pocos segundos cada una, así que parecía como si estuvieran en un ciclo interminable de preparación y recolección de las muestras.

Había ahora un total de veinte almohadillas de prueba desplegadas en dos arcos hacia el norte del laboratorio principal. Lee había pedido más, así podían probar más materiales a la vez. Pero después de observar el primer revoltijo antes de irse a Princeton, Brohier había decidido en contra del pedido de ella.

—Tal como están las cosas, tienes una persona por material. Es muy ordenado, y hay poca posibilidad de error —le dijo—. Si pasas ese límite, sólo aumentarás las posibilidades de un error.

Los errores no eran tan graves como lo habían sido al principio, porque ya no usaban explosivos en sus pruebas. En lugar de ello, usaban lo más parecido a un



detector operativo del Gatillo que habían diseñado: las «cápsulas humeantes» de Leigh Thayer.

Como las cintas reactivas o las placas de radiación, las cápsulas consistían en un panel de plástico con un disco de tela impregnado con una solución derivada de la pólvora negra. Cuando se las exponía a un campo del Gatillo, las cápsulas explotaban con una columna de humo oloroso muy visible.

La información que proveían era estrictamente binaria: sí o no, presencia del Gatillo o no, y las cápsulas eran consumidas en el proceso. No obstante, a diferencia de las pequeñas explosiones pirotécnicas, que habían costado a uno de los ayudantes de Lee la yema de dos dedos, las cápsulas podían ser manejadas sin entrenamiento especial, y el ciclo de la prueba se reducía a la mitad. También eran casi silenciosas, lo que significaba que los días de prueba no sonaban más como un 4 de Julio. El Pentágono vio que eran potenciales alarmas perimetrales, por lo cual Goldstein ordenó la producción acelerada de ellas, y Lee presentó una solicitud de patente.

Pero Lee aún buscaba el descubrimiento que le permitiría construir un detector adecuado y un medidor de la intensidad para los campos del Gatillo. Los dos problemas (protección contra los campos y medición de éstos) parecían inextricablemente vinculados. Dentro del rango del Mark I, el campo del Gatillo parecía poder atravesar cualquier cantidad de materia como si no estuviera allí.

Había probado con cápsulas humeantes suspendidas a cien metros en un pozo y ubicadas en el extremo de un monte de granito. Las había probado con el pozo inundado y el emisor cubierto de plomo. Habían sellado una cápsula dentro de una caja hecha de uranio reducido. Los resultados (todos positivos) destruían todas las nociones de propagación basadas en la conducta de cualquier forma de energía electromagnética. Fuera lo que fuera lo que salía del emisor de un Mark I, consideraba la roca tan transparente como el aire.

Dado que la interacción del Gatillo con la materia era tan débil y selectiva, era inevitable que Horton y Brohier empezaran a prestar atención a los neutrinos. El modelo CERN había relegado esas misteriosas partículas fantasma a la misma categoría que al éter interespacial, despreciado como una simple convención de libro de un modelo teórico inmaduro. Aun así, los neutrinos seguían siendo atractivos. Durante casi dos semanas, Horton no habló casi de otra cosa.

En sus últimos días en la escena teórica, los neutrinos habían sido los más raros de una serie de extrañas criaturas en el zoológico subatómico. Con su masa variable, los números de espín fraccionales, su variedad de tienda de dulces y la rara habilidad de pasar por toda la masa de la Tierra como si no estuviera allí, los neutrinos eran el último Santo Grial del físico del Modelo Estándar, y la última esperanza de Jeffrey Horton.

La esperanza era que en algún lugar en el registro experimental acechara,

olvidada y no reconocible, otra anomalía del Gatillo. Molestaba a Horton no haber podido relacionar su descubrimiento con cualquier fenómeno que ocurriera naturalmente.

—Daría mi brazo derecho por poder ver este asunto desde otro ángulo —le había dicho a Lee en una cena, poco después de que ella llegó al Anexo.

—Tendrías que encontrar alguien que quisiera tu brazo derecho primero.

Horton ya no conservaba el humor para entonces.

—Sabes lo que quiero decir. Lo que estamos haciendo aquí con la tecnología debería estar copiando algo que ocurre afuera sin ella. Me incomoda no tener fenómenos análogos naturales. Si esto es un fenómeno real, ¿cuáles son las observaciones que nos está ayudando a entender?

—La Paradoja de Horton —había dicho ella—. ¿Qué apareció en la bibliografía?

—Nada —había respondido él, moviendo la cabeza con una expresión de disgusto.

—Tal vez hayas buscado en la bibliografía equivocada —había sugerido ella—. Quizá necesites el *The Weekly World News* en lugar de *Physics Today*.

—¿Piensas que no estoy dispuesto a recurrir a los fenómenos en este punto? Quizá no llegue a los periódicos tabloides, pero deliberadamente dejé los parámetros de búsqueda lo más abiertos posible. Me aseguré de que abarcaran toda la pseudociencia y la paraciencia.

—¿Y?

—No querrás que continúe.

—Vamos, dime.

—El buscador me dijo varias veces que la combustión espontánea humana era un buen resultado para mis criterios de búsqueda.

Ella se había reído, complacida.

—¡Claro que sí!

—No —había dicho él suavemente—. No hay un solo caso documentado con testigos. Ningún predicador inmolado en el púlpito, aunque te digan lo contrario. Por lo que puedo decir, en todos los mejores casos hay una anciana encerrada, obesa, que vivía sola, bebedora y fumadora.

—Hmm. No suena como si necesitaras a Sherlock Holmes para que te explique.

—Y la ciencia forense es o anecdótica o inexistente. Nunca has visto historias tan crédulas como ésas.

—Por supuesto que sí. Recibí educación católica.

—Reservada —dijo él con una sonrisa burlona—. Pero de todas maneras, si necesitamos a Mary Reeser o a la señora Oczki para explicar nuestro caso...

—Y bien... ¿Qué hay de los «fuegos de origen dudoso»? Alguien debe guardar registros.

—Alguien lo hace: el Centro Nacional de Datos sobre el Fuego. Cubrimos ese campo cuando todavía estábamos en Utah entrenando a los operadores del ejército.

—¿Y?

—Sólo pudimos llegar a un claro «quizás». El Centro Nacional rastrea dos millones de incendios y explosiones por año, y uno de cada cinco son de «causa desconocida». Contratamos a una compañía privada de investigaciones de incendios para que buscara en la base de datos del Servicio Nacional de Incendios. Volvieron con un informe muy largo, y no había nada allí que yo pudiera usar. No había suficiente información, no se podía reproducir, no había pautas que resistieran un análisis más fino.

—No hay pruebas.

—En una palabra.

—Tiene que estar por ahí.

—Si es que estamos haciéndonos las preguntas correctas —había dicho Horton—. Una de las verdades que todavía creo bastante es que la materia y la energía interactúan. Pero empiezo a preguntarme si lo que sale del emisor quizá no sea ni materia ni energía.

—¿Tienes algún otro sospechoso? —había dicho ella, sorprendida.

Horton la había mirado frunciendo el ceño.

Esa pregunta era ahora para Karl Brohier. Menos de tres semanas después de volver de Washington con Horton, el director había vuelto a hacer las valijas, esta vez para ir al Instituto de Estudios Avanzados en Princeton.

Ante el viaje de Brohier, Horton volvió a ser una presencia visible en el Anexo, y daba señales de que estaba recuperando su antigua actitud. Ya no era un ermitaño, demostraba un renovado entusiasmo por su trabajo, que a veces se manifestaba en un interés casi entrometido en el trabajo de Lee. Había pasado casi una semana recorriendo los registros de la unidad de ella y hablando con el equipo de ella sobre el problema de la detección y de la medición.

Y al final de esa semana, había pronunciado frente al equipo de ella una exhortación a la antigua:

—Si pueden detectarlo, pueden dirigirlo. Si pueden medirlo, pueden modularlo —les dijo Horton—. Mantengan la concentración y mantengan su entrega. Si pueden, mantengan el optimismo. Todos tenemos problemas con él a veces. Pero su trabajo puede bien ser la clave de todo lo que hemos estado haciendo aquí. Si hallan algo que interactúa fuertemente con un campo del Gatillo, podemos tener un escudo al día siguiente, y direccionalidad un día después.

El compromiso de Horton llegaba un poco tarde, desde el punto de vista de Lee, pero ella se sorprendió de hallar que el entusiasmo de él mantenía a flote su propio ánimo desalentado. Y se alegró cuando Horton apareció en el control de pruebas

media hora antes de la hora planeada para el segundo revoltijo. Le recordó los viejos tiempos, antes del Bebé; una época que, como muchos otros padres, ella miraba con cierta nostalgia selectiva.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Horton.

—Acepto donaciones de sinapsis en buen estado —dijo ella—. ¿Sabías que el último gran crecimiento del cerebro ocurre justo después de la pubertad? Después de eso vamos deslizándonos... cuesta abajo.

—Lo sabía. —Horton mostró una amplia sonrisa—. Hasta desarrollé una teoría propia acerca de cómo los caminos de la vida se deciden por cómo usamos los últimos miles de millones de conexiones, en el estudio o en el sexo.

—Debes de haber mirado a tu alrededor en la escuela de postgrado y debes haberte dado cuenta de cuánta gente brillante no tiene idea acerca de las relaciones —dijo ella, y enseguida lamentó el toque de amargura que subyacía a sus palabras.

—Pude darme cuenta ya en la clase de matemática de la secundaria —dijo Horton—. Sólo dos del grupo fueron al baile de egresados, y yo no estaba entre ellos. ¿Tienes un juego de auriculares de más?

—En el cajón de abajo —señaló ella.

Luego estuvieron demasiado ocupados como para charlar. Lee revisó la lista final de tareas con una eficiencia enérgica que tuvo a todo el mundo de un lado a otro. Horton se caracterizaba por arreglárselas para quedarse fuera del camino de ella, lo cual ella apreciaba más que cualquier ayuda.

La prueba en sí fue algo decepcionante. Después de despejar el campo de alcance de la prueba, Lee llevó el Mark I hasta el diez por ciento durante quince segundos. Todas las bandas de la prueba estaban selladas dentro de pequeñas cajas de resina forradas con el material de la prueba. No había salidas de ventilación, así que no hubo humo ni ruido. Cuando volvió a encenderse la luz verde, uno de los miembros del equipo trajo el camión eléctrico desde afuera del radio de la prueba, y las cajas numeradas fueron apiladas y llevadas para su exanimación.

Mientras se alejaba el carro llegó otro con un juego de muestras más. Hubo un momento de tranquilidad en el control de pruebas mientras eran ubicados.

—¿Acaso el doctor Brohier te dijo algo de cuánto esperaba quedarse en Nueva Jersey? —preguntó Lee.

—Dijo que no era un lugar tan terrible como la gente suele decir, y que no me sorprendiera si se quedaba varias semanas.

—¿Piensas que pronto sabremos algo de él mientras esté afuera?

—No a menos que tenga algo —dijo Horton—. Simplemente, no es el tipo de persona conversadora.

—¿Te dio alguna pista de por qué viajó allá? Quiero decir, ¿con quién en particular quería hablar?

—Bueno... él tiene muchos amigos en la facultad. Buhl y Esterovich, especialmente. Pero todo lo que en realidad me dijo fue que se había preguntado si habíamos estado empujando el lado equivocado del palo. Si lo que necesitábamos era no una nueva física, sino una nueva matemática. Yo interpreté eso como una señal de que iba a hablar con Reichart y Wu.

Ambos nombres eran familiares a Lee. Reichart pertenecía al cuerpo docente de la Facultad de Matemática, y había ganado recientemente el Premio Wolf. Wu era un profesor invitado en la Facultad de Ciencias Naturales, y un conocido librepensador cuyas críticas al modelo CERN eran parte de su reputación tanto como su propio trabajo en física estelar.

—La lista de autores va a ser tan larga como el artículo cuando hayamos entendido todo esto —dijo ella.

—Me preocupa más que termine publicado en *El diario de hechos extraños de Kreskin* —dijo Horton.

—Podría ser peor. Podrían invitarte a aparecer en *Maravillas de la naturaleza* —bromeó ella. Se trataba de un programa diario y sin pretensiones intelectuales, el más exitoso de Phenomenal!, un canal de información y entretenimientos dedicado a religiones de moda y a pseudociencias paranormales. La conductora era una voluptuosa ex-modelo disfrazada de sacerdotisa egipcia. Sus atributos descubiertos, revelados por su traje neotradicional, pueden no haber motivado el título del programa, pero ciertamente explicaban gran parte de su audiencia.

—Es una esperanza que vale la pena mantener —dijo Horton con el rostro muy serio.

Ella rio y tomó el micrófono:

—Ésta es Lee en la cabina. Preparados para la segunda ronda. Suspendan las actividades por puesto.

Pocos días después, era mucho más difícil encontrar algo gracioso en su situación. Lee y Horton estaban terminando su inventario de las muestras expuestas en el tercer revoltijo, y empezaban a enfrentar el hecho de que los resultados no habían diferido de los primeros dos. Ninguno de los materiales de protección había funcionado; todas las cápsulas humeantes habían sido destruidas.

Horton se reclinó en su asiento y revisó la línea de mesas llenas de las cajas abiertas de las pruebas.

—Supongo que necesitaremos hacer orden, ¿no?

—Jeffrey, quiero hablar contigo sobre eso.

Él notó que ella no le decía más «jefe».

—Adelante.

—Y a he recorrido toda la tabla periódica dos veces. Con tiempo y dinero ilimitados, podría recorrer todo el *Manual de compuestos químicos* también. Pero no

me parece que así se haga buen uso de uno o del otro. No sin algún estímulo de parte de las pruebas que ya hemos hecho, alguna dirección que prometa algo. Pero los únicos materiales que interactúan con el campo del Gatillo explotan o se disgregan. Y aun ahí, yo no entiendo el proceso. Ni siquiera puedo probar que algo es absorbido. Es un callejón sin salida, Jeffrey. Esta maldita cosa... —Movi6 la cabeza, y la frustraci6n le quit6 las palabras para continuar.

—¿Hemos hecho un buen relevamiento?

—SÍ, absolutamente. —Ella hoje6 los informes de las pruebas—. Metales, no metales, de transici6n, gases nobles, actínidos, sulfuros, carbonatos, complejos de cobalto, fosfatos, resinas, aleaciones... Geri es una química muy buena, y entendió lo que yo quería.

—¿Qué quieres hacer ahora, entonces?

Lee suspir6 y mir6 hacia otro lado.

—Supongo que podríamos trabajar los metaloides un poco más.

Y he estado rehuyendo los líquidos por los problemas de manipulaci6n, dado que tantos de ellos son reactivos. Pero podríamos dirigirnos hacia allí, supongo.

—Muy bien —dijo Horton con tono alentador.

—Lo que realmente quiero es salir de aquÍ un poco —dijo ella, quejándose—. ¿Es posible? Tú tuviste tus vacaciones. ¿O aún estoy en libertad condicional, en arresto domiciliario?

—¿De qué hablas? ¿Qué tienes en mente?

—¿Cuán lejos estamos de Las Vegas?

—En helic6ptero, lo suficientemente cerca como para pasar una noche en la ciudad. Si vas en auto, necesitarás quedarte tres días.

—No es divertido ir a Las Vegas sola —dijo ella, mirándolo con esperanza—. Eso es para adictos al juego y para supuestas coristas, y yo no soy ni lo uno ni lo otro.

—Sabes más que yo. Nunca he estado ahí.

—Ni yo.

—Raz6n suficiente —dijo Horton, y se levant6—. Toma tu cepillo de dientes. Voy a despertar a los pilotos de su juego de naipes.

Horton y Thayer se sumergieron en el brillo y el espectáculo de Las Vegas con la alegrÍa imprudente de unos niños que se han escapado con una tarjeta de crédito prestada. Alquilaron una limusina Cadillac blanca en el aeropuerto internacional McCarren, y le dijeron a la conductora (una jovial mujer de Lousiana llamada Ruby) sus intenciones. Cuando la limusina llegó a The Strip, Ruby y su guía celular de la ciudad Alfombra Roja les habían reservado una suite en Bellagio y entradas para los dos mejores shows de casino.

El primer show; en el Luxor, incluía una cena lujosa servida por «esclavas de templo» que llevaban joyas doradas de fantasía y faldas cortas de colores que

parecían más basadas en Hollywood que en la egiptología. El espectáculo que siguió representaba el surgimiento y la caída del Primer Imperio, y estaba organizado sobre la sensualidad y la ovnilogía. Sus puntos culminantes eran una inundación en escena del Nilo, una orgía sibarítica y la destrucción del Gran Templo en Karnak por una nave espacial.

Ruby les dijo que entre los dos shows tenían el tiempo justo para alcanzar uno de los placeres más duraderos de The Strip. Los dejó enfrente de la Bahía del Bucanero del Hotel Isla del Tesoro en el momento en que el primer cañón del HMS *Britannia* rugía, lanzando una llama púrpura y un humo plateado. La multitud de quinientos espectadores que llenaba el puente lanzó un grito de encanto, y aplaudió cuando el corsario *Hispañiola* devolvió el fuego.

—¿Alguna vez te preguntaste por qué las armas y las explosiones son una diversión tan atractiva? —preguntó Lee mientras miraba el programa—. ¿O es algo que la testosterona entiende instintivamente?

Un cañonazo ensordecedor del *Britannia* lanzó al aire a unos piratas y unos tablones, y Horton se guardó la respuesta hasta que los piratas triunfaron y él y Lee estuvieron en la limusina.

—Me lo pregunto con frecuencia —dijo—. Hay algo visceral, con seguridad. Las luces brillantes, los colores intensos, los sonidos fuertes, la onda expansiva contra tu pecho...

—Eso explica los fuegos artificiales. No las películas de guerra.

—Está relacionado con algo primario, me parece. Algo profundo en la mente animal. Todos esos mitos sobre el Gran Hombre, padres, reyes y guerreros.

—El amigo con un arma es nuestro héroe. El enemigo con un arma es una bestia asesina —dijo en tono reflexivo.

—Y matar a la bestia sin ser herido es para los hombres lo más cercano a la magia. No tan interesante como la magia de las mujeres. Pero es lo esencial y lo que otorga la condición de héroe, protector y del que provee. —Movi6 la cabeza y baj6 la voz, tomando conciencia de la conductora—: Es un antiguo libreto. Ser6 raro ver c6mo queda cuando terminemos de reescribirlo.

—¿Qué haremos para divertirnos? —dijo ella entre risas—. La mitad de los escritores de Nueva York van a quedarse sin trabajo.

—¿No lo est6n ya?

—Muy bien, entonces la otra mitad tambi6n se quedar6 sin trabajo.

Horton se encogió de hombros.

—Siempre est6 la ficci6n hist6rica.

Una sonrisa esperanzada apareci6 en el rostro de ella.

—S6lo piensa en esto, Jeffrey. Quiz6s en mil a6os las historias de vaqueros sean historias situadas entre la invenci6n del tabuco y del Gatillo, un momento en que las

reglas eran diferentes. Una era colorida, fascinante, una rica fuente de leyendas y de folclore, pero fundamentalmente trágica y brutal, sin razón para que nadie la extrañe.

Horton cruzó el ancho asiento de cuero y tomó la mano de ella.

—Una hermosa idea. Aférrate a ella. Si alguna vez podemos mirar atrás con tanta claridad, bien, habremos aprendido algo, ¿no?

—Podría ocurrir —dijo ella con convicción—. ¿Cuándo fue la última vez que oíste a alguien defender el genocidio contra los indios norteamericanos, o a alguien que deseara que vivieran en Tombstone, hacia 1880?

—Oh, estoy seguro de que podríamos encontrar a alguien. La gente se vuelve nostálgica de las épocas más raras. Hay fanáticos del medioevo de fin de semana, otros que querrían revivir la Guerra Civil...

—Pero la mayoría de la gente piensa que el presente es mejor que antes —dijo ella, mirando por la ventana el alboroto brillante de Las Vegas—. Y pienso que la mayoría seguirá pensando lo mismo dentro de cincuenta años.

«En cincuenta años, te lo garantizo», pensó Horton. «Son los próximos cinco años los que me preocupan». Pero no dijo nada, dejando que el optimismo de ella quedara en el aire como una fragancia en el aire de la noche.

No estaba en la naturaleza de Jeffrey Horton permitirse disfrutar una demostración de arte escénico porque sí. Obtuvo su recompensa de competir en agudeza con los magos profesionales, y en agujerear sus ilusiones descubriendo la realidad detrás de ellas.

Mucho antes de haber pensado remotamente en una carrera en ciencias, sus dos grandes curiosidades eran los efectos especiales y la magia escénica, dos dominios donde el engaño es el arte mayor, y la realidad se vuelve elusiva.

Cuando los padres de Horton lo habían llevado a ver a David Copperfield en Minneapolis como regalo para su noveno cumpleaños, habían interpretado su atención absorta como fascinación juvenil. En realidad, había pasado toda la función intentando penetrar en las atrevidas ilusiones de David Copperfield, que en esa época llenaba auditorios. En el viaje de vuelta, Horton se había esforzado por arruinarles a los demás la ilusión, diciéndoles todo lo que había podido ver o deducir. Cuando muchas de esas ilusiones aparecieron en uno de los especiales de Copperfield, Horton lo grabó en un disco compacto y lo estudió hasta que pudo contar una detallada disección.

—Fue entonces cuando supe que él sería un científico —decía su madre—. Doscientos dólares por entradas para ver al mayor ilusionista del mundo, y Jeff insistía en decirle a toda la familia: «No se engañen. Esto es lo que pasó...».

A los trece años, su película favorita era *El doble*, que manipulaba de manera audaz la realidad, no sólo para la audiencia sino para el protagonista, un desesperado Steve Railsback que bailaba al final de una carrera divina de Peter O'Toole. El libro



favorito de Horton era *1LM: El arte de los efectos especiales*, un caro regalo de Navidad del hermano de su madre, en el cual eran revelados los secretos de prácticamente todas las películas populares de la juventud de Horton. Miraba todos los documentales de detrás de escena que podía, hasta el punto de que su hermano Tom decía que el programa favorito de Horton era *La filmación de...*

Esa obsesión resultó no darle muchos más réditos. Cuanto más sabía Horton, más difícil era engañarlo, o inclusive sorprenderlo. Las herramientas de los magos y técnicos de efectos cambiaban lentamente, y las verdaderas innovaciones eran raras.

Las imágenes de pixeles eran mejores que los de pantalla azul, que eran mejores que los de proyección, que era mejor que saber que una escena en *El mago de Oz* tenía que terminar como terminaba porque Dorothy estaba por bailar en primer plano en una enorme pintura de tinte mate. Pero eran todos trucos diseñados para ubicar actores reales en escenarios irreales, y todos eran igualmente increíbles una vez detectados.

Y lo mismo ocurría con todas las herramientas en el repertorio típico de los magos y los técnicos. Y como a Horton no le interesaba utilizar lo que sabía para engañar a otros, había llegado a un punto donde necesitaba otros rompecabezas para probarse a sí mismo.

Lo había encontrado en la clase superior de segundo año del señor Tomkins, donde se le presentó por primera vez la idea de que la ciencia era una indagación constante con preguntas sin respuesta, y no simplemente un catálogo de cosas ya descubiertas. Esto último apenas podía interesarle; pero lo primero llegaba a consumirlo.

La realidad misma resultó ser la más grande y más fascinante ilusión de todas: la materia sólida era en gran parte espacio vacío, los objetos estacionados estaban en movimiento constante, las líneas rectas eran en realidad curvas, la mayor parte del universo era invisible, la materia se creaba a sí misma espontáneamente desde el vacío, el tiempo era una variable, y todas las respuestas llevaban a más preguntas.

Con todos esos misterios y otros aún más paradójicos para ocuparse, nunca se había aburrido antes, ni una vez en veinte años. Una misa de domingo, una larga fila en una oficina estatal, un programa especial de televisión de beneficencia, una tía abuela charlatana, un viaje en auto por el campo, las actas de cualquier legislatura, un partido de golf... el señor Tomkins lo había inmunizado efectivamente contra cualquier forma de aburrimiento. Sus pensamientos eran libres aun cuando las obligaciones o la etiqueta esclavizaban su cuerpo, y siempre su mente tenía algún lugar más interesante adonde ir.

Así que Horton dejó a Lee elegir sus diversiones esa noche, porque le importaba más a ella que a él qué había para hacer. Pero como Las Vegas era básicamente un milagro en el desierto, ilusiones era lo que tenía para ofrecer, y todo lo que Lee tenía

para elegir despertaba al muchacho de trece años que había en él.

Los shows en el Luxor y en la Isla del Tesoro le habían demostrado que él era ahora capaz de apreciar habilidades artísticas en escena, y no sólo creatividad de diseño. Poner una inundación de trescientos ochenta millones de litros de agua y un incendio que destruía los decorados en el mismo escenario con media hora de diferencia no era un logro pequeño. Y hacerlo dos veces por noche y doce veces por semana era arte escénico superior. Disparar a la audiencia en el medio de una batalla naval (Lee juró que había oído las balas de cañón pasando sobre ella, y no fue la única espectadora que bajó instintivamente la cabeza) fue muy osado. Finalmente, el *Britannia* fue completamente demolido.

Pero fue en la última escala que hicieron donde Horton entendió todo, donde el pasado y el presente, el trabajo y el juego, se cruzaban y se unían. *Efectos especiales* había sido la gran obra de los estudios MGM durante dos generaciones, y sus muchas encarnaciones eran el cumplimiento de una solemne promesa de que dentro de las puertas del Gran Teatro esperaba algo que no podía ser visto en ninguna otra parte, ni en otro escenario, en un parque de diversiones de estudio, en una pantalla. «Debes venir aquí», le susurraba, y ellos fueron, esperando no sólo el mejor show de The Strip sino del planeta.

Quizá fue porque Horton no llevó esas expectativas a su asiento, o porque los magos de la ilusión habían tenido quince años más para pulir su artesanía. Todo lo que supo fue que durante la primera hora miraba con una alegría arrebatada que nunca había experimentado de niño. Como en el final espectacular de los fuegos artificiales, los dobles y los trucos se sucedían tan rápidamente que apenas había tiempo de apreciarlos, y menos de analizarlos.

Era un despliegue ostentoso de virtuosismo técnico, un desfile continuo de miradas y sonidos aparentemente conectados por una música grandiosa y por el tema (que no merecía el nombre de trama) de un viajero del tiempo que saltaba por los momentos más importantes de cinco mil millones de años de la historia de la Tierra.

Pero en la mitad del show, poco después de que el asteroide de Yucatán cayó del cielo con un resplandor enceguedor, Horton se vio arrancado súbitamente de su credulidad. No fue el movimiento del suelo bajo sus pies, ni el golpe del viento cálido en su rostro, ni la selva aplastada ante sus ojos, ni el enorme tronco humeante que se desplomaba sobre las primeras filas que habían caído.

Fue más bien el solitario pteranodonte que volaba en círculos con un cuervo, mirando el paisaje devastado, el ocaso de su era. Horton vio enseguida que no era una suspensión animada que colgaba de un cable, ni un modelo controlado por radio, ni una proyección, o cualquier otro truco de escena que él reconociera. La criatura volaba sobre el cielo raso, y a los ojos de Horton era tan real como cualquier pájaro con alas que haya existido jamás.

«Un holograma», pensaba mientras el pteranodonte se alejaba volando, desapareciendo en la oscuridad creciente de la gran nube que anunciaba el fin de la era de los dinosaurios. Pero Horton nunca había visto holoanimación sintética con tanto detalle o en una escala tan grande. Aún más, no había habido rastros de un láser o de cualquier otra iluminación en el auditorio oscurecido.

«Hologramas de transmisión, montados en el cielo raso e iluminados desde arriba», pensó.

Horton pasó el resto del show mirando atentamente y esperando que se repitiera el efecto. Tuvo el premio a su paciencia al principio del final, que ofrecía un futuro tecnológico y utópico en el espíritu de *Popular Science* de la década del 50, con autos voladores y una maqueta de un lado a otro de una megalópolis.

Ambos efectos eran más convincentes que el pteranodonte, quizá sólo porque las formas eran más simples y la escala más familiar. Horton apenas se dio cuenta de que el final llegaba a su punto culminante. Estaba evaluando las dificultades de crear esas imágenes, en la increíble capacidad de cálculo que se requería, primero para modelar las imágenes con suficiente detalle, y luego para derivar los patrones de interferencia para el escritor digital holográfico. Hacer un fotograma fotorrealista de un objeto imaginario ponía a prueba aun al más poderoso taller gráfico. Hacer una animación fotorrealista era más exigente en varios órdenes de magnitud. La complejidad de la rejilla de difracción...

—Interferencia —dijo Horton en voz alta, luego se tapó la boca con la mano cuando Lee lo miró sorprendida. No le dio explicaciones, ignorando su mirada inquisitiva. Pero cuando el público se levantó para hacer una ovación y los actores empezaron a saludar, se dirigió al pasillo.

—Tengo que hacer un llamado —dijo y fue hacia la salida—. Volveré a buscarte.

Horton podría haber usado el intercomunicador seguro que llevaba en el bolsillo de atrás, y haber hablado desde su asiento. Pero lo que quería era privacidad. Tuvo que llegar hasta la limusina para encontrarla, buscando a Ruby en el sendero.

—General Stepak, sí. Luna y oscuridad, y todo eso —dijo—. General, quiero que los últimos dos Mark I que salieron de la planta sean llevados al Anexo. A la puerta cero ochocientos, si es posible. Sí, sé que hay algunos en ubicaciones más cercanas. Pero necesito dos que sean casi idénticos, en lo posible.

Cuando Horton volvió con Lee al casino, ella le pidió una explicación. Él vaciló, y le dijo:

—Te lo diré cuando volvamos a la suite.

—¿Intentas evitar arruinarme mi noche?

—Estoy intentando evitar terminarla prematuramente. Ya es algo bastante malo que uno de los dos siga pensando en el trabajo.

—¿Por qué? ¿A quién llamaste?

—Administración —dijo—. Confía en mí. Esto se mantendrá hasta que te hayas saciado de Las Vegas.

Ella dijo que sí, pero se contentó con apenas una escala más en Nueva York, donde había una réplica del parque de diversiones de Coney Island que se planeaba demoler la primavera siguiente. Insistieron a Ruby para que los acompañara, y subieron a la montaña rusa tres veces seguidas, giraron en la rueda inclinada, se rieron a carcajadas buscando su camino en el laberinto de espejos, y subieron a la rueda mágica para tener una vista panorámica desde lo alto. Aun pensando que eran una pareja, Ruby insistía en que fueran a la rueda solos.

—La avenida principal del carnaval —dijo Horton, asomándose fuera del auto que se bamboleaba y mirando hacia The Strip.

—¿Vas a decirme ahora por qué volvemos antes?

Él le dijo. Ella no discutió. Su última visión de la ciudad esa noche fue desde el helicóptero de la compañía mientras giraba sobre el aeropuerto internacional McCarran y volvía al Anexo.

Los Gatillos llegaron pocos minutos después de las nueve. Fueron entregados por una caravana de cinco vehículos y un pelotón de hombres uniformados que parecían claramente enfadados de tener que dejar las unidades en la custodia de Horton.

Para media tarde, Val Bowden había alineado cuidadosamente las unidades y las había montado de manera segura a cada lado del pedestal de pruebas en el extremo sur del campo de pruebas. Thayer terminó de instalar su improvisado sincronizador del controlador bajo la luz de los reflectores.

—Dos controles, amplitud y combinación —explicaba a Horton—. He calibrado las dos unidades tan cerca como puedo sin poder medir directamente la potencia del campo.

—Podemos afinarlo en el camino, por ensayo y error si hace falta. ¿Tienes suficientes cápsulas humeantes?

—¿Qué clase de cuadrícula quieres?

—Fina. Una por metro cuadrado.

—Bien. Hoy puse a tres personas a trabajar en cápsulas todo el día. El triple de nuestra tanda normal. Aunque no sé si ya están secas.

—Averigüalo, ¿quieres?

—¿Quieres que hagamos una prueba hoy? Pensé que esperaríamos a la mañana.

—No puedo esperar —confesó Horton.

—¿Tan confiado estás?

—No. Tan inseguro estoy.

Era casi medianoche cuando la cuadrícula estuvo lista. Para entonces, se había corrido la voz, y se había reunido una multitud. A Horton le parecía que nadie estaba trabajando en la prueba, y que todos esperaban y observaban. Todo el personal del

Anexo estaba reunido cerca del campo de pruebas.

A las 12:20, Thayer informó a Horton que la cuadrícula de prueba estaba lista. Había mil quinientas cápsulas humeantes desplegadas en una formación de treinta por cincuenta metros desde el pedestal de pruebas. Horton se volvió al administrador del sitio de pruebas.

—¿Tenemos suficiente luz para las grabadoras? No vamos a obtener otros datos de la mayoría de esas ubicaciones.

—Hay luz suficiente —aseguró—. Las luces con ángulo bajo nos deberían dar una cobertura perfecta, mejor que de día.

—Muy bien —dijo—. Despejen el campo de prueba. —Cuando empezó a sonar la advertencia de cinco minutos a través del complejo, se volvió a Thayer—: ¿Alguna razón para no hacer esto?

—Ninguna que yo conozca.

En un minuto, una segunda y más urgente sirena empezó a resonar —la señal de que todo el material susceptible al Gatillo debía estar para entonces más allá del radio de seguridad de quinientos metros. A los treinta segundos, las grabadoras de audio y vídeo, y las infrarrojas, empezaron a registrar datos.

—Auméntalo lentamente ahora —dijo Horton a Thayer, quien estaba en el sincronizador con las manos en los controles.

—Conozco los pasos de la prueba, jefe. En serio, los conozco —dijo ella.

Horton retrocedió, y se acercó a Val Bowden en el puesto de observación con escudo de plexiglás a unos metros.

—¿Le gusta apostar, doctor Horton? —preguntó el ingeniero.

—Ni siquiera en Las Vegas —fue la respuesta de Horton—. Pero esto no es juego, es una adivinanza. Y tu respuesta puede ser tan buena como la mía.

Una penetrante chicharra electrónica marcó los últimos diez segundos. Luego Thayer puso el control de energía de a uno por ciento por vez.

Las muchas pruebas realizadas en ese sitio habían condicionado las expectativas de la gente. Sabían que el límite delantero de la cuadrícula de cincuenta metros llegaba al umbral de reacción al quince por ciento, y el límite trasero al cuarenta por ciento. El cincuenta por ciento era considerado la línea roja para los objetivos de la prueba.

Así que hubo una audible exclamación de asombro de los espectadores (hasta entonces callados), cuando el centro de la primera línea de la cuadrícula explotó en humo justo después de que Thayer anunciara:

—Seis por ciento. —Y agregó rápidamente—: Manteniendo. —Levantó la mano desde el control de amplitud, y dijo—: ¿Jefe?

—Conté cinco cápsulas —dijo Horton al micrófono—. ¿Cuántas contaste tú?

—Lo mismo —dijo Bowden.

—No vi nada —dijo Thayer con un suspiro—. No esperaba nada aún.

—Llévalo al siete por ciento, gradualmente —dijo él, e hizo un gesto levantando la mano.

—Retomando, gradualmente —dijo Thayer.

Había una tranquilidad extraña en el campo de prueba, considerando la cantidad de gente reunida. Estaba tan tranquilo que muchos oyeron el *pfff* cuando las cápsulas de las siguientes tres líneas de la cuadrícula explotaron. Hasta los más observadores tardaron un instante para darse cuenta de que sólo el centro de las tres filas siguientes había sido afectado. El resto de la primera fila no había reaccionado todavía. Y les llevó un momento más largo, aun a los más sagaces observadores, darse cuenta de lo que ello significaba, pero sólo un momento. Al darse cuenta, surgieron algunos aplausos y vítores salteados entre la multitud.

Horton no estaba entre los que aplaudían. Aun sin emitir juicio sobre lo que veía, ordenó:

—Ocho por ciento.

Esta vez nadie pudo no ver lo que ocurría: los dos Mark I estaban haciendo un camino a través de la mitad de la cuadrícula, sin afectar las cápsulas que estaban a cada lado. El campo del Gatillo se había convertido en un rayo de Gatillo, y entonces la gente celebró con mayor firmeza, los vítores fueron a viva voz, los aplausos dispersos se condensaron.

—Deberíamos haber hecho esa apuesta, doctor Horton —dijo Bowden, dándole una palmada en la espalda.

—No te apresures a las conclusiones —dijo Horton, obcecadamente aferrado a su fatalismo—. Nueve por ciento, Lee.

Pero apenas unos minutos después, hasta Horton tuvo que aceptar la prueba de sus ojos. A un nivel del quince por ciento de energía, el haz despejó el centro de la cuadrícula hasta la última fila. Las cápsulas restantes seguían sin verse afectadas.

—Cambia la energía, ahora. Menos uno —gritó. Eso reduciría la salida de la unidad uno en uno por ciento, mientras que aumentaría la salida de B en la misma proporción.

El haz giró hacia la izquierda, tomando la mayor parte de las dos filas en la mitad del fondo de la cuadrícula.

—Menos dos.

Más cápsulas del lado izquierdo explotaron en humo, despejando la cuadrícula hasta el borde. Los espectadores ya habían empezado a mermar debido al frío.

—Más dos.

El cuarto trasero derecho de la cuadrícula explotó cuando el haz del Gatillo pasó por ahí.

—Jefe, creo que con un poco de práctica podría ponerle mi nombre a esto —dijo

Lee—. Pero lo primero que haré mañana será empezar a construir un mejor controlador.

Horton miraba al campo de la prueba bajo la luz. La euforia inicial del logro ya se había disipado, y en su lugar quedaba una vaga y creciente aprensión, y la fatiga acumulada de un largo día y de una búsqueda aún más larga.

—Suficiente para mí. Apágalo, Lee. Manda a todos a dormir, y mi agradecimiento —dijo—. Val, difunde esto: los jefes de departamento se reunirán en el salón de conferencias C a las once para evaluar los datos de la prueba.

—¿Vas a llamar al director ahora? —preguntó Thayer.

Horton asintió.

—Él esperaría que lo haga. —Respiró profundamente el aire frío y suspiró—. Te veré a las once.

—Jefe...

Su voz lo detuvo en el momento en que se volvía para irse.

—¿Sí?

—Esto fue un buen logro. Felicidades.

—Fue sólo suerte —dijo Horton, como restándole importancia—. Si no me hubieras arrastrado a Las Vegas...

—Newton y la manzana. Arquímedes y el baño. La suerte favorece a la mente que está lista para recibirla. —Thayer sonrió—. Pero quizá favorece al que está relajado, también. Así que también me llevaré un poco de los méritos cuando hables con el director.

—Por lo menos no habrá ningún problema con la cuenta —dijo Horton, y se rio—. Pasé la cuenta de todo a la compañía, hasta la propina de Ruby.

A Karl Brohier no le importaba que lo despertaran temprano. Dio la bienvenida a la noticia del descubrimiento, y estaba ansioso por ver los datos con sus propios ojos. Volvió al Anexo a tiempo para el desayuno a la mañana siguiente.

Para entonces, ya había más noticias. Surgieron de una larga tarde dedicada a un método no muy sofisticado pero efectivo de trazar el alcance del Gatillo de doble caño. Thayer lo llamaba «espigar», y a Horton le pareció una denominación adecuada. El trabajo de mapeo consistía en desparramar en la periferia del campo de pruebas cuantos cuerpos calientes se pudiera llevar. Cada voluntario tenía una espiga corta con un trozo del material de las cápsulas humeantes encajado en una ranura en un extremo.

El Gatillo dipolo era activado en una combinación y amplitud dadas, y los espigadores empezaban a caminar hacia el pedestal de la prueba, sosteniendo la espiga frente a sí. A medida que la banda de prueba empezaba a humear, dejaban de caminar. Finalmente, llegaban a formar un mapa humano de los límites del campo en esa configuración. Se tomaba una foto, apagaban el Gatillo, recargaban las espigas,

preparaban el Gatillo y se repetía el proceso. En el curso de una tarde emergía el cuadro completo de las capacidades de los «gemelos».

La zona de mayor intensidad tenía de cinco a ocho metros, según el ángulo de desviación. El ángulo se limitaba a unos nueve grados en ambas direcciones. Más allá de ese punto, la interferencia entre las dos unidades parecía anularse, y los gemelos se comportaban como un típico Mark I monopolar.

También descubrieron una segunda zona de intensidad, a ciento ochenta grados de la que estaba en el campo de pruebas.

—Alguien comparó el dipolo con una bazuca que dispara en ambas direcciones a la vez —explicó Horton a Brohier, sobre un plato de waffles belgas con frutillas—. Tienes que ser muy cuidadoso con la dirección en que lo apuntas, lo cual pienso que limitará su utilidad.

—No demasiado. Apúntalo hacia arriba —dijo Brohier inmediatamente—. Ponlo en una torreta bajo tierra, a veinte metros de profundidad, y puedes olvidarte de la zona de intensidad detrás de ti. O ponlo en un avión y apúntalo hacia abajo. Hallarán la manera, Jeffrey. Puedes estar seguro de eso. ¿Ya has determinado el rango?

—No —dijo Horton—. Pero será un gran salto en comparación con el Mark I.

—Veamos si podemos tener al menos una aproximación para cuando termine el día.

—Si lo hacemos, probablemente no hagamos nada más por hoy.

—No estoy seguro de que haya algo más importante. Quiero esos números, y el Comando Conjunto quiere cada parte del mejoramiento del rendimiento que podamos ofrecerle.

—¿Cuánto tiempo piensas que podemos retenerlo antes de que les demos algo?

Brohier miró a Horton con sorpresa.

—Suponía que ya habías informado de esto. ¿Por qué quieres retenerlo?

—Para darle al resto del mundo un poco de tiempo para alcanzarnos —dijo Horton, confundido por la sorpresa de Brohier—. Aun con los planos, le llevará meses a cualquiera empezar a producir Gatillos.

—Ya veo. Estás hablando de nuestra amiga, la póliza de seguros.

—Por supuesto. Karl, pensaba que ya habíamos decidido esto. Con este Mark II, el Pentágono obtiene lo mejor de ambos mundos. Pueden mantener las armas que quieren y tomar las de todos los demás. Por lo cual yo pensé que ya había dado a nuestra amiga la señal de avanzar.

—¿Qué? Oh, no. Realmente no creo que sea necesario —dijo Brohier—. Mira el progreso que han hecho con el retiro de minas, un progreso enorme, sólo en unas semanas, con apenas un puñado de unidades por ahí, y más que van llegando todo el tiempo. No pienso que vamos a necesitar esa póliza para desastres, Jeffrey. Pienso que estamos donde esperábamos estar.



—Entonces usted y yo debemos de haber esperado cosas diferentes —dijo Horton—. Yo no planeaba darle al gobierno una manera de tomar las armas de los demás y mantener las propias.

—Jeffrey, ¿qué ganamos si desarmamos a la policía, a las fuerzas armadas? Atamos las manos del Presidente. Caos, hijo, solamente caos. Esto tiene que ser manejado con cuidado, y medítadamente.

—Todo bajo el mismo techo.

—Exacto. Confío en Mark Breland —dijo Brohier—. Confío en Roland Stepak. Son hombres buenos, Jeffrey. Quieren lo que nosotros queremos.

—¿Y Grover Wilman?

Brohier se encogió de hombros.

—Es un extremista, un ideólogo. Lo que quiere no es realista. El desarme global sólo significaría caos. El jardín de infantes sin el maestro.

—Alguien tiene que poder hacer cumplir la ley.

—Sí. Porque los seres humanos quieren eso. Necesitamos límites. Respondemos a la autoridad. La disciplina humana.

—Y si un niño hiere a otro con un juguete...

—Le quitas el juguete. Entiendes, entonces.

—En absoluto —dijo Horton—. No escuché nada de esto antes de que fuera a Washington con Aron. No escuché nada como esto cuando volvió aquí y me habló de sus planes para una contingencia.

—Fue un error de mi parte. Pero será corregido.

—¿«Corregido»? ¿Con quién ha estado hablando, Karl? ¿De quién son esas palabras?

—Ahora, Jeffrey...

—Dice que confía en Breland y en Stepak. Bien. ¿Y qué pasaría si dentro de dos años, hay otro Nixon y Haldeman? ¿O uno de los perros rabiosos del Congreso? ¿Realmente piensa que no puede ocurrir aquí? No se supone que debemos manipular el juego para nuestro lado, Karl. Se supone que debemos ser los árbitros. Las mismas reglas para todos, ¿recuerda? ¿Qué ocurrió?

—Me han puesto al tanto... algunos temas que no consideramos en nuestro entusiasmo.

—¿Qué quiere decir?

—Los tipos de enemigo que enfrentamos. El verdadero mal que nos amenaza. Gente de la que nunca has oído hablar. Historias que no llegan a los cables de noticias. —Con una mueca, movió la cabeza—: Cosas que ojalá no supiera.

—¿Y quién lo ha puesto al tanto de ellas?

—Tuve visitas en Princeton. El general Stepak vino a hablarme con un coronel de Investigación del Ejército.

—¿Por qué?

—Yo... estaban interesados en mis progresos. Y Stepak quería presentarme al coronel Weiss porque acababa de destinarlo a la tarea de enlace con el proyecto.

—¿No dijeron nada sobre la seguridad?

—Bien... el general me pidió algunas garantías acerca de cuánta información compartía yo con mis colegas en el instituto.

—Porque estaban preocupados por Wilman. Probablemente se imaginaron que podían llevarlo a usted a decirles lo que sabía de las intenciones de él, y también inducirlo a pensar que estaba haciendo lo correcto al hablar.

—Ahora, estoy seguro de que tienen mejores fuentes de información sobre el senador y sus actividades que yo —musitó Brohier.

—Pero usted realmente habló sobre él.

Brohier empezaba a perder su equilibrio, y su tono se volvió defensivo.

—Terminó siendo una conversación bastante larga. Tomamos dos jarras de café.

—Vamos, Karl, piénselo bien. Se preguntaba por el archivo de investigación. Querían saber cuántos había realmente, quién los tenía. ¿Estoy en lo cierto?

—No, no. El coronel me dio un número que yo podía usar si descubría una filtración en la seguridad —dijo Brohier lentamente—. Se me ocurrió después. Ya estaban por irse...

—Hasta que usted les dijo que Wilman tenía uno. Lo hizo, ¿verdad? Ésa fue su «corrección».

—Si tú hubieras escuchado lo que yo escuché...

—¿Le preguntaron por Gordie?

—No —dijo Brohier—. Que Dios me ayude, Jeffrey, yo les hablé de él por mi cuenta.

Horton dio un golpe en la mesa con su mano abierta, sobresaltando a los comensales en muchas otras mesas. Durante un momento dolorosamente largo, su ira no le permitió siquiera mirar a Brohier.

—Jeffrey, tienes que entender.

—No me pida eso ahora —dijo Horton con sequedad—. ¿Cuándo fue esta conversación?

—Quizás hace una semana. Déjame ver... fue el martes.

—Hijo de puta. —Horton se restregó los ojos con fuerza, luego tiró su silla para atrás y se levantó.

—¿Adónde vas?

—Quizá todavía no lo hayan atrapado. Quizás estén esperando hasta que sepan que pueden llevarse todas las copias del archivo a la vez.

—¿Vas a contactarte con él?

—Lo intentaré. Si usted tiene algún problema con eso, supongo que es mejor que

llame al coronel Weiss y me entregue a mí también.

—No, no. Ve. Hazlo ahora. Jeffrey, lo siento.

La aflicción del anciano era tan patente y palpable que los sentimientos de Horton hacia él se ablandaron inesperadamente.

—Nos han estudiado muy bien, parece —dijo Horton ásperamente—. Supongo que yo también voy a hacer mis averiguaciones tan bien como ellos.

Ni el mensajero personal de Jeffrey Horton ni el mensajero corporativo del Anexo pudo completar una llamada al número de Gordon Greene. El primero informó que Greene estaba fuera de la red, y se ofrecía para enviar un mensaje oral cuando él reactivara su servicio. El último informó que el número de Greene no era una cuenta válida.

Horton no le creyó ni a uno ni al otro, e intentó con dos mensajeros itinerantes de la lista, y recibió dos variaciones de lo mismo. Uno pretendía simplemente hacerse pasar por el contestador automático de Greene, aunque la voz no era siquiera parecida.

El otro (el ComFree, libertario) avisó directamente a Horton que «una agencia estatal o federal había emitido una orden según el artículo 209 para la cuenta de este suscriptor». Horton recordó vagamente que el artículo 209 había sido agregado a las reglas de la FCC como una herramienta para desterrar la pornografía digital. «Nosotros en ComFree pensamos que el artículo 209 es inconstitucional. Objetamos esta intromisión opresiva en la comunicación libre y privada, y lo instamos a agregar su voz a la campaña por la libertad de expresión. Para bajar una lista de direcciones inteligente, apriete la tecla Sí».

—Supongo que no necesitaré darles mi nombre después de todo, Karl —murmuró Horton para sí mismo mientras desconectaba la comunicación.

Había otra opción, aunque no le ofrecía a Horton la certeza de saber si había tenido éxito. Anticipando la posibilidad de que lo desconectarán, Greene había dado a Brohier una breve lista de alias, un lenguaje codificado, una clave de verificación, y una breve introducción acerca de cómo mandar mensajes anónimos.

—Si tengo que desaparecer, éstas son las cuentas de correo electrónico que miraré. Todas internacionales, así que deberían ser intocables.

No le llevó mucho tiempo preparar los mensajes. Horton había instalado un archivo seguro en su comunicador personal la misma noche que le había dado la información. Pero cuando llegó el momento, Horton dudó. Si Gordie ya había sido apresado, si Inteligencia del Ejército ya había revisado sus archivos y registros, todo lo que Horton haría si le enviara un mensaje sería implicarse. Intentar llamar a Greene era un acto completamente inocente. Pero dar instrucciones...

—Al diablo —dijo Horton en voz alta, y apretó la tecla—. Vamos, arréstenme. Es mi patente, maldición, y la entregaré si yo quiero.

El aislamiento del doctor Gordon Greene de sus recursos de la red era casi completo en el momento en que Horton envió el alerta. Tres de las cinco cuentas con seudónimo de Greene habían sido descubiertas por una búsqueda de registros de pago, y una cuarta había sido hallada a través de una agencia de seguridad nacional, que había penetrado en un servidor mal protegido de Santiago. Todos los mensajes que salían eran vigilados, todos los mensajes que ingresaban eran filtrados o engañados en tiempo real por un simulador de tráfico de la Agencia de Seguridad Nacional.

Greene no sabía nada de esto, ni sabía que estaba siendo vigilado desde el departamento de arriba y que era seguido cuando salía del complejo.

Por el momento todavía tenía su libertad, y su rutina habitual lo llevaba por toda la ciudad. Sus paradas regulares incluían la biblioteca de la Universidad de Ohio con sus estantes digitales y sus gabinetes interconectados, y un servicio de teleconferencias virtual por hora cuyas cabinas individuales atraían a clientes que apreciaban el precio modesto. Gordon también era una presencia familiar en otros emprendimientos bien conectados pero de peor reputación, desde un club nocturno alternativo en la red con conexiones abiertas a sitios escandalosos del exterior, sin censura, hasta un quiosco en Worthington de publicaciones en CD que era muy informal acerca de los derechos intelectuales de los datos que consumían.

Todos éstos podían explicarse o por el estilo de vida de Greene o por el trabajo de consultoría por contrato que había estado haciendo desde su partida de Terabyte. Pero cada uno le daba la oportunidad de escudriñar sus cuentas por medio de una cuenta de un tercero, una oportunidad que se aseguraba de tener una vez por día.

Gordon recibió el mensaje de Jeffrey Horton en un café perteneciente a una cadena de café y churros llamado Hot Bytes, donde cada mesa tenía una gran pantalla de cristal líquido doblada construida en ella. Una tecnología antigua, pero que tenía la ventaja de hacer difícil a cualquiera leer por sobre el hombro mientras uno tomaba un café y navegaba. Él no sabía quién había enviado el mensaje realmente, ni que era el único sobreviviente de cinco que habían empezado su viaje juntos.

Pero los nombres que llevaba (nombres que él mismo había elegido) ocultaban sus contenidos. El nombre del remitente era Pandora.

Y estaba dirigido a Michael Armstrong, el nombre de un personaje en una antigua película de espías, el de un físico norteamericano que era un desertor y un doble agente.

El cuerpo del mensaje consistía en dos palabras, que daban tanto el título de la película como una evaluación del estado de las cosas.

*Decía Cortina doblada.*

Significaba «Da a conocer el archivo sin demora».

Sin que su rostro diera ni una pista de la agitación de sus entrañas, sin dudarlo y

sin perder un movimiento, Greene obedeció inmediatamente. Conectó su comunicador personal a los puertos abiertos del café, utilizó la cuenta de Armstrong para activar sus agentes indisciplinados y autoprotegidos. Cuando alguno de los reconocimientos esperados no llegaba, evaluaba sus opciones, luego volvía a enviar los comandos de activación a través de otra cuenta con otro alias. Seguridad, pensó Greene, aunque sabía que el precio de eso podía ser alto.

Luego se dirigió a su casa, que estaba apenas a diez minutos de distancia, para buscar un bolso ya hecho y luego desaparecer de Columbus.

Fue un error, aunque se dio cuenta demasiado tarde. Debería haber dejado el bolso, haberlo llevado antes en sus viajes por la ciudad y no preocuparse por las apariencias. Pero no lo hizo, y ahí estaban esperándolo. Fue interceptado en el sendero fuera de su departamento por cuatro hombres en ropas civiles pero con tarjetas de identificación de Inteligencia del Ejército. Momentos después un furgón amarillo verdoso frenaba en la vereda a su lado.

Greene no trató de huir o de resistirse. No tenía sentido. Todas sus ambiciones personales, ya apenas sostenidas contra su pesimismo, se habían desvanecido en el momento en que recibió el mensaje de Pandora. Sólo hizo una pregunta mientras lo detenían:

—¿Qué tal estuve?

—No tan bien —dijo uno de los oficiales de inteligencia con una arrogante alegría.

Después de eso, Greene no tenía nada que decir. No tenía sentido discutir con los esclavos. Cuando se encontrara, si es que eso sucedía, frente a los amos, entonces diría lo que pensaba.

En la parte de atrás de la limusina que se dirigía hacia las Naciones Unidas, el presidente Mark Breland hizo una pregunta muy similar al general Stepak. Pero Breland recibió una respuesta mucho más completa y honesta.

—Once minutos y algo más desde que Greene envía sus órdenes hasta el momento en que empieza nuestro contraataque. En esos once minutos, se las arregló para desparramar más de seis mil copias del archivo. Un buen trabajo, dado su tamaño. Aparentemente había tomado sus precauciones y había hallado grandes caños y bombas rápidas. La distribución fue en todas direcciones: correo electrónico, servidores de impresión, servidores de noticias, FTP. Un poco de todo.

—¿Cuántos de esos seis mil han sido limpiados?

Stepak echó un vistazo a la pantalla de su comunicador.

—No todos —dijo—. Las cancelaciones suprimieron todos los mensajes públicos, y la Agencia de Seguridad Nacional está intentando ubicar al siguiente interlocutor. No habrá ningún mensaje de «Por favor vuelva a enviar» o de «Lo que le ocurrió a...». Pero aún están trabajando en unas pocas decenas que son difíciles de

rastrear. Pienso que todas las copias que aún quedan fueron enviadas a cuentas de llamado, la mayoría en el exterior. Lo cual es un inconveniente.

—Entonces la Agencia de Seguridad Nacional tiene que esperar a la próxima vez que esa gente se conecte para intentar incendiar ese archivo.

—Sí. Y realmente deberíamos visitar personalmente a cada uno de ellos para asegurarnos de que esas copias no tienen copias. Eso requerirá mover a un directivo de la Agencia de Seguridad Nacional de su escritorio.

—Ocúpese de ello —dijo Breland—. ¿Tan grande es el daño?

—No. Había alrededor de treinta impactos en el servidor de impresión de *Physics Today* antes de que lo cerráramos.

—¿Treinta? ¿En once minutos? ¿Siempre es un sitio tan activo?

—Parece que Greene avisó con anticipación a algunos amigos que estuvieran atentos a ese servidor. Puede haber hecho lo mismo con todas las copias públicas. —Movié la cabeza—. Señor Presidente, el jefe de sección me dice que aun cuando terminen de recorrer todas las conexiones de cada máquina en línea, no pueden garantizar que no haya miles de copias privadas, fuera de la red y de nuestro alcance.

—¿Cómo es posible?

Stepak se encogió de hombros.

—La generación de «la información quiere ser libre» no ha muerto por completo todavía. Algunos servidores anónimos realmente lo son, y tiran los datos del intercambio. Greene usó varios de éstos. Pero el jefe de sección me promete que pueden impedir que esta cosa se mueva por la red de ahora en más. Una operación activa es más eficiente que una reactiva.

Breland se estiró para alcanzar su vaso.

—Por supuesto, cuanto más hagamos eso, más obvio será que lo estamos haciendo. La gente va a percibir que sus mensajes no aparecen, que su correo no llega.

—Sí —admitió Stepak—. Y todo lo que intentemos hacer sólo acelerará la bola de nieve. Aparte de lo cual, puede moverse de mano en mano, y eso no lo veremos.

—Los peligros de la sociedad libre —dijo Breland—. Todo lo que podemos hacer es lo que hacemos. Asegurémonos de que todos recuerdan dónde está la línea, y de qué lado trabajamos. Envía al jefe de sección una copia de la Declaración de Derechos.

—Señor Presidente, ésta es una situación extremadamente seria.

—General, confío que no espere que empiece a encerrar gente por esto.

—¿Ni siquiera al doctor Greene?

—¿Para qué serviría?

—Si le damos un castigo ejemplar, podemos no necesitar detener a muchos otros. Un golpe en la puerta, dos agentes del FBI explican que cierto material secreto ha

sido robado y ubicado en la red en un virus por un hombre que está bajo arresto y acusado de cargos graves, y preguntan si cooperarían permitiendo a nuestro técnico que busque en sus computadoras este virus.

—Usted habla de golpear en decenas de miles de puertas. ¿Tenemos los efectivos necesarios? ¿Y vale la pena el esfuerzo?

—Sí, y creo que puedo darle una razón. El archivo que Greene envió no es el mismo que el original que tenemos de Brohier.

—¿Qué quiere decir? ¿En qué difería?

El estilo distintivo del edificio de las Naciones Unidas era visible delante de la limusina. En algún lugar de él, el secretario general estaba preparándose para otorgar a Breland un premio humanitario por su campaña de retiro de minas, que había tenido un éxito espectacular.

—Greene le ha agregado cosas. Más de trescientas páginas de ideas sobre cómo modificar el diseño del Mark I, qué hacer para hacerlo más poderoso, más eficiente, más compacto —dijo Stepak, y su voz delataba su alarma—. Ha entregado diseños y planos realizados por computadora de una unidad de energía mediana que entraría en el baúl de este auto. Habla de vías de investigación que piensa que pueden llevar a una versión del tamaño de un maletín, y que se podrá producir en masa. Todo eso puede ser extremadamente desestabilizador.

—Probablemente lo sea, general. Y cuanto antes mejor. El velo está ya un poco deshilachado. Y vamos a tener que divulgar esto pronto. Pienso que es momento de empezar a decidir cómo queremos manejar eso.

—Y entretanto...

—Que la Agencia de Seguridad Nacional saque todas las hierbas malas que pueda. —Suspiró—. ¿Hay legislación sólida para sustentar la detención de Greene?

—La Ley de Espionaje de 1917 aún está en vigencia, y se aplica claramente.

—¿Cuánto tiempo pueden tenerlo sin acusarlo?

—Ah, tendré que confirmar eso con el procurador general, pero creo que treinta días. ¿Qué importa, señor? Hay pruebas más que suficientes no sólo para acusarlo, sino para condenarlo.

—No voy a dejar que alguien sea condenado a muerte por intentar revelar un proyecto secreto que voy a terminar y hacer público pocas semanas después. Es un precio terriblemente alto simplemente por ganarme de mano —dijo Breland mientras la limusina giraba para dirigirse a la entrada oeste de la ONU.

—Pero, señor Presidente...

—Además —prosiguió Breland—, desde que oímos de esto, lo que realmente queremos es tener a este hombre de vuelta en el equipo, trabajando para nosotros. Entonces aquí está, general. El FBI tiene treinta días para usar a Greene como una vara para agitar los matorrales. ¿Cuándo será eso, el 19 de marzo? Programaré un

discurso al Congreso para esa mañana, y esa tarde, Greene sale libre. Dígale eso, y ocúpese de que sea tratado civilizadamente entre tanto. No, no discuta conmigo sobre esto. Sólo encárguese de que se haga.

—Sí, señor. ¿Qué quiere hacer con la gente de Terabyte?

—Me ocuparé de ellos cuando termine aquí.

—Tienen que haber participado —dijo Stepak—. Brohier fue demasiado vago, hasta falaz, acerca de cómo Greene consiguió su copia del archivo del proyecto, y Horton le envió a Greene una advertencia codificada que aparentemente precipitó la publicación. Es claramente una conspiración para cometer traición.

—A usted le gustaría que los tres sean acusados.

Stepak asintió.

—Absolutamente. Señor, no importa si lo que un traidor entrega a un enemigo es algo que el enemigo podría haber finalmente obtenido por su cuenta. Deben ser retirados del proyecto inmediatamente y enviados a un lugar donde no puedan hacer más daño.

La limusina aminoró hasta frenar junto a la acera, y Breland levantó una mano para impedir al agente del Servicio Secreto que abriera la puerta.

—Eso no va a ocurrir, general. Voy a ser completamente claro acerca de esto. El Gatillo ya no es un secreto. Vamos a enfrentar esta realidad. Nunca se tuvo la intención de que fuera un secreto para siempre.

—Pero dejar que esa gente lo entregue sin que nosotros queramos...

—Intente entender: yo no necesito, nosotros no queremos y usted no puede sostener una hegemonía tecnológica. Es completamente adecuado para nosotros compartir lo que sabemos. Es necesario, si es que el Gatillo va a realizar todo su potencial. Y hay un precedente. Puede ser que usted no esté enterado —como yo antes de algunas lecturas recientes— de que nuestro gobierno difundió un informe detallado sobre armas atómicas apenas días después de la rendición de los japoneses.

—Las situaciones no son comparables, señor Presidente.

—No, no lo son —coincidió Breland—. El Gatillo es un arma defensiva que solamente amenaza a atacantes armados. General, los intereses de nuestro pueblo y de los pueblos del mundo son atendidos mejor si permitimos la proliferación del Gatillo, no si buscamos su supresión. Es inhumano e inmoral continuar reteniéndolo.

—Como ideal, en un mundo ideal, sí, pero tenemos que ser prácticos.

—Ahora bien, general. Hemos tenido casi un año para asegurarnos de que no nos vemos sorprendidos por esto, y que no estamos en desventaja. ¿A cuánta gente que podríamos haber salvado hemos sacrificado como precio de nuestra cautela? No es solamente que no podamos ayudar a Chechenia a protegerse de Rusia, o a India de Cachemira. Mantener esto en secreto significa que no podemos hacer la mitad de lo que es posible para proteger a nuestro pueblo.



»Entonces, ¿a quién protegemos mientras lo retenemos? Obviamente, a nosotros mismos. Nuestros trabajos, nuestras reputaciones, nuestro cariño a la posibilidad de enviar fuerza a cualquier lado en cualquier momento. —Breland movió la cabeza—. General, el hecho es que me siento un fiasco viniendo aquí hoy para aceptar sus elogios, sabiendo que lo que hemos hecho es solamente una centésima parte de lo que podríamos haber hecho. ¿Ha leído el libro de Gil Elliot, *Twentieth Century Book of the Dead*? Ciento diez millones de personas muertas por la maquinaria y las privaciones de la guerra. Podemos hacer algo mejor. Lo haremos, si tengo derecho a decidir sobre esto.

—Entiendo, señor Presidente.

—Sinceramente, espero que así sea, general. —Hizo una señal, y la puerta de la limusina fue abierta desde afuera. Antes de que saliera, se acercó a Stepak y agregó —: Porque si hombres como usted no están listos para el siglo XXI, quizás éste no llegue acá hasta el XXII.

No había rostros felices entre el cuarteto apretado en la casa-remolque de colores. Brohier parecía evidentemente malhumorado; Horton todavía mostraba los rasgos de ira en su rostro; la expresión de Thayer era de una tristeza distante, mientras que Val Bowden todavía no había perdido la sorpresa aturdida de cuando se enteró de los secretos insospechados de su trabajo.

No fue una discusión larga, pero sí desgastante. Horton había hablado primero, y había desplegado su posición incommovible:

—No podemos darle al gobierno el Mark II. Ni hoy ni nunca. Tenemos que desarmar la unidad de prueba y destruir todos los registros de las pruebas de ayer, y rápidamente. Si no nos movemos con la rapidez necesaria, perderemos la oportunidad. Y todos los que saben lo suficiente sobre el principio operativo del Mark II como para recrearlo, y especialmente nosotros cuatro, tienen que jurar por el dios al que más le teman que nunca lo entregarán a esa gente.

Para su sorpresa, fue Lee Thayer quien más se había opuesto a su propuesta.

—Hay demasiada gente en el sitio que conoce partes del rompecabezas. Había quinientos testigos la otra noche —había dicho ella—. Lo que deberíamos hacer es apoyar a Gordie. El Anexo debe tener mil vínculos diferentes hacia el exterior. Deberíamos usarlos mientras los tengamos, y seguir usándolos hasta que estemos completamente paralizados. Necesitamos más peso, no más secretos. Necesitamos al senador Wilman para las últimas noticias, y al doctor Brohier para las primeras noticias.

Pero nadie pensó que podrían montar una campaña tal con la suficiente rapidez para que tuviera efecto. Horton finalmente convenció a Thayer con el hecho indiscutible de que el plan de él no requería en absoluto la cooperación externa que el de ella exigía.

—Podemos ocuparnos de esto solos —había dicho él—. Está todo en nuestro establo, y a nuestro alcance. —Cuando agregó una promesa de que la propuesta de ella sería la segunda prioridad, ella aceptó.

Pero cuando salieron del remolque, fueron llamados inmediatamente con un grito:

—¡Doctor Brohier! ¡Doctor Horton! No se muevan, por favor. —Era el Sastre, uno de los oficiales del ejército sin uniforme de la cabaña de comunicaciones, que estaba cruzando por el terreno oeste del Anexo hacia ellos—. Llame a los sabuesos, teniente. Acá están todos —dijo al micrófono que llevaba en el cuello mientras se acercaba.

—¿Por qué tanta agitación, hijo? —preguntó Brohier, adelantándose.

—Lo hemos estado llamando y buscando por todas partes durante casi una hora, señor —dijo el Sastre, jadeando y transpirando—. Hay una llamada en la cabaña.

—¿Para quién?

Señaló a los tres en orden.

—Doctor Brohier, doctor Horton, doctora Thayer. Lo siento, doctor Bowman. El Presidente no lo mencionó a usted.

—¿El Presidente? —preguntó Horton.

—Sí, señor. Ha estado esperándolos mientras los buscábamos. Quisiera pedirles que vengan rápidamente.

Las miradas que intercambiaron los cuatro iban del escepticismo al miedo.

—Avisé que iremos enseguida —dijo Brohier mostrando una sonrisa amable—. Los cuatro.

Los cuatro estaban aún más apiñados que en el remolque, y los de la fila de atrás aún estaban maniobrando para lograr una posición cómoda cuando la señal se aclaró y Mark Breland apareció frente a ellos, sentado en su escritorio en la Oficina Oval.

—Buenas tardes, doctores...

Antes de que Breland pudiera completar su saludo, Brohier lo interrumpió:

—¿Dónde está el doctor Greene? ¿Está bajo custodia federal?

Breland los miró sorprendido, luego se rio apenas y movió la cabeza.

—Muy bien —dijo—. Primero lo primero. —Levantó la mirada, más allá de la cámara, y dijo—: ¿Doctor? —antes de levantarse.

Pocos momentos después, Gordon Greene estaba sentado en el lugar del Presidente.

Tenía su habitual sonrisa divertida, y miraba a la derecha.

—Dígame, ¿cuál es la tarifa vigente para ser desfachatado detrás del gran escritorio? ¿Qué tal una donación de cinco mil dólares al Partido? —Luego miró hacia la cámara—: ¿Alguien puede tomar esto? Mis padres van a querer colgar esto en la pared del comedor. —Volvió a mirar hacia afuera a la derecha—. ¿Puedo estar con el presi en esta toma?

A la distancia, Breland lanzó una carcajada.

Lee tuvo que luchar contra su sorpresa.

—Gordie, ¿estás bien?

—Estoy bien ahora. Te extrañaba.

Greene lanzó una mirada hacia la derecha y luego oyó la voz de Breland que le respondía.

—Adelante. Cuénteles.

—Muy bien —dijo—. Una consulta. Van a querer que ustedes estén también. El Gatillo se hace público en un mes, y los muchachos aquí tienen serias intenciones de que ustedes hagan una demostración como corresponde. —Se reclinó en el gran asiento, con las manos sobre su abdomen—. Pienso que todo va a andar bien, gente. Aun si no puedo creer que lo he dicho.

## 16: Cortesía

Bonn. Los investigadores aún buscan indicios que expliquen el bombardeo suicida del día martes a bordo de un tren monorraíl de alta velocidad de Berlín a Bonn. Las escalofriantes imágenes de la cámara de seguridad muestran a un hombre joven, vestido con traje, gritando consignas de odio a un vagón lleno hasta la mitad, antes del estallido que mató a 22 pasajeros y destruyó una sección de 30 metros de la vía en dirección al sur. «No se supone que algo así pueda suceder aquí», dijo un oficial de la Deutsch Rail.

*Historia completa - Lista de víctimas - Vídeo de la explosión - Cómo llegar allí: los trenes funcionan, pero se han reducido los horarios.*

Dado que la gente bien conectada podía elegir entre más de mil fuentes de noticias, comercios y entretenimientos durante las veinticuatro horas, más una variedad de casi sesenta mil canales no regulados de la red subterránea, era un desafío, aun para el Presidente de los Estados Unidos, conseguir la atención simultánea de más de un pequeño porcentaje de la población.

Con toda seguridad, no todos los que se consideraban norteamericanos podían considerarse «bien conectados».

Un pequeño porcentaje simplemente no se preocupaba por estarlo. Algunos entre ellos militaban activamente contra lo que llamaban «mente de red», que Michael Adamson, el fundador de Desenchúfate, definía como «este estado de sobreestimulación masturbatoria del electrodo en el cerebro del mono que coloca la diversión sobre cualquier otra cosa, y en particular, sobre la ambición y el logro personal». Pero la mayoría de los disidentes simplemente se retiraba a uno de los pequeños pueblos del movimiento de Bienvenida. Ahí sólo se permitía tecnología de comunicaciones analógicas, y principalmente para mantener el contacto entre los pueblos que estaban desparramados, y para que la Tierra continuara transmitiendo hacia las estrellas.

Para una familia de cada siete, los servicios elementales de la red incluidos en una cuenta básica de telecomunicaciones de un hogar eran todos los que podían pagar o todos los que se preocupaban por manejar. News 1, News 2, Talk 1, Talk 2, Arts 1, FedFacts, NetSearch, NetTeach, NetAgent y MultiMail llevaban los elementos básicos de la interactividad a los hogares de las dos variantes de la clase sumergida que habían resistido la erradicación: los marginados económicamente, y los marginados intelectualmente. Irónicamente, la facilidad de llegar a este estrato se debía a la pobreza misma de sus opciones. Ellos eran los principales receptores del cable, esponjas pasivas de los canales financiados por la publicidad.

Pero las conexiones privilegiadas eran una inversión que las familias de clase media incluían en su presupuesto, que las familias de clase media alta consideraban indispensable, y de la que todos los modelos de educación ilustrada dependían. La alfabetización digital los convertía en participantes más que en espectadores, y abría las puertas de las bibliotecas digitales y virtuales en todo el planeta. También fragmentaba la audiencia en miles de millones de partes y dejaba así que muy pocos de ellos recibieran pasivamente una conexión en tiempo real.

Ningún evento mediático del nuevo milenio había todavía alcanzado a un cincuenta por ciento de la audiencia conectada. El último evento que había llegado a atraer a un diez por ciento de la audiencia conectada fue la final de la Copa del Mundo entre Escocia y los Estados Unidos, hacía tres años. Ocho años antes, el terremoto de Santa Rosa que había derribado el tramo norte del Golden Gate había tenido el treinta por ciento.

Aun conociendo las dificultades, Mark Breland quería algo mejor para su discurso a la nación, e insistió a su gente para lograrlo.

—Esto es algo que la gente tiene que oír de primera mano, sin editar. Quiero a las familias escuchando juntas, a todo el bar de deportes escuchando, todas las pantallas del imperio electrónico mirando lo mismo. Como los mensajes de Roosevelt sobre los combates, y el descenso en la Luna —dijo Breland—. Quiero tener la oportunidad de hablar a todos directamente, así escuchan esto directamente de mis labios, y no de algún resumen digerido y escupido de segunda mano.

—No puede cambiar los hábitos de la gente —dijo el secretario Richard Nolby—. La gente no detendrá su vida para sentarse y prestar atención a una figura que habla en la televisión. Ni siquiera a alguien en tres dimensiones que hable en un mensaje virtual dirigido a cada uno. Tan pronto como intenten hacer una pregunta, sabrán que es una conferencia, no una conversación. No, pienso que haremos bien en intentar conseguir una fracción del catorce por ciento. Lograr que los primeros cuatro licenciarios de entretenimiento acepten transmitir el discurso fue una hazaña. Y pienso que todavía podemos conseguir que Financial Newswire y WorldMarket muestren su mensaje en el transmisor central, lo que nos llevaría por encima del dieciséis por ciento.

—No es suficiente —dijo Breland.

—Nuestra difusión de saturación sólo empezará en una hora, y seguirá hasta el momento de comenzar —dijo Aimee Rochet, la directora de relaciones públicas—. Sigo pensando que tenemos la posibilidad de llegar a veinte. Y la propagación posterior al evento será muy extensa. Estoy modelándola con algoritmos acelerados, lo que significa un conocimiento del setenta por ciento en tres días.

—Quiero el setenta por ciento al momento de terminar —dijo Breland—. Mañana seré o un héroe o un villano para millones de personas que apenas conocen mi

nombre hoy. Quiero que recuerden dónde estaban cuando escucharon esto. Quiero que sea el más importante tema de conversación en las habitaciones y en salones de reunión esta noche y en los trenes mañana por la mañana.

—Usted pide números de medios masivos de comunicación, pero éstos ya no existen más —protestó Rochet—. Todo está dirigido a una audiencia fragmentada, y hay interactividad. Si la gente no quiere venir a jugar, señor, ¿cómo vamos a obligarla?

—¿Los licenciarios no tienen obligaciones contractuales en el área de los servicios cívicos? ¿No hay alguna manera de hacerlos transmitir el discurso?

—Está el Sistema de Transmisión de Emergencia —dijo el general Stepak—. Aunque nunca ha sido usado para conducir multimedia en tiempo real en esa escala. Los anuncios de prueba son solamente texto y audio. Si anunciamos esto para ser transmitido por el Sistema, puede ser que terminemos ahogando a todo lo demás.

—Y eso es lo que sería un desastre —dijo Rochet inmediatamente—. Cero por ciento de espectadores, ciento por ciento de enojados.

—¿Pueden hacer una prueba a pequeña escala esta tarde? —preguntó Breland a Tettlebaum, el asesor científico.

Tettlebaum se quedó callado un segundo, sorprendido de que alguien le preguntara algo.

—Podríamos hacerlo, señor Presidente. Pero una prueba a pequeña escala no nos dirá nada. La escala es la fuente de potenciales problemas.

Breland gruñó, insatisfecho, y se volvió a los otros.

—Aparte de esta imposibilidad de medir, ¿cuál es el inconveniente de invocar el Sistema de Transmisión de Emergencia? ¿Por qué no hemos hablado antes de esto?

—Aun una transmisión exitosa del Sistema molestará a millones —dijo Rochet—. La comunidad de la red subterránea detesta que sus servidores queden paralizados por cualquier razón en cualquier momento. Apenas toleran pruebas de treinta segundos, así que un discurso de veinte minutos los hará organizarse para pedir el juicio al Presidente, o para hacer una revolución.

—Cuarenta y cinco minutos —corrigió Breland—. Quizás un poco más.

Rochet se sobresaltó.

—¿Habla en serio, señor?

—¿Por qué no lo haría?

—Pues... Señor Presidente, puedo prometerle catorce, quizá dieciséis por ciento en la apertura. Pero si usted habla cuarenta y cinco minutos, tendrá suerte de mantener una fracción de cinco por ciento al final. Y no obtendrá los números que quiere para el día siguiente. Además, si empieza con una llegada negativa, nunca podrá revertirla. Es simplemente esperar demasiado de la gente.

—Por el contrario. No pienso que ustedes esperen lo suficiente de ellos —

respondió Breland—. También pienso que ustedes no entienden lo que está en juego y acepto mi responsabilidad en eso. ¿Ustedes piensan mirar el discurso esta noche?

—Por supuesto, señor Presidente.

—Bien. Que alguien me diga esto: ¿pagamos a los licenciarios por sus pérdidas cuando ellos transmiten el discurso de apertura de las sesiones del Congreso?

—No. Por eso no se puede conseguir que los licenciarios de entretenimientos lo transmitan —dijo Rochet.

—¿Les pagamos a Dreamworks y a Sony-Fox y a Alliance por transmitirme esta noche?

—Sí, señor.

—Entonces paguémosles a todos —dijo Breland—. Notifique a los licenciarios que invocaremos al Sistema de Transmisión de Emergencia por una hora a partir de las 09:30 esta noche. Infórmeles que si mantienen sus sistemas funcionando y la transmisión sin interrupciones, les reembolsaremos sus ganancias habituales más un veinte por ciento, por servicios técnicos. Los canales que aceptaron por adelantado obtendrán un cincuenta por ciento más.

—¿Suspendemos la campaña de promoción, entonces? —preguntó Rochet.

—Por supuesto que no. Lo único que el Sistema puede hacer es ponerme en las pantallas de la gente. Todavía hace falta sentar a la gente frente a la pantalla —dijo Breland—. En cuanto a la red subterránea, empiece a informar que ahora vamos a necesitar su ancho de banda esta noche un rato. Una advertencia preliminar debería servir para acallar por lo menos un poco de su indignación. Y tenemos que invitarlos a pasar del otro lado. Podemos soltar algunas fuertes insinuaciones sobre el Gatillo y la carta de Greene sin nombrarlos.

La directora de relaciones públicas miraba perpleja. Breland siempre había sido un cliente difícil, pero raramente rechazaba sus consejos de manera tan absoluta.

—Señor, sin faltarle el respeto, ¿está seguro de que este discurso puede soportar el peso de las expectativas que usted está tratando de crear? —preguntó—. ¿No sería mejor ir en este punto un poco más lentamente, apuntar a las audiencias más receptivas primero, tener éxito con ellas, y luego usarlas para que arrastren el carro de la victoria a la calle principal?

Breland había escrito solo su discurso, y Rochet no estaba entre los muy pocos que habían visto al menos partes de él. Pero si estaba intentando lograr que se lo mostrara, fracasó estrepitosamente.

—No tiene que preocuparse por eso —dijo el Presidente—. Mi trabajo es hacer el lanzamiento. Usted ocúpese de los ojos y los oídos de ellos. Depende de mí ocuparme de sus corazones y sus mentes. —Breland sonrió y se encogió de hombros con una despreocupación estudiada, y agregó—: Y si no puedo, quizá yo no deba estar en este lugar. Ahora, a trabajar. Tienen apenas doce horas antes de que empecemos a

enterarnos.

\* \* \*

Mark Breland había deliberado consigo mismo durante días, intentando decidir el mejor ambiente para su anuncio. ¿Debía ser un discurso al Congreso desde el podio de la cámara del Senado, con la pompa y el ambiente formal de una sesión conjunta? Eso agregaba lo impredecible de una audiencia en vivo: quinientos treinta y nueve hombres y mujeres que le debían poco, y de quienes estaría pidiendo mucho.

¿Debía ser desde la Oficina Oval, que evocaba mucha autoridad, pero achicaba la distancia al ancho del gran escritorio? Algunos de sus predecesores habían utilizado esa ilusión de intimidad para su provecho, pero otros habían perdido estatura en el intento, esforzándose por parecer personas comunes, o, aun peor, pequeños y patéticos.

Había otras opciones, por supuesto. Breland consideró muchas de ellas cuidadosamente, incluyendo una toma desde la sala de emergencias de un hospital, la escalinata en la entrada de una estación de policía, las calles del Distrito de Columbia, un campo de tiro en Fort Knox, un estudio con una pequeña audiencia de un ayuntamiento y una clase llena de niños. A iniciativa de Nolby, Servicios Técnicos ofreció dar al discurso el tratamiento de efectos especiales, colocando a Breland en tantos paisajes digitales como necesitara para sus argumentos.

Finalmente, eligió la cámara del Senado, en parte porque era el Gran Templo de todas sus opciones, pero principalmente porque sabía que era muy probable que su audiencia más dura estaría ahí en la sala con él. Pero cuando se encontró detrás del alto podio y mirando a sus rostros, cuando el aplauso obligatorio se desvaneció, y ellos tomaron asiento, se preguntó si había elegido bien.

«Habla por la cámara, no le des un discurso a ella».

—Hay verdades que creemos que son evidentes por sí mismas: que todos los hombres reciben de su creador ciertos derechos inalienables, entre ellos la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

»Todos ustedes reconocen estas palabras. Éstos son los ideales del experimento norteamericano, los ideales de los fundadores de esta nación, las promesas que Norteamérica siempre ofreció a sus ciudadanos y al mundo: vida, libertad y la búsqueda de la felicidad.

»Pero ninguno de estos ideales puede alcanzarse, ninguna de estas promesas puede cumplirse si no tenemos el requisito esencial de la seguridad.

»Ésta es la razón por la cual uno de los grandes temas de la vida humana en todas partes es el ansia de seguridad. Esta necesidad es expresada en muchos aspectos de nuestras vidas. Buscamos la seguridad de nuestra nación, la seguridad de nuestros hogares, la seguridad de nuestros hijos, la seguridad en nuestros trabajos, la seguridad



en nuestras relaciones.

»Cada uno de nosotros puede definir esta bendición de manera diferente. Algunos de nosotros pueden necesitar más de ella, y otros menos. Pero es raro que un ser humano que dispone su vida deliberadamente la rechace por completo.

»Porque si no tenemos esa seguridad, vivimos en el miedo. Tememos por nosotros mismos, y por los que amamos. Tememos a la pérdida, al sufrimiento, a la muerte.

»Pero lo que nosotros llamamos seguridad no es simplemente la ausencia de miedo: es el antídoto contra el miedo. Es la confianza que nos permite dejar de lado nuestros pensamientos más oscuros y abrazar nuestras esperanzas más altas. Es la posibilidad de un mañana que valga la pena esperar. Es la llave que abre la puerta a las interminables posibilidades de nuestras vidas. No garantiza nada, pero permite todo lo que tiene importancia.

»No puede haber una “buena vida” a menos que satisfagamos esta primera y más primaria necesidad: el conocimiento de que, al menos en un momento, estamos a salvo. Todas las mejores cosas de que los hombres somos capaces (la música, el arte, la literatura, los logros atléticos, la filosofía, la invención, la caridad, hasta la civilización misma) tienen lugar en los espacios protegidos que creamos.

»Estamos en uno de esos espacios protegidos en este mismo momento. Ninguno de nosotros estaría aquí en el Senado si nos sintiéramos amenazados aquí. Ninguno de ustedes estaría mirando si un extraño estuviera golpeando su puerta principal, o si sintieran el olor de una pérdida de gas en su habitación.

»Pero nuestro sentido de la seguridad es un estado subjetivo de la mente. No es tanto una cuestión de estar a salvo, como de sentirse a salvo. Nos sentimos seguros aquí, pero podría haber una bomba terrorista escondida bajo el asiento de alguien, con su contador que avanza. Ustedes se sienten seguros donde están, pero podría haber alguien que acechara afuera, pensando en la mejor manera de atacarlos.

»Lo interesante es cómo el solo hecho de decir algo así altera nuestras percepciones por un momento. ¿Han pensado en buscar bajo su asiento, o en escuchar el sonido del tictac? ¿Han pensado en ir a asegurarse de que la puerta esté bien cerrada, o en respirar profundamente?

»Estoy seguro de que muchos de ustedes lo han hecho. Reaccionamos ante la simple mención de una posible amenaza como si fuera una amenaza real. Evaluamos constantemente nuestra seguridad, como lo hacemos cuando manejamos en tráfico pesado en la autopista. Tratamos de mantenernos dentro de una zona de confort personal, ni muy rápido, ni muy lento, ni muy cerca. Es como la moda, tratamos de vivir en una zona de confort personal.

»Pero consideren esto: si ustedes se levantaran ahora y fueran H la calle, eligieran una dirección al azar y empezaran a caminar, solos y vestidos tal como lo están ahora,

¿cuántas cuerdas podrían hacer antes de empezar a perder esa sensación de seguridad, antes de empezar a sentirse inquietos, incómodos, temerosos? ¿Sabemos qué hay afuera? ¿Sabemos si estamos en peligro? La incertidumbre es la enemiga de la seguridad.

»Dos errores trágicos son posibles. Uno es creerse en peligro cuando uno está a salvo. El otro es creerse a salvo cuando uno está en peligro.

»Como nación, ambos peligros nos acechan.

»Más que cualquier otro pueblo en cualquier otra época, nosotros, los norteamericanos, hemos tratado de hallar seguridad a través de las armas. Nuestras armas nos hacen sentir poderosos. Nos hacen sentir seguros. ¿O no?

Hubo una pequeña agitación del lado derecho de la cámara cuando se abrió una puerta y entró un hombre. La agitación se convirtió rápidamente en una conmoción cuando los presentes fueron viendo la vestimenta naranja de cazador que llevaba, y la carabina que traía frente a sí. Gritos irritados de protesta y llamados al oficial de orden se oían mientras el hombre subía los escalones del nivel más bajo del estrado y se acercaba a Breland.

A un paso del podio, el pistolero se detuvo y se puso la carabina al hombro, apuntando directamente a la cabeza de Breland. Todos estaban con la boca abierta y luego un murmullo nervioso se instaló en la cámara mientras las cámaras tomaban esa extraña escena.

—Sólo hace falta un arma en este salón para cambiar las percepciones de las quinientas cuarenta personas aquí presentes —dijo Breland—. Sólo hace falta un arma para sacudir nuestra ilusión de seguridad. Lo que ven ante ustedes es la ecuación del miedo: los desarmados, los indefensos ante los armados. Y en toda nuestra historia, ha habido sólo una manera de equilibrar esa ecuación.

Breland buscó detrás de sí, sacó una 9 milímetros militar con su pistolera, y la desenfundó.

—¡Qué diablos...! —exclamó alguien desde el estrado superior. Sonaba como el presidente de la cámara, pensó Breland.

Breland levantó el brazo derecho y apuntó la pistola al rostro del hombre. La cámara volvió a explotar en una expresión y consternación.

—Pueden ver por sí mismos la respuesta. La ecuación claramente equilibrada —dijo Breland, alzando la voz por sobre el tumulto—. La única respuesta a un arma es otra arma. Podemos construir paredes y cerrar puertas, pero una pared es solamente una manera de esconderse, una cerradura una manera de demorar. La única respuesta que hemos hallado a un arma es otra arma. Destrucción mutua asegurada, el mismo principio del que dependimos durante la Guerra Fría, pero en la escala más pequeña posible. Dos hombres, dos armas. Equilibrio. Seguridad.

Todos escuchaban, sacudidos de su complacencia y de sus cómodos hábitos de

pensamiento por su teatralidad anticonvencional.

—Pero ¿es esto seguridad, realmente? —preguntó, haciendo un gesto hacia las armas con su mano libre—. ¿Se sienten tan seguros ahora como cuando pensaban que no había armas en el salón? Debo decirles que para mí, personalmente, ésta es una paz precaria.

Hubo unas risas incómodas ante eso, que Breland aceptó con una sonrisa.

—Me parece que hay muchas más cosas que pueden salir mal ahora, y con consecuencias mucho más graves. Me parece que mi arma no me devuelve lo que el arma de él me quita.

»Lo diré una vez más: mi arma no me devuelve lo que el arma de él me quita. En este momento, no soy tan libre como era cuando ninguno de los dos estaba armado. No estoy tan seguro como estaba cuando ninguno de los dos era capaz de matar con un movimiento del dedo.

»¿Me sentiría más seguro si supiera que diez, cincuenta o cien de ustedes están también armados? ¿Eso convertiría a esta cámara en una sociedad civil nuevamente? ¿O sólo aumentaría el número de amenazas por las que me tengo que preocupar, las posibilidades de un accidente, de un malentendido? —Miró hacia la primera fila, buscando un rostro familiar—. Senador Baines, cuando usted discutía sobre el proyecto de ley sobre el suicidio asistido con el senador Kastin hace un mes, ¿pensaba que hubiera ayudado a mejorar el diálogo que ambos hubieran tenido rifles automáticos a mano?

Eso provocó abucheos y risas burlonas, porque el debate sobre el proyecto Loomis-Figer había sido el más candente y acerbo en varios años. Poniéndose de pie, Baines dijo a los gritos:

—Sospecho que podría haberlo abreviado, señor Presidente.

No todos los micrófonos de transmisión captaron el comentario, pero todos captaron la consecuente ola de risas que rompió la tensión en la cámara. A continuación, tanto el Presidente como el pistolero vestido de naranja bajaron sus armas.

—La verdad es que sólo cuando tenemos seguridad real podemos disfrutar verdadera libertad de expresión. Si tememos ser silenciados por un arma, nuestra seguridad está en peligro.

»Sólo cuando tenemos la seguridad real de que podemos dedicar nuestras energías a mejorarnos a nosotros mismos y a construir un futuro.

»Hace varios meses me llegó la noticia de una sorprendente invención. Una invención que nos da, por primera vez, otra respuesta al arma que se alza contra nosotros. Me vi obligado a considerar si podemos estar más seguros —como pueblo, como nación—, si hacíamos uso de esa invención.

»Después de largas consultas con mi gabinete y con mi conciencia, he concluido

que la respuesta es sí.

Caminó alrededor del podio hasta el borde del estrado y apoyó su pistola ahí. El pistolero se adelantó, cerca de sus talones, y dejó la carabina al lado de la pistola.

—Oficial de orden, por favor retire estas armas —dijo Breland. Mientras el oficial se adelantaba, inseguro, desde el fondo de la cámara, Breland se volvió al hombre vestido de naranja—: Gracias por su ayuda, mayor Imhoff.

Imhoff hizo un elegante saludo y se alejó del estrado. Para entonces, se oía un zumbido desde la audiencia, que intentaba anticipar lo que vendría. Muchos habían hecho la conexión entre sus palabras y un mes de rumores y desmentidas. Breland casi podía oír los susurros: «¡El Gatillo, está hablando del Gatillo! La carta de Greene no era un fraude».

—Eso está mejor —dijo Breland, volviendo a subir al podio y recuperando su lugar después de que el oficial se llevó las armas—. Me siento mejor sin esa arma en la mano, y sin la otra apuntándome. Porque no quiero vivir así. Imagino que muchos de ustedes tampoco.

»Me he dado cuenta de que la seguridad que nuestras armas nos dan no es la genuina. Es un engaño, una sombra de la cosa verdadera. Una sociedad armada no es una sociedad amable, es una sociedad asesina y aterrorizada. Bosnia en el siglo pasado, Cachemira y Egipto en este siglo. Y los Estados Unidos en ambos.

»El arma es la primera elección de nuestra aprensión para protegernos a nosotros mismos. También es la primera elección de nuestra población criminal para forzar nuestra voluntad.

»¿Qué opción nos deja al resto de nosotros? Podemos convertirnos en pistoleros, o en refugiados, huyendo de las calles, escondiéndonos en nuestros hogares, escapando de las zonas de guerra.

»Pero de una manera o de otra, aun podemos ser víctimas. Y muchos lo son, demasiados lo han sido.

La enorme pantalla en la pared detrás de Breland había estado mostrando el sello presidencial. En ese momento cambió a un mapa digital de los cincuenta y dos estados, blanco sobre un fondo azul, con los estados delineados en negro. Pequeños puntos rojos empezaron a aparecer, aparentemente al azar, aunque al ritmo del veloz contador con grandes números rojos que apareció bajo la península de Florida al mismo tiempo.

—No hay ningún solemne mural de mármol negro para las víctimas de nuestra guerra incivil, sus pequeños monumentos están desparramados en los cementerios de las ciudades y de las iglesias del Atlántico al Pacífico —dijo Breland—. Pero ojalá hubiera un monumento así, porque entonces yo podría olvidar todas las estadísticas y simplemente señalarlo ante ustedes, y pedirles que caminen de un extremo a otro de él. Y cuando hubieran terminado, entenderían por qué algo tiene que cambiar.

»Pero el monumento mismo nunca podría terminarse. Rápidamente empujé al monumento a los caídos en Vietnam. En realidad, necesitaríamos agregar una sección tan grande como el monumento de Vietnam cada año.

»Y así ha sido durante casi un siglo. Nuestra Guerra de los Cien Años.

»Aun en los peores años de aquel terrible conflicto en Vietnam, la tasa de muerte en las selvas y en los arrozales del sudeste asiático era menor a la mitad de la tasa de muerte en las calles y hogares de los Estados Unidos. Llevó quince años de lucha poner los nombres de algunos cincuenta y ocho mil veteranos en el muro. En esos mismos quince años, los Estados Unidos enterraron casi medio millón de víctimas civiles de nuestra propia guerra casera. Nueve veces más.

»Aun si tomáramos el primer día del nuevo milenio como el comienzo de nuestro Monumento a los Ciudadanos, necesitaríamos una pared lo suficientemente larga para rodear por completo el estanque del Malí, y la pared debería tener cinco metros de altura.

Detrás de Breland, el contador seguía acelerándose y los puntos seguían apareciendo. Había horribles manchones púrpura sobre las mayores ciudades, pero aun los estados menos poblados tenían puñados de rojo.

—Cada año, nuestras armas matan a tantos como lo hizo el SIDA en su peor momento, más que nuestros autos, dos veces más que el alcohol, cuatro veces más que las drogas ilegales.

»El año pasado, la tasa de muerte fue la tercera mayor en la historia: cuarenta y seis mil trescientos cuarenta y uno.

Breland hizo una pausa y se volvió para mirar el indicador numérico cuando las últimas cinco mil víctimas aparecían en el mapa. La cámara estaba completamente en silencio. Más tarde se enteraría de que hasta los comentaristas de noticias habían observado un respetuoso silencio.

—Nos llevaría tres días solamente leer sus nombres desde este podio. Nos llevaría muchos meses contarles todas sus historias. Pero no puedo dejar que sean sólo números, anónimos y sin rostro. —Levantó la mano, señalando un controlador láser a un punto en el sur de Idaho. Un zoom digital convirtió el punto en una fotografía de un hombre caucásico con cara de búho, con un desordenado cabello rubio y una amplia sonrisa.

»John Carpani, de treinta y dos años, un profesor de inglés, ganador de un premio, y organizador del club de teatro en Manning Central High —dijo Breland, e hizo un clic en su controlador. Se abrió una segunda fotografía, que provocó susurros y exclamaciones aquí y allá. Mostraba a Carpani boca abajo en un estacionamiento. Tenía la camisa manchada con el charco de sangre que estaba abajo—. John recibió dos tiros de un estudiante de dieciséis años llamado Michael Pace, quien había llevado el arma de su padre a la escuela para matar a su ex novia.

Otro clic y un punto cerca de Houston se expandió para tomar la fotografía de una niña hispánica de cabello negro con mejillas redondas con una sonrisa que mostraba los dientes separados.

—Juanita Ramírez, cinco años. —Otro clic, y vieron una forma pequeña y rígida en el barro frente a un bungalow de madera de tres apartamentos—. Juanita fue alcanzada por una bala perdida de la policía cuando una persecución a alta velocidad (un robo de un auto) terminó a media cuadra de distancia. Estaba jugando con sus muñecas en el jardín, mientras su hermano mayor miraba desde el porche.

El siguiente clic fue cerca de Los Ángeles, y les presentó a un adolescente oriental con anteojos, llamado David Chen.

—David era un estudiante de excelentes calificaciones en la academia preparatoria Point Reyes. Una semana después de que dio el discurso de despedida en su graduación, ordenó su cuarto, tomó un arma calibre 357 de un armario cerrado de la oficina de su madre, y se suicidó en el bosque que estaba detrás de la casa familiar. —La espeluznante foto policial mostraba que a Chen le faltaba la mitad de la cabeza —. David dejó a su padre una nota disculpándose por haberlo decepcionado, y a su madre una nota disculpándose por el desorden.

El último clic fue para una mujer de mediana edad llamada Julia Myers.

—Julia iba a ReadiMart a buscar leche y pan cuando alguien la detuvo, la asaltó y luego le disparó al cuello. Estuvo sangrando media hora, desangrándose en la acera, sin poder pedir ayuda. Sus tres niños aún no entienden por qué alguien pudo matarla por un billete de veinte dólares. Eso ocurrió apenas a diez cuadras del Capitolio, apenas hace dos semanas.

Breland hizo desaparecer las fotografías de Julia y se dio vuelta hacia la cámara.

—Les pido que vuelvan a pensar. ¿Cuánta seguridad tenemos realmente? Una respuesta honesta sería: no la suficiente. No la suficiente en absoluto.

»¿Podría haber salvado a esta gente la antigua respuesta? ¿Más armas habrían hecho más seguras sus vidas? No lo creo, aunque otros pueden no estar de acuerdo.

»Pero creo esto con todo mi corazón: hay ciertos lugares que no deberían convertirse en fortalezas armadas para ser seguros, ciertos lugares donde las armas simplemente no deberían aceptarse —dijo Breland—. Nuestras escuelas, nuestras iglesias, nuestras calles y, sí, también nuestras legislaturas. Éstos deberían ser santuarios.

Eso ocasionó el primer genuino aplauso de la noche de los espectadores, y quizá porque habían estado conteniéndose, empezó a crecer hasta ser una ovación que duró más de un minuto.

—Confesaré ahora un pequeño engaño —dijo cuando todos se hubieron saciado—. Yo no tenía miedo cuando el mayor Imhoff me tenía en la mira, porque sabía que su arma no estaba cargada. Lo sabía no porque él me lo asegurara, sino porque este

edificio está protegido por el invento del cual hablé: el Escudo de Vida.

»Si el mayor Imhoff hubiera intentado, por accidente o intencionalmente, entrar en el predio del Capitolio con un arma cargada, hubiera recibido una enorme sorpresa. La munición en su arma se habría destruido violentamente en el momento en que hiciera contacto con el campo protector del Escudo de Vida. Su arma habría sido destruida o arruinada en el proceso, y habría tenido suerte si no salía herido.

»El Escudo de Vida nos da el medio de desarmar una amenaza sin tomar las armas. El Escudo de Vida que protege el Capitolio es sólo uno de casi quinientos que ya están en uso en el gobierno y en instalaciones militares en todo el mundo. El Escudo de Vida es también el secreto tecnológico detrás de la campaña humanitaria de los Estados Unidos para liberar al mundo de las minas terrestres y de las municiones sin explotar de las guerras del siglo xx.

»Esto es sólo el comienzo de lo que podemos hacer y haremos con este milagro de la ciencia. Pero quiero decir algo primero sobre lo que no haremos.

»No tocaremos la Segunda Enmienda. No tomaremos una sola arma de cualquier dueño que tenga derecho. No habrá Escudos de Vida en los bosques, y los cazadores podrán seguir cazando como siempre lo han hecho. No habrá Escudos de Vida en los clubes de tiro y en los campos de tiro, y los tiradores deportivos continuarán disparando para regocijo de su corazón. No entraremos en sus casas para llevarnos las armas de fuego de sus mesas de noche. Por más que quisiéramos que fuera de otra manera, el peso de la defensa personal sigue cayendo sobre ustedes.

»Pero sí haremos todo lo que podamos para proteger más a sus hijos. Sí trabajaremos para hacer más seguras las calles alrededor de sus casas. Sí empezaremos a borrar esta mancha vergonzosa del tejido de la sociedad norteamericana. ¡Cuarenta mil muertos! Podemos hacerlo mejor. Vamos a hacerlo mejor.

Hubiera sido una frase para un aplauso, pero Breland no esperó. Las manchas rojas del mapa de la nación habían empezado a desvanecerse cuando Breland mencionó el nuevo nombre del Gatillo. Ahora habían desaparecido por completo, y habían sido reemplazadas por un grande y desconocido símbolo colocado en el centro del mapa: una paloma blanca estilizada, con las alas extendidas y protectoras, en un círculo azul de las Naciones Unidas.

—Mañana por la mañana, los sitios que ya están protegidos por el Escudo de Vida llevarán este signo de manera visible en todas las entradas. Ésta no es la paloma de la paz. Como el ave verdadera, esta paloma es agresiva en defensa de su territorio. Esta paloma es tanto una advertencia a los agresores y una protectora de los inocentes. Y ella llegará a ser una visión familiar, y (espero, y creo) bienvenida.

»Esta mañana he instruido a los directores del proyecto Escudo de Vida que expandan las instalaciones actuales de producción de modo que puedan entregar un

total de quince mil unidades para fin de año. Mi intención es que los usemos para mantener armas y bombas fuera de los lugares a donde claramente no pertenecen.

»Los pondremos en las escuelas urbanas, de modo que sus hijos y sus maestros tengan un escudo contra la violencia de las bandas y la ira juvenil. No habrá más masacres como la de la escuela Henry Ford.

»Los pondremos en las oficinas de correo, en los juzgados y en los edificios de gobierno, de modo que puedan abrir su correo y hacer sus cosas sin temer al terrorismo. No habrá más tragedias como las de Oklahoma o Austin.

»Los pondremos en los aeropuertos, y en su momento en los aviones, de modo que puedan viajar libremente y con confianza. No habrá más vuelos como el vuelo 209.

»Ubicaremos un décimo de la producción (una mínima parte, si quieren) en iglesias, templos y sinagogas, de modo que disfrutarán de la protección tanto de Dios como de la ciencia. No habrá una repetición de la bomba de Beth El.

»Y a propósito, el costo de estas unidades ya ha sido pagado por un generoso regalo de un donante anónimo. Ni un solo dólar proveniente de impuestos ha sido derivado para esto.

»También he decidido dar muestras y especificaciones para construir el Escudo de Vida a nuestros amigos en todo el mundo, y para empezar, a Gran Bretaña, Canadá, Israel, Alemania y Japón.

»Seguiremos buscando maneras de usar el Escudo de Vida en nuestro país. No existe el derecho intrínseco de nadie de llevar una bomba o un arma de fuego a una propiedad federal, sea en las autopistas y puentes del sistema interestatal o en nuestros parques nacionales, monumentos y museos.

»Para apoyar estos esfuerzos, seguiremos expandiendo la producción hasta que lleguemos al punto donde nos quedemos sin ideas y tengamos algunas de repuesto. Al mismo tiempo, organizaremos un impetuoso proyecto de investigación destinado a reducir el tamaño y el costo del Escudo de Vida, para que ubicaciones que no son posibles ahora lo sean en el futuro.

»Ésas son algunas de las cosas que haremos.

»Ahora, esto es lo que pueden hacer ustedes.

»En primer lugar, nos pueden ayudar a pensar en más maneras de salvar más vidas. Hay un número y un sitio en la red gratuitos para recibir sus sugerencias para ubicaciones públicas. —Mientras hablaba, las direcciones aparecían en el indicador que estaba a sus espaldas—. Necesitamos el conocimiento que ustedes tienen de su barrio, su afición a su familia y a su comunidad, y su compasión por sus conciudadanos para ayudarnos.

»En segundo lugar, pueden pedir a sus gobernantes, a sus alcaldes, a sus legisladores, que participen en Proyecto Vida. Éste es nuestro plan para entregar



licencias para la producción del Escudo de Vida a gobiernos estatales y locales, así pueden dar los pasos para proveerlos localmente de la misma calidad de seguridad que tenemos la intención de proveer en la esfera federal.

»Finalmente, dentro de seis meses a partir de ahora, algunos de ustedes podrán comprar un Escudo de Vida en forma particular de Laboratorios Terabyte, y usarlo para crear su propio santuario.

»Al principio, las ventas se limitarán a los dueños de grandes viviendas de familia, tales como edificios de departamentos; instituciones financieras, como Bancos; instalaciones públicas, como hoteles; establecimientos comerciales minoristas, como los paseos de compras; y las propiedades comerciales, como las torres de oficinas. Quiero que esos dueños puedan ofrecer un ambiente libre de armas a sus inquilinos, sus clientes y sus empleados, que puedan usar en su publicidad y al tomar a sus empleados. Nada ayudará a difundir la bendición del Escudo de Vida más rápidamente o más extensamente que el anticuado capitalismo competitivo norteamericano.

»Pero levantaremos esa restricción tan pronto como podamos, y reduciremos el precio tan frecuentemente como podamos. Espero ansiosamente el día cuando el símbolo del Escudo de Vida sea tan común como una calcomanía de un autoclub o un logo de una tarjeta de crédito, cuando un ambiente libre de armas no sea más una curiosidad vendible, sino una expectativa básica, como el aire acondicionado o el acceso para discapacitados.

»Quiero ser muy claro acerca de algo: mañana no es el primer día de los Estados Utópicos de América. El Escudo de Vida no nos convertirá en personas más morales, ni resolverá los conflictos que tan frecuentemente explotan en violencia. No es una varita mágica que eliminará el homicidio, el suicidio, la estupidez, la codicia, en una noche. No es una garantía. Es sólo una herramienta que podemos usar para construir una sociedad mejor. Tendremos que trabajar duro y crecer rápidamente. Tendremos que aceptar algunas concesiones y hacer algunos arreglos para que esa sociedad sea una realidad.

»Pero hay, creo, menos concesiones que las que ya están haciendo. Piensen en todos los lugares donde se han acostumbrado a ver detectores de metales, revisiones de equipaje, guardias armados y en todas las veces que han tenido miedo. Son ajustes nimios al lado de los ajustes de las cuarenta mil familias que cada año pierden un padre, una madre, un hijo, un hermano, un cónyuge.

»Benjamín Franklin nos advirtió: “Quien puede abandonar las libertades esenciales para obtener una pequeña seguridad temporaria no merece ni la libertad ni la seguridad”. El fantasma de Franklin puede descansar tranquilo, porque el Escudo de Vida desafía la vieja ecuación de intercambiar libertad por seguridad. Podemos tener y tendremos más de ambas. Ésa es la promesa del Escudo de Vida, y ésa es mi

promesa a ustedes.

»Gracias, y que Dios los bendiga a todos.

La ovación de pie que siguió no tenía precedentes en la historia del Congreso, o, por lo menos, no en los recuerdos de los observadores más antiguos que la presenciaron. No había ningún tinte partidario, y se mantuvo por más de diez minutos, y continuó aun después de que Breland abandonara el estrado. Inmediatamente fue rodeado y casi abrumado por el saludo efusivo de los líderes del Senado y de la Cámara de Representantes y de otras figuras importantes. Toda la etiqueta formal de la cámara había desaparecido en la explosión de entusiasmo que la llenó.

Luego el senador Grover Wilman apareció de la nada y ayudó a la tarea de despejar el camino para el Presidente. Con la ayuda de Wilman, Breland lentamente se abrió paso hasta el pasillo central hacia las puertas dobles y hasta la ayuda más experimentada del destacamento del Servicio Secreto. Inmediatamente después de Breland, con una multitud que llenaba los pasillos y el suelo, la vicepresidenta abandonó el procedimiento parlamentario y unilateralmente declaró cerrada la sesión.

Aimee Rochet y Aron Goldstein esperaban a Breland en su limusina. Goldstein estaba sin palabras, pero tomó la mano del Presidente fervientemente con ambas manos y le agradeció con los ojos brillantes de lágrimas.

—Eso fue, bien, fue increíble, señor —dijo Rochet, quitándose sus pantallas para los ojos—. El porcentaje que esperábamos lo obtuvimos, pero el rating, los números siguieron ascendiendo desde el principio hasta el final, como si la gente llamara a sus amigos y dijera «¿Estás mirando esto?». Me equivoqué, señor Presidente. Me equivoqué, y usted tenía razón.

Breland se instaló en los almohadones con una sonrisa agotada.

—Me temo que es muy temprano para estar seguros de eso, señora Rochet. Pero gracias, de todos modos.

—Lo digo sinceramente —dijo ella, inclinándose hacia adelante, hacia el centro de comunicaciones del vehículo—. ¿Quiere ver algún canal en particular en el monitor, señor? ¿Para ver la reacción y el análisis?

—Apáguelo, por favor —dijo—. Si sólo están hablando acerca de mi pequeño alejamiento del alcalde, no quiero saberlo hasta mañana.

—Tendremos una impresión menos superficial mañana —coincidió ella—. Yo tendré una idea de cómo se desarrolló y de cuál es la tendencia para, más o menos, las diez de la mañana. ¿Podemos encontrarnos entonces?

—Ocupese de eso. Estaré allí —dijo el Presidente, y cerró los ojos.

La mayoría de los colaboradores de Aimee Rochet no durmió esa noche. Si no estaban controlando y analizando el diálogo público, estaban haciendo todo lo posible para darle forma.

Inmediatamente después del discurso, los más verborágicos fueron los más ocupados, dando entrevistas en los servicios de noticias y en los enérgicos debates en los ayuntamientos virtuales.

A medida que la noche avanzaba y terminaban los análisis posteriores al hecho, la tarea más pesada recayó en quienes trabajaban en silencio, quienes habían empezado a trabajar en los tableros de mensajes de la red subterránea y en los salones de conversación varias horas antes del discurso. Con sus banderas de fidelidad discretamente arriadas y su anonimato protegido por imágenes falsas de ellos mismos y por alias y los mejores trucos de ocultamiento de la Agencia de Seguridad Nacional, plantaron y enfatizaron los temas que Rochet quería que emergieran.

Con ese fin, Rochet siguió atentamente en una lista creciente de titulares, eslóganes y consignas que funcionaban y se propagaban bien. «Nuestros niños no pertenecen a los campos de batalla» y otras variantes encabezaban la lista, con el técnicamente inadecuado «Esto no es control de armas, es control de balas», y el gramaticalmente incorrecto «Los muertos no necesitan derechos y no obtienen libertad» entre los primeros.

Los analistas siguieron trabajando durante la madrugada, tabulando y clasificando, buscando los puntos de cristalización donde el debate se endurecía hasta llegar a una pelea, y las opiniones empezaban a polarizarse hacia ambos extremos. En ese punto desaparecía la incertidumbre —casi como si fuera parte de una función de onda cuántica—, y las posiciones de la minoría y de la mayoría se definían.

Fiel a su promesa, para las diez de la mañana siguiente Rochet tenía un extenso informe preparado para Breland y los otros jefes: Nolby, Stepak, la procuradora general Doran Douglas, el director del FBI Edgar Mills, y el asesor nacional de seguridad Anson Tripp.

—Tenemos una situación extremadamente dinámica esta mañana —dijo—. Perfil alto, alta inversión, altas desviaciones. Setenta millones de clics en el sitio de las sugerencias, y uno de cada diez dejó un mensaje.

—Va a pasar mucho tiempo antes de que tengamos siete millones de Gatillos —dijo Nolby.

—La mayoría de los mensajes no son sugerencias, sino expresiones de apoyo. Les envío a cada uno de ustedes un resumen y extractos para que vean cómo es ese lado positivo. Los números son excelentes en general para las mujeres casadas con hijos, y para los hombres de más de cuarenta años.

—¿Y el lado negativo? —preguntó Breland.

—Algo que surgió muy temprano fue un valor de alta incertidumbre en lo atinente a la geopolítica. Usted no habló mucho sobre cuestiones militares; les dio una dieta completa de asuntos internos. Pero la audiencia incluía a nuestros uniformados, nuestros veteranos y todos sus asociados, es decir, gente que sabe lo

suficiente sobre asuntos militares para hacer preguntas difíciles.

—El mismo tipo de preguntas que hemos estado haciendo en el último año, me imagino —dijo Tripp.

—Dado que no participé de esas conversaciones, dejaré ese análisis para otros —dijo Rochet—. Pero necesitaremos un rápido seguimiento para responder directamente a esas cuestiones.

—¿Cuán rápido? —preguntó Breland.

—Para el fin del día de hoy, si es posible. Y recomendaría que considere a alguien con sólidos lazos con el lado uniformado del Potomac: necesitamos un rostro de credibilidad de nuestro lado. Mi sugerencia es el general Stepak, aunque cualquiera del Comando Conjunto tendría los requisitos necesarios.

—Con su permiso, señor, me encontraré con el general Madison y nos ocuparemos de esto —dijo Stepak, mirando a Breland.

—Bien.

Rochet hizo un gesto de aprobación.

—Tengo algunos datos que el general debería mirar, quizá más tarde, cuando hayamos terminado aquí. Ahora, vamos a los principales puntos de acción. Tres zonas difíciles, y una fácil.

»La primera zona difícil es una herida autoinfligida. Usted ha elevado las expectativas del público fuertemente, señor Presidente. Usted también los ha obligado a mirar algo que no quieren ver, y les dijo que su mundo es un lugar más feo y más peligroso que lo que pensaban antes. Desde ahora, vamos a tener que luchar por no defraudar esas expectativas.

»Todo lo que ocurra será medido en relación con los ideales con los que usted se ha identificado, y no en relación con las realidades de ayer, y hay un peligro muy real de un “escenario Gorbachov”, donde en lugar de obtener el reconocimiento por el progreso, puede ser culpado cuando el progreso no es lo suficientemente rápido. Hay una serie de cosas que podemos hacer para mejorar eso, pero hará falta un esfuerzo total de equipo para evitar que cualquier disparo perdido le vuelva a usted como una acusación de fracaso.

—Comprendido —dijo Breland—. Continúe.

—Sí, señor —dijo Rochet—. La segunda zona difícil era completamente predecible: los muchachos de la Segunda Enmienda no se creen sus garantías. Piensan que usted está detrás de las armas de ellos. Las voces más desmesuradas piensan que usted ha vendido su alma a la izquierda internacionalista, y que ésta es la ronda inicial de la lucha que han estado esperando durante cincuenta años: el gobierno federal que intenta desarmar al pueblo norteamericano antes de entregar su soberanía al secretario general de las Naciones Unidas. Se habla mucho acerca de organizar una resistencia armada, aunque hay fundamentalmente más griterío que

disparos por ahora.

—¿Ha habido disparos realmente?

—Yo clasificaría los incidentes que hemos seguido como despliegues individuales de desafío —dijo el director del FBI—. No hay muertos ni heridos.

—¿Cuántos incidentes?

—Sesenta y tres; dos terceras partes al oeste del Mississippi.

—No me sorprendería si los elementos moderados o los fabricantes de municiones hacen una presentación judicial antes de que termine el día, buscando la prohibición del Gatillo, quiero decir, del Escudo de Vida —dijo Douglas, la procuradora general—. Pero ya estamos preparando respuestas por adelantado. Dudo de que puedan detener el programa más de una semana, si eso ocurre.

—Mi mayor preocupación es que mantengamos esas teorías conspirativas en el margen, donde predicán a los convertidos —dijo Rochet—. Tenemos que ser muy cuidadosos para evitar pasos en falso que puedan llegar a otorgar alguna credibilidad a esas acusaciones.

—Buena suerte —dijo Mills—. Esa gente creerá lo que quiera creer, con lo que ellos consideren pruebas o no. Además, puede que tengan razón. Puede que estemos detrás de sus armas, si las armas pesadas que han estado desapareciendo de los arsenales militares durante los últimos veinte años han terminado en sus manos. No hay ninguna razón por la cual alguien que vive en Iowa o en Idaho necesite un cohete antitanque o un SAW.

Breland ya había escuchado lo suficiente sobre ese tema.

—¿La tercera zona? —preguntó a Rochet.

—El oportunismo criminal —dijo—. Las tasas de crimen, de asesinato, en realidad pueden empeorar en lugar de mejorar en el corto plazo, una vez que el Escudo de Vida llegue a ser una amenaza creíble para las ambiciones de los criminales.

—¿La gente habla abiertamente de esto? —preguntó Breland—. ¿De salir corriendo a matar a alguien mientras puedan?

—Lo suficiente como para encender las luces de alerta —dijo ella—. «No nos demoremos. ¡Fuera la perra!» Ése lo vi yo misma, en un salón de charla misógino.

—La libertad de expresión es un desperdicio en cierta gente —dijo Stepak con clara repugnancia.

El director del FBI se inclinó hacia adelante y apoyó sus brazos cruzados en el borde de la mesa.

—Para volver al punto... Si yo me hubiera armado, con la intención de algún tipo de ataque, como robar un Banco, un ajuste de cuentas, lo que sea, quizá saldría inmediatamente a hacerlo si pensara que después perdería mi oportunidad. Es absolutamente plausible.

—Úsalos, o tíralos —dijo Tripp, asintiendo—. Podemos esperar esto en la escena internacional también.

—¿Cómo lo manejamos? —preguntó Nolby.

—Máxima vigilancia, inmediata respuesta, consecuencias seguras —dijo Mills—. Tenemos que adelantarnos al golpe, y derrotar a los malos muchachos antes, con frecuencia, y con toda la publicidad posible, hasta que se corra la voz de que no es un buen momento para poner a prueba el sistema.

—Lo cual puede ser exactamente lo que la facción conspirativa necesita para vender su palabrerío al señor y la señora Estados Unidos —señaló Rochet—. No pretendo aquí decirle a nadie lo que tiene que hacer, pero puedo asegurarles que esas filmaciones de la policía en trajes negros de combate derribando puertas no nos ayuda con el público.

—Volveremos sobre esto —dijo Breland—. ¿Dijo que había una zona fácil?

—Sí, señor Presidente, una grande, y justo en el medio. Hay mucho escepticismo residual. Usted habló mucho del dragón, pero al final, no les mostró un dragón, ni siquiera una buena llama. No tienen que entender cómo funciona el Escudo, pero van a necesitar saber que funciona.

—Lo cual nos lleva a la cuestión del día de hoy —dijo Breland—. Considerando todos los factores, ¿queremos seguir adelante con la demostración de Chicago?

—No es una demostración al Departamento de Policía de Chicago —dijo la procuradora general—. Ha habido seis personas asesinadas por los francotiradores de Cabrini Green, incluyendo un paramédico y un sargento de policía. Los francotiradores han estado usando a los medios de comunicación para burlarse de las autoridades. Va a terminar en sangre, en una transmisión nacional en vivo, a menos que les demos una alternativa.

—Tomaré eso como una recomendación no obligatoria para proceder —dijo Breland—. ¿Qué opinan los demás?

La cuenta dio cinco a favor, uno (Rochet) en contra.

—Me alegra escuchar tanto apoyo por la opción que yo he elegido —dijo Breland—. Director Mills, ¿podrá poner a disposición una de las unidades tácticas de calle del FBI?

—Podemos tener un equipo ahí en una hora —dijo, dirigiendo una mirada vagamente burlona a Rochet—. Aunque me temo que nuestros trajes de primavera aún no han llegado, así que tendremos que ir con el clásico negro.

«¿Seré la única en esta habitación que intenta que Breland no reciba una acusación pública?», se preguntaba Rochet.

—Señor Presidente, si vamos a hacer público esto, quisiera sugerir que por lo menos hagamos lo posible para construir una mística positiva alrededor del Escudo de Vida y su personal. Aun si significa una demora de un día o dos.

—Ya está decidido, señora Rochet —dijo Breland, y sonrió—. Pienso que estará orgullosa de nosotros cuando vea.

La Torre 11 era el último fantasma de Cabrini Green, un monolito de catorce pisos de concreto de una parte desolada del desierto urbano. La Torre 11 era un monumento a una equivocada caridad pública que había sido construido junto con otras torres ya demolidas como viviendas financiadas por el gobierno federal. Éstas pronto se convirtieron en un vergonzoso gueto vertical, y además en un caso típico de la tragedia de la gente común, y en un símbolo de todo lo que no funcionaba en las ciudades de los Estados Unidos.

Pese a todo el dolor que causaron a sus ocupantes, y a toda la vergüenza que representaban para sus creadores y sus cuidadores, las torres de Cabrini Green habían persistido durante un tiempo sorprendentemente largo en el firmamento del sur de Chicago. Aun después de que Cabrini Green fuera clausurado, tapiado y rodeado de vallas, las poderosas torres sin ventanas se mantuvieron durante otros diez años mientras los proyectos de reurbanización caían uno tras otro.

Sólo cuando la ciudad finalmente aceptó subdividir el terreno y el gobierno aceptó compartir los gastos de la demolición, las torres empezaron a caer. A la Torre 11 le faltaba simplemente una semana para la inspección del Control de Demoliciones cuando fue ocupada por el autodenominado «Ejército de la Herencia Africana», que reclamaba propiedad moral del lugar, y anunció sus planes de convertir a la Torre en un museo de la historia de las bandas y de las «reservas negras del siglo xx».

Si estos objetivos de los ocupadores despertaron alguna simpatía entre los funcionarios de Chicago, desaparecieron en una tarde. Impaciente por la falta de atención seria de parte de la prensa y de las encuestas, Jordán Nkruma subió al último piso de la torre y empezó a disparar a los autos de la autopista cercana en dirección norte.

Nkruma era un amateur furioso con un rifle de asalto barato de fabricación china, y tenía poco control sobre lo que acertaba a esa distancia. Simplemente siguió disparando media docena de cargadores, hasta que la autopista quedó desierta. La torre fue rodeada de autos de la policía, un helicóptero sobrevoló el lugar, y Nkruma fue la historia del día en las noticias de último momento de CNN y en los canales de noticias de Chicago. Fue entonces cuando se enteró de que sus balas y los accidentes a alta velocidad que habían provocado habían matado a cinco personas y herido a otras nueve.

Entonces fue cuando Nkruma se convirtió en el problema del capitán Kaminski, y viceversa.

Kaminski era un veterano con diecisiete años de servicio en los departamentos de policía de Gary, Indiana y Chicago. Había servido los últimos cinco años en la

«oficina de los titulares», es decir, en el muy armado y entrenado Equipo de Respuesta Selectiva. En los últimos dos años había servido como comandante del Equipo de Respuesta Selectiva, ocupándose de casos de perfil alto como las bombas en los paquetes de carne (adjudicados a la Liga de la Vida Animal) y la situación con los rehenes en el Museo de Campo (resuelto con sólo una víctima fatal entre los extremistas creacionistas).

Le había tocado a Kaminski informarle a Nkruma, en el primer contacto que tuvieron, que la mayoría de sus víctimas habían sido blancos, incluyendo un niño de ocho años y una mujer embarazada de su tercer hijo.

Nkruma no pidió disculpas.

—Hay mártires de la causa de la verdad, y sus muertes pesan sobre las cabezas de nuestros opresores —dijo—. Escribiremos sus nombres firmemente en estas paredes. —Cuando Kaminski le preguntó a Nkruma qué esperaba lograr asesinando niños negros, el ocupador respondió—: Un esclavo es invisible al rey hasta que el esclavo mancha de sangre la nariz del rey —una frase que repitió en su siguiente (y última) entrevista a los medios.

Luego Nkruma había rechazado las propuestas de Kaminski para que se rindiera y evitara más derramamiento de sangre. Juró que él y su ejército (que decía que tenía unos cien hombres) no se moverían hasta que el gobierno federal garantizara «justicia a los prisioneros negros de guerra que murieron en la reserva Cabrini».

El Ejército de la Herencia Africana de Nkruma y el Equipo de Respuesta Selectiva de Kaminski habían quedado detenidos en un empate desde entonces. La banda de Nkruma, que Kaminski sospechaba que no tenía más de veinte personas, tomó la parte superior y tenía mil ventanas abiertas para disparar. También estaban armados con cartuchos de dinamita industrial, con la cual hicieron granadas improvisadas que usaban para alejar el vehículo de los miembros del Equipo de Respuesta Selectiva en el único intento por entrar en la torre.

Pero la policía controlaba el perímetro, lo que significaba que al Ejército no llegaban comida, agua, municiones o refuerzos. También controlaban las ondas de radio, por lo menos en cuanto a lo que se emitía de la torre, y Nkruma quedó completamente silenciado. Aun así, la historia continuaba. Y el persistente interés de la prensa significaba la persistente presión sobre Kaminski para resolver la situación.

Kaminski había resistido la presión, esperando que el hambre y el frío del fin del invierno finalmente ablandarían la determinación de Nkruma, porque sabía que no había manera de tomar por asalto la torre sin el riesgo de un Waco. Pero después de los disparos esporádicos de la última semana (Kaminski pensaba que era la manera que tenía Nkruma de molestar) produjeron dos víctimas más, él y sus lugartenientes se habían visto forzados a volver a pensar esa estrategia y planear un segundo ataque.

Entonces el director de la oficina de Chicago del FBI había llamado con una



proposición insólita, y pocas horas después el Presidente de los Estados Unidos hizo un anuncio extraordinario. Así dio a Kaminski una oportunidad de revisar el plan de ataque una vez más, y de ir a la puerta del perímetro para esperar la llegada de la caballería.

También había más de dos docenas de testigos de la prensa esperando ahí; parte del precio de la ayuda del FBI era que se daba aviso con anticipación a la prensa, que tenía acceso al sitio desde ubicaciones diferentes. Cuando Kaminski llegó, los periodistas reaccionaron como hilos de hierro ante un imán, y él les dio la ración que querían.

—Espero que el señor Jordán Nkruma haya mirado las noticias anoche, así podemos darle breves explicaciones y todos podemos volver a casa a tiempo para dar las buenas noches a nuestros hijos —dijo Kaminski—. En breve, vamos a quitarle a Nkruma sus armas, y un poco después él estará detrás de las rejas, respondiendo por las vidas que él tomó con esas armas.

—¿Qué hay de los derechos morales de los ocupadores ilegales? —gritó alguien desde el fondo—. ¿Usted espera que ellos reciban justicia desde la prisión?

—La política no me interesa. Los asesinos de niños no pueden reclamar particularmente derechos morales, que yo sepa —respondió Kaminski—. Y sí, espero que ellos obtengan justicia, más justicia que la que ellos dieron a Donnie Stavens, o a Vernon Thagard o a Jonita Walkey.

En ese mismo instante, las sirenas anunciaron la llegada del equipo de asistencia del Escudo de Vida. En lugar de ese nefasto sonido de los vehículos de emergencia norteamericanos, tenía la vibración de dos tonos que Kaminski asociaba con las viejas películas policiales inglesas. Aun así, el sonido hizo volver todas las cabezas (y las cámaras con auriculares) desde Kaminski hacia la calle.

Momentos después, un par de vehículos blancos (un auto de exploración todo terreno y una camioneta de reparto de cuatro ruedas) apareció en la puerta. El auto de exploración tenía cuatro parlantes a prueba del mal tiempo sobre el techo; el camión, cuatro antenas blancas de medio metro de altura. Las únicas señales en ambos vehículos eran los grandes emblemas azules del Escudo de Vida en el capó, el techo y las puertas.

El grupo de cinco hombres que salió en tropel de los vehículos estaba vestido con los mismos colores: monos blancos con emblemas del Escudo de Vida en el pecho, del lado izquierdo, y sobre el hombro derecho. Uno de los cinco también tenía un círculo dorado rodeando sus emblemas, el mismo que avanzó a través de los observadores y se presentó a Kaminski.

—John Grodin, coordinador del equipo —dijo—. ¿Algún cambio con respecto a lo que nos envió esta tarde?

—Ningún cambio.

—¿Estableció el perímetro de seguridad?

—A doscientos metros. Estamos listos para retroceder ante su señal.

—Entonces vamos —dijo Grodin—. ¿Usted viene con nosotros?

—Me gustaría.

—Hay un asiento libre en el primer auto —dijo Grodin.

Kaminski tocó el micrófono de la solapa.

—Comando de Operaciones a todas las unidades, despejen zona azul. Repito, despejen la zona azul y tomen sus posiciones de Panadero Caliente.

Mientras los otros se replegaban, la pequeña caravana se movía hacia el borde de lo que había sido el jardín de juegos de la torre.

—¿Usted quiere el reconocimiento? —dijo Grodin, alcanzándole un comunicador a Kaminski.

—Ya he tenido toda la publicidad que puedo soportar —dijo Kaminski—. Es su movida.

Grodin aceptó el teléfono que le devolvía Kaminski.

—No responden —dijo después de un rato—. No hay que preocuparse, conseguiremos su atención. —Con su pulgar, ingresó un código en el teclado de su comunicador—. Atención, ocupantes de la Torre Verde Cabrini 11 —dijo, y sus palabras explotaron en la noche desde los parlantes en el techo del auto—. Atención, Nkruma y Ejército de la Herencia Africana. Habla John Grodin con el equipo de asistencia del Escudo de Vida treinta y uno. Por favor escuchen atentamente. No habrá otro aviso.

»En este momento, sus armas son más peligrosas para ustedes que para nosotros. Puedo detonar sus explosivos y destruir su munición en un segundo, con apretar un solo botón. Ése es el punto número uno. Si ustedes disparan a mis vehículos, apretaré ese botón. Ése es el punto número dos. Si ustedes están demasiado cerca de sus armas cuando yo haga eso, van a salir heridos. Ése es el punto número tres.

»Como no espero que ustedes me crean inmediatamente, estoy preparado para ofrecerles una demostración. Tienen dos minutos para poner algo de su arsenal (un arma cargada, un explosivo, no importa) en el extremo del corredor de cualquier piso del ala sur. Ustedes eligen el piso, eligen el arma y luego sacan a todo el mundo de ahí. En dos minutos, activaré el Escudo de Vida y destruiré el arma desde aquí.

»Después de eso, voy a esperar tres minutos, y luego empezaré a subir la energía. Ustedes pueden usar esos tres minutos para dejar sus armas y salir de ahí, o pueden quedarse. De cualquier modo, en cinco minutos a partir de ahora, todos los explosivos de ese edificio van a salir.

»Un minuto para la demostración.

»No pueden hacer nada sobre esto. Solamente tienen una elección: deponer las armas y vivir, o aferrarse a ellas y morir. Si disparan a mi equipo ustedes pierden la

elección. No piensen que las paredes los protegerán. No piensen que pueden esconderse o esconder sus armas. No piensen que pueden correr. El Escudo de Vida estará por todas partes, adentro y afuera.

»Treinta segundos.

»Salgan desarmados, y no serán heridos. Si mantienen sus armas, terminarán en el hospital o en la morgue.

»Diez segundos. —Continuó la cuenta regresiva hasta cero, y luego cambió el canal de transmisión—. Técnico uno, habla el director del equipo. ¿Tiene el rango dirigido hacia la esquina sur, primer piso?

—El rango es uno, siete, dos.

—Póngalo en uno, nueve, cero y prepárelo para empezar.

—Uno, nueve, cero, sí.

—Inicie.

Hubo un relampagueo brillante desde la ventana del cuarto piso, seguido un instante después por un trueno atronador que hizo vibrar el auto. Después de que el viento alejó el polvo, los reflectores mostraron un agujero que se abría en la pared de la torre.

—Atención, ocupantes de Torre Cabrini 11 —dijo Grodin—. Ahora saben que digo la verdad. Sus armas no les son más útiles. Sus armas ahora son un grave peligro para ustedes. Tienen tres minutos para abandonarlas y entregarse a las autoridades. Salgan del edificio por la entrada oeste y caminen directamente hacia los vehículos del Escudo de Vida. No intenten llevar un arma fuera del edificio con ustedes.

—Allá —dijo Kaminski, señalando. Había movimiento en la entrada oeste, una figura que apareció en la puerta arruinada, y luego desapareció. Momentos más tarde surgieron dos mujeres que avanzaban por los paneles destruidos de madera terciada que alguna vez habían cubierto la entrada. Protegiéndose los ojos contra los focos dirigidos hacia ellas, caminaron con paso inseguro en dirección de Grodin.

—Muy bien, sigan avanzando —dijo él—. Dos minutos.

Otros siguieron. Cuando la cuenta regresiva llegó a cero, veinticuatro personas habían salido de la torre y habían sido escoltadas por los miembros del Equipo de Respuesta Selectiva de Kaminski con sus chalecos antibala. Pero pronto se hizo evidente que Nkruma no estaba entre ellos. Había ordenado salir a sus seguidores, pero permanecía adentro de manera desafiante, aparentemente para inmolarsse.

Kaminski hizo un último intento para llamar al comunicador de Nkruma, pero éste no respondió.

—¿Tenemos lo suficiente como para declarar la victoria? —preguntó Grodin—. Por ahora no hay bajas, lo cual agradará a la gente para la que yo trabajo. ¿O cumplimos con nuestra amenaza y le damos a Nkruma lo que quiere? Puede tener los suficientes explosivos aquí como para derribar grandes pedazos de ese edificio.

—No creo que sea del tipo que da la vida por la causa —dijo Kaminski—. Para no mencionar que es demasiado listo como para quedarse sin opciones.

—¿Piensa que él cree que estamos jugando?

—No creo que esté junto a su armamento para averiguar eso. Supongo que está abajo, en la planta baja, y desarmado. —Tocó su micrófono en la solapa—. TacData, habla Kaminski. Buscamos uno más. ¿Hay algo en infrarrojo o en audio?

—Tuve algunos sonidos momentáneos en el 114 hace dos minutos.

—¿Puede haber sido un llamador de comunicador?

—Puede —coincidió el técnico.

Kaminski apagó su radio.

—Lo tenemos —dijo a Grodin, luego dio la orden de entrar.

El Equipo Rojo Cinco encontró a Nkruma agazapado cerca de una ventana, en las ruinas del departamento 112, esperando la explosión, esperando a saltar del alféizar y salir corriendo. El Equipo Rojo Dos encontró su escondite de armas contra la pared externa del sexto piso, donde hubiera logrado una enorme distracción para cubrir el intento de huida de Nkruma.

—Como dije, es listo —dijo Kaminski mientras veía junto con Grodin cómo Nkruma era llevado con esposas—. Lo suficientemente listo como para salir de esto vivo.

—Me alegro de que hayamos tenido uno listo esta primera vez —dijo Grodin—. ¿Usted puede soportar el hecho de que no le haya dado la oportunidad de matarlo?

La pregunta sorprendió a Kaminski.

—Sí —dijo después de unos instantes—. Sí, puedo. Hasta podría acostumbrarme a ello. No creo que usted me pueda dejar esa cosa —dijo, señalando en dirección del furgón del Escudo de Vida.

—Lo siento —dijo Grodin—. Pero le conseguirán uno para usted en algún momento. Esto es sólo el comienzo.

## 17: Alquimia

Registro interceptado por la Agencia Nacional de Seguridad

Clave de búsqueda 00062883 Acierto: A3H07HB Audiencia: 99%  
Clasificación: poema popular, derivado Remitente: anónimo Propagación:  
toda la red

Lo fantástico de los Gatillos  
es que son una fantasía.  
Adentro tienen chucherías  
afuera tienen mucho brillo.  
Cuando las bombas hacen ¡bum!  
y las municiones hacen ¡pum!  
es algo muy divertido,  
pero lo más maravilloso de los Gatillos  
es que yo tengo el ÚNICO.

Los principales miembros del equipo del Anexo —Karl Brohier, Leigh Thayer, Jeffrey Horton y Gordon Greene— viajaron hasta Washington para asistir a la presentación del Gatillo. Todos excepto Brohier estuvieron presentes en el discurso de Breland, como invitados del Presidente. De hecho, si Brohier no se hubiera opuesto en nombre de ellos, Breland habría aprovechado la oportunidad para felicitarlos en público por ser los inventores y presentarlos a los miembros del Congreso y al mundo.

—Todavía no quieren convertirse en celebridades —dijo Brohier durante un almuerzo en la Casa Blanca el día anterior.

—No está disfrutando de la comida, Karl —le dijo Gordie desde el extremo opuesto de la mesa—. Estoy seguro de que soy la primera persona de mi barrio que alguna vez logró sentarse en este restaurante.

—Créame, doctor Greene, lo entiendo. Sé cuan seductor puede ser estar sentado aquí, en este lugar que antes sólo existía para usted en la televisión. Es divertido que a uno lo inviten a tomar el té con el Presidente, ¿no es cierto? El solo hecho de estar en su compañía lo hacer sentir alguien importante. Por supuesto, no se es realmente alguien hasta que venir aquí se convierte en un hábito.

Hasta el Presidente se rio del comentario.

—Todavía tenemos mucho por hacer, y ser el centro de atención no lo hará más fácil. Los fundamentos teóricos aún están pendientes. No nos merecemos ser el centro de atención. No tenemos buenas respuestas para preguntas importantes. Todos ustedes pueden pensar en pares que se olvidaron de tener las cosas en claro antes de

comunicarle sus hallazgos a la prensa. Les aseguro que el país, el mundo, se enterará en breve de quiénes somos. El archivo de Jeffrey anda circulando por allí. La patente secreta está registrada. Y lo publicaremos. Ninguna otra persona va a merecer los aplausos —o los abucheos— por su descubrimiento.

»Sin duda, no le pediría a ninguno que rechazara la oportunidad de estar aquí. Pero esta semana, por favor, acepten mi consejo, y córranse un poco a un costado. El Presidente es lo suficientemente generoso como para darnos esa oportunidad; creo que él entiende que podemos llegar a ser el centro de atención pero no por algo positivo. —En silencio, Breland alzó la copa en ese momento—. En poco tiempo más, sabremos si somos héroes o malhechores.

Siguiendo las sugerencias de Brohier, dieron un paso al costado y no sintieron que fuera demasiado sacrificio. Habían sido agasajados en privado por la Casa Blanca y por Aron Goldstein en su propiedad; Grover Wilman les había dado la bienvenida en Razón sobre la Locura y un general de cuatro estrellas los recibió en el Pentágono. Disfrutaban de tener a su disposición a los chóferes del gobierno y de los hoteles de cinco estrellas y de que la secretaria del Presidente pudiera conseguirles cualquier tipo de entrada o reservación sin ningún problema.

Brohier se quedó en Washington lo suficiente como para dar una fiesta del Anexo Terabyte en la suite de su hotel la noche del discurso de Breland. Un tanto ebrio por el champagne, elogió a los miembros de su equipo efusivamente, hizo varios brindis en su honor y recitó unos versos picaros. A la mañana siguiente, volvió a Princeton.

Los otros se quedaron en Washington, tentados por la oferta de Breland de permitirles acceder a cualquier monumento histórico que eligieran. Para Gordie, eso significó poder visitar la Sala de Situación de la era de la Guerra Fría y una recorrida minuciosa, después de que se cerrara al público, del Museo Smithsonian. Horton eligió recorrer la Casa de la Moneda y la posibilidad de ver una puesta del sol a través de los vitrales de la Catedral Nacional. Lee pasó todo un día revolviendo cajones y muebles, con los curadores de paleontología junto a ella.

—El camino no explorado —explicó, y los otros parecieron comprender.

Más allá de adonde fueran durante el día, siempre veían el noticiario juntos a la noche, por lo general en la habitación de hotel de Horton, para ver qué habían provocado con su descubrimiento. La semana posterior al incidente en Cabrini Green, se hicieron media docena más de allanamientos y rastreos con el Escudo de Vida. Todos fueron cuidadosamente seleccionados para mostrar a los villanos más despreciables e incuestionables, la más increíble ostentación de autoridad civil, la mayor amenaza a inocentes, la mayor posibilidad de una victoria y la mejor oportunidad para que todo fuera registrado por los medios.

En Roswell, al norte de Atlanta, la policía barrió una fábrica de drogas, y juntó más de una docena de armas automáticas. Cerca de South Bend, Indiana, un enclave

anarquista blanco se rindió después de que la unidad Escudo de Vida desarmó a los guardias que lo custodiaban e hizo explotar un círculo de minas y de trampas explosivas. En Brooklyn, la casa de una banda de Chicago se incendió, y expulsó a sus ocupantes desarmados a la calle y a las manos de la policía, que esperaba afuera.

Nueve rehenes fueron liberados sanos y salvos después de un asalto a un Banco en Amarillo, Texas, cuando el arma de los ladrones se incendió en sus manos. Una operación del FBI desbarató el intento de un grupo separatista de Quebec de construir bombas para los trenes que pasaban por el paso Sarnia y el túnel Coleman Young, las principales vías ferroviarias que conectaban ambos lados del río Detroit.

Sorprendentemente, los informes diarios los dejaban a los tres menos y menos satisfechos con su obra, en especial el último, en el que murieron once separatistas. Después de que Horton apagó el televisor, miró a Lee y a Gordie, y puso en palabras lo que ambos estaban pensando.

—Es bastante duro, ¿no les parece? —dijo con seriedad—. Bastante problemático. Sería tanto mejor si encontráramos la manera de que los explosivos se extinguieran como las cargas de proyección. No quiero que nuestro Bebé siga matando gente.

—¿Se acabaron las vacaciones, jefe? —preguntó Gordie.

—Se acabaron —contestó, asintiendo con la cabeza.

Para el mediodía del día siguiente ya estaban de regreso en el Anexo.

Era inevitable, todos los que formaban parte de Sombrero de Bronce entendían que en algún lugar, en algún momento, un Gatillo mataría a un civil inocente.

Era inevitable, todos coincidían, que cuando pasara por primera vez, los medios le darían una cobertura que llegaría a la saturación y le ofrecerían a cualquier crítico mínimamente creíble todo el tiempo que él o ella quisiera para arremeter contra Breland y su política del Escudo de Vida.

Pero ninguno se daba cuenta exactamente de cuan terrible sería el desastre, porque ninguno tuvo la capacidad de prever una tragedia tan fácil de evitar y dolorosa como el hundimiento del *Mutual Fun*.

Durante alrededor de tres años, la guardia costera de los Estados Unidos había intentado, con poco éxito, poner fin a un problema de piratería a lo largo de la costa media del Atlántico y sus bahías internas y vías fluviales. Había habido más de cuarenta incidentes desde Absecon hasta Hilton Head, en la mayoría de los casos con vehículos deportivos. Parecía haber al menos tres grupos criminales que operaban en territorios superpuestos, que abordaban pequeños yates de motor con camarote o los engañaban enarbolando banderas que indicaban dificultades, y luego destruían sus radios, averiaban los motores y los despojaban de los objetos de valor. Aún no había sido atrapado ninguno de los bandidos, que jugaban con una ventaja de algunas horas o hasta días antes de que sus delitos fueran descubiertos.

—Pero la vigilancia creciente de las autoridades había tenido una consecuencia inesperada. Últimamente, y de una manera siniestra, muchos botes habían simplemente desaparecido, secuestrados o hundidos, y sus ocupantes, los únicos testigos, eran ahogados. Y una vez que cruzaron la línea de delito contra la propiedad y asesinato, nada era impensable. El único sobreviviente de un ataque de ese tipo, rescatado después de dieciocho horas en el agua cerca de la boca de Chesapeake Bay, informó que su esposa y una amiga de ésta habían sido tomadas por los piratas, quienes insinuaron perversamente que someterían a sus cautivas a tormentos sexuales.

Esa espeluznante historia encendió a los canales de noticias con mayor fuerza que todos los incidentes previos combinados, y forzó los esfuerzos ya en marcha de la industria de barcos y de los puntos turísticos de la costa para alejar el peligro de su entorno. Así fue como el comandante Robb de la estación de Cape Charles propuso poner un Escudo de Vida a bordo de un barco rastreador y usarlo así como cebo y como punto de control flotante.

—Cuando uno lo analiza, ve que la razón por la que no hemos podido encontrar a ninguno de los piratas es que se esconden a plena luz del día, como gente con aspecto común con barcos comunes, y hay demasiados barcos en una extensión de agua demasiado grande con una costa demasiado extensa como para que podamos patrullarla toda —había explicado al comandante de la guardia costera—. Para los piratas es mucho más fácil rastrearnos a nosotros que nosotros a ellos. Pero sabemos que están bien armados, y todos los dueños de barcos saben que las armas de fuego están prohibidas en el agua. Si jugamos el juego de los piratas, y nos instalamos en las zonas de intenso tráfico, finalmente atraparemos a los piratas cuando vienen o se van.

—Primero intente que ellos vayan detrás de usted —había ordenado el comandante, al darle su aprobación.

Robb se había atenido a las instrucciones, pero sólo en la letra, y no en el espíritu. Con once actos de piratería no aclarados solamente en la bahía, no tenía la paciencia de aguardar semanas o meses vigilando con un solo barco rastreador equipado con el Gatillo. Mucho mejor sería tomar el curso de acción más agresivo, y revisar secretamente cientos de botes por día.

Así que el rastreador Sea Me ancló una noche sin ser molestado cerca de Tangier Island en Pocomoke Sound (el lugar de uno de los hechos de piratería), y pasó otra noche en Mobjack Bay (donde había desaparecido el crucero *Daddy's Toy*). Luego se dirigió hacia el canal navegable intercostero. Arrojó el ancla cerca del canal que se dirigía al sur, a la vista de Fair Port. Todo el tráfico que se encaminaba hacia el océano desde el Potomac o hacia el sur desde la bahía más arriba pasaba por esas aguas, por lo que estaba en un punto de control ideal.



El tercer barco que se acercó al *Sea Me* en los primeros minutos después que el Mark I fuera encendido fue un crucero deportivo Cross & Davisson de 10 metros que pertenecía a los corredores de Bolsa John y Jinx Morgenstern de Fredericksburg, Virginia. Cerca de los palacios flotantes que los piratas habían atacado, la modesta nave de los Morgenstern era un blanco poco probable. Tampoco tenían planes de dormir en el agua, puesto que ese viaje largamente planeado con viejos amigos terminaría en Virginia Beach antes del anochecer. Las posibilidades de que ellos se cruzaran con los piratas de Chesapeake eran, por lo tanto, pequeñas.

Pero como John Morgenstern era un hombre prudente, había tomado la precaución de agregar una pistola de bengala a las bengalas manuales a bordo del *Mutual Fun*. Y como John Morgenstern era un hombre ahorrativo, había recuperado un equipo de bengala Heckler & Koch de 37 milímetros de veinte años de edad del cobertizo para lanchas de su padre fallecido, antes que comprar un nuevo «lanzador de seguridad» a precio alto.

En el interrogatorio a puertas cerradas acerca de la muerte de los Morgenstern y de su amigo Thomas Welch, el comandante Robb admitiría que no había leído las instrucciones técnicas del Escudo de Vida antes de autorizar la cacería contra los piratas. Diría que aunque había ordenado una prueba con un bote «limpio» que llevaba bengalas y cohetes estándar de la guardia costera, no había pensado lo suficiente en la posibilidad de que podría haber otros barcos en la bahía que llevaran pirotecnia prohibida o pasada de la fecha de vencimiento.

Pero en el instante en que *Mutual Fun* alcanzó el límite del campo del Gatillo centrado en *Sea Me*, nadie en ninguno de los botes se dio cuenta del peligro que representaba la caja negra que Morgenstern había guardado en el armario para salvavidas detrás de él.

El único peligro en la mente de Morgenstern era una leve violación de la etiqueta si él tenía que bordear ese barco rastreador con el casco averiado con un giro de 25 nudos. Cuando buscaba con su mano derecha para poner los motores en marcha atrás la puerta del armario se abrió con una explosión, mostrando un violento fuego con aroma a magnesio.

Loretta Welch era quien estaba sentada más cerca del armario en ese momento. La sorpresa y una necesidad instintiva de huir del intenso calor la arrancó de su silla y la hizo chocar violentamente con Jinx, quien buscaba el extinguidor del barco. El choque llevó a Jinx hacia atrás y a Loretta a un lado del barco. Su grito fue silenciado por el agua que la cubrió.

La exacta secuencia de eventos posteriores nunca pudo ser determinada. Curiosamente, cuando el barco rastreador llegó a Cape Charles, se descubrió que los grabadores de vídeo que se activaban con sonido habían funcionado mal, con lo cual no había ningún registro oficial del accidente.

No obstante, los testigos a bordo de barcos cercanos informaron de una explosión que fue, en palabras de alguien, «completamente de Hollywood»: una oleada de dos pisos, púrpura y amarilla con toques de negro aceitoso, se elevó a treinta metros en el límpido cielo azul mientras los restos de pequeños pedazos de madera y de fibra de vidrio llovían sobre la bahía. Aun desde apenas cincuenta metros, no había nada que quienes estaban a bordo del *Sea Me* pudieran hacer, excepto avanzar y rescatar a una atónita Loretta Welch del agua, luego esperar a la búsqueda de la guardia costera y al helicóptero de rescate.

Cuando la noticia del incidente (todavía no relacionado públicamente con el programa Gatillo) llegó a la Oficina Oval, Nolby le suplicó a Breland que lo dejara pasar como un lamentable accidente.

—Se lo puede negar, completamente —insistió Nolby—. No hay razón para decirle a cualquiera que nosotros dimos la chispa que desencadenó esa explosión, y tenemos muchas para no hacerlo. Daños de responsabilidad, locos de las conspiraciones... en lugar de que la gente se sienta a salvo y tranquila, va a tener gente que tema cuando vea el símbolo del Escudo de Vida. Le ruego, Señor Presidente, si esta iniciativa significa algo para usted, deje las cosas como están. Este accidente será polvo de archivo en un día o dos.

—Hay una sola razón que usted parece no haber tomado en cuenta, señor Nolby: nos equivocamos. El comandante Robb obtuvo su Gatillo del Comando Conjunto en lugar del centro distribuidor del FBI, y no recibió el tipo de informe de riesgo que debería haber recibido. El rastreador no llevaba ninguna indicación externa, el punto de control no fue anunciado, y esa gente no recibió ninguna advertencia de que estaban navegando en una zona controlada por el Gatillo. Cuando usted lo analiza, esto fue un ataque no provocado por elementos de los servicios uniformados norteamericanos contra ciudadanos inocentes. ¿Usted espera seriamente que yo pase por alto eso?

—Usted puede disciplinar a los responsables sin poner su propio cuello en la soga. Todo puede hacerse silenciosamente.

Breland miró al secretario de la presidencia con una mirada helada.

—Richard, ¿usted tuvo la impresión de que yo pensaba que proteger al pueblo, es decir, a mis jefes, de la verdad era parte de mi trabajo?

—Para servir un bien mayor, a veces sí.

—¿Y qué bien hace combinar un error con una mentira?

—No le pido que mienta. Le pido que se muerda la lengua.

—¿Es ésa una distinción moral válida para usted, señor Nolby? ¿Es así como funciona su calculadora moral? ¿Y por qué yo debería pensar que el secreto se va a mantener como tal?

—Está bien mantenido por el momento, señor Presidente.

—Sólo si usted supone que todos los que saben o sabrán son amigos de esta administración y del Escudo de Vida. ¿Usted puede asegurarme que eso es así?

—No, señor —dijo Nolby con un suspiro.

—Entonces lo único que hace la mentira es duplicar el daño de una revelación posterior, y duplicar la tentación de hacer esa revelación. «¿Qué sabía usted, señor Presidente, y cuándo lo supo?» Si me arrojan a ese pozo de alquitrán, jamás podré salir —dijo Breland—. Dile a Aimee que organice una conferencia de prensa para las cinco. Si su conciencia no puede soportar tanta honestidad, puede dejar su renuncia en mi escritorio para las cinco.

—No me expliqué correctamente, señor Presidente. Discúlpeme —dijo Nolby ceremoniosamente—. Avisaré a Aimee.

La mañana siguiente, con el nombre de Loretta Welch en la boca de millones y su rostro en decenas de canales, los abogados que representaban a la Asociación Nacional del Rifle fueron al juzgado del Distrito de Columbia para declarar inconstitucional la tecnología conocida como Escudo de Vida.

—«... en manos del gobierno, esta tecnología representa una violación prima facie de las garantías de la Segunda Enmienda; en manos del ciudadano común, representa una seria amenaza a la vida, la libertad y el orden público» —leyó la procuradora general Doran Douglas de la pantalla de su comunicador—. «Los demandantes solicitan que esta corte ordene un inmediato interdicto de cualquier otro uso eventual de esta tecnología; además, la destrucción y el desmantelamiento de todos los ejemplares existentes de esta tecnología; y finalmente, una prohibición permanente de la manufactura, propiedad y venta u otras transferencias de los planos, especificaciones, componentes o ejemplos operacionales de esta tecnología».

Luego dejó el aparato y miró a través de la mesa al Presidente.

—Me sorprende un poco que no hayan pedido que usted y su gente reciba un lavado de cerebro.

—¿Quién dice que han terminado? —preguntó Breland con ligereza—. ¿Saben si la Asociación Nacional del Rifle está haciendo algún tipo de acercamiento por la puerta de atrás en anticipación a esta denuncia, algún intento de abrir un diálogo o una negociación?

—No —dijo Douglas—. Pero tampoco hicimos ninguna clase de acercamiento a ellos antes de sus anuncios la semana pasada.

—Supongo que ellos fijaron así el tono de la discusión —dijo Breland—. ¿Qué piensa que buscan realmente?

—Pienso que realmente quieren todo —dijo Douglas, acercándose un café—. Están proporcionándole asistencia legal a Loretta Welch para un juicio de muerte accidental. Y me dijeron que han contactado a la Oficina de Patentes. Pienso que podemos esperar algún tipo de acción contra la patente del Gatillo, que de todas

maneras pende de un hilo.

—Quieren una máquina del tiempo —dijo Breland—. Quieren que todo esto desaparezca.

—Idealmente sí, señor. Aunque no me imagino que realmente esperen conseguir todo lo que piden. La corte tendría que destruir la Primera Enmienda para concedérselo.

—Puede ser que estén dispuestos a hacer ese intercambio —dijo Breland—. ¿Cómo sigue esto?

—Una audiencia el martes próximo sobre la solicitud de interdicto. Eso será ante la jueza Virginia Howarth, una nombrada por Engler, aunque con una mente más equilibrada de lo que eso hace pensar.

—¿Predicciones?

—Creo que ella rechazará la solicitud de interdicto, pero aceptará el resto del caso para una audiencia ante el panel completo.

—¿Cuánto tiempo llevará eso?

—Podría llevar tres meses si va por la vía rápida o, de lo contrario, tres años. Con el atraso que hay en este momento, no existen muchas posibilidades de algo intermedio. Por supuesto, si Howarth falla a nuestro favor, no tenemos razón para preferir la vía rápida.

—¿Puede manejar eso?

—Bien, podemos pedir a la Corte Suprema un auto de avocación. Eso es equivalente a que vengan y oigan la apelación con sus propios oídos. Por supuesto, la otra parte tiene la libertad de hacer lo mismo también. Espero que lo hagan, si pierden con Howarth. Y teniendo en cuenta las características de este caso, si cualquier parte lo pide probablemente le sea concedido.

—Bien, quiero esto arreglado rápidamente. ¿Podemos también evitar el juicio del Tribunal de Distrito?

Alzó la cabeza y miró a Breland con gesto inquisidor.

—Señor Presidente, ni siquiera consideraría la posibilidad de empezar a transitar ese camino a menos que estuviera absolutamente segura de adonde va a conducirnos.

—Y no lo está.

—Sólo medianamente.

Breland asintió.

—Bien. Quiero hablar con los demandantes. Los líderes de la Asociación Nacional del Rifle. El presidente, la junta directiva... el que tome las decisiones.

—Ya veo. —Douglas lo miró frunciendo el ceño—. Señor, ¿qué se imagina que lograría un encuentro así? No puedo pensar qué podría decirles usted a ellos ahora que los convenció de abandonar su demanda. Todo lo contrario, ya que probablemente interpretarán nuestra solicitud como un signo de que estamos

preocupados por el caso, o por el calor de la discusión, o por ambos. Será como mostrar a los lobos una pierna débil.

—No tengo la intención de tratar de convencerlos de que abandonen el caso —dijo Breland—. ¿Puede organizarlo?

Douglas sorbió su café antes de responder.

—John Samuel Trent —dijo finalmente—. Él es el poder ahí. Lo organizaré. Si sus abogados están de acuerdo.

Para la mayoría de los que visitaban por primera vez la Oficina Oval, entrar en ese legendario santuario evocaba la humildad de un penitente al entrar en el Vaticano, la devoción de un simpatizante al entrar en Graceland, o el jubiloso orgullo de un joven al que se permite sentarse con los adultos por primera vez. Pero para John Samuel Trent, el sentimiento predominante era de una expectativa confiada.

El primer vicepresidente de la organización, una legendaria estrella de acción de la época de la televisión, había intentado muchas veces disuadir a Trent de aceptar la invitación del Presidente.

—No hay nada que nos pueda dar —le había dicho esa mañana—. No reviste ningún honor ser convocado a la Casa Blanca como un sirviente cumplidor. Si quiere hablar con nosotros, que venga a Fairfax y toque la puerta en nuestra sede.

—No, no. Usted no entiende. Le puede encantar la idea de que Breland venga a rogarnos a nuestra puerta con el sombrero en la mano, pero es infinitamente más dulce verlo humillado en su propia casa —había respondido Trent mientras tomaba su abrigo—. He esperado esto dieciocho años. Dieciocho años viendo que los presidentes que eran nuestros amigos nos consideraban incondicionales, y que los presidentes que nos despreciaban pisoteaban nuestros ideales. Ahora un presidente herido nos manda llamar pidiendo nuestra piedad, pidiendo nuestra ayuda. No me perdería por nada del mundo la oportunidad de caminar en el infierno y darle al diablo nuestra respuesta.

Pero la audiencia para el momento de delicioso *shadenfreude* de Trent sería mucho menor de lo que él había esperado durante su breve viaje a Washington. Se había imaginado a Breland en una sesión con un séquito de miembros del gabinete y funcionarios superiores reunidos detrás de él para reforzar su prestigio. Pero sólo había otra persona con Breland en la Oficina Oval, un hombre más bien joven de jerarquía tan baja que el Presidente ni siquiera se molestó en presentarlo (quizás uno de los nuevos ninjas del Servicio Secreto).

—Pensaba que esta habitación era más amplia —dijo Trent, instalándose en una silla después de un formal saludo—. Debe de ser algo relacionado con los ángulos de la cámara, supongo. Soy un fanático de las películas políticas, sabe. Especialmente esas encantadoras películas posteriores al Watergate donde el Presidente resulta ser el malo. ¿Ha visto *Betrayed*?

—Supongo que todos disfrutamos la ficción que confirma nuestros prejuicios sobre el mundo —dijo Breland—. Mis gustos en películas clásicas abarcan más historias donde hombres buenos tienen que tomar decisiones difíciles que cuando tienen que hacer un disparo, como *To Kill a Mockingbird* o *Casablanca*.

—¿*O Mr. Smith Goes to Washington?*

—*Touché* —dijo Breland—. Un buen golpe.

Trent sonrió ampliamente.

—Vamos al punto, entonces. ¿Por qué me llamó aquí? Para intentar hacer desaparecer nuestra molesta demanda, supongo.

—No, en lo más mínimo.

Trent oyó la negativa, pero la había previsto. Pensó que vendría un pedido más oblicuo y que preservara más la imagen del Presidente.

—Agradezco su desafío. En realidad, he solicitado a la procuradora general que haga todo lo posible para acelerar el progreso del caso a través de las cortes inferiores. Quiero que todas las incertidumbres sean resueltas tan pronto como sea posible.

—No le está diciendo que usted puede esperar ganar, ¿verdad? Si lo hace, despídala. Obviamente, es incompetente. —Trent movió la mano en un gesto despectivo.

De manera inesperada y desconcertante, Breland sonrió.

—Le diré que usted lo dijo. Pero el hecho es que estoy muy al tanto de los argumentos que ella presentará en Baltimore el martes, y no veo cómo puede prevalecer su lado.

Trent se cruzó de brazos.

—Me está provocando.

—En absoluto. Usted obviamente esperaba que esta reunión fuera confrontativa. Pero cuando se trata de la Segunda Enmienda, estamos del mismo lado.

Una oleada caliente de rubor subió por su cuello, y la ira se amontonaba en los puños. Trent saltó de su sillón.

—Usted es un mentiroso descarado, señor Presidente, y debe de pensar que soy un tonto.

—Por el contrario, pienso que usted es un dedicado abogado de la libertad personal, un defensor vigilante de la Segunda Enmienda...

—No combine sus insultos con elogios vacíos —dijo Trent con furia fría.

—... pero su visión del mundo está desactualizada, me temo —insistió Breland—. No hay nada en la Segunda Enmienda que garantice que la tecnología de las armas podría o debería mantenerse. No había armas automáticas de fuego selectivo, ni visores láser, ni cartuchos de fuego central en el siglo XVIII. La Asociación Nacional del Rifle no defiende el derecho de llevar trabucos y pólvora negra. Ustedes

quieren que los norteamericanos tengan todos los beneficios de doscientos cincuenta años de evolución y de invención. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, mientras que lo que usted quiere es negarnos esos beneficios. Usted nos quiere desarmados y obedientes.

—Usted no está entendiendo lo que quiero decir, señor Trent. Desarmar a alguien es un acto violento.

—Exactamente. Y esto es violencia contra sesenta millones de propietarios de armas, y contra dos siglos y medio de democracia.

Breland hizo un gesto hacia el sillón detrás de Trent.

—Por favor, señor Trent. Si me deja terminar...

A Trent le gustó el sonido de lo que él tomó como un ruego ansioso, y volvió a sentarse en los almohadones.

—Sólo porque me da curiosidad saber cómo usted se ha engañado y piensa que puede esperar la victoria.

—Porque el Escudo de Vida, o el Gatillo, como también se lo conoce, es un arma —dijo Breland suavemente—. Y la Segunda Enmienda protege la propiedad privada de él, con tanta fuerza como protege la propiedad de rifles y de armas de mano. Ganaremos porque ustedes no pueden usar la Segunda Enmienda para privilegiar una clase de armas sobre otra. Ustedes tienen derecho a sus armas de mano. Su vecino tiene derecho a un Escudo de Vida. Y no es problema de los tribunales si el arma de su vecino resulta que aplasta la suya.

La audacia y la arrogancia de la táctica de Breland dejó a Trent parpadeando y sin palabras por un instante.

—Usted está cambiando de terreno. No hay Escudos de Vida en manos privadas —farfulló—. Están todos en manos del FBI, la agencia federal de intimidación, y de la CÍA, la agencia central de interferencia, y de las fuerzas de policía fascistas y arrebadoras de armas que ustedes están haciendo de nuestras fuerzas armadas. No se trata de derechos individuales, se trata de cómo el gobierno pisotea los derechos individuales. Se trata de cómo ustedes asesinaron al marido de Loretta Welch.

—Eso está más allá de usted, señor Trent —dijo Breland, sin encono evidente—. Eso fue un hecho desafortunado, una concatenación trágica de errores. Usted sabe tan bien como yo que los tribunales nunca han usado la Constitución para limitar al gobierno federal en el armamento de sus ejércitos, o a cualquier nivel de gobierno en el equipamiento de la policía. Los ejércitos y la policía existen para aplicar la fuerza. A veces ese poder es mal utilizado. Entiendo que ésta es la razón por la cual ustedes llaman a la propiedad de armas «la primera libertad».

—Es exactamente eso —dijo Trent con tono desafiante—. Un hombre que no se puede defender, que no puede proteger su hogar ni a su familia no tiene nada. No tiene derechos ni libertad ni propiedad.

—Entonces ayude a llevar este poder a esa gente —dijo Breland—. Estamos parados en el vértice entre el ayer y el mañana. No podemos cambiar eso. Ni usted ni yo. Por eso le pedí que viniera, para asegurarme de que entiende que no está en sus manos. Ningún hombre, ni siquiera un presidente, puede detener la historia.

—No lo veo de esa manera, en absoluto —dijo Trent con ligereza—. Usted perdió veinte puntos en tres días, y yo gané medio millón de miembros. Usted defiende la matanza de inocentes, y yo defiendo la Constitución. Usted piensa que la gente teme a las armas, y yo sé que temen más a su gobierno. Y hemos analizado las estadísticas de muerte por armas de fuego. Su plan no puede impedir más que un diez por ciento de esas muertes. Usted ha prometido de más, y vamos a encargarnos de que la nación lo sepa.

No pudo impedir una risa, señal de que había recuperado completamente la confianza.

—¿Cuántas fábricas están construyendo esas cosas? —continuó—. ¿Una? ¿Dos? ¿Qué es tan irresistible en la historia que esas fábricas no pueden ser clausuradas? ¿Hay tantas fábricas que no hay antorchas suficientes para hacerlas pedazos? ¿O que no hay suficientes fundiciones como para derribarlas y fundirlas? No, señor Presidente. Será más fácil detener esto que lo que usted piensa.

—Ya es tarde.

Trent volvió su cabeza hacia la nueva voz.

—¿Qué dijo?

—Dije que ya es tarde. —El joven se acercó desde el lugar donde había estado escuchando—. En este mismo momento hay por lo menos once líneas de producción en todo el mundo. Sé de cinco más que estarán listas antes de fin de mes, tres de ellas en Canadá, y de mi empleador. Y hay por lo menos treinta laboratorios trabajando en el mejoramiento. Los japoneses ya están haciendo las pruebas a un diseño que es un tercio más pequeño y tiene un quinto menos de partes. Los Estados Unidos no son el mundo, señor Trent. Quizá la Corte Suprema se vea afectada por las manchas solares, y seamos los últimos en beneficiarnos del Gatillo, en lugar de los primeros. Pero ocurrirá.

—¿Quién es éste? —Trent preguntó a Breland.

El Presidente se puso de pie e invitó al recién llegado al círculo con un movimiento.

—John Trent, tengo el gusto de presentarle al doctor Jeffrey Horton, director asociado de Laboratorios Terabyte e inventor principal del Gatillo.

—Y ex miembro vitalicio de la Asociación Nacional del Rifle —dijo Horton, dejando su tarjeta de asociación sobre la mesa, frente a Trent—. Mientras usted suma cabezas, cuente medio millón menos uno. No me interesa pertenecer a un anacronismo. Y eso es todo lo que será usted, tan irrelevante como un campamento



de piezas de avancarga o una nueva realización de la batalla de Shiloh, si usted sigue cerrando los ojos a lo que está ocurriendo. A lo que ya ha ocurrido.

—Ya veo —dijo Trent, levantándose. Sus manos temblaban con una furia apenas contenida—. Espero que usted haya disfrutado de su pequeño engaño, señor Presidente. Y espero que disfrute su dinero ensangrentado, doctor Horton. Confío que estará sacando provecho hermosamente de haber traicionado a su país.

Horton negó con la cabeza.

—Nunca entendió, ¿verdad?

—¿Qué?

—Que las razones por las que usted ama sus armas son exactamente las mismas por las cuales otros las odian y las temen —dijo Horton.

—¿De qué está hablando?

—Es el poder. Ese terrible poder concentrado en sus manos y a su disposición. El poder de matar en un instante de rabia, de impaciencia, de codicia, en una habitación, en una calle. Hay un genio dentro del arma que le obedece, y por eso otros deben hacerlo también.

—Un filósofo —dijo Trent secamente—. Desprecio a los filósofos. Ellos disfrutan haciendo oscuro lo simple.

—No —dijo Horton—. Soy físico. Pero acepto la definición.

—No importa —dijo Trent—. Ni siquiera puede ver la erosión de los derechos individuales que usted y los de su tipo han dispuesto. Esos temas obviamente no le importan a usted. Así que hemos terminado aquí.

—No totalmente —dijo Horton de manera cortante, adelantándose para impedir la salida de Trent—. Quiero corregir su incorrecta suposición acerca de algo. Yo no estoy ganando un centavo de la patente del Gatillo. La doné al dominio público hace casi dos meses. Una licencia libre. También por eso las cosas están moviéndose tan rápidamente. Es verdad que me pagaron bien mientras trabajaba en él, y que alguien hará dinero vendiéndolo, pero si piensa que se trata de dinero o de política... bien, está muy equivocado.

Trent miraba incrédulo a Horton como si se le hubiera revelado como el diablo encarnado.

—Usted no se quedará tranquilo hasta que no nos haya quitado la última arma, ¿verdad?

Horton se puso las manos en los bolsillos traseros y le mostró una sonrisa cansada.

—Usted aún no entiende. No se trata de las armas. Pero tiene razón, no estoy tranquilo —dijo—. No estaré tranquilo hasta que los Gatillos sean del tamaño de un maletín y todos los dueños de un negocio puedan comprar uno. No me quedaré tranquilo hasta que sean del tamaño de un comunicador y todos los jefes de hogar

puedan comprar uno.

»Diablos, no estaré tranquilo hasta que sean más baratos que una buena arma de mano y tan fáciles de esconder como ellas. ¿Así que usted dice que no se sentirá seguro llevando su Glock por la calle en un mundo así? Entonces cambiar de posición es jugar limpio. No nos hemos sentido seguros con usted llevándola en este mundo.

Trent respiró profundamente y juntó todo el desprecio que pudo para lanzarlo en cada palabra de su réplica:

—Ustedes deben de estar entre los dos hombres más tontos que esta oficina ha visto jamás —dijo, dando una vuelta para salir—. Su juguete no los protegerá de un asaltante con un cuchillo, ni protegerá a sus hijas de una banda de violadores. No detendrá a una pandilla ni detendrá a una división del ejército chino. Ustedes viven en un mundo imaginario donde todos quieren entenderse. Yo vivo en el mundo real donde codician todo lo que uno posee.

Para entonces ya estaba en la puerta, con su mano derecha sobre el picaporte.

—Además, o bien están locos o son perdidamente ingenuos si realmente piensan que cien millones de norteamericanos van a quedarse quietos y dejar que ustedes les quiten sus armas y los derechos que Dios les otorgó.

Fue un momento perfecto, la mejor salida con palabras cortantes y presencia de ánimo que alguna vez había pensado, o podía esperar.

Lo malo, pensaba Trent mientras regresaba, era que para compartirla con alguien tendría también que revivir la pesadilla de la mañana más oscura de su vida.

El juicio con la intención de prohibir al Gatillo había perturbado a Horton tanto a nivel personal como filosófico. Le parecía que el hecho de que declararan inconstitucional al Gatillo era similar a cuando el Papa silenció a Galileo o a cuando Tennessee prohibió la enseñanza de la teoría de la evolución. Era un absurdo propio de mentes cerradas, con poca visión de futuro y egoístas. Horton sentía una necesidad imperiosa de expresar este parecer.

—Todas sus justificaciones son sólo para disfrazar su antiintelectualismo —le dijo a Greene después de leer la demanda ante la corte de la Asociación Nacional del Rifle por Internet—. Si por ellos fuera, seguiríamos con el mosquete y el trabuco. Éste es el siglo XXI, no el XVIII.

—No me lo diga a mí, dígaselo a ellos —le respondió Gordie—. Yo no fui quien criticó su Bebé.

Horton estuvo de acuerdo con la sugerencia y se puso en contacto con la Casa Blanca para ofrecer su ayuda en responder a la demanda. Eso lo había llevado a una extensa conversación con el Presidente y a un largo viaje hacia el este para una confrontación con John Trent.

No había resultado como lo esperaba. Horton quería evaluar personalmente cómo funcionaba la mente de Trent. El Presidente deseaba que Horton estuviera allí para

poder recurrir a él si era necesario. Ninguno de los dos se imaginó que Horton jugaría un papel tan importante en lo que sucedió.

Pero para cuando se entabló la discusión, Horton había acumulado una enorme indignación. Al expresarla, se satisfizo a sí mismo por el momento, pero también cruzó irreversiblemente el límite sobre el que Brohier le había advertido. Salió de las sombras para convertirse en el centro de atención y ahora estaba junto al Presidente.

El día después de su confrontación con John Trent, un sitio en Internet sobre el derecho a la posesión de armas reveló que Horton como el inventor del Gatillo. La mayor parte del artículo era polémico y descalificador, fácilmente olvidable. Pero el material biográfico hizo estremecer a Horton. A juzgar por los errores y las omisiones, la mayor parte de la información parecía haber sido extraída directamente de los archivos de la Asociación Norteamericana para el Progreso de la Ciencia y de las propias publicaciones de Terabyte. Pero también había tres fotografías de él, incluyendo una imagen suya sentado en la galería para la sesión conjunta del Congreso, con círculos de mira dibujados.

Debajo de sus fotos, aparecía su antigua dirección en Columbus, junto con un mapa de la ruta desde allí hasta el campus de Terabyte, en Columbus.

—Podemos hacer desaparecer esa página —le dijo Mills, director del FBI, durante una reunión convocada a último momento que incluía al Presidente y al director del Servicio Secreto—. Pero ya lograron su objetivo. No podemos evitar que la información se divulgue. Las principales agencias de noticias probablemente la tendrán para esta tarde, si ya no la tienen.

—Entonces, ¿qué debo hacer? —preguntó Horton, mirando a Breland.

—Eso depende de usted —respondió el Presidente—. Puede decidir salir en público u ocultarse en las sombras. Mi sospecha es que no afectará cuánto hablen de usted, pero sí podría afectar lo que digan.

—Todavía tiene un refugio seguro en Nevada —dijo el director del Servicio Secreto—. Nadie sabe sobre el Anexo aún. Quizá lo mejor sea que regrese allí.

La directora de relaciones públicas sacudió vigorosamente la cabeza y se inclinó hacia adelante en su silla.

—Ya he interceptado tres indagaciones sobre la identidad de algunas personas que han estado trabajando bajo nuestra ala esta semana y hay otros que andan husmeando —dijo Rochet—. Yo sugeriría que diéramos la cara y que respondiéramos a las preguntas. Permitamos que conozcan un poco al doctor Horton, incluso tal vez organicemos una conferencia de prensa. Luego puede marcharse a Nevada.

—Van a comérselo vivo —afirmó Mills, cortante—. Nada personal, doctor Horton, pero no tiene ninguna experiencia con lo que se considera «periodismo» aquí. No veo ninguna razón para aumentar su exposición y estoy seguro de que el agente Burke coincide conmigo. —El hombre del Servicio Secreto asintió con la

cabeza.

—Siempre creí que no importaba si los nativos estaban preparándose para darle un festín a uno o para asarlo —manifestó Rochet con firmeza—. Lo mejor que uno puede hacer es ayudar en los preparativos antes que dejar todo en manos de ellos. Creo que podemos manejar esto muy bien, si el doctor Horton está de acuerdo. Es un hombre joven, apuesto, inteligente, que habla bien, no tiene ningún compromiso político, ninguna agenda extremista. ¿Por qué vamos a permitir que lo conviertan en un demonio cuando podemos tener la verdad de nuestro lado? El escándalo por la muerte de los Morgenstern no está cambiando la forma de pensar de la gente, sólo le está dando a la oposición algo con que regodearse. Podemos ofrecer nosotros también algo con que regodearse: un héroe modesto. ¿Qué opina, doctor?

Horton escudriñó sus rostros en busca de una respuesta.

—No me gustaría que el resto del equipo pensara que estoy tratando de quedarme con todo el mérito del invento —respondió lentamente.

—Hablaré con ellos antes y les explicará la situación.

Asintiendo, Horton agregó:

—Pero tampoco me gustaría no responder a lo que *Ammo Locker* dijo.

—Coincido con usted —manifestó Rochet—. No deben quedarse con la última palabra. Sólo es una cuestión de percepciones.

—Pensé que tenía que ver con la verdad —contestó Horton.

—A menudo, no —aclaró Rochet—. Pero siempre tratamos de empezar por ahí.

—¿Está decidido? —preguntó Breland a Horton.

—Creo que sí.

—Bien —dijo Rochet, poniéndose de pie—. Más tarde venga conmigo a mi oficina y nos pondremos a trabajar.

Como un Picasso que dibuja figuras en el aire, Aimee Rochet era una artista cuando se trataba de lo transitorio y lo insustancial: impresiones, percepciones y, cuando era necesario, ilusiones.

De la noche a la mañana, organizó un evento que no era simplemente el lanzamiento de un nuevo candidato político, sino la coronación de un héroe. Cuando el Departamento de Comercio no aceptó darles la Medalla Nacional de Tecnología a los inventores del Gatillo, ella revisó todos los archivos de la Casa Blanca y encontró una orden que autorizaba una previa encarnación: la Medalla del Progreso presidencial. Reunió a un público entusiasta lo suficientemente numeroso como para llenar bien la pantalla: el personal de mediana jerarquía del Departamento de Estado. De inmediato, trajeron a la ciudad a los dos ganadores aún vivos del Premio Nobel de la Paz para que se sentaran en la primera fila y fueran vistos dándole la mano a Horton.

El típico discurso del Presidente fue redactado por los empleados de siempre,

pero ella personalmente preparó a Jeffrey Horton para el suyo. Luego reescribió sus comentarios para hacerlos más simples y más adecuados a sus ritmos naturales. Ella escogió a dedo a los representantes de los medios que tendrían permitido participar y le dio una primicia de tres horas a un corresponsal especialmente amistoso de Bertelsmann Worldwide. Durante un desayuno, le hizo una representación a Horton lo que ella creía que era una conferencia de prensa verdaderamente exitosa. Y cuando llegó el momento, ella ofició como moderadora.

Lo único que Rochet no podía hacer, pensó lamentándose mientras miraba hacia la maraña de manos alzadas, era responder a las preguntas en vez de Horton. Cometía el mismo error que Breland: ora demasiado real como para memorizar una respuesta pulida, demasiado honesto como para evitar las zancadillas políticas. A diferencia de Breland, él era un principiante. Sólo podía desear que no se enterrara demasiado profundo.

Señaló, pensando: «Abrimos con un pez gordo».

—Sí, Richard, tú haces la primera pregunta.

—Doctor Horton, el senador Wilman dice que el Escudo de Vida es la respuesta a las plegarias de un pacifista. ¿Ha hablado de esto con el senador Wilman o con Dios? ¿Piensa que el desarme mundial es un objetivo realista?

«Vamos, con naturalidad; no tiene que responder a todo».

—No conozco al senador Wilman —contestó Horton—. Pero estoy más que seguro de que Dios está a favor de la paz. Sí puedo decirle que el equipo del Escudo de Vida va a estar muy feliz si nuestro descubrimiento orienta al mundo en esa dirección.

«Bastante bien», pensó ella. «Ahora este vicario...»

—Doctor Horton, Alfred Nobel hizo su fortuna vendiendo explosivos a ambas partes en una serie de guerras durante el siglo XIX. ¿Aceptaría un Premio Nobel por descubrir el antídoto para la dinamita o consideraría que es dinero ensangrentado?

—Nobel le dijo a su amiga la condesa Bertha von Suttner que hubiera deseado poder crear una máquina o un material que hiciera que la guerra fuera un imposible. Parece haber estado pensando en la disuasión —destrucción mutua asegurada—, pero no creo que cualquiera que sea honrado por su fundación tenga razones para sospechar.

«Muy bien. Ahora le toca al adulator».

—Doctor Horton, preferiría ganar el Premio Nobel de la Paz o de Física.

—Ni siquiera pienso en eso —contestó Horton—. Lo mío es la ciencia, no los premios.

«Oh, el adulator no va a tener nada lindo para decir esta noche. Le robó su momento de esplendor. Ahora vamos a dejar preguntar a los de la prensa universitaria».

—¿Quiénes son sus ídolos, doctor Horton?

—No creo que la gente que trabaja en lo mío pueda permitirse tener ídolos. Pero estoy en deuda con cada profesor que me enseñó y con cada pionero que contribuyó con una pieza para armar el rompecabezas y luego nos transmitió sus conocimientos.

«Oh, lo besaría. Veamos, veamos, con el risueño no habrá problemas».

—¿Se describiría a sí mismo como un genio?

—No, sólo soy un hombre que trabaja mucho.

«Sólo unas preguntas más y terminamos. Bien, señor...»

—Doctor Horton, ¿qué sabe de un documento en Internet relacionado con algo llamado «Gatillo Mark I»? Se afirma que es un listado completo de instrucciones para fabricar algo muy similar al Escudo de Vida. ¿Podría decirnos si eso es verdadero o falso? ¿Tuvo algo que ver en eso?

Cuando Horton quedó boquiabierto, Rochet, con calma, interpuso:

—Quiero recordarles que el doctor Horton no puede comentar sobre aspectos específicos de su investigación hasta que las restricciones relacionadas con la seguridad nacional sean levantadas. Eso incluye confirmar o negar rumores de la red. —“Rápido... Sí, la mujer del sombrero con flores.”— Eleanor.

—Doctor Horton, ¿qué le diría a Loretta Welch y a la familia Morgenstern?

«Mierda, nunca más vuelvo a llamarte, bruja».

—El doctor Horton se une al Presidente en sus expresiones de condolencias... —comenzó a decir.

—No, está bien, Aimee. Me gustaría responder —interpuso Horton—. Lamento lo sucedido. Ojalá no hubiera pasado. Nos sentimos muy mal en el laboratorio cuando nos enteramos. Espero que la gente que maneja el Escudo de Vida aprenda de esta tragedia. Pero cuando perdí a un amigo en un accidente de aviación hace mucho tiempo, no culpé a los hermanos Wright. Cuando los astronautas del *Challenger* murieron, no creo que nadie haya pensado que fue culpa de Robert Goddard. Cada tecnología nueva trae aparejados tanto riesgos como beneficios. Creo que no podemos exigir garantías.

«Cállese la boca, ya cállese la boca. Necesito una salida airosa».

—La última pregunta para Tania.

—Doctor Horton, ¿ha hablado con su hermana? Entiendo que es campeona olímpica de tiro.

—Así es —respondió él—. Estoy muy orgulloso de ella. No, no he tenido oportunidad de hablar con Pamela.

—¿Piensa que aprobará o desaprobará lo que está haciendo?

Horton estaba sorprendido.

—Siempre nos hemos apoyado mutuamente. Así es nuestra familia. No veo por qué eso vaya a cambiar.

«Suficiente».

Después de eso, Rochet lo llevó rápidamente hasta la Casa Blanca, le dijo que había estado espléndido, lo dejó a cargo de un supernumerario y salió corriendo hacia el área de prensa para tratar de limar las asperezas. Para cuando regresó, ella lo condujo a través de lo mejor de una combinación de los comentarios más favorables. Desde una sala de prensa de la Casa Blanca, desfilaron por todos los canales por un rato, hasta que Horton se puso de pie, temblando, y dijo:

—No lo soporto más. Odio mi voz.

Ella sonrió.

—Para mañana, ya no tendrás voz. Será simplemente un vídeo con una voz superpuesta.

Él rio ante el comentario de ella.

—Realmente lo hiciste muy bien —dijo Rochet y lo abrazó. Ella estaba acostumbrada a ver cómo se desinflaban después de las conferencias de prensa, y no sólo los principiantes—. De hecho, si te quedaras algunos días más, podrías colaborar mucho con nuestra causa. Piénsalo y comunícame qué decides, doctor.

Estuvo de acuerdo de inmediato y sobrellevó bien un vendaval de apariciones cuidadosamente orquestadas durante una semana. Rochet se sorprendió tanto como los demás cuando, nueve días después de regresar a Nevada, el doctor Jeffrey Horton se autorizó a sí mismo una licencia indefinida, sin goce de haberes, salió del Anexo en un vehículo de Terabyte y desapareció.

Alertado por los guardias de la entrada de que el senador Grover Wilman estaba en la planta baja, Jules Merchant saludó a su viejo amigo en el lobby de recepción del centro administrativo de Allied General.

La guerra los había reunido tres décadas antes, y los recuerdos compartidos del rugido a través de la noche del desierto en un tanque Abrams de sesenta toneladas los habían unido. Pero habían tomado caminos diferentes después de la guerra, y la política los había separado por más de una década. El presidente de lo que era la mayor empresa fabricante de armas del mundo y también la mayor contratista militar no podía permitirse una relación personal con el hombre que era el rebelde más locuaz del Senado, y también el más conocido defensor del desarme.

Pero una amistad formada en el fuego dura para siempre, y el saludo y la sonrisa de Merchant eran cálidos y genuinos.

—Grover —dijo, abriendo sus brazos para darle la mano y palmearlo en la espalda—. Hazme un favor y no me digas hace cuánto tiempo.

—Es bueno verte, Jules —dijo Wilman—. Creo que eres la primera persona que he visto en los últimos veinte minutos que no me mira azorado o con odio.

Merchant lanzó una carcajada.

—Ah, has recibido la mirada de «qué diablos está haciendo aquí».

Y yo he recibido el lado frívolo desde que dije a mi personal que venías. Pero todo cambia si esperas lo suficiente, ¿no? Vamos, unas ruedas nos esperan adelante. Quiero llevarte a la pista de pruebas y mostrarte algo.

Las ruedas a las que se refería el presidente estaban unidas a un vehículo bajo y ancho de cinco asientos que pese a su neutro color marrón indicaba por todas partes que pertenecía a un campo de batalla: tenía latas para combustible extra en una cavidad central protegida, un registro de un sistema de posicionamiento global en el tablero, las posiciones obvias de ataque protegidas por una armadura angular en las esquinas de atrás, y un arco de protección con una montadura para una ametralladora liviana.

—¿Éste reemplaza al vehículo Hummer? —dijo Wilman, mientras revoleaba una pierna sobre el guardabarros que hacía las veces de puerta, y se ubicaba en el segundo asiento.

—Sí, esta versión es la respuesta al «Fiver», el vehículo de avance de infantería de reconocimiento o patrulla. También por el equipo de cinco hombres (conductor, tirador de pie, observador y cargador, y dos fusileros que cuidan tus espaldas). Empezamos a entregarlos en mayo pasado, y el contrato actual es por mil trescientas unidades en todas sus versiones. Puede llegar a los cien kilómetros por hora en terreno llano, subir una pendiente de cincuenta por ciento, y vadear cualquier cosa más baja que la toma de aire de la turbina. Pero tú sabes todo eso, supongo. Tú condujiste la lucha para cortar las compras de mil quinientos a mil trescientos.

—No fue nada personal, Jack —dijo Wilman—. Y nunca dije que Allied General no entregara buenos productos.

—Lo sé —dijo Merchant, acelerando el motor de la turbina y apuntando el vehículo hacia un sendero que desaparecía en los bosques hacia el oeste del estacionamiento.

—La primera vez que he visto uno en persona, eso es todo.

—Bien, no es el Fiver lo que quiero mostrarte —dijo—. ¿Has avanzado lo suficientemente en los archivos negros para leer acerca de algo llamado «Basilisco»?

—No. He estado ocupado con otras cosas.

Merchant asintió.

—Bien, como antiguo tanquista, pensé que apreciarías un vistazo al prototipo. No podría haberte mostrado esto antes de que fueras trasladado al comité del presupuesto negro, sabes. —Aminoró la marcha ante un puesto de control, pasaron a través de una puerta doble y entraron en el área de pruebas de alta seguridad—. ¿Has visto alguna vez una de esas competiciones donde la gente interviene para ver hasta dónde pueden manejar un vehículo para la nieve en aguas abiertas?

—Claro —dijo Wilman—. Aunque tendrías que preguntarte quién fue el primero que decidió intentarlo, y por qué pensó que era una buena idea.



—Me imagino que fue un muchacho de dieciséis años, borracho o extremadamente aburrido. O ambos. De cualquier modo, eso es el Basilisco. Se lo llama así por el lagarto que corre por el agua. Esencialmente es un CFV Bradley que toma pastillas para adelgazar y esteroides a la vez. Está lleno de material sintético: blindaje de plástico, un chasis sellado que es un pariente cercano de los caños de baño, y la nueva turbina GE de gran salida que es un hermano mayor del que está bajo el capó del Fiver.

—¿Estás hablando de un tanque liviano que puede nadar?

—Yo no usaría el verbo «nadar». Pero ya llegamos. Barraca 7. Puedes verlo por ti mismo.

Merchant entregó el volante a un ayudante general que conduciría durante la prueba, y siguieron al Basilisco a alta velocidad a una parte remota del campo de pruebas que tenía colinas, matorrales, un río natural y un lago artificial. Allí el personal encargado de la prueba hizo una demostración que provocó una alegría y un asombro elementales en el rostro de Wilman. Parecía un niño maravillado ante el ruido y el poder de las grandes máquinas.

El Basilisco trepó altas paredes de piedra, avanzó sobre un pequeño árbol, corrió por un camino despereado y luego vadeó el río sin aminorar la marcha, dejando una estela detrás. Para terminar la demostración, el Basilisco cruzó el pequeño lago en su parte más ancha, y luego dio la vuelta y empezó de nuevo. A mitad de camino aminoró y se detuvo; se hundió un poco en el agua pero permaneció a flote y seguro. Con las orugas girando en direcciones opuestas logró dar una vuelta completa en el sentido de las agujas del reloj, y luego en sentido opuesto. La torreta dio la vuelta y el cañón de 25 milímetros disparó a un blanco hacia el oeste. El retroceso debido al disparo apenas hizo balancearse al Basilisco, que avanzó y salió del agua, y luego empezó a levantar velocidad y fue hacia la costa.

—Intenta eso en otro vehículo —dijo Merchant orgulloso.

—¿Puede subir por una costa inclinada?

—Por supuesto. Mientras llegue al agua con el lado correcto arriba, no se hundirá.

—Bien, estoy impresionado. Una máquina fabulosa —dijo Wilman—. No la hubiéramos necesitado en Irak, pero sí en casi cualquier otro lado. Tienes la movilidad de un aerodeslizador sin el efecto del disco del jockey sobre hielo.

—Gracias —dijo Merchant—. Pensé que deberías verlo antes de que siga el camino del B-49, y que sea desarmado para venderlo como chatarra o guardado en el Museo de Curiosidades Históricas.

—¿Qué?

Merchant inclinó la cabeza hacia la derecha y los hombres empezaron una lenta caminata por la playa de concreto del lago artificial.

—El Basilisco estaba destinado a reemplazar ambas versiones del Bradley. Pero

me dijeron el lunes que la orden de los siguientes seis prototipos fue suspendida, y que toda la producción está en duda, ya que el Pentágono está haciendo nuevas evaluaciones del desarrollo y adquisición de todo tipo de plataformas para armas. Todos los contratos están siendo detenidos.

—No es una gran sorpresa, ¿no? —preguntó Wilman.

—No, pero parece ser que muchos de ellos nunca volverán a empezar, incluyendo éste. Y si no tenemos una demanda grande doméstica, nunca conseguiremos una licencia de exportación, ni para vender a los amigos. Lo que significa el fin de una inversión de cuatrocientos millones de dólares y de una línea de producción que podría habernos dado veinte mil millones de nuestro lado, y podría haber mantenido sesenta mil trabajadores calificados con trabajo. No tenemos nada para ellos si esto se suspende.

—¿Me dices esto para hacerme sentir culpable, o me estás pidiendo algo? Y si es así, ¿estás seguro de que es algo que yo puedo darte?

—Te pido la mirada más amplia que puede dar un amigo, nada más —dijo Merchant—. Grover, pasé la mayor parte de la semana pasada en Vail, hablando en privado con algunos conocidos que tienen preocupaciones similares. Al final, no pudimos ponernos de acuerdo acerca de cómo responder. Nos fuimos, digamos que profundamente divididos, y con mucha angustia.

—Si esos conocidos se llaman Burton, Lightner y Sullivan, eso es comprensible —dijo Wilman, tras nombrar a los presidentes de los otros tres conglomerados de defensa norteamericanos—. Tienen mucha responsabilidad, y mucha influencia sobre las vidas de la gente.

Merchant dio un paso frente a Wilman y se detuvo, mirándolo de frente.

—Grover, sabes que a mí no me importa la política. Yo estaría muy pronto construyendo submarinos crucero y vehículos de recreo para Marte, si eso es lo que los gobiernos quieren. Allied General construye vehículos de alta tecnología para cualquier ambiente (tierra, mar, aire, espacio). Son nuestros clientes quienes insisten en llenar esos vehículos con armas.

—«Si los deseos fueran naves espaciales...» Sé que tú crees eso, Jules. Y por el valor de nuestra antigua amistad, no quiero discutir eso, no ahora por lo menos.

—Gracias —dijo Merchant—. Lo malo de ello es que tengo ciento setenta y cinco mil personas que dependen de la teoría de la disuasión armada para pagar sus cuentas y las cuotas de la universidad de sus hijos. Así que tengo que preguntar, ¿es muy tarde para descarrilar este tren en el que vamos?

En ese momento ya tenían la privacidad del aislamiento, a doscientos metros de los vehículos y las tripulaciones sobre la curva del lago. Wilman lanzó una mirada en esa dirección, y dijo:

—Demasiado tarde, Jules.

Era la respuesta que Merchant esperaba, la que validaba la posición que había tomado durante las reuniones en Vail.

—¿Entonces tienen alguna idea acerca de lo que sabemos nosotros? Estamos hablando de setenta mil millones por año en contratos con el gobierno, que desaparecerán. Veinticinco mil por año en exportaciones de armas que desaparecerán.

—Si buscas comprensión, Jules, tendrías que haber sabido que yo sería un interlocutor duro —dijo Wilman—. Ustedes son los Cuatro Jinetes del Apocalipsis: Allied General, Boeing, Lockmar, United Textron. A ustedes les ha ido muy bien con el sufrimiento de los demás. Si van a ser los que sufran ahora, bien, francamente, es difícil para mí indignarme demasiado.

—No seremos nosotros los verdaderos heridos, Grover. Podemos destruir las planillas de pagos, cerrar plantas, cancelar proyectos hasta que nos achiquemos al tamaño que el resto de nuestra actividad pueda soportar. Para mí sería más difícil que para los otros tres, puesto que más de la mitad de la actividad de Allied General es militar. Pero aun nosotros podríamos probablemente sobrevivir de alguna manera.

—¿Cuál es el problema entonces, Jules? ¿El valor de tus acciones? ¿Cuál es la razón de esta «gran angustia»?

Merchant movió la cabeza.

—Me sorprende que tengas que preguntar eso. Los Cuatro Jinetes tienen instalaciones grandes en sesenta y tres ubicaciones en treinta y dos estados. Será el equivalente económico de un terremoto en Los Ángeles, una inundación del bajo Mississippi y un huracán en la costa de Florida en la misma semana. Vas a ver cien mil despidos en la primera oleada solamente, la mayoría de ellos de empleados muy calificados, con trabajos bien pagos que sostienen a familias de clase profesional.

—Hemos pasado por ciclos de este tipo en el pasado: contracción en una industria, reacomodamientos de comercio, cambios tecnológicos —dijo Wilman—. Es temporario. Después de un año o dos, la economía reabsorbe el talento.

—Y pierde las capacidades especiales, la sinergia, la fuerza tecnológica e intelectual que obtienes cuando concentras el talento en un lugar. Grover, me gustaría tratar de mantener la mayor cantidad de esa gente con trabajo. Me gustaría mantener unidos los equipos y mantenerlos ocupados.

Wilman hizo una mueca de disgusto.

—Estás hablando de fabricar trabajo, del bienestar de las corporaciones. «Compremos unos bombarderos más para mantener abierta la planta de Palmdale, vamos a construir una nave de transporte que no necesitamos para mantener unido Newport News». Pero tú haces eso cuando sabes que necesitarás esa fuerza más tarde. Y, esta vez, no sé si habrá «más tarde».

—Acercas de eso exactamente quiero hablar —dijo Merchant—. Acerca de cómo podríamos usar esa fuerza en otra cosa. Acerca de si estamos seguros de que nunca

más necesitaremos saber cómo construir un submarino de ataque rápido o un bombardero furtivo, y acerca de qué queremos hacer de nuestras vidas mientras esperamos averiguar eso.

—Pero no acerca de guerra, Grover. No acerca de hacer cosas que no sirven para nada, o tomar el doble del tiempo para hacer cosas que sí necesitamos. Me gustaría sentarme con el Presidente y hablar de las posibilidades. —Merchant vaciló, y luego decidió jugar todas sus cartas—. Me gustaría tener la oportunidad de hablar con él acerca de una misión tripulada a Europa. Acerca de poner una nave espacial en órbita, una oruga en el hielo y un submarino en el océano. ¿Piensas que querrá escuchar?

Wilman abrió los ojos de la sorpresa, y su mirada delataba que finalmente había escuchado algo inesperado y tentador. Merchant no sabía si era la idea misma o la perspectiva de convertir a uno de los Cuatro Jinetes en actores de la creación, en lugar de actores del caos. Pero las palabras de Wilman abrieron una puerta lo suficientemente ancha como para darle esperanzas.

—No sé si el Presidente querrá escuchar —dijo el senador lentamente—. Pero yo sí. ¿Te dejan el suficiente espacio para dos sillas y una percha por algún lado cerca de aquí?

Merchant lanzó una carcajada.

—Sí, Grover. Y todo el café que yo puedo tomar y una llave para el baño de caballeros también.

—Si vas a aceptar el ofrecimiento para el primero, vas a necesitar el segundo... especialmente a nuestra edad. —Le puso una mano a Merchant en el hombro y lo hizo volverse en dirección de donde partieron—. Bien, pistolero, vamos a hablar acerca de lo que haremos después de la guerra.

«Está fuera de nuestras manos ahora».

Cuando Mark Breland había dicho esas palabras a John Trent esa mañana cuatro meses antes, había sido con una comprensión puramente intelectual de su verdad. Ahora ya tenía todas las pruebas que necesitaba de su propio presagio. No había más días «normales». Cosas completamente inesperadas, y a la vez completamente comprensibles, parecían ocurrir a cada momento.

—En los buenos tiempos —le explicaba a Stepak—, ser presidente era como tratar de guiar un minibús destartado cuesta abajo por un camino de montaña desconocido mientras tres tías y una suegra intentan simultáneamente tratar de aconsejarte cómo conducir.

—¿Y ahora?

—Es más bien como aprender a hacer surf —dijo Breland—. Y el surf no es algo que practiquemos mucho en Pennsylvania.

Pero la metáfora era más que el pie para un chiste. Su control de la situación era

tan precario, y las fuerzas tan poderosas y turbulentas, que le parecía que todo el tiempo estaba cayéndose, volviendo a subirse, o tratando de mantener el equilibrio.

A veces los acontecimientos, ya consumados y distantes, simplemente trepaban hasta el primer lugar de las noticias, y daban lugar sólo a la maravilla o al rechazo, a celebraciones o lamentos. Otros exigían un lugar preferencial en la agenda diaria del Presidente, y ocasionalmente se demoraban ahí y pedían atención constante. Breland ubicó los dos intentos de asesinato (uno doméstico, el otro importado) en la primera categoría. El intento de acusación (por acuerdo general, una exigencia mucho más cercana) pertenecía a la segunda.

Breland había sobrevivido ambos ataques, pero tenía otras heridas que no cicatrizaban. Al subir las expectativas había bajado su índice de aceptación. Una coalición improbable de defensores de las libertades civiles, y de libertarios no civiles, de industriales patricios y de patriotas industriosos, le disparaba desde ambos lados del espectro político, con una sofisticada campaña de cartas y una campaña de protesta coordinada como armas principales.

Aun dos años antes de la elección, un segundo período parecía una causa perdida, y por orden de Nolby no se hablaba de ello delante del Presidente. El objetivo de los colaboradores del Presidente era, según lo definió la vicepresidenta Toni Franklin, «curar la fundación».

«No podemos controlar lo que ocurra cuando nos hayamos ido de aquí, ni cuándo llegará ese día», explicó ella en un memo que se conoció como «la apología». «No podemos estar seguros de que completaremos lo que hemos comenzado. No podemos estar seguros de que nuestros sucesores honrarán nuestro intento o nuestros esfuerzos. Todo lo que podemos hacer, en el tiempo que nos queda, es lograr lo mejor posible de nuestra presencia aquí. Si sólo dejamos planes, serán fácilmente ignorados. Si sólo dejamos un agujero en el suelo, será fácilmente tapado. Si sólo dejamos un acopio de trabajadores y de insumos, serán fácilmente dirigidos a otras causas.

»Pero si nos comprometemos a esta meta solamente, procurando ayuda de todos los lugares donde podamos hallarla, creo que tenemos suficiente tiempo para poner en su lugar una sólida fundación para el desarme pacífico, con pilotes que atravesarán toda la base social. Y si nosotros tendemos y atendemos cuidadosamente los cimientos hasta que el concreto esté sólido, y esté listo para cargar todo el peso que queremos, entonces quienes vengan después de nosotros tendrán mucho trabajo si quieren desmantelarlo o pasarlo por alto. Será una disposición permanente en el paisaje político, un recuerdo de las nuevas posibilidades. Lo que nuestros sucesores decidan construir ahí será influido por lo que hayamos hecho para preparar el terreno, y sus elecciones serán visibles a la vista y el juicio de todos.

»Puede ser que aún no sea tiempo para que esta visión se haga realidad. Pero podemos cambiar para siempre la naturaleza de la discusión, y proveer a aquéllos que

comparten nuestra visión un símbolo y un ejemplo alrededor del cual se puedan reunir. Puede ser que no esté en nuestras posibilidades acelerar el futuro. Éste es un país aún joven, obcecadamente estrecho de miras a veces. Pero todavía podemos ser la voz de la profecía que se cumple por el propio esfuerzo, la partera, o aun la madre, de una nueva era. Nuestro compromiso y nuestro ejemplo asegurarán que el futuro, cuando llegue, tendrá una similitud no sólo pasajera a nuestros ideales de una sociedad más segura y más civilizada.

»Eso es lo que el momento pide de nosotros. Eso es lo que el Presidente necesita de ustedes. Hagan valer cada día».

El memo de la apología, impreso en fina letra de imprenta en lugar de ser enviado electrónicamente, con firma manuscrita de la exsenadora de Alabama y entregado en mano por ella en los casi trescientos escritorios en el Edificio de la Oficina Ejecutiva, tuvo mucho más impacto en el personal que lo que Breland jamás se hubiera imaginado. Hubo unas pocas defecciones y renunciaciones, pero aquéllos que se quedaron cerraron filas alrededor del Presidente y trataron de protegerlo de la tormenta que arreciaba.

Irónicamente, una de las bahías de protección que encontraron para él fue Europa occidental. Breland era más popular en Colonia que en Chicago, más respetado en Bonn que en Boston. Todos los países de la Unión Europea habían decidido mucho tiempo antes resolver los temas concernientes a la posesión privada de armas de fuego, y los habían resuelto a favor de la seguridad pública. Era difícil para el ciudadano común de Inglaterra, de Alemania o de Francia entender por qué un presidente norteamericano podía encontrarse en problemas por ofrecer una solución, largamente postergada, a lo que ellos consideraban una horrible mancha en el carácter norteamericano.

Pero la popularidad de Breland se debía a algo más que la simpatía hacia quien se considera víctima de una calumnia. La mayoría de esas naciones de la Unión Europea había luchado contra el terrorismo urbano durante décadas, y el regalo del Gatillo había dado a la policía una poderosa arma nueva contra los coches bomba y las bombas en paquete. Y, a diferencia de los Estados Unidos, no hubo resistencia al uso creativo y agresivo del Gatillo.

Retoños del Mark I fueron ubicados bajo tierra, debajo de docenas de intersecciones en París y otras tres ciudades francesas, creando así cuadrículas de restricción que hacían difícil transportar una bomba por la ciudad. Había puestos de control con grandes muros de desviación de explosiones en las cercanías de los túneles de tren y de carretera en los Alpes suizos. Grandes zonas de Londres, Belfast, Ginebra, Ámsterdam, Roma, Varsovia y Berlín (algunas tan extensas como cuarenta manzanas) fueron evacuadas y revisadas por artillería que no había explotado, y luego fueron puestas bajo la protección permanente de un destacamento de Mark I.

Crear esas «zonas seguras» era un riesgo calculado, y hubo algunas víctimas, pese al detector de metales y a revisiones de anomalías magnéticas. Así fue como una iglesia del siglo XIII en Bolonia, San Francesco, y un centro de servicios del gobierno de diez años de antigüedad en Bonn se derrumbaron parcialmente en los cráteres dejados por bombas aéreas profundamente enterradas, y un fuego causado por una cabeza V-1 que explotó bajo el sótano afectó gravemente una serie de departamentos cerca del Parlamento. Pero las zonas seguras, marcadas por el símbolo de la paloma azul y blanca, eran tan populares para los turistas y los residentes que esas pérdidas no hicieron tambalear el programa.

Al mismo tiempo, campos y bosques a través de todo el continente europeo eran limpiados en grandes extensiones de bombas y armamento dejados por casi dos siglos de guerra. Se vio que había aún un el suelo una sorprendente cantidad de artillería vieja, y la limpieza se convirtió en un evento para ver, y producía vistas espectaculares para los noticiarios en forma regular.

Fuera de la Unión Europea, empezaron a aparecer a lo largo del Nilo «protocolos antiterroristas» y «zonas de interdicción» similares. El nuevo gobierno democrático de Egipto estaba ansioso por volver a atraer a los occidentales a las pirámides y templos. También en Sarajevo, que estaba decidida a volver a ser la hermosa ciudad cosmopolita que había sido antes de la guerra civil, y en Singapur, que se rodeó de lo que terminó siendo una fortificación de Gatillos y se declaró «la ciudad isla de la paz».

En otras partes, en el Lejano Oriente, los gobiernos de más de una docena de Estados-isla, desde las Islas Salomón a las Filipinas, solicitaban a los Estados Unidos y a Japón que devolvieran y despejaran no sólo los campos de batalla sino las aguas territoriales sobre las que habían luchado. Así, la Marina de los Estados Unidos comenzó una serie de pruebas de una disposición de Gatillos remolcados frente a Guadalcanal. El primer ministro del Vietnam unificado hizo el mismo llamado a los gobiernos de Francia y de los Estados Unidos.

Vista desde el condado de Eureka, en Nevada, o desde Princeton, o desde la propiedad de Goldstein en Maryland, toda esta actividad parecía una reivindicación completa, una garantía de que no habría de dar marcha atrás.

Pero la visión era diferente desde las oficinas del senador Wilman y el grupo Razón sobre la Locura, del general Madison y los otros jefes del Comando Conjunto, de Anson Tripp y el Consejo de Seguridad Nacional, de Richard Carrero y los analistas geopolíticos en el Departamento de Estado. Estaban preocupados no por la limpieza de artillería después de la última guerra, sino en impedir (o, si llegaba a ser necesario, ganar) la próxima guerra. Y todavía no estaba claro para nadie si el Gatillo podría ayudar a una u otra cosa.

Nadie en esos círculos creía que las demostraciones civiles de la tecnología

convertirían por sí solas al Gatillo en un elemento disuasivo creíble contra la agresión. Se creía por lo general que alguien, en alguna parte, tendría que poner fuerzas armadas en movimiento y en línea. «Hará falta un Hiroshima», era la frase fría que circulaba.

Y eso esperaban, mientras se preparaban para lo que consideraban que sería la verdadera prueba del Gatillo, sabiendo que si su respuesta era demasiado lenta o débil, tendría que hacerse nuevamente. Esperaron a escuchar los rugidos de agresión en algún lugar al que pudieran llegar a tiempo y con fuerza, y rugidos lo suficientemente fuertes como para que nadie dejara de saber cuándo y cómo habían sido silenciados.

Esperaron, helados en un empate incierto con un oponente no declarado. Esperaron, y mientras esperaban continuaron con los entrenamientos, preparando pilotos, marineros y soldados desarmados para enfrentar a un ejército o una flota invasores. Si el Gatillo no funcionaba, muchas vidas se perderían en las unidades especiales de intervención táctica.

La espera finalmente terminó el 6 de junio, cuando el presidente vitalicio Hassan Hussein exigió que Siria, Arabia Saudita y Kuwait detuvieran la construcción de una serie de delgadas torres de cincuenta metros ubicadas justo en las fronteras de aquellos países con Irak.

—Conocemos el verdadero propósito de esas estructuras —declaró Hussein en un fervoroso discurso nacional—. Sabemos que la afirmación de que es un escudo defensivo es una mentira. Esas torres están siendo construidas para que nuestros enemigos puedan espiarnos, de modo que los infieles puedan asomarse a nuestros pueblos, ciudades, calles, hogares, mezquitas. Esas torres están siendo construidas para que nuestros enemigos puedan lanzar energías destructivas en nuestros cuerpos mientras dormimos, energías que causarán tumores y robarán la vida a nuestros hijos no nacidos.

»No permitiremos que esos ataques tengan lugar. No aceptaremos esas insidiosas invasiones de nuestras tierras soberanas y de nuestros lugares sagrados. Las torres deben ser derribadas. Si aquéllos que conspiran contra nosotros no abandonan sus planes y destruyen esas armas malvadas, yo enviaré nuestros valientes pilotos y soldados para destruirlas y desparramar a nuestros enemigos en el desierto.

Para respaldar su ultimátum, Hasan Hussein envió dos divisiones armadas apoyadas por baterías de artillería y antiaéreas hacia el sur en un viaje de cuatro horas desde el cruce de Rafah en la frontera con Arabia Saudita. Pero antes de que las columnas de tanques llegaran siquiera a esos campamentos, un escuadrón de Raptor F-22 y de Nighthawk F-117B recorrió todo el mundo y aterrizó en Al-Hayyanayah, a cuarenta minutos de la frontera.

Los antiguos Nighthawk transportaban la versión militar del Mark I en sus



compartimentos interiores, mientras que los Raptor transportaban al Mark II de amplio alcance en sus amplias vainas. Pero aun las tripulaciones de esos aviones se preguntaban en silencio cuánto podrían hacer esos ocho aviones sin misiles, y con cámaras en lugar de armas en sus narices, contra más de ciento veinte tanques. Escucharon la advertencia pública de Breland a Hussein sin esperanza alguna de que éste hiciera caso.

A la mañana siguiente, las fuerzas iraquíes se desplazaron hasta quedar a una hora de distancia de la frontera, y Hasan Hussein lanzó otro ultimátum, incluyendo en esta oportunidad a los Estados Unidos en la lista de villanos.

—No esperaremos a ser sus víctimas, ni pondremos en peligro innecesariamente a nuestros combatientes. No nos dejaremos desviar a largas negociaciones ni nos veremos detenidos por promesas vacías. Las torres deben ser derribadas ahora.

Para la noche, ya se había retirado el último de los grupos de construcción que trabajaba en la frontera Saudita.

A las 02:00, hora de Washington, Stepak y Tripp interrumpieron al presidente Breland en una reunión con la noticia de lo que parecía un avance iraquí.

—Tenemos nuevos datos satelitales —dijo Stepak mientras se apresuraban por los pasillos hacia el salón de conferencias—. Las unidades iraquíes cerca de Rafah se desplazan hacia el este a alta velocidad, y seis divisiones más van por la ruta de Al-Basrah hacia la entrada de Safwan a Kuwait.

—Entonces Kuwait era el blanco después de todo —dijo Breland, estudiando el mapa—. Rafah fue un engaño.

—Así parece —dijo Tripp.

—¿Cuánto falta?

—Pensamos que las fuerzas occidentales probablemente cruzarán a Kuwait por Wadi al-Batin, donde el conjunto aún está en construcción; si mantienen este paso, pueden cruzar justo antes del amanecer, hora local. Las fuerzas del este pueden llegar a Safwan una hora antes. La cuadrícula está activada allí.

—¿Misiles y artillería?

Llegaron al salón cuando Breland hacía su pregunta, y el secretario de Defensa fue directamente al mapa del teatro de operaciones.

—En posición de alcanzar Al-Kuwait, aquí, aquí y aquí. Y mientras este escenario se desarrolla, señor Presidente, esperamos usarlos.

Stepak dudó, y luego se volvió para enfrentar a Breland.

—Sé que ustedes tenían la intención de esperar hasta que los tanques cruzaran la frontera, para que no hubiera dudas de que Irak era el agresor. Pero si los GA-30 tienen cabezas con armas químicas, tendríamos que esperar diez mil muertos en Ciudad de Kuwait. Si tienen armas biológicas, la cantidad será por lo menos de treinta mil. ¿Esperamos hasta que los iraquíes pongan la artillería en juego, o vamos

detrás de ellos preventivamente?

—¿Cuán rápidamente podemos responder una vez que empiecen? ¿Podemos acercarnos lo suficiente para esperar el primer cañoneo?

El general Hawley dio un paso y respondió la pregunta.

—Los Nighthawk no tienen mucha capacidad de estar ociosos. Los Raptor tienen más, pero, francamente, no tenemos los suficientes aviones ahí para cubrir todas las bases, o para cubrir las bajas probables si realmente exponemos nuestros aviones de esa manera.

—¿Tenemos otras naves que podamos llevar?

—Hay seis aviones de combate equipados con Gatillos en el USS *Truman*, en el Mediterráneo —dijo el almirante Jacobs—. Están demasiado lejos. Hay seis más en el USS *Reagan*, en el océano Índico occidental. Con reabastecimiento a mitad de camino podríamos llevarlos sobre la frontera de Irak y Kuwait para la madrugada, pero los tiempos son difíciles. Necesitamos dar la orden en la próxima media hora, y no podrán demorarse.

Breland se instaló en su silla en la mesa redonda de conferencias.

—Necesito oír recomendaciones —dijo—. No esperen que yo haga el lanzamiento.

—Muy bien, señor Presidente —dijo Stepak—. Nuestra recomendación es que violemos la frontera y actuemos anticipadamente. El general Madison propone enviar un vuelo de F-22 y de F-117B tras la artillería en Irak, con el ataque previsto para treinta minutos antes de que las unidades del ejército lleguen a Kuwait. Las otras cuatro naves en Al-Hayyanayah podrían perseguir a la columna blindada desde Ash-Shabakah e interceptarlos en la frontera. Cuatro naves desde el *Reagan* serían enviadas para interceptar la columna este en Safwan.

—¿Pérdidas previstas?

—Veinte por ciento. Tres naves.

—¿Pueden realizar el trabajo?

—Yo preferiría tener el doble de aviones, y algún tipo de protección superior para ellos —dijo Madison—. Pero haremos lo mejor para hacer el trabajo con lo que tenemos.

—¿Podemos estar seguros de que esto no es otro engaño?

—No si disparamos primero.

—Yo querría enviar otra advertencia.

—Entonces las pérdidas previstas suben al doble, y no puedo garantizar los resultados. Yo no se lo aconsejaría en absoluto. Usted ya les dijo que estamos ahí, y por qué. Si les hace saber que nos hemos dado cuenta del engaño nos quita un margen que probablemente necesitamos.

Tripp apareció al lado del codo derecho de Breland.

—Y además, señor, considere... —empezó a decir en voz baja—. ¿Qué pasaría si usted les envía otra advertencia, y ellos verdaderamente se detienen? ¿Eso nos da lo que queremos?

Lo que dio a entender era tan desagradable para Breland como la perspectiva de iniciar hostilidades en el territorio iraquí. Empujando su silla hacia atrás, caminó hacia el mapa del teatro de operaciones y lo estudió con los brazos cruzados. Pero el mapa sólo eran píxeles de colores, un extraño tablero de ajedrez con exóticas piezas. Tenía que obligarse a ver a los seres humanos, a los pilotos norteamericanos, a los tanquistas iraquíes, a los soldados y ciudadanos kuwaitíes, a los hombres de artillería esperando a cincuenta kilómetros de la lucha.

«Realmente necesitamos un Hiroshima, después de todo. Malditos sean por no creer», pensaba Breland con amargura. «Malditos sean por querer levantar el palo, y obligarme a quitárselo de las manos. Y eso significa que no hay medidas a medias. Tiene que hacerse con la suficiente autoridad como para que nunca lo vuelvan a levantar. Malditos sean todos».

—Autorizo el plan delineado por el secretario de Defensa —dijo sin quitar la vista del mapa—. Envíen los aviones a Irak.

Los aviones entraron a la carrera a través de la casi total oscuridad de una mañana sin luna antes del amanecer, y pasaron rasando de a cuatro a doscientos metros de lado a lado sobre el desierto. Ni el radar ni los guardias vieron las sombras negras angulares cortando el cielo, superando el sonido de sus propias turbinas. No hasta que fue demasiado tarde, y los infernales pilares de fuego marcaron la ubicación de los camiones de municiones que estaban preparados para alimentar los grandes cilindros de la artillería de largo alcance.

Desde adentro de las cabinas, cada explosión centelleante de abajo parecía lanzarse contra ellos, intentando alcanzar las delicadas superficies de los aviones, arrojando metralla a las aspas de las turbinas que giraban y a los débiles cuerpos de los pilotos. El peor de los golpes sacudió los aviones en el cielo como una cápsula en una tormenta. Pero la velocidad los alejó rápidamente, poniéndolos a salvo, como si huyeran del borde del caos.

Dividiéndose en pareja, hicieron cuatro pasadas más sobre las ubicaciones de las armas y el campamento adyacente, ambos ya encendidos nítidamente por violentos fuegos. La última pasada fue en silencio, ya que no había en el campo debajo de ellos nada, ni nadie, que pudiera ser una amenaza para los aviones.

Por la ruta de Az-Zubayr, cuatro fantasmas más persiguieron y alcanzaron una presa diferente: un largo convoy de apoyo mal enhebrado que seguía a una columna de tres kilómetros de armamento de fabricación rusa e india. Con un Nighthawk volando precisamente sobre la ruta y a la derecha de ésta y otro justo arriba hacia la izquierda, una sola pasada fue suficiente para dejar el convoy en ruinas. Los Raptor,

rezagados como observadores de tiro, no encontraron nada adonde apuntar sus Mark II, ni razón alguna para una segunda pasada.

Cuando alcanzaron la columna armada, la hallaron dispersándose, desparramándose fuera de la ruta hacia la arena. No hizo ninguna diferencia. En menos de dos minutos, todos los tanques eran un sarcófago en llamas. El fuego de las ametralladoras dirigido a los aviones en los primeros segundos no provocó daños, y aun con la advertencia que llegó por radio desde el convoy de atrás, ninguna de las armas móviles antiaéreas pudo disparar una sola ráfaga a los aviones que atacaban volando bajo.

El tercer elemento de las fuerzas en acción, el contingente de la Armada del *Reagan*, llegó tarde a Safwan, puesto que su implacable horario quedó desbaratado por una cantidad de situaciones caóticas menores y un problema de reabastecimiento en el aire. Ya había amanecido cuando finalmente hicieron contacto con sus blancos.

Pero para el asombro de los pilotos, la columna iraquí, que contaba con más de doscientos veinte tanques y otros vehículos, no se dirigía a Kuwait ni volvía por el camino que había hecho. En lugar de ello, estaba detenida, inmóvil, en la ruta a un kilómetro de Safwan, una desigual fila doble de vehículos claramente visible desde el puesto de frontera kuwaití. Y a ambos lados de la ruta, desparramados por la tierra desierta pero bien alejados de los tanques, había cientos, quizá miles de soldados iraquíes a pie.

Fueron necesarias muchas llamadas de radio en los siguientes minutos para resolver el misterio. No obstante, finalmente los pilotos recibieron la confirmación de las fuerzas kuwaitíes en la frontera de que lo que pensaban increíble era la extraña realidad: los soldados a pie eran las tripulaciones de los tanques, que habían abandonado sus vehículos antes de explotar con ellos.

—Escuadrón, obviamente se enteraron de lo que podían esperar. No los desilusionemos —dijo el líder de la misión, y condujo a sus compañeros hacia abajo.

Fue, por lo menos, el final del principio. En menos de una hora, una docena de naves sin armas habían desarmado una moderna fuerza de invasión, destruyendo minuciosamente su equipamiento y, lo que era más importante, quebrando su voluntad. Pero los hechos de Safwan, las increíbles imágenes capturadas por las filmaciones de vídeo en el campo, fue la historia de la batalla que nunca fue, y que confirmó a los creyentes y a los escépticos que una nueva era había amanecido, y que no habría marcha atrás.

## II: OBSTRUCTOR

### 18: Tanta locura

«Si hay una nación de hombres que se han elevado a tal grado de refinamiento moral que no declarará la guerra ni llevará armas, puesto que no les ha quedado tanta locura en sus mentes, es una nación de amantes, de benefactores, de hombres verdaderos, grandes y capaces».

*Ralph Waldo Emerson*

El juicio de la Asociación Nacional del Rifle contra el Gatillo recibió un tratamiento especial desde el día en que se inició la causa.

La jueza Virginia Howarth del Tribunal de Distrito de Washington D. C. había necesitado casi dos semanas de testimonios y cuatro días de deliberaciones para fallar a favor de la Asociación: los ciudadanos tenían derecho a las armas, pero no tenían derecho a los Gatillos. Su orden judicial prohibía el uso de fondos federales para desarrollar, fabricar o distribuir el Gatillo. Pero lo que exasperó a John Trent fue que, casi inmediatamente después, la jueza anuló la orden judicial antes de la apelación.

—¿Por qué? —le preguntó a Philby Lancaster, el jefe de su equipo de abogados—. Esta mujer borra con el codo lo que escribió con la mano. ¿Acaso no está de nuestro lado? ¿Quién más le pagó?

«Hace sólo tres años que ejerce respondió Lancaster. Este caso es demasiado para ella, y obviamente lo que está haciendo es pasarles el fardo a los tribunales de apelaciones. No te preocupes. La sentencia se inclina hacia nuestro lado, y la verdadera acción apenas está comenzando».

En pocos días, se presentaron ante la Corte Suprema nada menos que nueve peticiones para reclamar un auto de avocación, incluyendo la que todos esperaban que hiciera Doran Douglas en nombre del Departamento de Justicia. Como respuesta, la Corte Suprema acortó los plazos y se hizo cargo del caso antes de que la Cámara de Apelaciones del Distrito de Columbia programara las mociones.

Una vez que el caso estuvo en manos de los tribunales superiores, a la causa *Asociación Nacional del Rifle contra los Estados Unidos* no le dio prioridad en el calendario por sobre otros más de veinte casos que ya estaban en proceso. Las presentaciones orales comenzaron casi diez semanas después de que se iniciara el caso. En un alojamiento sin precedentes de los procedimientos tradicionales, la Corte aprobó las peticiones del artículo 28 que presentaron ambas partes, y extendió la

media hora que usualmente se asigna a cada parte a cuarenta y cinco minutos.

En una ruptura con las tradiciones aún más notoria, la Corte Suprema permitió declarar ante los jueces a los representantes de los muchos grupos que presentaron escritos *amicus curiae*. Los Portadores de Armas de Norteamérica y la Alianza de la Segunda Enmienda aparecieron para apoyar a la Asociación Nacional del Rifle, mientras que Razón sobre la Locura y el HCI defendían a los grupos contrarios al uso de armas. A Trent le gustó el contraste que esto presentaba.

«Júzguenlos por quienes los rodean» comentó en un reportaje a los medios en vísperas de las presentaciones orales. «Los patriotas y los amantes de la Constitución apoyan nuestra postura. Los internacionalistas socialistas y los propagandistas estatistas apoyan a los otros. El desarme de Norteamérica estuvo en la agenda de la ultraizquierda durante cincuenta años. Confío en que la Corte Suprema no cometa la traición de unirse a ellos».

Era el primer caso desde *Roe contra Wade* en atraer tanta atención pública. Una fundación de asuntos públicos convirtió las transcripciones de las presentaciones en un documental dramatizado de tres horas literalmente de la noche a la mañana. Cuando se publicó, tanta gente trató de conseguirlo que los servidores del proyecto Oyez se saturaron y los productores tuvieron que recurrir a emisiones patrocinadas con horarios fijos. Aun así, el programa marcó récords de audiencia durante la semana.

Toda esa urgencia creó la expectativa de un fallo rápido, pero éste no llegaba. Pasaron los meses, hasta que quienes estaban apostados en la Corte coincidieron en creer que los votos de los jueces estaban tan divididos que posiblemente se tratara de un empate sin solución.

A medida que se acercaba el final programado de la sesión anual de la Corte, Lancaster comentó a Trent un rumor que decía que los jueces ni siquiera habían decidido quién iba a redactar el veredicto, cosa que, de ser cierta, elevaba las posibilidades de que la Corte entrara en receso el 12 de junio sin haber emitido el fallo, y retomara el caso en el otoño.

«¿Cómo puede ser que les resulte tan difícil?», preguntó Trent a Lancaster. «¿En qué cuestión se pueden haber trabado? La Segunda Enmienda con su lenguaje simple les da todo lo que necesitan. Las palabras de los propios fundadores de la nación: George Washington, cuando dijo “Las armas de fuego le siguen en importancia a la Constitución misma”; James Madison...»

«Por favor, John... no vas a recitar todo el libro de citas de los conservadores. Yo redacté el escrito, después de todo».

«Ya lo sé», dijo Trent con un suspiro. «Pero, por Dios, Philby, la jueza Howarth lo resolvió en la décima parte del tiempo que éstos ya se tomaron... sin contar la suspensión, por supuesto».

Por primera vez, Lancaster no se pudo mostrar confiado.

«La presentación del gobierno puede estar complicando las cosas para los construccionistas estrictos de la Corte», explicó. «Llegamos a un punto que los fundadores nunca imaginaron. Se dice que los jueces están divididos pero no entre dos opiniones, sino entre tres. Así se hace difícil llegar a un acuerdo. Podríamos terminar con aliados extraños y un veredicto torturador con el que nadie esté conforme. Creo que debemos estar preparados para eso».

«Y mientras tanto, los federales se arremangan contentos: las fábricas en plena actividad, los camiones andando y las nuevas instalaciones del Gatillo se ponen en marcha todos los días», protestó Trent con rabia. «¿No hay nada que podamos hacer para levantar el receso? ¿No existe ninguna manera de llegar a la Corte? ¿No tendríamos que estar ahí parados en las escalinatas cada mañana, seis mil, diez mil o veinte mil de nosotros?»

«Sí, claro. Y no te olvides de traer muchas armas para agitar en el aire, como lo hacen en esa manifestación estúpida cada año. Asustar a los jueces siempre es una buena idea», dijo Lancaster con aspereza. «John, ya lo hablamos hace meses: hay un maldito Gatillo en el sótano de la Corte Suprema. Si hacemos cualquier cosa que les dé la pauta a los jueces de que lo necesitan para protegerse de la gente como nosotros, todo se termina. Se acabó».

«Quizá deberían declararse descalificados para el caso. Conflicto de intereses», replicó Trent con resentimiento.

«Mejor dime que lo entiendes, John. Un error y echamos por la borda los ocho años que nos llevó poner de nuestro lado a la NFRRA. Los jueces no son ermitaños. Ellos saben lo apasionados que son ustedes, y la Corte tiene que cuidarse de iniciar otra controversia que dure mucho tiempo. Ustedes están llegando a ellos siendo pacientes, sensatos y civilizados. Sigán así. Y hagan todo lo posible para reprimir los espíritus libres hasta que tengamos el veredicto».

«¿Y si perdemos?»

«Si es así, analizamos la opinión de los jueces, y empezamos de nuevo desde otra dirección».

«Entonces el plan B es prácticamente lo mismo».

Lancaster resopló.

«Quémame en la hoguera por hereje, John, pero cuando tienes buenos abogados, no necesitas armas».

El 19 de junio llegó y pasó, y la Corte Suprema ni se pronunció con respecto a *Asociación Nacional del Rifle contra los Estados Unidos* ni tomó un receso de verano. No se hizo ningún anuncio, ni se ofrecieron explicaciones de por qué, por primera vez en más de veinte años, la Corte extendía su sesión. La frase «corte en pugna» hizo su primera aparición en *Informe legal* de la CNN, y pronto se empezó a

oír en todas partes.

John Trent resistió el asedio de los medios durante la semana anterior y la posterior al 18 de junio con una actitud tranquila. Todos querían saber qué pensaba, y Philby Lancaster tuvo que obligarlo a no hablar.

«No se alarmen por este atraso. Significa que la Corte reconoce la gravedad de las cuestiones intrínsecas de nuestra queja, y que le está dando la importancia que merece explicó Trent, frente a un monumento dedicado a los hombres de la milicia de la Guerra de la Revolución en Brandywine, Pennsylvania».

Una semana después, frente a un póster de la Declaración de Derechos colgado en la entrada de la sede central de la Asociación Nacional del Rifle, declaró:

«Confío plenamente en que la Corte va a tomar la decisión correcta: correcta para la Constitución, correcta para el país y correcta para nuestros ciudadanos, cuyos derechos son primordiales en una nación libre y democrática».

Una semana después en una aparición en *Egos alterados*, un programa virtual, dijo:

«Desde mi punto de vista, Jay, no puede haber en Washington nadie más deseoso por resolver esto que los jueces mismos: en Washington es verano, y esas togas deben de ser calurosas».

Fue una buena frase, aunque estaba preparada, y las risas aumentaron por el hecho de que los productores le habían dado a Trent las vestiduras de un David bíblico para que fueran su atuendo en el escenario virtual.

«A propósito de ropa», replicó Jay, «si hay alguna Monica por ahí entre los magistrados, que haga el favor de presentarse, porque queremos saber si ésta es realmente una corte en pugna...».

Fuera de cámara, Trent estaba cada vez más intranquilo. Se quejó ante otros ejecutivos de la Asociación Nacional del Rifle sobre la falta de coraje y de conciencia en la Corte Suprema, y la falta de honor en la profesión legal en general. Se burlaba de Philby Lancaster y del resto del equipo de abogados de la Asociación, diciéndoles que eran como sanguijuelas capaces de alegrarse de perder un caso con tal de mantener abierta la billetera del cliente. Se abstenía de referirse a Mark Breland, Grover Wilman o Jeffrey Horton por sus nombres, pero cuando lo hacía, se tomaba la libertad de coronar sus comentarios con palabras de ira tales como «traidores», «mentirosos» «asesinos» y «corruptos cobardes».

Lo irónico fue que Trent terminó pasando gran parte del día oyendo críticas aún más venenosas y haciendo un esfuerzo para mantener la calma. Por haber sido la primera en llegar a la sala de audiencias, la Asociación Nacional del Rifle se había convertido en el centro gravitacional de la lucha contra el Gatillo. Parecía que los más altos funcionarios de las organizaciones defensoras de los derechos a las armas con más de tres miembros esperaban una oportunidad de llegar a los oídos de Trent: ya



sea para ofrecerle consejo no solicitado, para elogiarlo y alentarle, para compadecerlo, o lisa y llanamente para criticarlo por su cobardía.

Trent suprimió sus crecientes dudas y les respondió todo lo que Philby Lancaster le había indicado: que si ponían el resultado en la balanza, lo que más convenía a sus intereses era llegar a un cese del fuego sin amenazas ni violencia ni ninguna otra cosa más que manifestaciones pacíficas y persuasión discreta. Esos comentarios le valieron unas cuantas burlas, pero enfrentó las críticas con entereza.

«No queremos que esos jueces lean las noticias y piensen que Norteamérica necesita el Gatillo», le dijo al comandante de la Milicia de West Montana.

«No queremos que esos jueces piensen que los trajes elegantes ocultan matones, criminales, fanáticos, borrachos y pendencieros», le explicó al presidente de Libertad de Calibre 45.

«Queremos que la Corte sepa que Norteamérica es un país civilizado, lleno de propietarios de armas responsables. Queremos que sepan que nuestras armas de fuego están salvando vidas y protegiendo nuestras libertades y brindando recreación familiar», le explicó al presidente del Comité de Correspondencia de Arizona.

Con paciencia y perseverancia, y a veces una imagen de hermandad, Trent convenció a la mayoría de que apoyaran el concepto de un «cese de fuego civilizado». Lo hizo aun a sabiendas de que algunos de ellos, sin embargo, lo consideraban débil, blando y cobarde. Para ellos, estar preparados para matar por la causa era el único parámetro para medir la virilidad. Y aquéllos que habían perdido toda la fe en lo que consideraban cortes corruptas y juicios falsos dejaron en claro que estaban dispuestos a recurrir a la violencia.

Trent se sentía identificado con esa frustración, pero le resultaba difícil siquiera hablar sobre dar un siguiente paso. La prueba más difícil, sin embargo, fueron sus reuniones con las milicias extremistas. Afortunadamente para él sólo algunas de ellas fueran a verlo. Algunas habían establecido comunidades separatistas y prohibían cualquier tipo de contacto con el resto de «Norteamerika». Muchas otras sentían por la Asociación Nacional del Rifle el mismo desprecio que por aquéllos que estaban en contra de las armas.

Pero varias veces desde que la causa llegó a los altos tribunales, Trent se encontró sentado a la mesa frente a hombres de moralidad tan repulsiva y mentalidades tan raras que le daba asco considerarlos aliados. Estos hombres le llevaban ofertas que no quería escuchar: asesinar a los gerentes de las fábricas de Aron Goldstein, tomar como rehén a la bisnieta de seis años de edad del juez, envenenar las reservas de agua de la Casa Blanca, secuestrar un avión y estrellarlo contra el blanco que Trent eligiera.

Trent no sabía si ellos tenían los medios para hacerlo o si sólo estaban alardeando; tampoco le interesaba enterarse. La línea que Trent no iba a cruzar, la línea que sus

visitantes lo ayudaban a definir, era la línea que separaba los actos de patriotismo de los actos de revolución. No iba a justificar la destrucción de la nación para preservarla. Esa paradoja, que Trent asociaba con la Inquisición, le parecía una especie de locura.

Irónicamente, era de esas sesiones que Trent salía con su humor muy negro, y descargaba su furia más inflexible contra Washington.

—Tienes que empezar a tratar la locura como un veneno contagioso, John — bromeó su asistente administrativo principal—. No entres allí sin guantes ni máscara.

—Ésa no es la cuestión —respondió Trent, sin poder reírse de la broma—. ¿Sabes por qué terminé así? Porque no puedo perdonar al Presidente por alimentar la paranoia de ese tipo de gente. La tiranía no es lo único que amenaza lo que amo. La anarquía es igualmente peligrosa.

En el vestíbulo, Trent oyó una voz a sus espaldas: una voz agradable, segura y desconocida.

—Quisiera saber si podemos tener una conversación franca, John Trent.

Trent giró sobre sus talones y vio a un hombre mayor, prolijamente vestido, parado a unos pasos detrás de él. Su mirada primero se dirigió a los típicos lugares donde un hombre de traje puede ocultar algo, y luego se puso a evaluar al hombre en sí. El extraño era unos centímetros más bajo que Trent, con una abundante cabellera plateada, un anillo de Princeton y un vientre un tanto abultado que el traje a medida no alcanzaba a ocultar. Trent calculó que tendría alrededor de sesenta años.

—Disculpe, ¿nos conocemos?

—Es posible —respondió el hombre mientras se acercaba—. De todos modos, tengo cierta información que le va a interesar.

Trent frunció el ceño. No le extrañaba que lo reconocieran en público y se acercaran a hablarle, especialmente en los últimos tiempos, pero ya se le había acabado la paciencia para esas cosas.

—Mire, estoy aquí con amigos, para escuchar la orquesta. Si es un asunto de la Asociación, le agradecería que me llame a la oficina mañana.

Como respuesta, el extraño tomó a Trent con fuerza del codo y lo hizo girar hacia el corredor que daba a las oficinas del teatro.

—Por favor —dijo—, me temo que no voy a poder esperarlo sentado aquí escuchando a Mahler. Mis gustos se inclinan hacia los románticos italianos: vine al concierto de Rossini, y para verlo a usted.

—¿Puede decirme su nombre, entonces? —inquirió Trent mientras se dejaba llevar.

—Pero qué descortesía de mi parte —respondió el hombre—. Me llamo Angelo DiBartolo. Venga... por acá. —DiBartolo había abierto la oficina del gerente de ventas, y se corrió para que Trent entrara primero. Trent retrocedió, desconfiado, y

miró hacia el vestíbulo buscando a Jerry, su chofer y guardaespaldas, pero DiBartolo en seguida agregó—: No, no. Somos amigos, señor Trent. Por favor, olvídense de sus prejuicios de película policial. Su chofer está fumando un cigarrillo con mi chofer afuera, así nosotros podemos hablar en privado.

—Así que usted es el famoso Angelo DiBartolo —dijo Trent—. De Baltimore.

El hombre se encogió de hombros, con resignación.

—Tengo gente trabajando para sacar mi cara y mi nombre de las noticias. Lamentablemente, no siempre lo logran. Venga, por favor, y quizá terminemos a tiempo para que pueda sentarse a ver el primer movimiento.

Cuando entraron Trent encendió la luz, y DiBartolo la apagó al tiempo que cerraba la puerta y ponía la llave. Había suficiente luz de un farol en la calle que se filtraba en la habitación y la convertía en un mundo gris y blanco.

—Usted dijo que tenía información para mí...

—Así es. Bien, estuve siguiendo su juicio con un interés bastante personal —comenzó DiBartolo.

—¿Por qué? Dígame la verdad.

DiBartolo sonrió.

—Se podría decir que la violencia aplicada es para mi negocio lo que la publicidad es para General Motors. Así que cualquier cambio que afecte las condiciones de mi negocio me interesa sobremanera. Y siguiendo mi curiosidad, me acabo de enterar de algo que seguro le va a interesar. La Corte Suprema va a dar a conocer el veredicto el martes a la mañana...

Eso era en tres días.

—¿Cómo puede saber eso? —inquirió Trent.

—Por un amigo. Alguien que está extremadamente cerca de la Corte.

—Dígame, cómo puedo...

—¿No le interesa saber el resultado?

Con una sensación de náuseas, Trent tragó saliva y se quedó en silencio.

—La Corte se va a dividir: cinco contra cuatro —prosiguió DiBartolo—, para anular el fallo de Howarth y permitir que se siga usando el Gatillo. Se van a escuchar cuatro opiniones en total, incluyendo tres de la mayoría del tribunal. Liggett va a redactar el veredicto principal.

—Me está diciendo que perdimos.

—Lamentablemente, sí. Espero que haberle avisado con anticipación le sirva para preparar bien lo que va a decir.

No había ninguna razón para creer lo que le decía DiBartolo, excepto quizás una: Joseph Anthony Perry, juez de la Corte, ex juez del Tribunal de Distrito del estado de Maryland y del Juzgado 4 de la Corte de Apelaciones, actualmente nuevo miembro de la fraternidad Octubre.

—La noticia... ¿es de fuente confiable?

—Totalmente confiable —aseguró DiBartolo.

Trent se alejó para tomar el respaldo de una silla con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos.

—¿Cuál es el precio de esta información, señor DiBartolo? Me la ofreció antes de que yo le dijera si tenía algún valor para mí.

—No se preocupe por eso, señor Trent. No existe ninguna obligación. En realidad, le quiero preguntar si puedo hacer algo más por usted...

—¿Más? ¿Qué, golpear al Presidente? —dijo en tono sarcástico.

—Usted no me entiende, señor Trent —respondió DiBartolo sin indignarse—. Yo nunca aprobaría semejante acto de imprudencia. Existen las reglas. No es cuestión de tomar represalias contra alguien simplemente porque tiene una opinión contraria a la suya. Debe haber un fin comercial sólido, alguna ganancia clara que se quiera conseguir. Eso, o una cuestión de honor.

—¿Entonces, qué? —preguntó Trent, girando hacia DiBartolo—. ¿Qué está ofreciendo? Usted llega y me cuenta que nos vencieron. ¿Qué cree que va a poder hacer por nosotros ahora? Me temo que no sé leer entre líneas.

DiBartolo se encogió de hombros:

—Un hombre desarmado en la calle siempre sabe que corre peligro. Un hombre armado detrás de los muros de un castillo no siempre es tan precavido. Con el tiempo, todos los castillos se derrumban: ataques de artillería, sitios, corrupción y traición. Existe un camino, señor Trent, y alguien lo va a encontrar. —Hizo un ademán con la mano derecha—. Pero mientras tanto, hay gastos. Me gustaría hacer una contribución para solventar esos gastos. Eso es algo que nosotros podemos hacer...

Trent sintió que el ofrecimiento lo hería en su ego, y por la herida sangraba la necesidad de resistirse con un comentario mordaz.

—Podemos pagarnos nuestros propios abogados. O cualquier otro servicio profesional que necesitemos.

—Como quiera. —DiBartolo levantó las manos mostrando que se daba por vencido—. Pero si llega a necesitar ayuda para proteger otros recursos, alguien que conozca los secretos de la artillería o los motores que controlan las revueltas, por así decirlo, no dude en llamarme. Mi gente tiene razones para jactarse de su pericia en esa área...

El resplandor de la luz del pasillo que entraba por el vidrio de la puerta bajó de intensidad por un momento, una, dos, tres veces.

—Ah, ésa es la llamada. Ya ve, apenas está terminando el intervalo: todavía no se perdió nada. Por favor, vuelva con sus amigos. Yo no veo la hora de llegar a casa y ver a mi familia. Gracias por su amabilidad, John Trent. Que le vaya bien.

Trent no le contó a nadie sobre ese encuentro durante dos días. Cuando terminó la

segunda sinfonía de Mahler, ya se había calmado lo suficiente para decidir cerrar la boca y esperar a ver qué pasaría el martes en lugar de exponerse por las palabras de DiBartolo.

Pero el lunes a la mañana temprano, el tesorero de la Asociación Nacional del Rifle llegó a la oficina de Trent con cara de preocupación y unos cuantos papeles impresos.

—Mira estos números —le indicó—. Durante la última hora, han depositado en la cuenta administrativa general casi un millón de dólares: todas transferencias telefónicas, todas de entre cuarenta mil y cien mil dólares, todas de donadores desconocidos. El Fondo Internacional para la Libertad, la Fundación Sophia Aiello, Amigos de la Libertad, algo llamado la Compañía de Empresas Marítimas, media docena de ciudadanos individuales de la Unión Europea, más dos cuentas del Caribe que pueden estar ocultando a cualquiera. ¿Acaso pasaste un buen fin de semana y no me contaste? Ninguno de estos donadores se contactó con nosotros para obtener la información de la cuenta. ¿Cómo voy a manejar esto?

—Pasé un fin de semana horrible, gracias, y supongo que la semana va a ser aun peor —dijo Trent fríamente mientras se ponía de pie—. Asigna el dinero a Educación y Extensión. Vamos a gastar mucho en las próximas veinticuatro horas. ¡Kenneth! —gritó dirigiéndose a la oficina externa.

Su ayudante administrativo llegó corriendo.

—¿Sí?

—Convoca al consejo. Tenemos trabajo que hacer.

La convocatoria enviada por correo electrónico funcionó perfectamente. En la madrugada del martes, los primeros manifestantes por el Día de la Justicia ya estaban marchando hacia Washington, a bordo de una pequeña flota de ómnibus y aviones alquilados.

Los ómnibus convergían en el extremo oeste del Malí, arrojaban su cargamento humano en el Lincoln Memorial, y luego se dirigían a buscar más. Los organizadores de la marcha agrupaban a los recién llegados de a doscientos o trescientos y los llevaban hacia el este por la avenida Constitución hasta el Capitolio. En su recorrido pasaban por las ventanas de la Casa Blanca, y muchos manifestantes abucheaban. Pero descontando eso se comportaban bien, y mientras los agentes de policía montados los observaban con atención y parecían muy ocupados hablando por sus radios, los manifestantes mantenían una distancia prudencial y no trataban de interferir.

A las ocho de la mañana, había más de diez mil personas fuera del Capitolio, arremolinadas sobre el pasto del extremo este del Malí, desde donde se veía la Corte Suprema a media cuadra de distancia. Para ese momento la procesión a lo largo de la avenida Constitución se había convertido en una corriente delgada pero sin

interrupción, y las burlas y los gritos habían dejado paso a los silenciosos pero no menos elocuentes puños en alto y ademanes con el dedo del medio levantado. Los carteles y las pancartas que decían «¡Justicia ya!» y «¡Libertad ya!» no tardaron en llegar y enseguida se destacaron en toda el área del Malí.

Todas las calles laterales parecían tener al menos una patrulla de policía estacionada y vigilando, pero aún no se habían producido enfrentamientos. La marcha tomó a las autoridades por sorpresa y, aunque era obvio que les molestaba ver cómo crecía la multitud, no tenían una estrategia preparada para evitarlo.

Las cámaras se hicieron presentes desde el principio, algunas transmitiendo para los sitios que apoyaban a la Asociación Nacional del Rifle y otras pertenecientes a medios de prensa que cumplían con su deber, pero la marcha se convirtió oficialmente en un evento cuando dos de los cinco canales principales de noticias pusieron la historia en primera plana. Desde allí se distribuyó rápidamente a medios más pequeños, y los rumores corrieron aún más rápido por todo Washington: «Algo está pasando en el Malí».

Poco después de las nueve, el tránsito cerca del Lincoln Memorial se vio entorpecido por el tráfico matutino normal y por la cantidad de curiosos locales, por lo que la policía tuvo que intentar cerrar el puente Arlington Memorial. Casi inmediatamente, los seis oficiales cuyos vehículos formaban la barricada se encontraron atrapados en medio de más de mil manifestantes que desembarcaban de los ómnibus estacionados en el lado de Virginia del Potomac y casi tres veces más manifestantes que marchaban desde el Malí. Pero el inminente enfrentamiento nunca se produjo. Tras una rápida consulta con los cuarteles centrales, los vehículos que formaban la barricada rompieron filas rápidamente y, siguiendo el cambio de planes, comenzaron a dirigir el tráfico para que los ómnibus pudieran pasar.

Por lo general, los anuncios de la Corte Suprema se hacían a las diez de la mañana, y John Trent esperaba que para esa hora las dos cuerdas de parque y calle que separaban las escalinatas del Capitolio de las escalinatas de los tribunales se llenaran completamente con su gente. Eso resultaba demasiado optimista había embotellamientos en todas partes y los pequeños atrasos se sumaban, pero no importaba. No se iba a hacer ningún anuncio ante cualquier posibilidad de que se produjera un disturbio. Sólo algunos organizadores sabían que no había sucedido nada inesperado, pero cuando CNN informó que el Servicio Secreto había sacado a los jueces de la ciudad, la multitud comenzó a abuchear.

¡Qué vacaciones ni vacaciones: no quisieron dar la cara! Gritó un hombre con boina militar. ¡Se fueron porque nos tienen miedo!

Los ómnibus siguieron llegando durante toda la mañana, y la parte del Malí al oeste de la calle 14 se había convertido en una zona de descarga de pasajeros y formación de la marcha. La caravana al este del Capitolio se transformó en una

muchedumbre incontable que fluía hacia las avenidas Constitución e Independence, las calles que rodean el Malí. Por temor a que se produjeran incidentes, la policía local cerró ambas rutas de acceso al este de la calle 2. En pocos minutos, los manifestantes invadieron las dos avenidas.

Cuando corrió el rumor de que Breland estaba observando la marcha, empezaron a gritar «traidor... traidor... traidor...». Un periodista describió los cánticos como «tan fuertes que hacían temblar la Casa Blanca».

En el Capitolio, los ocupados organizadores de la marcha intentaban lograr una multitud mayormente paciente que ahora sumaba más de cien mil personas. Cuidando sus propios intereses, el Servicio de Parques Nacionales brindó asistencia inesperada al proporcionar un camión de agua y dos remolques con baños químicos. Finalmente, colocaron un podio en las escalinatas del Capitolio poco antes del mediodía, con parlantes inalámbricos distribuidos entre la multitud desde allí hasta la Corte Suprema.

—¿Qué quieren?

—¡Libertad ya! —respondieron los manifestantes, como les habían indicado los organizadores de la marcha. Al mismo tiempo, agitaban sus carteles y pancartas en el aire.

Un momento después, la gente que estaba más cerca de la Corte Suprema respondió:

—¡Justicia ya!

—¿Para qué están aquí?

—¡Justicia ya!

El eco de las voces rebotaba contra los muros de mármol.

—¡Libertad ya!

El sonido de las voces sacudió la calle congestionada.

Mientras los cánticos seguían, John Trent se bajó del asiento trasero del Cadillac azul estacionado del otro lado de las barreras y comenzó a caminar hacia el podio. Con la ayuda de unos diez organizadores encubiertos que estaban esperando su llegada, la gente lo vio y lo reconoció, y comenzaron a aplaudir mientras se apartaban para dejarlo pasar. Cuando llegó a las escalinatas, todas las cámaras y casi todos los ojos estaban sobre él, y mientras subía por las escaleras hasta el podio los cánticos se convirtieron en vítores. Trent extendió las manos para pedir silencio y luego se inclinó hacia el micrófono.

—Ésta es la nación más poderosa sobre la faz de la Tierra —dijo, arrancando una ovación de aprobación entre su audiencia—. Ésta es la nación más poderosa en la historia de la civilización humana —prosiguió y se detuvo. La ovación fue aún más fuerte que la primera—. Yo amo este país —dijo, impostando la voz. La multitud se desbordó, alzando sus voces sin interrupción durante más de un minuto en respuesta a

las palabras conmovedoras de Trent—. Esta ciudad no es lo que hace que Norteamérica sea tan poderosa. Estos edificios no hacen a Norteamérica poderosa. Son ustedes, el pueblo norteamericano, lo que nos hace poderosos.

Todos se aplaudieron a sí mismos con entusiasmo, mientras los últimos en llegar continuaban apiñándose en los extremos de la multitud.

—Y el contrato que tenemos entre nosotros es lo que nos hace poderosos. El contrato que nos permite reunimos hoy aquí, sin que nos molesten. El contrato que nos permite expresarnos libremente, sin censuras. El contrato que promete libertad, sin obstáculos. El contrato que nos brinda justicia, inexorable.

»Este contrato, esta *Constitución*, que garantiza nuestro derecho de defendernos a nosotros mismos, a nuestras familias y a nuestra nación de nuestros enemigos.

Hizo una pausa y recorrió la multitud con la mirada.

—¿Qué es lo que quieren?

—¡Libertad ya! —gritaron.

—Asegúrense de que los oigan ahí adentro.

—¡Justicia ya!

—¿Para qué están aquí?

—¡Libertad ya!

—¡Qué los oigan!

—¡Justicia ya!

Trent señaló la Corte Suprema.

—En ese edificio hay nueve jueces que parecen tener problemas para entender nuestro contrato. —Hubo un abucheo, pero Trent no se detuvo para alentarlo—. Parece que tienen problemas para entender que los que crearon esta nación fueron ciudadanos armados, y que fueron los ciudadanos armados los que la forjaron y preservaron durante casi doscientos cincuenta años. Parece que están confundidos por el lenguaje simple de la Segunda Enmienda, que apuesto a que todos ustedes conocen de memoria.

Fue un tanto discorde, pero emocionante. Las cámaras hicieron un planeo de la gente, de rostros solemnes recitando las palabras de la Segunda Enmienda.

—La buena noticia es que hay mucha gente en ese edificio que sí entiende —prosiguió Trent—. Y en este momento quisiera presentarles a algunos de nuestros amigos. —Se dio vuelta, miró hacia un grupo de congresistas que descendían las escalinatas hacia el podio, y comenzó a aplaudir.

La gente aplaudió más que nada por compromiso, pero no importaba: ese momento era crucial para los medios. Cuatro senadores y cinco diputados. Siete hombres y dos mujeres. Tres demócratas, cuatro republicanos y dos progresistas. Seis blancos, dos negros y un asiático. Norteamérica en un microcosmos. «Los cuatrocientos mil dólares mejor gastados de mi vida,» pensó Trent.



Le estrechó la mano a cada uno y luego llevó al senador Gil Massey al podio.

—John Trent tiene razón: éste es un gran país. ¡Y John Trent es un gran norteamericano! —exclamó Massey, con el rostro iluminado por el aplauso que provocó—. Vine aquí hoy para decirles que, como miembro de la minoría principal del Comité Judicial del Senado, voy a presentar un proyecto de ley para prohibir el Gatillo ahora y para siempre...

Sus palabras se perdieron en un calidoscopio de voces de júbilo que superó todas las ovaciones anteriores.

Aprovechando su anzuelo, Massey repitió en cuanto tuvo oportunidad:

—Repito: ¡prohibir el Gatillo ahora y para siempre! No importa el veredicto de los altos tribunales. ¡Este aparato es antinorteamericano! Lo que dice es: «Vecino, no confío en usted». Dice: «Ladrón, violador, asesino, atrápeme, quiero ser su próxima víctima». Bien, yo digo que es una locura. Yo digo que esas cosas pertenecen al fondo del puerto de Boston con el té del rey. ¡No las necesitamos!

Trent aplaudió sonriente las otras ocho invocaciones patrióticas ocasionales, y luego volvió a ocupar el podio, con los congresistas formando un semicírculo detrás.

—¿Están dispuestos a ayudar? —preguntó a la multitud—. ¿Van a mantener vivo este recuerdo cuando vuelvan a sus hogares esta noche? ¿Van a seguir lo que suceda en Washington mientras cumplen con su rutina diaria? Porque el senador Massey los va a necesitar. El diputado Baines-Brown los va a necesitar. Yo los necesito. Será una lucha encarnizada. Con Breland en la Casa Blanca, este proyecto de ley va a necesitar un amplio apoyo, a prueba de vetos. ¿Van a ayudar a conseguir ese apoyo?

Hubo una ovación afirmativa, y en cuanto comenzó a decaer, entre la multitud alguien empezó a cantar a viva voz:

«Dios salve a Norteamérica, mi amada patria...»

El que cantaba era uno de los organizadores encubiertos, pero igual, en el estribillo final, a Trent le corrió un escalofrío por la espalda, y se le hizo un nudo en la garganta.

Más tarde, cuando la ciudad y los ómnibus lentamente comenzaron a reabsorber el gentío, llegó el turno de las entrevistas: una seguidilla que parecía interminable, comenzando con la eminencia de los noticieros, Bill Moyers, de ABCDisney. Finalmente, Trent encontró la oportunidad de escapar de la mirada del público, sacarse la máscara y celebrar tranquilo. Eligió una habitación privada en la tranquila posada Mondrian de Alejandría como lugar, y a su camarada María Néstor como compañía.

—Estuvo hermoso —comentó ella cuando lo saludó con un beso en la mejilla—. Montaste un espectáculo fantástico.

El perfume de María permaneció en la nariz de Trent hasta que ella llegó a la silla y se sentó.

—Tú hiciste el trabajo más pesado —repuso Trent mientras le servía un vaso de vino—. No puedo estar más conforme. ¡El senador Massey! Fue un golpe maestro. Y qué linda la fila de maniqués que acompañaba.

—Me encanta volver a mi zona conocida. La Corte es difícil de amedrentar y más difícil de comprar. Pero el Congreso es corrupto. —Maria se rio—. Si lo sabré yo.

Para cuando terminaron la deliciosa cena de cinco platos y dejaron bien revueltas las sábanas de la enorme cama, el Malí ya estaba vacío. Una ciudad del tamaño de Madison, Wisconsin (quizás incluso de Riverside, California) había aparecido de la noche a la mañana en el medio de Washington, había pasado el día en el parque para luego retirarse en silencio, sin un solo arresto y con sólo algún que otro porro pisoteado como testigo de su presencia.

«Ojalá el mensaje haya llegado a quienes tenía que llegar», pensó mientras se volvía a subir al Cadillac y le indicaba al chofer que arrancara. «Esta vez, nos basta con que nos hayan escuchado. Por esta vez. Esta vez, dejamos las armas en casa. Por esta vez. Presten atención; reúnan las piezas: puedo poner a doscientas mil personas en la puerta de entrada en cualquier momento que sea necesario. Y no querrán hacer que sea necesario».

Sabiendo que la sentencia se iba a dar a conocer a la mañana, Trent ya había hecho planes para pasar la noche en Washington, así que podía aparecer frente a las cámaras otra vez. Pero al parecer había alguien más que también estaba pensando en el Malí vacío. Cuando el auto de Trent se aproximaba al Hotel Americana, Lancaster lo llamó para ponerlo sobre aviso:

—Escucha bien: van a anunciar la sentencia a las ocho de la noche. Yo estoy en camino hacia allá: nos avisaron con veinte minutos de anticipación.

—¿Dijeron algo sobre el horario? —preguntó Trent.

—Dijeron que se atrasó desde esta mañana por un problema de las impresoras —protestó secamente.

Al ingresar en el acceso al hotel, Trent y su chofer permanecieron sentados en el auto. Con un ademán indicaron al portero que se retirara, y se pusieron a escuchar las noticias por *Iridium Ohio*. Había cuatro opiniones distintas, dos firmadas por la misma persona. El resultado fue de cinco votos contra cuatro, que anulaban el fallo del Tribunal de Distrito de Washington.

Trent notó con sumo interés que el voto del juez Joseph Anthony Perry pertenecía a la minoría.

—Bastardos —protestó Jerry golpeando el volante con la mano—. Nos lo refriegan en la cara. Nos podrían haber dado unas horas más para disfrutar lo que pasó hoy.

—Los malos nunca descansan —agregó Trent, que no había compartido con su chofer el beneficio de enterarse de la noticia antes—. Bueno, no hay razón para

quedarnos en la ciudad ahora. Vayamos a casa, Jerry. A Fredericksburg, no a Fairfax. Estoy pensando en darme el gusto de ir a pescar en el Rappahannock mañana.

La camioneta Ranchero roja los siguió todo el camino desde el Hotel Americana hasta la ruta interestatal 395, incluso cuando pasaron por el Cementerio Nacional de Arlington que Jerry incluyó en el recorrido solamente para ver qué interés tenía en ellos el conductor de la camioneta. El conductor pareció tan interesado en ellos que ni se fijó en el cementerio, y Jerry se preocupó tanto que lo mencionó.

—Pueden ser los medios, supongo —dijo Trent mirando hacia atrás. El atardecer se fundía en la noche, y no se veía nada excepto dos pares de luces: luces altas arriba, faros antiniebla debajo, que daban la vaga impresión de pertenecer a un vehículo deportivo—. Me oculté de los medios desde antes de que se anunciara el veredicto.

—No es realmente el tipo de vehículo que usan los medios, señor Trent. Más bien parece un vehículo de los que causan problemas. Debería llamar a seguridad para que nos mande una escolta, y ahora tendríamos que dirigirnos a Fairfax así la escolta nos alcanza antes.

—A ti te gusta manejar rápido, ¿no es así, Jerry? —preguntó Trent, recostándose en el respaldo—. Así que sigue acelerando.

El conductor le hizo caso y aceleró el Cadillac a ciento veinte kilómetros por hora.

—Se quedó atrás, pero todavía está ahí.

—Quizá sólo quiere saludarme —dijo Trent, y ahogó una risa—. O quizá formó parte de la marcha y no le dieron el dinero para los viáticos.

—Me sentiría más tranquilo si llamáramos a una escolta, señor.

—Si aún está ahí cuando tengamos que dejar la ruta 95, entonces me voy a preocupar.

Pero en cuanto pasaron Quántico, la camioneta roja se puso justo detrás de ellos y comenzó a acelerar. Jerry respondió acelerando más el gran Cadillac y ensanchando la distancia de nuevo. Pero, minutos después, se topó con dos autos que disimuladamente bloqueaban el paso en un tramo tranquilo entre Stanford y Falmouth. La camioneta venía detrás acelerando para encerrarlos: un furgón adelante, un coupé negro a la izquierda, el vallado y la zanja a la derecha, y la Ranchera atrás.

—Hijo de puta —gruñó Jerry—. Yo tendría que haberlo visto... —Trent oyó el ruido del cierre de Velero que se abría: Jerry levantó el almohadón del asiento del acompañante y de adentro sacó una Beretta ACP de 45 milímetros—. Sujétese, señor Trent. Creo que vamos a tener que jugar a los autos chocadores.

—Espera —dijo Trent—. Quizá se trate de unos pendencieros que ni sepan quiénes somos.

—Mejor, señor Trent. Creo que debería agacharse.

—No hay bolsa de aire en el piso, Jerry.

—No pienso chocar, señor Trent.

—No es tu forma de manejar lo que me preocupa, sino la de ellos.

En ese momento, el comunicador de Trent comenzó a sonar en modo local. Al mismo tiempo, la ventanilla del vehículo que tenían a su lado comenzó a bajar, y apareció un hombre joven que, riendo, levantó su propio comunicador, se lo llevó a la oreja y gesticuló. Fue fácil reconocer la cabeza rapada y las prominentes patillas del joven, así como la risa entrecortada que Trent oyó cuando respondió la llamada.

—Eh, ¿tienen mostaza?

Bowman... La ira que sentía contra el comandante de los Puños Patrióticos hizo que el nombre le saliera con un gruñido.

—¿No tienes? ¡Quizá si buscas entre tus calzoncillos encuentres un poco! ¿Qué tal estuvo eso, señor Presidente?

—Me alegra poder divertirme. ¿Deseas algo más?

—Sí, tenemos que hablar de algunas cosas. Haz que tu muchacho tome la primera salida, encontraremos un lugar tranquilo. —La comunicación terminó cuando la ventanilla del coupé se levantó y el vehículo se adelantó.

—¿Tenemos un problema aquí o no, jefe? —preguntó Jerry.

—¿Además del hecho de que Bob Bowman esté la mitad del tiempo drogado y todo el tiempo paranoico? Probablemente no.

—¿Qué quiere que haga?

—Síguelos cuando tomen la primera salida. Pero no seas demasiado confiado.

Tras algunos minutos de andar por las calles sinuosas de las afueras de Fredericksburg, el auto que lideraba la caravana se metió en un parque y embarcadero desiertos al costado de la ruta sobre la orilla del Rapidan, pasando Fox Run.

—Por un segundo pensé que íbamos a terminar en el embalse —comentó Jerry mientras apagaba el motor—. ¿Quiere la pistola?

Trent negó con la cabeza.

—No, sólo quédate en el auto y actúa con naturalidad. Ya tengo un problema de credibilidad lo suficientemente grave con este tipo como para encima agregar otro más.

Cuando se bajó del auto, Trent se sorprendió por un momento al ver otras caras familiares. El conductor de la Ranchero era Mel Yost, el editor de *Crímenes de guerra de Washington*, un boletín de la Resistencia Norteamericana. En el furgón había llegado al encuentro Zachary Taylor Grant. Era el fundador de la milicia Hedgehog: un hombre alto y de barba, que vestía pantalones camuflados, un chaleco de la artillería y una cadena en el cuello, de la que pendía una enorme cruz de plata que nunca se sacaba.

—Te dimos un buen susto en la ruta, ¿no, Johnny? —se burló Grant con una carcajada—. Te podríamos haber hecho *bang bang*. Sólo para ir ensayando. Tienes

suerte.

—No deberían provocar a mi chofer como lo hicieron —dijo Trent—. Le encanta la oportunidad de doblar algunos metales. ¿De qué se trata todo esto?

—Bien, fuiste muy amable en invitarnos a todos nosotros a tu casa para decirnos lo que creías que debíamos hacer. Y simplemente queremos retribuirte tu amabilidad.

—Lindo lugar eligieron —replicó Trent.

—Vamos, no lo dilatemos mucho —dijo Bowman, titubeando nervioso—. El próximo satélite de la SRA va a pasar por sobre nosotros en once minutos. Pongámonos bajo los árboles, carajo. El sonido viaja por el agua.

Sin esperar aprobación, Bowman se encaminó hacia los árboles. Yost lo siguió con una linterna de bolsillo, mientras Grant se puso al lado de Trent:

—Johnny, una de las cosas que quería saber es hasta qué punto fue en serio todo ese espectáculo que montaste hoy.

—Fue en serio.

—¿De verdad? ¿No fue sólo una pantalla para encubrir tu rencor? ¿O realmente esperas que los mismos villanos que aprobaron los proyectos Brady I, Brady II, la fea prohibición de armas, el registro nacional y la ley de responsabilidad civil de Stoke-Williams vengan a rescatarte? Ves, me convertiste en un mentiroso.

En ese momento llegaron hasta donde estaba Bowman y oyeron el ruido de orina contra el tronco de un árbol.

—Eres un idiota, Bob, ¿dónde tienes la cabeza? Ahora van a saber que estuviste aquí —exclamó Grant.

—¿Qué? No hay ADN en la orina, ¿no? La puta madre...

Grant se rio con ganas al ver cómo el hombre más joven trataba desesperadamente de cortar el chorro y subirse el pantalón.

—Echaste todo a perder, Bob. Ahora no podemos matar a Johnny.

—Eres un cruel de mierda, Zack —dijo Yost—. Bob, no le hagas caso. No hay ADN en la orina a menos que te hayas masturbado en los últimos veintiún días.

—Dios mío —dijo Bowman, y Grant se rio aún más fuerte.

—Supongo que eso significa que te debo un favor, Bob —afirmó Trent a la ligera—. Zack, me están esperando. ¿Podemos ir al grano antes de que pase ese satélite y saque fotos de nuestros autos juntos? ¿De qué se trata todo esto?

Yost se acercó para responder:

—Queremos darte la posibilidad de que te unas a nosotros, ahora que perdiste el juicio. Vamos a trabajar juntos en una nueva estrategia, un poco más directa.

—Mucho más directa —corrigió Bowman, e hizo el ademán de sacar un arma y «disparar» a la oscuridad—. Me cansé de esperar. En el medio de los ojos, a todos esos traidores de mierda.

—¿Por qué a mí? —preguntó Trent.

—Hay dos razones, Johnny —contestó Grant—. Porque nos resultarías útil: tú eres nacional, nosotros somos locales; tú eres respetable, nosotros no queremos serlo; tú tienes buenas conexiones, nosotros no iríamos a ningún club que nos aceptara. Y la segunda razón: porque la conspiración te acaba de patear en la cara, así que ahora sí te queda muy claro que ellos no van a dejar que eso suceda.

—No puedes vencerlos si juegas con sus reglas, porque ellos tienen el juego arreglado. Como en Las Vegas, sólo que peor —aseguró Yost—. Así que vamos a jugar con nuestras reglas.

Trent frunció los labios.

—Si les pregunto qué tipo de blancos tienen en mente, ¿eso afectará mi condición aquí?

—Tengo una pequeña lista: nadie los va a extrañar —canturreó Bowman.

—No, Johnny. Tú estás al mismo nivel que nosotros —respondió Grant—. Pero antes de decirte, quiero que sepas que tu respuesta cambia las cosas. ¿Hay algunos blancos que estarías dispuesto a aprobar y otros que no? En ese caso, estarías entrando en el momento justo. Tenemos un ambiente lleno de blancos, y muchas decisiones que tomar.

Por primera vez desde que la Ranchera había aparecido en el espejo retrovisor, a Trent lo invadió un sentimiento de peligro. No confiaba del todo en que la respuesta equivocada no lo dejaría boca abajo en el Rapidan, así que trató de no responder nada.

—Lo voy a tener que pensar, muchachos.

Grant frunció el ceño y movió la cabeza.

—No creo que podamos hacer eso. Es como dijo Bob. Estamos cansados de esperar.

—No entiendo cómo no estás más enojado, mierda —exclamó Bowman, pateando una piedra—. Hombre, tendrías que estar saltando de alegría por la oportunidad que te estamos dando. ¿Por qué no lo estuviste pensando? Yo sí lo pensé. Nosotros vamos a hacer algo y no precisamente como todo ese despliegue demagógico que hiciste hoy. Quizá tú no quieres ganar realmente. O quizá no seas más que un cobarde de mierda.

—Eh, Bob, ¿cuánto falta para que pase el satélite? —preguntó Grant.

—¿Qué? —Bowman miró su reloj—. La puta madre... —Empujando a Yost para pasar, corrió hacia el estacionamiento.

Grant y Yost lanzaron una risita burlona hacia Bowman.

—Sé lo que estás pensando, Johnny: está totalmente trastornado. Pero tiene un buen acceso a los juguetes —explicó Grant—. ¿Cuál va a ser tu respuesta, John? ¿Estás con nosotros o no? Vamos a hacer un poco de ruido, eso te lo prometo.

—Entonces van a necesitar que yo siga haciendo lo que hago —dijo Trent en un

impulso—. Perfil alto, puertas abiertas, la voz de la razón, buen ciudadano que encaja en el sistema. Es la mejor pantalla que pueden tener. Sé que suena brusco, pero si algo sale mal y los federales bajan a Bob Bowman, él es reemplazable, y el público piensa que está bien, que era sólo un loco suelto. Si algo sale mal y bajan a John Trent... Bueno, no puedo correr ese riesgo a menos que esté en juego algo realmente importante. Y no creo que hayamos llegado a ese punto todavía. Lo que no significa que no les vaya a desear que tengan suerte.

Luego contuvo el aliento.

Grant y Yost se miraron por un momento.

—Está bien, John —dijo Yost, y le extendió la mano—. Tú les diste un golpe con altura, nosotros les daremos un golpe bajo... y buena suerte para ti también. No volverás a saber de nosotros.

Trent sintió un cosquilleo que le recorrió la espalda hasta que llegó al estacionamiento. Una vez que se sintió seguro dentro del auto, un sudor frío le empezó a correr por todo el cuerpo.

—Salgamos de aquí, Jerry.

—¿Qué pasó?

—Mejor ni preguntes, Jerry. —Se acomodó en su asiento, sin saber si las manos le temblaban por el miedo o porque, pese al miedo, a la repulsión y al desprecio, una parte de él se había tentado.

## 19: Armas para matar

«Estoy orgulloso del hecho de que nunca inventé armas para matar».

*Thomas Alva Edison*

En los diez meses desde que el rostro del doctor Jeffrey Horton apareció por primera vez en los canales de noticias, tanto su vida como su apariencia habían cambiado dramáticamente.

Porque en los días posteriores a que se revelara su identidad como inventor del Escudo de Vida, su rostro había estado por todas partes. Aceptó dar entrevistas, participó en debates, dio testimonio ante el Congreso y apareció en las Naciones Unidas con el presidente Breland, donde recibieron una ovación de pie de la Asamblea General.

Pero inmediatamente después de eso, había desaparecido, no solamente de la vista del público, sino de lo que había sido su vida. Pidió una licencia indefinida en Terabyte, y cambió su reclusión en el Anexo por la vida del vagabundo. Desde entonces, no tenía un lugar que pudiera llamar su casa, y vivía alquilando una habitación de hotel en Vancouver por una semana, una casa remolque en las Great Smoky Mountains por una quincena, una cabaña frente al lago en el norte de Minnesota por un mes, y así sucesivamente, saltando de un lugar a otro por toda América del Norte sin un propósito claro más allá de ir a donde no había estado y de ver lo que no conocía.

Llevaba con él sólo lo que podía llevar en la mochila de un viajero: una muda de ropa para unos pocos días, algunos elementos esenciales de tocador, un par extra de zapatos cómodos, su comunicador y libro de lectura. Los elementos de tocador no incluían afeitadora ni tijeras; se había dejado crecer su primera barba, y había dejado crecer su cabello ondulado.

«Parezco el típico terrorista ecológico que se esconde en los árboles —le había escrito a Lee, uno de sus muy contados contactos con la gente de Terabyte—. Es maravilloso, porque la gente respetable que podría reconocerme mantiene una distancia cautelosa, y la gente excéntrica y no respetable que se me acerca realmente no se preocupa por quién soy, mientras quiera escuchar sus consejos, sus quejas, su filosofía o sus sueños. Yo escucho, porque esta gente marginal es interesante, con perspectivas del mundo refrescantemente imposibles y discordantes. Había olvidado cuan diferentemente puede pensar la gente, y cuan pocos de ellos están cargados por la manera de pensar de la gente de los laboratorios y del mundo académico».

En una nota a Brohier, había agregado:

«Siento como si me estuviera volviendo a conectar con el mundo real... o quizá



como si me conectara con él por primera vez. No me había dado cuenta de ello cuando teníamos esas conversaciones sobre lo que nuestro trabajo significaría para la sociedad, pero mi modelo teórico para la gente estaba tan equivocado como resultó estarlo nuestro modelo de física. Pero eso es lo que ocurre cuando uno recoge todas las muestras en el propio patio. Sobreestimé la influencia de la razón, y subestimé la de la pasión. Y se me escapó por completo el hecho de que la inteligencia puede servir a cualquiera de las dos igualmente bien».

Horton había estado en la Península Maya, transpirando mucho tras un largo ascenso por las empinadas escaleras de una pirámide de piedra de mil seiscientos años de antigüedad, cuando recibió la invitación entusiasta de Brohier de ir a Princeton y compartir un gran descubrimiento teórico. Pero Horton aún no estaba preparado para hablar sobre física. Había activado su comunicador simplemente para averiguar más acerca de la estructura donde estaba sentado, y sobre el pueblo que la construyó. Así que había dejado pasar la invitación sin responderla.

Pero pese a sus mejores esfuerzos para impedirlo, Princeton aún seguía entrometiéndose en su conciencia, amenazando con orientar su viaje sin rumbo. Se insinuaba en sus pensamientos como un elefante en la sala, algo imposible de pasar por alto. Ir a ver a Brohier determinaba de antemano el fin de su viaje e implicaba retomar su vida profesional, o representaba algo que Horton estaba evitando. Cualquiera de las dos posibilidades era inadmisible para él. La última escapatoria para esa situación sin salida era hacer de Princeton otra escala más en el camino, una visita al costado del camino en un viaje hacia otro lado.

Así que en su segunda semana en Cape May, Horton decidió dejar de ver cómo las tormentas de fin del invierno golpeaban contra los muelles y los espigones de piedra. Cerró su casa de tres pisos con todo el ritual de alguien que tiene la intención de volver, y alquiló un jet taxi para viajar de Wildwood a Philadelphia. Allí tomó un tren suburbano regular de Amtrak casi vacío hasta el cruce de Princeton, desde donde tomó un destartalado, viejo y bonito expreso al campus. De allí había un taxi a la estación, pero Horton prefirió caminar el último tramo de su peregrinaje, indiferente al frío húmedo en el viento de tormenta de marzo.

Pero mientras caminaba por College Road entre el campo de golf desierto y el seminario teológico, se dio cuenta de que se las había arreglado para crear una especie de paradoja de Zenón para sí mismo: cuanto más cerca estaba de su destino, más lentamente avanzaba.

«¿Aún me molesta tanto?», se preguntó. «¿Es esto una elección o una coincidencia?» Sin poder responder, aceleró el paso.

Cuando se acercaba al instituto, Horton fue tomado por sorpresa por los nombres de las calles: avenida Hegel, calle Newton, paseo Einstein. Sólo el último de estos hombres tan honrados había caminado alguna vez por esas calles, pero sólo los

nombres hicieron sentir a Horton como si estuviera entrando en otro mundo, un enclave aislado donde los nombres de los grandes pensadores tenían más resonancia que los nombres de los soldados y políticos.

Eso era, entonces, lo que los benefactores del instituto habían intentado crear: un refugio para objetivos puramente intelectuales, sin la presión de los académicos, sin el compromiso de la comercialización. El instituto no tenía laboratorios ni programas ni clases ni títulos, pero sí excelentes bibliotecas, largos senderos en los bosques y un notable récord de éxitos.

Al considerar la capacidad intelectual combinada del actual plantel de profesores, Horton se sintió muy pequeño. Pero aun esa reunión de estrellas palidecía frente a la nómina de los profesores y alumnos del pasado, que se leía como una historia de la ciencia del siglo anterior, no sólo con Einstein, que había terminado su carrera y su vida en ese lugar, sin C. N. Yang, John Von Neumann, Kurt Gódel, Freeman Dyson...

«No soy digno de entrar en tu casa, señor», pensó Horton en broma, ante el cartel en la parte baja del sendero principal.

Tuvo que dar su nombre en la recepción en el Fuld Hall para ser admitido en los edificios del instituto, y recibir las indicaciones para ir a la oficina de Brohier. Se había esforzado por evitar eso durante sus viajes. Pero no hubo ni un atisbo de reconocimiento, ninguna ceja levantada ante su nombre, apenas la cortesía reservada del Viejo Mundo y la eficiencia del Nuevo Mundo en un personal bien entrenado.

—Ésta es su tarjeta de visitante, doctor Horton. No es necesario que la use, simplemente llévela consigo. También sirve como su pase para la cafetería, si quiere comer algo mientras esté aquí.

—¿Es un transmisor? —preguntó Horton, haciendo girar el pequeño disco de plata sobre su mano.

—Está conectado con nuestros sistemas de seguridad, sí. Pero es solamente para decirnos que usted es un visitante autorizado; no lo seguiremos. Pero expira a las once, cuando el instituto cierra a los visitantes.

Horton asintió y deslizó el disco en el bolsillo del pecho.

—Una noche tranquila para Cenicienta. ¿Uno-diecisiete, me dijo?

—Sí, doctor Horton. Ya le he informado al doctor Brohier que usted está aquí.

—Supongo que estoy atrapado, ¿no? Retirada imposible. —Hizo una sonrisa burlona—. Gracias por su ayuda.

El corredor estaba alfombrado con una pelusa que absorbía el sonido de los pasos. Las puertas y las molduras eran de una madera dura oscura con lustre artificial. Era madera real, no sintética, que recordaba miles de limpiezas y lustradas.

Un año antes, Horton probablemente no hubiera reparado en la vida de la madera. Ahora le decía mucho, no sólo sobre el cuidado de los detalles, sino sobre el principio, sobre una indudable dedicación a obtener lo mejor de lo mejor, sobre un

lugar donde siempre había tiempo para hacer las cosas bien.

De repente, Horton se vio inmerso en una envidia melancólica por aquellos privilegiados que podían considerar esa meca como su hogar, y en una inesperada expectativa por escuchar lo que Brohier había develado ahí. Un momento después Horton lo vio cuando salía de la oficina de la esquina en el extremo del pasillo, levantando una mano en un saludo y caminando hacia Horton con un andar desparejo sobre la pierna derecha.

—Karl —dijo Horton, apurando el paso.

—Viniste. —Brohier rebosaba de alegría—. Estoy tan contento. ¡Tengo tanto para contarte! ¿Dónde has estado?

—Tomé el camino largo —dijo Horton. Señaló la pierna de Brohier, y luego le dio la mano en un afectuoso apretón—. ¿Qué le pasó?

—Me caí en el sendero del bosque. Mi propia tonta culpa. Fui a caminar después de la primera nevada, con los zapatos equivocados. No es nada ahora, sólo un mal hábito que no he abandonado. —Pero cuando Brohier tomó a Horton del codo como para llevarlo hacia la oficina, Horton se dio cuenta de que estaba sirviendo como el bastón del anciano—. ¿Cuánto tiempo puedes quedarte? ¿Te consiguieron una habitación? Podría hacerte un lugar en mi cabaña. No es como Columbus, todo lo contrario, pero lo suficientemente grande para los dos.

—Hablabamos más tarde de eso —dijo Horton. Por el rabillo del ojo vio el número de la puerta que estaban pasando. Giró un poco y señaló con el pulgar—. ¿No era...?

Brohier siguió el gesto con la mirada.

—¿La oficina de Einstein? Sí, la última. Uno-quince Fuld. Aquí, yo estoy al lado.

—¿Cómo es eso? —Horton buscó el picaporte.

—¿Perdón?

—Bueno... podría ser un poco intimidatorio. Como trabajar en el mismo pasillo de Dios.

—A mí me resulta inspirador —dijo Brohier, soltando el brazo de Horton y abriéndose paso hasta su escritorio—. Las historias que todavía cuentan aquí sobre él... Ya es una persona real para mí, en lugar de un icono. —Luego se sentó pesadamente en una silla, riéndose—: Además, es Harry Beuge quien tiene que cargar el peso de la comparación. Yo sólo tengo que pasar por la oficina de Einstein todas las mañanas, pero él tiene que trabajar ahí. Lo cual quizás explique por qué viene por aquí seis veces por día.

Horton se rio junto a Brohier.

—Hay algo en este lugar, sin embargo, ¿no? —dijo, acercando una silla.

—Este edificio está bendecido por la grandeza, por el genio. Está en los ladrillos, en el yeso, en el aire. Siempre respiro profundamente a la mañana, esperando adquirir

algo de todo eso. —Se inclinó hacia adelante con aire misterioso—. Cuando quiero hacer una travesura, le cuento a alguien que hay un campo morfológico en el campus. Se ha pensado tanto y tan profundamente en estas paredes que es más fácil hacerlo aquí que en cualquier otro lugar. La última vez lo dije delante del director.

—¿Invoca a Sheldrake frente al director del instituto? Es usted muy valiente.

—He cometido pecados peores.

—¿Cómo ser?

—Les he escondido algunos secretos, mientras te esperaba a ti.

—No debería haberlo hecho. No me debe tanto.

—Oh, ha habido tantas cosas que hacer. Tuve que volver a la escuela, para aprender un poco de química.

Horton lo miró atónito.

—¿Química? ¿Usted? ¿El hombre que tan seriamente me explicó con una botella de burdeos que la química era una ocupación para gente con poca imaginación para la física?

—El mismo hombre —dijo Brohier—. Y por todas las veces que he dicho palabras en ese sentido frente a testigos, probablemente tendré que hacer una reivindicación pública en una reunión anual de la Sociedad Norteamericana de Química. Pero mira detrás de ti: justo ahí en el estante de arriba está el lugar de donde empecé, *La naturaleza del enlace químico* de Pauling. Una primera edición en papel, nada menos, y corregida a mano por Pauling mismo.

Horton echó apenas un vistazo sobre su hombro.

—¿No hay todavía una edición en multimedia? —preguntó, no muy impresionado por el libro.

Brohier hizo una expresión de disgusto.

—Oh, por supuesto, y es horrible. Toda llena de animaciones en tres dimensiones y otras tonterías completamente ajenas. La devolví después de una semana. Ésta, en cambio, ésta la tengo de la Biblioteca de Ciencias Naturales desde agosto.

—¿Mal alumno?

Brohier lanzó una carcajada.

—Oh, gracias al cielo. Había una sola cosa que me preocupaba más que pensar que no volverías más.

—¿La idea de que yo volvería, pero mi sentido del humor no?

—Exactamente. Estuviste tan serio y por un tiempo tan largo, sabes.

—Bien, fue mi primera vez —dijo Horton con una sonrisa apesadumbrada—. Nunca había cambiado la historia antes.

—No hemos terminado aún, Jeffrey —dijo Brohier, y se reclinó en su asiento. Sus ojos tenían el brillo entusiasmado de un padre que anticipa la primera visión del hijo de un árbol de Navidad—. ¿No quieres saber por qué he estado leyendo a Pauling?

Horton frunció los labios, e intentó adivinar.

—Puede explicar algo sobre el Gatillo y las energías de enlace.

—Porque tú y yo tenemos que volver a escribir Pauling. Porque todo el modelo fundamental, la metáfora central, tiene que cambiar. Sé por qué trabaja el Gatillo, Jeffrey. Sé qué es lo que hiciste bien, y por qué seguiste en callejones teóricos sin salida.

—Bien, ¡adelante, entonces!

Brohier miró más allá de Horton para asegurarse de que la puerta estuviera cerrada.

—Fuimos unos idiotas fanáticos, Jeffrey, intentando calzar nuestra nueva maravilla en el zapato apretado de las modas de ayer. No pensábamos ni con la mitad de originalidad que deberíamos haber mostrado. Es comprensible, realmente. No lo censuro. Pienso que todos nos hemos engañado al pensar que la revolución ya había llegado y se había ido, que el sistema CERN era el cambio de paradigma que habíamos estado esperando. Pero no fue el cambio, sino apenas el cambio preliminar.

Horton movía la cabeza, exasperado, y dijo:

—¡Maldita sea! ¿No puede ir directamente al punto?

Los ojos de Brohier se abrieron, indignados. Horton no pudo discernir si era un enojo fingido o real.

—¿Me tuviste meses esperándote y ahora me escatimas unos pocos minutos? Juventud soberbia. Te sentarás ahí y te quedarás tranquilo todo el tiempo que haga falta. Tengo derecho a disfrutar esto.

—Lo siento —dijo Horton con una sonrisa sumisa y torcida.

—Quizá te disculpe —dijo Brohier—. O quizá demore otros veinte minutos sólo para fastidiarte. Ahora, ¿dónde estaba?

—Cambios de paradigma. Los fundamentos del modelo. Volver a escribir Pauling.

—Cambios de paradigma —repitió Brohier—. Jeffrey, en el modelo CERN, ¿por qué existe algo como la materia?

—¿Perdón?

Brohier repitió la pregunta.

—No creo que el sistema CERN diga nada sobre por qué existe la materia —dijo Horton, moviendo la cabeza—. Sólo aborda el cómo, la identidad material de la energía como una función de onda colapsada, la estabilidad del estado de campo colapsado, la simetría de los factores iniciales para las transiciones. Pero no es ésa la respuesta que buscaba, ¿no?

—No. Mira el cuadro que los físicos han pintado. La energía es energía. La materia es energía. ¿Qué más hay ahí? Fuerzas, que son transmitidas por vectores de bosones, que son partículas, y las partículas son materia, y la materia es energía.

Entonces, ¿por qué el universo es tan complejo? ¿Por qué no consiste en nada más que la luz blanca de Dios, pura e indiferenciada? ¿Por qué debe haber aire, piedra, árboles, escritorios, paredes, o yo o tú?

—Las ecuaciones de Kastenmach.

—Describen cómo. No explican por qué.

Horton se sentó más adelante en su silla.

—Karl, quizá no entienda su empuje, pero ¿no estamos fuera del reino de su ciencia aquí? Pensé que la teología era algo que expulsábamos al departamento de humanidades.

—Estamos fuera del reino de la física de la materia-energía —dijo Brohier—, pero no fuera del reino de la ciencia.

—¿Qué más hay ahí?

Los ojos de Brohier se encendieron.

—Ahora estamos planteando las preguntas correctas. ¡Qué más, realmente! ¿Cuál es el factor que derrumba el campo primario de energía en tantos estados de campo discretos, cuatro fuerzas, una docena de partículas elementales, cien elementos, cien mil compuestos? ¿Cuál es la esencia de la diferenciación que permite la existencia de un cajón de lápices, un cielo lleno de copos de nieve, una playa llena de granos de arena, y que cada elemento del grupo mantenga su carácter individual y su existencia separada, sin sacrificar la identidad subyacente de forma?

—Pues... estamos hablando de los efectos de la indeterminación, ¿no? Variación fortuita. Todo depende de cuan completa sea la descripción de los sujetos que especifique. La arena muestra unidad en ciertas resoluciones, y variaciones en otras.

—Demasiado subjetivo. O hay mil millones de granos de arena, o no. Existen independientemente de la percepción, o debido a ella. Elige.

—Voto por el materialismo en esta elección —dijo Horton. Mostraba una expresión intrigada, y agregó a su respuesta una pregunta—: ¿Está tratando de decir que lo que les da su identidad, su existencia, es la especificación de sus propiedades?

Una sonrisa de satisfacción apareció en el rostro de Brohier.

—Sí, exactamente, Jeffrey. El «qué más» es información. La información organiza y diferencia la energía. La información regulariza y estabiliza la materia. La información se propaga a través de la materia-energía y mediatiza las interacciones de materia-energía. Es la mente de la creación, y la antifuerza del caos.

Horton miraba fijamente el suelo mientras trataba de entender el manifiesto de Brohier.

—Si el universo consiste en energía e información —dijo Horton lentamente—, entonces el Gatillo de alguna manera altera el envase de información de ciertas sustancias.

—Lo altera, lo destruye, lo abrumba, lo desestabiliza —dijo Brohier—. Y mucho.

Las unidades que estamos construyendo son inimaginablemente derrochadoras. Como golpear una computadora con diez mil voltios de luz para cambiar unos pocos bytes de su programación. Fue una casualidad, pura buena suerte, que en algún lugar en la mancha del ruido informacional que describe tu prototipo había unas pocas palabras coherentes en la lengua de la mecánica de resonancia, la nueva ciencia de la materia. Te topaste con la firma química característica de ciertos compuestos de nitrato, que recogieron tu señal del aire como un radioaficionado puede hallar una voz en la estática.

—Pero si podemos aprender a leer y escribir en ese lenguaje...

—Ves ahora por qué dije que necesitamos volver a Pauling y empezar de nuevo.

La idea era demasiado grande, y lo había tomado por sorpresa.

—¿Esto es solamente un juego de palabras, o tiene realmente resuelto un sistema de representación? —Su tono de voz mostró más escepticismo del que Horton quería.

—Vaya, Jeffrey, me estás hiriendo. Sabes que no hay ciencia hasta que lo puedas decir en números.

Esta vez, Horton vio el guiño y supo que el agravio era fingido. Se levantó las mangas de su suéter hasta los codos, y se puso de pie.

—Bien —dijo—. Vamos al pizarrón. Muéstreme los números.

Pasaron aproximadamente dos horas frente al pizarrón gigante que pendía bajo en la pared común con la oficina 115 Fuld. Durante la mayor parte de la primera hora, Brohier se sentó en una silla de secretario y se movió hacia adelante y hacia atrás con un grueso marcador negro en la mano. Durante la mayor parte de la segunda hora, Brohier estuvo sentado en el medio de la oficina, desde donde podía ver todo el pizarrón, y discutió con Horton mientras editaba y anotaba el pizarrón con un marcador rojo brillante.

Finalmente, también Horton se alejó del pizarrón. Entregó el marcador rojo a Brohier y se acercó a éste.

—¿Y bien? —lo aguijoneó Brohier—. ¿Qué has decidido?

—He decidido que debería invitarme a cenar —dijo Horton—. Una cena cara. Póngalo en la cuenta para cuando gane su segundo Premio Nobel.

—¡Oh, no! Eso sí que es extremadamente prematuro —dijo Brohier con un gesto de desdén. Horton se dio cuenta de que el profesor se sentía halagado, no obstante—. Sólo dime que suena bien.

—Así es —dijo Horton, poniendo una mano sobre el hombro de Brohier—. No pude encontrar una nota discordante. No es que yo sea el interlocutor más crítico que se encontrará. Pero si termina, tan bien como empieza... Karl, esto es un gran trabajo.

Brohier sonrió y dio una palmadita a Horton en la mano.

—Gracias, Jeffrey. Ahora borra el pizarrón, ¿quieres? E iremos a buscarte una cena.

El comedor del instituto no era exactamente lo que Horton tenía en mente para una cena de celebración, pero admitió ante Brohier que ésa no sería la última celebración allí.

—Por supuesto. Además —lo tranquilizó Brohier—, no hay nada de segunda clase en la comida de aquí. El instituto cuida muy bien de nuestros estómagos, también. Vamos, mira esto, dime la última vez que viste un menú como éste en un campus.

Horton vio en seguida que Brohier no exageraba. Las entradas, que aparentemente cambiaban todos los días, ya que el menú tenía la fecha de ese día, abarcaban cinco continentes y más de una docena de cocinas regionales.

Como en la última cena que habían compartido juntos, mientras esperaban su comida, Horton tuvo que soportar dos presentaciones y una intromisión. Le presentaron a Bárbara Glennie-Golden, distinguida profesora visitante de Estudios Históricos, una mujer de mejillas redondas y aspecto de abuela, y a Roger Petranoff, el jefe del departamento de matemáticas, un hombre con cuello de buitre.

Los dos académicos eran muy amables, pero Horton todavía se sentía incómodo mientras sonreía entre los encuentros. Era demasiado consciente de su propia notoriedad para estar relajado, y las palabras de despedida de Glennie-Golden sólo erizaron su sensibilidad.

—Sabe, joven, usted ha hecho mi campo de estudio mucho más interesante —dijo, deteniéndose junto a su silla—. Los leones de la escuela económica de análisis histórico dormían pacíficamente, pensando que estaban en la parte más alta de la cadena alimentaria, y ahora usted ha revuelto el avispero de la escuela tecnológica, y ha incomodado mucho a los leones.

—¿Y usted qué es, Bárbara? ¿León o avispón?

—Dinosaurio —dijo entre risas.

La intromisión llegó en la persona de Samuel Bennington-Hastings, un exuberante físico que hacía estudios de postdoctorado, y que parecía lo suficientemente joven como para hacer sentir viejo a Horton.

—Así que tú eres el hombre del Gatillo —dijo, instalándose en uno de los asientos vacíos en la mesa—. ¿Significa esto que nuestro reservado doctor Brohier finalmente nos va a dejar a los demás jugar con los nuevos juguetes?

Brohier lanzó un bufido.

—El doctor Sam piensa que le he estado ocultando algo.

—Oh, no, señor, por favor. No a mí, a todo el departamento —dijo Bennington-Hastings—. El doctor Brohier hace mil preguntas por cada una que responde. Yo le pregunto, ¿cuál es el truco dentro de la caja mágica? Él sólo sonríe como Buda. —Estiró el brazo a través de la mesa y palmeó a Brohier en el abdomen—. Empieza a parecerse a Buda, también.



Brohier dio un golpecito al joven físico en los nudillos con una cuchara, luego lanzó una mirada avergonzada en dirección de Horton.

—Me lastimé la cadera, y es invierno, después de todo. Y la comida es realmente buena...

—Mejor que se mantenga en excelente estado, así el doctor Horton no pasa su carrera descifrando el Último Teorema de Brohier. O, mejor aun, venga conmigo al gimnasio al amanecer para hacer Hatha yoga y veinticinco flexiones. Entonces vivirá para siempre, y será muy famoso.

—Si tengo que levantarme al amanecer para hacer flexiones, doctor Sam, ¿qué sentido tiene vivir para siempre? Pienso que ahí viene nuestra comida.

Con un guiño, Horton se acercó a Bennington-Hastings.

—Lo que no entiendes, Sam, es que el doctor Karl no sabe lo que hay en la caja mágica. Ves, la verdad es que lo he estado llevando durante veinte años. Está aquí sólo para espiar para mí.

—Oh, muy bien, estoy rodeado por mentirosos de los dos lados. Algo muy lindo para la marcha ascendente de la ciencia. —Se puso de pie cuando el camarero llegó a la mesa—. Coman, sí, que sus arterias se endurezcan como piedra y su virilidad cuelgue como una piel de serpiente vacía.

Brohier lanzó una carcajada. Horton le dirigió a Bennington-Hastings una mirada perdida y una sonrisa dubitativa.

—¿Qué fue eso? ¿Quién fue?

—Bueno, el doctor Sam te dirá que él descende de una larga y distinguida familia de excéntricos ingleses y que John Cleese es su guía espiritual. —Con una amplia sonrisa, Brohier sacudió la cabeza—. Nunca se lo digas, Jeffrey, pero a mí me encanta. Es un talentoso imitador y absolutamente irreverente. Tiene una decena de distintos personajes viviendo en su cabeza y puede adoptar la personalidad de cualquiera de ellos sin aviso previo. Tiene algo del doctor Bombay. Pero no lo subestimes. El doctor Sam me dio clases de combinamétrica cuando llegué. Es un joven muy brillante. Y apuesto a que estará sentado en la primera fila cuando presentemos nuestro artículo sobre mecánica de resonancia.

Horton no respondió nada a eso, y resultó ser la última vez que alguno de ellos dijo una palabra sobre trabajo delante de un plato de comida. En lugar de eso, Brohier interrogó a Horton sobre sus viajes, y Horton se sorprendió al ver que tenía anécdotas entretenidas para contar sobre sí mismo.

—¿Has mantenido contacto con Lee y Gordie? —preguntó Brohier hacia los postres.

—Tanto como con usted —admitió Horton—. ¿Cómo están?

—Por lo que puedo saber, el Anexo parece estar equilibrado. Parecería como si cada uno compensara las deficiencias que tiene el otro como administrador.

—No es eso lo que preguntaba...

—¡Oh! —dijo Brohier—. Te refieres a eso. De acuerdo con el último informe, se iban acercando a un paso tan rápido que en comparación los glaciares parecen veloces.

—¿En serio? ¿Tanto progreso? ¿De quién era ese informe?

—De Lee.

—Ah, la versión pesimista. Si tuviéramos la de Gordie, podríamos sacar el promedio, y sabríamos realmente lo que pasa.

Brohier lanzó un bufido.

—Entonces supongo que no has mantenido contacto con la gente de Washington, tampoco.

—No. Me alejé, y no me buscaron mucho. Ni siquiera recibí una tarjeta de Navidad del Presidente.

—No creo que Breland las envíe —dijo Brohier con una sonrisa.

—Por suerte. Debería haberme llevado un recuerdo cuando fui a la Casa Blanca.

—Ya te tendrán de vuelta —dijo Brohier—. No van a alejarse de esto. Tienes amigos ahí.

—¿Ahí y dónde más?

—Dejaste de mirar las noticias demasiado pronto —dijo Brohier con un gruñido.

—¿Le parece? Breland va a perder por mucho esta vez.

—Probablemente —dijo el viejo profesor. Dejó su servilleta arrugada sobre el plato vacío—. Pero eso es política, Jeffrey. A ti no se te juzga por los mismos criterios. Y no deberías asumir una culpa que no es tuya.

—La gente sigue haciéndose cosas horribles ahí afuera, Karl.

—Lo sé.

—Algunas de ellas son imposibles de ver gracias a lo que les dimos —dijo Horton—. Ese hombre en Denver, el que usó el Gatillo del juzgado como el detonador de su bomba suicida.

—Fue su elección, Jeffrey.

—¿Y las otras dos mujeres que mató? —dijo Horton moviendo la cabeza—. Yo solía mirar las noticias, y pensar: «Un Gatillo podría haber salvado a esa gente». Ahora a veces, cuando escucho, me encuentro pensando: «Un arma podría haber salvado a esa gente».

—Ah. ¿Te refieres a St. Paul? —El nombre evocaba un titular de horror de un mes atrás. Una banda de un barrio había entrado a alborotar con cadenas y palos de metal a un pequeño paseo de compras protegido por el Gatillo, y había matado a un muchacho de diecisiete años y herido de gravedad a una docena de clientes. La ironía era que el Escudo de Vida había sido instalado en respuesta a una guerra de territorio en ese paseo de compras, una guerra que había visto una media docena de tiroteos en

ese lugar o cerca de ahí.

—Y Birmingham Heights, y Louisville, y el sur de Boston. —Cada nombre traía el eco de un crimen brutal y trágico.

—Éste es un período de transición, Jeffrey. Habrá errores. En todos los lugares donde el arma era una respuesta fácil, la gente tiene que hacer algunos ajustes, tiene que enfrentar algunos problemas subyacentes. Las armas eran pequeñas vendas, y algunas heridas requieren más atención que eso. Puedes decir fácilmente que un ninja podría haber salvado a esa gente, y sería tan cierto como lo que tú dijiste.

—No lo sé —dijo Horton—. Sólo me parece que el agua se embarra todo el tiempo. La gente está reconsiderando si quería esto o no.

Brohier negó enfáticamente.

—No, no, tú lo estás reconsiderando. Mira, la producción ha aumentado diez veces en menos de un año, y aún hay una lista de espera de seis meses. ¿Sabes cuál es el mayor problema que tiene el comité en este momento? Los carteles falsos del Escudo de Vida. Han surgido por todas partes, tan deseosa está la gente de tener los beneficios del Gatillo.

—Pero si lo usan con tanta irresponsabilidad como antes usaban armas...

—Algunos lo harán. Tienes que aceptarlo. Mis microtarjetas de memoria de estado sólido sirvieron para entrar ilegalmente filmes documentales en China, y para enviar una biblioteca de un millón de volúmenes a Marte. También han sido usadas para pasar pornografía infantil de mano en mano, para robar secretos de empresa a IBM y para ocultar contabilidad ilegal, y éstos son unos pocos ejemplos que conozco.

—Así que se trata de quien la usa, no de la herramienta.

—Exactamente.

—Recuérdeme por qué este punto de vista no nos pareció convincente cuando las herramientas en cuestión eran armas y explosivos.

—Porque algunas armas son demasiado peligrosas para entregárselas a chimpancés o a niños —dijo Brohier—. Porque una herramienta diseñada para matar cuando es bien usada es una amenaza para todos, y fabricar más de ellas no cambiará la situación. Que cada hogar que tiene un arma es una posibilidad tan aterradora como que cada país tenga una batería de misiles CBN. O debería serlo para cualquier persona sensata. —Miró a Horton frunciendo el ceño—. Esta melancolía que tienes es un efecto secundario del no hacer nada, Jeffrey. Y conozco la cura para eso: volver al trabajo. Hablemos de dónde vas a dormir esta noche.

—Cape May.

—¿No vas a buscar tus cosas?

—Me voy, Karl. Éste es su trabajo, no el mío.

—Hay más que suficiente para ambos. Para diez personas —dijo Brohier—. Y no tiene que hacerse aquí. Podrías trabajar en Columbus, o en el Anexo. Quizá yo mismo

tenga que ir allí pronto para supervisar el comienzo de las pruebas.

Horton negó con la cabeza, y se echó hacia atrás.

—Ofrézcaselo a otro. Yo cedí mi derecho al volver de Washington, ¿recuerda?

—Y yo lo he mantenido sobre mi escritorio, esperando que tú te repusieras de tu pánico y lo reclamaras. ¿Qué diablos pasa contigo, Jeffrey? —explotó Brohier, mientras se levantaba con dificultad y se ponía el abrigo.

—No quiero tener esta conversación, Karl —dijo Horton—. Y es hora de que me vaya.

Horton se dio vuelta, y se dirigió hacia la salida con pasos largos. Fue un gran esfuerzo para Brohier poder alcanzarlo.

—Jeffrey, Jeffrey, detente —dijo Brohier, y tomó al joven ya cuando llegaban a las puertas dobles que llevaban de vuelta al Fuld Hall—. Ya has perdido el último tren, así que bien puedes quedarte un poco para esperar este otro tren que te sigue. Y, francamente, creo que me debes un poco más de consideración.

Horton vio a Bennington-Hastings que miraba con curiosidad la escena desde el otro extremo del breve pasillo.

—Muy bien. Pero afuera —dijo, indicando con su cabeza hacia la puerta.

Se quedaron en los escalones de afuera. Las puertas y el frío protegían su privacidad.

—Sólo estoy tratando de entender, Jeffrey —dijo Brohier—. La mayoría de la gente en nuestro campo pasa toda su carrera sin una oportunidad como la que tenemos nosotros. Y muchos son mucho más listos que cualquiera de nosotros dos, aunque sin tanta suerte. Estamos frente a una revolución científica, no sólo frente a una revolución social. No entiendo cómo puedes irte.

Horton negaba con la cabeza.

—Simplemente no estoy listo para volver todavía.

—Ya veo —dijo Brohier—. ¿No hay nada más?

—No.

—Ya veo. Bien, estoy más tranquilo. Temía que tuvieras alguna tonta idea de que no merecías participar de esto. Estaba preocupado de que sintieras que no merecías ni el mérito ni la culpa que ya has recibido, que sintieras que lo máximo que podías reclamar era haber llegado primero a la escena del accidente del descubrimiento.

«Porque si resulta que tienes alguno de esos miedos, tendría que decirte que es una tontería. Que todos los que terminamos bajo los focos sentimos el síndrome del impostor cada tanto. Los únicos que no lo sienten son los incompetentes egoístas como Tettlebaum, cuya imagen de sí mismo depende del título, la oficina y las cámaras, y de aparecer en las noticias».

Horton frotó con el pie una capa de hielo en el segundo escalón.

—Quizás hubiera necesitado escuchar eso, en el caso de que hubiera estado

pensando en eso.

—Probablemente no me hubiera detenido ahí —dijo Brohier—. Me hubiera gustado recordarte que gente como nosotros no eligió este camino por la fama. Fue porque queríamos saber cosas que nadie podía decirnos. Así que la cura para el síndrome del impostor no es abandonar el trabajo. Es concentrarse en él hasta que te olvides de que hay un público, y hasta que no sepas ni te importe qué dicen de ti.

Horton suspiró hacia arriba, y se elevó una columna delgada de humo en el aire.

—A veces es difícil ser indiferente.

—¿Qué son ellos para ti, Jeffrey? —dijo Brohier encogiéndose de hombros—. ¿Qué saben acerca de ti?

—Algunos saben mucho —dijo Horton, con un escalofrío—. Vamos, tengo frío, caminemos.

Empezaron a caminar en silencio, sabiendo ambos que Horton no había terminado.

—La mañana siguiente a que el Presidente y yo dimos la conferencia de prensa en el Rose Garden, mi padre me llamó —dijo Horton finalmente—. Ahora, tiene que entender que mi padre jamás llama a ninguno de sus hijos, y si por casualidad responde el teléfono cuando llamo, probablemente lo primero que diga sea: «Hola, Jeffrey. Te doy con tu madre...» No es de él ponerse a hablar, o regañar, o inmiscuirse. No es que no le importe, es sólo que...

—No pide nada que no quiera dar —sugirió Brohier.

—Supongo que es eso —dijo Horton—. Tendría que decir que él cree que hay límites. —Habían llegado a la entrada lateral al Fuld Hall, y Horton se detuvo—. Entonces me llama esa mañana, y, como es él, va directo al asunto. Me dijo: «Hay algo que quiero saber, hijo. En todos esos sábados que la familia pasaba en el campo de tiro, con cientos de personas caminando con armas, ¿conociste a alguien que te parecía atemorizante, o peligroso?». Y tuve que decirle que no. Ésos son buenos recuerdos, algunos de los mejores que tengo.

Brohier lo miraba con aire intrigado.

—¿Él pensaba que habías estado trabajando en el Gatillo por elección? ¿Qué era una cruzada personal, y que él quizá tenía que ver en el hecho de que tú hubieras participado?

Horton asintió, con los labios apretados.

—Entonces dijo: «Ojalá hubieras recordado eso ayer, y le hubieras dicho algo al Presidente. Bueno, gracias, hijo. Tu madre te manda cariños».

»Y ése fue el fin. Pero me pasé todo el resto del día pensando en lo que no me dijo, y también muchos días después.

—¿Porque él no estaba de acuerdo?

—No, mucho peor que eso —dijo Horton—. Que se sintió herido, confundido y

desilusionado, como si por hacer lo que hice hubiera atacado a la familia, y la hubiera expuesto a la crítica de los amigos. No pudo decir nada de eso, por supuesto, porque me quiere.

—Y porque hay límites.

Horton asintió lentamente.

—Estoy seguro de que volveré a trabajar, Karl. Sólo pienso que tendrá que ser en otra cosa. —Esbozó una sonrisa, pero apenas pudo hacer un gesto melancólico—. Supongo que siempre, no importa la edad que tenga, un niño siempre quiere saber que sus padres están orgullosos de él.

—Entiendo —dijo Brohier—. Y un padre puede ser el público más difícil de agradar. Da la casualidad que yo también tuve un padre. —Brohier vaciló, y luego agregó—: No volveré a pedírtelo. Pero si cambias de idea, no seas tan orgulloso de no decírmelo.

—Pienso que puedo prometérselo, doctor Brohier.

—Bien. —Brohier dio un paso hacia la cálida y tentadora luz del vestíbulo principal, luego se detuvo y se dio vuelta—. Jeffrey, si puedo abusar, y hablarte como tutor más que como amigo...

—Por supuesto.

—Tienes que saber que puedes estar orgulloso de ti. No abandones sólo para ganar la aprobación de alguien más. Aprendí la sabiduría de eso de observar a mi padre. —Luego Brohier movió la cabeza y lanzó una risa sin alegría—. La pena es que él nunca lo aprendió. ¿Quieres quedarte esta noche conmigo, entonces?

—Pensé en tomar un expreso al aeropuerto tarde. O alquilar un auto y conducir hasta Cape May. Creo que eso me gustaría, en realidad.

Brohier asintió.

—Fue bueno verte, Jeffrey. Que tengas un buen viaje a casa, dondequiera que esté.

Jeffrey terminó pasando la noche en un motel cerca del campus, y tomó el primer tren de la mañana. Pero aun así, cuando finalmente llegó a su departamento, se dio cuenta súbitamente de que, fuera lo que fuera para él, no era muy parecido a su hogar.

Al día siguiente se despidió de ese lugar, y siguió viaje.

## 20: El progreso de la razón

«La guerra contiene tanta locura y perversidad, que hay mucho que esperar del progreso de la razón; y si hay algo que se puede esperar, todo debe intentarse».

*James Madison*

El cambio había sido veloz, súbito y final. El día después de que Toni Franklin había sido incorporada al proyecto Gatillo, el Consejo de Seguridad Nacional había asumido formalmente su administración en lugar del comité de Sombrero de Bronce.

No hubo papeleo, ya que Sombrero de Bronce nunca había tenido jerarquía oficial. Y dado que tres de los cuatro asientos en cada organismo eran ocupados por los mismos individuos (el presidente Breland; Carrero, secretario de Estado; y Stepak, secretario de Defensa) el significado del cambio no fue inmediatamente evidente. En la superficie, en realidad, las ramificaciones parecían no tener consecuencias.

Las reuniones se desplazaron a un salón de reuniones diferente en otra ala del edificio. Como no había necesidad de contar con el tiempo del Presidente, las reuniones podían realizarse con mayor frecuencia, y así fue como se reunían dos veces por semana en lugar de una. También podían ser más largas, y lo eran. Frecuentemente, insumían una mañana o una tarde enteras.

Pero los temas eran los mismos, y los dolores de cabeza eran los mismos. El Consejo de Seguridad Nacional todavía tenía que hacer malabares con el peligro que significaba la resistencia pasiva del Pentágono y la resistencia activa del Congreso. Todavía tenía que luchar con una situación de seguridad que se desarrollaba muy rápidamente, y que cambiaba día a día, tanto dentro como fuera de las fronteras del país. Y, tal como antes, toda la dedicación que se pudiera dar no alcanzaba para poner fin a las sorpresas.

Con todo, el cambio trajo algunos beneficios, si uno miraba atentamente.

El más fácil de ver era el reemplazo de Richard Nolby por Toni Franklin. Eso forzó al asesor a quedarse fuera del ámbito principal del Gatillo, y de esa manera resolvió un problema molesto para Breland. Éste se había sentido cada vez más incómodo con la ambivalencia de Nolby acerca del Gatillo. El ex ayudante del presidente de la Cámara de Representantes era el único verdadero conocedor de Washington en el grupo de colaboradores de Breland, quien hallaba desagradable su obsesión de calcular la ventaja política de cada escenario. Es decir, hacer lo contrario de lo que Breland consideraba el espíritu del emprendimiento.

Ahora Nolby había sido marginado, y de una manera que no le dejaba lugar para

quejarse ante Breland, pues la vicepresidenta era miembro del Consejo de Seguridad Nacional por estatuto, y los temas que concernían al Gatillo claramente colocaban a éste bajo la supervisión del Consejo. Franklin cerraba filas en el Capitolio y rompía obstáculos en las reuniones, y eso contribuía a dulcificar el trato.

El cambio que desplazó a Nolby también empujó a Grover Wilman muy lejos de la toma de decisiones. Los protocolos formales de seguridad alrededor del Consejo de Seguridad Nacional hacían imposible a Breland incluir informalmente a Wilman, o aun informarle en detalle después. Eso era del agrado del general Madison y de los jefes del Comando Conjunto, quienes consideraban a Wilman como un iconoclasta en el mejor de los casos, y un traidor en las filas en el peor.

Pero por lejos la consecuencia más significativa del cambio fue que convirtió a los sustanciales recursos del Consejo y a su personal profesional disponible para Breland. Ya no dependía de la buena voluntad de los jefes del Comando Conjunto para tener las opiniones y el conocimiento militar, ni de su propia habilidad para hacer las preguntas correctas. Los analistas del Consejo eran buenos para pensar las preguntas por sí mismos, aun las preguntas que ponen el pie sobre los zapatos brillantes y lustrados. Aún más, cuando era necesario, el Consejo tenía el conocimiento, las conexiones y la autoridad para buscar respuestas dentro del Pentágono.

Un ejemplo de una pregunta que a Breland nunca se le hubiera ocurrido era: ¿quiénes eran las personas cuyas aspiraciones profesionales se veían amenazadas por el Gatillo, y cómo era ese mapa entre los generales y almirantes? El trabajo del analista John Miller señaló que los «comandos de combate» más afectados por la nueva tecnología eran tradicionalmente la vía rápida para ascender en la cadena de comando. Sus casos, descarnadamente descriptos, eran un bochorno para dos generales, que ponían el territorio y el status por encima de la disposición y la seguridad.

No obstante, mejor información no significaba necesariamente buenas noticias. Y el trabajo firmado por el analista superior Wendell Schrock y titulado «La próxima guerra» no fue precisamente bienvenido.

A instancia de Harris Drake, el ayudante del Presidente en seguridad nacional, Schrock y tres ayudantes habían investigado la respuesta de las cuatro fuerzas ante la perspectiva de enfrentar a un enemigo armado con el Gatillo. El día anterior a presentar el informe en una reunión del Consejo dio a Breland un informe preliminar en la Oficina Oval que hizo sentir al Presidente que estaba escuchando la historia completa, y contada directamente, por primera vez.

—Buscamos tres diferentes escalas de participación: conflictos globales de superpoderes, conflictos de teatro y conflictos de escaramuza. Consideramos cada uno a la luz de dos escenarios diferentes: uno en el cual los Estados Unidos retienen



su monopolio actual a largo plazo con el Gatillo Mark II, y uno en el cual no. Eso nos dio un total de seis diferentes modelos de conflicto.

»En cada uno de esos modelos, atendimos a nuestra disponibilidad para enfrentar a adversarios equipados con el Gatillo en los cuatro sectores del cubo de combate: tierra, aire, mar y espacio.

»Nuestra conclusión general, señor Presidente, es que en todos los modelos de conflicto, excepto uno, no estamos a más de seis meses de poder restablecer un nivel de dominación en el campo de batalla comparable al que teníamos antes de que apareciera el Gatillo. En seis meses, tendremos la habilidad de abrumar las defensas basadas en el Gatillo y podremos usar nuestro armamento convencional para aplicar cualquier grado de letalidad destructiva apropiada a nuestros objetivos.

—Y la excepción es...

—La excepción es un conflicto global de superpoderes con una China que tenga la tecnología del Mark II. En ese modelo, tenemos de doce a dieciséis meses de restaurar una ventaja decisiva.

—Permítame asegurarme de que entendí bien. ¿Está diciendo que estamos como máximo a seis meses de poder neutralizar el Gatillo como factor de disuasión?

—Sí, señor.

Breland oyó eso como «Mi sucesor podrá empezar una guerra impunemente».

—¿Cómo logramos esto tan rápidamente?

—Si usted mira la segunda sección... —Esperó mientras Breland pasaba las hojas—. Hay en realidad solamente dos cuestiones tácticas que el Gatillo presenta. Una es la detonación previa de proyectiles explosivos, principalmente torpedos, misiles crucero, misiles aire-aire y cápsulas de artillería. Para enfrentar eso estamos construyendo misiles con ojivas de mayor alcance y diferentes modelos de fragmentación. El objetivo es asegurarnos de que podemos acertar dentro del radio efectivo del Mark I. Esto hasta ahora ha resultado muy factible.

—Una gran explosión. ¿Eso es todo? —dijo Breland con expresión seria.

—Es el tipo de desafío que adoran los diseñadores de armas feroces, señor. Poner más en menos. Y tenemos gente excelente en el NAWC y en el Laboratorio de Combate de Marina. En algunas aplicaciones, estamos reemplazando explosivos convencionales con algunos de los exóticos que no contienen nitratos, y podemos esperar más de eso con el tiempo. En otros casos, estamos sacando completamente las ojivas de nuestros misiles, y las reemplazamos con masa inerte. Después de todo, lanzar una roca desde la tobera de un Su-27 funciona tan bien como arrojar una bomba.

—Supongo que si un ave en el motor puede bajar un avión...

—Exactamente. Ahora, el otro tema es la precisión y la letalidad de las armas de energía cinética. No es una cuestión de rango, porque todas las armas de combate

excepto las armas portátiles tienen el rango suficiente desde afuera del radio efectivo del Mark I. El problema es estrictamente el de dar en el blanco. El rango efectivo de algunas de nuestras armas es menor que el radio del Gatillo, y nuestra experiencia en combate es que la mayor parte de los blancos ocurren inclusive a distancias menores.

—¿Y cómo están abordando eso?

—De diferentes maneras. Cambiamos la mezcla de armas en una unidad de infantería, así hay más armas pesadas como el SAW, y más rifles de francotiradores. Y, por supuesto, hay que cambiar la táctica al mismo tiempo. Al llevar las rondas explosivas fuera de la carga para armas automáticas y cañones aéreos. Hasta cierto punto, complementar las armas de fuego convencionales con armas de ballesta y armas eléctricas. Cambiar las cargas de nuestras municiones para lograr expansión no explosiva, fragmentación y bordes cortantes desde los proyectiles.

—¿Eso es todo lo que se necesita? Esos cambios suenan... casi triviales.

—Son reacomodamientos —dijo Schrock—. El verdadero cambio está a nivel del teatro tácito. Aparte del rango limitado, la real vulnerabilidad de los Gatillos es su susceptibilidad al pulso electromagnético. Un efecto lateral de una explosión nuclear.

Breland, sorprendido, parpadeó.

—¿Qué?

—Los tres servicios se están preparando para llevar ojivas nucleares tácticas de nueva generación al campo nuevamente. La Fuerza Aérea tiene dos versiones en desarrollo: una para combate aéreo, y una para apoyo en el campo, que usa una plataforma de misiles crucero. La Armada busca ambas versiones, una contra submarinos y otra contra barcos. Quizá quieran también algo para combate aéreo. El ejército trabaja en cápsulas con cubiertas nucleares, tanto para la plataforma de 120 milímetros, como para la de 150 milímetros, ambas con asistencia de misiles, de modo que puedan alcanzar la altura y la distancia de alejamiento que se necesita, aun con una pequeña arma nuclear.

Entonces Schrock leyó tardíamente la desaprobación en el rostro de Breland.

—Por supuesto, todos estos proyectos necesitarán su aprobación tanto para las pruebas como para el despliegue. Tendrá que cancelar la directiva 99-15.

—¿Y no tenemos algún tipo de obligación por tratados? —preguntó el Presidente con malhumor.

—En realidad, no, señor. El Congreso nunca ratificó el tratado salt IV. Hemos observado sus condiciones voluntariamente. Podemos llevar ojivas nucleares tácticas de nuevo al campo cuando lo queramos... Cuando el Presidente lo quiera —se apresuró a corregir.

—¿Y qué pasa si vemos que nuestras fuerzas están demasiado cerca de las fuerzas contrarias como para disparar un proyectil de artillería nuclear sobre la cabeza?

—Señor, uno de los cambios necesarios en la doctrina de combate es impedir que

esa situación se desarrolle. La nueva doctrina exigirá mantener las unidades convencionales fuera del frente hasta que el área haya sido despacificada.

Breland reaccionó contra el horrible neologismo con un estremecimiento involuntario, y pensó: «Hacer el mundo más seguro para la guerra».

—¿Qué pasa si el enemigo no quiere cooperar con nuestra nueva doctrina, y se rehúsa a mantener una distancia prudencial?

—La nueva doctrina exige compromiso excluyente.

—¿Excluyente? Eso significaría por anticipado, ¿no? Y con armas nucleares. «La próxima guerra», verdaderamente. Y una linda guerrita va a ser —dijo, y arrojó el informe hacia la mesa, donde giró antes de detenerse.

—Señor, quisiera recordarle que éste es un informe con lo que encontramos, no lo que recomendamos.

Breland levantó una mano.

—Sí. Sí, y me agrada tenerlo. Ha hecho un buen trabajo aquí. Sólo detesto lo que significa, lo que dice. —Miró hacia el mapa de la pared, y, lanzando un suspiro, se pasó los dedos por el cabello—. Señor Schrock, cuando tenga el escritorio despejado, intente descubrir por qué estamos trabajando con más empeño en hacer que esto desaparezca, en lugar de usarlo. Dígame por qué no podemos abandonar el poder de matar.

—Señor...

—¿Sí?

—¿Eso fue puramente retórico?

Breland se reclinó en su asiento.

—No. Continúe.

—He pasado mucho tiempo del otro lado, incluyendo diez años en uniforme antes de ser civil. Es completamente cierto que algunos de esos muchachos, y unas pocas entre las chicas, también, están enamorados del poder. Grandes máquinas, veloces, el rayo, el poder de destruir. Es divertido. Usted puede hacer un fetiche de la maquinaria de la guerra, y no ver nunca la sangre. No tiene que estar de uniforme para hacerlo, tampoco. Demostraciones en el aire, fuegos artificiales, películas de acción.

—¿Pero?

Schrock empujó el ejemplar del trabajo del Presidente con un ligero toque de un dedo hacia el centro de la mesa.

—Pero pienso que esas clases de personas son la excepción, y que están muy controladas por los otros.

—¿Y quiénes son los otros?

—Los que se dan cuenta de que nadie quiere una pelea, pero alguien tiene que saber cómo. Eso es lo que pasa aquí, señor Presidente. Los soldados profesionales intentan saber cómo hacer. Lo hacen porque es su trabajo. Y lo hacen bien porque

tienen que pelear y morir cuando hombres como usted deciden cuándo y por qué. Por lo menos, funciona así. No quise ofenderlo.

—No lo hizo. ¿Qué quiere decir?

—Creo que sí —dijo Schrock, y se quedó en silencio un instante—. Quizá nuestras guerras tecnológicas modernas son demasiado limpias y prolijas. Uno nunca se mancha con la sangre del hombre que acaba de matar. Quizá nuestra última horrible guerra personal está demasiado lejos en la memoria para recordárnoslo. Pero todavía pienso que ellos abandonarían con gusto ese poder el día que usted los convenza de que no lo necesitamos más. El día que se lo pueda abandonar sin poner en riesgo todo lo que ellos aman.

—Supongo que ésa es la cuestión, ¿verdad? Lo que ellos más aman.

—Discúlpeme si esto suena como tonterías de reclutamiento, pero pienso que la mayoría de ellos aman las mismas cosas que nosotros. Pienso que ellos aman sus vidas, sus familias, su libertad mucho más que las armas, las bombas y la matanza. Si usted puede darles una alternativa, señor Presidente, si usted puede darles una manera de proteger una cosa sin la otra, la adoptarán. Sé que lo harán.

—¿Y el Gatillo no es eso?

Schrock hizo un gesto de negativa.

—No. Si tiene algún valor, yo siento mucha simpatía por su punto de vista. Lamento decir que no pienso que el Gatillo es suficiente para llevarnos hasta allí.

Breland se levantó, dando a entender que la reunión había terminado.

—Si está en lo cierto, señor Schrock, eso sólo significa que tenemos que trabajar con más empeño. Gracias por sus esfuerzos en este informe, y por su franqueza. Usted me ha abierto los ojos a ciertos temas que he dejado de lado. Quiero que siga tratando de hacerlo.

—Haré lo mejor que pueda, señor Presidente —dijo Schrock. Se puso de pie y se tocó la solapa del saco, llamando la atención de Breland hacia el prendedor de plata que llevaba. El prendedor tenía la forma de una P, y la cola de la letra era una flecha—. ¿Conoce esta figura?

—Me temo que no. ¿Es la insignia de su unidad?

—Es más como el prendedor de mi fraternidad. Es una creación de Theodore Sturgeon, un escritor olvidado del siglo pasado —dijo Schrock—. Significa: «Haga la siguiente pregunta». Lo uso para recordarme lo que debo hacer.

—Si no le molesta que le pregunte, ¿cuál es esa fraternidad?

—No me molesta. Pertenezco a la Alianza para un Futuro Humanista, los Futuristas. —Cuando vio que Breland no parecía reconocer nada, Schrock agregó enseguida—: No es una organización proscrita. Tenemos una agenda social y tecnológica, no política.

—¿Cuál es, exactamente?

Schrock sonrió.

—En realidad, usted tomó la declaración de nuestra misión en su discurso del año pasado, «podemos hacerlo mejor». Esa frase me hizo buscar con el zoom para ver si usted estaba usando uno de éstos.

—Bueno, como puede ver...

—No es importante —dijo Schrock haciendo un gesto como para alejar la objeción—. Sea o no miembro, lo consideramos parte de la alianza. Y cuando usted vea uno de éstos (puede sorprenderse si encuentra uno), sabrá que tiene un amigo ahí.

Fue un final curioso para una conversación perturbadora. Breland no sabía qué pensar de Schrock ni de sus insinuaciones, así que las dejó de lado hasta que pudiera averiguar algo sobre los autodenominados «Futuristas».

Pero sabía que la información que Schrock le había traído significaba problemas. Era lo suficientemente difícil escuchar que el camino elegido no lo llevaría a la cumbre, especialmente porque él mismo había empezado a sospechar. Era mucho más inquietante descubrir que, lejos de llevar el mundo hacia el desarme, el Gatillo podría estar empujándolo de nuevo no sólo hacia la proliferación sino también al uso de armas atómicas.

Este tipo de descuido era intolerable, completamente inaceptable. La pregunta cuya respuesta Breland ignoraba era qué podía hacer él, si es que podía hacer algo.

El Presidente no era el único en el Distrito de Columbia en albergar una aprensión creciente sobre la dirección de los acontecimientos. En las oficinas de Razón sobre la Locura en Georgetown, el senador Grover Wilman se preocupaba por informes de un ámbito completamente diferente.

Meses antes Wilman había abandonado efectivamente las obligaciones de la oficina del Senado, poniendo a sus colaboradores en piloto automático a la manera de los Stennis y Thurmond. Ante la insistencia de su asesor, Wilman iba dos veces por semana al Capitolio en lugar de ir al edificio de tres pisos y piedra marrón a dos cuadras de la universidad. Pero era simplemente por las apariencias. Detrás de su puerta cerrada, hablaba en teleconferencia con la gente de Razón sobre la Locura en Kuala Lumpur, Praga o Nairobi.

Sus posibilidades en las elecciones habían caído por debajo del treinta por ciento, y habrían caído aún más si no hubiera sido por las nuevas reglas de voto a distancia. Wilman no podía cambiar para tomarse el tiempo para cruzar la avenida Constitution y aparecer en la Cámara del Senado. En la oficina externa, donde se encontraba el verificador de votos sobre un pequeño escritorio, estaba la mayor concesión que estaba dispuesto a hacer sólo para cuidar las apariencias. La campaña del Gatillo era lo único que le importaba, y la situación no podía esperar.

Así que dejó que sus colaboradores del Congreso respondieran el correo y manejaran los problemas, y que alejaran a los que llamaban y a los visitantes que se

consideraban lo suficientemente importantes como para sentirse con derecho a pedir algo del tiempo del senador. Era el trabajo del personal de la fundación lo que se llevaba su atención, y que era su fuente de preocupación.

A instancias de Wilman, Razón sobre la Locura había emprendido la tarea de facilitar la transición al nuevo paradigma. En un lapso de sólo cuatro meses había triplicado su presupuesto, utilizando sus fondos para financiar proyectos en todos los puntos donde la aplicación inteligente de dinero podía ser significativa. Sus esfuerzos iban mucho más allá de los anuncios acerca de la conducta y de mover influencias. Intentaban proveer la mayor cantidad de respuestas posibles a un problema creado por el Gatillo: cómo la gente no violenta y que respeta la ley podía protegerse de los abusadores.

El dinero de Razón sobre la Locura pagaba cursos gratuitos de artes marciales en dieciséis áreas metropolitanas donde ocurrían el sesenta por ciento de todos los homicidios con armas y ataques armados. El programa había sido desarrollado bajo el auspicio de la fundación, y consistía en seis técnicas para poner fuera de combate a atacantes solos y dos para enfrentar a varios atacantes. Graduados de entre nueve y setenta y tres años ya se habían podido defender con éxito, y la prensa había acuñado la frase «ninjas ciudadanos» para describir el fenómeno.

La rama de comercio sin fines de lucro de la fundación había expandido sus operaciones a partir de una editorial en Internet y una tienda (La Biblioteca de la Paz). Razón sobre la Locura estaba comprando la producción completa de bastones de asalto, amortiguadores para impactos y aerosoles de cinco compañías diferentes de defensa personal (todas, excepto una, propiedad de Aron Goldstein).

Vendían esas armas no mortales al costo, no sólo en la red, sino a través de quioscos StreetSmart en cientos de paseos. Los bajos precios y el carácter de casi monopolio alimentaban la producción, aunque casi uno de cada cuatro postulantes que pasaban el examen de registro criminal era rechazado después de una entrevista con un psicólogo.

En el ámbito del entretenimiento, la fundación había instituido los premios anuales Pax, que consistían en cien mil dólares en premios en efectivo en ocho medios diferentes para escritores cuyo trabajo ejemplificara mejor las ideas de que para lograr el entretenimiento no era necesario hacer explotar cuerpos, y que para la tensión dramática no hacía falta desenfundar armas de fuego. Participando de manera más activa, Razón sobre la Locura había comprado una pequeña compañía productora de multimedia, la había bautizado PaxWorks, y tenía la esperanza de convertirla en una gran productora para medios interactivos y de representación.

No obstante, de manera inquietante, empezaban a aparecer grietas en la base de este ambicioso edificio, una tras otra.

La primera llegó a la atención de Wilman en un informe dedicado a los patrones

de delito. Llamó al autor (un veterano que había estado catorce años en el FBI que trabajaba como voluntario en la oficina de Georgetown) para interrogarlo en detalle.

—A medida que leo lo que me envió, después de la baja inicial, no se ve un decrecimiento en las categorías de crimen analizadas. Vemos números constantes o en aumento y un cambio en la población de víctimas.

—Así es.

—¿Qué ocurre al nivel de la calle? Lléveme más allá de los números.

El analista se encogió de hombros.

—Contrariamente a lo que se piensa, la mayoría de los delincuentes no son idiotas. Si hay cincuenta sucursales de Banco en una ciudad, y las veinte mayores están protegidas por Gatillos, el resto de ellas van a recibir una atención adicional. Y como el promedio de ganancia es menor...

—Hay delincuentes que trabajan tres días por semana en lugar de dos —dijo Wilman, con una expresión seria—. Esto es lo que lleva a la proliferación de los signos falsos del Escudo de Vida. La gente que aún no está protegida quiere tener ese signo para decir «Vaya a robar a otro lado».

El analista del FBI asintió.

—En la misma línea, si la asociación de comerciantes protege el paseo de la avenida oeste con un Escudo de Vida, los pistoleros van a empezar a merodear por el paseo Northland. Y cuando la Tribu de los Animales de la Estrella en la Barriga se da cuenta de que la banda El Gato en el Sombrero reclama Northland como territorio propio, hay una guerra de territorios que probablemente no hubiera ocurrido antes.

—Así que en la medida en que la gente quiera reubicar sus armas en lugar de abandonarlas, el Gatillo agrava la situación al restringir artificialmente la cantidad de territorio e incrementar la demanda.

El analista volvió a asentir.

—El efecto es que se concentran las armas que quedan en un área más pequeña que nunca, y las cosas empeoran en lugar de mejorar para aquéllos que habitan esa área.

—Guetos de violencia.

—Por decirlo así.

—¿Y éste es un fenómeno estrictamente de transición? ¿Qué espera que ocurra, digamos, dentro de tres años, cuando Northland y la mayoría de esos pequeños Bancos estén protegidos por el Escudo de Vida también?

—Los lobos siempre buscan a los inválidos y los rezagados. No hay ninguna proyección que yo haya visto que nos lleve a tener protegidas ciudades enteras. Yo esperarí la situación actual pero más acentuada, es decir, dos sociedades, dos culturas, los que tienen y los que no.

Otra grieta apareció en un estudio longitudinal del impacto económico del

Gatillo, que incluía un catálogo comprensivo de productos relacionados con el Gatillo. Un día, al revisar la lista actualizada, Wilman halló un ítem marcado como nuevo que era lo suficientemente inquietante como para que él lo verificara personalmente.

En un negocio digital basado en un servidor en las Islas Caimán, Wilman encontró una base de datos llamada Pasaje de Seguridad, que era ofrecida a la venta por una organización llamada La Resistencia. La base de datos era un catálogo de instalaciones del Escudo de Vida en América del Norte, ofrecida como un accesorio para navegadores de sistema de posicionamiento global y otros direccionadores de viaje. Si la base de datos era precisa, cualquiera que tuviera una copia podría contrabandear explosivos o municiones con seguridad casi entre dos puntos cualesquiera del mapa.

Wilman hizo que alguien consiguiera una copia de Pasaje de Seguridad, y luego lo entregó al Consejo de Seguridad Nacional para que lo analizara. Resultó ser una copia de la base de datos supuestamente secreta utilizada por el transporte de Escudo de Vida para hacer entregas, con veinticuatro días de desactualización, pero ciento por ciento correcta y completa. La filtración fue obstruida diez días después con el arresto de un conductor del transporte de Escudo de Vida y gerente de depósito en Idaho, pero Wilman no se quedó tranquilo. Ni el negocio digital ni la Resistencia podían ser tocados, y había la suficiente cantidad de dinero detrás de ese tipo de información como para que otros pudieran ser comprados.

—Entonces, vamos a vender a un precio menor, y hagamos desaparecer el incentivo de la ganancia —dijo el coordinador estratégico superior de Wilman—. Si ofrecemos abiertamente una lista que esté completa en un noventa y cinco por ciento por diez dólares, ¿cuánta gente cruzará la línea para pagar mil dólares por ese último cinco por ciento?

—No es la información lo que importa —dijo Wilman—. No hay ni siquiera cien instalaciones de Gatillo sin indicación. El tema del riesgo hace imposible tener instalaciones ocultas en lugares públicos, por lo menos aquí. Lo haríamos si pudiéramos, pero no podemos. No, es el discurso de venta, la razón para poner los datos juntos de esta manera, lo que importa. La gente está empezando a encontrar caminos laterales. Y, maldición, es poco lo que podemos hacer acerca de eso.

La siguiente fisura apareció en una teleconferencia urgente convocada por el coordinador de campo de los estados atlánticos inmediatamente después de bombas mortales en Baltimore y en Manhattan.

—La gente se ha dado cuenta del hecho de que puede usar el Gatillo como mecha de una bomba —dijo el coordinador a Wilman—. Y que simplifica enormemente la manufactura y colocación de una bomba.

—Nada de esas complicaciones con cronómetros o controles remotos.



—Nada de tecnología, en absoluto. Hacer una bomba es una cuestión de tener acceso a un explosivo, y luego esconderlo en el baúl del auto de otro, o en el compartimiento de equipajes de un ómnibus, de un tren, o en un paquete que irá por correo, es decir, en algo que otro tendrá que transportar. Y este enfoque tiene el impacto psicológico de la paranoia de la gente acerca de los lugares protegidos por el Escudo de Vida. En ese momento, la gente se pregunta si están entrando con un paquete de muerte, una de esas «bombas de aquéllos que hacen autostop».

Pero lo más alarmante para Wilman, porque le decía mucho de las actitudes de la mayor parte de la gente, era una grieta que descubrió por sus propios medios.

Durante casi dos décadas, el Algonquin Saloon había mantenido una existencia intrascendente en una calle lateral a tres cuadras del campus de la Universidad de Georgetown. Era una cruce entre un grupo de noticias de Internet, un anticuado *talk show* y un aún más anticuado pub inglés, y satisfacía dos vicios en peligro de extinción: la cafeína, y la conversación viva, cara a cara.

Era la creación de un solo hombre, Martin Groesbeck, un ex periodista enérgico y locuaz que había preferido retirarse «en lugar de pasarse al enemigo» cuando el *Washington Post* fue adquirido por DisneyNet. Groesbeck tenía oído para los temas de interés, un rostro confiable y una destreza para hacer sentir cómodos a quienes visitaban las siete mesas circulares del Algonquin, y que ocasionalmente podían sentirse intimidados. A través de la combinación de una visión idiosincrásica y una absoluta obcecación, Groesbeck había podido crear una comunidad constante y peculiar que él llamaba con orgullo «un circo intelectual de siete cuadriláteros».

Ponía a los desconocidos juntos al azar en las mesas de nueve asientos, y se sentaba para llenar los espacios vacíos o para revolver el avispero cuando la mesa era aburrida. Escribía y publicaba un diario llamado *Las verdaderas noticias lentas* que abordaba temas sociales y políticos, y cuyas copias llegaban a aparecer lejos de Georgetown. Se desplazaba de mesa en mesa al principio de la noche, repartiendo cartas color rojo furioso del *abogado del diablo* (cada una con una frase controvertida escrita con la letra distintiva de Groesbeck) en las mesas como propuestas para iniciar la conversación.

Groesbeck complacía a los parroquianos regulares y ofendía a los recién llegados con su política de «flores e insultos», según la cual rompía las cuentas de los clientes cuya participación mantenía la discusión, y duplicaba la cuenta de los clientes que eran conspicuos espectadores o brutos aburridos.

Los sábados por la noche estaban reservados para presentadores invitados, un evento que Groesbeck promocionaba como «Las noches de la mesa redonda». Aplicando sus propios parámetros idiosincrásicos, ofrecía a «gente interesante» de todos los ámbitos de la vida (no necesariamente políticos) la oportunidad de probar sus ideas frente a un auditorio de pensadores críticos que no otorgaban puntaje por las

credenciales. Considerando que sólo ofrecía un regalo como pago, un sorprendente número de los invitados aceptaron participar, y produjeron algunos de los momentos más memorables del Algonquin.

Pero como negocio, el Algonquin era un gran fracaso, pese a que estaba lleno la mayor parte de los días de semana y todos los sábados. El recambio era demasiado lento y el monto promedio por mesa era demasiado bajo como para lograr algo más que la supervivencia del negocio.

A Wilman el Algonquin le parecía demasiado valioso como para arriesgarse a verlo reemplazado por un negocio de cerámicas o un gran emporio de perforación. De todos los lugares que frecuentaba en Washington y los alrededores, era el único donde podía estar seguro de que quienes hablaban no cambiaban su opinión por ambición, o debido a la celebridad o posición de él. Ni siquiera dentro de las oficinas de la fundación podía confiar en eso. El Algonquin era su piedra de toque, su punto de referencia para la opinión pública, el tipo de opiniones bien fundamentadas y sostenidas con pasión, críticas del poder.

Por eso Wilman había encontrado maneras, indirectas y anónimas, de dirigir dinero hacia los bolsillos de Groesbeck para así mantener abiertas las puertas del Algonquin, mediante becas, regalos privados, el contrato para un libro, una consultoría breve. Si llegaba a ser necesario, Wilman estaba preparado para hacer más: instituir un fondo que podría comprar la propiedad y contratar a Groesbeck como administrador.

Pero por el momento, podía caminar por el local como un parroquiano y no como un salvador, y juntar opiniones mientras bebía una clásica Pepsi. O, cuando tenía tiempo, podía llegar más temprano, sentarse ante el mostrador al fondo y exprimir a Martin Groesbeck como a una esponja.

—¿Qué escuchaste de nuevo, Marty?

El hombre se alejó de las canillas de cromo que estaba limpiando.

—Pide algo, y hablaremos. Veamos, tú tomas tu cafeína fría. Tengo un poco de Royal Crown Draft. Azúcar de Cuba, agua mineral norteamericana, concentrado de Canadá.

—¿En botella de vidrio?

—Con tapa de metal y todo.

—Saca una del hielo.

—Me gusta un cliente que no pregunta «¿Cuánto cuesta?» —dijo Groesbeck con una sonrisa, hundiendo una mano en la heladera—. Entonces, ¿cuál es la palabra clave hoy, Grover? ¿Breland?

—Podemos empezar por ahí. ¿Cómo se está vendiendo la «conspiración internacional»?

—No muy bien, pero bueno, esto no es Dakota del Sur. La gente aquí ha viajado a

otros países, y no me refiero a las cataratas del Niágara, o a Tijuana.

Wilman lanzó una risita.

—¿Y esta gente tan mundana e ilustrada qué dice?

—Ha habido una evolución interesante. A Breland realmente le ha ido mejor. Hace dos meses, nunca oí a nadie que lo defendiera. Tenía sus simpatizantes, es verdad, pero no defensores. Todavía buscaban una posición defendible.

—¿Y encontraron una, entonces? Pensaba que prevalecían las posturas de «él trajo el caos», y «es un enemigo de la libertad».

—Olvidaron vigilar el campo de arriba —dijo Groesbeck—. La posición defendible es de un idealismo perdonable. Siempre que Breland vuelve a su tema de «podemos hacerlo mejor», algunos de los de la postura «él trajo el caos» parecen darse cuenta de que Breland habla en serio, y que siempre había hablado en serio.

Wilman lo miraba, con una ceja levantada.

—¿Y qué inspira? ¿Respeto, pese a todo?

—Integridad. La agenda secreta que todos los cínicos querían imputarle a él, o a sus manipuladores, o a la Comisión Trilateral, no se ha materializado. La agenda de Breland está ahí, a la vista de todos, y así fue desde el principio. Más civilidad y menos matanza.

—Lo cual, al volver a considerarlo, empieza a no ser una idea tan mala.

—Hasta cierto punto. —Groesbeck se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en el mostrador—. Lo que escucho suena como la admiración reticente que reservamos para alguien que decide que hagamos cosas tan elevadas que no estamos seguros de que podamos cumplirlas.

Wilman asintió lentamente.

—Tenemos que fortalecer ese apoyo de alguna manera, como una defensa para que no se diga que seguimos una quimera.

Groesbeck golpeó el mostrador con la palma de la mano.

—Exactamente. En el caso de Breland, se lo acusa de esperar demasiado de nosotros. Ya ves, él tiene la desventaja de haber estado rodeado toda su vida por gente buena. La exposición temprana a la maldad amplía los horizontes de uno, o por lo menos eso se dice.

—Suena como la conclusión de alguien que vive en Newsworld, o en Movieworld —dijo Wilman—. El mundo real no es tan violento como cualquiera de esos lugares. La mayoría de la gente puede pasar todo el día sin ver un arma o poner las manos sobre una. Lo cual incluye a la mayoría de los propietarios de armas, si son honestos.

—No discutiré sobre eso —dijo Groesbeck—. Sé que mi padre tenía una escopeta, y mi madre tenía un revólver. Pero en veinte años de vivir en casa, nunca vi una ni la otra, y eso que era un niño revoltoso. Con todo, podría oponer un argumento

al tuyo, si quieres.

—¿Sin ir a Dakota del Sur?

—Así es. —Groesbeck apretó los labios—. Hace dos noches, había un tipo en la mesa cinco explayándose acerca de por qué el programa Escudo de Vida era un desastre. No era el cliente más elocuente de la casa, pero estaba muy molesto con esas violaciones en un condominio en Milwaukee.

—La semana después de que el condominio adoptó el Escudo de Vida —recordó Wilman—. Tres hombres que vivían ahí fueron arrestados.

—Ése es un caso. Recuerdo lo que dijo este tipo: «No cualquiera con un arma es un mal tipo. No cualquiera sin un arma es un buen tipo. Un mal tipo sin un arma todavía puede hacer mucho daño. Un buen tipo sin un arma no siempre puede impedir que ocurra».

—¿Y pudo convencer a la mesa con eso?

—Me pareció. —Hizo una pausa—. Grover, durante unos meses después del discurso de Breland, seguí escuchando variaciones sobre «Es una pena que no tuvieran un Gatillo...», en referencia a algún asesinato, a alguna tragedia que no debía haber ocurrido. Había una mujer en la mesa cinco que dijo algo que nunca había oído antes.

—«Es una pena que no tuvieran un arma».

—¿Estabas ahí, y no me di cuenta? Sí, eso es lo que dijo, con esa misma mezcla de bronca y lamento que yo solía escuchar de los otros.

—Yo no estaba ahí —dijo Wilman, y bebió el último sorbo de su bebida—. Sólo tuve que pensar en lo último que hubiera querido escuchar. La nostalgia por los buenos viejos tiempos, cuando los verdaderos norteamericanos guardaban pistolas en sus mesas de luz.

—No puedes pasar por alto el hecho de que si una de esas víctimas hubiera tenido un arma...

—Probablemente habría un muerto —terminó Wilman—. Quizás uno de los violadores. Quizás una de sus víctimas.

—Y quizás esos tres hombres se hubieran quedado simplemente en su condominio, bebiendo su piedad de sí mismos —dijo Groesbeck—. No puedes negar que algunas armas hicieron muchísimo bien a alguna gente, y el Gatillo también está quitando esas armas. Ya sé, a ti te gusta el equilibrio. Pero, claro, ninguna de esas mujeres era tu hija.

—No —dijo Wilman—. Así como ninguno de esos hombres era mi hijo. No quiero que violen a mis hijas, Marty, pero tampoco quiero que maten a mis hijos. ¿Por qué tendría que elegir entre esas dos opciones? —Se levantó de su banco y señaló la botella vacía—. ¿Cuánto es?

Groesbeck respondió con un gruñido.

—Sólo dame tu tarjeta de crédito. Pero, por más que necesite el dinero, en el futuro deberías preguntar el precio antes de comprometerte.

—Cuando el precio me importa, lo hago —dijo Wilman, entregando su tarjeta—. Pero no todas las decisiones deben ser hechas con una calculadora. En realidad, dudo de que cualquiera de las decisiones importantes deban hacerse así.

En teoría Karl Brohier disponía de ocho maneras diferentes de comunicarse con Jeffrey Horton.

El comunicador normal que los Laboratorios Terabyte entregaba a sus empleados era una *Celestial Personal Office 3000*, que, no casualmente, tenía memoria de estado sólido de Terabyte y se producía en una fábrica propiedad de Aron Goldstein. El *CPO-3000* aceptaba voz, vídeo plano, radiollamada y señales de radiollamada prioritarias en tiempo real, y podía guardar correo de voz, vídeo de tres dimensiones, fax e hipermedia que se podía reproducir en una estación base. Y con una posibilidad de búsqueda global de tres bandas, Celestial afirmaba que sus clientes poseían «conectividad universal, de polo a polo y de la montaña al mar».

Pero el *Celestial* no podía hacer nada con un cliente que silenciaba el llamador, desconectaba el radiollamado y dejaba que su casilla de correo se llenara con publicidad de sexo y recetas para hacerse rico. No había recurso tecnológico útil para un hombre que simplemente no quería ser ubicado.

Brohier había acosado a Horton durante más de una semana con mensajes urgentes, rogándole que volviera a Princeton. A medida que no recibía respuesta, más preocupado e impaciente se ponía el director. Hacia el final de la semana, se vio llevado a violar su propia regla de seguridad para el trabajo no publicado. Confiando en la encriptación de kilobytes de Celestial, Brohier envió a Horton las ecuaciones fundamentales que quería discutir con él, esperando que ello lo tentaría al menos a trabajar a distancia.

El mensaje adjunto decía:

»He llevado esto lo más lejos que he podido, Jeffrey. Necesito verificar las transformaciones Ruyens, y también un poco de ayuda con la combinamétrica beta. Entonces será el momento de doblar el metal, como dicen los ingenieros.

»Pensábamos que habíamos visto toda la ópera. Cuando mires estos archivos te darás cuenta de lo ingenuos que fuimos. Todo lo que ha ocurrido hasta ahora no es más que la obertura. Espero que me ayudes a escribir el final. Pero si eliges no hacerlo, entiende que tendré que recurrir a otro. No puedo soportar la idea de dejar sin terminar este trabajo. Tal como están las cosas, apenas puedo evitar hacer el tonto alrededor de cada físico que veo».

Pero para gran desilusión de Brohier, tampoco ese llamado tuvo respuesta, ni siquiera un lamento y buenos deseos. Dejó que pasaran cuarenta y ocho horas, luego lo pensó y extendió su plazo un día más, pero sin resultados.

Aun entonces era difícil para el director llegar a darle la espalda a Horton, y dio un largo y lento paseo por los bosques del instituto para pensarlo bien.

Era imposible para él estar enojado. Y más que con cualquiera de los otros jóvenes talentos que Brohier había reclutado al fundar Terabyte, sus sentimientos hacia Horton habían adquirido algo del sabor de la relación entre un padre exitoso y un hijo promisorio. Lo entendiera así o no, Horton era el heredero evidente, el hijo que Brohier esperaba que finalmente asumiera el «negocio familiar».

Y tal como para un padre, era difícil para Brohier saber que Horton estaba luchando, y más difícil darse cuenta de que no había nada que Brohier pudiera hacer para ayudarlo. De alguna manera, Brohier sentía que le había fallado a Horton, que no lo había preparado para el peso que había caído sobre su conciencia.

Sin embargo, ¿quién podría haber anticipado adónde los llevaría? ¿Con cuánta frecuencia un físico teórico necesita usar su conciencia?

Después de todo, no era la ciencia lo que había transformado el mundo, sino el matrimonio de la tecnología y el capitalismo. Los ignorantes podían culpar a la ciencia por las desgracias y los males de la era moderna, pero se trataba de un caso de error de identidad. Ningún investigador científico había contaminado una mesa de agua con bifenilo policlorado, ni había realizado un aborto en el tercer trimestre, ni había negado protección de seguro sobre la base de un monitoreo genético, ni había convertido a la Internet en un medio encubierto de inmiscuirse en la vida privada de la gente.

Los verdaderos científicos eran invisibles fuera de su propio círculo de pares. Aun los ganadores de los Premios Nobel quedaban apenas registrados en la conciencia popular, como Brohier sabía bien. Un trofeo Heisman o un Osear valían mucho más, no había un mercado para figuritas de Héroes de la Ciencia. El status todavía se medía en unidades arcanas: artículos publicados, citas, nombramientos, becas.

No, aparte del empresario ocasional, como Sagan o Pauling, estaba a merced de la mano poderosa de los políticos elevar a un científico a la jerarquía de una marca conocida, y otorgar peso moral a sus investigaciones. Einstein dio a Roosevelt el mapa de ruta para una bomba atómica. Eisenhower inyectó la vacuna de Salk en los brazos de veinte millones de niños. Von Braun y sus alemanes le construyeron a Kennedy un cohete a la Luna.

Y Jeffrey Horton entregó a Mark Breland el Gatillo.

Aunque él mismo había participado en eso, Brohier tenía la conciencia limpia. Albergaba un desprecio de toda la vida por aquéllos que recurrían a la violencia para resolver sus problemas, y especialmente por aquéllos que se valían de la violencia para aplastar decisiones tomadas por medios racionales o democráticos. Como muchos de su profesión, él vivía y creía en la meritocracia, en el triunfo de las ideas superiores y en el liderazgo de hombres superiores.

Los enemigos de la civilización eran el terrorista, el bandido, el asesino, el bravucón, el anarquista, precisamente por la manera en que los hombres mezquinos sin ningún mérito podían derribar a los buenos y los grandes sólo con tirar de un gatillo o apretar un botón. Era una perversión del orden social natural, un tipo de igualitarismo rabioso que no toleraba el éxito del otro.

A los ojos de Brohier, la violencia no era simplemente el último refugio del incompetente. También era la venganza perversa del perdedor irritado.

La quintaesencia de la civilización era el concepto del buen espíritu deportivo, y sus principios eran fácilmente comprendidos: bondad en la victoria, resignación ante la derrota. Podían verse en la manera en que los presidentes salientes entregaban el poder, la manera en que los perdedores del Osear aplaudían a los ganadores, la manera en que los vencedores mostraban piedad a los vencidos. Hasta podían ser vistos en los duelos de caballeros que terminaban en muertes, porque ese combate tenía reglas que eran válidas para ambos contendientes.

Pero la violencia terrorista (el disparo desde la oscuridad, la bomba en el correo, la amenaza de chantaje) era la antítesis de la civilización. Y, en la visión de Brohier, la violencia de clase era indistinguible del terrorismo. Por eso el director había sido indulgente con Lee y Gordie después del incidente de Cleveland. Brohier no tenía ninguna defensa para matones con armas que salían a aterrorizar a la buena gente que jugaba de acuerdo con las reglas.

Sin embargo, no tenía muchas ilusiones. La civilización era difícil, y el terrorismo era fácil. La tensión entre el orden y el caos estaba en todas partes y era eterna. Brohier sabía en su corazón que la lógica y la razón eran fácilmente ahogadas en el diálogo humano por las voces insistentes de la pasión y del egoísmo.

Con todo, creía firmemente en su propia teoría del progreso; creía que una minoría comprometida con la razón, con la excelencia, con los altos principios de la civilización, podía cambiar las cosas. La sociedad no era conducida desde la mitad, sino desde arriba, por las ideas de los pensadores, los descubrimientos de los exploradores, las creaciones de los inventores, las palabras de los filósofos, las maravillas de los constructores, los sacrificios de los pioneros.

Como le gustaba decir: los timones son generalmente mucho más pequeños que los barcos que conducen. La mecánica jugaba un papel importante.

La mecánica, y qué manos guiaban el timón.

Eso era lo que el Gatillo representaba para Brohier: mecánica. Mecánica que podía ser usada para llevar a la sociedad en la dirección correcta, hacia una existencia más sana y más civil. Y si no había suficiente mecánica, o si se necesitaban más manos para mantener firme el timón en mares embravecidos, entonces era tarea de él hacer lo que pudiera para ayudar.

Finalmente, eso fue lo que empujó la decisión, una obligación más profunda y

más fuerte que sus sentimientos por Horton. Sentado al sol en un banco en el límite del bosque, se dio cuenta de que había esperado a Horton todo lo que su conciencia se lo podía permitir. Era necesario avanzar sin él.

Al volver a su oficina, escribió una pequeña nota a Samuel Bennington-Hastings: «Cuando tengas unos minutos, quisiera hablar contigo sobre algo en lo que he estado trabajando».

A Brohier le pareció que apenas había levantado las manos del teclado cuando el joven matemático abrió la puerta y asomó su cabeza.

—¿Probando el transporte interdimensional de Ashby, doctor Sam? —preguntó Brohier levantando una ceja.

Bennington-Hastings mostró una brillante sonrisa.

—Por favor, disculpe mi indecoroso apuro, pero me preocupa que usted coma carne para la cena y entonces —dijo, tocándose el pecho y haciendo un sonido gutural como una explosión— lo encuentre boca abajo sobre el puré de papas.

Brohier lanzó una carcajada.

—Vamos, doctor Sam. Entra y vamos a mirar esto.

Cuando Samuel Bennington-Hastings hablaba de matemática se tornaba serio.

—Esto... Esto está mal —dijo, borrando el pizarrón con un paño—. La relación es asimétrica. Ve, acá está la expansión correcta, y este valor cae del lado correcto.

Brohier lo miró frunciendo el ceño.

—Entonces la función covalente es indeterminada.

—Por supuesto. Toda esta recapitulación es innecesaria. ¿De dónde sacó esto?

—Esa sección da la inercia morfológica que restaura la matriz inicial de resonancia.

Bennington-Hastings hizo un sonido de burla.

—La hipótesis de Sheldrake. Lo borraré.

—Espera, espera. Si pierdo esa función, entonces no hay nada para restaurar el *eigenstate* tiempo-cero. El material no volverá a su condición inicial.

—No hay nada en lo que me mostró que me indique que debería hacerlo.

—Pero ¿el nuevo *eigenstate* sería estable?

—Si la solución puesta para la matriz de resonancia es completa y significativa y si la estabilidad es un rasgo del conjunto de la solución.

Brohier, la mano derecha en la mejilla, se dio vuelta y caminó hacia su escritorio. Tomó su taza de café indio y bebió un sorbo mientras consideraba la amenaza y la oportunidad en la afirmación de Bennington-Hastings.

—Yo esperaba, contaba con una red de seguridad morfológica —dijo Brohier finalmente—. Para crear un cambio local que varíe solamente mientras continúe la alimentación, y luego para revertir el material bajo la influencia de sus parámetros universales de resonancia. Presión de los pares para conformarse, si quieres.



Bennington-Hastings volvió a mirar el pizarrón.

—Como dijo Descartes de Dios, no tengo necesidad de esa hipótesis.

—Podemos cambiar el envoltorio de información permanentemente.

—No veo aquí nada que lo impida.

—Entonces podríamos también destruir el envoltorio de información.

—No veo nada aquí que lo prohíba, tampoco.

Brohier apoyó su taza con una mano no muy firme y volvió al pizarrón. Recuperó el marcador de manos de Bennington-Hastings y señaló el rincón inferior derecho del pizarrón.

—Corríjame si me equivoco, pero esto es inconsistente con los parámetros de una reacción materia-antimateria —dijo. Escribió varios símbolos matemáticos en el espacio vacío, borrando la extensión morfológica con la manga—. ¿Ves? Los valores para partículas y antipartículas se cancelan, y su energía destinada se libera en aniquilación mutua. Quita la matriz de resonancia...

—Y tendremos evidencia experimental directa de las condiciones al principio del universo —dijo Bennington-Hastings—. Es una pena, nuestros funerales tendrán que ser a cajón cerrado.

—El Último Teorema de Brohier.

—Así es.

El tono ligero intentaba desmentir un descubrimiento muy serio: que una descarga de energía elemental de una materia despojada de su matriz empujara no sólo a la mayor explosión humana jamás realizada, sino también todos los cataclismos que la Tierra había presenciado desde el impacto de Yucatán.

—Quizás eche otro vistazo a la hipótesis de Sheldrake —ofreció Bennington-Hastings, rompiendo el silencio—. Usted no querrá tener resultados inesperados cuando saque esto del pizarrón y lo lleve al laboratorio.

—Voy a volver a ver cada parte de ella, desde el principio hasta el final —dijo Brohier sombríamente—. Mi tolerancia por la incertidumbre se volvió muy débil, de repente.

No compartió el resto de sus pensamientos, que lo habrían de perseguir en los días siguientes. «Ya estamos realizando este experimento. Hemos alterado la envoltura de información de la cultura humana, y hemos cambiado la conducta de su materia constituyente. ¿Ha habido resultados inesperados? ¿Hemos impedido muchas pequeñas calamidades, o hemos sentado las bases para un gran desastre que sacudirá todo?»

Al día siguiente de una prueba exitosa de los gemelos y de la partida de Jeffrey Horton, el Anexo había llegado a una cúspide. La primera pregunta que Leigh Thayer y Gordon Greene habían enfrentado después de hacerse cargo era si el laboratorio aún tenía una misión que cumplir, y en tal caso, si era una que requiriera las instalaciones

de Nevada.

—El problema es que este lugar es demasiado grande y demasiado pequeño al mismo tiempo —decía Greene a Goldstein y a Brohier en una videoconferencia—. Demasiada gente que pasa demasiado tiempo junta demasiado lejos de la civilización, y el espíritu de aventura finalmente se debilita, especialmente cuando no hay lugar donde ir para alejarse de los demás. En este punto, esta gente siente que ya ha cumplido su misión para el coronel. Es tiempo o de empacar y volver a casa, o de convertir el campamento en un asentamiento.

Thayer, desde una perspectiva diferente, había llegado a la misma conclusión.

—La situación de prueba y desarrollo es imposible. Mis laboratorios y el rango de las pruebas han quedado aislados de todo lo demás desde el principio. Con el Mark I actualizado y el Mark II, siempre estamos chocándonos con todo el campus, incluyendo las viviendas. En este punto, no sé si va a costar más mover las unidades de prueba o las residencias y las instalaciones de apoyo, pero de alguna manera tenemos que separarlas. Si no lo hacemos, no puedo ver para qué vale la pena mantener el Anexo abierto.

Fue Goldstein quien sintetizó sus presentaciones a lo esencial:

—Así que, o bien ponemos más dinero en el Anexo, o damos por perdido todo el dinero que invertimos ahí. Tenemos que decidir si convertimos el Anexo en una parte permanente de Terabyte.

—Exactamente —dijeron Greene y Thayer al unísono.

—Muy bien. Karl y yo necesitamos hablar. Les informaremos tan pronto como haya una decisión.

Dos días después, Brohier había dado una respuesta. Una sorprendente respuesta, dado que no tenía sentido desde el punto de vista económico. Goldstein iba a comprar una propiedad de dos mil trescientas treinta hectáreas adjunta al sitio del Anexo, e iba a abrir los fondos de la compañía para una transformación integral de las instalaciones.

—Hay dos condiciones —les había informado Brohier—. Una, que ambos acepten quedarse por lo menos hasta que se hayan implementado sus recomendaciones. Dos, que aseguren que tengamos por lo menos una unidad operacional de prueba disponible durante la transición.

Entonces había sido el turno de Greene y de Thayer de deliberar en privado.

—¿Qué piensas? —había preguntado Greene.

—Es un compromiso de por lo menos un año, ¿no?

—Yo diría dos, si damos tiempo a que se asiente el polvillo. ¿Puedes soportar la idea de otros dos años aquí?

—Soy ambivalente —dijo encogiéndose de hombros—. Me gusta el aire. Odio el calor. Amo el cielo por la noche, todas las estrellas. Extraño el color verde.

—¿Y qué piensas del trabajo? ¿Y de la compañía?

—Puedo ver algún potencial en ambos —había dicho ella, con apenas una insinuación de una sonrisa esperanzada—. ¿Qué te parece a ti? Tú eres el que no tiene compromisos. ¿No extrañas Columbus, todos esos bares de estudiantes llenos de lindas candidatas?

—Me gusta la decoración aquí, y los desafío. Pienso quedarme.

—Entonces supongo que yo también. —Luego había dicho, con una dulce sonrisa—: Después de todo, estarías en un gran problema tratando de manejar todo esto sin mí.

Casi siete meses habían pasado desde entonces, y la primera fase de la metamorfosis ya había terminado. Donovan King, el jefe de seguridad, tenía ahora responsabilidad sobre un perímetro no cercado de veinticinco kilómetros, protegido por cuatro mil sensores, cinco perseguidores de cuatro ruedas y un helicóptero silencioso color rojo cereza que llevaba una vaina de luces de un millón de bujías, bengalas y bombas de tintura. Donovan disfrutaba sus nuevos juguetes desenfadadamente, y se había informado (sin confirmar) que se había visto a varios oficiales fuera de servicio usando remeras negras con la leyenda traviesa que decía: «seguridad del área 5.1».

En la esquina sudoeste del sitio ampliado del Anexo, un nuevo pueblo había empezado a crecer sobre un cauce seco. Se enorgullecía de tener tres calles pavimentadas, veinte casas nuevas, un parque de dos mil metros cuadrados de césped y campo de juegos, una tienda general, un centro de educación física y sala de recreación con un miniteatro de primera clase, y el centro familiar, con un ala para una clínica de salud, y otra para instalaciones de clínica de día.

Pero el pueblo aún no tenía residentes, aunque muchos trabajadores ya habían embalado sus departamentos anticipándose a la mudanza. Pero estaban a merced del inspector de construcciones del condado de Eureka, un cargo de tiempo parcial que en ese momento era ocupado por el dueño del mayor comercio de insumos para la construcción en la zona central de Nevada. El inspector ya había cancelado dos entrevistas y no concurrió a la tercera.

Greene sospechaba que estaban siendo castigados por una ruptura de la etiqueta, en particular, por no haber untado la mano del inspector. Como los compradores corporativos y regateadores de Aron Goldstein habían firmado las órdenes de compra, muy poco de lo que había ido a la construcción del Anexo o del pueblo había sido adquirido localmente, y ninguno de Tillman Construcciones.

La sospecha se volvió más cierta cuando Greene recibió una llamada temprano por la mañana desde la caseta del guardabarrera.

—Doctor Greene, tenemos a un tal Robert Tillman aquí. Dice que vino por una inspección final de una serie de permisos, y que usted lo espera.

Greene miró el reloj con los ojos nublados.

—Que alguien lo lleve al pueblo, y quédese con él hasta que el señor Colquit o yo estemos ahí. Ofrézcale café, pero no lo deje entrar en los edificios sin nosotros. En realidad, déle mucho café. Quizá lo ayude a él a mejorar su opinión de nuestros caños. —Cerrando su comunicador ante la risa del guardia, Greene rodó sobre su lado derecho y tocó suavemente a una dormida Leigh Thayer—. ¿Lee?

Ella se estiró y se volvió hacia él.

—La respuesta es no —murmuró ella—. Inténtalo más tarde.

—Tillman sigue jugando con nosotros. Tengo que ir al pueblo ahora. Hazme cosquillas cuando te levantes. Si aún estamos ahí, quizá quieras venir con nosotros —dijo mientras salía de la cama—. Además, creo que no has estado por ahí desde antes de que estuviera el centro familiar y los paisajistas pusieran el césped para el campo de juegos.

Ella bostezó, se incorporó, dejando que la sábana cayera con una descuidada despreocupación. El demonio de Tasmania le sonrió a Greene desde el camisón de ella.

—No es que yo no tenga trabajo que hacer —dijo ella.

—Lo sé —dijo Greene mientras se ponía los pantalones—. Sólo pensé que si todos pudiéramos firmar al mismo tiempo, quizá podamos dar la luz verde a la gente que ha estado esperando para mudarse.

—¿Realmente piensas que Tillman nos dejará ocuparlo? Creo que nos llenará de letra pequeña. Pero iré de todos modos en un rato para dar apoyo moral. Péinate, querido, parece como si hubieras estado toda la noche de fiesta con una prostituta.

Cuando Thayer llegó dos horas después, su profecía se había cumplido. Tillman había abierto una pared terminada y había rasgado un suelo alfombrado antes de poner etiquetas rojas en las casas construidas en California, con tanta fuerza que las etiquetas parecían parte del decorado. Pero no se había demorado mucho en eso; ya estaba volviendo hacia la entrada cuando Lee encontró a un sombrío Gordon Greene sentado en los escalones del parque de una de las dos mayores casas prefabricadas.

—¿Mal?

Greene sacudió el manojito de carteles de fallas ante ella.

—Rechazó los papeles de certificación del fabricante porque no eran originales, es decir, no estaban firmados de puño y letra por el inspector, con sello grabado, una copia para cada unidad.

—Qué arrogante, ese hijo de...

—Cuanto más pequeña es la corona, más mezquino el rey. Pero esto no nos retendrá más que un par de días. Ya he contactado al fabricante. Nos enviarán los nuevos certificados tan pronto como los puedan reunir.

—No sabía que eras capaz de ser tan filosófico —dijo con una sonrisa burlona.

—Alguna gente no es digna del ácido de su estómago —dijo Greene. Señaló con el pulgar sobre su hombro hacia la puerta detrás de él—. ¿Tienes unos minutos? Todavía me gustaría mostrarte esto.

Ella lo miró extrañada.

—¿Por qué? ¿No es éste el edificio administrativo de suministros? —Luego ella levantó una ceja—. ¿O es ésta tu manera de intentarlo más tarde?

Greene lanzó una carcajada y se levantó.

—La respuesta a ambas preguntas es no. Vamos, te mostraré.

Era obvio a una primera mirada que el espacio adentro estaba dispuesto para una residencia más que para almacenamiento. Pero la estructura era la mitad de grande que la casa normal del pueblo.

—No entiendo. Estaba segura de que el plan del sitio indicaba que habría un edificio administrativo aquí.

—Yo sí —dijo Greene animadamente—. Pienso que la residencia del director puede ser considerada un edificio administrativo, ¿o no?

—La residencia del director —repitió ella, mientras se asomaba a un pasillo—. Oye, mira el tamaño de ese baño. Me convenciste: lo tomaré. ¿Y dónde vivirás tú?

—Bien, me temo que es la única residencia de director, y resulta que nosotros tenemos dos directores.

—No estuvo bien planeado.

—De acuerdo. Pero es demasiado tarde para hacer algo ahora. Entonces... —Se encogió de hombros—. Me temo que no tenemos otra alternativa más que compartir.

Ella se cruzó de brazos y se apoyó contra el marco de la puerta, con una expresión divertida.

—Gordie, ésta es la manera más dulce y más torpe que escuché en mi vida de pedirle a alguien que viva contigo.

Greene sostuvo su inocencia.

—Simplemente estoy tratando de llevar a cabo mis responsabilidades para la administración eficiente de las instalaciones. Aquí estamos, ocupando dos lugares, consumiendo el doble de luces, utilizando el doble de rollos de papel higiénico...

Lee lo miró frunciendo el ceño.

—Supongo que si realmente nos mudamos juntos, finalmente tendremos las suficientes almohadas para la cama.

—Y podríamos devolver la mitad de los cubiertos que nos hemos robado de la cafetería. Más ahorro para Terabyte. ¿Qué dices, Lee?

Ella le devolvió la sonrisa, tierna y pensativa a la vez.

—¿Cómo resistirme a un ejecutivo?

Greene le devolvió la sonrisa. Pero antes de que pudieran decir algo más, los comunicadores de ambos empezaron a sonar con la señal de radiollamada.

—Estaba pensando en acercarme y darte un beso —dijo él—, pero supongo que un ejecutivo debería responder.

Thayer ya buscaba en su bolsillo.

—Es Karl —dijo, mirando el indicador.

Tocaron sus botones de respuesta a la vez, y en un instante estaban conectados.

—¿Gordie? ¿Lee? Habla el doctor Brohier. —La voz del científico sonaba ansiosa y vibrante—. Sea lo que fuere lo que están haciendo ahora, déjenlo. Sea lo que fuere lo que planean hacer, olvídenlo. Necesito que me construyan algo.

## 21: Por siempre nuestro destino

«No podemos aceptar la doctrina de que la guerra tiene que ser para siempre una parte del destino del hombre».

*Franklin Delano Roosevelt*

Aron Goldstein era uno de los últimos dinosaurios, y lo sabía. Había observado cómo el presidente de empresa que viajaba por el mundo siempre ocupado había dado lugar gradualmente al ejecutivo de su casa, que trabajaba en su casa, que aparecía en *Fortune* y *Forbes* y en *Business Week* elogiando las bondades de la interconectividad multimediática como la herramienta esencial de gerencia. Había visto cómo las filas de los jets de empresa adelgazaban, mientras los accionistas y los comités directivos cuestionaban cada vez más la necesidad de enviar protoplasma de aquí para allá a expensas de la compañía. Cuando *El ejecutivo austero* de McNamara llegó al primer lugar en las listas de best-sellers, las acciones de las aerolíneas bajaron un catorce por ciento en tres días, y los viajes de negocios cayeron un veinte por ciento hacia fin de ese año.

Pero Goldstein seguía siendo un guerrero de la calle, y pasaba un promedio de treinta y cinco semanas por año lejos de su propiedad de Maryland. Eso incluía visitas de una semana a cada una de sus compañías, asistencia a muestras internacionales de comercio en Norteamérica, Europa y el borde del Pacífico, y un descanso anual de dos semanas en su catamarán de vela fija *First Love*, que mantenía en St. Thomas, en las Islas Vírgenes.

Lo hacía porque podía, como único dueño de Aurum Industries, la compañía de valores que supervisaba todas sus propiedades, no tenía que responder a nadie excepto a sí mismo. También lo hacía porque creía que era necesario, pues no confiaría ni siquiera la más pequeña de sus empresas a un gerente que no hubiera podido medir en persona. Goldstein tampoco evaluaría una operación sólo por los números. En consecuencia, sus visitas no anunciadas se habían convertido con el tiempo en lo que Goldstein describía como «agradablemente motivacionales», especialmente porque frecuentemente eran seguidas por promociones súbitas y despidos sumarios.

Pero eso era Aron Goldstein en esencia: exigente y resuelto. Había hecho su fortuna y su reputación sobre la base de dos principios simples y un don personal. El primer principio era «moverse rápidamente, ya fuere persiguiendo una oportunidad o perseguido por una calamidad». El segundo principio era «nadie perdió nunca un cliente por darle demasiado valor».

El don de Goldstein era una habilidad misteriosa para conectar eventos

aparentemente no relacionados y, al hacerlo, percibir los primeros signos de un futuro problema. Una destreza para oír la señal en el ruido de la estática, las notas disonantes en la orquesta. Se decía en broma que no había necesidad de detectores de humo cuando él estaba cerca, que el primer signo de advertencia sería Goldstein junto al punto del incendio con un extinguidor, esperando que se iniciara el fuego.

El mito exageraba el don. Con todo, Goldstein había llegado a confiar en ese sentimiento de certeza premonitoria. Pero no necesitó ningún talento especial para darse cuenta de que cuando un equipo de reconocimiento del Servicio Secreto apareció en su propiedad para organizar una visita inesperada y confidencial del Presidente, la iniciativa de desarme estaba en problemas.

La visita de Breland fue ocultada como una parada no anunciada en un vuelo de fin de semana de rutina a Camp David. Los propulsores gigantes del Osprey del cuerpo de Infantes de Marina se posaron suavemente sobre el predio húmedo unos minutos antes del mediodía del viernes. El Presidente salió solo de la compuerta de atrás sobre el rotor basculante para encontrarse con Goldstein y el destacamento del Servicio Secreto en tierra. Parecía a la vez cansado y tenso, y contestó bruscamente a los agentes cuando intentaron seguirlo dentro de la casa.

—Éste es un encuentro privado —dijo, deteniéndose de repente y bloqueando la entrada.

—Señor Presidente, tenemos que estar muy cerca para poder responder con la rapidez suficiente para protegerlo —protestó el agente.

—Si el Ejército Internacional de Dios me espera en la bodega, habremos aprendido algo acerca de mi habilidad para juzgar el carácter de la gente. Entretanto, ustedes se quedan afuera —dijo Breland, y cerró la puerta en la cara del agente. Mientras se daba vuelta hacia un Goldstein atónito, susurró—: Malditas arañas. Desde aquella vez cuando Starr los hizo espiar a Clinton...

—Su discreción no puede darse por sentada. Lo sé. ¿Vamos? —sugirió Goldstein, señalando hacia una de las salidas del amplio vestíbulo.

—Me pregunto si hay un salón sin ventanas exteriores donde podamos hablar.

Goldstein asintió y dijo:

—Si no le molesta la ironía, hay una cámara en el piso de más abajo que el dueño original construyó como polígono de tiro. Mi hija mayor lo usaba para practicar arco, y yo guardo mis trenes ahí ahora. Las instalaciones son algo espartanas.

—Suenan ideal. Vamos.

Los trenes de Goldstein eran un pequeño mundo en miniatura, un gran paisaje en forma de U alrededor de una pequeña plataforma de observación elevada con tres asientos giratorios. En el momento en que él y Breland entraron, un controlador computarizado hizo revivir un diorama. Se encendieron las luces de los edificios, más de una docena de trenes de carga y de pasajeros empezaron a moverse por cientos de



metros de vías, los trolebuses atravesaban las calles y había agua real que corría bajo los canales de los ríos. Una pintura mate que cubría hasta la mitad de la pared extendía el paisaje hasta un horizonte distante con colinas.

—Vaya, esto parece Filadelfia central al norte, digamos, hacia 1950, ¿no? —dijo Breland con una sorpresa complacida. Se acercó y se asomó al plano—. Seguro, ahí está la estación de la calle 30 y el zoológico. Entonces, esto es el río Schuylkill. ¿Tengo razón?

—Ciudad correcta, época incorrecta. Yo voy bien con 1935, antes de la guerra, así podía poner el motor a vapor en la ciudad. —Señaló el rincón izquierdo del diorama—. Yo crecí a ocho cuadras de la estación Reading y de la Muralla China. Siempre que oigo el silbido de un tren, me recuerda mi habitación de niño.

Con un aire súbitamente nostálgico, Breland se instaló en una de las sillas.

—Lo envidio. Tener tiempo para esto... para algo maravilloso, frívolo y personal. Goldstein lanzó una carcajada.

—No se engañe. Se busca más el dinero que el tiempo, y en ese punto, el tiempo está desparramado en tres décadas, una noche por mes, un fin de semana por año.

—Ah. Con todo, pienso que yo solía tener hobbies. Uno con seguridad, por lo menos. —Breland sonrió con expresión lánguida—. Pero no falta mucho para que tenga mucho tiempo para tratar de acordarme de qué era.

—Ahora, señor Presidente...

—Por favor, dígame Mark —rogó Breland—. Cada vez estoy más ansioso de escuchar mi propio nombre.

—Mark —repitió Goldstein—. Como iba a decir, es demasiado pronto para renunciar.

—Tengo un porcentaje de aprobación del cuarenta por ciento, Aron.

—Un apasionado e inmovible cuarenta por ciento, es decir, la clase de gente que puede decidir una elección cuando la mitad de la población se queda en su casa.

Breland rio con amargura.

—No creo que nadie vaya a votar en la próxima elección. Sea cual fuere el porcentaje moderno de votantes, estoy seguro de que cambiará.

—Y si eso ocurre, todas las apuestas quedan canceladas. Los encuestadores no tienen idea de cómo predecir la conducta de un grupo que nunca ha votado antes.

—Suficiente, suficiente, por favor —dijo Breland, levantando la mano y negando con la cabeza—. No hay nada más triste que un joven cínico: un viejo idealista.

—Con respeto, señor, yo diría lo contrario. Pero tenemos poco tiempo, y dudo de que haya venido aquí a intercambiar aforismos conmigo.

—No —dijo Breland. Se reclinó en su asiento, con los hombros caídos—. No, vine aquí a pedirle ayuda.

—Todo lo que yo pueda hacer...

—No sé si hay algo que usted pueda hacer. Pero estoy desesperado, Aron. Todo está girando fuera de control. No tengo autoridad sobre el Pentágono, no tengo credibilidad en el Congreso. Ambos han decidido que soy el más incapaz de los incapaces y que pueden dejarme de lado fácilmente. El Comando Conjunto está preparándose para el rearme con armas atómicas tácticas y explosivos de base azida. La Cámara de Representantes está buscando una manera de prohibir los Escudos de Vida privados por ser peligrosos. La Asociación Nacional del Rifle inició un juicio para deshacerse de los Escudos de Vida instalados por el Estado por violar la Cuarta Enmienda (inspección y confiscación sin motivo). Y no tengo ningún poder sobre ninguno de ellos.

—Eso no es todo. Hay todavía otro frente en esta guerra —dijo Goldstein—. Hay más de sesenta juicios de responsabilidad civil en curso contra Aurum Industries, Laboratorios Terabyte, Jeffrey Horton y cualquiera que haya participado en la construcción de los Gatillos que están por ahí ahora.

—¡Sesenta!

—Es sólo el comienzo, me temo. Creo que hay un esfuerzo coordinado para deshacerse del Gatillo convirtiendo la fabricación o instalación en algo prohibitivamente caro. Y ha trabajado como un chantaje aun antes de que el primer caso haya llegado a la corte. Así es como ya sabemos de más de cien instalaciones privadas que han sido cerradas o desarmadas voluntariamente.

—Porque los dueños están más preocupados por ser demandados que por la muerte de alguien.

—Eso es, en resumen.

Breland lanzó un suspiro a través de un puño cerrado.

—Sabes, Aron, nunca le he tenido ninguna fe al análisis freudiano, pero en esta instancia estoy sumamente tentado. Es el fetiche masculino de las armas, y la manera completamente irracional en que algunos hombres reaccionan ante la posibilidad de tener que dejarlas.

—Sé a dónde va esto. Como si estuvieran siendo castrados, como si los dejaran impotentes.

—Suena absurdo, y sin embargo... —Breland movía la cabeza con desazón.

—Supongo que es demasiado tarde para agregar el Seguro Nacional de Salud Mental al seguro de salud.

Eso provocó una risa nerviosa en Breland.

—La otra explicación que me han dado es aún más deprimente: estamos luchando contra un egoísmo primordial biológico, un impulso innato a adquirir poder y defender la familia. Un antropólogo británico me envió un largo trabajo con sus análisis: la resistencia viene de hombres que me ven como una amenaza, más que como el macho de mayor jerarquía en la tribu. Se niegan a ubicarse bajo mi

protección, y se aferran a lo que creen que necesitan para protegerse.

—Eso suena como la preparación de una revolución.

—¿Y no es eso, en verdad? Quizá lo único que nos ha salvado de eso es lo débil que yo parezco, lo débil que soy. Me ven como alguien mortalmente herido. Piensan que ya han ganado. Y ahora, estoy pasando un momento difícil intentando defenderme. Por eso estoy aquí, buscando alguna fuerza. Buscando una manera de demostrarles que están equivocados.

—No estoy seguro de entender.

—Con su cooperación, yo entregué todos los registros teóricos y técnicos sobre el Gatillo a cinco centros de investigación del gobierno, cuatro militares, uno bajo el control del Departamento de Justicia. Sé ahora que no puedo recurrir a ninguno de ellos para pedir ayuda. Su manera de pensar es controlada por la gente que se siente amenazada por el Gatillo, y lo han tomado para aprender cómo impedir su uso, no cómo mejorarlo. Nada que yo pueda hacer cambiará eso. Es como contratar lobos para esquilar ovejas.

—Ahora entiendo. Quiere saber qué podemos hacer nosotros por usted.

—Yo lo diría con un poco más de desesperación. He venido a rogarle que me ayude de alguna manera. Necesito un Gatillo mejor, Aron. Un Gatillo mejor y más seguro. Necesito uno que funcione con todos los sabores exóticos de explosivos que estamos intentando desesperadamente traer al juego. Necesito uno que maneje explosivos como la versión actual del Gatillo maneja pólvora. Necesito uno que nos haga sentir lo suficientemente seguros de que los generales puedan vivir sin armas atómicas y el resto de nosotros pueda vivir sin un arsenal en el armario. Necesito más fuerza. Necesito una respuesta. Si no puedo hallarla, el desarme civil terminará en los libros de historia junto a la prohibición de vender bebidas alcohólicas como una idea noble de la cual no fuimos dignos.

El rostro de Goldstein se cubrió de líneas de preocupación.

—¿Ha hablado con el senador Wilman de esto?

—Grover me vino a ver a comienzos de semana. Tiene sus propias preocupaciones, y no tiene respuestas. Fue una conversación muy desalentadora.

—Pero los laboratorios extranjeros...

—Hasta ahora no han podido hacer más que mejorar el diseño original. Grover se refirió a un obstáculo teórico, una pieza que falta.

—Le aseguro, señor Presidente, no nos guardamos nada.

—Lo sé. Pero el Gatillo original fue su creación. Nadie sabe más de él que su gente.

—Quizá. Pero el doctor Horton se ha tomado su año sabático.

—Entonces es hora de que vuelva al trabajo —dijo Breland de manera cortante. Goldstein lo miró frunciendo el ceño.

—El hecho es que el doctor Horton no ha estado mucho en contacto.

—¿Usted no sabe dónde está?

—Eso es lo que sé.

Breland movió la cabeza, insatisfecho.

—Tal vez no sea justo que yo deje esto en su umbral, Aron, pero aquí está. Lo que ha hecho hasta ahora no es suficiente. Tiene que ir más allá. Tiene que darme más, y más vale pronto. Si no puede, fracasaremos, y sé que usted no quiere eso.

—Por supuesto que no. Por supuesto que no.

Breland se puso de pie y se alejó en dirección a la puerta, indicando así su intención de irse.

—En realidad, recuerdo muy claramente algo que usted dijo ese día en la Oficina Oval: que aun si nuestra especie está condenada a crear asesinos y señores de la guerra, lo menos que podemos hacer es poner obstáculos en su camino. Bien, aún no hemos llegado ahí. Ayúdeme. Empuje a su gente. Avergüéncelos, sobórnelos, amenácelos, inspírelos... lo que sea necesario para sacar lo mejor que nos puedan dar. Porque se está haciendo muy tarde, Aron, y no tendremos una segunda oportunidad en nuestra vida.

—No —dijo Goldstein lentamente—. Tiene toda la razón. Éste es un momento único. O hacemos funcionar esto o fracasamos y confirmamos el pesimismo que nos disculpa de pedir más de nosotros mismos. O una sociedad civil, o una sociedad cínica. —Se puso de pie y ofreció su mano a Breland—. Señor Presidente, honestamente no sé cuánto podemos hacer que no estemos haciendo ya, pero lo averiguaré, y me ocuparé de que se haga.

Goldstein vio salir al Presidente y esperó hasta que el rotor basculante se elevara antes de buscar su comunicador.

—¿Capitán Hill? Prepare el avión. Vamos a Princeton.

Dentro del Osprey, Mark Breland también buscaba un teléfono. En su caso, un teléfono conectado a un vínculo totalmente seguro de la Red Federal que tenía un reconocedor de voz.

—Habla el Presidente —dijo.

Con el ruido de fondo de los motores, se demoró unos segundos.

—Verificado.

—Director de inteligencia de defensa.

—Conectando.

Una nueva voz apareció en la línea.

—Sí, señor Presidente.

—Señor Hilger, comuníquese a su supervisor de personal del proyecto Gatillo con nosotros, por favor.

—Un momento, señor. —Durante la pausa, Breland detectó el sutil cambio en el

espacio aural que acompañó a la tercera conexión—. Monica Francés está aquí con nosotros.

—Bien —dijo Breland—. Tengo una pregunta para ambos. Aron Goldstein me dice que no sabe dónde está el doctor Jeffrey Horton. ¿Nosotros sabemos dónde está?

—No hay orden de protección para él, ni vigilancia de seguridad.

—¿Por qué no?

—Interrumpí la vigilancia un mes después de que el doctor Horton tomó su licencia. Tenía asignado un alto presupuesto de recursos humanos y no había indicadores de riesgo. Monica, ¿tiene algo para el Presidente?

—Mantenemos un libro de seguimiento del doctor Horton, por supuesto. Pero es intermitente. La última vez que lo ubicamos fue hace veintitrés días.

—Así que no sabemos dónde está, tampoco.

—No, señor.

—Entonces encuéntrelo. Y mientras busca, piense en una manera de seguirle el rastro una vez que lo haya encontrado.

—Señor, ¿tengo que entender que no se espera que el doctor Horton coopere con la búsqueda, o con el seguimiento?

—Correcto. Déle a esto prioridad máxima. Use todos los recursos que necesite, humanos o técnicos.

Hilger carraspeó.

—Sí, señor Presidente. Lo haremos.

No había otras naves en la modesta terminal comercial del aeropuerto de Princeton, y por lo tanto no había limusinas esperando en la parada de taxis. Antes que esperar a llamar un auto, Goldstein fue directamente a la única agencia de alquiler de coches y golpeó el mostrador hasta que un empleado sorprendido, evidentemente sorprendido en su siesta, emergió de la habitación de atrás. Goldstein aceptó un sedán familiar de un color crema claro, sin decir nada acerca de que su licencia de conducir tenía un permiso para el día solamente y que no había conducido por más de cinco años.

El único estacionamiento disponible en el predio para visitantes frente al Fuld Hall del instituto era para discapacitados. Antes de arriesgarse a que le llevaran el auto, Goldstein lo dejó en marcha al lado del cordón.

—Discúlpeme —dijo a la mujer en la oficina de recepción—. ¿Me puede decir dónde puedo hallar al doctor Brohier?

—Lo siento. El doctor Brohier no recibe visitas. Pero puede dejarle un mensaje aquí.

Goldstein echó un vistazo sobre su hombro a la terminal de vídeo.

—¿Qué significa eso? ¿Por qué no recibe visitas? ¿Tiene un cartelito de «no molestar»? ¿Está durmiendo? ¿No está en el campus? ¿O es otra cosa?

—Lo siento, no tengo otra información. Sugiero que deje un mensaje al doctor Brohier, para concertar algo...

—Señorita, si quisiera dejarle un mensaje, podría haberlo hecho. El doctor Brohier trabaja conmigo.

—En ese caso, probablemente tiene mejores maneras de contactarlo —dijo inteligentemente—. Lamento no poder ayudar. Usted debe entender que el instituto está profundamente comprometido en crear un excelente ambiente para...

—Sí, sí, sí —dijo Goldstein con impaciencia—. Ahora usted entiende...

—Discúlpeme, señor —interrumpió otra voz—. ¿Ese Élite estacionado afuera en la calle es suyo?

Goldstein se volvió y miró de frente al hombre alto vestido con un uniforme color tostado claro.

—Sí.

—Me temo que tendrá que moverlo, señor. Está obstruyendo el tráfico.

Goldstein se mordió los labios y no expresó sus primeros pensamientos.

—Muy bien —dijo con una calma fingida—. Lo moveré.

Cuando llegó al auto, se subió dando un portazo y se sentó quieto como una roca durante un instante, haciendo un agujero con su mirada sobre el tablero del auto. Quería que su visita fuera discreta y pasara inadvertida, entrando y saliendo de la ciudad tan invisiblemente como fuera posible, y especialmente sin confiar nada al éter, donde podría ser interceptado, grabado y descifrado por quienes pudieran tener un interés particular en los creadores del Gatillo.

Pero Karl estaba encerrado por una pared, no sólo por la etiqueta y el protocolo, sino por las propias precauciones de Terabyte. La dirección física de Brohier no aparecía en ningún lado en los registros de Terabyte. No había ninguna necesidad. El dinero se abría paso entre las cuentas, la información se abría paso por los indicadores e impresoras, y había muchísimas entregas de paquetes para el envío de mercancías.

Sólo había dos opciones: intentar hacer un agujero en la pared o esperar hasta que Brohier saliera por sí mismo. Lo cual, en lo que concernía a Goldstein, fue realmente una única elección.

Con el gemido de los motores y un chillido de gomas propio de un adolescente, lanzó el auto hacia adelante y luego dobló abruptamente a la derecha. Las ruedas delanteras saltaron sobre el cordón y luego se hundieron, llevando el vehículo hasta el césped. Allí, Goldstein esperó.

No tuvo que esperar mucho. En unos instantes, el alto oficial de seguridad salió corriendo de la entrada principal del edificio, seguido por una oficial mucho menor. Ambos corrieron directamente hacia Goldstein, no gritando órdenes ni sacando armas. Cuando llegaron lo suficientemente cerca para mirarlo muy seriamente junto a

la puerta del conductor, Goldstein bajó un poco la ventana.

—Vergonzoso, vergonzoso —dijo, sin darles la oportunidad de empezar a hablar—. ¿Es ésta su idea de la seguridad, oficial Walsh? ¿Y si hubiera sido un terrorista con un auto bomba? Podría haber manejado hasta los escalones y haber tomado todo el edificio.

—Señor, tiene que mover este auto ahora —insistió la oficial—. Si no lo hace, será arrestado por intrusión y destrucción de la propiedad.

—Hablar así no podrá ocultar sus deficiencias. Dios mío, basta un auto bomba mediano para hacer caer el coeficiente intelectual del mundo veinte puntos en un abrir y cerrar de ojos. Sé que no tienen un Escudo de Vida instalado aquí, porque sus directores rechazaron estúpidamente nuestro ofrecimiento. Pero ¿nadie aquí ha oído hablar de acceso controlado o de diseño de barreras? Este camino debería estar cerrado de ambos lados, y tienen que tener a alguien vigilando a personas extrañas que tengan más que una cara seria y un poco de bronce para pedir ayuda si tienen cara de pocos amigos.

El oficial Walsh intentó abrir la puerta del auto, pero estaba trabada.

—Usted mismo tiene algo más que un poco de bronce, señor. ¿Qué tal si nos dice quién es, y qué quiere aquí?

—Mi nombre es Aron Goldstein. —Vio el escepticismo en sus expresiones y suspiró—. Sí, soy ese Goldstein. No se engañe por el auto. Es alquilado. Acabo de llegar y tengo una necesidad urgente de hablar con el doctor Brohier. Ahora, entiendo que ustedes tratan de proteger a sus muchachos o asociados o lo que tienen para que no los molesten, pero esto es extremadamente importante. Bastante importante, pues si no encuentro un poco de cooperación, voy a empezar a buscar maneras de ventilar mi desaliento. Eso lo hago gastando dinero para poner en problemas a la gente que me provoca problemas. ¿Cuánto problema piensa que comprará la ganancia de un día?

Los oficiales intercambiaban miradas dubitativas.

—¿Tiene alguna identificación certificada? —preguntó la mujer.

De manera informal, y sin decir una palabra, Goldstein le entregó su tarjeta de identificación inteligente. Miró el rostro de la oficial mientras pasaba la tarjeta por el escáner y estudiaba el indicador.

—Usted busca al doctor Brohier, ¿no? —preguntó el hombre.

—Willis, no...

—¿Cuántas veces tengo que decirlo?

—Pienso que es demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir?

—El doctor Brohier nos informó esta mañana. Entiendo que él y el doctor Sam se dirigían a algún lugar juntos.

—¿A dónde? ¿Quién es el doctor Sam?

—Espere un momento. —El oficial asintió, y encendió el interruptor de radio de la barbilla—. Steven, habla Willis. ¿El doctor Sara ya ha salido? —Escuchó un momento, y luego añadió—: ¿Hace veinte minutos? Gracias. —Otro gesto con la cabeza, y Willis se inclinó para asomarse por la ventanilla—. Quizá no haya llegado tarde, después de todo. Intente en las residencias de los miembros, yendo por Olden Lañe —dijo, señalando hacia el este—. El doctor Brohier estaba en el cincuenta y uno.

Goldstein sonrió y puso la marcha atrás.

—Mis disculpas por el césped, oficiales. Perdí el control de la palanca de mando por un instante. Envíe a Aurum Industries una factura por el parque.

Sólo el hecho de saber que buscaba a dos hombres permitió a Goldstein ubicarlos. Si no hubiera sido así, habría obedecido el signo de detención en Olden Lañe. Si no hubiera sido así, habría dado el derecho de paso, dejando al taxi pasar por la intersección en lugar de avanzar.

Hubo un chirrido de frenos cuando los dos vehículos se desviaron bruscamente. El taxi terminó con su rueda delantera derecha contra el cordón y el guardabarros delantero izquierdo muy cerca de la puerta de pasajeros del Élite. Ambos conductores bajaron en la penumbra, uno maldiciendo enojado, el otro sacando con tranquilidad un billete de cien dólares de un bolsillo interno.

—Lo siento —dijo Goldstein. Avanzando con rapidez le entregó el dinero y luego pasó al chofer del taxi, súbitamente silencioso. Metió la cabeza por la puerta abierta, y miró al asiento de pasajeros. Brohier estaba pálido, y el segundo pasajero temblaba visiblemente.

—Usted es muy viejo para ser un matón —dijo el extraño con una nerviosa bravata.

—Estoy muy desarmado, también —dijo Goldstein—. Karl, tenemos que hablar.

—Aron, ¿qué diablos está haciendo aquí? ¿Está completamente chocho? ¡Podría habernos matado!

—Tonterías. Los conductores de taxi tienen grandes reflejos. Sólo salga y venga a mi auto, por favor.

El conductor del taxi lo empujó con el hombro.

—Oiga, si esto es algún tipo de cosa entre novios, no quiero estar en el medio.

—No lo es, y usted no está en el medio. Quite el equipaje de ellos. Los llevaré adonde van.

—Eh, tengo un contador funcionando aquí. No dejo que nadie me robe mis clientes, ni siquiera por...

Goldstein le entregó en silencio otro billete.

—Muy bien —dijo el conductor.



—Ni siquiera sabe adonde vamos —protestó Brohier—. Y ya llegamos tarde. Vamos a perder nuestro avión.

—No sé adonde iban ustedes, pero sé que no perderán su avión. —Miró al doctor Sam—. Usted, no estoy muy seguro. Karl, a mi auto, por favor.

Brohier lo miró seriamente, luego abrió su puerta.

—Nunca lo había visto así, Aron. Así que supongo que debería pensar por qué.

Primero, Brohier llevó el auto hacia el cordón, despejando el cruce. El conductor del taxi los siguió, depositando al doctor Sam y las valijas en la acera. Luego se alejó.

—Ahora, ¿qué ocurre?

—Las cosas están muy graves, Karl. Muy graves. El autor de la obra está implorando nuestra ayuda. La obra necesita un segundo acto y no hay mucho tiempo. Hemos invertido tanto en esta producción, y no quiero que se cierre prematuramente.

Brohier lo miraba perplejo y lo interrumpió:

—¿Qué obra? ¿De qué diablos habla?

Goldstein, con expresión seria, se acercó a Brohier y le susurró:

—Estoy hablando del Presidente. De lo que estamos haciendo para él.

—¿Entonces por qué habla en código? No hay nadie más que nosotros dos aquí.

—Y su amigo ahí. ¿Quién es él? ¿Cuán bien lo conoce?

—Estaba por llevarlo al Anexo. ¿Eso responde a su pregunta?

—Al Anexo. —Aron apretó los labios—. Bien, la verdad es que exactamente ahí quiero ir. Vine a buscarlo para llevarlo de vuelta a trabajar.

—Nunca dejé de trabajar.

—En el segundo acto.

—Bien, en realidad, pienso que Sam y yo quizá tengamos un borrador de trabajo sobre eso —dijo Brohier.

—¿Cómo?

—Estábamos yendo hacia un ensayo de vestuario. ¿Le molestaría venir al teatro?

Goldstein asintió, y la esperanza encendió sus ojos.

—Podemos tomar mi avión.

—Bien, porque el nuestro se fue hace diez minutos. —Brohier indicó al joven científico que se sentara en el asiento de atrás—. Aron, le presento al doctor Samuel Bennington-Hastings. Doctor Sam, éste es el señor Goldstein. Él paga las cuentas. Y viene con nosotros. O mejor dicho, nosotros vamos con él.

Apretado entre dos valijas, Bennington-Hastings echó una mirada circunspecta a Goldstein.

—Sólo si él no maneja.

Brohier ahogó una carcajada, tomó la palanca de mando y alejó el auto del cordón.

—No hay problema —dijo—. Aron y yo tenemos un acuerdo. Yo manejo y él

vuela. Así que sólo ponte cómodo y no te preocupes.

Bennington-Hastings suspiró con fuerza.

—Estoy pensando que pronto estaré cometiendo un error muy grande.

—Para eso está la juventud —dijo Goldstein con ligereza, y sonrió a Brohier con aire conspirativo—. Cuando se tiene nuestra edad, no disfrutas de esa amplitud de posibilidades.

—A mí me preocupa la altitud, no la amplitud. Voy a cerrar mis ojos ahora. Por favor, díganme cuando se termine.

Los otros rieron.

—Seguro, doctor Sam —dijo Brohier—. Cuando alguien nos diga.

\* \* \*

El doctor Gordon Greene se inclinó hacia adelante y miró por los binoculares electrónicos al sitio de pruebas a mil metros de distancia. Aprovechando una cavidad natural que había sido esculpida por las topadoras y los explosivos, el nuevo campo fue dispuesto para pruebas de trescientos sesenta grados. Esa disposición hizo desplazar la estación de observación y control mucho más lejos de como había estado en la plataforma original en el Anexo, hasta la cima de una colina expuesta al sol y al viento a un kilómetro al sudoeste.

—Hay mucho poder de fuego ahí —observó Greene, centrándose en algunos de los pedestales preparados con las muestras. Los pedestales, cada uno de ellos ubicados contra su propia pared curva reforzada con concreto y contra explosiones, no sólo rodeaba el sitio de pruebas, sino que elevaba la ladera de la cavidad en más de treinta grados. Cuatro túneles oblicuos en el lado norte extendía la zona de prueba a menos veinte grados.

Greene no había estado hablando con nadie en particular, pero Val Bowden estaba lo suficientemente cerca de él como para oír.

—Sí, Pete McGhan hizo un gran trabajo juntando las cosas para la prueba.

—Tener a alguien que goza del favor del oficial de intendencia del ejército ayuda —dijo Greene—. Noventa milímetros, treinta milímetros, granadas de rifle, C-4... Si sólo uno de éstos estalla, estaremos juntando los pedacitos del sitio de pruebas durante un mes.

—No digas eso cerca de Lee, no después de los días enteros que pasó preparando este lugar.

Greene asintió con un gruñido, y Bowden se fue. Se encontró junto al doctor Brohier, escuchando a los dos técnicos que estaban terminando los chequeos de instrumentación.

—Mucho poder de fuego ahí —dijo Bowden, sólo para decir algo.

—No por mucho —dijo Brohier con entusiasmo.

Del otro lado de la plataforma, Samuel Bennington-Hastings estaba junto a Leigh Thayer.

—Me parece de lo más extraño que estemos haciendo los preparativos para probar este artefacto y no tengamos medios adecuados de medir su salida.

—Eso es probablemente porque no tiene una salida en el sentido convencional. Tiene un efecto —dijo ella—. Y esa artillería ahí medirá el efecto perfectamente bien.

—Bien, espero que sepas que esto no es ciencia. Esto es jugar con juguetes de lata.

—Oh, Sam, eres tan dulce cuando estás celoso —dijo Thayer con un coqueteo—. Todos saben que los ingenieros son los que más se divierten. La ciencia teórica sólo es un pequeño chorlito de información. No es nada a menos que un ingeniero venga a tomarlo, lo combine con un poco de ciencia práctica, y lo nutra con amor hasta que sea una tecnología recién nacida en término.

Para cuando terminó, Bennington-Hastings estaba ruborizado.

—Bien, espero que estés practicando Anexo seguro.

—Eres un hombre tan extraño, doctor Sam.

El rostro de Bennington-Hastings se iluminó.

—Muchas gracias.

Aron Goldstein y el recién llegado, Grover Wilman, encontraron un lugar en el fondo de la plataforma, fuera del camino del alboroto previo a la prueba.

—Estoy nervioso —confesó Goldstein—. Me pregunto si apresurarán las cosas por estar nosotros aquí.

—¿Temes que podamos traerles mala suerte, Aron, sólo por estar parados aquí y desearlo tanto? Las pruebas preliminares eran muy promisorias.

—Mi madre creía que Dios se preocupa mucho por nuestra humildad, y mide nuestras decepciones cuando empezamos a esperar más que nuestra parte de buena fortuna —dijo Goldstein—. Como regla, preferiría tener pocas expectativas que se ven excedidas más que altas expectativas que no se cumplen. Pero cuando tengo dificultad en bajar mis expectativas, recuerdo la advertencia de mi madre.

Wilman gruñó.

—Aron, si piensa que un buen resultado ahí equivale a más que nuestra parte de buena fortuna, necesita que le haga un breve paseo por nuestra historia reciente. Si uno pone de un lado de la balanza dos guerras mundiales, veinte guerras regionales, cien guerras civiles, y todos los genocidios raciales, religiosos y políticos, dentro y fuera de las guerras.

—¿Cuánta de esa mala fortuna fue creada por nosotros mismos?

—Oh, los hombres con las armas crearon todo eso. Han tenido lo que querían durante mucho tiempo. Pero no estamos aquí por ellos. Estamos aquí por el resto del mundo, por los que han sangrado, sufrido y muerto. —Apoyó una mano sobre el

hombro de Goldstein y lo apretó con tranquilidad—. No, le aseguro, esto no se acercará a un balance de cuentas. No pedimos demasiado. Esto es una migaja, un pago al contado simbólico, un único beso después de diez mil golpes. No tenga miedo de desearlo con todo su corazón.

Goldstein hizo un gesto hacia donde estaban Brohier y Thayer.

—Han empezado la cuenta regresiva —dijo, mientras buscaba sus binoculares—. Pronto lo sabremos.

Fue un día en que lo que no ocurrió hizo historia. Exactamente a las catorce y diez, cuando el ángulo del sol era ideal para las grabadoras de vídeo, el prototipo II montado sobre el sitio de la prueba del Gatillo Mark I fue activado con energía total durante una milésima de segundo. La tensión completa estaba en el punto más alto, y el momento en cuestión pasó más rápidamente que el suspiro retenido con anticipación angustiada. Pero en ese breve intervalo, la disposición de municiones y rosetas de maíz sobre los pedestales fue sometida a lo que Brohier llamaba descaradamente el campo integrador de medida intermodulador bolométrico.

De todos los observadores en la estación de control, solamente Brohier estaba equipado para visualizar lo que ocurría en la estructura de esos materiales durante aquella exposición fugaz. Bennington-Hastings pensaba en lenguaje matemático, no en metáforas. Veía el balance y la adecuación de las ecuaciones tal como un compositor sordo escucha música sin instrumentos, como una pura esencia que no requería traducción en algo concreto. Los otros eran prisioneros del modelo escolar del átomo que se hubiera asentado más firmemente en su biblioteca de ideas, porque no había lugar en un mundo de electrones en órbita o de incertidumbre cuántica para la transformación instantánea de la materia elemental.

Pero a los ojos de Brohier, la materia elemental había desaparecido, expuesta como una cómoda ficción agradable a la evidencia de los sentidos. La materia era una simple derivación, un fenómeno subordinado. Las esencias fundamentales eran energía e información. La información forzaba la energía en una forma, como la intención fuerza la voluntad en un objetivo. Si se altera la información, la forma se altera, mientras que la sustancia sigue sin cambios.

Era, pensaba Brohier, como si la información fuera la intención del Universo, que impone el orden sobre la sustancia del Universo, un orden que había seguido inmediatamente a la transformación espontánea y explosiva que había sido tomada equivocadamente como el momento de la creación. La energía era más antigua que la información, pero sin forma ni tiempo sin ella. Más antigua que la materia, pero débil e inservible sin ella. En esta visión nueva y provocativa, el Big Bang no era el origen del Universo, sino el nacimiento de la conciencia.

Y con la característica arrogancia humana, él y su equipo estaban intentando hurgar en el mecanismo por el cual el Universo se había creado a sí mismo y por el

cual se mantenía. Estaban intentando susurrar una sugerencia en el oído de la mente universal, para reemplazar un pensamiento con otro, un modelo por otro. Tenían la esperanza de hallar que las propiedades de la materia eran tan arbitrarias en el presente como en los primeros segundos de la inflación cósmica, para demostrar que la incertidumbre cuántica era simplemente una pista para la plasticidad cósmica.

Brohier ya sabía que podrían mezclar el envoltorio de información de energía debida. Él podía entender ahora que eso era lo que el Gatillo hacía. La pregunta a responder era si podían alterar de manera coherente ese envoltorio de información. Aun hacer esa pregunta suponía la elasticidad del orden fundamental, suponía que un cambio local seguiría siendo local, y que la energía seguiría estando estrechamente ligada, como insistían las ecuaciones de B ennington-Hastings.

Si no ocurría así, el campo de pruebas, el Anexo, los condados centrales de Nevada, y quizá mucho más desaparecería en el calor blanco azulado de la furia última del caos. «Hoy seremos como los dioses, o iremos a su encuentro».

Ése era el drama del momento para Brohier. No la presencia de las municiones militares en el campo de pruebas, ni el telón de fondo igualmente explosivo de la diplomacia apoyada por el uso de la fuerza.

Y esa posibilidad era lo que hizo tan dulce para él la quietud y el silencio después de la primera fase del protocolo de la prueba. No sabrían durante unos instantes qué había pasado en esa milésima de segundo, pero lo que no había pasado trajo a Brohier más alivio que cualquier otro evento no ocurrido.

Le llevó aproximadamente treinta minutos a la tropa del campo de Pete McGhan, vestido en un traje enterizo para manipulación de bombas, avanzar su nuevo APC-117, manejado por control remoto, hacia el campo de pruebas, y cargar en su compartimiento de atrás un tercio de las muestras al descubierto para cada pedestal. Fueron retiradas del campo antes de la segunda fase de la prueba, algunas para ser analizadas, otras para ser ubicadas en el nuevo campo de tiro para usar en la última fase del protocolo del día. Se habló muy poco en la plataforma de observación durante la espera, puesto que aún prevalecía una precaución supersticiosa.

Cuando la gente de McGhan terminó de limpiar la zona de pruebas, empezó una nueva cuenta regresiva, que llevó a una activación simultánea durante cinco segundos del artefacto de la prueba y del Mark a la vez.

Todas las municiones de la prueba deberían haber sido vulnerables al Gatillo, y más de un observador se endureció y se preparó para sobresaltarse con una inminente andanada de explosiones. Pero una vez más, el momento llegó y se fue sin novedades. No hubo explosiones, no hubo fuego, ni siquiera los delgados hilos que se producían al descomponerse ciertos compuestos.

Durante la segunda pausa fue más difícil mantener el entusiasmo contenido. No había todavía conversación a viva voz. Pero Brohier oía susurros y murmullos de

todos lados mientras el equipo de McGhan avanzaba para remover otro tercio de las muestras de la prueba. Entonces Gordon Greene fue furtivamente junto a Brohier y le dio un codazo.

—Esto se está poniendo interesante —dijo Greene en un susurro—. Me gusta en particular no saber si el último hombre del campo saltó sobre el cable alargador y desenchufó todo. —Sonrió con picardía y volvió a alejarse, dejando a Brohier con sus pensamientos.

Cada una de las tres pruebas del día en el campo tenía un objetivo diferente. La primera concernía a la seguridad del sistema, y de ella habían aprendido que el artículo II no desestabilizaba explosivos activos ni cargas de proyección como lo hacía un gatillo. La segunda tenía que ver con la eficacia del sistema, y de ella habían aprendido que aun un Gatillo podía no desestabilizar las muestras cuando el II ejercía su influencia apaciguadora.

La pregunta que quedaba en el programa era si había algún efecto de memoria. Mirando la matemática, el doctor Bennington-Hastings insistía en que sí habría; el doctor Brohier, mirando los análisis de los residuos de cientos de pruebas del Gatillo, tenía sus dudas. Para aclarar la cuestión, habían planeado una serie de exposiciones con el Gatillo Mark I solo, desde un centésima de segundo a un diez por ciento de energía hasta tres segundos enteros a un cien por cien de energía. Había noventa exposiciones separadas planificadas, pero bajo control computarizado apenas llevaría cinco minutos completarlas.

—El secuenciador está listo —anunció Leigh Thayer—. El campo está libre. ¿Doctor Brohier?

—No esperes mi cuenta.

—Entonces ahí va nada. O eso esperamos.

En el momento en que ella activó el secuenciador, cesó el parloteo sobre la colina. Hasta el viento pareció detener su respiración mientras los segundos avanzaban hasta el primer minuto, luego el segundo, luego el tercero. Todos los binoculares disponibles fueron dirigidos hacia el sitio de la prueba; los que no tenían se apiñaban alrededor de la estación de datos y miraban fijamente los monitores.

Bennington-Hastings estaba entre ellos, brincando y moviéndose sobre sus talones como un niño inquieto e impaciente. Cuando vio a Brohier mirando para su lado, el joven matemático sonrió ampliamente y le ofreció un saludo con los dos pulgares hacia arriba. Brohier respondió con una mirada cautelosa y ambas manos levantadas con los dedos cruzados.

—Estamos al máximo de energía —anunció Leigh Thayer, con un temblor de entusiasmo en la voz. Algunas sonrisas tentativas surgían aquí y allá a su alrededor.

Para Brohier, el último minuto fue dolorosísimo. Le parecía tener un cable tirante envolviéndolo alrededor del pecho, que lo cortaba cada vez que él respiraba. Aun si

todo el sitio de la prueba volaba en el segundo siguiente, ya podían considerar que había sido un muy buen día. Pero súbitamente lo quería todo, quería que Bennington-Hastings tuviera razón y que las municiones expuestas fueran estables, sólo por la pura y bella simetría de las ecuaciones, por la extraordinaria perfección del momento. Hacia el final, no podía respirar en absoluto. Sus pulmones ardían, su cabeza latía con fuerza, hasta sus esperanzas se elevaban, sin ningún control ni temor por las consecuencias de la soberbia humana.

Luego, finalmente, todo había terminado.

—Eso es todo —dijo Lee serenamente—. Hemos terminado.

Las exclamaciones surgieron por todas partes. La anticipación se transformó en una celebración incontenible, maravillada, orgullosa. En el medio del tumulto, Brohier se apoyó pesadamente sobre una baranda y de alguna manera se las arregló para llevar aire a sus pulmones y recuperar el aliento. Oyó las voces como desde lejos.

—Tengo que llamar a mi agente de Bolsa, y decirle que venda esas acciones de Remington...

—Es muy tarde. Consérvalas y espera que los certificados sean coleccionables.

—¿Lo hemos hecho? ¿Lo hemos logrado? Creo que sí.

—Sí, yo recogeré esas apuestas muy pronto.

—Gordie, ¿estás seguro de que pusiste las baterías con el lado correcto arriba?

—Vamos al campo de tiro a averiguarlo.

—Está bien, gente, no hemos terminado aún. Personal de control, cierren sus estaciones y empiecen sus informes de la prueba. Todos los demás, el ómnibus espera al pie de la colina.

Brohier se apoyó en el brazo de Val Bowden para bajar por la larga escalera metálica y para entrar en el furgón. Eso llevó a Leigh Thayer a volverse en su asiento y mirarlo preocupada.

—¿Está bien, Karl? —preguntó—. ¿Quiere volver al complejo?

—Es el calor. Me agota. Y el sol me ha provocado un dolor de cabeza. Pero estoy bien. El aire acondicionado ayuda. Terminemos.

Ella no parecía convencida, pero se dirigió al conductor y le hizo un gesto de avanzar.

—Vamos.

La gente de McGhan ya había dispuesto todo cuando el furgón llegó al campo de tiro. Había un arma para cada calibre de munición y cada composición de carga de proyección, y un hombre con chaleco antibalas para cada arma. Las muestras de explosivos estaban en hoyos a ciento cincuenta metros bajo el campo, equipados con iniciadores frescos y conectados al detonador eléctrico.

—Ahora, sugiero que ustedes, damas y caballeros, miren desde dentro del Gran

Feo que está ahí —dijo McGhan, señalando el transportador armado personal—. Tenemos dos monitores con periscopio adentro, así que no se les escapará nada, pero todo debe evitarlos a ustedes.

Brohier hizo un gesto de desdén.

—Me gusta la vista desde aquí —dijo—. Puede empezar cuando esté listo, señor McGhan.

Después de eso, no hubo manera de hacer entrar a los demás cerca del transportador. Se quedaron cerca de Brohier y del furgón mientras McGhan caminaba hasta el final de la línea de fuego, consultaba a su supervisor de seguridad por radio, y luego levantaba la bandera roja.

Debido a la posibilidad de fallas en las armas, McGhan había equipado la línea de fuego con una formación de revólveres, carabinas de palanca y escopetas de bombeo. En los siguientes minutos, se vio que había sido una elección astuta. Uno tras otro, los hombres gatillaban o se abrían paso entre una carga completa de munición, y luego bajaban su arma sin haberla disparado, a veces en el medio de fallas de las balas.

No fue diferente con los altos explosivos. Tres granadas lanzadas surcaron un lado de la colina, lanzando apenas una nube pequeña de polvo rojizo. La electricidad pasaba por los circuitos, impotente, hoyo tras hoyo. Las cápsulas de explosión intactas sacudían las muestras de explosivos, pero no podían detonarlas. Los martillos de acero caían débilmente en los casquillos de los proyectiles, y émbolos de gas comprimían suavemente explosivos plásticos en ladrillos fundidos por el calor.

Cada vez que un arma no disparaba, desaparecía parte del peso que tenía Brohier sobre los hombros, de tal modo que al final se sentía especialmente liviano y tranquilo, como un globo que descansaba contra el cielo raso. Cuando McGhan bajó la bandera roja y las exclamaciones ásperas e incontenidas cruzaron todo el campo de tiro, Brohier no participó. Sólo pudo lograr una sonrisa amplia y feliz. Sentía que si mostraba más efusividad saldría volando.

Pero nadie más se daba cuenta de lo precario de su condición. Gordon Greene apareció de repente frente a él, y le tomó la mano y la estrechó con fuerza. Grover Wilman estaba ahí también, diciendo algo que Brohier no pudo oír bien. Luego Samuel Bennington-Hastings apareció junto a Brohier desde la nada, y le dio un abrazo que casi lo derribó. Leigh Thayer vino a su rescate, y sacó a Bennington-Hastings tomándolo del cuello, sólo para volver un instante después para someter a Brohier a un fuerte abrazo. El círculo de cuerpos se cerraba más y más a su alrededor, hasta que el brillo de pánico en sus ojos llamó la atención de Aron Goldstein.

—Aléjense, aléjense —dijo Goldstein, regañándolos, y se llevó a Brohier del brazo.

Se sentaron juntos en la puerta abierta del furgón, y Brohier se aferró al peso y la



solidez del metal.

—¿Está bien, Karl?

—Fue todo... un poco abrumador —dijo Brohier, quien respiraba con agitación y ruido. Su pecho subía y bajaba rápidamente—. Quién hubiera dicho... que uno puede agitarse tanto... por nada.

—¿Nada? No lo creo, mi viejo amigo.

Una sombra cayó sobre ellos, y Brohier levantó la vista y vio a Wilman que estaba a un paso largo de distancia.

—Han llamado el helicóptero y a los paramédicos. Karl, ¿necesita algo?

—Estoy bien —insistió Brohier—. Un poco de golpe de calor, a lo sumo. —Pero no aceptó el agua que le ofrecían—. Uno de nosotros debería llamar al Presidente, y contarle que tenemos un Obstructor operacional.

—Pensé en volver esta noche y darle la noticia en persona —dijo Aron—. Por seguridad, y todo eso.

—Probablemente sea mejor —dijo Wilman.

—Seguridad —repitió Brohier—. Sí, me alegra que me lo recuerdes. —Levantó la cabeza y miró oblicuamente hacia el sol de la tarde—. Grover, éste sale tal como el anterior. ¿Dónde está Gordon? Trabaje con Gordon. El sabe lo que hay que hacer. ¿Entiende? No me importan las patentes. No quiero un centavo de esto. Cualquiera que quiera un Obstructor puede tenerlo. Entréguelo. Déles una oportunidad. Déles una oportunidad de hacer las cosas mejor.

—Usted sabe que lo haremos, Karl —dijo Goldstein, estrechando la mano de Brohier—. Sabe que lo haremos.

## 22: Llamado a la grandeza

«El mayor honor que la historia puede otorgar es el título de pacificador. Este honor ahora convoca a Norteamérica... Éste es nuestro llamado a la grandeza».

*Richard M. Nixon*

El Anexo demoró cinco semanas en diseñar un módulo de Obstructor añadible al Mark I, y el Arsenal del Escudo de Vida tomó ocho semanas más para convertir las plantas 4, 5 y 9 para la producción del Obstructor.

Entonces empezó el verdadero trabajo, y había más que suficiente para moverse.

—Acá vamos —dijo Támara Dugan, tirando del duro cuello de su nuevo uniforme azul claro mientras estudiaba el directorio—. Gerente de propiedad, D. Wright, tres A.

Su compañero pasó su caja de herramientas a su otra mano.

—Tú hablas si es un tipo, yo si es una mujer.

—¿Por qué no? —dijo ella, levantando la caja de equipamiento—. Necesitaremos todos los recursos para lograr que estos sitios vuelvan a estar integrados.

D. Wright era un hombre de rostro severo y hombros redondos. Parecía tener el doble de edad de Dugan y la mitad del tamaño del compañero de ésta.

—Señor Wright, ¡buenos días! —dijo, encendiendo su sonrisa—. Mi nombre es Támara, y éste es Tony.

—No se permiten vendedores en el complejo.

—Ojalá mi repartición tuviera esa política —dijo Dugan suavemente—. Somos del servicio técnico de Escudo de Vida, y estamos aquí para actualizar su instalación. Creo que se le notificó que vendríamos esta mañana.

—Ahora, le dije a esa muchacha que no usábamos más el Gatillo.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Como si hiciera falta preguntarlo. Demasiado peligroso, maldición. Vaya, tuvimos un camión de casi cinco metros incendiado en movimiento, incendió todo lo que tenía ese joven, sólo porque él no sabía de nuestra instalación. Nuestra compañía de seguros tuvo que arreglar esto, y luego se dieron vuelta y subieron nuestras cuotas un veinte por ciento. Tuve que apagarlo esa misma tarde.

—Ojalá se hubiera comunicado con nosotros cuando eso ocurrió —dijo Dugan con dulzura—. Podríamos haberlo puesto en contacto con un asegurador cooperativo. En realidad, aún podemos ayudarlo con eso. Pero esta actualización elimina toda posibilidad de otro incidente como ése.

—No lo quiero actualizado. Intenté decirle a esa muchacha que llamó...

—Señor Wright, si usted hubiera leído el acuerdo bajo el cual Bellwood Trace recibió esta instalación, encontrará que retuvimos el derecho de acceso y la responsabilidad por el mantenimiento del sistema. La notificación fue una cortesía.

—Entonces no quiero que lo vuelvan a encender. En realidad, deberían llevárselo en lugar de mejorarlo. Eso me devolverá un salón de almacenamiento, y podremos usar ese espacio.

—Señor Wright, ¿tuvo la oportunidad de mirar el DVD que se le envió? Ahí se explica el nuevo sistema de Obstructor que instalaremos hoy.

—¿Cree que no tengo nada que hacer, señorita? ¿Piensa que todo lo que hago es estar sentado frente a una pantalla todo el día como un fanático de la red con ojos de vidrio?

—Sé muy bien que usted trabaja duro, señor Wright. Nos dimos cuenta de que la propiedad está muy bien mantenida. Por eso estamos seguros de que una vez que entienda que su situación de responsabilidad ha cambiado completamente, se alegrará de que hayamos venido.

La miró con sospecha.

—¿Qué quiere decir con «ha cambiado»?

—Bien, simplemente es así: ahora que el Escudo de Vida desactiva armas de fuego sin dispararlas, cuando haya un tiroteo aquí y los familiares de la víctima se enteren de que usted lo desenchufó, ellos van a terminar siendo los dueños de este lugar, y de usted.

—¿De mí?

El compañero de ella se adelantó.

—Por supuesto. Para que nosotros quitemos esta unidad, usted tendrá que firmar personalmente un documento de renuncia, donde reconozca que el sistema era operacional y que usted eligió no activarlo. Está todo en el acuerdo original.

—Yo... voy a tener que hablar con la oficina de administración —dijo Wright nerviosamente.

—Por favor, hágalo —dijo ella—. Entretanto, no obstante, haremos nuestro trabajo.

—Un momento. La administración está en Bakersfield, así que no habrá nadie en la oficina por un par de horas —protestó Wright.

Ella sacó con destreza de un bolsillo del hombro una tarjeta de identificación de autollamada y se la entregó.

—Aquí tiene un número a donde puede llamar mientras espera, para que le respondan cualquier pregunta que tenga. Nuestra oficina de información está abierta las veinticuatro horas.

—Mire, señorita...

—Señor Wright, aun si usted decide vivir peligrosamente y firmar esa renuncia,

tendremos que actualizar esa unidad antes de que se la instalemos a alguien más. Así que vamos a seguir adelante y hacer eso ahora, así usted mantiene las posibilidades de hacer lo correcto para la gente que vive aquí.

—Muy bien, muy bien —dijo, frunciendo el ceño y rascándose la frente—. Les daré la llave.

—No es necesario. Tenemos la nuestra. Volveremos y le informaremos cuando hayamos terminado. Está en el sótano del edificio F, ¿verdad?

—Correcto. Doble en Foxtree Lañe y sígalo.

Se mordieron la lengua hasta que estuvieron de vuelta en la privacidad del furgón rojo, blanco y azul.

—Vaya —dijo Tony con un suspiro—, espero que no sean todos como ése. Media hora de cháchara para entrar y hacer un trabajo de diez minutos. Tenemos programados doce de éstos para hoy.

—Sabes, me miraba como ésos que tienen una cuarenta y cinco en la mesa de luz que nunca usan —dijo Dugan.

—Si lo hace, ahora sólo servirá como pisapapeles —dijo Tony, lanzando una mirada sobre su hombro. El indicador del Obstructor del furgón sólo mostraba verde—. Si no quiere la reactivación, ¿le decimos?

—Sólo le diremos que tuvimos que encenderlo durante unos minutos para probarlo.

La llave era innecesaria. La cerradura había sido quitada con un cortador de perno. Adentro vieron que el mismo cortador había sido utilizado para quitar medio metro del tubo forrado de energía del Gatillo. También había cuatro concavidades de metal brillante en el sistema: agujeros de bala.

—Muy bien, entonces lo sobreestimé. Calibre veintidós —dijo Dugan, examinando los agujeros—. Sabes, éste podría resultar ser el primero de una serie de días muy largos.

—Abrámoslo —dijo Tony suspirando—. Empezaré a hacer una lista de partes.

La oficina del presidente del Comando Conjunto estaba rodeada de capas de protocolo y estaba decorada con iconos de tradición. Siendo la oficina del hombre sentado en la cúspide de la pirámide militar, era un ambiente intimidatorio para la mayoría de los visitantes. Pero fue precisamente para desafiar ese protocolo, tradición y poder que Roland Stepak se había invitado a ese lugar para enfrentar al ocupante de esa oficina, el general Donald Madison.

—Yo estaba revisando los últimos informes preliminares anoche, general Madison, y tengo que decirle que lo que vi no contribuyó a un buen sueño —dijo el secretario de Defensa, eligiendo un sillón. Miró a Madison, esperando a que el general lo acompañara.

—Pensé que los números estaban muy bien —dijo Madison—. Ochenta y ocho

por ciento de nuestras naves ya están listas para el combate.

—Ésta es mi reunión, general. No intente copar la agenda. Y no trate de hacer más humo. Ya había lo suficiente de eso en el informe preliminar.

—Señor secretario, no entiendo por qué...

—¿Ah, no? ¿No le parece engañoso contar a todo el orden de batalla de las Fuerzas Especiales como preparado para un ambiente de combate neutralizado por el Gatillo?

—No, señor, pienso que es absolutamente legítimo. Cada uno de esos hombres recibe entrenamiento intensivo y extensivo con armas alternativas, particularmente el cuchillo y cuerpo a cuerpo.

—Y cada uno de ellos aún recibe un revólver como su arma primaria. Todos los francotiradores aún llevan un arma. Todas las unidades aún dan prioridad primera al rendimiento en el campo de tiro.

Y ninguna de esas unidades, ni siquiera la policía montada, están preparadas para desplegarse en gran número para derrotar a un enemigo numeroso en el campo.

—Señor secretario, si surgiera esa situación, no hay razón por la cual no podríamos utilizarlos de esa manera.

—Vamos, Donald, no está hablando con un abogado sorprendido que acaba de llegar a la ciudad —dijo Stepak ásperamente—. Usted y yo sabemos que la unidad operacional natural para las Fuerzas Especiales es algo más cercano a un pelotón que a un batallón. Usted y yo también sabemos que usarlos como tropas primarias de combate significa perderlos para las operaciones especiales.

—¿Y por qué debería importar? —dijo Madison con una amargura indisimulada—. El Presidente ha tenido la mitad de ellos asignados a tareas fijas de cuidado de bebés durante casi dos años, así que es obvio que su misión primaria no es considerada de mucho valor.

Stepak movía la cabeza.

—General Madison, eso no es digno de usted ni de esta oficina. Pero quizás ayude a explicar el resto del informe preliminar. El ejército tiene exactamente una compañía que entrena con arcos, una compañía con picas, una compañía con armas eléctricas, una compañía con armas de dardos de aire comprimido, como si sólo fuéramos a necesitarlos en números propios de operaciones especiales.

—Ésos son proyectos en desarrollo. Aún estamos evaluando las armas y los modelos de entrenamiento.

—Por supuesto —dijo Stepak—. Pero hablando de modelos: la Marina ha asignado a cada transportador de fuerza operativa destacamentos de lucha antisubmarina equipados con el Gatillo y vehículos de control remoto, pero no ha dado el primer paso hacia la creación de un modelo de proyección de una fuerza alternativa, algo que podría sobrevivir a un ataque con el Gatillo, lo cual ninguna de

nuestras fuerzas podría hoy.

—Es imposible. Podemos poner quinientos, seiscientos o setecientos barcos en el agua, pero a menos que podamos equiparlos con armas, pueden funcionar como yates en una regata. No podemos volver a las catapultas y a la brea caliente, a los arietes y a los abordajes.

—¿Por qué no? En el país de los ciegos, el tuerto es rey. En el nuevo orden de cosas, el papel primario de la Marina puede ser entregar tropas y material, y la amenaza primaria puede ser que sean pequeños navíos de gran energía, a control remoto, diseñados para hacer agujeros en el casco, o para enredar los soportes de un cable de tracción.

—¿Qué «nuevo orden de cosas»? —preguntó Madison, con tono despectivo—. El revólver, el misil, la bomba, el torpedo, el proyectil de artillería... todos ellos son aún parte del «orden de las cosas», y lo serán hasta mucho después de que nosotros dos ya no estemos acá.

—¿Ha visto últimamente algún soldado de caballería montado, general? Los tiempos cambian. Su problema es que se niega a ver el cambio que ya está ahí.

Buscó junto a su silla y colocó su enorme maletín negro sobre sus rodillas. Apretó los pulgares sobre los pestillos inteligentes, levantó la tapa, giró el maletín para que Madison pudiera mirar adentro. Madison miraba azorado, sin comprender.

—Éste es el prototipo de Terabyte para un Obstructor de maletín —dijo Stepak suavemente—. Un prototipo en funcionamiento. Lo encendí fuera del principal punto de registro y desarmé todas las armas de esta parte del edificio.

—¿Qué hizo?

—Lo encendí hace un momento. No hay un arma que funcione en un radio de cien metros de esta oficina, arriba, abajo o a los lados. Si enchufo esto a la corriente de red, podría activarlo a trescientos metros y mantenerlo así. Puede revisar la pistola que tiene en esa caja de hierro, si quiere. O llamar al guardia. Ambos están desarmados.

—¿Qué piensa que le da el derecho...?

—Es mi maldita responsabilidad, Donald, tal como era la suya también. Pero usted apostó al caballo equivocado. No le gustaba la dirección que estaban tomando las cosas y se arriesgó a que no continuarían. Ahora sabe que estaba equivocado. —Stepak cerró el maletín—. Todo ha continuado, y no estamos preparados.

—No acepto esa evaluación.

—¿Cuál es su unidad de armas alternativas más cercana, general? ¿Qué ocurre cuando el destacamento de seguridad del Pentágono busca sus armas y las encuentra obstruidas? Usted nos mantuvo en una postura de defensa convencional, lo cual significa que somos vulnerables. Usted contaba con sus nuevos explosivos y cargas de proyección para preservar el estado de las cosas, y no se preparó para la

posibilidad de estar equivocado. Eso es inexcusable, general.

Madison se ruborizó y apretó la mano derecha, pero no dijo nada.

Stepak se puso de pie y bajó la voz, de modo que no se oyera afuera.

—Ahora tenemos que recuperar el tiempo perdido, y transformar nuestra posición de defensa de un día para el otro. El Presidente y yo tenemos que tener la seguridad de que quien ocupe esta oficina tenga la capacidad y la visión para llevarnos a través de ese proceso.

Hizo una pausa, dándole la oportunidad a Madison de hacer el ofrecimiento, pero el hombre fue obstinado hasta el final, y Stepak tuvo que decirlo:

—Donald, el Presidente me envió para agradecerle por sus servicios y pedirle la renuncia.

Madison parpadeó varias veces, luego cerró sus ojos con fuerza durante un instante antes de levantarse.

—Puede informarle al Presidente que la tendrá antes de que termine el día.

—Sé que él aprecia su cooperación, general.

Stepak se movió como para irse, pero Madison le bloqueó el paso.

—Roland, yo hice lo que pensé que era bueno para el país.

—Si esto no estuviera decidido ya, le preguntaría cómo es que atrasarse en el cumplimiento de una directiva del Comando Conjunto es lealtad y no insubordinación.

—Lo sé, Donald. El problema es que nuestra experiencia no se aplica. Todo lo que sabemos está equivocado. —Stepak avanzó hacia la puerta.

Madison lo alcanzó y lo tomó del brazo.

—Roland, usted debería entender. Usted ha usado el uniforme. Yo no podía ser quien destruyera todo. No creo en ello. Les enseñamos a los soldados a amar sus armas por una razón, por una buena razón.

—Entiendo, Donald. Lo entiendo completamente.

Envalentonado, Madison añadió:

—Siempre me imaginé que si uno modela todas las espadas y las convierte en arados hoy, se combatirá con arados mañana. Así, uno podría bien conservar las espadas, especialmente si se es bueno con ellas.

—Si las espadas fueran nuestro peor problema, no tendríamos esta conversación. —Movié la cabeza—. Será un mundo nuevo, y no sé si fósiles como usted y como yo estarán cómodos en él. Pero no podemos detenerlo. Y si no podemos ayudar, lo único honorable que nos queda es salirnos del camino.

Madison suspiró y pareció encogerse.

—Sí. Sí, supongo que eso hará falta. Quizá mentes más jóvenes y más flexibles puedan hallar oportunidades donde yo sólo puedo ver peligro.

—Estoy seguro de que nos sorprenderán agradablemente —dijo Stepak—. Son

nuestros niños, después de todo.

Mostrando una sonrisa lánguida, Madison se retiró del camino de Stepak.

—Si se me permite una sugerencia acerca de mi reemplazo...

—Con mucho gusto comunicaré sus ideas al Presidente.

—Gracias —dijo Madison—. ¿Podría decirle, por favor, que haría bien en considerar al vicepresidente, el general Heincer?

—¿Y cuál es su razón para decir esto?

—Sé que Bill ha mantenido la boca cerrada frente al Presidente, por respeto. Pero en las sesiones privadas de los jefes, ha sido, de lejos, el más vigoroso defensor del punto de vista del Presidente. Tanto que me temo que el resto de nosotros empezó a llamarlo el «llanero solitario». Ascenderlo enviará un mensaje unívoco. Espero que cambie la perspectiva de los jefes sin cambiar ningún rostro más.

Ante la mirada inquisitiva de Stepak, añadió:

—No estoy protegiendo a nadie. Lo último que necesitamos ahora es crear la impresión de una revuelta de los generales, y que los remezones de esto se propaguen hacia las filas. Eso no sería conducente al buen orden y la disciplina durante lo que sabemos que será una transición difícil.

Stepak asintió.

—Me encargaré de que el Presidente reciba su opinión.

Evan Stolta asomó la cabeza en la oficina de Grover Wilman y golpeó con los nudillos el quicio de la puerta para llamar la atención de Wilman.

—Ha habido un poco de movimiento en los números —dijo, con un tono animado—. Debería echar un vistazo.

Antes de que Wilman pudiera decir algo, el consultor estratégico superior ya se había ido.

Wilman suspiró. Ése era el ritmo de la vida en la sede de Razón sobre la Locura en Georgetown: movimiento sin detenerse. En menos de tres meses, la fundación se había duplicado en tamaño, se había triplicado en personal y había integrado los quioscos de StreetSmart y La Biblioteca de la Paz en sus propias instalaciones. El crecimiento había sacrificado la atmósfera de muy seria dedicación que prevalecía antes. Ahora era más un cuartel de campaña que una fundación, más un centro de nervios que un lugar de generación de ideas.

Algo más había desaparecido junto con la oportunidad de la reflexión tranquila: la capacidad de Wilman de mantener la familiaridad activa y presente con todos los aspectos de las operaciones domésticas. Ocurrían muchas cosas en muchos lugares al mismo tiempo, y había que asomarse por sobre demasiada gente, muchas obligaciones que lo ataban a su comunicador del escritorio, que se había convertido en la única ventana a través de la cual miraba su trabajo y su mundo.

—Votación, tendencias actuales, en pantalla —dijo y se reclinó para estudiar los



cuadros. La fundación compraba continuamente encuestas de dos servicios diferentes, buscando debilidades en cada lado de la gran división de la opinión pública.

De un lado estaban aquéllos que veían a las armas como el mayor peligro, que con mucho gusto vivirían en una residencia protegida por el Escudo de Vida, y que se sentían tranquilos con la idea de que la policía tuviera esta tecnología, y de que los lugares públicos estuvieran protegidos por ella. Después de caer de picos de sesenta por ciento o más, esos números habían quedado instalados en el cuarenta por ciento durante meses. La demografía de este grupo central se inclinaba hacia las mujeres, graduados universitarios, padres y madres de familia, adultos mayores y habitantes del suburbio. El valor central que los unificaba era la importancia que asignaban a la comunidad.

Del otro lado estaban quienes temían las fuerzas misteriosas y poco familiares del Gatillo más que la presencia familiar de las armas de fuego, quienes preferían tener y llevar un arma antes que depender de la protección de nadie, quienes estaban más preocupados por un estado policial que por las estadísticas de delitos. El grupo de votantes que estaba a favor de la propiedad de armas sin restricciones equivalía a no más del veinte por ciento de la población adulta, en su gran mayoría hombres blancos, muchos de los cuales tenían secretas actitudes racistas, clasistas o eran disidentes políticos.

Pero este núcleo intransigente había aprovechado con éxito el miedo para construir una mayoría aliada contra el uso público y privado del Gatillo. Su coalición se nutría fuertemente de familias rurales, hombres solteros de la ciudad, cristianos conservadores, trabajadores pobres, descontentos con el sistema, y jóvenes liberales engañados, que pensaban que defendían la libertad individual. Pero el verdadero valor que los unificaba, de acuerdo con las encuestas, era la comunidad del uno: un hombre, una familia, un color, un credo.

Volver a ganar al grupo oscilante significaba enfocar los miedos y despertar sus conciencias. No eran tareas fáciles. Demasiado pronto, el miedo se había vuelto sordo a la razón, y la conciencia era insensible al argumento de alguien de afuera.

Pero Stolta tenía razón. Los informativos mostraban un pequeño movimiento en los números.

Mirando los grupos afectados, Wilman pensó que sabía la razón. El comité de acción de la fundación había trabajado diligentemente en sacar a la luz historias de éxito del Escudo de Vida de todo el mundo, y las había promovido agresivamente en los medios. En las últimas semanas, el comité había conseguido varias instalaciones muy visibles, debido en general a eventos fuera de las fronteras del país.

En Yucatán, las antiguas ciudades mayas de Uxmal, Labná y Chichén Itzá habían sido abiertas a turistas y científicos por primera vez en casi una década. El Gatillo había puesto fin a la guerra civil que había hecho encerrar los tesoros arqueológicos,

pero había hecho falta el Obstructor para limpiar los sitios sin más daño para los templos.

Jerusalén, que tenía catorce furgones marcados y seis no marcados que patrullaban sus calles todos los días, celebró el primer año en toda su historia sin una bomba ni una muerte por armas. La célebre columnista de vídeo Regina Wickman hizo el mejor trabajo con esa historia, demostrando con un dramático documental en el lugar de los hechos que el soldado con ametralladora liviana había desaparecido de la vista.

—He vivido con una mochila durante la mayor parte de los últimos dieciséis años —dijo Wickman frente al Muro de los Lamentos—. He caminado por las calles de doscientas ciudades en más de cuarenta países. No obstante, nunca me he acostumbrado como viajera a la vista de armas de ataque colgadas de los hombros de los policías, o llevadas por la gente en los mercados.

»Para algunos, esas armas muy visibles representan seguridad, pero a mí nunca me han hecho sentir segura. No importa cuánto me puede gustar, ni cuánto puedo admirar de Kinshasa, Seúl o Buenos Aires, pero no puedo decir que me sienta cómoda en esos lugares. Las armas son una mancha en el rostro de la sociedad, de cualquier sociedad, y nunca he visto un paisaje urbano que no mejoraría con la desaparición de las armas.

»Y eso es exactamente lo que ha ocurrido aquí en Jerusalén. En una ciudad por la que se ha luchado durante milenios, hay ahora una paz extraña y desacostumbrada. No es que las viejas enemistades se hayan resuelto, ni que los viejos adversarios se hayan hastiado de la lucha. Pero en una ciudad prolijamente limpiada de armas de fuego todos los días, podemos ver la promesa de la nueva tecnología. Matar se ha convertido en algo tan difícil aquí que simplemente podría ser más fácil aprender a convivir.

Pero aun a los periodistas talentosos les resultaba difícil hacer noticias de hechos que nunca ocurrían. Era más fácil notar las fallas que reconocer los éxitos. Y bajo las reglas aparentemente inmutables que gobernaban la identificación emocional humana, mil vidas salvadas en Etiopía contaban menos que una vida perdida en Erie, en la medida en que el rostro de la víctima era del mismo color que el de la persona que hacía la cuenta de los daños.

Aunque Wilman estaba muy contento por las buenas noticias de otros lugares, rezaba que hubiera un éxito más cerca de casa, y preferentemente uno muy público, con buena cobertura de cámaras y un arco iris fotogénico de posibles víctimas salvadas y agradecidas. Algo en la marquesina de un evento deportivo, quizás, o una amenaza al *Mardi Gras* o a los premios Osear.

Pero mientras esperaba oír a Dios, ocurrió algo que fue más que suficiente para mantener ocupado a Wilman.

—¿Senador Wilman?

El administrador del piso de los servicios de atención de Razón sobre la Locura mostraba una curiosa inflexión en la voz y una expresión perpleja, que no parecían congeniar con el canal prioritario de interrupción por el cual había entrado la llamada.

—¿Qué ocurre, Donald?

—Señor, ¿podría bajar a la sala de asesoramiento? Ahora mismo, si es posible.

—Podría ser. ¿Podría saber por qué?

Con el rostro preocupado, el administrador de piso miró hacia un lado.

—Senador, es lo peor. ¿Recuerda esa conversación que tuvimos después de la teleconferencia del lunes pasado?

—Creo que sí. Hablamos acerca de cómo manejar clientes prioritarios.

En realidad, la conversación había sido sobre el manejo de posibles problemas de seguridad, incluyendo una incursión al edificio. Wilman obtuvo en la red el vídeo con el mapa de cobertura del edificio y empezó a mirar las estaciones más cercanas a la que estaba usando el administrador del piso.

—Ésa es. Hay alguien aquí que pide verlo.

Para entonces, Wilman había encontrado la vista que quería, una que mostraba claramente al joven con cabello negro corto y que usaba algo similar a un cinturón de utilería de un miliciano nazi bajo su camisa de franela roja y negra.

—Entiendo que es alguien con un serio problema.

—Bueno, senador, él piensa evidentemente que es serio. Y quiere verlo a usted en particular.

—Puede decirle que bajaré en breve. Tengo un par de llamadas que hacer.

No fue difícil lograr que sus llamadas fueran recibidas por la gente correcta. Wilman vio desde su oficina del segundo piso cuando los sedán de NV25 y Action-Cam17 frenaban ruidosamente en la calle. Poco después, un SkyEye piloteado a control remoto (un derivado civil de un monitor de batalla Hughes) llegó a la escena y empezó a asomarse a las ventanas con su cámara de luz baja y su telescopio de audio.

Pero Wilman se demoró hasta que CNN apareció en vivo con la boca de seguridad interna que les había ofrecido. Esperó ante la pantalla chata montada en la pared lo suficiente para oír el tono seguro y solemne de la introducción:

—Noticias de último momento en CNN. Pacifistas sitiados en la capital. La comunidad tranquila y universitaria de Georgetown está en vilo esta mañana mientras un terrorista con una bomba tomó más de setenta rehenes en la sede de...

Satisfecho, Wilman se dirigió a las escaleras.

Hasta el momento en que se anunció al hombre alto detrás del escritorio de recepción, todo había marchado tal como David Thomas Mallock lo había planeado.

Su viejo Tracker, comprado en un remate en Dallas, había soportado entero el

viaje de dos mil cien kilómetros desde Palestina, Texas, hasta Georgetown con sólo dos fallas menores. Había ido a baja velocidad y había pasado inadvertido en la ruta, aunque había tenido un susto cerca de Knoxville, Tennessee, cuando un policía del estado se había instalado detrás de él y lo había seguido durante casi tres kilómetros antes de tomar una salida. Mallock había utilizado los moteles de la autopista y las paradas de los camiones sin dinero de la red, administrando mezquinamente los valores que había juntado de sus amigos y su familia para su camioneta, su estéreo y su computadora.

La reunión en el parque Rock Creek había resultado como había planeado y sin tropiezos. Con el ruido del tráfico que tapaba las pocas palabras necesarias para la transacción, Mallock cambió lo último que le quedaba de su efectivo por quinientos gramos de explosivo plástico.

—¿Es material virgen? —había preguntado.

—Absolutamente. Hecho en casa, como dicen los libros. Conozco personalmente al cocinero.

Pese a esa garantía, Mallock había sido cauteloso. La participación del FBI en el engaño del Gatillo no se limitaba a insertar detonadores microscópicos por radio en explosivos comerciales y en irradiar subrepticamente los suministros de pólvora. De acuerdo con la lista de correo electrónico de los Cazadores de la Verdad, la agencia también realizaba docenas de operativos subterráneos, haciéndose pasar por operadores de «laboratorios patriotas», pero sirviendo las mismas fórmulas alteradas.

Así que Mallock había abandonado su Tracker en el parque, y había ido a pie en busca de su blanco, siguiendo un itinerario sinuoso cuidadosamente planeado que lo llevó por senderos en el bosque y por calles tranquilas sin pasar ni una vez por una embajada, un sitio turístico, un edificio público o una intersección vigilada. Si había sido traicionado, y los explosivos que llevaba estaban adulterados, estaba decidido a no enterarse hasta que estuviera frente a la ciudadela de los enemigos.

Pero no había sido traicionado, ni por aquéllos de quienes dependía ni por un error propio. Había llegado y entrado en la ciudadela, había mirado los rostros estúpidos de los insectos de adentro y había llamado a su rey para una rendición de cuentas. Debería haber sido un momento culminante del drama, pero estaba saliendo como un anticlímax.

Mallock había esperado en la corta fila en la recepción, disfrutando por anticipado.

—Quiero ver al supervisor —había pedido cuando le llegó el turno. Cuando el administrador de piso se presentó, Mallock lo condujo a uno de los cubículos de asesoramiento sobre la pared oeste. Allí le había mostrado al administrador la bomba y el controlador pegado a su mano derecha.

—Conozco la verdad sobre el Gatillo. Quiero ver a Wilman. Tráigalo aquí sin

hacer un escándalo, o todos en esta habitación van a morir. Si lo trae aquí, dejaré salir a esta gente.

—No estoy seguro de que el senador esté en este momento —había dicho el administrador—. Déjeme ver si puedo llegar a él.

—Haga algo más que intentarlo. Tengo puestos los suficientes explosivos vivos para volar estas paredes y derribar este edificio sobre nosotros.

—¿Puedo decirle eso al senador?

—No. Sólo tráigalo aquí. Yo le diré cómo serán las cosas.

Había escuchado la conversación del administrador con Wilman y se había quedado satisfecho con el tono. Luego, a instancias de Mallock, los dos volvieron a la recepción para esperar. Desde ahí, Mallock tenía una vista clara de ambas entradas a la sala: las puertas de adelante y el pozo de la escalera a la izquierda de la pared del fondo. También tenía cerca un considerable mostrador de roble y acero y seis empleados disponibles como escudos si alguien inoportuno o inesperado aparecía.

Aún había clientes en la zona de espera y en el mostrador, y Mallock le había dicho al administrador del piso que se ocupara de que el personal continuara con sus ocupaciones como siempre. Pero a medida que pasaban los minutos, y Wilman aún no había aparecido, Mallock reconsideró su táctica.

Había decidido anunciarse solamente ante un supervisor porque no quería tener que arrear un salón lleno de gente asustada, y porque funcionaban igualmente bien como rehenes aunque desconocieran la amenaza, pero había menos probabilidades de que intentaran algo estúpido. Había decidido insistir en que Wilman viniera a él antes que pedir que lo llevaran ante Wilman por el riesgo de una emboscada, puesto que no conocía el edificio, y no quería provocar sorpresas antes de terminar su misión.

Pero cuanto más esperaba, más se daba cuenta de que no había pensado lo suficiente en la posibilidad de que Wilman fuera un cobarde y necesitara que lo obligaran a actuar honorablemente. Cuanto más miraba al personal trabajando, menos inofensivos le parecían. Los veía más similares a termitas que a ovejas, destructivos en su derecho, irredimibles en su naturaleza. Y cuanto más gente miraba pasar por la entrada principal, más se preocupaba de que los últimos en llegar fueran policías de civil y asesinos de grupos de operaciones especiales.

—¿Por qué tarda tanto? —preguntó al administrador del piso—. ¿Dónde está?

—No lo sé —respondió el administrador—. Pero puedo volver a llamarlo...

—No. Lo que hará es cerrar el edificio. Saque de aquí a todos esos clientes o compradores o como los llamen, y cierren las puertas.

—¿Qué debo decirles?

—No me importa lo que les diga, en tanto los saque de aquí, y hágalo ahora. Filtración de gas, caída del sistema, alarma de incendio. Ustedes son buenos para mentir. Improvise.

Pero después de que se hiciera, Mallock no se sintió más seguro. Había más de una docenas de pares de ojos mirándolo, algunos expectantes, otros curiosos, uno claramente divertido, pero ninguno con miedo.

—No lo saben, ¿verdad? —preguntó—. Pobres tontos. No saben que es un engaño.

—¿Qué cosa?

—El Gatillo. Es un fraude. No existe. Todo lo que han visto en las noticias ha sido montado por el FBI.

—Oh, por favor —dijo una mujer, con un tono de desdén en la voz.

—Es cierto —dijo Mallock acaloradamente—. Desde que tomaron la Agencia de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego, han estado buscando una manera de apoderarse de nuestras armas. No podían encontrar una manera de hacerlo por la vía legal, así que están tratando de asustarnos para que las dejemos.

Alguien detrás de Mallock carraspeó.

—Joven, ¿ha estado tomando su medicación?

Mallock giró sobre sí mismo, buscando al agresor.

—La Sección Cero del FBI empezó a adulterar los explosivos hace casi dos años. Han reclutado a técnicos de efectos especiales de Hollywood durante el doble de tiempo. Todo lo que ha ocurrido fue planificado meses antes por las Naciones Unidas.

—¿Y cómo sabe esto? —Era la misma voz y pertenecía a un hombre de cara redonda con la coronilla brillante y una corta barba blanca.

—¿Ustedes piensan que son tan listos que nadie podría jamás darse cuenta de lo que están tramando? —Esa pregunta fue recibida con más risas, y una furia fría subió desde el corazón de Mallock hasta controlar toda su expresión—. Se enterarán en poco tiempo. Conocerán la verdad, y entonces ustedes y yo, juntos, vamos a enseñarle al resto del mundo la verdad.

—Eso es lo que tratamos de hacer aquí todos los días —dijo una de las mujeres en el escritorio de recepción—. Quizás usted debería sentarse con uno de nuestros psicólogos y hablar de esas fantasías paranoicas de conspiración.

Esta vez Mallock rio, con una risa insegura y cínica.

—¿Sentarme con uno de sus hipnotizadores, dice? ¿Dejar que uno de sus programadores neurolingüísticos<sup>[2]</sup> me vapulee? No lo creo —dijo, negando enfáticamente con la cabeza—. Realmente no es culpa de ustedes si se les ha mentido siempre. Siento pena por ustedes, honestamente. Pero se darán cuenta cuando lo escuchen de su propio líder. —Se volvió hacia Donald y preguntó—: ¿Por qué no está aquí? Quiero una explicación. Quiero a Wilman, ahora.

—No sé por qué no está aquí. Pero dijo que estaba en camino. Estoy seguro de que llegará pronto —dijo el administrador de piso, con un tono apaciguador—. Por favor, a todos, el senador Wilman dijo que cooperáramos con nuestro visitante.

Hagámoslo sin discutir ni ser provocativos.

—Bien —dijo una mujer negra, alta y delgada—. Voy a cooperar desde mi cubículo. Tengo mucho trabajo que hacer.

Empezó a alejarse, y Mallock saltó detrás de ella.

—Nadie va a ninguna parte —dijo, tomándola del brazo—. Wilman está jugando. Quiero que todos se sienten en el borde del mostrador, mirando hacia fuera. Serán mi escudo. ¡Vamos, muévanse!

Algunos de los otros empezaron a obedecer, pero la mujer se mantuvo en su lugar y sacudió su brazo hasta liberarse.

—Amor, necesitarás más fuerza de la que tienes para que te deje espiar bajo mi falda.

—Nettie —dijo el administrador con tono de reproche.

—Jefe, por favor, ¿no puedo simplemente derribarlo? Me puso la mano encima.

—¿No lo entienden? —gritó Mallock en la cara de ella—. Tengo una bomba puesta. Puedo matarlos a todos, cuando quiera. Y si no cooperan, traidores, lo haré, maldita sea. Y no hay ningún rayo mágico que me pueda detener.

En ese instante, oyó unos fuertes sonidos metálicos, y se dio vuelta hacia ellos. Vio a un hombre viejo, bien vestido, que abría una de las puertas de adelante mientras un SkyEye entraba volando, seguido de un hombre y una mujer que llevaban en la cabeza vinchas que decían «Testigo», y equipos de transmisión en los brazos.

—¿Qué hacen? —gritó Mallock—. ¡Esa puerta debía estar cerrada!

El hombre bien vestido giró, y Mallock lo reconoció. Era Grover Wilman.

—Estoy dejando entrar a los medios. Usted quería un público, ¿no? Usted quería hacer una declaración, ¿verdad? Bien, CNN2 está escuchando ahora, y también Reuters, StarNews y Associated Media. Diga su parte.

De repente, el resto de la gente en la habitación se volvió invisible como muebles para Mallock. Cruzó el recinto hacia Wilman, dejando caer su camisa de franela y levantando su mano derecha para mostrar el controlador atado a la palma de su mano.

—Usted es quien hará una declaración. Usted terminará esta farsa. Usted admitirá su parte en la conspiración. Usted le dirá al mundo la verdad sobre el Gatillo. O yo detonaré esta bomba que tengo, y el mundo leerá la verdad en nuestros cuerpos despedazados. Usted elige, senador. Usted decide si proteger su mentira cinco minutos más vale estas veinte vidas.

Wilman se cruzó de brazos y negó lentamente con la cabeza.

—Señor Mallock, alguien le ha estado mintiendo a usted. La verdad es que el Gatillo funciona. El Obstructor funciona aun mejor. Eso que usted tiene puesto no es una bomba. Si alguna vez fue una, no lo es más.

—¡Maldito mentiroso! —dijo Mallock dando otro paso—. ¡Dícales! Ésta es una conspiración para desarmar al pueblo norteamericano. El presidente Breland ya ha

hecho un trato para entregar la soberanía a las Naciones Unidas. Pero usted tiene que quitarnos nuestras armas antes de que lleguen los Cascos Blancos, antes del último día del mandato de Breland. Así que usted cocinó este fraude para engañarnos y que las entreguemos. Ésa es la verdad, senador Wilman.

—¿Quién le vendió eso, señor Mallock?

—Hay documentación sobre todo lo que estoy diciendo en el sitio del *Pregón Patriota* en la red. Por supuesto, no estuvo ahí mucho tiempo. El sitio fue atacado por garrapatas y gusanos, y luego alguien lo bloqueó. Pero me imagino que ustedes saben todo de esto, ya que fueron ustedes, espías, quienes lo bajaron.

—Quizá quiera mejorar su calidad de información, señor Mallock. Me temo que alguien se ha aprovechado de su credulidad.

—Insúlteme todo lo que quiera, pues eso no cambiará la verdad.

Y si tengo que matarlos a todos para llevar la verdad a la gente, entonces es mi obligación como patriota hacer exactamente eso.

—No se engañe, señor Mallock. Usted no es un patriota. Usted es otro hombre a quien le cuesta aceptar el hecho de que no es el jefe —dijo Wilman, y luego miró más allá de Mallock—. Por favor, vuelvan a sus tareas, todos. Este hombre no constituye una amenaza para nosotros.

—¡Alto! —gritó Mallock, levantando la mano derecha sobre su cabeza—. ¡Por Dios, voy a hacerlo!

—Haga lo que crea que deba hacer, entonces —dijo Wilman. Luego se volvió como para irse.

«Recíbeme con misericordia, Señor», rezó Mallock en silencio. Luego cerró los ojos y giró el detonador.

Le llevó un segundo entero a Mallock darse cuenta de que su vida había continuado más de lo que debía. Abrió los ojos y miró, azorado, el detonador. Luego volvió a disponerlo para intentar nuevamente.

—¿Necesita ayuda, señor Mallock?

Mallock cayó lentamente de rodillas, con una expresión de incredulidad y desazón.

—Me engañó. Blade me engañó. Me dio... —Tomó su cinturón, buscando torpemente la lengüeta, y abrió uno de los bolsillos—. ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Plástico para modelar? ¿Pasta de escuela? Debía ser picrato de amonio y Cl...

—Es eso —dijo Wilman, acercándose—. Pero fue tratado por nuestro Obstructor.

—¡No, no! —dijo Mallock, moviendo violentamente la cabeza—. ¡No puede ser!

—¿Por qué no? ¿Eso haría muy difícil malograr todo?

—No, debo de haber hecho algo mal. Una instrucción mal comprendida, una conexión incorrecta...

—La conexión incorrecta es la que usted hizo entre armas y seguridad.



¿Realmente piensa que quienes luchamos por expulsar las armas de fuego amamos la libertad menos que usted? ¿Piensa que nos preocupamos por la seguridad de nuestras familias menos que usted?

—Su libertad... ¿Y la nuestra? Sus familias... ¿Y las nuestras? Usted nos arroja a los lobos para salvar su pellejo.

—Estamos intentando poner un bozal a los lobos, no alimentarlos —dijo Wilman. Le ofreció la mano a Mallock para ayudarlo a levantarse; después de un largo rato de vacilación, Mallock la aceptó—. Si usted realmente quiere entender, tengo una respuesta mejor para usted que eso.

Con el rostro ceñudo, Mallock dijo tranquilamente:

—Lo escucho.

—Lo único que evita que la sociedad sea un baño de sangre veinticuatro horas por día es el hecho de que la mayoría de los hombres, la mayor parte del tiempo, no quieren arriesgar todo en una pelea que podría dejarlos tullidos o muertos. Y la mayoría de las veces, aun cuando peleamos, lo hacemos sólo el tiempo suficiente para resolver un asunto. Alguien se rinde antes de pasar de la etapa de los magullones y de los ojos morados.

»Estamos ahora en el punto donde todo lo que la mayoría de nosotros puede recordar de las reglas es “Es bueno ser rey”, lo cual es una síntesis trágica. Demasiados padres han olvidado las lecciones que tienen que enseñar a sus hijos, o han abandonado la responsabilidad que tienen de darlas: honrar a los mayores, servir a la comunidad, deberse a la familia. Y demasiados hombres en el mundo han adoptado la idea incorrecta de que porque pueden derribar a un príncipe, merecen serlo ellos mismos.

»Usted vino aquí con una bomba, con la intención de destruirme a mí y reclamando el poder de mi fama. Si yo jugara con sus reglas, ahora me vería obligado a matarlo a usted, por intentarlo y fracasar. Pero me gustaría que tenga la oportunidad de darse cuenta de que hay otra manera, una ética más alta a la que podemos aspirar. Así que usted puede irse como llegó. Esos policías del estado que esperan afuera necesitarían mi colaboración para acusarlo a usted de algo, y no la tendrán.

Mallock echó un vistazo a través de las puertas del frente hacia la calle antes de responder.

—¿Usted piensa que esto termina todo?

—No. Pero pienso que usted puede terminarlo. Usted, y aquéllos que creen, como usted antes de entrar aquí.

—¿Cree que ponerme en una exhibición de misericordia nos hace amigos? ¿Piensa que simplemente vamos a aceptar este estado de cosas?

—Usted se considera un hombre religioso, señor Mallock. ¿Conoce esa plegaria que empieza con «Que Dios me dé el valor...»?

—La conozco —dijo Mallock con tono cortante.

—Entonces entiende que yo ruego por la sabiduría, todas las noches —dijo Wilman—. Ruego por que usted también lo haga.

Evan Stolta estaba esperando a Wilman en su oficina cuando éste regresó.

—Bien, ¿cómo resultó?

—Terriblemente bien, me pareció. Aunque usted se puso un poquito sermoneador al final —dijo Stolta.

Wilman sonrió.

—Eso viene de haber tenido demasiado tiempo para pensar qué diría. Estaba empezando a pensar que nadie mordería el anzuelo nunca, y que tendríamos que hacer todo y contratar a nuestro propio terrorista.

—Se da cuenta de que si alguna vez se sabe que nosotros colocamos ese material en el *Pregón Patriota*...

—Nunca ocurrirá.

—Los medios van a revolotear en masa alrededor de esta historia. Me pareció que estuvo horriblemente cerca de burlarse de él con la verdad cuando le dijo «Alguien le ha estado mintiendo», ese tipo de cosas.

—Quizá me divertí demasiado —admitió Wilman—. Pero no habrá problemas. No hallarán nuestras huellas digitales en la escena del crimen.

Stolta movió la cabeza, insatisfecho.

—Si se las hubiera arreglado para adquirir una bomba exótica o de polvo...

—¿Por qué se tortura con eso ahora? Se terminó. Salió bien.

—Supongo que es porque aún no entiendo por qué usted quiso correr tanto riesgo.

—Eso es porque somos diferentes. ¿Puede imaginarse apostando cien mil dólares contra un millón?

—No lo creo. Cien mil dólares sería una parte muy grande de todo lo que tengo.

—¿Ve? Ni siquiera preguntó las probabilidades.

—Las probabilidades son irrelevantes. Mi padre me enseñó dos reglas sobre las apuestas: una, apuesta sólo a lo seguro. Dos, no existe nada seguro. —Stolta mostró una sonrisa triste—. Muy bien, soy un hombre cuidadoso por naturaleza. Pero no creo que haya respondido a mi pregunta realmente.

—¿Me preguntó algo?

—Pienso que sí. ¿Por qué quiso arriesgarse a algo que hubiera destruido veinte años de trabajo?

—Ah. Esa pregunta —dijo Wilman, acomodándose en una silla—. Bien, es cierto que nunca fui un gran jugador. No puedo soportar la idea de esperar pasivamente a recibir mis cartas.

—Entonces, ¿por qué decidió hacer una apuesta arriesgada de repente?

—Esta empresa es más parecida a un combate que a las apuestas, Evan; es algo

táctico, no estadístico —dijo Wilman, moviendo la cabeza—. Y muy frecuentemente, lo peor que puedes hacer en un combate es permitirte pensar en las probabilidades, especialmente si están en tu contra. Si lo haces, nunca llegas a la cima, nunca tomas la colina y nunca cambias las probabilidades a tu favor. Lo que hagas de un minuto a otro puede cambiar todo.

—Eso aún no explica por qué decidió cargar contra esta colina, en este momento en particular.

—¿Va a seguir insistiendo, eh? —Wilman estudió el rostro del otro hombre por un momento, y luego agregó—: La verdad del asunto es que estoy cansado de esperar. No sé cuánto tiempo más tengo, y quiero ver el final de esto. Así que quiero correr algunos riesgos. —Hizo una pausa, como pensando si quería continuar—. No se trata de una leyenda heroica, pero muchas batallas se deciden por alguien que no pudo aguantar más la espera.

—Me inclino ante su experiencia —dijo Stolta, que jamás había sido militar—. Pero, Grover, no pensará que convirtió a ese tonto, ¿o sí?

Wilman sonrió y movió la cabeza.

—Me sentiré contento si lo desalenté. Me importa el público. Y hablando de eso, vamos a ver cuan grande fue la repercusión.

El cubo de nogal con el emblema de bronce de la Policía Estatal de Missouri hacía más de seis años que descansaba sobre el escritorio de John Trent. Si bien se lo dieron por «sus servicios públicos» —el Programa de Seguridad Infantil con Armas de Fuego, introducido después de la tragedia del Truman Middle School—, para él era más un útil accesorio para el escritorio que un buen recuerdo. No le servía tanto como pisapapeles, función que probablemente el diseñador le dio, sino como un arma de primera línea para la guerra entre la Asociación Nacional del Rifle y las hormigas coloradas.

Cuando el trofeo golpeó en el centro y hacia la izquierda de la pantalla del televisor, se movía a una velocidad acorde con la fuerza de lanzamiento de un ex jugador de fútbol americano que aún podía lanzar una pelota a cuarenta metros de distancia. La pantalla se hizo añicos como un espejo gigante y el estrépito se oyó a cuatro oficinas de distancia.

Sin embargo, las consecuencias fueron menos satisfactorias. Lo que quedó de la pantalla simplemente se tornó opaco, sin una reconfortante chispa o hilito de humo.

La secretaria ejecutiva de Trent y el asistente administrativo principal llegaron a su oficina juntos.

—¿Está bien? —le preguntó Jolene. Kenneth estaba junto a los restos de la pantalla en el piso.

—¿Vieron lo que pasó? —gritó Trent con furia—. ¿Alguno de ustedes estaba mirando?

—Yo vi —admitió Kenneth, quien tomó el trofeo y comenzó a sacarle las astillas de plástico y vidrio—. Hizo que pareciera que sólo la gente loca quiere poder protegerse a sí misma.

—Averigüen quién es Mallock y qué diablos estaba haciendo allí.

—¿Piensa que estaba todo preparado?

—Por supuesto que sí —respondió Trent, cargando las palabras con todo el desprecio que pudo—. Wilman logró que llegaran allí cuatro buitres de los medios tan rápido que no se perdieron nada.

Cuatro buitres que están cubriendo y promoviendo un evento en vivo por una sola razón: esperan poder mostrarnos un bombardeo terrorista, un asesinato en masa, en tiempo real. ¿Qué hace Wilman? —Trent sacudió las manos en el aire—. Se toma el tiempo para darnos un sermón sobre la violencia y la evolución humana, sabiendo que van a transmitir cada palabra porque estamos todos mirando con la esperanza de ver una carnicería.

»No va a hacer eso a menos que esté seguro de que no habrá ninguna carnicería. Estoy seguro de que todo fue una puesta en escena.

Y se va a salir con la suya. Es una historia espectacular: cruzado corajudo, asesino fanático, una escalofriante danza con la muerte. Qué hijo de puta.

—Veré qué puedo averiguar sobre Mallock —dijo Kenneth colocando el trofeo en un extremo del escritorio de Trent—. Y voy a encargarte un nuevo televisor.

Jolene quedó parada junto a la puerta, dubitativa.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor Trent?

—Ni siquiera sé lo que yo voy a hacer —le respondió Trent—. Hijo de puta. Se estaba riendo de nosotros, podía verlo en sus ojos. Están matando gente, quitándonos las armas y lanzándonos para enfrentar a los lobos. Están asesinando la Constitución. Y encima nos da un sermón sobre moralidad.

Tomó el cubo de nogal y lo arrojó contra la pantalla por segunda vez. Esta vez tuvo el placer de ver algunas chispas y un acre hilo de humo, pero no fue suficiente para satisfacerlo.

—Déjame solo, Jolene —le dijo con tono sombrío.

La secretaria dudó, luego obedeció y cerró la puerta al salir de la oficina. Cuando se marchó, Trent se apoyó con fuerza sobre su escritorio. Su pecho se inflaba y se desinflaba; la sangre le latía por la furia y la impotencia.

—Que Dios me ayude —murmuró—. No merece dormir bien de noche. Que Dios me permita ser quien le quite el sueño. Que me dé paciencia, coraje y sabiduría y que también me permita un disparo certero...

Luego, con manos temblorosas, Trent se sentó y comenzó a redactar su renuncia como presidente de la Asociación Nacional del Rifle.

Durante las siguientes semanas, John Trent les dijo a los amigos que llamaban lo

mismo que les informó a las sanguijuelas de la prensa: que había sido presidente por el doble de tiempo que su antecesor y que estaba dispuesto a considerar la situación desde otra perspectiva; que quería tomarse unas vacaciones para viajar y para ocuparse de asuntos personales; que seguía comprometido con una inflexible defensa de la Constitución y las libertades esenciales de los ciudadanos, y que estaba analizando la posibilidad de participar más directamente en la política de una manera que la Asociación Nacional del Rifle no tenía permitido.

Todo era cierto, pero se aseguró de que sus amigos entendieran su mensaje de manera diferente de la prensa política, la cual le dedicó algunos programas al análisis de la historia de aquellos políticos que se dedicaban a un solo tema y a sus perspectivas. Luego los medios se concentraron en otra cosa.

Para ese momento, Trent había comenzado silenciosamente a contactar a las personas elegidas para formar parte de su cruzada. Se limitó a personas individuales. No convocó ni a comités ni a ejércitos ni a asociaciones ni a milicias. Su actuación en los últimos tiempos dejaba mucho que desear por su lamentable falta de profesionalismo.

Bob Bowman estaba muerto. Se ahorcó en una prisión estatal de Virginia mientras esperaba el juicio por empujar fuera de la ruta a un camión con un Obstructor, en Raleigh. El complot de Zachary Taylor Grant contra la jueza de la Corte Suprema Hannah Loeb fracasó por culpa de un miembro de Hedgehog que embolsó medio millón de dólares que le pagó FoxMedia por la primicia. Mel Yost estaba publicando *Crímenes de guerra de Washington* desde Barbados.

Entre los que aparecían en la primera plana, el bastión de los Boston Riders cerca del lago Chaplain había sido desarmado por la unidad de Tácticas Especiales del FBI. Tres fracasos seguidos bastaron para que quedaran suficientes pruebas como para vincular a los Riders con las bombas de la «carta roja» a las clínicas de abortos de Nueva Inglaterra. Kelly Martin y la Espada de la Libertad estaban todavía libres en la zona norte del Medio Oeste, adjudicándose el mérito de ser los autores de más de veinte bombardeos. Pero sus blancos —en su mayoría restaurantes, comercios minoristas en pequeñas ciudades que no contaban con Obstructores— eran un desastre en lo que a relaciones públicas se refería.

Había un total de dieciséis potenciales asesinos en prisiones federales por intentar llegar al Presidente. También hubo tres atentados contra el camarada Wilman, ocho contra el industrial judío, cinco contra distintos miembros del Gabinete. La mayoría no recibieron demasiada cobertura por parte de los medios, que habían decidido que los hombres que estaban dispuestos a sacrificar sus vidas y su libertad no eran una buena historia. Los muertos y los prisioneros eran héroes para los medios a favor de la libertad, pero sin dietas de moda, sexo y estrellas del espectáculo para aumentar el rating, la cobertura fue mínima.

Deliberada y pacientemente, Trent analizaba cada una de las operaciones y todos los elementos que habían participado en el resultado. No todos los análisis le resultaron instructivos; de hecho la incompetencia raramente lo era. Pero sí surgieron dos patrones: uno de excesiva complejidad; el otro, de insuficiente osadía. Llegó a la conclusión de que la mayoría de las cosas que la gente definía como mala suerte, en realidad, no tenían que ver con la casualidad en absoluto.

Trent partió con todo lo aprendido hacia Atlantic City —al hotel y casino New Flanders, un lugar recomendado por Angelo DiBartolo—, donde se celebraría la única reunión de toda la conspiración. Sin embargo, iba a ser una reunión extraña. Los cuatro conspiradores debieron viajar una considerable distancia para estar en la misma ciudad, en el mismo edificio, pero Trent decidió que nunca estarían en la misma sala frente a la misma mesa juntos.

El primer recluta fue Terry Stewart, un ex contratista de la CÍA, de treinta y ocho años de edad, quien había perdido un lucrativo trabajo como «asesor» de una unidad paramilitar cuando Grover Wilman denunció la guerra encubierta del presidente Engler en Colombia. Stewart (o «Gooch», como él prefería) tenía el entrenamiento de un soldado de las Fuerzas Especiales, las conexiones de un mercenario y un perfil tan bajo que contactarlo requirió tres intermediarios.

El segundo trabajo más riesgoso era para Trent el del coordinador, el hombre de avanzada que se encargaría de todas las burocracias para hacer los arreglos para la confrontación. El coordinador debía saber exactamente lo que se planeaba. No era un trabajo que Trent pudiera encargarle a cualquiera. Pero su total participación también implicaba que el coordinador debía tener la capacidad de negar las intenciones de Trent, de declarar en forma convincente que lo habían contratado simplemente para hacer un trabajo.

Esa combinación de cobarde interés comercial, impiedad bien disimulada y alta capacidad de mentir exigía un abogado al estilo Hollywood. Trent encontró esa combinación en Roy Carney, cuya pequeña pero respetada firma había representado a un importante número de clientes conservadores. Además, su hijo del medio era miembro de la Guardia de Frontera de California, un grupo en contra de la inmigración cuyos esfuerzos habían mandado a unos cuantos latinos al hospital (y por lo menos a tres a la tumba).

La última pieza del rompecabezas era el consultor de seguridad de Atlanta Ben Brannigan, el hombre misterioso detrás de «El ecualizador» en Internet. A los pocos días del anuncio sobre la existencia del Gatillo, «El ecualizador» presentó un análisis especulativo e intuitivo sobre cómo podía derrotarse al Gatillo. Desde entonces, sus análisis habían presentado críticas más elaboradas y autorizadas sobre la tecnología y las estrategias de seguridad que dependían del dispositivo. Brannigan, quien se llamaba a sí mismo «la biblioteca gratis», se dedicó a convertirse en un experto

indiscutible en los dispositivos de Horton. No había prueba alguna de que alguna vez hubiera hecho algo más que ofrecer asesoramiento público anónimo, pero Trent sabía cómo tentar a un hombre con orgullo.

Discutieron todo por la red de teleconferencias de fibra óptica del hotel, la cual, según DiBartolo le aseguró a Trent, era imposible de interferir, ni siquiera los empleados del hotel podían penetrarla. Por las conexiones internas, una llamada de habitación a habitación nunca iba ni por cable ni por aire y las cajas de distorsionadores en cada suite disuadían a los espías locales.

—A mi familia le gusta el Flanders —dijo DiBartolo, con una sonrisa cordial—. Nos reunimos allí dos veces por año desde hace tres años y nunca tuvimos problemas. Saben cómo ser discretos. Saben que es importante para el progreso del negocio.

Trent tomó ese comentario como palabra santa y por lo tanto creyó que fue DiBartolo quien colocó los dos microtransmisores que encontró en su habitación. Trent le había pedido a DiBartolo que le sugiriera un lugar seguro donde reunirse, pero no le dijo al mafioso ni el propósito de la reunión ni lo invitó a participar en ella. La curiosidad de DiBartolo era comprensible. Pero Trent tiró los micrófonos por el inodoro. Desde ese momento en adelante, registraba la suite después de cada vez que dormía allí o salía de ella o entraba una mucama, aunque nunca más volvió a encontrar micrófonos.

Si DiBartolo estaba escuchando, se enteró de todo lo que necesitaba saber en los primeros diez minutos, excepto los nombres de los demás participantes, ya que nunca se mencionaron.

—Quiero matar al senador Grover Wilman en una transmisión en vivo —anunció Trent con calma. No se tomó el trabajo de dar justificaciones por su decisión; eso no era necesario si había evaluado correctamente la disposición y el temple de los demás.

—Su trabajo en esto es ayudarme a reunirme a mí, a Wilman, un arma y, por lo menos, a un camarógrafo en la misma habitación al mismo tiempo.

—Wilman no va a ninguna parte sin un Obstructor. Vive en el espacio de Horton —señaló Brannigan—. ¿Vamos a tratar de forzarlo a que se aleje del dispositivo o a quebrar su fortaleza?

—Puedo hacerlo tomar cualquier carta que se nos ocurra —afirmó Trent—. Eso es lo que tenemos que decidir juntos. Pero mi primera elección sería reproducir la escena con Mallock lo más fielmente posible, cara a cara en un territorio que Wilman cree que controla.

—Presión psicológica —dijo Gooch—. La apruebo.

—Tengo una pregunta sobre toda esta puesta en escena —dijo el coordinador—. ¿Por qué se incluyó a usted mismo? O las cámaras, para el caso. Si ponemos la bomba y a Wilman juntos lograremos el mismo resultado e incluso eso no va a ser

fácil de orquestar.

—No estoy de acuerdo —interpuso Gooch—. Sólo se necesita una bomba bien grande.

—Y un sacrificio —agregó el coordinador—. Pero ¿por qué ir hasta allí? Hay otras maneras de atraparlo. Recibe a los ciudadanos. Se desplaza de su casa a la oficina. Va a la iglesia.

—No, no va a la iglesia —lo corrigió Trent—. Es un humanista, un ateo.

—Entonces, no tenemos que preocuparnos de que Dios lo salve, ¿no es cierto? —bromeó Gooch con seriedad—. Un rifle militar de francotirador tiene un buen alcance a los mil metros. Incluso yo puedo darle a cualquier cosa que esté a seiscientos metros. No puede estar tan cubierto por el Obstructor como para nunca asomar la cabeza o circular por el límite de la cobertura.

—Casi nunca sale del Distrito de Columbia ahora y esa zona está completamente protegida —comentó Brannigan—. ¿Cómo va a hacer para que salga de ahí y dispararle en la cabeza a quinientos metros?

—No —dijo Trent sacudiendo la cabeza—. Escúchenme todos. No es suficiente matarlo. Hay miles de formas de hacer eso sin obtener nada a cambio. Su muerte tiene que demostrar que su causa es fútil. Si Grover Wilman no está a salvo, ¿cómo puede estarlo cualquier ciudadano común? Mejor sería con mi propia arma que estar dependiendo de rayos mágicos. Y además tiene que ser en público, con las cámaras encendidas. Adora a las cámaras. Antes de que muera, quiero que todos vean que debajo de toda esa bravuconería, se esconde un mentiroso y un cobarde. Un cobarde impotente.

El coordinador frunció la boca.

—¿Tiene algún temor de convertirlo en un mártir?

—No, no por el momento —respondió Trent con énfasis—. Los verdaderos mártires son las personas que están muriendo porque Grover Wilman las desarmó. Por ellas es necesario hacer esto. Alguien debe rescatar a todas esas personas que ahora están en peligro. Nosotros podemos hacerlo, caballeros. Creo que podemos hacerlo.

—Sabe que podemos —dijo Gooch.

—Bien, entonces —interpuso Brannigan—. Tendremos que obligarlo a salir de Washington. La pregunta es adonde lo llevamos. Luego veremos cómo lo hacemos.

—Que sea en algún lugar donde él crea que puede controlarnos —sugirió Gooch—. Le demostraremos que está equivocado.

\* \* \*

Fue lo más cerca que alguna vez estuvo Evan Stolta de gritarle a Grover Wilman.

—¿Por qué siquiera está considerando esto? Es un perdedor, senador, y todo lo



que puede hacer es darle credibilidad. Perdió su caso importante, su causa en el Congreso perdió fuerza y ahora perdió el trabajo. Sabe que lo echaron. ¿Por qué rescatarlo? ¿Por qué elevarlo a su nivel?

Wilman sonrió, con gesto tolerante, a punto de estallar.

—¿Por qué vamos a dejar sin responder lo que anda diciendo? ¿Por qué vamos a tener miedo de un simple debate si estamos convencidos de nuestra postura?

—¿Por qué tiene que ir? Deje que Martinson o Rocannon o Schultz lo hagan — insistió Stolta—. Ya tiene suficiente de que ocuparse. Gil Massey está amenazando con traer de vuelta a colación la S. B. 50 y podría tener que impedir que la ley se someta a votación. De hecho, ¿y si John Trent sigue trabajando con Massey? ¿Y si este gran desafío público es un juego que están jugando con usted?

—¿Para sacarme de la ciudad y hacer aprobar la ley en el Congreso mientras no estoy? —Wilman rio—. Estás un poco alterado. El Senado no funciona tan rápido como para hacer ese truco. De todos modos, no voy a viajar en carreta.

Con gesto sombrío, Stolta se sentó en uno de los brazos de los sillones para las visitas.

—Es el viaje lo que me preocupa. —Stolta sacudió la cabeza con vigor mientras trataba de encontrar las palabras para expresarse—. Puede pasar cualquier cosa. ¿Por qué tiene que ir en persona? Podría tener una enorme audiencia en realidad virtual.

—Podemos debatir en persona y aun tener una audiencia en realidad virtual — respondió Wilman—. ¿Qué puede suceder?

—Grover...

—Quiero ver si puede responderme.

—Muy bien —le contestó Stolta, con furia—. Ya que hay personas que quieren lastimarlo, no veo por qué tiene que darles más oportunidades.

—¿Crees que no lo sé, Evan? —dijo Wilman con tono suave, casi tímido—. Leo los mensajes de odio todas las mañanas desde antes de que te incorporaras. Sé que la mayoría de ellos no tienen intenciones de concretar las amenazas, pero sé que algunos sí. Soy el pararrayos de cualquier perro rabioso soberbio que piensa que su mundo va a derrumbarse si deja de tener el derecho de dispararles a su esposa, sus hijos, sus vecinos, su jefe o el turista borracho que golpea en la puerta equivocada.

—Creo que me está robando el repertorio, Grover. ¿Ése no es mi argumento?

—¿Cómo hago para ganar bajo esas reglas? ¿Cambio mi forma de pensar para intentar que me quieran? ¿Me escondo para que no puedan herirme? —Wilman hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Sé que sabes la respuesta. Tengo que ser quien soy, Evan. No es mi estilo vivir atemorizado. Si lo fuera, sería yo quien estaría soterrado en algún lugar de Idaho, sentado sobre un arsenal de la Guardia Nacional, con galletitas rancias para dieciocho meses.

Una sonrisa renuente se dibujó en el rostro de Stolta.

—Además, estás equivocado con respecto a John Trent —agregó Wilman—. No lo despidieron. Realmente fue él quien renunció.

—¿Por qué habrá renunciado?

—Para poder sacarse los guantes y convocarme —respondió Wilman—. Esto va a ser divertido. Arregla todo con ese Roy Carney. —Se rio—. Quince rounds sin guantes me parecen bien.

Había ocho SkyEye sobrevolando, casi trescientas personas y trescientos asientos vacíos en el auditorio Cohén de la Universidad Tufts para el debate entre Grover Wilman y John Trent.

La distribución de las entradas estuvo a cargo de la Facultad Fletcher de Asuntos Internacionales, con la consigna de lograr un público diversificado para lo que el decano había llamado «una importante afirmación de las tradiciones democráticas de la libertad de expresión y el intercambio de ideas». Se disculpó con los participantes entre bastidores antes de presentarlos.

—Lo lamento muchísimo. Hubo una importante demanda de entradas. Nuestros estudiantes no son apáticos; están muy interesados en los temas sociales y políticos...

—Tal vez los rumores sobre disturbios tienen algo que ver con esto —dijo Wilman, mirando con ecuanimidad a John Trent.

—¿Disturbios? Mi Dios. ¿De qué disturbios habla? —preguntó el decano.

—Mis asesores me informaron que durante las últimas horas ha habido un anónimo por Internet especialmente dirigido a los asistentes al debate —respondió Wilman—. Una de las versiones decía que usted no iba a presentarse, señor Trent. Otra recomendaba que lo mejor era no asistir, porque iba a haber disturbios en el auditorio...

—¿Disturbios en Tufts? Eso es absurdo —protestó el decano—. Ésta no es una fiesta de una universidad estatal. Esto es *Tufts*.

—El mensaje que me mostraron también incluía una amenaza de bomba; yo era el blanco.

—Eso es increíble —exclamó Trent, aunque su rostro no mostraba señales de estupor—. ¿La universidad ha recibido algún tipo de amenaza directamente?

—No, no —respondió el decano—. Hablé con el jefe de seguridad del campus hace algunos minutos. Todo está tranquilo afuera. Hemos disuadido a todo aquél que no tenía entradas para que se mantuviera alejado del área. Pero si lo que oyó es cierto, senador, tal vez eso explique por qué algunos de los concurrentes decidieron quedarse en su casa y conectarse. —Sacudió la cabeza con pesar—. Es una verdadera lástima, pero me temo que es demasiado tarde para hacer algo al respecto. Al menos puede contar con que aquéllos que están presentes verdaderamente se interesarán y escucharán con atención.

—Está bien —dijo Trent—. Me gustan los públicos informados. Mi esperanza es

que estén aún más informados cuando hayamos terminado.

La breve lista de potenciales lugares para el debate había incluido a Princeton, la Universidad de Pittsburgh, Columbia, Harvard e incluso la Universidad Carleton<sup>[3]</sup> en Ottawa. Eran todas universidades que albergaban famosas facultades de asuntos internacionales que se abalanzarían ante la posibilidad de tener a Grover Wilman en su campus. Brannigan dijo que los problemas logísticos hacían que Harvard y Columbia no fueran viables y Carney argumentó que Princeton tenía una imagen pública demasiado positiva. Trent había descartado Carleton porque consideraba que cruzar la frontera distorsionaba el mensaje, a pesar de que Brannigan había prometido que una operación en la universidad canadiense sería más que fácil.

La decisión final entre Pittsburgh y Tufts se redujo a dos hechos: que la Facultad Fletcher había aceptado casi medio millón de dólares en subsidios para investigación de Razón sobre la Locura, lo cual la convertía en socia de Wilman en la traición, y que el campus, a pesar de estar junto a la periferia de Boston, no tenía un Obstructor permanente propio. La unidad móvil de Razón sobre la Locura se encontraba junto a las camionetas de SkyEye en la casi llena playa de estacionamiento adyacente al auditorio Cohén. Era perfectamente accesible; las puertas traseras y la mitad del costado derecho estaban expuestos. Había guardias recorriendo el campus a pie en ese costado del edificio, pero no estaban prestando especial atención al Obstructor. Además, los dos encargados del Obstructor estaban sentados en los asientos delanteros de la camioneta, aburridos.

La propia camioneta de Brannigan, con el logo de una editorial alemana con sede en Nueva York, estaba a tres espacios de distancia de la camioneta del Obstructor. Más que cerca como para hacer el trabajo sin interferencias. Fingiendo observar las exposiciones iniciales en la pantalla del comunicador sobre sus faldas, mentalmente repasaba sus movimientos, esperando la señal de Terry Stewart y analizando sus posibilidades de huir cuando todo hubiera terminado. Eran mejores que las de Stewart y las de Stewart eran aun mejores que las de Trent. Tenía mayores ventajas por ser el que daría el primer golpe.

A pesar de que no hubo dudas desde un comienzo de que el público del auditorio Cohén estaba inclinado a su favor, Wilman no pudo evitar sentirse complacido por la reacción. Después de una cálida bienvenida, fue interrumpido por fuertes aplausos cuatro veces en cinco minutos. Incluso había habido algunos vítores mezclados con los aplausos hacia el final, aunque el moderador rápidamente los reprendió, recordándoles las reglas. De todos modos, fue una buena actuación que ponía a Trent en una difícil situación.

Sorprendentemente, parecía ajeno al público y se dirigía exclusivamente a Wilman.

—Fue muy inteligente de su parte, senador, tratar de plantear el tema como razón

contra locura —dijo Trent mirando de soslayo al auditorio—. Si dejamos que se salga con la suya, entonces todo el que se le oponga carga con el peso extra de tener que demostrar que no es insano.

»De hecho, usted y sus aliados han trabajado denodadamente para crear la presunción de que cualquiera que defienda la posesión privada de armas y el uso medido de la fuerza es irracional.

»Estoy aquí para refutar esa presunción. Estoy aquí para defender la profunda convicción de decenas de millones de norteamericanos razonables que consideran que el desarme es trágico y fatalmente irracional. Estoy aquí para afirmar sin vergüenza ni duda alguna que tomar un arma y matar a alguien puede ser un acto absolutamente lógico, el resultado del más alto nivel de razonamiento moral... y usted va a ayudarme a que así lo demuestre.

—Lo dudo —dijo Wilman y le sonrió al público. Una oleada de risitas recorrió las primeras filas y el moderador reprendió a Wilman por la interrupción—. Mis disculpas, señor Trent —dijo el senador—. Por favor, continúe.

El rostro del señor Trent no se puso rojo de ira.

—Senador Wilman, todas las veces que abordó este tema, en toda la propaganda con la que usted y su organización nos invadió, hay un aspecto que jamás tuvo en cuenta. Una vez que haya desarmado a todos los hombres con armas, ¿qué piensa hacer con todos los hombres con cuchillos? Evade este aspecto diciéndonos que por supuesto la policía va a seguir armada, que por supuesto no vamos a permitir que el enemigo saque ventaja, que podemos seguir viajando en grupos y formando patrullas vecinales y estudiando artes marciales.

»Pero eso quiere decir que sus dispositivos de desarme son un fraude. No quiere deshacerse de las armas, senador, sólo de nuestras armas...

Si bien eso pareció una señal, era a Stewart, no a Trent, a quien Brannigan había estado esperando. Respondió el comunicador chirriante con ansiedad e impaciencia.

—Estoy en posición —dijo Stewart.

—Me pondré en movimiento —respondió Brannigan. Desconectó la pantalla del comunicador y lo dejó sobre el asiento del acompañante; al igual que la camioneta, era prestado y ya no lo necesitaba más.

Sólo tomó la larga linterna negra de seis pilas a la que le había dedicado tanto tiempo y atención. Stewart la había bautizado burlonamente como el «rifle furtivo», pero de todos modos apreciaba la precisión de los mecanismos que juntos habían colocado en su interior.

No había nadie en treinta metros a la redonda cuando Brannigan salió de la camioneta. Caminó junto a las partes traseras de los vehículos estacionados balanceando la linterna sin dificultad y se dirigió hacia los baños que estaban usando los miembros de la prensa. Al cruzar detrás del vehículo del Obstructor, de repente

cambió de dirección y se acercó a la camioneta. Sólo necesitó dar dos largos pasos para encontrarse cerca.

Sosteniendo el mango de la linterna con ambas manos, colocó el anillo de la lente contra la puerta izquierda y deslizó el pestillo hacia adelante. La herramienta saltó en sus manos y se produjo un sonido parecido al de una puerta de auto cuando se cierra. El sonido fue provocado por una púa de acero templado al hacer un agujero en la lámina de metal con una carga de aire comprimido.

El sonido sibilante que siguió podría haberse confundido con una goma desinflándose. El sonido se produjo por un aerosol condensador disparado a través de la punta de la púa. En escasos dos segundos, se detuvo. Todo se detuvo, esperando.

La puerta delantera derecha de la camioneta del Obstructor se abrió con la suficiente fuerza como para golpear al vehículo contiguo con un crujido y volver a cerrarse.

Brannigan arrojó la linterna y retrocedió. Su mirada se dirigió al punto ciego del espejo y se encontró con la mirada del conductor.

Un momento después, se oyó un ruido sordo cuando el aerosol produjo decenas de arcos para el paso de la corriente de alto voltaje que fluía a través del Obstructor y su generador. Brannigan lo vio por el espejo detrás del conductor: rayos que bailaban furiosos en su botella de metal. La vibración del generador se convirtió en un gemido, luego el silencio. Los hombres en la camioneta también estaban en silencio.

Brannigan giró y se alejó rápidamente. Un policía del campus, intrigado por algo que creía haber oído, pasó a cinco metros de distancia, pero no lo confrontó. En cuanto le fue posible, Brannigan se ocultó en la oscuridad.

—Gooch, es tu turno —dijo por su comunicador personal.

Ésa era su última obligación en el equipo. Desde ese momento, podía preocuparse por su huida. Ya había cumplido con su parte. Había una brecha en el escudo alrededor de Grover Wilman, una brecha que se elevaba hasta el cielo. Y mientras Brannigan huía, un fantasma negro descendía por esa brecha con sus alas negras, tan silenciosas como un susurro. Llevaba consigo un oscuro haz de muerte dirigido al auditorio Cohén.

El tono del moderador se había vuelto cortante de tanto repetir:

—Se le ha terminado el tiempo, señor Trent.

John Trent se inclinó levemente y aquietó el comunicador vibrando contra su muslo.

—No he terminado. Senador Wilman, usted es un mentiroso. —Su micrófono dejó de funcionar, pero no necesitaba uno en esa sala—. Les prometió que si todos nos reunimos en un rebaño, nadie correrá peligro de que lo ataquen los lobos. Pero las personas que viven en las áreas marginales sí están en peligro. Algunos morirán al calmar a los depredadores. No moriré yo ni tampoco usted morirá, porque sabemos

cómo actuar en el medio de una manada; tenemos alternativas.

—Todos tenemos alternativas —respondió Wilman—. Podemos elegir ser civilizados.

—Más mentiras —dijo Trent y se bajó del podio—. No quiere que los animales que no están en el centro de la manada sepan qué va a sucederles. No quiere que estén armados y tengan la capacidad de defenderse a sí mismos, porque quizá se les ocurra preguntar por qué son ellos los que están en peligro.

»Toda su postura es un fraude. Se basa en la premisa de que uno seguirá estando seguro una vez que haya abandonado las armas.

—No sabía que usted iba a hablar por los dos —dijo Wilman riendo.

—Le estoy refregando sus propias palabras. Interdependencia. Formación de grupos. Vigilancia vecinal. Multiculturalismo en las escuelas. Planeamiento económico global. Fuerzas de paz internacionales. Comunidad, comunidad, comunidad. Todo se limita a quedarse en el rebaño. Hay que conformarse y soportar lo que vendrá...

—Las familias bien constituidas están integradas por personas que luchan juntas. En ningún hogar bien constituido los padres se enfrentan entre sí con armas o los hijos obedecen órdenes a punta de pistola.

En ese momento, el moderador agitó las manos y abandonó el escenario. Luego fue a sentarse en la sexta fila.

—Y somos todos parte de una gran familia, ¿no es cierto, senador? El abuelo no es un psicópata, la hermana no es una ladrona, el papá no es un violador, el hijo no es un asesino. Todos podemos dormir tranquilos en nuestras camas. Eso sería lo más razonable. Eso es lo que dicta la lógica. Todos podemos estar contentos en el rebaño. Es un disparate creer que hay lobos.

—Es un disparate tratar de enfrentarlos solo —replicó Wilman—. Allí es hacia donde siempre conduce su idolatría al individualismo. ¿Por qué cree que existen las familias, las tribus y las naciones? ¿Qué sentido tiene la identificación grupal si el inquebrantable individualismo siempre triunfa?

—Se ha desviado por completo de la cuestión principal —le respondió Trent—. La verdadera pregunta es si un hombre razonable puede tener razones suficientes como para armarse. La verdadera pregunta es si un hombre razonable puede tener razones suficientes como para matar. Todos sus argumentos sobre el desarme dependen de las respuestas. Si la mente racional responde que sí, entonces no hay locura alguna en la posesión de armas... la locura está en deshacernos de ellas.

El decano reapareció en el escenario mientras Trent estaba hablando y alejó a Wilman del micrófono para hablar con él sin que los oyeran. Mientras tanto, Trent dirigió su atención al público por primera vez.

—Aquí tenemos una sala llena de gente razonable. Jóvenes hombres y mujeres

inteligentes, instruidos, adinerados acostumbrados a zanjar sus desacuerdos con gente también inteligente e instruida a través de una guerra verbal. Vinieron a esta sala para ver a su campeón exponer su lógica e ideas, su ciencia y humanismo y filosofía, y comenzar la lucha. Pero a ninguno de ustedes se le ocurrió que su oponente no iba a respetar las reglas establecidas.

»No, porque si se les hubiera ocurrido, habrían escuchado las advertencias que les envié esta tarde.

El decano estaba por abandonar el escenario, pero la confesión imprevista lo detuvo.

—¿Usted también, decano Franklin? Y con toda su experiencia... ah, pero me olvidaba de que usted también se graduó en esta universidad. Otro hombre inteligente e instruido que vive en un mundo de buenos modales. ¿Por qué no informa sobre lo que acaba de decirle al senador Wilman? —sugirió Trent. Se dio cuenta de que verdaderamente estaba disfrutando muchísimo ese momento.

—Señor Trent, creo que deberíamos redondear.

—Como guste —respondió Trent—. Yo se lo diré. Damas y caballeros, al decano Franklin le gustaría informarles que el Obstructor del senador Wilman ha sufrido un desperfecto desafortunado y que en este momento no puede protegerlos. —Miró al público y se decepcionó ante la falta de reacción—. Quizás el decano pueda decirnos cuál sería una reacción lógica ante esta noticia. ¿O el senador? ¿No les parece?

Giró hacia su podio, tomó bruscamente la tapa superior inclinada con ambas manos, la retorció. Cuando la tapa se soltó, la arrojó al piso con un estruendo. Metió la mano en el interior y tomó la pistola escondida y la levantó por encima de su cabeza para que todos pudieran verla.

—Y ahora, ¿qué me dicen? —preguntó en medio del silencio, del estupor de los presentes—. Y ahora, ¿qué? —Apuntó el arma hacia el público y la deslizó lentamente de un extremo al otro de la sala. No hubo ni llantos ni gritos, sino sólo un crujido y un murmullo—. Recuerdo cuando el Presidente hizo esto en el Congreso, como si se tratara de una lección. Bueno, diremos que esto también es una especie de lección. Usted, el que está en el pasillo, siéntese. Nadie lo autorizó a marcharse.

Giró y apuntó el arma contra el pecho de Grover Wilman.

—Todos dicen que usted es un nombre reflexivo, senador Wilman. Me gustaría que analizara esta situación y me dijera si no le gustaría ser el que apunta el arma.

—Ha estado aquí antes de que el Obstructor se desactivara. ¿Está seguro de que funciona?

Con los SkyEye acercándose y luchando para obtener el mejor ángulo, Trent alzó la mano levemente y disparó por encima de la cabeza de Wilman. La bala penetró los paneles de madera del revestimiento acústico. El sonido fue lo suficientemente convincente como para alentar a una decena o más miembros del público a salir

corriendo hacia las puertas. En el escenario, el senador comenzó a temblar, pero se contuvo, mientras que el decano Franklin se agachó y no volvió a levantarse.

—Azidas —dijo Trent a modo de explicación—. Decano, ¿por qué no va a sentarse con los estudiantes?

—¿De qué se trata todo esto, John? —preguntó Wilman.

—No trate de manipularme, Grover. Sólo responda a mi pregunta —dijo Trent—. Quiero la verdad: ¿no le gustaría ser el que apunta el arma?

—No.

—Mentiroso. —Volvió a mirar al público—. No comprenden realmente el concepto del rebaño que ha tratado de meterles en la cabeza. Si se lanzaran todos juntos sobre el escenario, sin duda me quitarían el arma. Si todos corrieran hacia la salida, la mayoría lograría escapar. ¿No es extraño? No quieren estar entre los que van a morir. ¿No le parece eso una reacción razonable?

—¿Qué quiere Trent? ¿Me quiere a mí? Entonces, deje que se marchen.

—Lo lamento. Necesito su ayuda para demostrar mi parecer. La suya también. Aquí están, como quiso usted que estuvieran: desarmados y desvalidos ante la agresión. ¿No cree que algunos desearían tener un arma ahora? ¿No cree que finalmente estén aprendiendo algo sobre el mundo real? Diga la verdad esta vez, senador. ¿Cómo se siente el ser ahora el indefenso?

—Estaba pensando que no elegí cuál sería mi podio hasta cinco minutos antes de salir al escenario —dijo Wilman, conservando la calma.

Trent rio.

—¡Bien! ¡Muy bien! Entonces tal vez debería mirar dentro de su podio.

Con evidente renuencia, Wilman hizo girar la cubierta de su podio. Cuando se movió, la levantó deliberadamente y con cuidado la colocó a un costado. Los SkyEye se desplazaron hacia la izquierda del escenario para mirar por sobre su hombro al mismo tiempo que él miraba serio hacia el interior del compartimento.

—Para aquéllos que no están mirando en sus casas, el senador Wilman acaba de descubrir que tiene un arma como la mía —informó Trent—. ¿Cuáles son sus opciones «racionales» ahora, senador? ¿Está considerando nuevas opciones? ¿Qué piensa que sus compañeros de banca esperan de usted? ¿Qué le parece algo al estilo Jimmy Stewart? ¿Qué le parece algo al estilo John Wayne?

—Siempre sospeché que usted aprendió todo lo que sabe sobre armas de las películas de cowboys, John. ¿Estamos haciendo algo al estilo *Shane*? «Toma el arma, muchacho».

—Bueno, por qué no la toma. Tome el arma y tal vez pueda reescribir esa escena.

Con exasperación, Wilman bajó los brazos y los colocó a sus costados y dio un paso alejándose del podio.

—¿De eso se trata todo esto? ¿Necesita una justificación pública para matarme?



—No va a convencerme, senador, así que no se tome la molestia. Soy un hombre razonable que ha tomado una decisión racional. Ahora quiero ver cómo funciona su lógica moral.

—No —dijo Wilman—. No pienso participar en este juego.

—Si salvarse a usted mismo no es razón suficiente para tomar el arma, puedo darle más motivos. —Trent extrajo el comunicador del bolsillo del pantalón y desplegó la antena—. Creó que la primera vez que se utilizó un teléfono inalámbrico como un detonador remoto fue en el incidente en el Malí, ¿no es así? Por supuesto, el pobre hombre se olvidó de borrar las llamadas de cortesía de la compañía de la tarjeta de crédito de su esposa, entonces las cosas no salieron tan bien como las había planeado.

—Usted está loco, John Trent —dijo Wilman con un gruñido—. ¿Dónde está la bomba?

La simple mención de la palabra fue suficiente como para provocar exclamaciones y gritos de parte del público, ahora perturbado. Trent esperó a que la cálida oleada de triunfo pasara antes de responder:

—Podría estar en cualquier parte, ¿no es cierto? Afuera de un bar. Debajo de un puente. En un salón donde jovencitos con sus novias están mirando una película que es más vieja que ellos.

»¿Pero cuál sería el acto de justicia en ese caso? ¿Qué han hecho ellos para merecer eso? ¿Acaso ellos conspiraron para hacer que los ciudadanos norteamericanos se volvieran indefensos y débiles? ¿Acaso le hicieron una promesa falsa a una nación crédula? ¿Deliberadamente se propusieron destruir una libertad constitucional fundamental para asegurar su propio poder?

»No. Usted hizo eso. Usted y todos sus amigos de la Facultad Fletcher y la Facultad Elliot y la Facultad Woodrow Wilson y la Facultad Kennedy —acusó Trent señalando al público con un movimiento de su mano libre.

—Usted no organizó todo esto sólo por estas armas —dijo Wilman lentamente—. No era necesario.

—Es cierto, senador. Analice la situación racionalmente.

—Está aquí —dijo, apretando los labios—. Maldita sea, está aquí, donde están las cámaras. —Wilman comenzó a agitar el brazo en dirección al público—. Salgan —gritó—. Salgan ya.

Unos pocos comenzaron a moverse, pero la mayoría de ellos quedaron paralizados en sus asientos.

—No me parece que deberían hacer eso, senador —dijo Trent, acercándose al borde del escenario—. Puedo ponerme nervioso y presionar el botón equivocado. ¿No sería mejor que tomara el arma? Mire cuántas vidas se podrían salvar si tuvieran armas.

—La misma cantidad que se salvarían sin armas —replicó Wilman.

—Es cierto, pero significaría rendirse ante algo que yo considero que es el mal. Y ésa no es mi elección racional. ¿Cree que un conteo quizá lo ayude a decidirse, senador? No tengo intenciones de esperar a que llegue la caballería. Diez, nueve, ocho...

Como respuesta a la presión de Trent, finalmente Wilman, con indisimulado odio, se lanzó hacia el podio y soltó la pistola del pestillo donde estaba enganchada. Cuando hizo esto, Trent bajó el arma y la colocó a un costado de su cuerpo, apretando y sosteniendo el gatillo. No se produjo ninguna detonación. No había más cartuchos. El cargador había sido reemplazado por un transmisor. La segunda vez que apretó el gatillo, la bomba se activó. Cuando lo soltara, se detonaría.

A casi cinco metros de distancia, Wilman apuntó hacia la cabeza de Trent con el arma.

—Muy bien —le dijo—. Aquí tiene la imagen que quería. Se está viendo en todo el mundo en este momento. Usted ganó. Así que coloque todo eso en el escenario. Dígales a estas personas que pueden marcharse.

—No puedo hacer eso, senador, porque nunca sabremos si todo esto fue otra puesta en escena. —Comenzó a levantar el comunicador para poder leer el visualizador.

Wilman hizo una mueca, desplazó la mano con el arma hacia la derecha, le sacó el seguro y disparó.

La bala penetró el hombro izquierdo de Trent, le desgarró tendones y vasos sanguíneos y le astilló el hueso. El shock, no el impacto, le quitó fuerza de las piernas y lo hizo tambalearse hacia atrás. Cuando tropezó con el podio, se le cayó el comunicador de su mano entumecida. Era apenas consciente del tumulto en el auditorio cuando comenzó un éxodo de personas aterrorizadas.

—Gracias —dijo Trent jadeando y aferrando la pistola con fuerza—. Ahora sé que entiendo de cálculos. Aquí está su Gatillo, senador. —Temblando, alzó el arma por encima de su cabeza, la apuntó hacia el laberinto de andamios y cables encima de ellos y dejó que su dedo índice se relajara.

Una mujer ya estaba gritando y rogando. Nadie más podía haber oído el clic cuando una palanca se movió, un trinquete se cayó y un contacto se cerró. Pero fue estruendoso en los oídos de Trent. Nunca oyó la explosión; ocho kilos de explosivos estallaron sobre el escenario, provenientes de una abertura superior. Sólo oyó los gritos, el coro de voces alzadas, que pensó que estaban dedicadas a él, en éste, su día de triunfo.

## 23: Para promover la paz

«Quiero creer que el pueblo, a la larga, va a hacer más para promover la paz que nuestros gobiernos. En realidad, pienso que el pueblo quiere tanto la paz que uno de estos días los gobiernos deberían salirse del camino y dejar que el pueblo obtenga lo que quiere».

*Dwight D. Eisenhower*

A lo largo de los años, los árboles del lado norte de la Casa Blanca habían crecido hasta un punto tal que sólo había tres ventanas desde las cuales uno podía ver el parque Lafayette. Pero aun antes de la llegada del Gatillo, el paisaje tenía menos que ver con la seguridad de los presidentes que con sus inseguridades.

El parque Lafayette era, y había sido por mucho tiempo, el lugar favorito de reunión de quienes realizaban manifestaciones políticas y de los reformistas sociales para hacer oír sus quejas. Estaban ahí todos los días, en todos los climas, levantando con globos carteles escritos a mano, programando pancartas electrónicas y pronunciando diatribas amplificadas. Era, de acuerdo con un experto, «la exhibición secundaria del carnaval permanente de Washington, una colección abigarrada de rarezas políticas y filosóficas cuya dignidad reside sólo en su severa inocencia». El presidente Engler, cuyas políticas habían dado a casi todos algún motivo de queja, había bautizado al parque Lafayette «jardín de los espinos».

Pero inmediatamente después del anuncio del Gatillo, hubo una presencia nueva y mayor en el parque, con una población decididamente más común y de clase media, más cercana a las familias que a los fanáticos. Esa presencia había crecido hasta llenar el parque y rebasarlo durante las noches y fines de semana. Pero era una reunión bien ordenada, hasta tal punto que el servicio del parque no podía ayudar al Servicio Secreto buscando pretextos para cerrar el parque o disminuir la multitud.

Llamándose a sí mismos la «Milicia de la Libertad», llevaban sus propios baños, levantaban su propia basura, esperaban pacientemente en fila en la puerta 5 para presentar sus solicitudes individuales para ver al Presidente, y hasta cantaban de manera entonada durante sus reuniones nocturnas. Entonados por varios miles de voces, esos himnos marciales y cánticos patriotas podían oírse en todas partes en el Prado Norte, a cuerdas en cualquier dirección, y dentro de la Casa Blanca por cualquier ventana abierta.

La única nota discordante era que casi todos los hombres, mujeres y niños en el parque llevaban armas de fuego. Era un surtido caótico de rifles y escopetas, pistolas y revólveres, de todas las cosechas y calibres. En un sentido práctico, ninguna de esas armas planteaba una amenaza para nadie, porque el parque estaba completamente

dentro del campo de los Obstructores de la Casa Blanca. Pero desde un punto de vista legal vigente en los libros, cada una de esas armas de la Milicia de la Libertad constituía una violación no sólo de los estatutos federales (por portación de armas en una propiedad del Servicio de los Parques Nacionales) sino también de las ordenanzas del Distrito de Columbia (por llevarlas ahí por las calles de Washington).

La ocupación del parque Lafayette podría fácilmente haberse convertido en un desastre para las relaciones con el público en una escala no vista en la capital desde la década de 1960, con cárceles llenas, vallados, y más manifestantes que llegaran para tomar los lugares de los arrestados. Pero los oficiales de la ley habían visto la trampa de desobediencia civil que les habían tendido, y acordaron dejar tranquila a la «brigada de los palos de escoba». Aun así, tener ese ejército de ciudadanos acampando en la puerta de la Casa Blanca era un símbolo muy poderoso. Y para Mark Breland era también un símbolo muy preocupante.

Al menos una vez por semana, el Presidente se vio atrapado en una de esas tres ventanas, mirando y escuchando cómo la milicia rezaba, cantaba y marchaba pasando revista por la cuadra cerrada de avenida Pennsylvania. No entendía por qué estaba ahí, ni siquiera después de oír los informes de los agentes del Servicio Secreto enviados al parque. Sólo sabía que no había podido llegar a ellos con su mensaje, no había podido convencerlos de que era hora de buscar otro camino.

La amarga preocupación de Breland sobre la Milicia de la Libertad inquietaba a su gente, pero nadie sabía cómo encarar el problema de manera constructiva. Le tocó al nuevo secretario de Breland, Charles Paugh, plantear el tema finalmente. Lo hizo después de descubrir a Breland en el salón Lincoln en el crepúsculo, de pie frente a una ventana abierta y mirando hacia afuera, mientras los acordes de *El himno de batalla de la República* entraban con la brisa.

—Señor Presidente, por favor. Esto no beneficia a nadie. Y cuando lo vean mirándolos, sólo los alentará.

—¿Qué es lo que quieren, Charlie?

—Balas, supongo —dijo Paugh, con su aspereza característica—. ¿Por qué se somete a esto? Nunca los convertirá. El lobby de las armas es inamovible. ¿Trent no nos enseñó eso? No reconocerán ningún campo intermedio.

—Simplemente no puedo creer que se sentirían más seguros ahí si apagáramos los Obstructores, y si mañana todas esas armas estuvieran llenas de munición viva. No puedo creer que estarían más seguros.

—Es una discusión, señor. Importa lo que ellos creen.

—Lo sé, lo sé. —Frucciendo el ceño, finalmente se alejó del vidrio—. Charlie, descargadas o no, siento como si todas esas armas estuvieran dirigidas contra mí.

—Lo están. Contra usted y contra el próximo que se siente en su silla.

—Pero éstos no son criminales. No son extremistas. No entiendo qué cosa tan

terrible hice para hacer que familias creyentes y que pagan sus impuestos sitien la Casa Blanca.

—Usted les pidió que confíen en la gente en lugar de disparar. Vamos, señor Presidente, la Facción del Nuevo Orden Mundial nos espera abajo.

—Quiero hablar con ellos.

—¿Qué?

—Quiero hablar con la Milicia de la Libertad.

—Oh, oh, no. Usted no quiere hacer eso.

—Charlie, usted es mi secretario, no la policía de pensamiento. Póngase en contacto con John Burke y dígame que voy a ir al parque. —Burke era el agente superior a cargo del destacamento del Servicio Secreto del Presidente.

—¿Al parque? Dios mío, Mark, ¿quiere que lo maten? Si quiere lograr que le den un disparo, por lo menos hágalo aquí, donde podemos mantener las cosas más o menos bajo control.

—Eso no resultará.

—Seguro que sí. Entregan un millar de solicitudes por día para verlo. Entonces, muy bien, mañana los sorprendemos y elegimos a tres ganadores de la lotería. Los traemos a un salón de conferencias, dejamos que maldigan a usted y a su familia durante media hora, y quizás usted abandone esta idea que tiene sobre la razón como el lenguaje común de la sociedad. Y entonces podemos continuar con nuestros asuntos.

—Charlie.

—Vamos. Control de realidad. Ésta es la gente que le envía imágenes tiernas de sus niños con uniformes de camuflaje y con armas semiautomáticas con sus tarjetas de Navidad. No van a escucharlo.

—Entonces los escucharé —dijo Breland—. Encuentre a Burke. Quiero hacer esto ahora.

—Señor Presidente, esto no es algo para apresurarse. Estarán ahí mañana, y pasado mañana, y el día siguiente...

—Charlie... —La voz de Breland tenía un tono de advertencia.

Paugh levantó las manos, resignado.

—Bien. Dejaré que Burke discuta con usted.

—Haga eso. Oh... Charlie, dejemos la barraca fuera de esto —dijo Breland, refiriéndose al complejo de pequeños cubículos del ala oeste ocupados por la prensa—. No tengo la intención de que esto sea un evento mediático.

Paugh hizo una mueca ante la sola idea.

—Créame, haré todo lo que pueda para evitarlo.

No existía ninguna posibilidad de que John Burke dijera que estaba contento con los arreglos de seguridad para la sorprendente propuesta del Presidente. Pero como

Breland estaba tan decidido a entrar en el parque Lafayette sin escolta de ningún tipo si era necesario, Burke hizo lo mejor que pudo dadas las circunstancias.

Alertó a los francotiradores con arcos del techo, y duplicó el patrullaje en las vallas del norte. Envió una docena de especialistas de manejo de multitudes al parque para desparramarse y registrar el humor de los ocupantes. Finalmente, reunió los seis mejores luchadores cuerpo a cuerpo de la lista de la noche como unidad de escolta. Con picas que eran más largas que ellos en una cabeza o más, el séquito de Breland avanzaba hacia el parque con un aspecto decididamente medieval.

Para entonces, la reunión había terminado, y la mayor parte de la multitud se había dispersado en las calles. Sólo quedaban unos pocos cientos de trasnochadores, que vigilaban tiendas desplegadas, tendían sacos de dormir y terminaban la limpieza de la noche. Pero Breland y su escolta fueron inmediatamente avistados por un centinela de la milicia que montaba guardia en la periferia del parque.

—¡Puesto sur uno, llamen a la compañía! —gritó el joven centinela—. Es Breland, el cobarde en jefe. —Repitió su llamado asombrado en unos auriculares con micrófono.

Breland cambió de dirección y se dirigió directamente al centinela que había dado la alarma. Cuando se acercaba, recibió un desafío burlón.

—¿Qué busca aquí?

—¿Hay alguien a cargo, hijo?

—La coronela Harris es la comandante de turno.

Era un nombre y un rostro que conocía de los informes de seguridad del Servicio Secreto sobre la Milicia de la Libertad.

—Eso servirá. ¿Dónde puedo encontrarla?

—No puede. Ya notifiqué a la tienda de los cuarteles. Si ella quiere verlo, vendrá. Si fuera yo, ni me molestaría.

—Si fuera por ti, hijo, te habrían hecho comandante de turno.

Para entonces había empezado a reunirse una pequeña multitud en el punto donde estaban los dos. La escolta de Breland no les permitió acercarse demasiado, pero había burlas más hostiles y despectivas. Breland no les prestó atención y miró detrás del centinela, buscando a la coronela Harris. Finalmente la vio acercándose en compañía de su propia escolta de jóvenes de hombros anchos. Apartándose de sus guardias, Breland avanzó para saludarla.

—Coronela Harris.

Ella hizo un gesto con la cabeza, pero no le hizo un saludo, ni le extendió la mano.

—Señor Presidente. Me sorprende.

—Es un comienzo.

—Podría ser también el final. Me gustaría poder decir que todos aquí respetamos

el puesto aun cuando no respetemos al hombre. Pero la verdad es que esa distinción se vuelve demasiado fina cuando sus ofensas pasan cierto umbral. ¿Qué es lo que quiere?

—Entender por qué han abandonado todo para estar aquí. Y quizá, si les interesa, intentar ayudarlos a entender por qué yo he dejado todo para estar ahí —dijo, señalando con el pulgar sobre su hombro hacia la cerca y la Casa Blanca que se asomaba detrás.

—¿Cuánto necesita entender cuando alguien lo ataca? —dijo un hombre a la derecha de Breland.

Breland se volvió hacia ese lado y lo encontró. Era un hombre de rostro demacrado con pelo negro ralo que salía desde atrás de su ancha frente.

—¿Alguien lo ataca?

—Maldición, sí. Usted me quita mi posibilidad de proteger a mi familia, a mi esposa, el derecho de protegerse cuando tiene que trabajar hasta tarde e ir caminando sola hasta su auto. Usted le quita a mi hijo la oportunidad de protegerse de secuestradores homosexuales y asaltantes drogadictos. Usted nos deja sin defensas en nuestros propios hogares, y debería entender que eso es un ataque. Es un ataque contra la familia, es un ataque contra la Constitución, y eso lo convierte muy bien en un ataque contra mí.

Ese discurso le ganó al orador un cálido aplauso y unas pocas palmadas vigorosas en la espalda.

—¡Bien dicho! —gritó alguien.

Breland inclinó la cabeza.

—Su nombre es...

—Larry Dillard. Puede decirles a sus perros de ataque de la Superintendencia de Contribuciones que me busquen en Cross Plains, Wisconsin.

—No creo en castigar a la gente por decir lo que piensa, señor Dillard. Con todo, ¿me permitiría hacerle unas preguntas?

Dillard se encogió de hombros, aunque parecía vagamente incómodo ante la posibilidad.

—Por supuesto.

—¿Su familia está bien en este momento? ¿Todos bien?

—Sí, por lo que sé. Mi hijo del medio está aquí conmigo. Mis hijos volvieron a casa con mi esposa.

—Bien, bien. Me alegro —dijo Breland, con una sinceridad que la audiencia se resistía a reconocer—. ¿Puede decirme algo más sobre estos delitos, y cómo lo que yo he hecho influyó en ellos?

—Cuidado, Larry, te está tendiendo una trampa...

Dillard hizo un gesto para rechazar la advertencia.

—Delitos, no, usted no me escuchó. ¿Cómo quiere entender? No dije que habíamos sido víctimas. Pero usted nos destina a ser víctimas. Mi esposa pesa cincuenta y dos kilos. ¿Cómo se supone que deba defenderse de un violador del tamaño de usted? ¿Cómo puede volver mi hijo a casa si la banda musulmana en la escuela decide fastidiarlo?

—¿Su esposa iba armada a todas partes?

—Y practicaba en el campo de tiro una vez por semana, para mantenerse en forma.

—¿Y su hijo llevaba un arma a la escuela?

Dillard se puso rígido, pero el desafío ganó a la discreción.

—Por supuesto. Lo hizo hasta que uno de sus escuadrones Gestapo apareció y convirtió el campus en una zona donde la Constitución no está vigente.

—¿Llevar un arma a la escuela no iba contra la ley?

—Como la agresión, pero eso no impidió a los malditos musulmanes mandar a uno de los amigos de Ken al hospital durante tres semanas.

—Así que usted quería enseñar a su hijo a violar la ley.

—Cuando la ley está mal. Cuando la ley es inconstitucional, ése es el deber de un ciudadano.

—Ya veo —dijo Breland, asintiendo sin convicción—. ¿Le parecía que estaba en una posición más ventajosa cuando el violador y la banda tenían tanta probabilidad de tener armas como su esposa y su hijo? —preguntó—. ¿Pensó que ese tipo de carrera de armas mejoraba sus probabilidades de volver a casa?

—¿Qué otras posibilidades teníamos? —intervino una mujer—. ¿No salir nunca de casa? ¿Esperar que la policía nos proteja, cuando nos han dicho que no es su trabajo? ¿Formar bandas propias? ¿O usted piensa que las mujeres deberíamos acostarnos y esperar a los violadores? Quizá sea ésa su idea de una sociedad civil.

—¿Qué razón le he dado para pensar eso? —preguntó Breland—. ¿Por qué debería usted creer que sólo me preocupa el asesinato, y no otros tipos de delitos?

—¿Cómo podemos creer otra cosa? —preguntó Dillard—. A usted obviamente no le importan los delitos que nuestras armas impiden. Si lo hiciera, no nos hubiera quitado nuestras armas.

—Señor Dillard, le agradecería que me deje hablar por mí mismo —dijo Breland—. Sé que hay estudios que sostienen que armar a la gente honesta frustra dos millones de intentos de delito por año. Cuando hablé con el director del FBI sobre eso, me dijo que creía que el número se acercaba más a quinientos o seiscientos mil.

—Así es más fácil para usted olvidarse de las víctimas —dijo alguien con burla desde detrás del primer círculo.

—Vamos, vamos, eso no es justo —dijo otra voz—. Quizás a él le guste la idea de que haya más delitos. Si se desarma al pueblo, tendremos que mendigar al gobierno



ayuda y protección. Esta ciudad quiere que seamos dependientes.

Breland giró sobre sus talones, buscando a quien había hablado.

—¿Por qué prefieren darme los argumentos antes que escuchar lo que tengo que decir? Si es porque ya han decidido no creerme, ¿por qué están aquí? —Se dio media vuelta y capturó la mirada de la coronela—. Yo estaba por señalar que si se cuentan los delitos que las armas impiden, también tienen que contar los que ellas permiten.

—Tonterías —se burló una mujer pequeña al lado de la coronel—. Las armas no hacen criminales. Eso es pensamiento mágico. Mis hermanos y yo crecimos con armas. Mi marido y yo hemos criado a nuestros hijos con armas, y no hay ningún criminal sangriento en ninguna de las dos familias. Explíqueme eso.

—Buena crianza. Sensatez acerca del alcohol y las drogas. Un trato amable con los niños y afecto entre los padres. Suficiente control sobre sus propias vidas, que los hace estar contentos con ellas. Mucha buena suerte —dijo Breland—. Pero no tenemos que ser ingenuos acerca de esto, ¿verdad? No es casual que la gente busque un arma cuando quiere ejercer su derecho a decidir sobre cómo van a ser las cosas. No hay diferencia entre quienes violan la ley y quienes la respetan aquí.

En ese punto, la expresión de la coronela Harris pareció congelarse, y no fue la única.

—Bien —dijo Dillard—, eso explica en gran parte que usted no pueda ver ninguna diferencia entre los asesinos y gente como nosotros. Pienso que todos lo entendemos mucho mejor ahora.

—No es eso lo que dije —respondió Breland, con una expresión de mal humor—. Vamos, no hay ningún público para el cual actuar. Esta gente ya está con ustedes —dijo Breland, marcando un lento círculo con las manos extendidas de ambos lados—. ¿No podemos ser un poco honestos? Se trate de un villano poniendo un arma en la cabeza de un buen tipo, o al revés, todos ustedes quieren lo mismo en ese momento: poder, influencia, peso, es decir, control.

—Yo soy uno de los buenos tipos —dijo un hombre con un vientre redondo que tenía un arma enorme—. Quiero que me dejen solo.

—Lo cual significa que quieren que el mundo sea como ustedes quieren que sea, lo cual significa control. No es una verdad secreta que no pueda decirse, ¿no es así? —preguntó Breland—. Las armas son simplemente como los ejércitos. Hay sólo dos razones para apuntarlas contra alguien.

—Coerción y disuasión —dijo la coronela Harris.

—Sí. Uno levanta un martillo para poner un clavo. Uno levanta un arma para obligar a alguien a hacer lo que uno quiere.

—Ahora, un momento —dijo una joven, baja y con cabello largo y lacio—. Usted lo hace sonar completamente siniestro y serio. ¿Y el tiro al blanco? ¿El tiro al platillo? ¿Los lanzaplatos? ¿Qué hay de la historia, la tradición? ¿Y la caza? Las

armas son divertidas. ¿Hay alguien aquí que no haya disfrutado la primera vez que disparó un arma?

—Más disfruté todavía la primera vez que acerté a un blanco —dijo un bromista secamente. La risa rompió la tensión del ambiente.

—Ahí hay un poco de honestidad, gracias —dijo Breland—. Miren, quizá me puedan ayudar a entender algo. ¿Qué han perdido realmente que los hace querer volver a la situación que había antes de que apareciera el Gatillo? Porque todo lo que me dice el FBI es que los delitos no han aumentado.

—No es lo que yo he escuchado —dijo Dillard—. Lo que yo escucho es que vemos dos, tres, cuatro o más malvivientes que trabajan juntos, irrumpen en las casas, roban a gente en los cajeros automáticos, asaltan a mujeres en los autos.

—Tiene razón —admitió Breland, para el evidente asombro de su interlocutor—. El delito en equipo, como el FBI lo llama. Estamos viendo más delito en equipo, y no me alegro de eso. No veo aún una solución.

—¿Y el equipo del señor Smith y el señor Wesson?

Para sorpresa de Breland, fue la coronela Harris, mirando con seriedad a Dillard, quien atajó esa bala retórica.

—La verdad es que el Presidente tiene razón —dijo ella—. Uno puede encontrarse en desventaja aun llevando un arma. Y ser superado con armas no es mejor que ser superado sin ellas, especialmente dado que sólo el hecho de llevarlas les da una razón para tirar primero.

Dillard escupió, irritado.

—Maldición, coronela, no le dé ayuda a este fascista.

—No le doy nada. La verdad es la verdad. Y hablando de eso... —dijo ella, volviéndose a Breland—. Cuando el FBI no publicó sus estadísticas preliminares durante el último año en la época habitual, muchos de nosotros pensamos que conocíamos la razón: eran malas, y ustedes estaban tratando de pensar cómo limpiarlas.

Breland apretó los labios, e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. En todo caso, los números son demasiado buenos. Aun con el cambio de ciertas tácticas delictivas, las cifras finales deberían mostrar que los homicidios han bajado un catorce por ciento, las violaciones por lo menos un diez, el ataque agravado casi un veinte, los robos armados casi un tercio completo, la mayoría en el sector comercial.

—Oh, esto es pura propaganda —dijo Dillard con rechazo.

—No, son buenas noticias —replicó Breland—. Significa que aún podemos esperar que los norteamericanos seamos tan civilizados como los pueblos de Europa, o de Asia industrializada, o de Canadá. Significa que hallamos una manera de cambiar las reglas y hacer más difíciles las cosas para los criminales, y algunos se

desanimaron, o cambiaron su punto de vista. Significa que el Gatillo y el Obstructor salvaron más o menos a cien mil de sus compatriotas de ser víctimas.

—¿Entonces por qué no las difunde? —preguntó Harris—. ¿Por qué esto no llegó a los medios?

—Porque ordené al FBI no difundir nada hasta que todos los números fueran incuestionables. Porque sabía que algunos serían escépticos, y no quiero ayudar a nadie a pensar que los números habían sido alterados.

—Bien, yo no les creo ni por un minuto —intervino un joven irritado—. Ésta es la gran mentira, es su estrategia de reelección: mear sobre nosotros y decirnos que está lloviendo.

—Suficiente, soldado Terrell —dijo Harris de modo tajante.

—¿Qué?

—Éste es el Presidente de los Estados Unidos, y usted debe respetarlo.

—¿Respetarlo? Oh, esto es una locura. No puedo creer lo que estoy escuchando. ¿Debo respetar a un cobarde, a un traidor? Este hombre le quitó el corazón a la Segunda Enmienda, y el comandante de turno se derrite por agradecerle. Me dan ganas de vomitar.

—Sargento, escolte al soldado Terrell hasta la zona de la cocina.

—No, está bien —dijo Breland, acercándose—. Quiero hablar con él. ¿Cómo te llamas?

—Steve Terrell. —El desafío brillaba en sus ojos.

—Tienes mal los datos, Steve Terrell. Esta tecnología surgió del sector privado, sin un centavo de dinero fiscal ni un susurro de Washington acerca de lo que vendía. Es el sector privado el que la ha hecho avanzar. Y la razón es algo que usted no quiere admitir ante sí mismo: que la mayoría de los ciudadanos no quieren ser pistoleros. No es así como quieren vivir.

—Apostaría que aun la mayoría de los dueños de armas no quieren eso —dijo alguien tranquilamente.

—Ahora esa gente —continuó Breland— tiene un arma propia, una que convierte a ese Winchester que llevas en una pieza de museo, o a lo sumo en un garrote caro. Todo cambia. La Declaración de Derechos no les prometió eterna superioridad tecnológica para la pólvora sin humo y el cañón del rifle.

—Pero sí prometía, maldición, que yo podía mantener mi arma, así podía volarle los sesos a cualquier fascista traidor que tratara de quitármela.

—¿Por eso está aquí, señor Terrell? ¿Espera una segunda oportunidad?

—Estoy aquí para defender la Constitución de todos sus enemigos, extranjeros y nacionales. Se suponía que usted debía hacer eso, también.

—Lo hice —dijo Breland—. Si nosotros fuéramos los fascistas como usted piensa, hubiéramos tomado esta tecnología, equipado a escondidas una flota de

helicópteros y furgones negros, y hubiéramos desarmado ciudades enteras de la noche a la mañana.

—Si fueran los patriotas que deberían ser, hubieran tomado esta tecnología y la hubieran arrojado al fondo del Lago Superior.

—¿Así que usted espera que nosotros desarmemos a su vecino, pero no a usted? —preguntó Breland—. Un doble criterio, muy interesante. Desafortunadamente para usted, la Corte Suprema no lo aceptó.

Terrell hizo un gesto de mofa.

—Esa decisión fue comprada y vendida por los agentes del poder. La élite nunca ha querido que el hombre común esté armado.

La mirada de Breland fue una acusación.

—A usted le gusta mucho su fantasía de persecución, Steve Terrell —dijo, y se volvió a la coronela—. Yo no los desarmé a ustedes. Ustedes aún pueden tener sus armas en su propiedad, si eso es lo que ustedes y sus familias eligen. Aún pueden llevar armas a los bosques públicos para cazar. Aún pueden ir a los campos de tiro y a los clubes de tiro. Si viven, trabajan y juegan en los espacios vacíos del continente, aún pueden vivir confiados en sí mismos, como en las fronteras. Nada de eso ha sido quitado.

»Pero cuando salen de sus espacios privados y bajan de los montes, cuando vienen a los pueblos y ciudades donde vive la mayoría de nosotros, van a hallar más y más lugares donde sus armas no son necesarias ni bienvenidas. Y van a tener que tomar una decisión.

»¿Van a darse vuelta, y mantenerse afuera? ¿Van a unirse a nosotros y a aceptar nuestras reglas? ¿O van a abrirse paso y van a tratar de hacer nuevas reglas para ustedes y para sus armas? Eso es lo que me he estado preguntando cuando miraba desde esas ventanas de ahí, qué elección harán ustedes. —Examinó lentamente el círculo, intentando leer las expresiones, inescrutables en la oscuridad—. Cuando la hayan hecho, supongo que no estarán más aquí.

—Usted no estará ahí mucho más —gritó alguien con entusiasmo desde la oscuridad.

—Probablemente no —coincidió Breland—. Y sé que no me extrañarán, pero vayamos a donde vayamos desde aquí, todos vamos a seguir viviendo en el mundo que creamos con nuestras elecciones. Pueden hacer un mundo de individuos, donde cada uno cuide de sí mismo. O pueden correr un riesgo limitado, unirse al resto de nosotros e intentar una comunidad.

—Palabrerío colectivista.

—No. Es algo llamado trabajo en equipo —replicó Breland—. Sé cuánto puede funcionar. Lamento que ustedes no. No creo que los seres humanos hayan sido creados para vivir solos, con miedo unos de los otros. Pienso que todos nuestros

mejores momentos han llegado cuando dejamos ir ese miedo y nos reunimos. Aun cuando hay fieras afuera, y algunos de nosotros perderemos nuestra apuesta.

—¿Usted se ofrece?

—Si es necesario —dijo Breland—. Si todo lo que nos importa es nosotros mismos, ¿qué tenemos? Piensen en grande. Kant lo llamaba el imperativo moral: actúa de manera tal que lo que usted haga pueda servir como una ley universal. ¿Quieren vivir en un mundo en el cual otros diez mil millones de personas los sigan? Ésa es la verdadera prueba. Ésa es la elección que realmente estamos haciendo.

»Y eso es todo lo que vine a decirles. Aunque no lo sabía hasta ahora. Estén seguros de qué elección hacen. —Sus ojos buscaron los de la coronela, y esbozó una sonrisa dura—. Gracias por escucharme hasta el final. —Ella asintió, y él se dio vuelta para irse.

Como era inevitable, había algunos en la multitud que no querían darle a Breland la última palabra. Fue seguido hasta el límite del parque y más allá por un pequeño círculo de detractores que gritaban sus desafíos y sus maldiciones del otro lado del anillo de escoltas del Servicio Secreto.

A un joven en uniforme no le bastó con lanzar insultos. Cuando el Presidente se acercaba a la puerta, cargó desde atrás con una piedra del tamaño de un puño en cada mano.

—¿Piensa que está seguro? ¡No está seguro! —gritó a diez metros de distancia, luego tomó impulso y lanzó una piedra.

Pero un agente ya se había ubicado en una posición de obstrucción, y había desviado con sus compañeros el misil, que dio sin daño contra la cerca de acero. Al mismo tiempo, un segundo agente cargó contra el atacante con una lanza, mientras los demás se agachaban. El agente derribó al muchacho con un solo golpe en el abdomen, y luego se retiró para cerrar el círculo alrededor de Breland.

Eso fue todo lo que Breland vio. Fue rodeado, llevado hacia adelante por la puerta, y empujado por el parque por su escolta. Charles Paugh fue a su encuentro en el sendero, y su tono de reproche era un poco diferente del de los que estaban del otro lado de la cerca.

—Predecible. Completamente predecible. Si molesta a las avispas en su avispero, atacarán. Espero que haya saciado su curiosidad, porque John Burke va a querer ponerle una bolsa en la cabeza y encerrarlo en el sótano por un mes.

—Todavía pienso que valía la pena —dijo Breland—. Sólo terminó mal. —Pero no podía fingir que el ataque no lo había alterado—. Voy a subir. Dile a John que si quiere darme una tunda, puede hacerlo por la mañana.

—Le diré. Aléjese de las ventanas durante el resto de la noche, ¿sí?

Pero John Burke no entendió la insinuación. Media hora después, estaba en el teléfono con el Presidente, pidiendo diez minutos.

—Quiero mostrarle algo que quizá lo haga dormir un poco mejor.

—¿Tienen al muchacho?

—El atacante está detenido, sí.

—Eso es suficiente para mí.

—Puedo hacer más, señor Presidente. No se arrepentirá.

Breland cedió, y poco después Burke emergió del ascensor con un bloque de memoria en la mano izquierda.

—¿En su estudio? —preguntó.

—Da igual.

Burke pasó primero y se instaló en la silla más cercana a la pantalla empotrada del centro de medios, con el tablero de control sobre la falda. Breland estaba parado cerca de su silla de trabajo favorita, una reclinable de cuero muy usada.

—Éste es el ataque, desde la cámara dieciséis —dijo Burke mientras aparecía en la pantalla una imagen fantasmal con poca luz—. Observe al atacante en la esquina superior izquierda. Ahí y ahora se detiene para gritarle... ése es el agente Frank Baines que avanza y evita el proyectil lanzándolo afuera.

—Buen tiro —dijo Breland con un gesto de aprobación.

—Le diré que usted dijo eso. Le gustará, es un simpatizante de los Dodgers. Ahora acá hay una parte que no vio. Ésa era la agente Toni Waters, quien apartó al atacante. La razón por la que no lo persiguió ni retuvo soy yo: mis órdenes al destacamento eran que retirarlo a usted era más importante que cualquier otra cosa. Así que el atacante tuvo una oportunidad de recuperarse y salir corriendo, con la ayuda de algunos de sus compañeros. Estoy seguro de que lo hubiéramos hallado, pues la marca de tintura del palo va directamente a través de la ropa y entra profundamente en la piel.

—Espere un minuto. ¿Cómo «lo hubiéramos hallado»? ¿No me dijo que estaba detenido?

—Así es. Ésta es la vista desde la cámara dieciocho, aproximadamente diez minutos después. Ésa es nuestra gente, en el fondo, que se organiza para rastrillar el parque. Ahí, arriba en el centro, está lo que quería que viera.

Breland lo miró de soslayo. Un grupo de seis personas surgía del parque, y era evidente que una de ellas era arrastrada contra su voluntad.

—¿Ése es el hombre?

—Es él. David Joseph Markham.

—Su gente en el parque lo apresó, entonces.

—No tuvieron oportunidad de hacerlo —dijo Burke—. La milicia lo apresó por nosotros. Arresto de los ciudadanos. Ahí está el comandante de la noche y el sargento, sacándolo y entregándolo al agente a cargo.

—No puedo creerlo...

—La primera vez que vi esto, pensé que quizás ellos pudieron ver que nos preparábamos para provocarlos a todos, y que no podrían esconderlo, así que mejor entregarlo. Pero luego escuché el informe de los agentes en el parque: el muchacho no se detenía e iba derecho por la avenida Liberty, gritando para que sus amigos se interpusieran entre él y los agentes. Supongo que tenía menos amigos ahí de los que pensaba. Lo prendieron al norte de la fuente.

—Nunca hubiera esperado esto —dijo Breland, incrédulo—. Nunca hubiera esperado ninguna ayuda de ellos.

Burke apagó la imagen, que había quedado congelada en el último cuadro.

—Bien, quizá sea por eso que la coronela Harris dijo lo que dijo. Yo no sabía exactamente lo que significaba.

—¿De qué habla?

—Cuando ella entregó a Markham, le dio al agente un mensaje para usted. —Sacó una tarjeta blanca de un bolsillo del pantalón y miró torvamente la letra garabateada—. Dijo: «Díganle al Presidente que apuesto a él, a Kant y la comunidad, y espero que sea algo más que palabras bonitas». —Dejó caer la tarjeta en la consola y levantó la mirada—. ¿Quién es Kant?

Pero para entonces, el Presidente no escuchaba más. Se había alejado y miraba la ventana hacia el parque, aunque las ramas densas de un arce le tapaban la vista.

—Yo también, coronela —dijo Breland suavemente—. Yo también.

Breland permaneció sentado solo durante casi una hora, pensando sobre Grover Wilman y recuperándose un poco de su encuentro con la Milicia de la Libertad. Ahora que la frustración había dado paso a una cansada resignación, le parecía que haber ido al parque había sido una imprudencia.

Sólo cuando se puso de pie para marcharse tocó la tarjeta que Burke le había entregado. La tomó con la intención de guardarla en un bolsillo y le echó un vistazo al pasar.

Pero esa rápida mirada se detuvo en una *P* plateada grabada en relieve, con una flecha apuntando hacia la derecha. Junto a ella, estaba el nombre *Carol Westin Harris* y debajo una dirección de correo electrónico. En la parte trasera, lo que Burke había dicho que era su firma era un eco de lo impreso en la parte de adelante, grabado en letras más pequeñas en el costado derecho inferior.

—Diablos... ¡Burke! —gritó y se dirigió hacia la puerta. Para cuando llegó hasta ella, estaba corriendo—. ¡Charlie!

Nadie respondió. Breland corrió nuevamente hacia la sala de prensa y se arrojó sobre el sillón frente al televisor.

—Vox. Conectarse. Seguridad, Puesto 1. —Una imagen de baja resolución de un joven marine sentado a un escritorio apareció en el costado superior derecho de la pantalla—. ¿Quién es ése, cabo Mackie? —le preguntó al guardia—. ¿Quién está en

la casa, cabo?

—Señor Presidente. Puede ver la lista de los presentes en el canal treinta desde cualquier nodo de comando. Recibirá una imagen instantánea ahora.

La lista de personas en la Casa Blanca ocupó todo el lado derecho de la pantalla.

—Maldición, son todos miembros del personal, del área ejecutiva. ¿Dónde está Charlie Paugh?

—Ya se fue, señor.

—¿Y Burke?

—El capitán Milton está a cargo esta noche, señor.

—¿Y la señora Tallman? Maldición, le dije que se fuera a su casa. Tenía gente invitada a cenar. ¿Hay alguien en el área administrativa? ¿En la biblioteca? ¿Qué horas es?

—Se ve a un técnico en el área administrativa; no hay nadie en la biblioteca. Son las dos y diez de la madrugada.

Breland hizo un gesto impaciente con la mano.

—Vox. Cerrar. —Pensó un instante—. Vox. Búsqueda en la red. Comillas, Futuristas, cerrar comillas.

Los veinte minutos de navegación alocada dieron como resultado una comedia, un trío musical. Dos grupos de admiradores de la ciencia ficción (los Nuevos Futuristas y los Nuevos Futuristas Originales) y un grupo de escritores muertos (que no incluía a Sturgeon, el que Wendell Schrock había mencionado), dos novelas, una película en dos dimensiones, un juego de aventuras de realidad virtual y una serie de libros de historietas de un superhéroe. Nada parecía estar relacionado con el símbolo de la P y la flecha.

Sí lo encontró en varios de los sitios dedicados a Sturgeon, junto con unas cuantas citas atractivas sobre el amor, la razón y la paz mundial. Pero no había mención alguna de Schrock o de Harris ni de una Alianza para un Futuro Humanista. No tenía ninguna presencia en la red, lo cual a Breland le pareció desconcertante. Ni siquiera las poderosas redes proporcionadas para su consulta por la Oficina Nacional de Información pudieron conectar a Wendell Schrock y Carol Westin Harris.

«Al diablo con el protocolo», pensó Breland y llamó a Schrock. Fue necesario otro aparatito para penetrar en el sistema de mensajería del analista y hacer que su teléfono sonara.

—¿Qué sucede? ¿Quién es? —preguntó Schrock, adormilado.

—Necesito hablar con usted, Wendell —dijo Breland—. Vox. Mandar vídeo.

—Señor Presidente. —La sorpresa en la voz de Schrock fue evidente.

Breland tomó la tarjeta y la colocó delante de la lente de primer plano.

—Esta noche me hicieron un favor inesperado —comenzó a decir.

—Sí, me enteré —respondió Schrock.



—Se enteró... ¿Cómo?

—Había por lo menos tres cámaras en el parque. Es la historia principal de los noticiarios de la noche.

—Desgraciado...

En ese momento, la imagen de vídeo entrante mostró el rostro y los cabellos revueltos de Schrock en la pantalla.

—Está funcionando de maravillas, señor. También me enteré por Carol, en un encuentro.

—Entonces, ella es una de los suyos. ¿Esto tiene que ver con lo que conversamos antes? ¿Ésta es la ayuda que dijo que podría existir?

—No, señor. Sólo fue una cuestión de suerte.

Breland desvió la mirada, sacudió la cabeza y luego volvió a alzar la mirada.

—Wendell, verdaderamente le agradecería una explicación. ¿Quiénes son ustedes? Sabe que no hay manera de encontrar el símbolo de ustedes en una búsqueda por la red.

Schrock se rio.

—Sólo tiene que saber cómo hacerlo. Bien, una explicación. No hay credo ni constitución que pueda citar, entonces tendrá que conformarse con el Evangelio según Wendell. Le diré cómo fue y luego le diré cómo ha cambiado en los últimos dos días.

»Los Futuristas nacieron en la red y no podrían existir sin ella. La red es donde los fundadores se conocieron y donde en la actualidad los miembros se mantienen en contacto y hacen la mayor parte de su trabajo. Sucedió de ese modo porque la red se está ahogando en la ignorancia, en la desinformación, la hostilidad, el curanderismo, la propaganda, las crédulas pseudociencias, la racionalización y en el pensamiento llanamente ingenuo. Los Futuristas son personas a quienes todo eso les provoca consternación, porque creemos que podemos elevarnos más alto y exigir un poco más de nosotros mismos y de los demás.

—Mencionó algo al respecto cuando habló conmigo.

Schrock asintió.

—Creemos que hay una chispa de razón en todos los seres humanos y en su luz se puede percibir un atisbo de la solidaridad propia de la humanidad y el camino hacia el futuro.

—Quizá le robe esa frase.

—Por favor, hágalo. Entonces, para pertenecer no tiene que decir que cree en A o en no A. Sólo tiene que decir que sabe que existe una forma racional de elegir entre esas opciones. Ser un Futurista implica comprometerse a hacer la próxima pregunta, a mantener la mente abierta, a poner a prueba las ideas, en especial las reconfortantes y tentadoras que tan a menudo trascienden las defensas lógicas. Profesamos una fe

irracional en el poder de la razón. La pasión puede hacernos avanzar, pero la razón nos hace elevar, por lo tanto, tratamos de ser amigos de la razón siempre que podemos.

—¿Cuántos son?

—No muchos. Algunos millones que saben que son miembros. Con optimismo, algunos miles de millones que no lo saben... como usted.

—A nivel internacional.

—Por supuesto. Ésa es la promesa aún no concretada de la red: una comunidad apátrida de personas instruidas que trabajan juntas con fines progresistas, incluyendo la búsqueda de la verdad. Un Nuevo Orden Mundial civilizado en el que no se mata a la gente por tener diferentes creencias que las propias: se les enseña si se puede, se aprende de ellos lo que se puede y se promueve la tolerancia mutua.

—Hay mucho idealismo en todo eso.

—El idealismo es el caballo —admitió Schrock—. Pero la razón es el jinete. Bueno, así llegamos hasta esta noche.

—Usted dijo que algo había cambiado...

Schrock asintió.

—Algunos de nosotros —o muchos de nosotros, creo— hemos estado trabajando en el tema del desarme por algún tiempo. Pero los hechos de los últimos dos días han hecho reaccionar a los miembros como nunca antes había visto. Nos hemos estado reuniendo continuamente desde que el senador Wilman fue asesinado y he visto treinta mil simpatizantes conectarse de repente. De eso surgió algo que nunca imaginé: formamos un comité. Vamos a organizar un esfuerzo coordinado para apoyarlo a usted y a Razón sobre la Locura. Ya hay miles de voluntarios.

—¿Para hacer qué?

—Para oponernos a aquéllos que quieren que usted fracase, que quieren que el desarme fracase, que piensan que la pérdida de un privilegio es un precio demasiado alto a cambio de la paz. Hace meses que andan por ahí presionando. Sabemos que están organizados: todos dicen lo mismo y hacen el mismo descerebrado discurso. No debaten, sólo hacen propaganda. Y saben muy bien cómo hacerse oír.

»Vamos a apostar a que la razón triunfe por sobre la propaganda. Hay infinitos lugares tanto en el mundo real como en el virtual donde la gente se reúne a conversar: salas de chateo, reuniones públicas, foros de lectores, charlas por la red, bares, parques, bancos. Allí estaremos. Nos aseguraremos de que haya una voz paciente y reflexiva que hable en nombre de la cordura. Y nos vamos a hacer oír.

—Le envidio su optimismo, Wendell. Le confieso que he estado luchando para encontrar el mío.

—No se rinda, señor —le pidió Schrock de corazón—. No podría haber estado más orgulloso de mi Presidente que cuando lo vi abrirse paso entre la multitud a sólo

cuarenta y ocho horas de que asesinaran a su amigo. Usted cambió una mente esta noche. Cambiaremos diez más mañana y cien al día siguiente. Sólo siga hablando con esa chispa de razón y de a poco le insuflaremos vida.

El Obstructor de maletín hizo su aparición en la Exposición de Equipos Electrónicos de Consumo en Las Vegas. Toshiba exhibió un sistema refinado de tres partes con un compartimento con alimentación para la casa, otro para el baúl del auto y un maletín de ocho kilos con capacidad de una hora de operación continua a corta distancia o a tres ráfagas de larga distancia. Estaba dirigido a las preocupaciones de los ejecutivos y venía con una etiqueta de un precio de cinco cifras que poco hizo para atemperar el interés. Safeco introdujo el Pasaje Seguro, una versión civil del Supresor para la mochila, que las fuerzas de policía habían adoptado en veintiocho países, y el Centinela, un accesorio para su sistema modular de defensa del hogar.

Pero el gran éxito de la exposición fue el Escudo de Plata Celestial, un Obstructor despojado envuelto para el hogar. Construido con componentes menos refinados que los demás productos, el Escudo de Plata tenía el tamaño de una mesita y el peso de una heladera pequeña, con el voraz apetito eléctrico de una estufa de resistencia cuando se lo ponía en modo continuo. Pero estaba a la venta por el precio de un buen televisor, y el diseño y la colocación (en el límite entre un artefacto y un mueble) era muy creativo: Los pedidos previos a la exposición llegaron a niveles récord, y en seis semanas Celestial había vendido toda la producción proyectada del primer año. Goldstein viajó a Asia para buscar más capacidad.

Los «dispositivos Horton» como una mercadería provocó una rápida respuesta del Congreso, que trató de estrangular el incipiente mercado con regulaciones. El proyecto de ley del senador Hap Neely sobre «paridad de autodefensa e igualdad» fue un claro intento de detener la posesión de Obstructores de propiedad privada, limitándolos a un campo de treinta metros o a la línea de propiedad más cercana, si estuviera más cerca. La ley fue aprobada con un margen a prueba de veto, pero los abogados de Arsenal del Escudo de Vida la enterraron en papel antes de que pudiera ser efectiva.

—Si los autores de esta legislación quieren salir a la luz para demostrar públicamente que las armas de fuego y las municiones que están en uso en la actualidad tienen un rango de sólo treinta metros y respetan las líneas de propiedad —dijo el abogado principal desde la escalinata de los tribunales—, los demandantes con mucho gusto retirarán su solicitud. De otro modo, contamos con la corte para exponer la farsa que es esta ley.

Todo salió bien en el juzgado del distrito, pero el Congreso volvió a la carga. Esta vez, se trató de un ataque con tres cañones, que se valió de los mecanismos burocráticos federales.

Un comité de la Cámara ordenó a la Comisión Federal de Comercio investigar

«cuestiones de salud y de seguridad» concernientes a la exposición prolongada de los niños pequeños y las mujeres embarazadas a campos de influencia del Obstructor. Un panel del Senado ordenó a la Administración Federal de Aviación y la Comisión Federal de Comunicaciones investigar conjuntamente la posibilidad de que un accidente de Venture Star en Dallas hubiera sido causado por la interferencia del Obstructor, instalado en la estación de lanzamiento. Y se solicitó a la Administración de Alimentos y Drogas que mirara los informes que afirmaban que los dispositivos de Horton estaban matando gente por el daño provocado en los microprocesadores en implantes médicos.

Todas y cada una de las acusaciones eran engañosas, hasta fraudulentas. Pero en conjunto ofrecían no sólo la perspectiva de meses de mala publicidad, sino todo el espectro de acciones regulatorias, desde la anulación de decisiones hasta prohibiciones directas.

Todo formaba parte de la guerra continua de percepciones que se llevaba a cabo en todos los frentes donde se formaba la opinión pública. Pero a medida que avanzaba el año, la lucha se parecía cada vez más al final de un juego desesperado con un resultado decidido de antemano. No habría revoluciones por parte de la gente común contra el gobierno. La clase media no se estaba comprometiendo en una guerra civil.

En lugar de ello, había signos de una evolución en las actitudes públicas no sólo hacia las armas, sino también hacia la violencia. Un despertar de indignación y repulsión, un retroceso del cinismo despreocupado que había permitido al país aceptar la matanza con un gesto desdeñoso.

—Ahora que finalmente sabemos que estamos enfermos, ¿cómo sabremos si estamos mejorando? —preguntaba el protagonista del éxito de teatro *Asylum*.

Muy de a poco iba surgiendo una respuesta.

Por primera vez en la historia, el número de vendedores de armas de fuego con licencia oficial cayó por debajo del número de asistentes para crisis del Servicio Nacional de Salud. Para entonces, los vendedores de armas más visibles eran una especie amenazada. Sólo en el lapso de un año, uno de cada tres había cerrado una tienda, y sólo la obcecación mantenía a muchos otros abiertos frente a la indeleble tinta roja. El circuito de exhibición de armas simplemente colapso, puesto que la cantidad de vendedores superó la de compradores y los precios cayeron en picada.

Los fabricantes de armas de fuego y municiones apenas sobrevivían. Una oleada de fusiones, adquisiciones y bancarrotas había mermado sus filas, y con todo nadie podía decir cuánto tiempo más sobrevivirían. Remington-Colt pasó por cuatro períodos de cierres forzosos. La compañía a la que pertenecía Winchester la separó vendiéndola a un consorcio alemán más interesados en sus fábricas que en sus productos.

Al ver que el uso criminal de armas de fuego caía, el estado de Massachussets rechazó todas las regulaciones de «tiempo, lugar y manera» de armas de fuego, y agregó una ley que convirtió en delito mayor el desarme o la desactivación de un artefacto de Horton. En un mes, otros treinta y cinco estados siguieron un camino similar.

Los ciudadanos comunes también veían menos crimen. Millenium Media, la mayor agencia de programas y servidora de habla inglesa, abandonó el canal Testigo del Crimen de su línea de «esenciales para el hogar» debido a una «erosión de audiencia». Testigo del Crimen mostraba vídeos de crímenes en vivo durante las veinticuatro horas y persecuciones en los seis continentes. Fue reemplazado por Planeta Maravilloso, un nuevo canal de turismo virtual de National Geographic.

Continuaron las malas noticias para Testigo del Crimen, que fue forzado a cortar sus derechos de pago en un tercio y mostrar programas ya dados con doce horas de repeticiones por día. Eso no fue suficiente para salvarlo. Dos meses más tarde, después de que desertara un anunciador clave, el canal intentó continuar como servicio de suscripción. En seis semanas más estaba en la bancarrota.

Ese anunciador clave era el gigante de los alquileres y mudanzas, que había intentado resaltar las características de seguridad de sus propiedades en alquiler especiales con el eslogan «Duerma tranquilo. Cuando vuelva a su casa de noche, vuelva a Hogares Halstead». Como los índices de ocupación bajaban, la presidenta de Halstead anunció que la compañía se estaba reposicionando como «la alternativa de la clase media de lujo y conveniencia».

Ella le dijo al *Wall Street Journal*: «No se puede vender a la gente lo que la gente ya tiene. Necesitamos ofrecer más que seguridad personal para tentar a los potenciales clientes a mudarse».

Era objeto de debate si todos esos desarrollos estaban tan conectados como parecían. Pero el debate hizo poco para impedir que se establecieran conexiones, o que surgiera la esperanza.

Sin duda, aún había lugares que no eran seguros, y gente en la que no se podía confiar. Pero había signos de una decisión de buscar maneras de enfrentar esos problemas sin recurrir a las armas.

Como decía el frecuentemente citado «ninja de Nueva York», el detective sargento Jan Flynn: «Estar armado no es lo mismo que estar seguro, y estar desarmado no es lo mismo que estar indefenso». Flynn, pequeño y de ojos azules, se convirtió en un símbolo de la nueva actitud, demostrando incansablemente ambas proposiciones en auditorios y estudios a lo largo del nordeste. Cientos de programas comunitarios adoptaron la *Guía para la Defensa Personal* de la Policía de Nueva York como la Biblia de sus nuevas clases para adultos.

El estado de Pennsylvania avanzó un paso más, convirtiendo a la defensa personal

y el entrenamiento en manejo de la ira en partes de su nuevo currículum escolar para los niños entre cinco y quince años. El programa, que incluía duelos de gritos y con bates de goma espuma, copiaba exitosos programas piloto en Youngstown, Ohio, y en Baltimore, donde las tasas de ataques juveniles habían bajado más de un diez por ciento.

En Los Ángeles, el carismático líder de la Confraternidad Islámica declaró que Alá había bendecido a los maridos y padres con «el antídoto para el vacío, la esencia del compañerismo y la clave de la rectitud». Con la advertencia de que las «manos ociosas» de un hombre que a los veinte años no estaba casado eran un peligro para sí mismo y su comunidad, Benjamín Muhammad anunció que la Confraternidad empezaría a organizar casamientos para hombres solteros desde los quince años, y de mujeres desde los catorce años.

—Sólo cuando sabemos nuestro lugar podemos hallar nuestro camino — proclamó en el casamiento masivo de las primeras veintiuna parejas unidas por los organizadores—. El amor nos civiliza, y el matrimonio nos llena, y la fe nos eleva.

En Atlanta, una alianza de iglesias bautistas del sur reclutaron un equipo de clérigos mediadores con la idea de impartir un diferente sabor de justicia de la calle. Armados sólo con un banco plegable y la autoridad moral de su investidura, se dedicaron a intentar resolver conflictos donde surgieran, dirigiendo su corte clerical en las esquinas, en las plazas y porches. Los acuerdos que lograron eran cerrados con un apretón de manos y una mano sobre la Biblia, y eran garantizados por las expectativas de los testigos de esa promesa.

En la comunidad había conciencia, y en la conciencia, comunidad.

Pero por muchas afirmaciones colectivas de ese tipo que hubiera, en definitiva el cambio dependía de los actos individuales de valentía y compromiso. La mayoría de esos actos eran privados, invisibles y no festejados. Pero algunos hallaron un lugar en la escena pública, y su influencia iba mucho más allá del simple ejemplo.

Marge Winkins, una viuda y abuela de cincuenta y ocho años, administradora de una sucursal de un Banco de Rochester, Nueva York, se despertó ante el ruido del vidrio roto en la mitad alquilada de su dúplex, ocupada por un maestro retirado de sesenta y seis años con osteoartritis. Preocupada por su inquilino, Marge tomó una lata de un pulverizador para avispa y un palo hindú de malabarismo y fue a investigar.

Sorprendió a dos intrusos adolescentes, ambos armados con cuchillos. Un ladrón terminó en el hospital con heridas graves en los testículos; el otro, cegado por el veneno y la sangre sobre el oído por los golpes que le propinó Marge.

—Yo diría que los sorprendió. Pero ¿por qué no llamó al número de emergencias primero? —preguntaban todos los entrevistadores en los *talk shows* que Marge visitaba.

—Pues, porque yo estaba allí —respondía Marge—. Usted hubiera hecho lo mismo por un amigo, ¿verdad?

El ídolo de la música pop Kip Knight, primer guitarrista para el quinteto de improvisación Mach 5, sacudió su imagen de galán malvado con una confesión grabada en la primera página del sitio en la red de Mach 5.

—Soy un borracho. Y cuando estoy borracho, la horrible mierda que llevo dentro de mí se escapa. He golpeado y herido a todas las mujeres que me han importado. Y a muchas mujeres que no me han importado; todas esas mujeres anhelantes que conseguían el permiso del representante para venir detrás de escena y al hotel recibieron el mismo trato.

»No quiero hablarles de las razones de esto, ni del origen de toda esa ira. Pero quiero pedir disculpas a esas mujeres (Dove, Paula, Noria, Sam, Mackie, y todas las demás) por no encontrar otra manera de manejarlas, por aprovecharme de ustedes de esa manera, porque yo era Kip Knight y ustedes sabían que había una larga fila de mujeres esperando para estar donde ustedes estaban. No debería haberlo hecho. Ojalá, por Holy Pete<sup>[4]</sup>, no lo hubiera hecho.

»Y quiero decir algo a los chicos. Será breve, porque no es nada complicado. Pero escuchen bien, porque es importante: de todas las cosas estúpidas que hacemos, la peor de todas las estupideces es levantar la mano contra alguien que te ama. Sean cuales sean tus problemas, tus demonios, el sabor del veneno que has estado chupando, no hagas lo que yo hice. No tires a la basura esos dones. Encuentra otra manera. Eso es lo que tengo que hacer ahora: encontrar otra manera.

La respuesta a ese llamamiento fue tan extraordinaria que Knight unió sus fuerzas con otras tres celebridades para fundar Otra Manera, un grupo de «no apoyo» para hombres violentos.

Sin embargo, nadie sorprendió a más gente, ni provocó una respuesta más fuerte o de mayor alcance, ni simbolizó más adecuadamente la evolución que el comentarista de medios Herbert Rogers, cuyo programa de máxima audiencia, *Casa de Diversión*, tenía casi tanta influencia en la industria del entretenimiento como sobre los consumidores que escuchaban sus opiniones dos veces por semana.

—Aquéllos de ustedes que pueden recordar el siglo xx saben que he pasado revista a la industria del entretenimiento popular desde la época en que «el teatro de películas» significaba un proyector y una pantalla plana y «vídeo familiar» significaba una cinta VHS<sup>[5]</sup> y un televisor de diecinueve pulgadas en una relación de 4:3 de aspecto —dijo un sombrío Rogers en la apertura de su especial de los *Premios de la Gente*.

»En esa época, yo permitía con gusto que las imágenes de los asesinatos de decenas de miles de seres humanos entraran por mis ojos y llegaran a mis pensamientos. Según mis cálculos, he visto más escenas de crimen que cualquier

detective, más combates que cualquier soldado de carrera y más cadáveres que cualquier patólogo.

»Me avergüenza recordar cuántas veces me senté aquí y recomendé que ustedes le pagaran dinero a alguien para empujar esas mismas imágenes brutales dentro de sus pensamientos. Pero me preocupa mucho más el darme cuenta de que, a lo largo de los años, me he vuelto tan insensible a la violencia que con mucha frecuencia me sentaba en la sala a mirar cómo volaba la sangre y cómo caían los cuerpos, y me aburría.

»En ese entonces no daba importancia a las quejas de que la industria del cine había convertido a la matanza en un deporte con espectadores. Es un mundo violento, me decía a mí mismo, y estas películas sólo reflejan la realidad.

»Yo desechaba las acusaciones de que esos éxitos absolutos de acción y aventura eran adecuados para las fantasías paranoicas de poder, una pornografía de la violencia. Estas películas son dibujos animados, me decía, que nadie podría tomar en serio.

»Yo decía que no a la idea de que la mutilación y la ejecución de hombres por entretenimiento era el producto de un sexismo vicioso. Me decía que el verdadero sexismo era vender entradas para ver los pechos desnudos de las jóvenes actrices.

»Me equivocaba. Me equivocaba por completo.

»Nuestros entretenimientos dependen de que nosotros suspendamos deliberadamente la incredulidad. Nos engañamos pensando que lo que hemos visto y escuchado es real. Eso ha funcionado demasiado bien. Ha trabajado tan bien que nunca podemos quitarnos completamente esas imágenes de nuestras cabezas. Cuando me pregunto si me acordé de cerrar la puerta de atrás de mi casa, no es la realidad de mi vida lo que me hace saltar de la cama para volver a mirar. Son los demonios de un millar de películas de terror y policiales con asesinos locos, que aún viven en el fondo de mi mente.

»Todos queremos escuchar historias que confirmen nuestra visión del mundo, pero hemos dado vuelta las cosas, y ahora esperamos que la realidad sea como nuestra ficción. He aquí un hecho: aun antes de que el Gatillo apareciera, la mayoría de los oficiales de policía pasaban su carrera sin disparar sus armas contra un sospechoso, ni mucho menos herir o matar a uno. ¿Dónde se puede buscar en el catálogo de Blockbuster para encontrar esa realidad?

»Muchos de nosotros creemos firmemente que vivimos en un mundo peligroso en una época peligrosa. Pero la verdad es que ésa es la realidad de pocos. ¿A cuánta gente real vieron golpeada, apuñalada, quemada, víctima de una explosión o herida este año? ¿A cuánta gente imaginaria? Ahora piensen en cuántas veces han presenciado un conteo de cadáveres en una vida de “entretenimiento”.

»¿Por qué hemos permitido que la mentira ahogara la verdad? ¿Por qué



asediamos nuestros sentidos y envenenamos nuestra sensibilidad de esta manera? No puedo encontrar una buena respuesta, y eso me dice que es momento de parar. No es más que una adicción a la adrenalina.

»Suficiente, entonces. Voy a desintoxicarme. Voy a dejar esta sustancia. Ya he visto suficiente guerra, asesinatos y muertes que importan sólo porque conectan la escena dos con la escena cuatro, suficientes bandas, gánsters, terroristas crueles y asesinos seriales enloquecidos.

»Quiero conocer a los escritores y directores que saben algo sobre el resto de nuestras vidas, sobre todos los tipos de momentos que llenan nuestros días y hacen al ser humano tan glorioso, sorprendente, trágico y paradójico. Ésa es mi elección. De aquí en adelante quiero estar conectado con la vida, no desconectado de la muerte.

»Pueden verme aquí la próxima vez si eso es lo que quieren, también.

No lo hicieron todos los espectadores, pues el rating de *Casa de Diversión* cayó profundamente al principio, y el correo de Rogers se llenó de quejas sobre «censura», «paternalismo», y aun «acechante fascismo cultural». Pero después de que se alejara la primera oleada de desertores, el rating de *Casa de Diversión* empezó a subir de modo constante hasta niveles equivalentes y hasta superiores a las cifras anteriores, y el correo elogiaba la «sensatez poco común» de Rogers, y celebraba el «brote de cordura».

Con todo, a unos miles de kilómetros filosóficos de Jan Flynn y de Herbert Rogers, estaban aquéllos que veían cualquier transacción con el nuevo orden como traición, y que se oponían absolutamente a permitir que se convirtiera en el nuevo estado de cosas. Esos disidentes habían permanecido inexplicablemente callados, pero estaban por hacerse escuchar.

—¿Va a pagar en efectivo, realmente?

Jeffrey Horton asintió sin decir una palabra y extendió seis billetes de veinte dólares sobre la línea de verificación. La sorpresa del joven empleado del negocio no era algo nuevo para Horton. Aun en las pequeñas ciudades en el medio de la nada a las cuales restringía sus visitas, comprar más que unos dólares de artículos en efectivo alcanzaba para que lo catalogaran a uno de excéntrico, en el mejor de los casos. Desde que las tarjetas de débito aseguradas con huellas digitales se habían convertido en el principal medio de intercambio, el disminuido resto de economía en efectivo pertenecía a evasores de impuestos, iconoclastas contrarios al establishment, deudores fugitivos y otros variados tipos de personajes raros y pequeños delincuentes.

A Horton no le importaba que se lo asociara con esa gente. Aún más, su barba, ahora lo suficientemente tupida para cambiar por completo la forma de su rostro, y su anticuado pelo largo invitaban a hacer esa relación. Esa imagen algo deshonrosa le otorgaba cierto tipo de privacidad, pues la gente, aunque pudiera mirarlo fijo, no se le

acercaba fácilmente a hablarle.

Además, realmente no tenía opción. Entregar dinero era la única manera de escapar a que fuera identificado. Era casi completamente invisible en los registradores de transacciones digitales que podían rastrear a la mayoría de la gente de manera asombrosamente detallada, y se movía por los estados del norte como un fantasma, dejando la menor cantidad de huellas posible. No usaba más transporte comercial de ningún tipo, ni hospedajes públicos, sino que su furgón adaptado cumplía con ambas necesidades, y con una discreción mucho mayor. Podía viajar semanas sin identificarse, y meses sin oír su propio nombre.

Era cierto que los retiros periódicos de efectivo traicionaban momentáneamente la ubicación de Horton a cualquiera con acceso a sus registros bancarios. Pero esos retiros eran siempre lo último que hacía antes de emprender el viaje, después de comprar sus vituallas, hacia una ubicación nueva y aislada que podía estar a muchos kilómetros en cualquier dirección. Entonces se quedaba en ese nuevo lugar hasta que su privacidad se veía invadida o se acababa su dinero, y entonces volvía a una ciudad y empezaba nuevamente.

Una vez había sufrido un robo, a manos de alguien que notó lo grueso de su fajo de billetes y lo siguió hasta el bosque. Había tenido tres encuentros cercanos con osos, y en el último de éstos había deseado tener un arma mientras un oso negro de trescientos kilogramos se lanzaba contra el vehículo y arrancaba pedazos de su guarnición y la rueda de auxilio de la puerta de atrás. Había sido encontrado por guardabosques y guardias de caza más veces de las que recordaba, aunque con menor frecuencia desde que tenía su telescopio de doscientos milímetros de amplio campo autocorrelacionado.

Pero ninguno de esos peligros era tan amenazante como la posibilidad de volver a su antigua vida. Aun en los peores días, esa opción no tenía ningún atractivo para él, y no pensaba en ella. El furgón se había convertido en un comfortable hogar de base, especialmente ahora que había vuelto al trabajo.

Pues el telescopio le había dado más que una excusa para estar donde estaba. Le había permitido regresar al mundo de la ciencia de una manera cómoda, con desafíos para su mente y las manos ocupadas. Seguía aprendiendo sobre el cielo y sobre el instrumento, pero ya había empezado a aprovechar las noches limpias y calmas de los bosques del norte para detectar cometas y contar meteoros.

Aparte de eso, tenía sus libros: un archivo enorme de libros de ficción y no ficción postergado durante años, y una guitarra acústica Martin con cuerdas de acero, que antes no había tenido tiempo de aprender a usar bien. Cuando quería escuchar voces humanas, podía poner un programa local de la plataforma de Netcom 9 o del satélite CBC-Oeste de Canadá, o buscar una conversación en línea en el anonimato. Cuando tenía hambre de contacto humano, nunca estaba lejos un burdel en una

parada de camiones.

Aunque no podía decir que era feliz, estaba tranquilo porque había hallado suficientes objetivos en levantarse de la cama al comenzar el día, y la suficiente paz para irse a dormir otra vez a la noche.

Luego llegó la llamada que dio vuelta todo.

Su comunicador aún estaba configurado para postergar todas las llamadas para el videocorreo, y para purgar automáticamente todo el correo sin bandera de prioridad. Había muy poca gente que tenía la clave de prioridad actual de Horton: Lee, su familia, Karl Brohier, la oficina de negocios de Terabyte, su abogado, su contador, su bibliotecario personal de Búsqueda de Datos y, con todo, tenía desconectada la alarma de prioridad. Con intervalos de varios días, generalmente en el medio de la noche, revisaba la cola de mensajes en espera, y respondía algunos, archivaba otros y tiraba el resto.

El mensaje etiquetado USGOVITREASDEPT-MÁXIMA URGENCIA A: JHORTON había esperado dos días antes de que Horton lo viera. Tenía una encriptación doble, personal y secreta. Ambas cerraduras se abrieron sin alarma, dejando un breve aunque inquietante videocorreo.

—Doctor Horton, soy el agente Keith Havens de la División de Protección Especial del Servicio Secreto. Por favor, póngase en contacto conmigo inmediatamente cuando reciba este mensaje. El doctor Karl Brohier está gravemente enfermo e insiste en verlo. Yo organizaré su traslado a un lugar seguro donde lo están esperando.

Horton intentó llamar a Brohier. Había un mensaje personalizado para él.

—Jeffrey, es mi mala suerte que cuando finalmente decides llamarme, no puedo atenderte. Es tu recompensa por desaparecer estos últimos meses. Sírvete un vaso de vino. Te llamaré antes de que lo termines.

Sonaba como algo que había sido grabado mucho tiempo antes, y Horton no confió en la promesa de Brohier. Volvió a abrir el mensaje de Havens y cliqueó en el icono de llamada segura.

—Doctor Horton. —Havens tenía una remera color verde oliva y su cabello corto estaba revuelto. Obviamente, lo había despertado—. Gracias al cielo. ¿Dónde está?

—Wisconsin.

—¿Cuál es la ciudad más cercana?

—Eh... Grandview.

Havens miró hacia otro lado, como si hubiera otro monitor a su lado.

—¿Área de Chequamegon?

—Sí.

—¿Tiene un vehículo disponible?

—Sí. Un furgón para acampar.

—Muy bien. —Havens volvió a mirar a Horton—. Hay un aeropuerto civil en Hayward, sobre la carretera 27 del condado. Podemos tener a alguien ahí en dos horas. Se identificarán ante usted con la palabra clave «Candyland».

—¿Cómo el juego?

—Como el juego.

—Estaré allí.

Havens asintió.

—Doctor Horton, hay mucho en juego aquí. Aparte de consideraciones personales, es extremadamente importante para la seguridad nacional que lo llevemos a usted junto al doctor Brohier. Le recomiendo seriamente que no intente llamar la atención mientras esté solo. Manténgase fuera del aire. Quédese en su vehículo hasta que lo contactemos. Tendrá respuestas para todas sus preguntas en un par de horas.

Fue una escenificación perfecta. La preocupación nubló los pensamientos de Jeffrey Horton, pero ni siquiera se le ocurrió dudar de la autenticidad del mensaje. Aunque Brohier nunca le había dicho nada, Horton sabía por las cartas de Lee que el científico estaba bajo tratamiento por un corazón dilatado, y que había sido «devorado por Washington» después de las exitosas pruebas del Obstructor.

Entonces ni la noticia ni su fuente levantaron ninguna sospecha en él, dado que todas las claves de seguridad se comportaron exactamente como era esperado. Cuando apareció un vehículo azul oscuro en el estacionamiento del campo de aterrizaje pocos minutos después del amanecer, Horton lo vio con esperanza. Cuando dos hombres con cortes de cabello militar y un aire precavido y alerta salieron y se acercaron a él, Horton sintió un alivio impaciente.

—Buenos días, doctor Horton —dijo el mayor de los dos, doblándose para asomarse por la ventanilla—. Somos su escolta a Candyland. Puede llamarme George.

En ese punto, Horton experimentó su primer y único sobresalto de incertidumbre.

—Esperaba un helicóptero, o algo así.

—Está en camino. No había nada adecuado para este campo en Grissom, así que tuvimos que hacer todo el camino hasta Scott para buscar un C-12. Usted se las arregló para elegir un estado donde no tenemos muchos recursos.

—Lo siento.

—No habrá problemas. ¿Está listo?

Horton palmeó el bolso deportivo sobre el asiento del acompañante.

—Esto es todo lo que necesito.

—Bien. —George movió el pulgar hacia su compañero—. Él es el agente Loomis. El y otro agente van a conducir su vehículo, así lo tendrá disponible cuando deje Candyland. Si es tan amable de esperar conmigo en el cuatro por cuatro, podemos dejar que ellos arranquen primero. Tienen un largo viaje por delante.

—Por supuesto —dijo Horton. Bajó, el bolso en la mano, y entregó las llaves a Loomis—. Los papeles están en el bolsillo de la puerta. Ah, cuidado. El freno de mano se traba.

—Tendremos cuidado —dijo Loomis, quien asintió, más hacia el otro agente que hacia Horton, y se instaló en el asiento.

Horton volvería a repetirse los siguientes segundos una y otra vez en su mente. Mientras avanzaba hacia el vehículo, Loomis retrocedió el furgón como para irse. Pero en el último instante frenó en seco y se detuvo muy poco detrás del segundo vehículo, tapando la vista desde la carretera principal.

—Rápido, doctor. Tenemos compañía —dijo George, tomando a Horton y empujándolo hacia adelante. Horton no se resistió, pensando que los agentes lo estaban protegiendo. La puerta frente a Horton se abrió repentinamente, y otras manos lo tomaron y lo llevaron adentro. En el piso, boca arriba, Horton miró a la cara al hombre que se había hecho llamar Keith Havens.

—Cambio de planes, doctor —dijo el hombre, y roció un aerosol con gusto amargo sobre la cara de Horton.

Lo siguiente fue oscuridad y silencio.

Horton recuperó todos los sentidos de a uno por vez. Al principio, lo que éstos le indicaban sólo lo confundió. Aun después de que tuviera que aceptar los mensajes como reales, de tan repetidos que eran, su mente sorprendida no podía armarlos coherentemente.

Le parecía que no tenía miembros. Había un rugido constante, marcado por chirridos y golpes. Era empujado violentamente dentro de un espacio encerrado hecho de superficies duras e irregulares. Los olores del aceite quemado y del moho se juntaban en su nariz. Tenía el rostro helado en una máscara sin boca. Estaba en la oscuridad, pero había luz un poco más allá. Había voces, pero las palabras no tenían sentido.

Luego reconoció un sonido: puertas de autos que se abrían y cerraban con fuerza.

Y algo que no era completo silencio, pero pasó como tal después del baño de ruido en el cual había estado sumergido.

Más ruidos de puertas, mucho más cerca.

Una luz súbita, intensa y enceguecedora, mientras la manta que lo cubría era apartada.

Una ráfaga de aire limpio y dulce.

Finalmente, el reconocimiento: estaba tendido de lado en la parte de carga del vehículo, con las muñecas y los tobillos atados.

—Doctor Horton. No demasiado incómodo, espero.

Era una voz familiar. Mirando de soslayo por las puertas abiertas de atrás del vehículo, Horton reconoció el rostro que iba con él. La cinta que cubría la boca de

Horton hubiera impedido cualquier respuesta, pero de todos modos aún estaba demasiado azorado como para hablar.

—Sáquenlo de aquí.

Dos hombres avanzaron, tomaron a Horton de los codos y lo arrastraron afuera sobre sus pies. Las piernas casi se le doblaron, y sólo las manos que lo sostenían lo mantuvieron de pie.

—Es momento de que nos presentemos correctamente —dijo el hombre que había hablado, el hombre cuyo videocorreio había precipitado todo—. Soy el coronel Robert Wilkins, comandante regional del Ejército del Pueblo de la Justicia Virtuosa. Y usted, doctor Horton, es un prisionero de guerra.

Fue entonces cuando Horton pudo identificar un sonido que había estado presionando su conciencia desde que se habían abierto las puertas del vehículo: el intermitente sonido de las armas de fuego, que venía desde atrás de los árboles.

## 24: De salvaje a erudito

«La guerra no es el estado normal de la familia humana en su desarrollo más alto, sino simplemente un rasgo de barbarie que perdura a través de la transición de la raza desde el salvaje hasta el sabio».

*Elizabeth Cady Stanton*

La cinta fue retirada de los tobillos y rodillas de Jeffrey Horton, pero permaneció en sus muñecas y sobre su boca durante la caminata a través del complejo en el bosque perteneciente al Ejército del Pueblo de la Justicia Virtuosa. Durante el camino, el coronel Wilkins no dijo nada, pero permitió a Horton ver lo suficiente para elevar su ya elevado nivel de temor hasta llegar casi al pánico.

Había vehículos camuflados (cu<sup>[6]</sup>, camionetas, un Hummer y dos furgones) ocultos bajo redes en el límite del bosque. Por lo menos tres tenían montaduras para armas automáticas. Otros tenían un blindaje de planchas de metal alrededor de los compartimentos de los motores, y montaduras para artillería antiaérea en las puertas laterales y traseras.

El sonido de los disparos venía de un campo de puntería con seis estaciones de tiro a un lado de una cuesta sin árboles y una valla de tierra amontonada para los blancos del otro lado. Horton vio de reojo un curso de práctica de tiro entre los árboles, con blancos de siluetas humanas que se armaban y caían.

Aun lejos del campo, había muchas armas por todas partes. Todos los varones adultos iban armados, la mayoría con un rifle y un arma en un cinturón. Los rifles eran en general Colt AR-15 y otros semiautomáticos de estilo militar, aunque Horton divisó más de un verdadero rifle de asalto. En el otro extremo, muchos de los milicianos más viejos tenían rifles para ciervos, y un enano de piernas cortas de cuerpo redondo llevaba una carabina Winchester de palanca.

En total, Horton contó por lo menos veintiséis hombres armados y doce o más mujeres. Oyó voces de niños, pero la persona más joven que vio fue un niño de doce o trece años, y como estaba armado, Horton lo contó entre los hombres.

En el terreno había dos largos edificios que Horton tomó por barracas, un recinto de cocina rodeado de bancos de troncos, un edificio de baños, y una fila de baños portátiles en color verde pardusco. Las barracas eran viejas, y le recordaron a Horton un degradado campamento de verano. «Un campamento de verano para soldaditos...»

A alguna distancia de ese grupo había dos tinglados plateados nuevos con guardias apostados afuera. Todas las estructuras estaban escondidas en los árboles, y

eran invisibles desde arriba.

A nivel del terreno y abajo, el complejo tenía trincheras abrigo en su perímetro, pozos para tiradores en el interior y media docena de terraplenes bajos con puertas de metal de protección para tormentas. Horton estaba siendo conducido hacia allí.

Wilkins abrió la puerta de metal, luego se volvió hacia Horton.

—Puede haber un ambiente un poco encerrado ahí, y no quiero que se ahogue con su vómito —dijo. Luego, con un solo movimiento rápido, arrancó la amplia cinta de la boca de Horton.

Quitó pedazos de barba y de piel con ella, dejando a Horton jadeando de dolor mientras los escoltas lo empujaban por la puerta hacia el hoyo. Giró sobre sí mismo dos veces y terminó boca abajo en una colchoneta húmeda y fétida de aserrín y de barro. Cuando la puerta se cerró sobre él, estaba en la oscuridad una vez más.

Cuando volvieron por él, estaba tan oscuro afuera del pozo como adentro. El fresco aire de la noche que entraba por la compuerta abierta le llevó su propio hedor a sus narices, pues no había resistido más y se había ensuciado horas antes.

—Sáquenlo de ahí —dijo alguien de arriba, y unas manos que aparecieron de arriba lo tomaron de los brazos y lo arrastraron con rudeza por la compuerta.

—Está inmundo, coronel. Compadezco al próximo que tenga que usar el refugio seis.

Horton giró la cabeza, buscando a Wilkins. Lo encontró cuando el coronel volvió a hablar.

—Lávenlo y tráiganlo a la cabina de hombres —dijo Wilkins. Horton lo miraba con ira, pero él se mantuvo distante—. Y luego quememos sus ropas.

Había demasiadas manos fuertes para defenderse. Horton fue desvestido, lo pusieron de pie contra un árbol y lo rociaron con baldazos de agua helada de pozo. Luego, desnudo y todavía empapado, tiritando sin control, lo llevaron rápidamente a una de las viviendas comunales, donde lo hicieron entrar.

Con la luz de las tres bombillas que colgaban del armazón del techo, llegó a ver una larga pared de literas triples, un escritorio con un comunicador, un armero vacío para rifles y un semicírculo silencioso de hombres que los esperaban. En el medio estaba Wilkins, con una expresión inescrutable.

—Vincent, consígale una toalla al doctor Horton —dijo serenamente.

El hombre casi calvo en el extremo derecho del círculo llevó a Horton un rectángulo de tela apenas más grande que un repasador de cocina. Todavía temblando, Horton pasó la tela sobre su cabello húmedo y sus hombros mojados, intentando en vano olvidar que estaba desnudo. Como si leyera los pensamientos de Horton con su mirada fríamente evaluativa, Wilkins levantó la mano para hacer una indicación a alguien a sus espaldas.

—Ropas para el doctor Horton —dijo.



La ropa era un mono como de presidiario color naranja brillante, pero Horton lo recibió agradecido. También estaba confundido por la amabilidad. Dejarlo ahí desnudo y aterido hasta los huesos hubiera sido más acorde con el tratamiento que había recibido hasta entonces, y probablemente recomendado por cualquier manual de psicología de guerra de donde Wilkins hubiera aprendido.

—¿Sabían que el doctor Horton y yo tenemos una conocida en común? —preguntó Wilkins, mirando a sus compañeros—. ¿Usted lo sabía, doctor Horton?

—Es un mundo pequeño —dijo Horton encogiéndose de hombros, rehusándose a preguntar.

—Ahora se hace llamar Pamela Bonaventure, pero es su nombre de casada, ¿verdad, Jeffrey? Cuando ganó la medalla olímpica de tiro, era conocida como Pamela Horton.

Escuchar el nombre de su hermana de labios de Wilkins puso sumamente incómodo a Horton.

—¿De dónde la conoce usted?

—Bien, a diferencia de usted, Jeffrey, ella no se oculta. Nuestros caminos se cruzaron en el campeonato nacional de tiro deportivo de la Administración Nacional de Sistemas de Entrenamiento. Ella tiró muy bien, considerando que sólo tuvo el Weiss-Cushing por unos pocos meses.

De la incomodidad Horton pasó a una ira temerosa.

—¿Qué? ¿La ha estado espiando?

—No, en absoluto. Compartimos un hermoso almuerzo después del juego, eso es todo.

—¿Usted?

—¿Por qué no? Y después fuimos al campo de tiro y cambiamos pistolas unas cuantas docenas de rondas —dijo, riéndose—. Me temo que ella me superó mucho. Los blancos con los que yo practico tienen centros del tamaño de una cabeza.

—Si está tratando de decirme que puede llegar a mis familiares...

—Llegar a su familia... oh, no, doctor Horton, usted no me entiende. Simplemente quiero que sepa que conocemos sus antecedentes. Sabemos que usted y su familia son tiradores. Sabemos de Pamela. Sabemos que su padre es un miembro vitalicio de la Asociación Nacional del Rifle.

—¿Y qué significa todo eso para usted? ¿Qué tiene que ver eso con mi presencia aquí?

—Significa que estamos preparados para creer que usted fue un participante involuntario de la gran traición de Breland —dijo el hombre sentado a la derecha de Wilkins. Tenía una nariz ganchuda, un prendedor con la bandera norteamericana en la solapa de su sucia camisa amarilla y una inquieta mano derecha—. Significa que si nos dice que no sabía lo que ellos planeaban hacer con su investigación, encontrarán

que estamos dispuestos a creerle.

—¿Y luego puedo irme?

—Y luego puede unirse a nosotros —dijo Wilkins—. Puede ayudarnos a enderezar las cosas.

—¿Cómo puedo hacer eso?

—Cuéntenos los secretos del Gatillo y del Obstructor. Nosotros nos ocuparemos del resto.

—Los secretos del Gatillo —repitió Horton lentamente.

—Sí —dijo el segundo hombre—. Por ejemplo, cómo protegerse de él, y cómo detectar un campo del Obstructor antes de estar dentro de él.

—Los tipos de explosivos que son inmunes... —propuso un tercer hombre, y otros se unieron al coro:

—El verdadero rango mínimo —dijo uno.

—Cuáles de los nuevos satélites contienen los grandes controles remotos —preguntó otro.

—Qué van a usar las tropas de las Naciones Unidas en lugar de la pólvora.

—No hay secretos —interrumpió Horton.

—¿Perdón? —dijo Wilkins.

—No hay secretos. Yo publiqué todo. Nada fue ocultado. Está todo en el paquete que publicamos en la red.

—¿Y el Obstructor?

—Yo no trabajé en él —protestó Horton, y luego frunció el ceño—. Pero no hay diferencia. Es simplemente un Gatillo refinado. Trabaja sobre la misma química de nitrato. Debe de tener la misma curva de atenuación. Los circuitos electrónicos tienen que ser vulnerables a un pulso electromagnético, así como el Gatillo y su comunicador y casi cualquier cosa de la civilización. Ustedes no tienen armas nucleares, ¿no? Supongo que no.

—No nos está diciendo nada que no podamos encontrar en *Popular Science* —dijo el hombre de la nariz ganchuda de mal modo.

—¿No lo entiende? Ése es el problema —dijo Horton—. No hay nada para saber que no esté en *Popular Science*. Yo lo entregué para que todo el mundo pudiera tenerlo. No iba a dejar que desapareciera, y no iba a dejar que fuera controlado por la gente a la que le gusta este estado de cosas. Si eso significa que estoy de nuevo en su lista de traidores...

Se encogió de hombros, fingiendo una indiferencia que no sentía. Si su vida dependía de lo útil que pudiera resultar para ellos, era difícil tener esperanzas.

—Si usted no intenta ayudar a resistir contra un gobierno tiránico que está desarmando al pueblo, entonces es un traidor. —El que habló escupió con desprecio.

—Yo los desarmé a ellos primero. ¿No es suficiente?

—¡Diablos, no! —dijo uno brevemente—. Nuestras armas nos daban una esperanza contra ellos. Ellos pueden reemplazar sus armas. Ellos tienen todo tipo de poder. Pueden reemplazarlas en cantidad asombrosa. Ellos controlan los medios, y son los que manejan los hilos, y una nación de ganado que chupa la teta del estatismo. Tenemos que tener nuestras armas, doctor, para romper su dominio. Tenemos que poder contar con nuestras armas si alguna vez vamos a ser libres otra vez.

—No hay manera de hacer un escudo. Nunca aprendimos cómo detectar a la distancia un campo del Gatillo. Así que si eso es lo que esperaban de mí, cometieron un error.

—Si cometimos un error, lo corregiremos —dijo Wilkins—. ¿Pero está absolutamente seguro de que no tiene nada que darnos?

Era una pregunta con un tono ominoso, y Horton buscó desesperadamente algún hueso para arrojarles.

—Puedo decirles que pueden dejar de preocuparse por los satélites. El rango varía con el cubo de la energía, tal como dice en el manual, así que es fácil hacer que los pequeños funcionen en la tierra, así como es imposible hacer algo que funcione desde una órbita.

—¿Ni siquiera con la energía de una planta nuclear?

—Con una como las que hay en tierra, quizás. No con las del tipo que podemos poner arriba.

—Entonces sí que sería posible, con la energía suficiente.

Horton se volvió en dirección a la voz.

—Pero no hay suficiente energía. Ésa es la cuestión.

La expresión del hombre mostró disgusto y desprecio. Luego el mismo hombre se dirigió a Wilkins:

—¿Cómo podemos creer cualquier cosa que diga? O no está lo suficientemente adentro como para hablar sobre Tambor, o está tan adentro que va a mentir.

Horton también miró a Wilkins.

—¿De qué está hablando?

—Agencia de Proyectos Avanzados de Investigación y de Defensa tiene una planta operativa de microfusión de deuterio hace veinte años —dijo lentamente el coronel, estirando sus piernas.

—Oh, eso es una tontería. Un engaño que apareció en Internet.

—En absoluto. Fue desarrollada por el espionaje oculto de Tiburón y Halcón. Proyecto Tambor Rosa. Pero están en todas partes ahora, en las instalaciones clave del gobierno, en las estaciones de radio, todo lo que necesitarán cuando empiecen las suspensiones. Se puede detectar un Tambor con una antigua radio de onda media<sup>[7]</sup>. Hay que encontrar una banda de interferencia en doce-cuarenta cuando uno está a

unos pocos kilómetros.

—¿De qué suspensiones habla?

—Es parte de la estrategia de pacificación federal, en caso de desobediencia civil.

Para Horton, la conversación había bruscamente descarrilado hacia el profundo matorral del surrealismo.

—¿Ustedes sacan esto de un servidor de noticias, o de los libros de historietas de sus hijos? —dijo, explotando y dejando de lado la cautela.

Pero Wilkins no mostró ningún signo de haberse ofendido.

—Aun alguien de su inteligencia y logros puede ser encerrado y recibir propaganda. Nuestros enemigos tienen mucha práctica en control sobre la mente y en engaños. Ayudaremos a levantar la niebla de sus ojos, doctor Horton. Y cuando pueda ver claramente, no tengo dudas de que se dedicará con todo su talento a nuestra causa común.

—¿Entonces soy un prisionero de guerra, o un recluta?

—¿Qué quiere ser? —dijo Wilkins, poniéndose de pie para indicar el final de la audiencia—. Le daremos los hechos, la cruda verdad. Usted elegirá.

Mientras lo acompañaban a salir de la casa, Horton notó la hora que aparecía en la pantalla del comunicador. Con esa información, le llevaría un vistazo de unos pocos segundos en el cielo abierto deducir cuánto lo habían desplazado, y en qué dirección, pues la rotación de la esfera del cielo le decía todo a alguien que supiera leerla.

Pero las inquietudes del grupo sobre espionaje desde arriba lo detuvieron. La espesa bóveda de hojas bajo la cual se ocultaba el campamento le dejó sólo una efímera visión de un pequeño pedazo del cielo nocturno al volver al refugio seis.

Horton rogó por un paso por las letrinas antes de que lo volvieran a encerrar bajo tierra, pero todo lo que logró fue una mirada furtiva de su propio rostro en un espejo de metal. Lucía demacrado, fantasmal e increíblemente viejo.

—¿Tienen también al doctor Brohier? —preguntó mientras lo conducían a su pequeña prisión—. ¿Está él en uno de estos agujeros?

—Si lo supiera, no estaría autorizado a decírselo —dijo uno de sus escoltas amablemente mientras abría la puerta del refugio.

Dejaron sus manos libres, lo cual fue un favor tan grande como la capa nueva de aserrín.

Se quedó dormido con el sonido de voces distantes que cantaban himnos a la gloria de Dios.

Monica Francés no podía creer lo que estaba leyendo. El informe semanal de seguimiento del doctor Jeffrey Horton había sido extendido con prioridad normal, aun cuando sus contenidos eran potencialmente explosivos. Después de confirmar la seguridad del comunicador de su escritorio, recorrió como un bólido el pasillo de la

sección 7 en busca del autor del informe. No era suficiente sentarse y enviar a alguien en busca de Benhold Tustin. Ella necesitaba respirar fuego en el rostro de él.

Lo encontró en la «cueva», el hogar sin ventanas de la División de Servicios Técnicos y sus tecnologías ultrasecretas de recolección de datos. Él estaba en una cabina segura con un bibliotecario de recursos técnicos, y la expresión de Tustin cuando la vio contaba el resto de la historia: sabía cuan serio era el problema, y había esperado resolverlo antes de que ella se diera cuenta.

—¿Qué ocurrió? —preguntó—. Se suponía que debía mantener contacto con él. Ésa fue la orden directa y explícita del Presidente.

—No sé qué ocurrió. No estamos recibiendo nada de nuestros llamados.

—¿Qué dice el libro de rastreo?

—No hay actividad en ninguna de sus cuentas de comunicación. Su tarjeta de crédito fue utilizada hace unas horas en Evanston.

—¡Chicago! No ha estado cerca de una ciudad mayor que Fergus Falls desde que lo hemos estado rastreando.

—Lo sé —dijo Tustin con preocupación.

—¿Puede haber descubierto nuestros rastreadores?

—Se supone que no puede hacerlo.

—¿Hay algo más en el libro de rastreos?

—Sólo la historia indicada por el sistema de posicionamiento global para los radiofaros de respuesta. El rastro del comunicador termina al norte de Eau Claire, hace un día y medio. El rastro del furgón finalizó hace dieciséis horas, cerca del río Iron, en la Alta Península. Es simplemente posible que éstos sean dos puntos de la misma ruta.

—¿Entonces el furgón fue a Michigan, y la tarjeta de crédito a Illinois?

—Supongo que puede haber vendido el furgón.

—¿Para solventar un deseo irresistible por hartarse de pizza de Chicago? ¿Por qué no me trajo esto antes?

—Realmente no nos consta que haya un problema.

Ella miró al bibliotecario.

—Confirman esa transacción en Evanston. Averigüen si fue verificada con huellas digitales.

Unos pocos momentos después el bibliotecario supo la respuesta.

—Fue una compra sin contacto: gasolina y un lavado de auto en una estación automática.

—Yo diría que tenemos un problema, señor Tustin. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Tustin echó un vistazo a su reloj.

—Cuarenta y cuatro horas.

Ella movió la cabeza, preocupada.

—Debemos ir a ver al director.

Jacob Hilger, director de la Agencia de Inteligencia de Defensa, estudió el mapa del incidente y el cronograma que Monica Francés le había dado.

—Esto ha sido un trabajo de rastreo de estricta rutina desde el primer día, ¿correcto?

—Absolutamente —dijo Tustin—. Nunca ha habido ningún interés desde la Casa Blanca. Nunca hemos recibido una solicitud para acercarnos más. Ni siquiera sé si alguien más aparte de la señora Francés leyó nuestros informes.

—¿Qué hay de eso? —preguntó Hilger, mirando a la supervisora de seguridad del proyecto.

—Tiene razón. Para cuando ubicamos y marcamos al doctor Horton, el doctor Brohier ya tenía el Obstructor funcionando y había incorporado al doctor Bennington-Hastings. El otro zapato no cayó nunca. Continuamos en contacto con el doctor Horton, de todos modos, por si acaso.

—¿Cómo?

—Colocamos radiofaros de respuesta en los circuitos de posicionamiento global en el furgón y comunicador del doctor Horton. Nuestros agentes hicieron una limpieza de cajas negras en el furgón y reemplazamos el comunicador con otro falsificado. Cada diez comunicaciones recibíamos un informe de ubicación. Y podíamos llamar a los radiofaros en cualquier momento para ubicarlo en tiempo real.

—Mientras los sistemas de él tuvieran energía —agregó Tustin.

—¿Alguna vez tuvieron un bloqueo de datos antes?

—Sólo uno, en el furgón, de siete horas de duración. Pero ese mismo día hizo una llamada de emergencia en la carretera y una factura por un nuevo alternador.

Hilger miraba preocupada, los labios apretados.

—No puedo ver el mismo escenario aquí.

—No —dijo Francés—. Pienso que alguien lo ha secuestrado.

—Yo también. ¿Tiene a alguien en el campo trabajando en esto ya?

—Tres equipos: uno en Chicago, uno en camino de un rastro en la Alta Península, y uno dirigiéndose a la última ubicación conocida en el norte de Wisconsin. — Francés miró el reloj—. Deberían estar llegando al lugar en este mismo momento.

—No hallarán a Horton —predijo Hilger tranquilamente.

—Probablemente no. Pero quizá puedan hallar algo que nos llevará en la dirección correcta.

—Encontrar el furgón sería un buen comienzo. ¿Quién coordina el campo?

—El capitán Whalen, con el equipo de Chequamegon Forest.

—¿Y en el agua?

—¿Perdón?

Hilger mostró con el dedo la sinuosa línea costera del Lago Superior al norte de

Wisconsin.

—Miren dónde estaba. Ésta es la salida al Atlántico: no hay un solo puesto de control entre aquí y Europa, o África, o América del Sur. El doctor Horton puede haber sido embarcado en cualquier bote mayor que un buque ballenero de Boston que partiera de cualquier muelle por aquí en los últimos dos días. Y podría haber sido movido a cualquier otro barco después.

—O a un hidroavión —dijo Tustin.

—Muérdase la lengua. Ya será lo suficientemente difícil si aún está en el agua. Le recomiendo que incorpore la guardia costera, que ellos pongan enseguida gente en las esclusas de Soo, para intentar mantener el corcho en la botella. Entretanto, comuníquese con la Oficina de Reconocimiento Nacional para ver qué pueden decirnos del tráfico en el lago. —Hilger suspiró—. Verano en los Grandes Lagos. Puede que necesitemos llamar a toda la sección.

—¿Va a notificar a la Casa Blanca? —preguntó Francés.

Sonriendo, el director dijo:

—Vamos a ver si podemos averiguar lo que ha ocurrido primero. Esperemos los primeros informes desde el campo.

Los primeros informes estuvieron a la medianoche, y su contenido llevó a un disgustado y molesto Jacob Hilger a las puertas de la Casa Blanca. Mostró su identificación al escáner y su rostro al destacamento de seguridad y fue conducido al gimnasio del ala este, que era una antigua oficina que Breland había equipado con un aparato Nautilus, una máquina para caminar y otra para remar.

Antes de que Hilger llegara al gimnasio, pasó por otros dos puestos del Servicio Secreto, y el asesor Charles Paugh lo acompañó.

—¿Dejando a Amanda para que se las arregle con el nuevo bebé esta noche, Jacob? ¿Cómo está Gavin?

—Creciendo como la maleza —dijo Hilger—. ¿Alguna vez vuelves a tu casa, Charlie?

—¿Por qué habría de hacerlo? Tengo un armario bajo las escaleras, una cama portátil y mi propia linterna eléctrica. Y además, sé donde guardan las sobras de las cenas de Estado. Ya llegamos, por aquí.

Encontraron al Presidente sentado en el extremo del banco del fondo, limpiándose la transpiración con una toalla pequeña. Su buzo gris de gimnasia de los Philadelphia Phillies estaba mojado casi hasta la cintura.

—¿Alguno de ustedes, señores, ha notado que una vez que uno ha pasado los cuarenta, termina tan cansado y dos veces más dolorido haciendo la mitad? —preguntó Breland, dándose palmaditas en el lado del cuello—. No sé cómo Ryan y Spahn jugaron tanto como hicieron.

—No sé quiénes son Ryan y Spahn —dijo Paugh—. ¿Hicieron alguna vez un

lanzamiento de cesto bueno?

—Ignorante —dijo Breland—. Jacob, ¿qué tienes para mí?

—Jeffrey Horton ha desaparecido. Parece que ha sido raptado.

Breland dejó caer la toalla al suelo.

—Maldición. ¿Qué ocurrió?

—Le diré lo que puedo, que es menos de lo que nos gustaría saber —dijo Hilger—. Hace dos días, el doctor Horton tuvo una conversación segura con alguien que estaba robando una cuenta del Departamento de Defensa. No sabemos con quién hablaba ni lo que dijo, pero parece que poco después empacó y viajó en auto al aeropuerto municipal de Hayward. Algo ocurrió ahí.

—¿Cómo lo saben?

—Desde ese punto, los rastros del comunicador del doctor Horton y de su furgón se separan hasta que están a unos veinticinco kilómetros de distancia, en dirección sur en la carretera 53 hacia Eau Claire.

—Dos vehículos.

—Aparentemente, y no sabemos si Horton estaba en alguno de ellos. El rastro del comunicador desaparece alrededor de Chippewa Falls. El rastro del furgón continúa al este hacia Wausau, y luego otra vez al norte dentro de Michigan.

—¿Wausau? Eso nos lleva muy cerca de Tigerton, ¿no? —preguntó Paugh.

—Sí, hemos notado eso.

—¿Tigerton? —preguntó Breland.

—La antigua sede de Posse Comitatus —dijo Hilger—. Si todavía existieran, estarían con toda seguridad en la lista de sospechosos usuales.

—¿Está seguro de que no existen?

—Bueno... la fuerza operante debería poder decirle mejor que yo —dijo Hilger, incómodo—. Lo que sí sabemos es que el furgón fue abandonado en una carretera sucia a la vera del Parque Nacional de Ottawa. Había sido despojado, y alguien había intentado quemar lo que quedaba con una bomba incendiaria. El humo atrajo a un guardabosque del Servicio Forestal, y por esa razón llegamos tan rápidamente.

—¿Una bomba? ¿No un fósforo en el tanque de nafta?

—No, era una llama de magnesio de tipo militar, probablemente con un contador o un fusible, así que ya estaban muy lejos cuando se encendió. Tuvimos que tomar el número de serie del eje trasero para identificar que era de Horton.

—Jesús —dijo Breland.

—Tengo que saber hasta dónde quiere que lleguemos con esto —dijo Hilger—. Realmente no tenemos la capacidad ni la autoridad para hacer investigaciones criminales, aunque estamos listos para apoyar una con todas las ventajas de la inteligencia nacional que tenemos. Pero alguien más tiene que encargarse.

Breland miró a Paugh.



—¿Qué opciones tenemos? ¿El FBI?

—Según los libros, deberíamos dárselo al FBI —coincidió el asesor—. Pero su libro de reglas es el más grueso, lo que significa que no pueden siempre ser los más rápidos. ¿Qué está en juego aquí? ¿La vida de Horton, o algún interés mayor de seguridad nacional? ¿De qué utilidad es él para los que lo secuestraron? ¿Qué sabe él?

—No mucho —dijo Hilger—. Por elección propia, ha estado fuera del circuito por algún tiempo. Además, la mayoría del material sobre el Gatillo ya ha sido dado a conocer realmente, gracias a esa gente de Terabyte que lo reveló. Yo diría que el riesgo de seguridad nacional es poco.

—Pero ¿acaso quien lo secuestró debería necesariamente saber eso? —preguntó Breland.

—Quizá. Saben lo suficiente para conseguir la dirección privada de Horton y los códigos de bandera, y para burlar un vínculo seguro del Departamento de Defensa. Ése es el verdadero problema de seguridad nacional aquí, que cualquiera que lo haya secuestrado tuvo ayuda de alguien dentro de la red de comunicación del Pentágono. Ésa es razón suficiente para ir hasta el fondo con esto.

—La vida del doctor Horton es razón suficiente —dijo Breland de manera cortante—. Puede no haber sido secuestrado para sacarle información. Hay más de unos cuantos que pueden querer venganza.

—Si se quiere venganza, se lo mata de manera horrible y se deja el cuerpo donde pueda ser hallado —dijo Paugh con seriedad.

—¿Y cómo sabemos que no se dirigen a eso? —preguntó Breland—. ¿Cuáles son las otras opciones, Charlie?

—Inteligencia del Ejército podría ocuparse de la penetración en el Departamento de Defensa. Para lo otro, también podría ocuparse la CÍA, si queremos fingir saber que la penetración fue extranjera, no nacional.

—Si se tratara de un hermano o un hijo, y lo primero fuera encontrarlo y traerlo sano y salvo...

Paugh y Hilger intercambiaron miradas.

—Me gustaría mantener todo de la manera más secreta posible, para no asustarlos —dijo Hilger—. Nada de información al público, completamente mantenido dentro de la comunidad de inteligencia y fuerzas de seguridad. Yo diría Unidad Trece, el equipo de contraterrorismo del Comando Unificado de Fuerzas Especiales. Los conectamos con Inteligencia de Defensa, la CÍA, la Oficina de Reconocimiento Nacional, la Agencia Nacional de Inteligencia y que ellos dirijan. Hay posibilidades de que ya tengan una lista de probables sospechosos a mano.

—¿Qué hará falta para ponerlos a trabajar?

—El general Stepak puede coordinar —dijo Paugh, refiriéndose al secretario de

Defensa—. Todos los que queremos que participen ya le informan a él, excepto la compañía, y eso puede arreglarse.

—Muy bien. Si tengo que firmar algo, redáctenlo.

—Podemos ocuparnos de eso más adelante —dijo Paugh.

—Tengo una pregunta... —empezó Hilger.

—Adelante.

—El doctor Brohier. ¿Hay que avisarle? ¿Debemos avisarle a la gente de Terabyte?

—¿Dónde está el doctor Brohier ahora? —preguntó Breland.

—Está con Aron Goldstein en Maryland, trabajando ahí en su mansión. Como está tan delicado de salud, no debería estar trabajando en absoluto, sino en el hospital. Pero no le gustaría —dijo Hilger, y ahogó una risa—. Así que el señor Goldstein ha convertido dos habitaciones en el extremo de su mansión en un hospital de emergencia, con todo un equipo de urgencias médicas, incluyendo un cardiólogo, que trabajan las veinticuatro horas. Lo último que supe es que el doctor Brohier aún no sabe que están ahí, ni que tiene un equipo completo de biomonitores en su cama.

—Pienso que a él le gustaría saber sobre Horton —dijo Breland.

—¿De qué le serviría esa información? —preguntó Paugh—. ¿Hay algún aspecto positivo que ignoro? Podemos contarle cuando se haya terminado todo, de una manera, o de otra, y ahorrarle el suspenso.

Breland no parecía satisfecho con eso, pero no discutió.

—Supongo que deberíamos ir a despertar al general Stepak.

El alba le dio a Jeffrey Horton la primera posibilidad de mirar su celda. Ya la había explorado con las manos, pero sólo sus ojos pudieron hacerla real.

El brillo suave del día que se filtraba reveló los tres agujeros de bala que también servían de ventilación, y la chimenea del tamaño de un puño sobre su cabeza que le daba el tiraje. El cono de acero que formaba el cielo raso también tenía cierres vacíos que quizás habían sido pensados para botellas de agua, linternas y otros elementos. Tres peldaños de una escalera de metal pendían bajo la puerta.

Bajo el cono del techo, las paredes eran de tierra negra compacta atravesadas con raíces retorcidas cortadas a pala. El refugio seis era lo suficientemente profundo para que un adulto de pie disparara por las ranuras a la altura de los hombros, y lo suficientemente amplio para que una familia de cuatro o cinco se apiñara alrededor de las piernas del tirador.

La presencia de los refugios en el área de viviendas del campamento le decía muchísimo a Horton sobre la actitud de quienes los habían construido. Para Wilkins y su ejército, era perfectamente concebible y hasta esperable que en el caso de ser descubiertos serían atacados con fuerzas mortíferas. Horton dudaba de que consideraran otra posibilidad. Y si eran atacados, la rendición no era una opción:

estaban preparados para mandar a sus familias a los refugios y resistir hasta la muerte.

Ésas eran las reglas del compromiso para el que estaban preparados. Ya estaban en guerra, en guerra contra el mundo que él había abandonado.

Y al darse cuenta de eso, Horton entendió que sus únicas opciones eran unirse a la revolución, o volver al mundo, y que pagaría un precio terrible si hacía la elección equivocada.

Vinieron a buscarlo temprano, y le permitieron no sólo usar la letrina sino también la ducha antes de llevarlo al círculo de la comida para el último plato de huevos revueltos, que rascaron de una sartén enorme. Era la primera comida que probaba desde las tazas en Reese que había tomado mientras esperaba en el aeropuerto, dos días antes. ¿O tres? Comió con voracidad, sintiendo apenas lo que pasaba por sus labios, y lo empujó con varios jarros de agua de una botella, hasta que su estómago encogido se sintió desagradablemente lleno.

No tenía nada que decir mientras comía, y la mujer y los niños que estaban terminando sus comidas cuando él había llegado no tenían nada que decirle a él. Las conversaciones entre ellos eran tan evidentemente banales que le hicieron sentir agudamente su condición de extraño y paria.

Sólo cuando el coronel Wilkins apareció y se sentó en el banco a su derecha Horton sintió que el frío que tenía empezaba a desaparecer.

—¿Un poco mejor con algo en su estómago?

—Casi civilizado —dijo Horton. Dudó, y luego agregó:

—Gracias.

—Oh, debería agradecerle a Jean —dijo Wilkins, señalando a una mujer de caderas anchas sentada en el círculo, sorbiendo en silencio una taza de café—. El menú es pequeño en Café Vivac, pero Jean tiene una manera de hacer divertido lo simple, aun cuando no tenemos más que una olla y una sartén.

Ella se ruborizó ante el elogio, pero sus rasgos se congelaron cuando Horton buscó los ojos de ella para agradecerle.

—Su primer agradecimiento debería ser para el Creador, no para mí.

Wilkins rio.

—Olvidaste dar las gracias, ¿no, Jeffrey? Verás que eso no se hace fácilmente en la mesa de Jean.

—Estoy desacostumbrado, me temo.

—Podemos ayudar con eso —dijo Wilkins—. ¿Terminado?

—Sí.

—Entonces caminemos.

Wilkins dejó ir a los dos hombres que habían estado montando guardia cerca de Horton, y lo llevó hacia el este por una línea de árboles, a un paso tranquilo.

—Entiendo que ha estado preguntando por Karl Brohier.

—Quiero saber si lo tienen. Quiero saber si está bien.

—Puedo responder la primera de esas preguntas con mayor confianza que la segunda. No, no tenemos al doctor Brohier. Su edad, sus posturas políticas socialistas y su ateísmo intransigente lo hacían poco atractivo.

—Entonces explíqueme cómo sabían que su mentira sobre la enfermedad de él no los traicionaría. Si yo me hubiera contactado con Karl...

—Sus llamadas fueron dirigidas al satélite. Una simple cuestión de incrementar la dirección con un virus. Nunca tuvo ninguna posibilidad de hablar con nadie, excepto los archivos de voz en un comunicador que estaba más cerca de las Montañas Rocosas que de las Smokies.

—¿Entonces Karl está bien?

—No lo sé —dijo Wilkins—. El hecho es que desapareció de la vista hace unas ocho semanas. Quizá si usted nos dice dónde está, podemos tratar de averiguar cómo está.

—No sé dónde está.

—Ya veo —dijo Wilkins—. ¿Usted estudió historia, doctor Horton?

—No más que lo que tuve que estudiar para los requerimientos de mi carrera.

Wilkins asintió, pensativo.

—Eso lo convierte en un norteamericano promedio perfecto, me temo. Completamente ignorante. El estudio riguroso de la historia fue desterrado de las escuelas por las feministas y los racistas negros, sobre la base de que no teníamos nada que aprender de las vidas de hombres blancos muertos. Usted probablemente fue sometido a cursos como Estudios Contemporáneos del Mundo, o cualquier otra variante de borroso multiculturalismo autocomplaciente.

—SS-201, «Problemas Contemporáneos en Relaciones Internacionales».

—Donde «contemporáneo» significa «en el tiempo de vida de los estudiantes adolescentes». Ya ve, realmente no quieren que el pueblo entienda. No ofrecen educación, sino programación. Le pueden vender cualquier tipo de fruta podrida si pueden hacer que usted olvide el verdadero gusto de la fruta.

—¿Así que, qué tiene que ver todo esto?

—Que cualquier genocidio del siglo xx fue precedido del control de armas. Todos los regímenes totalitarios del siglo xx buscaron el monopolio sobre las armas. Esa historia revela que hay una afinidad natural entre gobiernos tiránicos, y demuestra que la única esperanza de la resistencia exitosa reside en el derecho natural de la gente libre de poder tener y usar las armas.

»Ésa es la única razón por la cual la Constitución contiene una Segunda Enmienda. No es para que los cazadores puedan seguir practicando su deporte, ni para que los ricos puedan mantener sus posesiones. Ni siquiera es para que las

mujeres puedan alejar a los violadores, ni para que los hombres puedan defender a sus familias de los predadores, humanos o animales.

»No, necesitamos nuestras armas porque queremos que el gobierno tenga miedo de nosotros. Y si olvidan que deben temer, si olvidan lo que pueden hacer trescientos millones de armas en las manos de setenta millones de patriotas contra la policía que no los protege, contra jueces que no castigan, contra legisladores que hacen reglas sólo para ellos y contra soldados que obedecen órdenes inconstitucionales, entonces estamos moralmente obligados a recordárselo.

—«El árbol de la libertad».

—«... debe ser refrescado de tiempo en tiempo con la sangre de los patriotas y tiranos». —Wilkins se detuvo, se levantó la manga y le mostró un tatuaje con raíces rojas justo debajo de su hombro—. Doctor Horton, esas palabras deberían estar escritas en la Constitución, en la Segunda Enmienda. Los Padres Fundadores perdieron la oportunidad de hacer su significado absolutamente claro. Pero aquéllos que estudian historia saben que la Segunda Enmienda fue concebida como el botón de autodestrucción del gobierno central. Y me temo que usted es responsable de haber cortado los cables.

—Eso no es justo —dijo Horton—. El Gatillo fue descubierto por accidente, por un hallazgo feliz de la ciencia. No estábamos trabajando en el desarme. No trabajábamos para el gobierno. Los descubrimientos llegan cuando deben hacerlo. Si no hubiéramos sido nosotros, habría sido otro, y no mucho después.

—No tengo quejas contra su conducta como investigador, doctor. Es su conducta como ciudadano lo que tengo que cuestionar. Sólo imagine qué arma poderosa para la democracia hubiera sido el Gatillo en las manos de las milicias patriotas. La próxima vez que el gobierno intentara enviar sus ejércitos de opresión, hubiéramos podido rechazarlos desarmados, lisiados y desanimados, sin idea de cómo había sido hecho. —Wilkins sonrió con melancolía ante ese pensamiento—. Oh, poder ver ese día...

»Pero entregarlo a Washington... —continuó, moviendo la cabeza—. No, ése fue un error horrendo. Y a menos que usted actúe para deshacer su error, también será responsable por la tiranía que seguramente va a seguir. No tienen nada que temer ahora.

—Yo entregué el Gatillo a todos —dijo Horton—. Karl hizo lo mismo con el Obstructor. Así es como debe ser. Sin monopolios. Sin desequilibrios de poder. Sin armas secretas.

—Estoy seguro de que usted pensó que ése sería el resultado. Pero aún no ha entendido la profundidad de su engaño. Usted fue traicionado.

—¿De qué habla?

—Los federales no han cancelado ni retirado un solo sistema de armas. Cualquier soldado raso aún pasa el mismo tiempo entrenándose con su M-16 como siempre. La

planta de municiones del ejército de Lake City en Missouri sigue siendo fuerte. Cualquier fuerza de policía en el país aún tiene una unidad Gestapo equipada con AR-15. —Dejó de caminar y se volvió hacia Horton—. Ahora, ¿por qué habrían ellos de meterse en ese gasto y en esos problemas, si estas decenas de miles de Gatillos y Obstructores en los sótanos, armarios, baúles y maletines han hecho las armas obsoletas?

—Inercia. Familiaridad. Cautela profesional. Sorpresa ante el futuro. Presión política de enormes contratistas militares.

—Usted está pasando por alto la explicación obvia.

—Que es...

—El gobierno hizo que el pueblo llevara el Gatillo a su vida como si fuera un muñeco lindo que crecería para ser el amigo de sus hijos y protegería la casa por la noche. El único problema es que el gobierno ya lo había entrenado para apagarse ante una orden. Así que no es una amenaza para ellos.

Horton miró de soslayo al comandante de la milicia.

—Perdón, pero no lo sigo.

—Ellos mantuvieron las armas porque saben que aún van poder seguir usándolas. Nos permitieron tener los dispositivos de Horton porque saben que ellos pueden desactivarlos en cualquier momento, lo cual harán tan pronto como hayamos terminado de desarmarnos. Nunca nos dejarán desarmarlos a ellos, doctor Horton. Nunca en un millón de años.

—¿Piensa que hay algún tipo de circuito de control remoto en los Gatillos civiles? ¿Un interruptor secreto?

—Es la única explicación razonable. Pero en todos ellos, no sólo en el modelo civil. Las armas tienen una manera de cambiar de lado durante una guerra.

—No creo nada de esto.

—Oh, está ahí. Y usted puede encontrarlo para nosotros, doctor Horton, si es que no sabe todavía dónde está.

Wilkins siguió caminando, simulando no importarle si Horton lo seguía o no. El físico miró rápidamente a su alrededor para ver si alguien más estaba observando; cuando no vio a nadie a la vista, se le ocurrió por un instante perderse en el bosque. Pero era demasiado temprano. No tenía recursos, ninguna idea clara de dónde se encontraba, y por lo tanto ninguna posibilidad real de escapar, especialmente con un mono naranja brillante. En lugar de ello, se apresuró a seguir a Wilkins.

—Mire, coronel, esto simplemente no es posible. Esos sistemas fueron hechos en Aurum Industries. Simplemente no puedo creer que Aron Goldstein participara en un plan tan salvaje.

—¿Por qué no? La élite adinerada siempre ha apoyado el control de armas. Si uno tiene fábricas y Bancos, tiene el ejército y la policía para protegerlo a usted y a los

suyos, y todas las razones para querer que los pobres y los que reciben salarios de esclavos estén desarmados. Los ricos son el gobierno, doctor Horton. —Hizo un gesto de desdén—. Además... ¿un judío, vendiendo productos al costo? ¿Qué más necesita escuchar?

—Es una persona humanitaria, por Cristo. Él cree que las armas son armas de opresión, no de liberación. Y no le faltan razones.

—La prueba de lo que realmente cree está grabada en los circuitos de control de cada Gatillo y Obstructor que vende.

—Estoy seguro de que sí, y tan seguro como que usted se equivoca. —Horton sintió que una oleada de ira le subía por el cuello—. ¿Tiene uno aquí?

—¿Un Gatillo? Sí, por supuesto. «Conoce a tu enemigo», dice el Buen Libro. Ah, venga por aquí. Esto es lo que quería mostrarle.

Exasperado, Horton siguió a Wilkins por una pared casi sólida de arbustos que les impedían el paso. Del otro lado del sendero invisible, el suelo bajaba profundamente hacia un valle rocoso cortado en dos por un río bajo. Más allá había más montes, algunos con muchos árboles, algunos tan desiertos como la pendiente a sus pies. Wilkins se había metido en un sitio elevado entre el tronco de un nogal americano y una gran piedra que sobresalía.

—Podría haberme enviado simplemente una tarjeta postal —dijo Horton—. No sé qué estoy mirando.

—Sé que no lo sabe —dijo Wilkins. Barrió con la mano de lado a lado, tomando todo el panorama—. Así es como se veía todo antes de que llegaran los seres humanos. Ni un signo en ninguna parte de nuestra acción en la tierra. ¿Sabe lo raro que es esto?

—¿Es usted un conservacionista, entonces? No me hubiera imaginado que ésta era su motivación.

—Hay una gran lección ante sus ojos, si usted pudiera verla.

—«Ten cuidado al caminar» es la primera que se me ocurre.

—La esencia de la naturaleza es la libertad. No hay estatutos, ordenanzas ni tratados allí, no hay formularios, listas ni impuestos. El hombre, en su estado natural, también es libre. Eso es lo que son nuestros derechos naturales, Jeffrey. La garantía de Dios de que tenemos un lugar en Su creación, y las armas necesarias para cumplir nuestra parte en Su plan. Eso es lo que la Constitución debía proteger, el derecho de los cristianos y las cristianas libres que siguen su fe y su conciencia. Sin otra ley que Su ley sagrada. Sin autoridad más alta que Su verdad.

»Nos desviamos de ese propósito, y nuestro pueblo, nuestra nación, fueron sumergidos en la oscuridad. Pero hemos encontrado el camino de vuelta, y mostraremos el camino a otros. Vivimos en la Luz, Jeffrey, la Luz de Su amor. Usted tiene que elegir si quiere vivir en la Luz, o volver a la oscuridad. Tiene que decidir

cómo sigue su camino desde aquí.

¿Era una amenaza, o simplemente la retórica ferviente de un creyente convencido? Horton no lo sabía, pero no importaba. Ya había decidido.

—¿Dijo que hay un Gatillo en el campamento?

—Un Gatillo y un Obstructor. Desactivados, por supuesto.

—Los miraré —dijo—. Veré si puedo hallar su control remoto. Pero quiero que quede claro que espero probarle que está equivocado.

Wilkins le mostró una sonrisa tolerante.

—¿Y si por casualidad encontrara que no, lo aceptará?

—Puedo prometerle que mi mente está por lo menos tan abierta como la suya, coronel.

—¿Sí? —dijo Wilkins—. Lo veremos.

\* \* \*

Mark Breland había instruido al general Stepak que le trajera las actualizaciones tres veces por día: a las ocho de la mañana, dos de la tarde y ocho de la noche. Pero era difícil para él mantenerse fuera durante tanto tiempo del salón de situación del piso inferior desde el cual Stepak dirigía la búsqueda de Jeffrey Horton.

El resto de las actividades de Breland no eran lo suficientemente apremiantes como para apartar su atención por completo: un encuentro preliminar cara a cara con los líderes del Congreso sobre el presupuesto, una teleconferencia semanal con líderes del Partido sobre la campaña de otoño, una ceremonia en el Rose Garden para honrar a los becarios presidenciales del año, un almuerzo privado con Aimee Rochet, un partido de softbol en los jardines con los valets presidenciales que se iban.

Pero sólo el almuerzo podía ser suspendido sin complicaciones, y Breland lo hizo, con un beso, una disculpa y una promesa. Aprovechó de esa hora liberada para ir al salón de situación, que para entonces había abandonado su somnolencia habitual para convertirse en un ocupado centro de operaciones de administración de crisis. Más de una docena de especialistas de inteligencia estaban en estaciones de comunicación, con una variedad de empleados superiores y oficiales que se asomaban sobre sus hombros, amontonándose sobre tableros indicadores, y deliberando con Stepak.

—¿Algún progreso, general? —preguntó Breland acercándose al secretario de Defensa, que estaba junto al enlace de inteligencia nacional de la CÍA cerca del mapa.

Stepak parecía sorprendido.

—Señor Presidente, buenas tardes. Lo siento, no lo vi entrar.

—Bien, es mi culpa. No quise que me recibieran con la orquesta. —Breland miró al lado de Stepak al hombre de rostro delgado con ojos muy alertas—. Señor Thorn, ¿verdad?

—Sí, señor. Justo estaba contándole al general Stepak sobre las nuevas



actividades.

—Por favor, continúe.

Thorn asintió.

—Tenemos ahora seis Estrellas Negras y ocho Global Hawk RPV en el aire sobre Wisconsin, Illinois, Minnesota, Indiana, Michigan y el centro-sur de Canadá. El satélite Keyhole-15 también ha sido reposicionado para darnos una mejor cobertura en el área primaria de búsqueda. Nos concentramos en grupos conocidos antigubernamentales que operan en la región de los cinco estados, utilizando información provista por la fuerza operante conjunta antiterrorista. Pero también dejamos a los operadores alguna libertad, dado que puede tratarse de un grupo nuevo.

—¿Han visto algo ya?

—No en tiempo real. Pero un analista de la Agencia de Seguridad Nacional rescató un par de imágenes de los archivos, con el furgón de Horton en el aeropuerto de Hayward, y luego un viaje en un convoy con un SUV por la carretera 53 unos noventa minutos después. Los perdemos bajo unos estratocúmulos<sup>[8]</sup> que cubren todo desde Eau Claire al oeste hasta Sioux Falls. Pero tenemos un buen perfil infrarrojo en el SUV. Si lo volvemos a ver, podemos reconocerlo.

—¿Qué hay de la búsqueda en el Lago Superior?

—La Guardia Costera se ocupa de eso, aunque hemos puesto todos los equipos cuatro y seis UDT-12 y SEAL en el agua en barcos de cuatro hombres y hemos tomado prestados tres helicópteros con flotadores de los canadienses. Pero nada hasta ahora. Mi sensación es que nuestros delincuentes son nacionales, y que ellos y Horton están aún en el barrio. El problema es que con cada hora que pasa, el barrio se agranda.

Breland miró el salón y detuvo su mirada en Monica Francés.

—¿Cómo ocurrió esto, Roland? La Agencia de Inteligencia de Defensa debía mantener contacto con Jeffrey. Yo le di esa orden a Hilger personalmente.

—Es difícil mantener contacto con alguien que no permite mucho contacto —dijo Thorn, respondiendo por el general—. Uno termina confiando en recursos técnicos más que humanos, y cuando sabe que ha habido una interrupción, los ha perdido.

Breland suspiró, preocupado.

—Quizá sea el momento de tener un rastreador personal que se pueda poner dentro del cuerpo.

—En el inventario existe, señor Presidente. Pero usarlos generalmente requiere la cooperación de la persona rastreada —dijo Thorn sin dejar pasar el comentario—. La versión comible pasa en unas pocas horas. La de inyección requiere una incisión y realimentación periódica.

—Supongo que no estoy muy actualizado en espionaje.

—Hay una manera de hacer cualquier cosa que se imagine —dijo Thorn

amablemente—. Lo que necesita es una razón.

Durante dos días, Jeffrey Horton pensó que era miembro a prueba del Ejército del Pueblo de la Justicia Virtuosa.

Aunque aún estaba obligado a utilizar el mono naranja que lo convertía en un blanco móvil, se le otorgó una litera en la vivienda de los hombres, el derecho de tomar la primera comida con los hombres, y la libertad de ir y volver a los baños y a la letrina sin escolta. Ganó esos privilegios pasando la mayor parte de dos días dentro de una barraca de metal olorosa y sin ventanas, analizando la lógica del comando y control de un modelo tardío del Gatillo de Sears y de un modelo viejo del Obstructor de ADT.

La graduación de salida de ambas unidades había sido reemplazada con simples luces de indicación por el jefe de técnicos de Wilkins, Frank Schrier. Schrier también estuvo revoloteando cerca de Horton todo el tiempo que estuvo en el cobertizo. La combinación del mal trabajo del técnico y su constante presencia hizo desaparecer las débiles esperanzas de Horton de utilizar los dispositivos contra sus captores.

Eso dejó la esperanza aún más débil de salir del laboratorio provisorio con el tipo de prueba incontrovertible que cambiaría la mente de Wilkins... o la suya.

Por lo menos, le habían dado una mesa con todas las mejores herramientas. El instrumento lógico era un descifrador de códigos de PM Technologies, hallado en laboratorios de ingeniería dedicados a cambiar las armas de bando. El analizador de diagnóstico era Zoftwerkz Mastermind, favorecido por diseñadores y ladrones de código que trabajaban a ambos lados de la ley. Y la referencia más importante era bastante familiar: era la edición de la guía pública de Horton del Gatillo.

Aun así, era un trabajo difícil que tanto Gordie como Lee hubieran podido abordar mejor que él. Ambos estaban familiarizados no sólo con los diseños originales, sino con el proceso de leer el diseño de otro desde adentro; en este caso, en busca de un código anómalo. Horton trató de utilizar su experiencia para bajar las expectativas, pero Schrier le advirtió que Wilkins no aceptaría ir lentamente.

—Una de las razones por las que estoy aquí es para hacer avanzar las cosas —dijo Schrier—. El coronel siempre tiene un horario, y no es una buena idea ser el que lo está retrasando.

—¿Alguna vez ha revisado estos sistemas? ¿Sabe si lo que se supone que debo buscar está aquí?

—Si estuvieran tan a la vista como para que yo los pudiera encontrar, usted no sería necesario, ¿verdad?

Horton empezó a notar la impaciencia de Wilkins al final del segundo día. Después de dejarlos solos el primer día, se detuvo en el cobertizo tres veces el segundo día para ver el progreso. La última vez que apareció, Wilkins sólo le habló a Schrier. No estaba muy contento de oír que recién habían empezado a trabajar en la

segunda unidad, el Obstructor de ADT, a media tarde.

—¿Cuánto tiempo más? —preguntó Wilkins.

—A este paso, coronel, podrían ser tres días más. El Gatillo fue abierto y limpiado, esencialmente. El Obstructor tiene trampas lógicas y parece que está lleno de basura.

Wilkins miró a Horton con ojos helados.

—El servicio religioso es en veinte minutos. Los espero a ambos ahí. Entonces pueden volver a su trabajo para ver si reciben la bendición de la guía que necesitan para terminar más rápidamente.

Horton oía los cantos comunales todas las noches desde su llegada al campamento, aunque las prédicas y plegarias entre los himnos no llegaban hasta las profundidades del refugio seis. Pero en su primera noche de libertad, había podido escuchar todo, aunque había ejercido su libertad, permaneciendo detrás de la vivienda de los hombres cuando empezaron los servicios. Por esa razón abandonó la casa grande y se dirigió al bosque.

Además, y esto era más importante, quería ver si la seguridad del perímetro del campamento era más permeable durante el servicio. Si no se hubiera cruzado con ninguno de los hombres de Wilkins, Horton simplemente habría seguido caminando. Tal como ocurrieron las cosas, casi se hizo disparar por una patrulla de dos hombres para los cuales no tenía ninguna buena explicación.

—A la noche, doctor Horton, usted debe asegurarse de quedar dentro del perímetro verde —dijeron los milicianos desde sus aparatosos anteojos para ver de noche—. Diez pasos más, y hubiera estado en nuestra zona de fuego.

—Me perdí —dijo Horton débilmente.

—Ése es un error que en su lugar trataría de no repetir, doctor. Lo escoltaremos de vuelta.

Wilkins no dijo nada a Horton sobre su paseo, pero su mirada dura y su invitación mordaz fueron muy locuaces. El físico se aseguró de llegar entre los primeros cuando la vivienda de las mujeres empezó a llenarse en respuesta a la llamada a la ceremonia.

Horton no había entrado en una iglesia desde que había abandonado el luteranismo moderado de sus padres a los catorce años. Se sorprendió al darse cuenta de que muchas de las melodías le eran familiares, algunas porque habían sido tomadas de melodías de los románticos alemanes y de canciones populares inglesas que Horton conocía ahora de otros contextos. Algunas despertaron ecos inesperados de mañanas domingueras de su niñez.

Las palabras, sin embargo, eran otra historia. Ninguna congregación que Horton había conocido tenía canciones como *Adelante, soldados cristianos* con un verso sobre los «mártires de Waco» o «los héroes de Tigerton Dells», o *La balada de Gordon Kahlcon* con la melodía de *Éste es el mundo de mi padre*. Pero tan

sorprendente como eso, fue cuan marciales eran algunas de las letras no alteradas, tal como aparecían en el libro de himnos. Horton recibió una reimpresión muy usada del libro de himnos de 1933 de alguien que vio que no cantaba, y tenía versos como:

«Soldados de Cristo, levantaos, y poneos la armadura».

«No dejéis lugar sin custodiar, ninguna debilidad del alma».

«Derrotad a todos los poderes de la oscuridad, y triunfad en el día de la batalla».

Antes, Horton hubiera leído esas palabras como metáforas. Pero rodeado por la gente del Ejército de la Justicia Virtuosa, viendo la entrega ferviente y no cuestionadora de sus rostros y las armas que llevaban en los brazos, sabía que esa distinción no se aplicaba. Él movió los labios, sin darles voz a esas palabras.

El servicio continuó durante casi dos horas, con más de una docena de hombres y mujeres que se levantaban para dar testimonio y dirigir la plegaria. Horton se preguntaba cuánto de aquello era para influenciarlo, o debido a su ausencia la noche anterior. Era casi como si lo estuvieran poniendo a prueba, esperando que el poder de su fe produjera una conversión pública, esperando verlo súbitamente lleno del Espíritu Santo y retractándose de sus pecados científicos. Y aunque no podía decir que se sentía como el centro de la atención, no podía quitarse la sensación de que todos en el salón notaban la presencia de él, y especialmente cuando el coronel se levantó y dirigió la última lectura.

—El Señor es mi fuerza —anunció, mirando directamente a Horton.

Todo el grupo respondió con vigor fulminante e inconsciente.

—El Señor es la fuerza de mi vida. ¿A quién hemos de temer?

—Cuando mis enemigos y mis adversarios se acercaron a comer mi carne, tropezaron y cayeron.

—El Señor es la fuerza de nuestra Iglesia. ¿A quién hemos de temer?

—Mi cabeza será elevada sobre mis enemigos alrededor de mí.

—El Señor es la fuerza de nuestra tribu. ¿A quién hemos de temer?

—Los reyes de la tierra se rebelaron contra el Señor, y contra el ungido por Él.

—El Señor es la fuerza de nuestra nación. ¿A quién hemos de temer?

—Los quebraremos con un cetro de hierro, y los destruiremos en pedazos como una vasija de alfarero.

—Benditos son quienes sirven al Señor con miedo, y se regocijan en el temor.

—Benditos quienes ponen su confianza en Él, a quien nada permanece oculto, y cuyos juicios son a la vez verdaderos y justos —proclamó Wilkins—. Amén.

El grito volvió:

—Amén, y alabado sea Dios.

Horton se estremeció, y se le puso la piel de gallina pese a la calefacción. Era casi insensible a las palabras de camaradería que le ofrecían mientras se ponía de pie y se abría paso a la puerta. Afuera, buscó a Schrier, tomándolo del brazo, alejándolo de la

mujer con la que estaba hablando.

—Se me ocurrió algo —dijo—. El mismo código debería estar en las dos unidades. ¿Podemos simplemente ejecutar una comparación en el Obstructor utilizando las anomalías que hallamos en el Gatillo? Eso nos salvaría de tener que trabajar sobre el código básico del Obstructor.

—Pero el comando superpuesto puede ser parte del código base.

—No lo es —dijo Horton firmemente—. El código base es el código de mi laboratorio. Si esta cosa está ahí, es algo que fue agregado más tarde.

—¿Cuán seguro está?

—Tan seguro como puedo estarlo en este punto —dijo Horton—. Vamos, tenemos un par de horas hasta que se apaguen las luces.

\* \* \*

Más de veinte años habían pasado desde que Roland Stepak abandonó la cabina por el escritorio, pero había mantenido una habilidad esencial de un piloto de combate: la «facultad de dormir la siesta», o el «sueño rápido», el don de sumergirse profundamente en el sueño cada vez que la oportunidad se presentaba, y por el tiempo que podía. Su siesta de cuatro horas en una de las cápsulas de estilo japonés unidas al salón de situación era suficiente para quitarse el peso de los párpados, y una ducha caliente ayudaba a lavar el dolor vago de fatiga de su cuerpo.

Había dejado a un teniente coronel de inteligencia del ejército a cargo mientras dormía, así que se sorprendió al encontrar a Morton Denby de la CÍA dirigiendo.

—Un pequeño recreo, general. Hemos identificado su espía en Comunicaciones de Defensa —dijo Denby, poniéndose de pie para entregar la silla.

—¿Es allí adónde fue el teniente coronel Briggs?

Denby asintió mientras se deslizaba al asiento contiguo.

—El espía es uno de ellos, un técnico civil asignado al Cuerpo de Señales, que trabaja en el turno de noche en el centro de tráfico de la Red Global de Comunicación. David Luke Wickstrom, treinta y cuatro años. Parece que se las arregló para acceder a direcciones seguras y verificadores de muchas personas importantes de Terabyte, y de colocar un filtro de ruteo para la red de satélites.

—Deberían haberme despertado —dijo Stepak—. ¿Dónde está el espía ahora?

—Ése es el asunto, no tenía sentido despertarlo. Wickstrom se escapó. Puede haber recibido una señal cuando la seguridad de la Red Global de Comunicación ubicó el virus y empezó a sacar los satélites de línea para apartarlo. Ayer tomó un día por enfermedad, y anoche su edificio de departamentos fue arrasado por un incendio intencional que empezó en su departamento.

—Déjeme adivinar. Llamas de magnesio de tipo militar con un contador.

—Así parece —dijo Denby—. Inteligencia del Ejército está en el lugar,

analizando lo poco que queda. El FBI está investigando sus antecedentes, intentando reparar lo que hicieron al permitir que fuera contratado para ese puesto —dijo, y carraspeó—. Un asunto terrible, general. El fuego mató a tres niños y quemó a media docena de familias.

—¿Alguna imagen, o huella de Wickstrom desde entonces?

—Nada. Personalmente, no apostaría que va a ir a ningún lado cerca de donde está Horton.

—No —dijo Stepak, reclinándose en la silla frunciendo el ceño—. Pero estará en contacto con ellos, lo que significa que ellos saben que sabemos. Y no creo que eso signifique buenas noticias para Jeffrey Horton.

## 25: Nunca una paz mala

«Nunca hubo una guerra buena ni una paz mala»

*Benjamín Franklin*

Era media mañana, y la lluvia ligera que había estado cayendo desde el amanecer finalmente se había filtrado por los árboles para caer sobre el techo de metal con gotas gordas y ruidosas. El sonido era irritante para Horton, ya con los nervios exacerbados por la tensión acumulada del confinamiento.

—Nada —dijo Horton, alejándose de la mesa donde estaban el analizador y el Obstructor lado a lado—. No hay nada aquí. ¿Correcto? Usted tampoco vio nada, ¿verdad?

—No hubo coincidencias... —empezó Schrier.

—Espero que le diga eso a Wilkins.

—Pero eso no significa que no haya nada aquí. El código puede ser diferente para un Obstructor. O usted puede equivocarse, y puede estar oculto en el código base.

—O puedo estar mintiendo.

—O puede estar mintiendo —coincidió Schrier—. Pero pienso que usted es demasiado inteligente como para mentir acerca de algo en lo que lo pueden sorprender. Pienso que es demasiado inteligente como para subestimarnos.

—Yo no soy el enemigo —dijo Horton, moviendo la cabeza—. Simplemente quiero volver a mi vida. Pero si Wilkins me hace elegir, podría convertirme en uno.

Schrier se mordió los labios y no dijo nada.

Horton suspiró.

—¿Qué hay ahora?

—Siga mirando. ¿Quién sabe cuántos agregados hay en este sistema? Por lo que hemos visto hasta ahora, tengo la sensación de es un montón de basura.

Acercando su silla, Horton dijo con cansancio:

—Eeny, meeny, miney, moe...

Sólo tuvieron una hora más para ellos antes de que el coronel Robert Wilkins abriera la puerta de la barraca y mostrara su silueta en el marco de la puerta.

—Informe —dijo simplemente.

—Sí, señor, coronel, señor —musitó Horton por lo bajo.

—Nada que informar, señor —dijo Schrier, poniéndose de pie—. No hay coincidencias entre los dos sistemas que no estén cubiertas por funciones normales de control.

—¿No tienen nada que mostrarme por tres días de trabajo? Está dejando que este hombre demore el trabajo.

—Oh, podemos mostrarle muchas cosas —dijo Horton, levantándose detrás de Schrier—. Podemos mostrarle una pequeña imagen del supervisor del proyecto de ADT, completa con cuernos y un bigote. Podemos mostrarle los resultados de los últimos diez juegos de fútbol americano entre Texas y Texas A&M, los números de teléfono de tres mujeres de honestidad dudosa y como quinientas palabras de *La balada del viejo marinero*.

Horton rodeó al técnico y quedó frente a Wilkins.

—Oh, no, no se nos escapó nada. Encontramos los lugares donde la gente colocó subrepticamente los nombres de sus hijos, o su homenaje a una estrella del sexo, o su cita favorita de Calvin&Hobbes o de In Sanity. Pero lo que no hallamos es ninguna maldita entrada secreta con un interruptor asesino a control remoto de una conspiración fantasmal secreta, porque simplemente no existe. Sólo existe en sus fantasías paranoicas. No, no es paranoia, son ilusiones. No sé por qué, maldición, pero ustedes adoran esto. Ustedes quieren en realidad esta guerra.

—La guerra es una necesidad moral, doctor Horton, cuando se enfrenta a un enemigo inmoral. No hay ningún placer en hacerla.

De los ojos de Horton se derramaba su desprecio.

—¿Usted se cree la persona adecuada para juzgar lo que es moral? ¿Usted piensa que está en una posición lo suficientemente elevada para juzgarme a mí? ¿Se ha mirado en un espejo recientemente?

—¿Y usted, doctor? Su actitud de «avance del progreso» no va conmigo. Ustedes, los científicos, nos dieron el Zyklon-B, el sida, el aborto a la orden, la evolución, y ahora esto. Ustedes nunca cuentan el costo. Y usted, Jeffrey Horton, traicionó personalmente a setenta millones de familias norteamericanas respetuosas de la ley. Usted condenó a diez mil buenas personas a la muerte a manos de matones y ladrones. No represente su papel de noble conmigo, doctor. Usted es tan culpable como si los hubiera asesinado usted mismo.

La seguridad impenetrable del líder de la milicia provocó una furia terrible en Horton, y le respondió a Wilkins con un torrente de palabras enfurecidas.

—Usted necesita tan desesperadamente ser un héroe que va creando sus enemigos. Pero si eso es lo que quiere de mí, muy bien. Lamento que lo que descubrí costó a alguna buena gente como mi padre sus aficiones. Y realmente me molesta que otra gente resulte herida por no tener un arma para protegerse. Pero estoy terriblemente orgulloso de haberme interpuesto en el camino de un terrorista como usted. Usted es un hombrecito egoísta con una cabeza llena de engaños, y cualquier cosa que yo pueda hacer para obstaculizar sus planes es un servicio público. Su revolución sería un desastre.

Algo de lo que Horton dijo debe de haber hallado un punto débil en la coraza de Wilkins y su orgullo. El coronel golpeó con ambas palmas el pecho de Horton,



empujándolo hasta Schrier.

—¿Cree que ha logrado algo? ¿Piensa que nos ha desarmado? —Se volvió hacia la llovizna—. ¡Llévenlo! —gritó a los guardias.

Horton fue levantado por los brazos y arrastrado frente al coronel, luchando para pararse sobre sus pies y controlar sus emociones. «No niegues», pensaba. «No le des ese placer».

Los largos pasos de Wilkins los llevaron hasta la segunda barraca de metal, que estaba a unos ciento cincuenta metros del campo principal.

—Espósenlo y contrólenlo —dijo Wilkins, mientras se inclinaba hacia la cerradura.

En el siguiente momento, Horton se encontró boca abajo en el césped, con una bota en el cuello para mantenerlo ahí. Sus brazos estaban doblados a su espalda y sus muñecas atadas con un delgado lazo de plástico que le cortaba la piel. Oyó un ruido en la puerta, y luego que ésta se abría.

—Tráiganlo —dijo Wilkins.

Lo alzaron otra vez. Su camisa y un lado de su cara estaban manchados de barro y pasto, y Horton luchó contra el impulso de resistir. Inexplicablemente, le vino a la mente un cuarteto de Matthew Halverson:

El control es una ilusión,  
el orden, nuestra mentira tranquilizadora.  
Del caos, por el caos,  
hacia el caos volamos.

Mientras era empujado por la puerta, las luces dentro de la barraca se encendieron. Era un armero, con las cuatro paredes llenas de diferentes armas, todas de tipo militar, todas más pesadas que las armas personales llevadas por la milicia (saw, ametralladoras livianas, lanzagranadas, un mortero de 40 milímetros, un par de misiles antiaéreos Stinger). La base de cada pared estaba cubierta con municiones, apiladas de a dos o tres cajas.

El medio del suelo estaba vacío, salvo por cuatro paneles cuadrados de madera, cada uno con un agarre para una soga. Wilkins se paró sobre uno de éstos y se dio vuelta para enfrentar a Horton.

—Usted dice que nos ha detenido, y sin embargo todas las armas en este armero funcionan perfectamente. Estoy muy tentado de probarlo usando su propio cuerpo flácido como blanco, pero eso le impediría apreciar la fina ironía que está por serle revelada. —Luego llamó a uno de los guardias que estaban afuera, y señaló uno de los paneles de madera—. Traiga una de las cajas del bunker dos.

—Sí, coronel. —El guardia levantó el panel, revelando un túnel del tamaño de un hombre en el suelo. Entró en la abertura como si estuviera acostumbrado, y volvió no

mucho después trayendo un cilindro tan largo como su antebrazo y del diámetro de una pelota de tenis.

—Ahora uno de los aerosoles del tres —dijo Wilkins, tomando el cilindro del guardia y moviéndose hacia Horton—. Ve, doctor, somos muy, muy buenos con nuestras armas, y rara vez acertamos a algo a lo que no hayamos apuntado. Pero si usted se las arregla para quitarnos nuestras armas de precisión, no se le ocurra pensar que eso nos deja desarmados.

»Quizás haya olvidado que la nafta puede ser un explosivo muy bueno, y que está disponible casi en todas partes. —El guardia reapareció, sosteniendo lo que parecía una pequeña botella presurizada—. Y cuando llegue el momento de empezar a matar traidores más rápidamente que con palos y garrotes, bien, el Señor proveerá.

Sostuvo el cilindro color amarillo verdoso frente al rostro de Horton, permitiéndole leer las palabras y los números grabados en el costado. Junto a él, el guardia hizo lo mismo con su paquete.

—¿Qué es esto? —preguntó Horton.

—Armas químicas y aerosoles biológicos no requieren explosivos convencionales, doctor Horton —dijo Wilkins con aire de triunfo—. ¿Qué piensa de eso?

Horton levantó lentamente su mirada desde las letras grabadas hacia el rostro de rasgos marcados de Wilkins.

—Pienso que significa que mi trabajo aún no ha terminado, y que cuanto más pronto vuelva, mejor —dijo serenamente.

—Hijo de... Saquen a este desgraciado de mi vista —dijo Wilkins, revelando la fría malevolencia de su alma en su mirada—. ¡Devuelvan a este animal a su jaula, ahora, antes de que le abra la maldita garganta!

—¡Sí, señor!

Horton fue arrastrado sin mucha ceremonia fuera de la barraca. La voz de Wilkins lo siguió, elevándose en tono y volumen con cada palabra.

—¡Piénselo bien! ¡Piense mucho, y detenidamente, señor maldito niño genio héroe presidencial! ¡Va a decidir cuál de estas armas se usan: las de la pared, o las del agujero! ¡Usted, Jeffrey maldito Horton, usted va a decidir cuántos vamos a matar y cómo van a morir! Piense en eso, doctor. ¡Piense en eso!

Pero lo único que Horton podía pensar mientras lo devolvían al refugio seis y cerraban la compuerta sobre él era: «Llegué hasta usted. Finalmente llegué, y ahora sé exactamente quién es en realidad».

\* \* \*

Aron Goldstein miraba cómo el tren eléctrico GG-1 de Pennsylvania aminoraba en la estación Broad Street con una fila de seis vagones violetas y blancos de

pasajeros. Era el tren de las 08:40 de Newmark. Debajo de él, un largo y lento tren de carga formado principalmente por furgones Erie & Lackawanna se dirigía hacia el norte a lo largo del río.

En el gran cartel indicador ante él estaba la vista de la pequeña cámara en el modelo de escala del GG-1. Como se quedaría varios minutos mientras descargaran el correo, Goldstein tocó una barra de control y cambió a la vista del primer motor del tren de carga, justo antes de que pasara bajo un viaducto de piedra. La vía de adelante incluía un par de túneles y una vista del zoológico, que era una de sus secciones favoritas de ese diseño, y una meditación agradable que lo distraía de otros asuntos.

Pero antes de que el tren alcanzara el primer túnel, Goldstein fue molestado en su santuario por una de las enfermeras que había contratado para poder controlar a su invitado en persona.

—Señor Goldstein, el doctor Brohier quiere verlo.

—Gracias —dijo Goldstein, empezando a apagar los trenes en marcha—. ¿Está en el salón de trabajo?

—No, aún está en la cama.

Ese informe hizo apresurar a Goldstein.

—¿Ha dicho algo más?

—Sólo que está cansado. No comió casi nada de su desayuno.

—Dígale al doctor Hubbs que suba ahí, ahora mismo —dijo Goldstein—. Ya le he dado a ese viejo cascarrabias lo suficiente.

—Iré a buscar al doctor.

Goldstein encontró a Brohier tendido contra una montaña de almohadas, con su computadora intacta a su lado sobre las mantas. Su mirada se dirigía hacia la ventana este, pero parecía perdida y confundida.

—¿Y cómo anda esta mañana, Karl? —preguntó Goldstein amablemente, aproximándose al pie de la cama—. ¿Demasiado vino con su ternera al marsala anoche?

—Ah, Aron. Aquí está. ¿Qué me preguntó? No, no voy a culpar a sus cocineros. —El esfuerzo de esas palabras y de esbozar una sonrisa lo dejó momentáneamente sin aliento. Respiró profundamente, y empezó a toser—. No me siento muy bien, y apenas tengo energías para preocuparme. Si fuera más joven, sospecharía una gripe, pero en mi estado la gripe podría matarme como cualquier otra cosa.

—Le he pedido al doctor Hubbs que venga a verlo —dijo Goldstein—. Espero que se porte bien con él.

—Brujos doctores curanderos —dijo Brohier con desdén—. No hay antídoto contra la entropía, Aron.

—Tal vez no. Pero no hay sustitutos para un buen médico geriátrico que lo revise una y otra vez.

—Ya sé todo lo que me puede decir, y nada es importante —dijo Brohier—. Pero lo dejaré manosearme un poco si eso significa que podemos hablar de otra cosa.

—Por supuesto, Karl. —Goldstein se sentó en la cama—. ¿Estuvo trabajando? —preguntó, señalando la computadora.

—Estaba tratando de escribir una carta —dijo—. ¿Dónde fue anoche? Oí el helicóptero.

—Washington —dijo Goldstein—. Otra reunión aburrida.

—Reuniones. Sí, gracias, ahora recuerdo lo que quería decir.

—Adelante, Karl.

—No convierta a Jeffrey en un administrador. No lo permita. Encuentre a alguien que escriba las cartas y dirija las reuniones. Él necesita estar en el laboratorio. Él necesita escuchar su propia voz por encima del ruido.

—Muy bien, Karl.

—Él ha tenido problemas con eso. Por eso se fue. Quiero saber que usted mantendrá la puerta abierta para que vuelva.

—Por supuesto. Sólo que... —Goldstein suspiró—. Karl, en esa reunión de anoche... Se supone que no debo decirle, pero no sé cómo esperan que no lo haga. Aunque quizá por eso no me lo dijeron hasta ahora.

—Basta de balbuceos, Aron, o puede que yo no esté aquí cuando termine.

Goldstein hizo un gesto de disculpa.

—Karl, tengo novedades sobre Jeffrey. Está desaparecido. Fue secuestrado hace una semana. Pienso que posiblemente por algún tipo de grupo terrorista nacional. No se ha oído nada sobre él.

La única reacción visible de Brohier fue la manera en que su mirada recorrió la habitación.

—Está bien —dijo finalmente.

—Una semana es mucho tiempo para un secuestro —dijo Goldstein, moviendo la cabeza—. Están haciendo de todo, pero, Karl, el FBI no tiene muchas esperanzas.

—Jeffrey estará bien.

—Por supuesto que eso es lo que todos queremos —dijo Goldstein—. Sólo pensé que deberíamos hablar sobre el futuro de Terabyte si por alguna razón Jeffrey no vuelve.

—Un desperdicio de tiempo y energía... Estoy muy sensible a eso ahora. Volverá, Aron —dijo Brohier—. Él sabe a dónde pertenece. —Luego se hundió en las almohadas, casi como si quisiera esconderse—. Su amigo el doctor está aquí.

Goldstein miró hacia atrás y vio al doctor Hubbs de pie justo en la puerta.

—¿Tengo su palabra, Aron? —preguntó Brohier.

—Sí, Karl.

—Entonces pase, doctor, y no se demore. Usted es la última promesa que tengo

que cumplir.

Durante más de un día, Jeffrey Horton fue dejado solo en el encierro húmedo y claustrofóbico del refugio seis. Nadie vino a vigilarlo, ni a llevarlo para usar el baño. Nadie le llevó bebida ni comida. Nadie abrió la compuerta de metal para permitir que unos segundos de luz y aire fresco aliviaran la oscuridad.

Hizo el mejor uso posible de su abandono: en una hora, empezó a tratar de excavar una salida.

La única herramienta disponible era una bota de excursión con una suela fina. Sus captores habían tomado sus botas junto con sus ropas el primer día, pero luego le habían devuelto las botas sin cordones durante el período de prueba. De alguna manera, se las había arreglado para mantener la bota derecha puesta mientras lo arrastraban hacia el armero y desde él, aunque no sabía dónde había perdido la izquierda, y luego se la había quitado justo antes de ser metido con entusiasmo y sin ceremonias por la compuerta.

Después de ver los túneles en el armero, Horton se preguntó si todas las estructuras del campamento estaban conectadas bajo tierra, aun los refugios, y especialmente éstos. Pero más que buscar un túnel sellado que podría no existir, eligió lo que esperaba que sería la manera más rápida y corta de salir: hacer un agujero bajo el borde del cono de acero del techo. Empezó en la parte más alta de la pared directamente bajo la entrada, donde sería más difícil de ver desde afuera, y desparramaba la tierra parejamente por el suelo del refugio con su pie desnudo mientras trabajaba.

Aun cerca de la superficie, la tierra era densa y similar a la arcilla. La bota resultó más adecuada para rascar que para cavar, y no demasiado adecuada para esto, pues el taco rugoso de la bota se trababa tras varios pases, y llevaba más tiempo limpiarlo con los dedos que volver a llenarlo de tierra. Después de un rato, dejó de preocuparse, al ver que el borde del taco le daba la mejor manera de hacer fuerza, y trabajando con las dos manos podía obtener mejores resultados.

La única ventaja de la bota es que era prácticamente silenciosa, aun trabajando con fuerza y rápidamente, inclusive cuando golpeó el techo metálico. Así que no le llevó demasiado tiempo darse cuenta de que el camino era bloqueado, pues el techo no simplemente estaba apoyado contra el suelo, sino contra un collar circular de acero. No se podría hacer un túnel fácilmente.

Sin desanimarse, siguió limpiando hasta encontrar el borde inferior del collar. Luego empezó a abrirse paso hacia el costado, empezando una cavidad que pronto creció hasta ser algo que podía aspirar a ser llamado un túnel. Trabajó hasta que su rostro estuvo bañado de sudor y sus brazos se agotaron por la fatiga, y luego un poco más. Descansó hasta que se le pasó la agitación, y luego volvió a empezar.

Estaban cantando himnos en las dependencias de las mujeres cuando Horton

comenzó a desenterrar raíces. Cuanto más avanzaba, más gruesas y densas se volvían, hasta que no pudo arrancarlas más con sus manos dolientes. Trató de no pensar en todo el esfuerzo inútil y se dirigió a otra sección de la pared para volver a comenzar.

Cuando la luz de la mañana apareció por los agujeros de ventilación, el túnel tenía la mitad de la altura de Horton, y, según le parecía, un poco más de la mitad de la extensión necesaria. No era suficiente. Se sentó sobre una pila de tierra recién excavada, exhausto y desanimado, esperando que descubrieran sus esfuerzos en cualquier momento, y que así lo derrotaran.

Pero no vinieron por él. Y cuando se dio cuenta tarde de que el momento no había pasado todavía, atacó el túnel con vigor renovado. La bota ya era inútil desde hacía un rato. Apretado en un rincón, cavó con garras y dientes la tierra apisonada con sus manos desnudas, después de morderse las uñas para tratar de preservar las que no estaban ya dobladas y quebradas. La suciedad cubría su rostro y su cabello y ahogaba su respiración. Pero no se detuvo hasta que sus dedos alcanzaron el borde exterior del techo cónico, y supo que todo lo que lo separaba de la superficie eran unos pocos centímetros de tierra que podría quitar en minutos.

Se detuvo entonces porque tenía que decidir: arriesgarse a escapar durante el día, o arriesgarse a esperar hasta la noche.

Si el abandono no era más que el producto de la ira de Wilkins, entonces podía terminar en cualquier momento. Pero si era el comienzo de un esfuerzo calculado de quebrar su resistencia, podría continuar días.

Horton supuso que se trataba de lo segundo, y decidió esperar.

Supuso mal. Vinieron por él justo antes de la hora de la cena.

El coronel Robert Wilkins hizo un gesto inquisitivo ante la aparición de Jeffrey Horton, quien era empujado por los guardias.

—¿De qué se trata esto? —dijo Wilkins, señalando las ropas mugrientas de Horton.

—Lo hallamos tratando de escapar del refugio haciendo un túnel, señor.

El líder de la milicia hizo un gesto de desaprobación y movió la cabeza.

—Realmente, doctor, tendría que haberlo pensado mejor...

Al ver los ojos de Wilkins, se le ocurrió a Horton con una súbita certeza que no había novedades para el jefe.

—Tiene algún tipo de monitor en el refugio.

—Así es.

—Usted sólo quería que yo empezara a pensar que podía lograrlo, así podía desbaratarlo...

—Doctor Horton, la única razón que tengo para encerrarlo es para evitar que se lastime. Honestamente, ahora usted es sólo una amenaza para sí mismo. Y si por casualidad usted anduviera caminando por ahí sin decirle a nadie, usted se arriesgaría

a ser herido. ¿Alguna vez le dispararon, doctor Horton? ¿Alguna vez ha visto a alguien herido por un rifle de combate con municiones de la OTAN?

—No —dijo Horton con tranquilidad.

—Bien, espero que siga mi consejo: es algo que tiene que evitar. —Levantó la mirada hacia los otros tres hombres que estaban cerca—. Frank, ¿está listo?

—Sí, coronel.

—Vamos a hacerlo, entonces —dijo, golpeando el banco que estaba a su lado.

Schrier avanzó y dejó un comunicador Celestial 3000 y su paquete de batería sobre el banco. Había una marca familiar en el borde de la caja de plástico del comunicador: era el de Horton.

—Gracias —dijo Wilkins, sin intentar levantar la unidad—. ¿Le diría al doctor Horton qué han hecho a su comunicador?

—Saqué el módulo del sistema de posicionamiento global y luego puse un módulo sustituto. Así los diagnósticos del sistema no sabrán la diferencia, y no habrá ningún mensaje de error enviado a su proveedor.

—Y éste es el mismo tratamiento que da a todos los comunicadores, ¿correcto?

—Sí, señor. Nada especial. Lleva más tiempo preparar la mesa de trabajo que hacer el trabajo. Pero recuerde, no tenemos ninguna ayuda más arriba, y aún pueden triangular sobre una llamada con un comunicador si les damos el tiempo suficiente.

Wilkins asintió.

—Eso es todo por ahora, Frank. —Se volvió hacia Horton—. La gente no piensa en el hecho de que cada vez que uno usa su comunicador, está informando al gobierno la ubicación. Y todo porque alguna perra idiota con un teléfono celular se perdió en una tormenta de nieve y casi murió, hace veinticinco años. Cada vez que ocurre algo malo, se puede contar con que habrá algún liberal a quien se le ocurra cómo, cediendo sólo un poquito de nuestra libertad, podemos evitar que esa terrible calamidad vuelva a ocurrir alguna vez. Personalmente, tengo una objeción filosófica contra tener la obligación de informar mi ubicación a cualquiera. Usted puede entender eso, supongo.

—Con seguridad puedo entender por qué usted no quiere que se conozca su ubicación.

—Espero que no sienta rencor por algunas palabras pronunciadas con ira, doctor Horton, especialmente después de que lo hice traer aquí como un favor.

—¿Un favor?

—Es verdad. Un poco antes, me enteré de que el doctor Karl Brohier ha muerto.

—Es un buen comienzo —dijo uno de los guardias.

—Vamos, Michael, no seas insensible —dijo Wilkins—. El doctor Horton y el doctor Brohier eran amigos.

—¿Por qué debería creerle? —preguntó Horton—. Usted me ha mentado antes.

—Preví que usted tendría algún grado de escepticismo. —Wilkins levantó el comunicador y le puso la batería—. Así que voy a dejarlo llamar al Presidente, y hablar con él. Y mientras usted esté comunicado, yo mismo hablaré unas palabras con él. —Tomando el comunicador en su mano derecha, se lo ofreció a Horton.

Horton dejó las manos sobre la falda.

—El hecho de que usted quiera que yo haga esto no es suficiente para que yo lo haga.

Wilkins hizo un gesto con la otra mano, y los rifles de los dos hombres que estaban con Schrier bajaron de sus hombros. Sin otra advertencia, uno disparó tres veces apenas sobre la cabeza de Horton y las balas se clavaron en el tronco de un árbol a una decena de metros detrás de él.

—Por favor —dijo Wilkins.

Con el corazón galopante y su boca súbitamente seca, Horton tomó el comunicador.

—Una llamada autenticada, por favor, así ambos saben bien con quién hablan.

—¿Qué le hace pensar que el Presidente toma mis llamadas?

—Pienso que lo hará —dijo Wilkins—. Hasta apostaría a que su dirección está en su agenda personal.

—¿Realmente piensa que valgo tanto como para que me den lo que usted quiere?

—Con la muerte del doctor Brohier, me imagino que su valor de mercado ha subido considerablemente. Y no tengo la intención de pedir demasiado. Además, ¿no es ése el mantra liberal? «Si salva la vida de una persona...» Pueden salvar la suya.

Horton volvió a poner el comunicador en el banco y lo empujó hacia Wilkins.

—No, gracias. El precio es demasiado alto. Usted mismo puede llamar al Presidente. No voy a colaborar.

Wilkins se movió con la velocidad de un gato. Horton nunca vio venir el golpe. En un momento ambos estaban en el banco, y en el siguiente la cabeza de Horton fue sacudida por un golpe tan poderoso que lo derribó al suelo. Confundido, trató de moverse con sus manos y sus rodillas, pero Wilkins lo volvió a empujar con el pie.

—¿Piensa que es tan valioso que no lo podemos herir? —gritó el coronel, levantándose sobre Horton—. ¿Es así? ¿Piensa ahora que es algo precioso? —El golpe en el abdomen que siguió fue lo suficientemente fuerte para casi levantar a Horton del suelo. Boqueando, sin poder respirar, trató de rodar para evitar el tercer ataque, pero Wilkins tomó su brazo derecho y le dobló el pulgar hacia la muñeca hasta que Horton no pudo resistir, y gritó de dolor.

—Así, eso es mejor, ahora empieza a entender —dijo Wilkins, manteniendo la tortura mientras se instalaba de nuevo en el banco—. Doctor, hay muchas maneras de herir que lo dejarían perfectamente capaz de volver una hora después para recibir más. Le he dado el beneficio de la duda, asumiendo que, como el hombre inteligente



que es, se ofendería con esas tácticas burdas. Pero quizá lo sobreestimé. Ahora mismo, no parece tan brillante como dicen los recortes de la prensa.

Cada palabra de la respuesta de Horton fue un esfuerzo.

—¿Qué quiere de mí?

—No está prestando atención, doctor —dijo Wilkins, apretando con más fuerza—. Quiero saber cómo derrotar el Obstructor. Quiero el maldito código de desactivación.

Horton logró decir la respuesta por entre los dientes apretados.

—No... hay... ningún... código...

—Su credibilidad está cuestionada, doctor. Quiero que le pregunte a alguien más. Alguien que valore su vida un poco más que usted. —De repente, Wilkins liberó a Horton y caminó hacia sus hombres, dejando a Horton retorciéndose en el barro—. Gaylord, ocúpese de este asunto. ¿Alguien ha hecho una prueba para ver cuánto tiempo un pulgar amputado va a ser reconocido por el registro de huellas digitales del comunicador?

—Más tiempo de lo que podría pensar —dijo el soldado—. Diez, doce horas si toma las medidas para que no se seque.

Para entonces, Horton se había incorporado y estaba sentado, protegiéndose el pulgar herido con la otra mano.

—Déjeme entender esto. ¿Usted piensa que así voy a ser más cooperativo?

—Esperaba el mismo sentido refinado de autopreservación que los hace a ustedes, los arrebatadores de armas, temerosos de vivir en un mundo de ciudadanos armados libres —dijo Wilkins—. Pero como usted tiene problemas para entender, permítame simplificarle las cosas. Nosotros somos los pendencieros. Usted es el raro de la escuela. Nada ha cambiado. Usted todavía está en la escuela secundaria, y nosotros mandamos. Si yo quiero su maldito dinero del almuerzo, lo voy a tener. La única pregunta es cuánto dolor quiere antes de dármelo.

Horton lentamente se levantó del suelo hasta el banco.

—Usted quiere que el Presidente sepa que me tiene prisionero, ¿verdad? Eso es lo que quiere ahora.

—Así es. De ese modo sé que escucharán lo que tengo para decir.

Horton asintió lentamente, y dijo:

—Supongo que realmente no tengo nada que perder. —Suspiró profundamente, luego señaló el comunicador, que había caído del banco sobre un montón de pasto—. ¿Puedo usar eso?

—Por favor.

Horton avanzó unos pasos, moviéndose con vivacidad, luego se agachó y tomó firmemente el comunicador con su mano sana. Empezó a incorporarse, sonriendo. Su pulgar se deslizó fácilmente en la cavidad del lado de la unidad donde estaba la grilla

de autenticador personal.

—Directorio personal —dijo—. Abrir carpeta segura. Mover hasta Breland. — Mientras lo hacía, vio en los rostros de ellos que estaban disfrutando su triunfo, los vio relajarse ese poco que quería. Buscó como para entrar un número en el tablero de datos.

Pero en lugar de hacer eso tomó el comunicador firmemente con ambas manos y empezó a mover las piernas. Agregando todo su peso a la fuerza que le quedaba en los brazos, rompió la unidad contra el borde del banco de troncos. El golpe fue dolorosísimo para su mano herida, pero produjo un agradable desparramo de plástico y pedazos de metal. Un segundo golpe, desde sus rodillas, destruyó los restos del comunicador y los envió al barro.

El guardia más cercano lo tomó antes de que pudiera completar su destrucción. El impacto lo arrojó hacia atrás, al suelo, y rápidamente perdió la lucha por lo que aún sostenía en su mano izquierda. Pero ya era demasiado tarde: la parte más grande que quedaba era el paquete de la batería.

Detrás de él, sin pensar el peso que tenía sobre sí, Horton buscó a Wilkins, y se encontró con su mirada incrédula con una sonrisa torcida.

—Váyase al infierno. Nunca podría respetar a un pendenciero.

Lo golpearon casi hasta matarlo, luego lo ataron al tronco de un árbol mientras discutían qué hacer. Horton se esforzó por seguir la discusión, pero sus guardias lo hacían difícil, pues cada vez que él dejaba de gemir por un tiempo lo suficientemente largo para oír claramente las voces, uno de ellos lo volvía a golpear.

Lo dejaron ahí mientras comían juntos, y el olor de la comida en el aire de la noche fue una tortura casi tan grande como sus dolores. Lo dejaron colgando mientras rezaban y cantaban en camaradería, lavando la sangre de sus manos con el purificador de la ideología.

Luego vinieron por él, rodeando el árbol mientras cortaban los cordeles de nailon que lo sostenían. Wilkins lideraba el grupo, y lo llevaron durante cinco largos minutos dentro del bosque, lejos del campamento. Horton estaba seguro de que habían decidido matarlo, pero la verdad era mucho peor.

Cuando se detuvieron, lo hicieron poner de rodillas en un gran lugar de tierra sin césped, y mirar cómo cuatro hombres con palas de mango largo cavaban una zanja no muy profunda frente a él. Los demás hombres estaban en círculo alrededor de ellos, y hasta los niños en brazos o aferrados a las piernas mantenían un silencio extraño.

—Eso servirá —dijo Wilkins finalmente, desenfundando su pistola y avanzando hacia adelante.

Horton casi no podía respirar. Unas manos fuertes le impedían correr.

—Traigan al primero —dijo Wilkins.

El círculo se abrió, y dos milicianos arrastraron a una mujer delgada hacia el

centro, poniéndola de rodillas del otro lado de la zanja. Tenía los brazos atados a la espalda, y estaba amordazada con cinta como él el primer día. La sangre de una herida en la sien había manchado el pecho de su uniforme marrón claro. Horton no la conocía, pero conocía todos los colores de miedo y confusión en sus ojos suplicantes.

—¿Qué es esto? —preguntó Horton. Su curiosidad le valió un golpe desde atrás con el caño de un rifle.

Wilkins levantó su mano izquierda en un gesto de reproche.

—No hay necesidad de eso. Estoy seguro de tener toda la atención del doctor Horton. Jeffrey, me gustaría que conocieras a la comisionada del alguacil, Shannon Drayton. Tiene veintiocho años, y es madre soltera de dos niños.

»Eso ya es una afrenta suficiente contra el plan de Dios para nosotros. Pero también trabaja como despachadora, ayudando a los ladrones locales en uniforme a confiscar la propiedad y recortar las libertades de los ciudadanos soberanos. Eso la convierte en una traidora, y tenemos el derecho, de acuerdo con las reglas de guerra, de ejecutarla ya mismo.

Drayton no pudo responder con más de un lloriqueo, pero sus ojos mostraban terror puro, intentando entender, rogando piedad. Extrañamente, ella no luchó contra sus ataduras. Sus miembros parecían no tener más fuerza.

—Esto es una locura... —empezó Horton.

—Escuche con atención, Jeffrey, porque la oferta que voy a hacer es válida sólo por tiempo limitado. Voy a darle una oportunidad de salvar la vida de Shannon...

—¿Cómo puede esperar que alguien le haga caso? Usted es mucho más tiránico que lo que Breland jamás podría ser.

—... y que vuelva con sus hijos. Dado que las vidas de inocentes significan tanto para usted, le doy la oportunidad de intervenir. Dígame lo que ha estado ocultando, absolutamente todo lo que sabe, y perdonaré a esta mujer. —Levantó su pistola y la apuntó hacia el vientre de la mujer.

—Coronel... Robert... por piedad...

Wilkins levantó la mano.

—No, tiene razón, eso sería inhumano. Las heridas en el estómago duelen tanto y tardan tanto en matar... Esto es mejor. —Wilkins se movió hacia un lado y levantó su brazo hasta que el caño de la pistola quedó a una palma de distancia de la oreja de la mujer—. Hable, Jeffrey.

—No lo haga.

—Usted puede detenerme. Dígame cómo bloquear un Obstructor. Dígame cómo neutralizar un Gatillo. Yo tengo el arma, pero usted tiene la vida de esta mujer en sus manos.

—¡Por piedad, hay niños mirando!

—Bien. Que aprendan el precio de la traición.

—¡Esto es absurdo! ¡No puedo darle lo que quiere! No existe. ¡Es sólo una fantasía suya!

—Shannon es real. ¿Dónde está su compasión por ella, Jeffrey? Aquí está usted con una oportunidad dorada para impedir una innecesaria muerte con un arma de fuego. Pero se está quedando sin tiempo. Cuando expire este ofrecimiento, también expira la vida de ella.

—Usted no quiere hacer esto —dijo Horton, intentando hallar una pizca de convicción en sus propias palabras—. Usted no necesita hacer esto. ¡No hay ningún maldito código! Pídame algo que pueda darle. Déme una verdadera elección.

—Pienso que sé cuál es su problema, Jeffrey. Pienso que en algún nivel, usted simplemente no cree.

—No, no, no... No lo haga —rogó Horton—. ¡Por favor, Wilkins!

Wilkins no parecía estar escuchando siquiera. En unos pocos segundos, con una helada resolución, inclinó a la mujer hacia adelante con un pie en su espalda, luego se inclinó y disparó una bala en la base del cráneo.

El estampido sonó como un trueno, y aun así los árboles lo apagaron casi inmediatamente. Algo cálido y húmedo voló por el aire y salpicó el rostro de Horton, quien empezó a tener náuseas mientras la carne destruida y vacía que había sido Shannon Drayton caía de lado en la zanja.

Increíblemente, Horton oyó gritos de júbilo.

Las lágrimas caían libremente por su rostro. Wilkins, entretanto, levantó la vista desde su obra.

—Desgraciado —susurró el físico—. Ustedes están arruinados, Wilkins. Enfermo maldito asesino.

Pero la expresión de Wilkins no cambió en lo más mínimo.

—En mi mundo, eso fue una ejecución, por una causa buena y justa. Pero usted la asesinó, Jeffrey, usted eligió. Yo sólo sostuve el arma por usted. —Miró fuera del círculo—. Traigan al número dos.

—¡No! —gritó Horton. Por un solo breve instante, pudo soltarse de las manos que lo sostenían, lo suficiente para levantarse y dar un paso. Luego algo duro lo golpeó detrás de las rodillas, y cayó de boca en el barro y la sangre, a centímetros del borde de lo que era ahora una tumba.

—Ah, así que le importa realmente —dijo Wilkins, poniéndose en cuclillas a su lado—. Y puedo ver que ahora usted cree. Quizás esto facilite la siguiente decisión. —Movié la mano, y Horton fue llevado hacia atrás y obligado a arrodillarse para enfrentar a otro rehén—. Éste es Ray Macey, Jeffrey. Es un ayudante del tasador de impuestos del condado.

—¡No! —repitió Horton—. No voy a jugar su juego. No puede desplazar la responsabilidad a mí. Usted es responsable de todo lo que pasa aquí. Ésta es su

pequeña religión, y éstos son sus crímenes. Y sería mejor que me mate a mí primero, porque si no lo hace, seré el testigo más feliz que haya visto cuando testifique en su juicio. Todos ustedes, todos los que están aquí y que podrían haber detenido esto, salvo porque son demasiado cobardes o demasiado autómatas para hacer algo.

Wilkins no dijo nada. Simplemente se ubicó detrás de Ray Macey y apretó el caño de su pistola contra la base del cráneo del rehén, que temblaba visiblemente. Luego Wilkins miró a Horton con una mirada desafiante que significaba «Elija».

Cerrando los ojos, Horton respiró profundamente. Cuando volvió a abrir los ojos, estaba más calmado para expresar los pensamientos que gritaban dentro de sí.

—Usted realmente no entiende cuan pequeño es el poder que le da esa arma —dijo—. Usted es víctima de su propio mito. Está tratando de utilizar armas para controlar a la gente, cuando para lo único que sirven es para matar.

—¡Eso servirá hasta que aparezca algo mejor! —gritó alguien desde el círculo.

—¡Ya hay algo mejor! —replicó Horton, y fijó su mirada en Wilkins—. Pero aun si no hubiera ocurrido, igual estarían equivocados. Todo lo que tienen en la mano es el poder de infligir muerte, y eso no es nada especial. Es algo tan común que todos los seres vivos y la mayor parte de la naturaleza sin conciencia lo tienen también. Y ni siquiera alcanza para convertirme en otra cosa. No alcanza para convertirme a mí en usted.

»No tengo lo que usted quiere, coronel Wilkins. Nadie lo tiene. Pero si lo tuviera, esa arma no podría obligarme a dárselo. Es el miedo lo que nos controla, y lo que está controlándolo a usted en este mismo momento. Pero no me voy a dejar llevar por el miedo de usted, o de lo que usted decida hacer. Sé dónde termina mi responsabilidad y empieza la suya. Y esta pobre mujer es su lápida, no la mía. Vamos, apúnteme esa maldita cosa a mí, así puedo decir “Vayase al infierno” una vez más y terminar con usted. Sabe que usted disfrutará mucho más matándome a mí que a él.

—Bonito discurso. Muy filosófico. Aquí está mi respuesta —dijo Wilkins, y apretó el gatillo.

Silencio.

Macey lloriqueó y resolló.

Wilkins, con el ceño fruncido, corrió la guía y liberó el cartucho, y volvió a colocar el cañón contra el rehén. En el silencio y con la respiración contenida, todo el círculo oyó el sonido metálico del percutor, pero nada más.

—Qué diablos... —dijo Wilkins.

Luego Horton oyó el susurro de los helicópteros, y unos segundos después el rugido de los descensos. Luego vino el ruido de las ramas rotas sobre sus cabezas, mientras la bóveda del follaje se abría, y un comando de Fuerzas Especiales se desplegaba.

—¡Mantengan la formación! —gritó Wilkins—. ¡Tiradores, media vuelta! ¡Los

demás muévanse al centro y vayan a la plataforma! ¡Disparen!

La disciplina del Ejército de la Justicia Divina duró sólo unos segundos. Ése fue el tiempo que necesitaron para darse cuenta de que las armas estaban obstruidas, y ninguna de sus armas de fuego funcionaría. Luego el círculo se rompió y se dispersó, como si fueran insectos bajo una piedra que ha sido quitada.

Wilkins los incitaba a luchar, y unos pocos milicianos ansiosos de combate respondieron sacando cuchillos o colocando sus bayonetas plegables para cargar contra los invasores. Pero Horton vio a muchos buscando a sus esposas e hijos y retrocediendo en la dirección de las viviendas. Algunos simplemente se agazaparon en el suelo donde estaban, los brazos alzados para rendirse.

Aquéllos que fueron al ataque se encontraron enfrentando lo que parecía ser una cantidad siempre mayor de enemigos, que no sólo descendían sino que se acercaban por los árboles de todos lados.

Los comandos estaban armados con picas y lanzadores de dardos de aire comprimido, y utilizaban los primeros con tanta habilidad y eficiencia que los lanzadores no fueron necesarios.

Y cuando la breve batalla empezaba a terminar, Wilkins y Horton se encontraron por un instante solos en el medio del caos. El rostro de uno mostraba incredulidad, y el del otro, deleite. Sus ojos se cruzaron un momento, y en ese momento ambos recordaron cosas que habían olvidado.

Inmediatamente, Horton arremetió contra Wilkins. Su ataque fue rechazado con vergonzosa facilidad, y Wilkins completó la afrenta al no prestarle más atención. Mientras Horton estaba tendido, boqueando, en el suelo, Wilkins empezó a correr hacia los árboles.

—Deténganlo —gritó con voz ronca, señalando a Wilkins.

Nadie lo notó. Horton trató de levantarse ayudándose con las manos y los pies y volvió a intentarlo.

—¡Por favor! ¡Escuchen! ¡No lo dejen llegar a donde están las armas! Hay armas químicas. ¡Deténganlo!

Su voz era más fuerte, pero no había nadie para responder. El combate disperso se había desplazado más allá. El único comando en veinticinco metros estaba completamente ocupado, llevando por lo menos a doce prisioneros.

Tomando una pala de mango largo que estaba en el suelo, Horton se levantó, tambaleante, y salió en busca de Wilkins. Aún estaba resollando, y sabía que no tenía posibilidades de alcanzar al ágil y veloz coronel. Pero no sabía qué otra cosa hacer, salvo intentarlo. Tropezó con raíces y rocas en la oscuridad creciente, cayendo al suelo antes de hacer veinte pasos. Volvió a ponerse de pie, y continuó, sin notar casi que el filo de la pala le había cortado profundamente el antebrazo.

Cuando vio la cabaña del armero, Horton ya había perdido largo tiempo antes a

Wilkins. Pero la insistencia del físico había logrado finalmente llamar la atención que sus ruegos no habían podido atraer. Dos comandos aparecieron de la nada, y uno le tomó las piernas, mientras el otro le arrebató la pala. Cayó con fuerza al suelo, pero intentó hacerse oír.

—Vamos, tranquilo, se acabó su guerra.

—Soldado, hay armas químicas y biológicas en esa cabaña —logró decir Horton—. Si la puerta no está cerrada, significa que la milicia fue ahí por ellas.

El rostro de uno de los soldados se iluminó.

—Éste es el rehén, es el doctor Horton —dijo, sorprendido.

—Quédate con él. Yo sigo —dijo el otro, y desapareció corriendo hacia la cabaña.

—Te buscaré refuerzos, Tejón —dijo el primero, y buscó el micrófono del cuello—. Jabalí a Señor de la Selva. Tengo el paquete, repito, tengo el paquete. Tenemos una estructura sin protección, sección noroeste, posibles municiones Charlie Bravo.

—Estamos en camino, Jabalí. Saca el paquete de ahí.

—Ése es usted, doctor —dijo el soldado—. ¿Puede caminar? Perdón por atraparlo, no sabíamos...

—Puedo caminar —dijo Horton—. Pero, oiga, esa cabaña es más importante que yo.

—Tejón es un excelente marine, doctor —dijo el soldado—. Él lo logrará.

Cuando la escolta de Horton ubicó al comandante del ataque, una fila de focos portátiles estaba convirtiendo el crepúsculo en mediodía. El comandante echó un vistazo a Horton, le insistió que se sentara, y llamó a un médico. Cuando éste llegó, lo miró y pidió una camilla.

—Soy el capitán Sandeck de la unidad 13, asignado a la Brigada Táctica 641 —dijo el comandante, agachándose y extendiéndole la mano—. Tiene un aspecto terrible, doctor. Lamento muchísimo que no fuimos lo suficientemente rápidos para ahorrarle algo de esto. Pero se terminó ahora, y puedo decirle que sus amigos en el este van a estar muy contentos de saber que está a salvo.

—¿Cómo me encontraron?

—Recibimos una llamada desde el localizador de refuerzo de la Agencia de Inteligencia de Defensa puesto en su comunicador. Luego un Global Hawk fuera de Minot ubicó el campamento y mantuvo la zona bajo vigilancia de IR y SSR hasta que pudimos poner pie aquí.

Horton asintió, aunque apenas pudo entender una palabra.

—Capitán, ¿dónde diablos estoy?

—La ciudad más cercana es Babbitt, Minnesota, a unos ciento cuarenta y cuatro kilómetros y unos cien años al norte de Duluth.

Le llevó un momento entender eso.

—¿Puede disponer que me lleven a Columbia, Carolina del Sur?

—Con seguridad, mientras no se oponga a un itinerario que incluya paradas en el hospital militar más cercano y una habitación de hotel en Washington. Hay algunos muchachos en ambos lugares que están ansiosos por verlo.

—Sólo quiero ir a casa —dijo Horton.

Sandecki sonrió, comprensivo.

—¿Tiene familia, en Columbia?

—No en este momento —dijo Horton, recostándose y cerrando los ojos—. Me las ingenié para desmembrar tanto mi vida que no estoy seguro de dónde está mi hogar. Pero quizá pueda recomponerla, si me dan una segunda oportunidad. —Emitió un quejido de dolor y luego agregó—: No estoy seguro de que me la merezca.

—Bueno, doctor, tal vez nadie se lo merezca. Pero me parece que todos tratamos de hacer lo mismo: aprovechar al máximo la segunda oportunidad —dijo Sandecki y palmeó la mano de Horton—. Usted y sus amigos nos dieron esa oportunidad. Si la justicia existe, y hoy estoy dispuesto a pensar que sí existe, usted también tendrá otra oportunidad.



### III: MATADOR

Aunque el estrecho sendero de ripio era la ruta más directa por el bosque del campus, era casi una caminata de un kilómetro desde el complejo principal de las instalaciones de Columbus de la Corporación Terabyte hasta el contiguo Laboratorio Fundación Brohier para Tecnología para la Paz.

El aislamiento daba a los veintidós investigadores en Tecnología para la Paz el espacio suficiente para el trabajo avanzado en mecánica de onda H e ingeniería de defensa. El camino de ripio le daba al director de investigación de Terabyte, Jeffrey Horton, una razón y un lugar para hallar unos pocos minutos de soledad y de ejercicio en la mitad del día. Excepto en el peor tiempo, solía ir y volver caminando entre los dos centros del campus por lo menos una vez por día.

Lo hacía pese a una ligera cojera y los constantes dolores en sus piernas y en el lado derecho de su cadera, que eran en parte un legado de una pesadilla de casi dos décadas antes. Lo hacía pese a la red de comunicaciones de avanzada del campus, que podía colocarlo en un espacio de realidad virtual de alta fidelidad con cualquier empleado de Terabyte, desde la oficina de al lado hasta el Anexo de Nevada o el módulo de procesamiento de materiales conjuntos que estaba en órbita a unos doce mil kilómetros.

Lo hacía porque le gustaban los bosques, y porque no quería rendirse al tiempo o al dolor, y porque la caminata se había convertido en una meditación que le aclaraba la mente. Invariablemente dejaba su comunicador en su oficina, y su gente sabía bien que no había que molestarlo durante su caminata, aun en aquellas ocasiones en que se demoraba una hora o más en el camino.

Esa mañana, no obstante, no se demoraba. El mensaje de Jordán Kilmer, miembro del grupo de biofísica, contenía rasgos de urgencia y de intriga en partes iguales: «Director, tenemos un desarrollo inesperado en el Proyecto Separador. Por favor, venga al laboratorio lo antes posible, así puedo informar, y me puede aconsejar. Envío el resto del equipo a casa hasta que hablemos».

«Separador» era el proyecto Separador de Rastros de Contaminante Orgánico, un descendiente directo de la modificación de Horton del Gatillo Mark V para desactivar armas químicas. El fin del Proyecto Separador era producir un analizador y proyector que pudiera rápidamente quebrar venenos ya ingeridos por un organismo vivo. El desafío aún no resuelto para el proyecto era refinar la selectividad del proyector hasta que sólo el contaminante fuera destruido, y no cualquier otro compuesto estructuralmente similar necesario para la vida. La tasa de muerte en animales de investigación había sido tan alta que el sobrenombre de Kilmer era «Matador», y el del laboratorio de biofísica, «Morgue».

Horton halló a Kilmer montando su equipo de prueba en el laboratorio de

biofísica 3, normalmente desierto, cuyas ventanas altas admitían luz pero no mostraban vista hacia afuera. El aparejo de la prueba llenaba un gran carro. A cinco metros, una jaula con doce cobayos estaba sobre un banco de laboratorio.

—Jordán. Pensé que estabas en el laboratorio dos —dijo Horton.

—Director. Dios, me alegra de que esté aquí. Saqué esto del dos y lo encerré cuando me di cuenta de lo que ocurría —dijo Kilmer, enderezándose.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Ayer actualizamos el analizador con los nuevos filtros inteligentes de moléculas largas. Puse a tres personas a trabajar en ellos durante cuatro meses: química orgánica casada con lógica de Boole de alto nivel.

—Recuerdo. ¿Dolores de crecimiento?

—No exactamente. —Se movió al otro lado del aparejo de la prueba, y le indicó a Horton que lo siguiera—: Mire la jaula. Mire el grande a la derecha.

—¿Con la cara casi toda negra?

—De él viene mi muestra —dijo Kilmer, y encendió el analizador. Los indicadores estaban ocupados con números y gráficos en cascada durante más de dos minutos, y luego quedaron tranquilos—. El sistema está fijo en la muestra, y seleccionó un perfil de onda H. Voy a darle la orden de que siga.

—Muy bien.

Kilmer empujó una traba de seguridad y giró un pestillo. El aparejo de la prueba emitió un zumbido durante un instante, y en ese momento, el cobayo de cara negra se desplomó.

—Eso fue rápido —dijo Horton—. ¿Está muerto?

—Extremadamente —dijo Kilmer.

Horton quedó un poco sorprendido por la indiferencia de los otros cobayos, que continuaron mascando lechuga sin preocuparse. Pero el resultado mismo parecía bastante similar a otros problemas previos del proyecto.

—Ése era el único contaminado del grupo, ¿verdad? —preguntó.

—Ninguno de ellos estaba contaminado —dijo Kilmer, apagando el aparato.

Horton estaba sorprendido.

—¿Entonces cuál era tu muestra?

—Un poco de piel de su espalda.

Horton miró asombrado a Kilmer, y luego miró la jaula.

—¿Qué ocurrió, Jordán? Explícame esto.

—Un solo error simple en veintiséis mil millones de bits de código. Un «no» donde debería haber habido un «y». El analizador selecciona el modelo de ADN de la muestra, en lugar de excluirlo. Es casi como una mutación, en realidad. Pero ve por qué tuve que cerrar el taller. Un pedazo de la piel de alguien que golpee la bandeja abierta de muestras, y...

—¿Dices que puedes seleccionar cualquier modelo de ADN con esto?

—Sí.

—¿Con cuánta precisión?

—No creo que pudiera distinguir entre gemelos —dijo—. Pero aparte de eso... bien, todos esos animales son iguales.

—Dios mío —dijo Horton. Se acercó con cuidado a la jaula, con los ojos abiertos del horror y consternación—. Entonces, en teoría, puedes apuntar a cualquier organismo vivo.

—No en teoría —dijo Kilmer, siguiendo el razonamiento de Horton—. Es lo que acabo de hacer. Lo hice tres veces más esta mañana, y dos veces ayer. Dados suficientes, indicadores de un perfil de ADN, puede apuntar a un solo individuo. Todo lo que se necesita es una gota de sangre, un poco de piel, un cabello.

En lados opuestos de la jaula, miraron un rato largo al cobayo muerto y sus hermanos desconocidos.

—El arma asesina perfecta —dijo Horton con voz ronca—. El sueño de un asesino. Sólo matará a la persona contra la cual esté dirigida, y a nadie más en el mundo.

—¿Ve por qué tuve que encerrar esto?

—Pero no puedes hacerlo, Jordán. ¿No lo entiendes? —Había ira en su voz, y miedo—. La naturaleza no guarda secretos. No nos seguirá el juego, no importa cuánto tiempo la engañes.

Horton se dio vuelta de repente, y posó su mirada en la placa de bronce junto a la puerta del laboratorio, la placa que llevaba el rostro del benefactor de Tecnología para la Paz, y su antiguo amigo y benefactor.

—¿Y ahora, Karl? —preguntó, desesperado—. ¿Qué haremos ahora?

# Notas

[1] Todos ellos importantes laboratorios de investigación de Física Nuclear. <<

[2] PNL: Programación neurolingüística; terapia psicológica de autosuperación. <<

[3] ¿Charsleston? <<

[4] ¿San Pedro? <<



[5] Video Home System: Sistema de Video Casero. <<

[6] ¿??? Pendiente corrección por imagen. <<

[7] Radio AM. <<

[8] Tipo de nube de media altura. <<